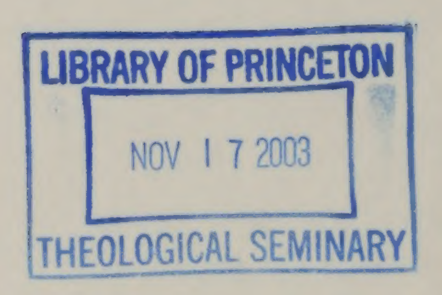
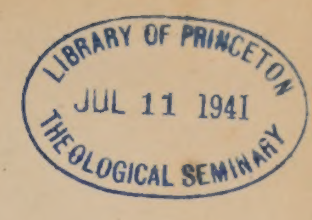

LIBRARY OF PRINCETON
NOV 17 2003
THEOLOGICAL SEMINARY



HISTORIA



DE LAS

MISIONES FRANCISCANAS

Y

NARRACION DE LOS PROGRESOS DE LA GEOGRAFIA EN EL ORIENTE DEL PERU

RELATOS ORIGINALES Y PRODUCCIONES EN LENGUAS INDIGENAS DE VARIOS MISIONEROS

POR EL

PADRE FRAY BERNARDINO IZAGUIRRE ISPIZUA

De la Provincia de San Francisco Solano en el Perú, Misionero franciscano, Lector general de la Orden, ex-Ministro Provincial y Miembro de la Sociedad Geográfica de Lima

1619--1921

LIMA
TALLERES TIPOGRÁFICOS DE LA PENITENCIARÍA
1925

HISTORIA

DE LAS

Misiones Franciscanas y narración de los progresos de la Geografía en el Oriente del Perú

1619-1921



TOMO DECIMO

1874 — 1897

VIAJE

del P. Fr. Luis Sabaté

a los campas, Piros, Cunibos y Shipibos,

con algunas páginas de viaje

del P. Fr. Tomás Hermoso

Ojeada sobre la montaña

del P. Fr. Bernardino González

Apuntes de Viaje

Exploración de los ríos Pichis, Pachitea, Alto Ucayali

y del

GRAN PAJONAL

por el P. Fr. Gabriel Sala

1874 — 1897

PARTE PRIMERA

Viaje de los Padres Misioneros del Convento del Cuzco

a las tribus salvajes

de los Campas, Piros, Cunibos y Shipibos

por el P. Fr. Luis Sabaté

en el año de

1874





PROLOGO

Llevamos anotado en la introducción general a esta Historia que por falta de tiempo para el estudio no sería posible incluir en la presente serie de volúmenes, alguno que comprendiese los trabajos apostólicos de nuestros hermanos de hábito, llevados a cabo en el Oriente peruano desde el convento grande del Cuzco y más tarde desde el colegio de misioneros de Moquegua.

No puede considerarse violatorio de aquella anotación el incluir en la presente serie la publicación hecha por el padre fray Luis Sabaté, misionero de nuestra **Recoleta** del Cuzco, quien visitó a los Campas, Piros, Cunibos y Shipibos, tribus pertenecientes a nuestras misiones de Ocopa; y más habiendo sido el mencionado padre en años posteriores un colaborador ferviente en las misiones del Ucayali, como lo llevamos ya indicado.

Por lo demás, sería de utilidad y gloria para la orden franciscana un estudio concienzudo y una relación cabal de los trabajos realizados durante muchos años por nuestros misioneros del Cuzco y del extinguido colegio de Moquegua, en la sección del Oriente peruano que corresponde a la parte oriental de los actuales departamentos de Puno y Cuzco, y especialmente en las provincias de Carabaya, Lampa y Sandia, incluyendo también Apolobamba y Caupolicán, hacia la confluencia del Madre de Dios con el Beni, hoy en posesión de Bolivia.

En 1621 vemos recorriendo Apolobamba al padre fray Gregorio Bolívar, a quien vimos en 1619 buscando la entrada a los Panatahuas al oriente de Huánuco (1).

En 1661 son de admirar en las márgenes del Madre de Dios y entre los Toromonás el celo y laboriosidad de fray Domingo Alvarez de Toledo, lo mismo que en la nación de los Guarayos (2), según lo atestigua él mismo en varios documentos que se conservan.

Sucesivamente aparecen en años posteriores trabajando en aquellas regiones los misioneros fray Juán de Ojeda, fray Pedro de la Peña, fray Francisco Lozano, etc. Y si nos referimos a la época en que funcionó el colegio de misioneros franciscanos de Moquegua, que sucedieron a los padres de la Compañía, debemos decir que dichos padres misioneros se consagraron a sus trabajos apostólicos en forma heróica, no menos que los misioneros de Ocopa.

Varios de aquellos misioneros, como los padres Bousquet, Figueira y Avellá merecen biografías cabales.

Del padre Busquet, que se puso en contacto con nuestros misioneros del Ucayali, hemos tenido ocasión de consignar algo muy honroso para aquel ferviente misionero, relativo a sus viajes, y aquí aprovecharemos la presente coyuntura para hacer sucinta memoria de otro ilustre explorador franciscano, de quien Raimondi ha dejado un elogio digno de aquel hombre: nos referimos al misionero de nacionalidad italiana padre Bovo de Revello.

Nada más hermoso ni encantador que los párrafos que le consagra Raimondi: "Hallábase el año 1845 en la

---

(1).—Revista de Archivos y Bibliotecas, 2, pág. XVII.—Esta Historia, t. I, cap. 3.

(2).—Véase Revista de Archivos y Bibliotecas, 2, pág. XX.

vecina República de Chile, el entusiasta y sabio misionero italiano Fr. Julián Bovo de Revello, cuando supo por los diarios, los importantes trabajos verificados en las Montañas del Perú por el R. P. Plaza, el que se encontraba de tránsito en Lima, después de haber pasado muchos años en aquellas vírgenes regiones, casi enteramente segregado del resto del mundo. La honrosa mención que se hacía del P. Plaza en el Mercurio de Valparaíso, despertó en el ánimo del P. Bovo de Revello, el vivo deseo que había tenido desde su más tierna edad, de dedicarse a la educación de los salvajes que habitan los bosques de la América del Sur."

"Con este objeto, el 10 de Abril de dicho año de 1845, dirigía Bovo de Revello desde Santiago de Chile una carta al R. P. Plaza, para informarse si había misiones franciscanas en las márgenes del Ucayali, o al Oriente del Cuzco, donde pudiera ocuparse; y era tal su decisión por los salvajes del Perú, que renunciaba encargarse de las misiones chilenas que tenía a la mano, prefiriendo pasar mayores trabajos en las de esta República, como se puede colegir del siguiente párrafo de su carta al P. Plaza: **El Prefecto de las misiones chilenas Fr. Diego Cisaffa de Roma, residente en las islas de Chiloé, me ha instado varias veces a que me fuese a las que están bajo su jurisdicción, dejándome libre en escoger la misión a que más me inclinara; pero no me hallo muy dispuesto a ellas. Confiésole a su Paternidad que un no se qué de mi interior, que al mismo tiempo que hace mirar con indiferencia y frialdad las otras misiones, me convida, insta, anima y dirige hacia las del Ucavali. Circunstancias que me suceden parecen prepararme el camino del Cuzco."**

"Esta preferencia para el Perú era tal vez debida a otro estímulo. El P. Bovo de Revello no era un misionero

común; hombre bastante erudito en historia y geografía y además con conocimientos en las ciencias físicas y naturales, buscaba un campo más basto donde ejercitar su inteligencia, no solamente en la reducción de los salvajes, sino también en exploraciones científicas, para dar a conocer la geografía y las producciones naturales de regiones poco exploradas, facilitar su colonización y la navegación y comercio de sus caudalosos ríos."

"Al siguiente año de 1846, llegaba el P. Bovo de Revello a la capital del Perú, con el propósito de internarse en la región de la Montaña, situada al Oriente del Cuzco, y empezar su noble tarea. Pero antes de emprender su marcha hacia el Cuzco, procuró reunir todos los datos posibles sobre el país que había escogido como campo de sus trabajos, y sin pérdida de tiempo, este activo e inteligente misionero puso manos a la obra, visitando la biblioteca nacional, la del convento de San Francisco y algunas particulares, extractando y sacando copias de su puño y letra de todos los documentos que se referían a la región que pensaba explorar, reuniendo en muy poco tiempo los más preciosos datos sobre la geografía y misiones de la parte oriental del Perú y del partido de Caupolicán o Apolobamba, perteneciente a la vecina República de Bolivia." (1).

"En 1847, este obrero de la religión y de la ciencia llegaba a la célebre ciudad del Cuzco, donde encontró luego una favorable ocasión para llenar sus vehementes deseos."

Raimondi, continuando la narración, sigue a nues-

(1).—Una gran parte de las copias hechas por el padre Bovo de Revello de los manuscritos conservados en la biblioteca del Convento de San Francisco, existen en mi poder, y me han servido de mucha utilidad para la presente obra. (Nota de Raimondi).

tro misionero en sus pasos mientras visita en compañía del benemérito general don Miguel Medina, prefecto del departamento, los fértiles valles del Paucartambo; y mientras con M. Gibbón realiza su expedición al Madre de Dios, bajando por las aguas del Cosñipata al encuentro del río Tono, luego a la confluencia del Piñipiñi, donde el río se denomina ya Madre de Dios.

El padre Bovo de Revello, como fruto de sus observaciones y estudios, publicó un folleto de gran interés con el título de: **Brillante porvenir del Cuzco.**

Aconseja el padre Revello a los misioneros de las selvas se dediquen no sólo a la redención de los infieles, sino también a algún ramo de arte o ciencia. Agregando que "entonces ya no había soledad para él ni en ningún tiempo echaría de menos la falta de sociedad. Tendría siempre por delante mil variados objetos en que ejercitarse con agrado y utilidad. Al Naturalista observador, le ofrecerían las montañas variada caza, los ríos abundante pesca, los cienagales millares de vistosísimas mariposas, la tierra diversidad de ricos metales y brillantes insectos. El Botánico haría sus colecciones de semillas, de flores, plantas, raíces, resinas, gomas, bálsamo, y ensayaría en una huerta normal las diversas frutas, legumbres y raíces comestibles, que todavía incógnitas y sin destinos yacen en los bosques. El Químico procedería a analizar una infinidad de materias orgánicas. El Filósofo subiría en sus investigaciones al descubrimiento del parentesco de las lenguas Americanas. El Historiador y el Anticuario algo sacarían de sus pesquisas en los usos, ritos, tradiciones y antigüedades de los salvajes. Quien, por fin, se ocuparía en el dibujo, quien en levantar planos, mapas, y redactar relaciones; quien enseñaría a sus Neófitos a cantar o tocar algún instrumento; quien les adiestraría en los oficios de tornero, carpintería, herre-

ría y otros de tanto agrado como utilidad para los Chunchos; poderosos resortes, por otra parte, para fijarlos en una útil y amena ocupación. ¿No sería esto para el misionero un manantial de goces, recreo, satisfacciones y elevaciones a Dios?"

Terminaremos nuestras referencias al padre Revello, con las siguientes líneas de Raimondi: "Este activo e inteligente misionero había abrazado con tanto ardor la idea de explorar y colonizar los feraces terrenos de la montaña de Paucartambo, que al cabo de muy poco tiempo de permanencia en las haciendas de aquellos valles había recogido los más minuciosos datos sobre la topografía, producciones, habitantes, etc., y si hubiese sido ayudado por el gobierno, habría sín duda alguna prestado los más útiles servicios al país y a la ciencia geográfica, dando a conocer toda aquella incógnita región y el misterioso curso de su principal arteria, esto es, el tan mentado río Madre de Dios (1)."

Después del padre Revello no hallamos en la zona oriental del Cuzco, procedente del Perú, en son de explorador, sino al padre Luis Sabaté en 1874; que fué también el último franciscano que recorrió con carácter de misionero los valles y los ríos que se desarrollan desde el Cuzco hasta las bocas del Urubamba.

Años más tarde aquellas regiones han sido encomendadas a los hijos de Santo Domingo, con la creación de la Prefectura del Madre de Dios, elevada hoy al rango de Vicariato Apostólico.

El padre fray Luis Sabaté nació el 24 de diciembre de 1843 en Lloc, del obispado de Tortosa, principado de Cataluña. Tomó el hábito de la Orden Seráfica en Santa

(1).—Raimondi, t. III, Historia de la Geografía, págs. 209, 225 y 228.

María de los Angeles de Lima, el día 8 de agosto de 1862. Luego fue conventual de la Recoleta del Cuzco, contribuyendo a su fundación como colegio de misioneros. Ejercitado el ministerio sacerdotal con verdadero celo así entre fieles como en territorio de infieles, en 1887 pasó a Tierra Santa, donde ha terminado piadosamente sus días el año de 1917. El padre Sabaté ejerció laudablemente varios cargos delicados de la Orden, así en el Perú como en Tierra Santa (2).

(2).—Su narración histórica, que reeditamos en este lugar, vió la luz pública en 1877, en la Tipografía de "La Sociedad", Plazuela de San Francisco, número 80, dirigida por José R. Montemayor. Lima.







INTRODUCCION

del Padre Luis Sabaté

Las montañas que tiene el Perú allende los Andes, ofrecen un grande y risueño porvenir a esta joven República; y las inmensas riquezas que aquellas vastas soledades ocultan en sus anchurosos senos, brindan colosales fortunas a los que quieran ir a recogerlas. Un viaje hecho recorriendo los caudalosos ríos que cortan sus espesos bosques, no carece de bastante importancia y aún de sumo interés bajo muchos conceptos, porque traza el camino o lo deja abierto a los que se proponen explorar lugares de tantas esperanzas; y los sucesos que se han realizado durante aquella larga travesía, son una lección provechosa que lega la experiencia a los que quieran emprenderla.

La relación del viaje por el Urubamba y por el Ucayali, en cuyas márgenes viven los **Campas** y los **Piros** y también toros salvajes, unida a la de algunos acontecimientos raalizados con ocasión del mismo, me parece no ser cosa indiferente ni destituída de utilidad considerable; y el que esa relación vea la luz pública, por medio del presente folleto, juzgo ha de ser grato a los que se interesan por la prosperidad y grandeza de esta República.

Mi viaje a la montaña no ha tenido un objeto curioso, como el del que va en busca de agradables aventuras o alegres pasatiempos, allí en donde la naturaleza

ostenta sin arte ni artificio su ruda belleza; ni ha sido viaje de placer o romanticismo excéntrico, en donde la moderna civilización y la social cultura no ha estampado todvía su acicalada y cosquillosa planta; ni tampoco el de un simple filósofo que se cierne en las regiones de un idealismo estéril, con el objeto de ostentar sus dotes intelectuales y las galas literarias, allí cabalmente donde todo debe descender al terreno de la práctica; ni de un especulador interesado, que, bajo tal o cual forma. tiene en mira hacer negocio, sea como botánico o naturalista estudie las cualidades y virtudes de su vegetación exuberante, sea que como dedicado al comercio se ocupe en hacer suyas las riquezas que por doquiera esparcidas allí se encuentran, sea que como hombre de Estado combine un nuevo plan de nuevas conquistas.

Mi viaje ha tenido otro objeto, y, en calidad de Misionero católico, debía forzosamente tener otros propósitos. He dejado las dulces y alegres impresiones que allí pueden sentirse, para que a su placer otros las disfruten; y las inmensas riquezas que aquellas Montañas brindan al viajero, allí se han quedado para que las aproveche quienquiera. Yo con insaciable ambición he andado en pos de tesoros más valiosos que allí miserablemente se pierden: miles de hombres en aquellas soledades, detenidos en el salvajismo, y otras tantas almas inmortales que salen de este mundo sin saber por qué han venido. ni qué misión les cabe cumplir, ni cuál sea su futuro destino, han sido mi preocupación constante. Hacia esos hombres y esas almas he encaminado mis pasos, y ansioso de mejorar su suerte he sacrificado mi quietud y reposo, y aún dispuesto estaba a dar gustoso la vida, si así lo hubiese requerido su salud y su dicha.

Simples apuntes de ese viaje era lo que únicamente tenía, descarnados y del todo informes se estaban escri-

tos desde hace más de dos años, cuando regresé de la Montaña, llenándose de polvo en un rincón de mi mesa de estudio conservándolos sólo para recordar los nombres de los lugares por donde había pasado, por si otra vez debía hacer el mismo camino; pues me sentía perplejo, y aún inclinado a dejarlos inéditos y desconocidos de todos, cuando me asaltaba la idea de darlos a la luz pública. Un mandato superior me ha sacado de esa indecisión vaga, y a ello es debido el que ahora los publique, después de tanto retardo, no sin haberlos antes puesto en mejor orden, desarrollando lo que sólo estaba en germen, hechas las apreciaciones y juicios que de la simple narración brotan, y dada la forma que al caso ha parecido más adaptada.

Van con el nombre de **Viaje**, sin embargo de que les cuadraría mejor quizá el de **Itinerario**, en atención a ciertos pormenores cotidianos que se puntualizan; si bien, por las apreciaciones y juicios susodichos, parece no les conviene mal la denominación empleada, y aún creo ser la más propia, toda vez que abundan las reflexiones intercaladas en la narrativa, ya para quitar la aridez del riguroso **Itinerario**, ya para dar realce a ciertos episodios.

La utilidad pública es el objeto que me he propuesto en este escrito, después de haber ofrecido mi corto y pobre trabajo a Jesús, Rey inmortal de los siglos, a quien hombres y criaturas todas debemos adoración y eterno rendimiento.



CAPITULO I

Comisión de los Piros al Cuzco.—Actitud de los PP. Misioneros.—Expedición del gobierno fracasada y asesinato del Prefecto del Cuzco.—Castigo de los culpables y obstáculos creados por este suceso.—Previsión de los PP. Misioneros, resolución y preparativos de su viaje a la Montaña.—Promesas no cumplidas.—Pretensiones interesadas de los indios y razones que las explican.—Necesidad de hacerles regalos.—Provisiones aprestadas para el viaje y recursos ofrecidos por el Gobierno.

A fines del año 1873, se presentó en la ciudad del Cuzco una comisión compuesta de cinco salvajes, que, en nombre de la tribu de los **Piros,** pedía al Gobierno protección para la misma, ofreciendo, por su parte, entrar en la vida civilizada y someterse a las autoridades que se les mandasen. Al propio tiempo esta comisión se dirigió al Colegio de Misioneros de la misma ciudad del Cuzco y en actitud muy humilde rogó al Prelado que se destinasen algunos Misioneros, que fuesen a evangelizar a los de su tribu y enseñarles a vivir cristianamente, comprometiéndose, en su nombre y en el de todos sus comitentes, a acompañar a los PP. Misioneros en su viaje, proporcionarles lo necesario a la vida y cuidar diligentemente de sus personas.

Como era natural, el Gobierno acogió con gozo la propuesta de los salvajes, les proporcionó por de pronto herramientas de labranza y otros objetos útiles, y se propuso proteger decididamente la benéfica empresa de la reducción de aquella tribu numerosa, felicitándose de

que se le presentase coyuntura tan oportuna de hacer extensivo el beneficio de la civilización a aquellas gentes desgraciadas, y dilatar, mediante esa conquista, los límites de su acción gubernativa por aquella parte de la República.

Los periódicos de esta capital se ocuparon a la sazón de tan fausto como inesperado suceso, estimularon al Supremo Gobierno para que lo favoreciese por todos los medios que estuviesen a su alcance, y auguraron un éxito muy lisongero a la obra que iba a iniciarse, creyendo que había llegado el momento feliz de que aquellas gentes bárbaras fuesen regeneradas, y la gran familia peruana recibiese un acrecentamiento de magnitud asombrosa.

Los PP. Misioneros, por medio del M. R. P. Comisario General, Fray José Maciá, hoy dignísimo Obispo de Loja en la República del Ecuador, que en aquel entonces se hallaba en el Convento del Cuzco, recibió muy afectuosamente la comisión de los **Piros,** los trató con paternal ternura y les ofreció hacer cuanto de su parte estuviese para satisfacer sus laudables y religiosos deseos mandándoles, tan pronto como le fuese posible, los PP. Misioneros que habían solicitado, a fin de que les enseñasen a conocer a Dios y la doctrina cristiana, y, practicando la vida civilizada y las virtudes evangélicas, se pusiesen en camino de salvación eterna.

Propagada por nuestros colegios o conventos de Misioneros la noticia de la comisión de los Piros que había acudido a la ciudad del Cuzco, celebraron aquellos con alegría tan fausto acontecimiento, si bien no le dieron la importancia que a primera vista ciertas personas le atribuían, por las antiguas y dolorosas experiencias que desgraciadamente de los indios tenían.

Con todo, varios PP. Misioneros se ofrecieron al

momento a secundar la grande obra que se proyectaba, y aún ir en persona a explorar aquella nueva conquista, para plantar la Cruz de Cristo en medio de aquellas tribus salvajes y reducirlas, con la fuerza de la verdad y de la gracia divina, a la adoración del Salvador del mundo y a la práctica de la moral evangélica. Del Convento de los Delcalzos de Lima, algunos estaban dispuestos a emprender tan penoso y largo viaje, y era ya cosa resuelta que el Guardián de dicho Convento, que lo era a la sazón el R. P. Fray Bernardino González, organizase la expedición indicada, debiendo él mismo emprender con otros el viaje, tan pronto como las aguas lo permitiesen, puesto que entonces las copiosas e incesantes lluvias en la Montaña, hacían intransitables los caminos.

Mientras se iban disponiendo las cosas, para empresa tan colosal y gigantesca, se recibieron cartas de otros conventos, en las que se disuadía la reducción susodicha. Eran las cartas bien razonadas y escritas por personas no poco expertas en lo que atañe a las misiones de infieles; y por el conocimiento que de ellos se tenía, se pronosticaba un nulo o triste resultado, en caso que el proyecto se llevase a cabo.

En una de estas cartas, recibida del Convento de Santa Rosa de Ocopa, se decía en sustancia lo siguiente: "No creo en la buena fe de los Piros; los conozco bien y desde mucho tiempo. No tienen ellos más objeto que explotar al gobierno, consiguiendo de él herramientas y cuanto desean, para después no cumplir nada de lo ofrecido. Váyase con cuidado en no dejarse envolver en sus redes, y rodéese de todas las precauciones convenientes. Ellos son entre las demás tribus como los librepensadores entre los católicos, o como los gitanos que van errantes por ciertos pueblos de Europa, que engañan a cuantos

pueden, sin reparar en medios para hacerse de lo que pretenden."

En otra carta de un religioso del Cuzco se añadía: "No vale la pena lo que tanto ruido está metiendo con la venida de los Piros a esta capital del departamento, y no creo que deba hacerse gran caso de las buenas palabras con que ha querido captarse la voluntad de las autoridades. He tratado de cerca a esos indios, y hace bastante tiempo que conozco las disposiciones que tienen acerca de entrar en la vida civilizada y practicar la religión cristiana; y estoy íntimamente persuadido de que nada puede esperarse de ellos, a no ser palabras y halagüeñas promesas, que fallan a la hora menos pensada. Su codicia los arrastra hacia nosotros, y no tienen otro móvil en sus excursiones." Por fin, una muy respetable persona escribía terminantemente: "soy de parecer que no debe U. emprender ese viaje, porque lo de los Piros no vale nada, ni nada espero de la expedición en caso que se lleve a efecto."

Esta correspondencia epistolar y privada se cruzaba entonces entre nuestros conventos, y con la luz que ella arrojaba, se definía perfectamente la situación en que nos hallábamos, lo que valían los proyectos de nuevas conquistas, y el entusiasmo de algunos bien intencionados, pero poco o nada expertos, que hacían muy factible la empresa consabida y casi soñaban verla ya realizada.

Después de un maduro examen sobre el caso, y meditado con calma lo que convenía hacer, se resolvió, por parte de los PP. Misioneros, suspender la marcha y aplazar hasta ocasión propicia la empresa. Entre tanto los sucesos se iban desenvolviendo, la verdad de la situación se iba despejando, y el tiempo, maestro imparcial de los hombres, se encargaba de indicar a los PP Misio-

neros, cómo y cuándo debían realizar sus proyectos benéficos.

La llegada de la comisión de los Piros al Cuzco avivó mas la memoria de lo ocurrido pocos meses había, y que cubrió de luto todo aquel departamento. Era esta la expedición organizada en aquella ciudad, por parte del Gobierno, con el objeto de dirigirse a los indios **Ciriniris** o **Pitineris**, situados en las inmediaciones de la ciudad de Paucartambo al Oriente del Cuzco, los cuales estaban en buena armonía y mantenían relaciones de comercio con los Piros que se habían propuesto civilizarse. Hechos los preparativos necesarios de esa gran empresa, se puso en marcha el coronel Prefecto Latorre como jefe de ella, saliendo del Cuzco con bastante acompañamiento; pero cuyo fin trágico tuvo que lamentarse bien pronto, fracasando por completo y con pérdida de algunas vidas, tan importante empresa, y disipándose como humo las lisonjeras esperanzas concebidas. Conocido es del público este reciente suceso, y así no me detendré en explicarlo.

Tan triste desenlace llenó de consternación a toda la República, y fue sobre manera sensible a los PP. Misioneros, porque en realidad era él un gran obstáculo para poder realizar la expedición que tenían proyectada desde antes, proponiéndose entrar en la Montaña para reducir a los infieles; expedición que el malogrado Prefecto señor Latorre quería se efectuase cuando él encabezó la suya, pretendiendo que los PP. Misioneros lo acompañasen, y aún públicamente en algunos periódicos que saldrían juntos del Cuzco, fijándose hasta el día.

Los PP. Misioneros, por razones muy poderosas, creyeron conveniente retardar su salida; y en este retardo sucedieron las desgracias que tanto tuvieron que lamentarse, y que imposibilitaron por entonces la expedición

proyectada. Se hizo después esta más difícil y tomaron mayores proporciones los obstáculos, con las medidas posteriormente tomadas contra los autores de los asesinatos cometidos, a quienes castigó el Gobierno, mandando fuerza armada al sitio de los primeros desastres, para que ejecutasen un ejemplar sangriento en aquellas gentes y se tomase así cumplida satisfacción de los crímenes atrozmente perpetrados.

Estos crímenes que malograron la expedición organizada por el Gobierno, si bien afectaron hondamente a los PP. Misioneros, como acabo de decir, no causaron en ellos la sorpresa que en muchos otros, por la sencilla razón de que, conocedores del carácter versátil e inconstante de los salvajes, y de sus instintos feroces y traicioneros que les dominan, desconfiaban, como siempre han desconfiado, de su sinceridad, de sus promesas y de todas sus buenas palabras. Aleccionados por una triste y dolorosa experiencia, estaban muy lejos de formarse ilusiones acerca de los resultados de cualquiera expedición que entre los salvajes se llevase a cabo, y siempre se recelaban de algún engaño o traición fraguada por aquellas gentes de costumbres y hábitos perversos, temiendo quedar envueltos entre sus lazos y ser víctimas, como tantas veces, de su ferocidad y de sus intentos inícuos.

Los PP. Misioneros saben bien, que los salvajes no se acercan a los pueblos civilizados sino para sacar de ellos alguna vantaja; saben que, del Gobierno y aún de los mismos Misioneros no pretenden otra cosa que conseguir herramientas, vestidos y todo cuanto pueden o creen que les podrá ser útil; y que por su parte los salvajes no sólo no tienen gratitud por los dones que reciben, sino que les cuesta muy poco corresponder con una traición alevosa, y aún quitar la vida a su bienhechor generoso. Sabedores de todo esto y haciéndose cargo de lo

que significaba o podía prometer la comisión de los Piros y sus buenas palabras, los PP. Misioneros meditaron bien antes, el modo de llevar a cabo la expedición entre las tribus salvajes, tanto para que lastimosamente ésta no se malograse, cuanto por precaver prudentemente un peligro demasiadamente conocido.

Era ya del dominio público la solicitud de los Piros y también sus pretensiones, tanto acerca del Gobierno, como con respecto a los PP. Misioneros, y si bien el fatal resultado de la expedición del coronel Prefecto Latorre, hubiera hecho prudente y aún justificable cualquiera medida que hubiese tenido por objeto desatender la solicitud y las pretensiones sobredichas, sin embargo, los PP. Misioneros no abandonaron por esto su propósito de satisfacer las exigencias de los salvajes, a pesar de que sus esperanzas no eran nada risueñas ni las probabilidades de un buen éxito muy fundadas, pues que humeante estaba aún la sangre de los PP. Misioneros Cimini, Morentin y Amadeo, bárbaramente asesinados en las montañas de Huanta, y fresca estaba también la del R. P. Ignacio Sanz traidoramente flechado en Chanchamayo, escapando como milagrosamente con vida a la otra parte del rio.

A pesar de todo esto, necesario era tomar una resolución definitiva, por cuanto el aplazamiento antes tomado, llegaba ya a su término, y habían los Piros obtenido una promesa de que se iría a catequizarlos; y sus canoas debían hallarse en breve en el río Wilcomayo al pie de Illapani, con el objeto de conducir a sus deseados sacerdotes. Retroceder los PP. Misioneros estando tan adelantadas las cosas, era faltar a una palabra empeñada y una cobardía muy ajena de un Ministro del Evangelio. No era imposible que los Piros estuviesen bien dispuestos, y que sus corazones fuesen tan fecundos en sen-

timientos nobles y actos virtuosos como feraces eran los privilegiados terrenos que les había dado la divina Providencia.

Pero, sobre todo esto, había una razón que no dejaba vacilar ni por un momento: era esta razón la obediencia, regla suprema, infalible y segura en semejantes casos. La obediencia pone un sello divino a los actos del hombre y, coloca al Religioso en la certidumbre de no poder errar en ningún caso. Abandonado en mano de su Prelado, debe éste asegurarse de la conveniencia de lo que ordena, mientras que al súbdito le basta para obrar bien, someterse a las disposiciones de sus superiores en todo aquello que no es manifiestamente malo. Obediencia tan desconocida y aún combatida en nuestros tiempos de racionalismo vertiginoso, en que no se habla a los hombres más que de sus derechos y de sus libertades, y cada cual se cree un soberano

Bien se obraba emprendiendo la civilización de los **Piros** por obediencia y era sin duda un acto laudable sacrificarse, si asi lo requería la consecución de un objeto tan importante. Tenían los PP. Misioneros el camino ya trazado por N. S. Jesucristo, y no debían sino andar sobre las huellas marcadas por los mártires: Y ¿qué valían las vidas de dos o tres frailes? .... Según el mundo muy poca cosa o nada, y aún según el Evangelio su valor era nulo en presencia de los grandes bienes reservados en el cielo a los que la renuncian por motivos superiores; pues escrito está en S. Juan: **Quién ama su alma, la perderá; y quien aborrece su alma en este mundo para la vida eterna la guarda** (1), y San Pablo añade: **Estais muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios** (2).

(1) Joan 12. 23.
(2) Ad Colo. 3. 3.

Estas y semejantes razones, con la esperanza de que se podría cambiar la faz de una parte muy importante de la Montaña, comunicó un valor y un ardimiento a los PP. Misioneros, como el que se verá en la relación de su viaje.

Esta resolución, que ponía a los PP. Misioneros en inminentes peligros de sacrificar sus vidas, tuvo por objeto ofrecer abundantes medios de salvación a las tribus salvajes, descargando ellos su responsabilidad ante Dios, si acaso no se aprovechaban de las divinas misericordias que profusamente les prodigaban; y acallar, además, la gritería o reclamos exagerados de algunos bien o mal intencionados, que por cualquier motivo y en cualquier ocasión claman, recostados en un blando sofá o arrellenados en cómoda butaca, que **los PP. Misioneros deben ir a ejercer su sacerdotal ministerio entre los salvajes.** Muy fácil es a los tales, mientras están meciéndose en brazos de una vida muelle, sensual y regalona, exigir a los PP. Misioneros y decirles con cierto enfado, **vayan a vivir en medio de las selvas,** expuestos, a cada momento, a perecer de muerte alevosa, o extenuados por el hambre, o bien acosados de alguna enfermedad contraída a causa de un clima rigurosamente caluroso, extremadamente húmedo y sujeto a mil inconvenientes.

Con todo esto, apartando la perspectiva sombría que presentaba tal empresa, resolvieron los PP. Misioneros acometerla con la abnegación que ello requería, y fueron los designados para llevarla a cabo el R. P. Fr. Tomás Hermoso, Misionero experto en las cosas de los infieles, el H. Cobarrubias perteneciente al convento del Cuzco, y el que esto escribe también miembro del mismo Convento.

Nombrados los tres Religiosos susodichos para penetrar en lo interior de la Montaña, con el objeto de lle-

var la luz del Evangelio y hacer brillar el sol de la civilización católica entre aquellas gentes bárbaras, sentadas en las tinieblas de la ignorancia y envueltas en las sombras de la muerte, preparamos nuestros ánimos y nos ofrecimos a Dios en holocausto, penetrados como estábamos, de las inmensas dificultades, de los frecuentes peligros y de las grandes penalidades que iban a presentársenos, y que, hasta terminar nuestra empresa, no iban a abandonarnos, una vez que, para hacer frente a todo esto, se necesitaban corazones retemplados y, más que todo, sostenidos con los poderosos auxilios de lo alto.

Desde luego se hicieron las diligencias convenientes para procurarnos el viático y todo lo necesario, para un camino difícil y en el cual se carece de los recursos más indispensables, llevando, entre otras cosas, un altar portátil, a fin de tener el gran consuelo de celebrar el santo sacrificio de la Misa siempre que las circunstancias lo permitiesen, y robustecer nuestras almas con el sagrado pan de los fuertes, recibiendo la sagrada Eucaristía con la frecuencia posible.

Como la vída del espíritu, mediante la recepción de los Santos Sacramentos, tuvimos cuidado ante todo, de abastecernos de lo que para el caso se requería, tanto para proveer a nuestras necesidades espirituales propias, cuanto para impetrar la abundancia de los divinos auxilios y las celestiales bendiciones sobre aquellos salvajes, a quienes íbamos a evangelizar, como enviados por el gran Padre de las misericordias.

Hicimos también algunas diligencias para procurarnos los recursos materiales indispensables, y se nos dieron desde luego muy buenas esperanzas; se nos hicieron generosos ofrecimientos y aún no faltaron promesas formales. Forzoso nos era acudir a la caridad cristiana y a la beneficencia o filantropía de las personas acomodadas

y que pudiesen prestarnos su protección y sus socorros, una vez que nosotros, y con nosotros, todos los conventos o colegios de PP. Misioneros, nos hallamos sin bienes de fortuna y sin recursos pecuniarios y materiales, viviendo, como es notorio, de la caridad pública, en cambio de nuestro ministerio apostólico, que ejercemos gratis y sin retribución material alguna.

Desgraciadamente ni las esperanzas concebidas, ni los ofrecimientos aceptados, ni las promesas formales correspondieron a lo que de ellos nos prometíamos, y un triste desengaño nos hizo tocar con la realidad de que, en gran parte, todo había sido pura apariencia o desistimiento mezquino.

Esta decepción, por sí sola bastante poderosa para hacernos desmayar en la empresa proyectada nos fué sobre manera dolorosa, no precísamente por lo que a nuestras personas afectaba, dejándonos desprovistos de los recursos materiales, sino porque la falta de estos mismos recursos, nos ponía en la casi seguridad de ver malograda dicha empresa, y de hacer infructuosos los no pequeños sacrificios que de nosotros se exigían, siendo el resultado de todo esto, el que los pobres infieles continuasen en su vida salvaje, privados del beneficio de la civilización y de la redención de Jesucristo.

Sabido es que los indios de la montaña, no tratan con los blancos, sino porque esperan recibir de ellos alguna ventaja; que se necesita estarles siempre haciéndoles regalos, si se quiere tenerlos contentos; que creen ellos que los PP. Misioneros han de estar continuamente dándoles cuanto exigen o cuanto se les antoja, so pena de dejarlos abandonados.

Sería un error suponer a esos infelices salvajes, de miras tan desinteresadas y de intenciones tan puras, que solo apeteciesen ser ilustrados en las verdades de la re-

ligión cristiana que no conocen, y ser reformados con los preceptos de la moral evangélica que habitualmente quebrantan; estas miras y estas intenciones ni siquiera se hallan en la generalidad de los cristianos, quienes no siempre ajustan sus procederes a la severidad de los dogmas católicos y a la austeridad de la ley divina. Los infieles que no tienen otra cultura que la que se encuentra en la espesura de sus bosques o en las ardorosas playas de sus caudalosos ríos, no pueden elevarse a tan generosos sentimientos; y al solicitar el concurso de los PP. Misioneros y el ministerio de los sacerdotes, para mejorar su vida nómada y las condiciones de su triste existencia, no es precisa y exclusivamente por satisfacer el espiritualismo de una vida ascética o las aspiraciones de un misticismo divino, sino que esperan, con el advenimiento del sacerdote y con la enseñanza de la religión cristiana, recibir toda clase de ventajas y obtener lo que su codicia apetece, reduciendo a cálculo su conversión al catolicismo, y entrando en mucho, al tratarse de la salvación de sus almas, el interés material y propio.

Semejante proceder y conducta, si bien nada laudable y aún muy reprensible, no debe, por lo demas, extrañarse, a no ser que se desconozca lo frágil de la condición humana y los resortes con que se mueve el corazón nuestro.

Llevando nuestras almas indeleblemente impresa la imagen de Dios vivo, sienten siempre la necesidad de ponerse en comunicación con el mismo, y como el cuerpo se asfixia si no respira el aire libre, asi el alma nuestra busca, en la atmósfera divina, su vida propia. De aquí la necesidad que todos sentimos de la Religión, que satisfaga las justas exigencias de nuestra conciencia; y de aquí aquel filósofo apotecma, que **el hombre es naturalmente religioso.**

Impulsados, pues, por una exigencia de la naturaleza, buscan los infieles satisfacerla en la Religión, solicitando el concurso de sus ministros; pero, al secundar ese impulso noble que los pone en vía de salir de su embrutecimiento y conseguir su propia perfección, no por eso abandonan los indios los instintos de su naturaleza viciada, las pasiones viles que les dominan, los apetitos detestables que en ellos se hallan como connaturalizados, los hábitos y costumbres criminales que forman el tejido de su vida selvática. Todo esto que no abandona a los indios, con todas sus miserias, sus ruindades y sus pequeños alcances, y de que no se pueden librar ni es posible libertarse con sola la resolución de pedir PP. Misioneros, y aún con la voluntad sincera de abrazar la religión católica, acompaña a esas infelices gentes y se traduce en ellos en mil y mil actos a cada paso, por manera que, en la vida de espontaneidad que llevan los indios, y en su viciada naturaleza abandonada a sus propios instintos, sería temeridad exigir de ellos, lo que a veces no se encuentra en las gentes civilizadas.

Por lo expuesto, se ve, que son dignos de compasión e indulgencia los pobres indios al hallarse dominados de la codicia, aún en el mismo acto que solicitan el don de la religión cristiana y el ministerio de los PP. Misioneros. Desatenderlos por esta causa, sería contrariar la voluntad divina y desconocer el corazón humano: combatir prudentemente el vicio de la codicia, moralizar las costumbres de los indios y reformar su corazón corrompido, he aquí la obra benéfica que con ellos debe ejercerse, considerando sus faltas y sus groserías como achaques de su condición desgraciada, a fin de practicar con ellos la caridad que el divino Maestro nos ha enseñado.

Acomodándose, pues, a la lastimosa condición de los indios, y aún condescendiendo con su modo de ser

dominado y llevado del interés y de la codicia, necesario es ganarlos por medio de las dádivas, no interrumpiendo los obsequios más o menos valiosos, hasta tanto que penetre en su abstrusa y entenebrecida mente un rayo de la luz divina, que haciéndoles conocer lo fugaz e inconsistente de las cosas terrenas, y lo grandioso y positivo de los bienes celestiales, extinga en sus corazones el ardor de la codicia que los devora.

Para esto, es evidente que se necesitan recursos, y que nosotros, al emprender la expedición sobredicha, debíamos, ante todo, contar con ellos, a no ser que temerariamente quisiéramos exponer nuestras vidas y nos propusiéramos malograr la conversión apetecida. Estos recursos, como ya dije, eran los que nos faltaban, habiendo podido reunir, para el efecto, solo unas seis docenas de cuchillos, unos pocos papeles de agujas, algunos anzuelos, nueve achas viejas y otras cositas que algunos hacendados y otras personas del Cuzco tuvieron la bondad de proporcionarnos. Gracias a su caridad, pudimos contar con esto, por cuya generosidad dígnense recibir públicamente un voto de gratitud. Proporcionáronnos también un cajón de otros objetos que ignoro cuales sean, el cual con una carta dirigida a nosotros retuvo en su poder y no quiso entregarnos cierto individuo, en una hacienda del interior, como diré en su lugar más largamente.

En esta angustiosa situación, nos dirigimos al Prefecto del Departamento, a fin de conseguir lo que tan necesario nos era para captarnos la voluntad de los indios y llevar nuestra expedición a buen término. Le expusimos lo grave y lo urgente del caso, las promesas hechas por sus predecesores, y el empeño con que se comprometieron a proteger nuestra empresa; la asignación señalada por el congreso a favor de las misiones, la que, a pesar

de figurar en el presupuesto de gastos, nunca nos ha sido entregada; agregándose a todo esto, la voluntad decidida del Presidente de la República, Sr. D. Manuel Pardo, manifestada privadamente, de favorecernos en todo lo necesario, al momento que tuvo noticia de la comisión y de las pretensiones de los **Piros**; en una palabra, tocamos todos los resortes que creiamos conducentes a nuestro intento.

De esperar era y con fundamento, que nuestro recurso al Gobierno hubiese dado un resultado satisfactorio, toda vez que no pedíamos favor para nosotros, sino una pequeña protección a beneficio de los indios. Con todo, después de algunos dias, sólo recibimos seis tarros de pólvora, que tuvo la bondad de mandarnos el Prefecto, por medio de un soldado, la víspera de nuestra partida. Esto, y nada más que esto pudimos conseguir, después de tantas diligencias, que, sin embargo, nos fué utilísimo para poder cazar y alimentarnos de lo que cogíamos, llevando para el efecto una escopeta cada uno de los tres religiosos.

No teniendo más que esperar, nos dispusimos para emprender nuestra marcha, arreglando previamente lo que debía servir para los indios y el equipaje indispensable para nuestras personas.



CAPITULO II.

Un obstáculo en el acto de emprender el viaje.—Despedida.—Paralelo entre dos expediciones.—Comienzo del viaje hasta Ollantaitambo.— Antigüedades y ruinas.—Torontoy.—Malos pasos.—Tránsito por la hacienda de Media-Naranja.—Gradería en la peña.—Una selva y sus víboras.—Llegada a Collpani.

El día 15 de Julio de 1874 fué el señalado para emprender nuestro viaje a la Montaña, y cuando creíamos que ya estaba todo dispuesto y que la falta de recursos era en aquel entónces, el último inconveniente en que tropezamos, nos encontramos con que no habían bestias que nos llevasen.

Uno de los señores hacendados del Cuzco se había comprometido de antemano a proporcionárnoslas, y confiamos en su palabra que estarían a nuestra disposición el día convenido; pero a la hora de necesitarlas, tuvimos el sentimiento de no poder contar con ellas, alegando dicho hacendado que las bestias no habían llegado.

Como debe suponerse, ese contratiempo que creimos involuntario, por parte del hacendado, nos afectó no poco, por ser inesperado, cuanto por otras circunstancias que lo acompañaban.

En semejante apuro, preciso nos fué tomar, sin pérdida de tiempo, otras providencias, y vimos inmediatamente a algunas personas con el objeto de que nos proporcionasen la movilidad indispensable; y si bien el tiempo era estrecho y no fácil encontrar disponibles y a la mano las bestias que solicitábamos, afortunadamente

el señor Balaguer, español residente en la ciudad del Cuzco, tuvo la bondad de sacarnos de aquella situación angustiosa, encargándose de proporcionarnos toda la movilidad necesaria.

Consistía esta por de pronto, en tres bestias de silla para montar los tres Religiosos, y otra de carga para llevar el altar portátil. Por lo que hace a las primeras, pudieron conseguirse luego; y faltando la última, hubo necesidad de echar mano de un jumentillo, el cual aparejado debía cargar lo que durante el camino sería nuestro espiritual consuelo. Nos fué preciso dejar todas las cargas, tanto de nuestro equipo, cuanto de lo que para los infieles habíamos recogido, las cuales nos debían ser mandadas tan luego como se consiguiesen las bestias necesarias, conducidas por persona segura, debiendo nosotros detenernos en **Echara** con el objeto de aguardarlas, y luego proseguir el camino por el río.

Mientras las cosas asi se estaban disponiendo y la hora de nuestra partida se iba acercando, se apoderaba de nuestros corazones cierta vaga congoja y tristeza indefinible que aumentaba por momentos, como suele suceder al aproximarse un grande acontecimiento. Varias eran las causas que producían en nosotros aquella desazon indescriptible.

Debíamos cambiar la tranquilidad y el silencio del claustro. por las agitaciones y bullicio del mundo. Contento el Religioso en la soledad de su celda, goza de una paz interior que es superior a los placeres de los sentidos; y aun cuando los mundanos miren los claustros con hastío y sobre sus moradores hagan caer el desprecio y las mas groseras injurias, porque los secuaces del mundo no perciben sino las cosas terrenas y son incapaces de elevarse sobre la materia y sobre sus sentidos, no es por esto menos cierto, que el religioso que vive según su

estado y está contento con su profesión monástica, es el hombre más feliz del mundo y el claustro es para él una imágen del paraíso, y su celda a manera de cielo, como la llamaba San Bernardo. Doloroso, pues, nos era y con razón, dejar nuestro amado claustro.

A todo esto debe agregarse la sombría perspectiva del porvenir que nos aguardaba, llena de incertidumbre, erizada de peligros y acompañada de funestos augurios. Teníamos como a la vista los cadáveres del coronel Latorre y de los demás bárbaramente asesinados por los indios; y tras este fúnebre cuadro se nos presentaba la matanza de los culpables, ejecutada después, en castigo de su atroz crímen. A este espectáculo sangriento, de que, poco hacia, el Cuzco había sido teatro, no sabíamos si nosotros íbamos a servir de complemento y de actores, derramando también nuestra sangre y perdiendo miserablemente nuestras vidas en manos de aquellas gentes bárbaras, avezadas a actos de inhumanidad y de fiereza. Es lo cierto, que la imágen de la muerte cruzó en la mente de más de uno de nosotros, y que el temor de no vernos más y de que no disfrutaríamos nosotros otra vez de la tranquilidad del claustro, se apoderó de varios corazones.

A este cúmulo de circunstancias, a cual más desgarradora, que daban a nuestra despedida un caracter el más tétrito y melancólico, se añadían los rumores que en voz baja habían circulado cuando la expedición del coronel Latorre y sus compañeros, anunciando que los PP. Misioneros, deberían seguir sus huellas, ya que no los habían precedido. Esos susurros parecía entonces que se repercutían en nuestros oidos y que llenaban de fatídicas sombras el negro cuadro de lo pasado. Si bien es verdad, que los malogrados expedicionerios, creían, sin duda por su inexperiencia, dar una lección a los PP. Misioneros,

adelantándose a penetrar en las tribus salvajes, obligándolos asi con su imaginado buen suceso, a no retardar más su marcha hácia la Montaña; marcha que los PP. Misioneros meditaban con prudencia, conocedores del carácter falso y traicionero de los indios, cuando entonces se les invitaba a penetrar entre ellos y acompañar al coronel el señor Latorre; y que ahora dilataban apropósito, tratándose de los Piros que son los mas astutos y los más rateros, y como los gitanos en los pueblos de Europa; si bien es verdad todo esto, sin embargo, estos susurros se habían propagado en varios círculos y parecía que entonces, como dije, resonaban en nuestros oidos mientras nos despedíamos de nuestros hermanos e íbamos a dejar el convento.

Efectivamente, íbamos tras los malogrados expedicionar os que habían ofrecido abrirnos la senda, en la cual debíamos seguirlos, pero con condiciones muy designadas. Ellos abastecidos de todo lo necesario, suficientemente pertrechados de armas y municiones, y después de haber tomado las medidas que creyeron convenientes al caso. Nosotros éramos unos tres pobres religiosos, sin recursos materiales como queda dicho, y teniendo a la vista la triste perspectiva que en ese momento he descrito. Parecida era nuestra situación a la del apóstol San Pablo, y que en el libro **Acta Apostolorum,** (1) se expone con estas palabras: "Y ahora he aquí que yo, constreñido del Espíritu, voy a Jerusalem: no sabien-"do las cosas que allí me han de acontecer: sino lo que "el Espíritu Santo me asegura por todas las ciudades, di-"ciendo: que me aguardan en Jerusalem prisiones y tri-"bulaciones. Mas no temo ninguna de estas cosas, ni ha-"go mi propia vida más preciosa que a mi mismo, con tal

(1) Cap. 20

"que acabe mi carrera y el ministerio de la palabra que "recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del Evange- "lio de la gracia de Dios. Y ahora, he aquí yo sé que no "vereis más mi cara todos vosotros, por los cuales he "pasado predicando el reino de Dios".

. . . .

. . . .

"Y habiendo dicho esto, se hincó de rodillas e hizo "oración con todos ellos. Y se levantó grande llanto en- "tre todos, y echándose sobre el cuello de Pablo le besa- "ban, afligidos en gran manera por las palabras que les "había dicho, que no verían más su cara".

Llegado el preciso momento de nuestra partida nos fuimos al coro a adorar a Jesús sacramentado, hacerle o- blación entera de nuestras personas, y rogarle nos asis- tiese en tan ardua empresa. No era esta una despedida, porque vivo y ardiente teníamos el deseo de llevar a Je- sús en nuestros corazones. Salimos de aquel santo lugar, en donde diariamente cantábamos las divinas alabanzas, con la idea de que ya nuestras voces quizá no se mezcla- rían más con los graves acentos con que diariamente allí se glorifica al Señor con el divino oficio, y al pasar por los claustros que tan dulce paz habían hecho gozar a nuestro espíritu, nos parecía ser la postrera vez que diri- gíamos sobre ellos nuestras miradas. Nos alejamos de nuestras tranquilas moradas, y nos dirigimos a la portería del Convento, donde encontramos a nuestros caros Herma nos aguardándonos para darnos la última despedida. Un afectuoso y tierno adiós se desprendió de los labios de cada uno, mientras un estrecho y fraternal abrazo unía nuestros corazones, comunicándoles mútuamente las e- mociones que entonces sentían, y penetrándose recípro- camente con el delicado y mudo lenguaje de los espíri-

tus como deja bien comprenderse de los que viven unidos con los estrechos lazos de la castiza caridad y fraternidad cristiana, formando una sola y compacta familia, bajo la indentidad de vida y de aspiraciones. Era un espectáculo tierno y conmovedor el despedirse uno por uno de todos nuestros Hermanos, y el dejar caer, junto con los brazos sobre su cuello, una lágrima sobre nuestras mejillas. Nos comprometimos a rogar a Dios unos por otros, y continuar unidos en el Sagrado Corazón de Jesús, aunque separados por gran distancia.

Confiados en los auxilios divinos y entregados en brazos de la paternal Providencia, salimos de nuestro convento y dejamos la ciudad del Cuzco los tres referidos religiosos, el R. P. Fr. Tomás Hermoso, el Hermano Covarrubias y el que escribe este viaje, cerrando los ojos a nuestro porvenir cualquiera que fuese.

Llegamos a la hacienda llamada **Urubamba,** sin tener especial novedad en nuestro camino; rezamos nuestro divino oficio y cumplimos con las demas deberes de nuestro estado religioso, pasando allí la noche, para dar el necesario descanso a nuestros fatigados miembros; y más que todo, repararnos algún tanto de las angustias y amargos ratos que habíamos sufrido en los últimos momentos de nuestra partida.

Proseguimos el viaje el día siguiente, 16 de Julio, y paramos algunos momentos en la hacienda de **Charcahuylla,** de la propiedad del Sr. Campero, siendo muy bein recibidos, especialmente de la señora, que tuvo la bondad de proporcionarnos otro jumentillo que llevase nuestro altar portátil, haciéndonos con esto un no pequeño servicio, pues el que desde el Cuzco lo venía cargando, estaba ya algo cansado, y pudimos así ir mudando de bestia.

Continuamos luego nuestro camino y logramos lle-

gar a **Piri,** hacienda que tiene arrendada el señor Dr. Venancio Galdos, y pasamos allí la noche, sin que nos ocurriese nada notable.

Salimos el día siguiente, el 17 de Julio, dejando a un lado el puerto, situado al pié de una cuesta, para encaminarnos orilla del río **Wilcomayo,** con dirección a **Ollantaitambo.** Encontramos aquí la cēlebre fortaleza de los incas, monumento superior en arquitectura y en sus labores artísticas al famoso **Rodadero,** que se levanta magestuoso sobre el cerro **Sacsahuaman** y que domina la imperial ciudad del Cuzco.

Se queda el viajero asombrado al ver la construcción de semejante edificio, y no sabe qué admirar más, si el primoroso y finísimo labor de las piedras que parecen barricadas: tal es la perfección de su pulimento; o si su rara colocación, por estar puesta cada una en su respectivo sitio y tan exactamente adaptada y ajustada con sus inmediatas, que parecen todas juntas una sola pieza, sin que por sus junturas pueda penetrar la más aguda punta de un alfiler, no obstante de no descubrirse argamasa ni otra alguna mezcla que las una; por manera que, cada piedra parece allí vaciada con un molde, después de haber sido liquidada: tal es la perfección con que las diversas esquinas o contornos de las piedras están entre sí ajustadas; o si finalmente, lo más admirable de dicho edificio, es las grandes moles (que no otro nombre debe darse a las enormes piedras que forman la sobredicha fortaleza, algunas de ellas pesan muchos centenares de quintales), colocadas a veces sobre otras de pequeño tamaño, que les sirven de cimiento o de base, sin perder por esto el edificio nada de su solidez ni de su hermosura; pues las diferentes partes forman un todo trabado caprichosamente, pero con buen gusto.

No se sabe como los indios hayan podido trasladar esas inmensas moles, desde distancias muy largas o de algunas leguas, sin máquinas ni el uso de la polea como ahora se conoce, y sin instrumentos que podían hacer posible la movilización de tan extraordinarios pesos.

Decir, como algunos, que los indios llevaban en hombros o arrastrando estas grandes piedras, es dejar en la misma oscuridad la cuestión presente, porque no se comprende como la suma de las fuerzas de todos los hombres que pudiesen aplicarla a la piedra que debía trasladarse, fuese suficiente para moverla; más claro: el tamaño o volúmen, respectivamente pequeño, de la piedra, atendido su gran peso, no permitía sino a un número de hombres, respectivamente suficiente para moverla, que pudiese aplicar su fuerza sobre la misma piedra. Agréguese a esto ,que tan grandes moles habían de atravesar rios, subir cerros y andar por caminos quebrados; y la dificultad de que pudiesen ser trasladadas con solas las fuerzas de los brazos y sin auxilio de alguna máquina, aumentará sobre manera.

El modo, pues, como los indios movían tamaños pesos es un misterio, lo mismo que el primor con que labraban las piedras y las ajustaban perfectamente entre sí, formando como un monolito. Por ahí corre la especie de que, los indios poseían un secreto, para liquidar o ablandar las piedras, por medio del jugo de una yerba; y después de un sencillo procedimiento, las acomodaban dándoles con mucha facilidad la forma y el tamaño que querían, como el alfarero a la masa de pasta que tiene en sus manos. Pero esto no pasa de una inocente ficción, pues está desmentido por el mero hecho de encontrarse algunas piedras enormes que se hallan aún en medio del camino, y que después de haberlas trasladado desde largas distancias enteras y sin reblandecerlas, se conoce

bien que no tuvieron tiempo los indios de llevarlas a sus lugares señalados. Es lo positivo que ni los mismos indios actuales saben cómo las piedras eran trasladadas y les es enteramente desconocido el secreto de ajustarlas entre sí sin argamasa, como los antíguos.

En uno de los varios callejones de esta fortaleza, en el cual se entra por una especial portada, hay una simétrica hilera de ventanitas de piedra muy sonora, que, al golpearlas con algo, dan un sonido como metálico. A poca distancia de la fortaleza sobre una pequeña altura, se encuentran algunas curiosidades trabajadas en la peña viva, formando como una especie de altar; y a la entrada del pueblo de **Ollantaitambo** se ve pintado, sobre la peña, el busto de un indio, que no obstante de estar expuesto a la inclemencia de la intemperie y tener ya algunos siglos, se conserva en muy buen estado. Pasada la población y sobre el camino, se encuentran construídos de piedra, a manera de unos cuartitos, cuyos techos son también de piedra, cortada en piezas como tablones, y sostenidos por sus extremidades sobre las paredes. A poca distancia, sobre otra peña bastante elevada, se vé el sol pintado, y que también se conserva en buen estado. Sabido es, que los indios adoraban a este astro como a su Dios, y por esto colocarían su retrato pintado en aquella gran altura, para que protegiese desde allí la fortaleza y la población de Ollantaitambo, y lo divisasen a gran distancia para poder tributarle culto.

En este largo trayecto en que se encuentran tantas antigüedades del tiempo de los Incas, se tropieza con frecuencia con las ruinas de las mismas que el tiempo ha ido destruyendo, y las piedras que con tantas fatigas elaboraron, y colocaron los indios, caidas estan por acá y allá en el camino. La misma célebre fortaleza de Ollantaitambo está muy derruida y por en medio de sus es-

combros pasa el nuevo camino. Las grandes piedras que iban acarreando los indios, se encuentran hasta la hacienda llamada Media-Naranja, pasada la cual hay una gradería que se remonta a tiempos remotísimos, después de la cual ya no se encuentran mas antigüedades.

Pasábamos por aquellos desiertos lugares, que en siglos anteriores serían muy frecuentados por los idólatras, y para ellos serían venerandos, por constituir los primeros fortines que defendían la ciudad del Sol, su dios, contra las irrupciones de los bárbaros que poblaban las márgenes de los rios del Norte y Nordeste, sobre los cuales no se extendería el imperio de los Incas, pues que de lo contrario hubieran carecido de objeto aquellas fortalezas trabajadas a costa de inmensas dificultades (1).

(1).—El padre Sabaté acaba de pasar por una región hostórica de las más interesantes del Perú, donde la ciencia con el tiempo tendrán mucho que descubrir y estudiar; esta región corresponde al actual distrito de Tambo de Ollantay u Ollantaytambo, de la provincia de Urubamba, departamento del Cuzco.

Las fortalezas colocadas en esta zona, en condiciones de defender la cuenca del poderoso río Urubamba, casi a las puertas del Cuzco, de donde no distan sino doce leguas, suponen la pujanza de los indios Campas, dominadores de la región a lo largo del río, cuyas flechas amenazarían sin duda a los encastillados habitantes de la gran población.

Esta población reconoce su origen en el guerrero Ollantay, sublevado contra Huaina Capac; personaje en quien se basa el drama incáico, de la época colonial, Ollantay, escrito en quechua, vertido al inglés, al español y al francés.

Los estudios que se realicen en Ollantaytambo tienen que esclarecer no sólo una de las etapas de la vida incaica, sino también de la prehistoria y del movimiento inmigratorio de los indígenas orientales.

Proseguimos nuestro viaje, y llegamos a la hacienda de **Torontay,** en donde fuimos a cazar para tener algo que comer, y logramos matar un loro, que fué la primera ave que cayó en nuestras manos.

El 18 de Julio emprendimos otra vez la marcha por un camino difícil y que no estaba aún concluído, tropezando con pasos peligrosos, en los cuales fué preciso descargar una y otra vez el jumentillo y llevar en hombros los bultos, a fin de evitar una desgracia más que probable.

Como esta operación era algo enfadosa y demandaba tiempo, tratábamos de economizarla cuanto era posible, supliendo a ella, en algunos pasos difíciles, con el exquisito cuidado y atención que por nuestra parte poníamos, guiando muy despacio el jumentillo; pero no siempre sin pasar por algún susto, pues hubo vez que parecía ya inevitable que con su carga se cayese en el río; y escapamos por fortuna de ese adverso percance, por haber el cauteloso animal retrocedido instintivamnete muy despacio y salido así del trecho peligroso.

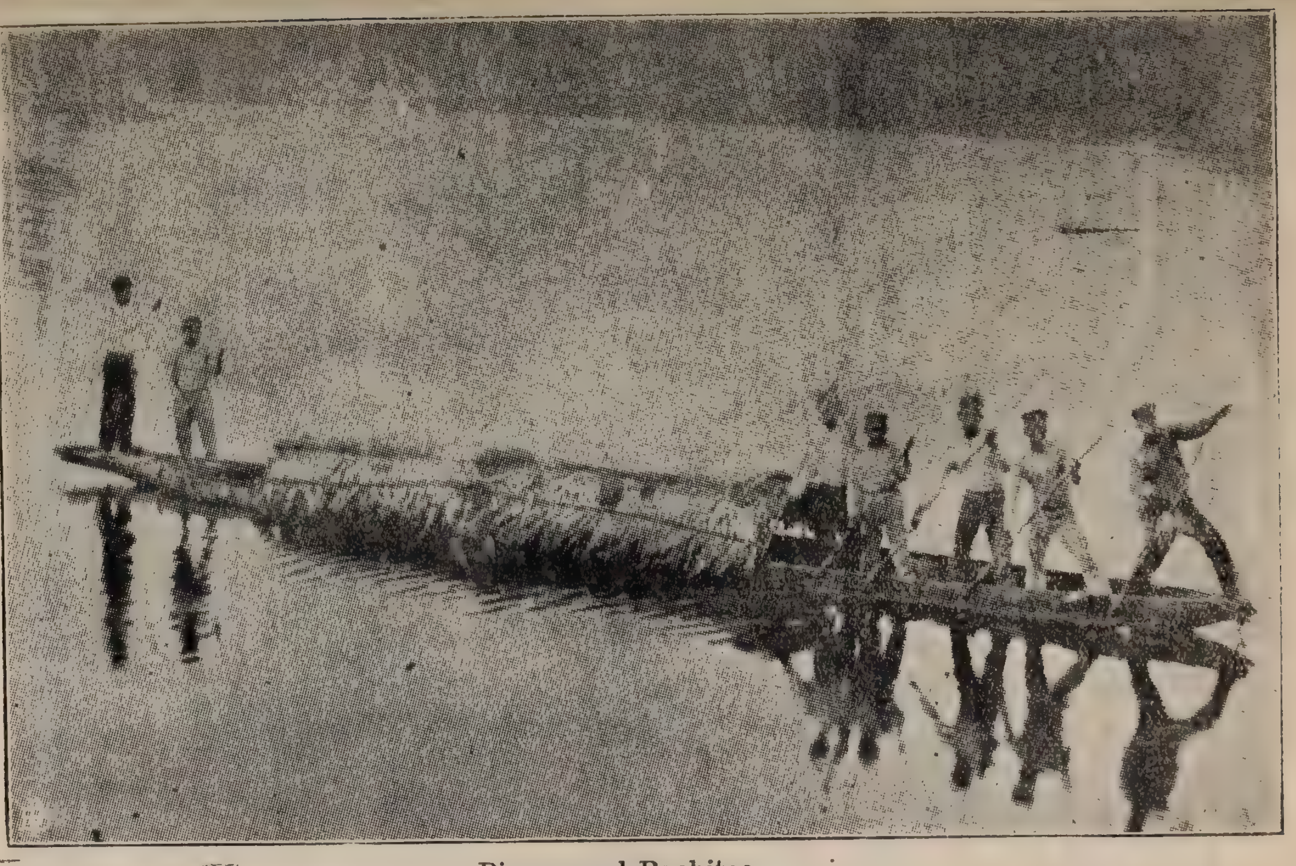
Después de varios sustos y algunos trabajos, llegamos bien a la hacienda llamada Media-Naranja; y el día siguiente, domingo 19, tuvimos el placer de celebrar aquí el santo sacrificio de la Misa, confortando asi, con los socorros espirituales, nuestros corazones algo agobiados por los sucesos pasados. El R. P. Fr. Tomás Hermoso bendijo, en esta hacienda, la máquina de aserrar madera, una y otra de la propiedad del señor Balaguer y Cia.

Por ser día domingo suspendimos nuestro viaje, santificando el dia del Señor, que en aquellos lugares desgraciados apenas se diferencia del resto de la semana. Durante ese día tuvimos tiempo sobrado para contemplar las rarezas que ostenta la naturaleza en aquellos sitios, y nos quedamos admirados al ver las grandes difi-

cultades que tuvieron que vencer para abrir camino en algunos parajes.

En uno de ellos pasa el rio como por entre elevados muros, formados como por grandes moles de peñas en una y otra parte, habiendo sido preciso trabajar, en uno de esos lados, al camino que es bastante ancho, llano y largo, sobre esas mismas peñas, venciendo obstáculos no pequeños, para poder hacer viable aquel mal paso que conduce a la sobredicha hacienda. Al extremo de su camino y sobre el lecho de ese río, se encuentra un recodo que está terraplenado; y que como entonces una fuerte avenida se hubiese llevado el terraplén, habían colocado en su lugar, para salvar aquel mal paso, un palo largo sostenido por uno y otro extremo sobre unas horquillas de tronco de árbol; y sobre ese palo era preciso andar si quería pasarse al otro lado, con harto peligro, como es notorio, de dar un resbalón o no asentar bien el pié, y caerse indefectiblemente en el agua, con riesgo de encontrar allí la muerte, o cuando ménos un gran susto. Por allí anduvimos el día antes y pusimos al pasar todo el cuidado posible, a fin de salir sin novedad de aquel apuro, como afortunadamente lo conseguimos. Preferimos continuar nuestro viaje siguiendo la ruta de Media-Naranja, tanto por bendecir la máquina susodicha, cuanto por ser la vía más recta para entrar en los Valles.

Salimos el día 20 de esa hacienda, el Hermano Covarrubias conduciendo las cargas por el camino viejo, y el P. Tomás Hermoso conmigo a pié, siguiendo el camino nuevo, a fin de conocer esa reciente senda. Como a los veinte minutos de haber andado, encontramos un antiguo camino que se remonta al tiempo de los Incas, formando una gradería de difícil y de trabajoso paso, que se extiende hasta encontrar el rio, a cuya banda opues-



Piros en el Pachitea

ta se observa otro igual camino. Después de haber andado un poco, tuvimos que vadear un brazo del rio, para subir luego por una gradiente de peñas muy larga y elevada, más difícil y trabajosa que la anterior, por manera que, para treparla, teníamos que agarrarnos fuertemente de los arbustos y raices que allí había, y fatigarnos para subir sobre las gradas que en parte componían el camino y que nos llegaba a la cintura.

Trechos había en esta gradiente, que eran un simple sendero de una sola cuarta de ancho, trazado al lado de un despeñadero y casi confundido por los arbustos que en ella habían crecido. Estos arbustos estaban cubiertos de hojas caídas de los árboles que había en una y otra parte del sendero, y al poner nosotros el pie sobre ese falso piso, creyendo algunas veces que era sólido, sentíamos hundirnos y próximos a rodar por aquellos despeñaderos. Con la imágen de la muerte ante los ojos, temíamos por momentos ser absorbidos de ella, y, en tal aprieto, hicimos con mi compañero un convenio, que si por desgracia cualquiera de nosotros resbalase por la terrible pendiente en que nos deslizábamos, fuese absuelto sacramentalmente al momento, por el que permaneciese en pié o sin haber todavía caido. Tal era nuestra angustiosa situación entonces, y el temor que completamente de nosotros se había apoderado.

Quiso Dios que saliéramos, por el momento, libres de aquel inmniente peligro que nos asediaba, y llegando a un lugar menos angosto y que permitía sentarnos con alguna comodidad y holgura, nos detuvimos un rato para descansar de nuestra fatiga y repararnos de nuestro reciente susto.

Nos levantamos algo animosos para proseguir el camino que por la gradiente aún nos faltaba, y al entrar de nuevo en el estrecho sendero que sobre la peña

estaba marcado, tropezamos, si cabe, con mayores riesgos, que hicieron revivir los sustos primeros, encontrándonos sobre un lugar muy elevado y como cortado casi en línea recta hácia abajo, descubriendo a alguna profundidad el caudaloso río, que veíamos como perpendicular al punto que pisábamos, y en cuyas aguas parecía íbamos pronto a ser sumergidos. Caminando estábamos no sabíamos si a la muerte, o al término de aquel fatal y tremendo sendero, que más bien que a residencia de vivos, parecía conducir a un melancólico cementerio, obligándonos a encomendar a Dios nuestras almas, como si ya hubiese llegado el postrer momento en que debíamos comparecer inmediatamente ante el rectísimo Juez de vivos y muertos. Por fin, llegamos al término de aquel llamado sendero, hallándonos todavía en una altura de unas ocho varas de la del río, a la cual no podíamos descender asentando nuestras plantas en parte alguna. Había allí estacados dos largos palos, apoyados por una de sus extremidades sobre la misma peña y por la otra sobre la llana ribera, y por esos palos, que por no estar afirmados por parte alguna se movían en cualquier sentido, era necesario descender de aquella altura, dejándose resbalar mansamente como los marineros de lo alto de sus buques. Como era natural que al bajar los palos se inclinasen a uno u otro lado, era también evidente el peligro, por cuanto al caer hubiera sido para dar indefectiblemente en el rio. Salimos de ese angustioso paso muy asustados, pero a Dios gracias, sanos y salvos.

Nos fataba todavía, para llegar al término de la jornada de aquel dia, que andar un trecho muy largo, si bien de género distinto. Debíamos atravesar un monte, cuyo camino nos era desconocido, o más bien estaba en parte borrado, asemejándose a un leberinto. Era esta una empresa gigantesca para nosotros, con los sucesos pasa-

dos algo amilanados; tomando empero valor, nos determinamos a acomterla con denuedo, entrando en aquella selva, y poniendo nuestra confianza en la Providencia divina, que nos sacaría ilesos de cuanto pudiese sobrevenirnos.

Metidos en la espesura del monte, nos perdíamos a cada paso, teniendo que retroceder y volver a caminar, andar ya por un lado ya por otro, en busca de algún vestigio o señal, que nos indicase la senda primitiva. No teníamos ahora, es verdad, los precipicios que en los caminos pasados; pero en cambio dábamos, con frecuencia, debajo de nuestros pies, con agujeros bastante hondos, en donde nos enterrábamos hasta las rodillas. Pero no era esto lo que nos preocupaba en medio de aquel espeso bosque, sino las muchas vívoras que los indígenas dicen que allí se encuentran y que hacen peligrosísimo el paso por tales lugares, por ser mortal y muy ejecutiva la picadura de ellas.

Al oir algún ruido o ver descansar los caminantes, se enroscan las vívoras sobre sí mismas y se ocultan debajo de las hojas o cualquier otra cosa, elevando algún tanto la cabeza, para observar cuando se acerca el pasajero. Luego que este se encuentra inmediato a la vívora, dá esta como un brinco hácia su víctima, le hiere inmediatamente, causándole un dolor como si fuese de aguja; y simultáneamente le inocula su veneno, que se comunica muy en breve por toda la masa de la sangre. Luego entra al agredido calentura, comienza a hincharse y sentir agudos dolores, a echar sangre por la nariz, boca, orejas, ojos y por los poros del cuerpo, y al cabo de pocas horas espira irremisiblemente.

Por entre tantos y tan grandes peligros íbamos asentando nuestras plantas, esperando en la misericordia del Señor en quien habíamos de poner toda nuestra confian-

za. Por fin, salimos de aquel monte con la protección de Dios sin lesión alguna, dando gracias a su paternal Providencia, que con favores tan señalados nos había protegido.

Efectivamente; los peligros de que habíamos salvado no eran pocos, sino muchos; su magnitud no era pequeña, sino de proporciones colosales; y sin embargo de todo, habíamos escapado felizmente, y las fúnebres perspectivas que se nos habían presentado quedaban ya atrás de nosotros, y nuestros corazones respiraban con holgura, libres del peso que poco ha los oprimía.

Caminamos algún tanto y encontramos dos puentes a poca distancia uno de otro, deteniéndonos en el primero y sentándonos para reposar del cansancio consiguiente de haber andado a pié algunas horas y por lugares tan escabrosos. Sin embargo, nos faltaba todavía una gran subida y una gran bajada, que hicimos con no pequeña fatiga, y por fin, llegamos a la hacienda de **Collpani,** que era el término de la jornada de aquel día.

Era ya de noche cuando llegamos a la hacienda y a poco rato de estar allí llegó también el Hermano Covarrubias, que por otro camino, como ya dije, venía trayendo la carga. Estábamos todos muy fatigados, como puede suponerse, y necesitábamos de alguna refección para vigorizar nuestros miembros bastante extenuados. La Divina Providencia, fué como siempre, paternal y pródiga para con nosotros, disponiendo que encontrásemos en la hacienda un español, que nos recibió bondadosamente y nos atendió lo mejor que pudo.

Contentos estábamos de haber padecido algunos trabajos y pasado por tan grandes sustos, teniendo con esto una ofrenda que presentar a Dios, por cuyo amor y gloria habíamos acometido aquella empresa. No íbamos en busca de riquezas terrenas o de bienes temporales, y

esto nos infundia un gran valor de espíritu, para no desmayar en presencia de tan frecuentes y variados peligros: íbamos en busca de almas, con el objeto de conquistarlas para Dios y extender entre ellas su santo reino.



CAPITULO III

Paso de la Oroya.—Paso por Huadquiña, Huayro y Chinche.—Conferencia sobre la expedición.—Tránsito por la hacienda de Santa Ana y Echarate, y atenciones en ellas recibidas.—Fiesta de Cocabambilla.—Encuentro con la comisión de los Piros.—Hombre fatídico y pérdida de una canoa.—Desagrados ocasionados con este motivo.

Los caminos escabrosos y erizados de peligros se habían ya acabado, y otros horizontes teníamos delante de nuestra vista. Dejamos nuestras monturas y todo lo que para ir a caballo antes necesitábamos, porque ya no era posible sino andar a pié el camino que todavía nos faltaba hasta llegar al embarcadero del río.

Reparadas ya nuestras fuerzas por las fatigas susodichas, y nuestros espíritus sosegados de las agitaciones por los peligros pasados, proseguimos el día siguiente, 21 de Julio, nuestro viaje a pié, con dirección a la hacienda de Huádquiña, encontrando en nuestro tránsito un río confluyente del Wilcomayo, que pasamos por una **oroya** en lugar de puente.

Consiste esta en un grueso cable que atraviesa a bastante altura el rio de una a otra ribera, y se halla bien asegurado por uno y otro extremo, y templado como una maroma. Cuelgan de ese cable dos argollas de hierro o madera, de las cuales pende un cesto o cajón de cuero, dentro del cual se coloca la persona que ha de pasar el rio. A veces en lugar de cesto o cajón hay otro aparato sencillo, del cual es necesario asirse. Va amarrada una cuerdecita en las argollas susodichas, llegando

uno de sus extremos a una orilla del río, y el otro a otra. Tirando, pues, algunos hombres el extremo de esa cuerda, hacen pasar de una a otra orilla la argolla sobredicha, y con ella a la persona que anda colgada en el aparato. Ese rudo sistema de pasar los rios, se halla adoptado en muchos lugares del interior, a causa de no tener puentes u otro medio alguno de atravesarlos, por ser caudalosos o de mucha corriente.

Las **oroyas** no prestan la seguridad que las barcas con que en Europa se pasan los ríos, pues aún cuando haya peligro de romperse la cuerda que sostiene la barca contra la corriente, y por la cual se va deslizando por medio de una garrucha o polea para pasar de una a otra orilla; sin embargo, ese peligro no es tan inminente como en la oroya, porque, al ser arrastrada la barca por la fuerza de la corriente, en caso de que se rompa la cuerda, los conductores o marineros pueden hacer uso de los remos o del palo largo que traen, y guiar asi la barca a la ribera. No así con la **oroya,** por cuanto, si se rompe el cable o el aparato que de él cuelga, cae indefectiblemente en el río la persona que lo pasaba, precipitándose al agua de una gran altura, y siendo dificilísimo el que no muera ahogada. El menor peligro es el que se rompa la cuerda, de la cual se tira desde la orilla, y entoncse el que pasa el rio se queda colgado, a bastante altura, entre el cielo y el rio, permaneciendo en esta posición hasta tanto que alguien vaya a unir la cuerda rota.

Los indios de los pueblos del interior, que se dicen ya civilizados, son tan diestros en esa clase de maniobra, que pasan por ese cable sin el auxilio de la **oroya**; agarrados con las manos de aquella y cruzadas sus piernas sobre la misma, atraviesan el rio sin la ayuda de nadie de uno a otro lado. Aún algunas mujeres de los mismos, pasan por el cable, con la misma soltura que los hom-

bres, sin el auxilio de nada ni nadie; y lo que es más, pasan de este modo a veces el rio, según aseguran, cargadas con sus **huaguas,** esto es, con sus tiernos hijos que llevan sobre las espaldas, sostenidos con una especie de manta o bayeta larga, que sujetan en el pecho con un nudo. Asi preparadas esas mujeres, se encaraman y enredan por el cable, pasando a otra parte del rio, con vatrayendo de lugares más o menos distantes.

Cruzamos el rio por medio de la **oroya,** proseguimos nuestra marcha y llegamos a la hacienda sobredicha, en la cual nos detuvimos tres días para administrar el Sacramento del Bautismo a las criaturas que iban trayendo de lugares mas o menos distantes.

Despues de haber ejercido nuestro sacerdotal ministerio en **Huadquiña,** de la propiedad del señor D. Mariano Vargas, pasamos el día 25 a la hacienda de **Huyro** del mismo dueño, y el P. Hermoso con el Hermano Covarrubias prosiguieron su viaje hasta la de **Chalanqui,** quedándome yo para celebrar en Huyro la santa Misa el día siguiente por ser Domingo, a fin de que pudiesen cumplir con ese sagrado precepto tantos habitantes de aquellos contornos.

Celebrado el santo sacrificio y tomado un modesto alimento, me puse en marcha para reunirme con mis compañeros, y proseguimos juntos nuestro viaje aquel mismo día, para llegar a la hacienda llamada **Chinche.**

Aquí nos detuvimos un día, con el objeto de conferenciar con el dueño de la hacienda sobre las medidas más prudentes y eficaces que para salir bien con nuestra comisión debían emplearse. Era este un sujeto recomendable, que conocía perfectamente aquellos lugares y las gentes que en ellos habitaban; estaba versado en el trato con los indios y sabía los resortes que debían tocarse para dirigir bien nuestra empresa. El Gobierno por

su parte, le había avisado de nuestro viaje, enterándole del asunto que entre manos llevábamos, y recomendándole al mismo tiempo que nos prestase todos los auxilios convenientes, cuanto de él dependiese.

Celebrada la conferencia con ese individuo, para ilustrarnos mejor sobre nuestra empresa, y aprovechar el contingente de sus conocimientos y también el de su experiencia adquirida con su larga residencia en aquellos remotos y solitarios lugares, proseguimos animosos nuestro camino, y llegamos el 28 a Santa Ana. Es esta una hacienda grande, de la propiedad del señor D. Nicanor Larrea, a quien encontramos afortunadamente en su casa, y fuimos de él recibidos con mucho afecto.

Había no mucha distancia de allí a otra hacienda, también muy grande, llamada **El Potrero,** en la cual se cultiva la caña dulce y se hacen moliendas en superior escala, vendiéndose el azúcar al por mayor, con lo cual se ocupan allá bastantes brazos. Los habitantes al saber nuestra llegada, nos suplicaron fuésemos a darles Misa el día 30, para tener el consuelo de asistir a ese acto rereligioso, a lo cual condescendimos gustosos, pasando en la vigilia a ese lugar y celebrando el dia siguiente el santo sacrificio, que ofrecimos al Padre de las misericordias a favor de aquellas pobres gentes. Permanecimos allí hasta por la tarde, y luego nos regresamos a Santa Ana, en donde se nos aguardaba.

Como ántes, el dueño de ella nos recibió con amabilidad y muestras de afecto, y durante seis días que allí nos detuvimos, fuimos tratados con muchas consideraciones.

En todo ese tiempo nos ocupamos en nuestro apostólico ministerio, principalmente en oir las confesiones sacramentales de aquellas pobres gentes, que están sedientas de la divina palabra y ansiando purificar sus al-

mas por medio de la absolución en el tribunal de la penitencia. Son muchas y muy grandes las necesidades espirituales de los cristianos de aquellos lugares, por falta de ministros evangélicos que les repartan el pasto de sus almas. Aprovecharon ellos de la ocasión que les proporcionaba nuestro breve tránsito, y logramos con satisfacción ver rotos los lazos con que el enemigo de los hombres los tenían enredados. Bendije allí unas máquinas nuevas que el señor D. Nicanor Larrea acababa de recibir de Lima, las cuales se estrenaron después de ese acto religioso.

Cúmpleme consignar aquí, lo mucho que dicho caballero hizo protegiendo nuestra empresa, proporcionándonos de lo suyo lo que podíamos necesitar o sernos útil, y estimulando a los demás hacendados a que nos favoreciesen de alguna manera. Se sirvió para esto de la autoridad del Subprefecto cuyo cargo entonces desempeñaba, pasando oficios a dichos hacendados, recordándoles los ofrecimientos hechos anteriormente a los PP. Misioneros y las promesas de proteger sus expediciones con que recientemente se habían comprometido.

No produjeron, **en la apariencia,** resultado alguno las invitaciones del Subprefecto, y no recibimos entonces otros auxilios que los proporcionados con hidalguía por este recomendable caballero. Digo **en la apariencia,** porque en la realidad algunos hacendados cumplieron su palabra, secundando sus invitaciones; pero no fué efectiva esta palabra, no por culpa de estos caballeros, sino por el mal proceder de un tercero, del cual me ocuparé muy pronto.

Con los pocos recursos que en el año anterior del Cuzco recogimos, por medio de una suscripción levantada entonces y por el concurso del malogrado coronel Prefecto señor Latorre, se compraron algunas cosas que nos

debían servir más adelante; y con lo que estos dos caballeros nos obsequiaron ahora, pudimos alimentarnos algunos días.

Llenos de gratitud nos despedimos el día 3 de agosto, de ese honorable señor y de su digna familia, llevando estampados en nuestros corazones los beneficios y la buena voluntad que allí se nos habían dispensado. Nos dirigimos a la hacienda de **Echarate,** en la cual encontramos al señor don Tomás Polo, que también nos recibió magníficamente, y nos socorrió lo mismo que el señor Larrea. Esos dos caballeros fueron los únicos de quienes recibimos entonces socorros; y al consignar aquí su generosidad, dígnense recibir un tributo de gratitud y de cordial afecto.

Estábamos en la hacienda de **Echarate,** aguardando con ansias las cargas, que de la ciudad del Cuzco debían venirnos, no pudiendo proseguir nuestro viaje, hasta que recibiésemos nuestros equipajes y fardos. Entre tanto nos fuimos el día 4 de agosto, a la hacienda llamada **El Retiro** distante una legua escasa, y celebramos allí el santo sacrificio de la Misa, para que sus habitantes, que pocas veces la oyen, recibiesen ese espiritual socorro. Nos regresamos pronto a **Echarate,** mientras esperábamos las cargas, dándonos esa demora tiempo de celebrar la fiesta de la gloriosa Asunción de la Virgen Santísima al cielo, que con tanta magnificencia y culto pomposo se solemniza en todo el orbe católico. La coincidencia de ser ese día el de la fiesta de las antíguas misiones de **Cocabambilla,** que todos los años con gran concurrencia se celebra en la hacienda de **El Retiro,** nos proporcionó la buena ocasión de asistir a ella, solemnizándola como los recursos y el lugar lo permitían.

Felizmente llegaron las deseadas cargas, y pudimos salir de **Echarate** el 19 de agosto, prosiguiendo siempre

a pié nuestro viaje, llegando nada más que hasta **El Retiro.** De aquí salimos el dia siguiente, y fuimos a dormir a la hacienda llamada **Chahuar's,** en la cual permanecimos un día.

Encontramos aquí a una persona tristemente célebre en este viaje, cuyos hechos nada recomendables, me cestriñen a dejarlos aquí consignados la veracidad histórica, porque pertenece esta al dominio públic , como nuestro viaje pertenece al dominio de la historia. La ciudad del Cuzco y con ella todas las personas del Perú que se interesan por la suerte de los infieles, han sido espectadores de nuestra empresa y de la causa que lo motivara; justo es, pues, que todas estas personas y con ellas el público entero, conozca la verdad de lo sucedido y las causas que directa o indirectamente han determinado el desenlace de nuestro viaje.

Era este un cierto individuo que por más de un título debía no solo tratarnos con urbanidad y buenas maneras, sino guardarnos cierta clase de consideraciones, por causas que mantendré en silencio. Me abstendré también de publicar su nombre, por particulares razones de caridad y delicadeza, si bien es ya en aquellos parajes público y notorio a todos no sólo su nombre, sino todo lo que nos hizo.

Siguiendo ahora el hilo de la narración, continuamos el 22 de agosto nuestro viaje hasta **Illapani,** hacienda en la cual debíamos aguardar a los **Piros** y que estaba situada al pié del río **Santa Ana,** o, como otros lo llaman, **Urubamba,** donde debíamos embarcarnos. Según las noticias más o menos exactas recibidas, no podían estos tardar en llegar; y efectivamente, después de esperar algunos días en esta hacienda, tuvimos el gran placer de encontrarnos el 29 del mismo mes con la comisión de

ellos que venía por nosotros, subiendo el rio con sus ca-canoas.

El encuentro fué expresado, por una y otra parte, con muestras de mucha alegría; y desde luego comenzamos nosotros a acariciarles del mejor modo posible, haciéndoles algunos obsequios, según lo permitían la poquedad de nuestros recursos. Ellos por su lado manifestaban estar contentos, y tener a dicha el acompañarnos durante nuestro viaje, felicitándose de poder vivir en lo sucesivo en sociedad con nosotros, de lo cual esperaban muchas ventajas. Habían venido con los **Piros** algunas de sus mujeres y también algunos niños, siendo todos ellos, unos treinta. Un júbilo interior se apoderó de nosotros y parecía que nuestros corazones respiraban en dulce espansión con la visita de aquellos, por cuya presencia tanto habíamos suspirado. Su encuentro nos hacía olvidar nuestros trabajos y sustos pasados, y esperábamos que en adelante ellos suavizarían las penalidades de aquel pesado y largo viaje, y serían nuestro consuelo en las fatigas que todavía nos aguardaban. Los mirábamos ya como a nuestros propios hijos, porque en Jesucristo debíamos espiritualmente engendrarlos, y nos regocijábamos de ver en ellos las primicias de una cristiandad nueva y numerosa, que podía servir de sólida base para la reducción de otras tribus importantísimas.

Contemplábamos a aquellas almas, hasta ahora esclavas de Satanás y siervas del pecado, que pronto serían libertadas por la virtud de Jesucristo y elevadas al honroso rango de hijas del Altísimo; a aquellos corazones arrastrados de viles pasiones y embrutecidos por instintos viles, que en breve la divina gracia colocaría las semillas de las virtudes, para que brotaron actos de moralidad y de obras buenas; a aquellos hombres encorvados hácia la tierra y mereredores de eternos suplicios,

que sin tardanza fijarían sus miradas en el cielo, su nueva y futura patria, en donde gozarían por eternidades de la visión beatífica. ¡Oh poder de la Religión, exclamábamos, cuán eficaces y dulces son tus encantos! ¡Oh virtud de la cruz de Jesucristo, con qué facilidad cambias la faz del universo! Eran estas y semejantes reflexiones las halagüeñas y alegres esperanzas, que en nuestros corazones entonces alimentaban el cariño y el celo castizo por los indios.

Gozosos estábamos nosotros con nuestros amados Piros, desando no se dilatara el momento de regenerarlos en las saludables aguas del santo bautismo, que debía ser el principio de la trasformación de aquellos salvajes, convirtiéndolos en hombres justos y civilizados; pero necesitábamos, para esto, de instruirlos antes sufficinetemente en los rudimentos de la fe católica, y explorar sagazmente la sinceridad y buena intención de sus procederes. Esto, como se vé, demandaba algún tiempo; y tanto por este motivo, cuanto porque no era aquella la buena ocasión de poder catequizarlos, teníamos el no pequeño sentimiento de no poder satisfacer en el momento nuestros buenos deseos.

Hacia ya un día que estábamos con nuestros queridos **Piros,** gozando de una dulce paz interior y contento inefable, que además de proceder del testimonio de la buena conciencia, era a la vez el resultado de nuestro fausto encuentro, cuando se presentó el susodicho individuo fatídico, con una pretensión excesivamente exagerada, que nos acarreaba un perjuicio muy considerable. Era este el de querer hacerse de una de las cuatro canoas que para nuestra conducción habían traído los indios, canoas, que, si antes apenas habían bastado para contener la muchedumbre de los Piros que en busca de nosotros había venido, menos bastarían ahora que, a

más de los Piros, éramos los tres religiosos y las cargas que del Cuzco traíamos. Querer quitarnos una, era una pretensión por demás impertinente: lo más racional y justo era que se nos proporcionase alguna otra.

No se le ocultaba todo esto al individuo, y, sin embargo, todavía persistía en su intento, queriendo obligar a los indios a que se la cedieran por medio del aliciente de la plata. Equivalía esto a hacer fracasar nuestra misión en su principio; y meditando nosotros en lo injustificable de semejante pretensión y en el gran mal que de esto nos venía, tratamos de disimular el profundo desagrado que nos causaba, y convencer con mansedumbre y buenas razones a aquel infeliz hombre, a que desistiese de su propósito y empeño.

A la justicia y razones de nuestras palabras aparentó no poder resistir aquel hombre, y, sea con verdad, sea simuladamente, nos hizo entonces promesa formal de no hacernos perjuicio tan manifiesto, desistiendo de comprar la canoa y de explotar la codicia de los indios, con grave daño de ellos y de nosotros.

Respiramos algún tanto de nuestro susto, contando con la fidelidad de lo prometido por el hombre, y esperando también que, por parte de los indios, habría el buen sentido o cordura de no desprenderse, cegados por la codicia, de una embarcación que les era entonces necesaria.

Asegurados así por aquel hombre, y esperando del buen proceder de los Piros, nos fuimos a tomar un alimento modesto para sustentar la vida del cuerpo. Pero cuando más descuidados nos encontramos sentados a la mesa, se presentó de nuevo el fatídico individuo, anunciándonos que estaban trayendo la canoa por el rio, y que era suya y le pertenecía por haberla ya comprado.

Nos dejó estupefectos semejante anuncio, y apenas

podíamos dar crédito a lo que estábamos oyendo, tanto porque a ser verdad el hecho, ponía en claro lo falso de su indigno procedimiento; cuanto por la mala fé de los **Piros,** revelada en aquella venta inesperada. ¿Qué pronósticos podían hacerse de unos hombres que así nos engañaban? ¿qué concepto podríamos formar y que esperanzas podíamos abrigar de aquellos **Piros,** que nos quitaban los recursos de movilidad en los mismos momentos que los acariciábamos, que les hacíamos regalos, que nos sacrificábamos por ellos, que íbamos a traerles la vida civilizada y cristiana y con ella toda clase de bienes, inclusa la eterna bienaventuranza? Inexcusable era su conducta y ponía en relieve el carácter falso y traicionero de aquellos bárbaros; si bien que la culpabilidad y ruin procedimiento era mayor en aquel mal hombre, causa detestable de lo que estaba pasando.

No era posible mirar con indiferencia lo que tanto nos afectaba, porque ponía en evidente peligro, mejor dicho, imposibilitaba la misión que habíamos emprendido; misión que, aún cuando no pudiese lograrse en los **Piros** que habían venido a buscarnos, a causa de su inicua disposición manifestada en la venta de la canoa, sin embargo, no habíamos perdido las esperanzas de que ella fuese benéfica y fecunda en resultados, en el resto de la tribu que era bastante numerosa, y que no era solidaria de la iniquidad de sus representantes.

Como ya antes habíamos empleado la humildad y la súplica, para hacer desistir al mal hombre de que nos quitase la canoa que codiciaba, conveniente fué emplear ahora una actitud diferente, para que no prevaleciese la injusticia que con gran perjuicio se nos hacía. El R. P. Hermoso se presentó con resolución y firmeza ante nuestro damnificador, oponiéndose con energía a que ejecutase su intento maligno; y entonces, viniendo a me-

jor acuerdo el mal hombre, prometió por segunda vez formalmente, no tomarnos dicha canoa, y hacerla volver de donde la habían sacado. Acosado quizá por los remordimientos de su conciencia y abriendo su corazón a sentimientos más humanos, nos prometió además entregarnos un cajón que para nosotros se le había remitido, el cual contenía herramientas y otras cosas para los indios.

Era ese cajón el que nos habian mandado algunos hacendados, que como antes dije, no tuvieron tiempo de hacerlo llegar a nosotros cuando estábamos en **Santa Ana de Echarate;** y creyeron que nos sería entregado religiosamente, remitiéndolo a ese hombre con una carta para nosotros. Aguardando estuvimos bastante tiempo que se nos volviera la canoa que necesitábamos, y cansados ya de esperar sin resultado alguno, y temiendo que aquel mal hombre faltase por segunda vez a la formal promesa de mandárnosla, nos dirigimos con resolución a los indios, haciéndoles ver su proceder indigno y lo determinados que estábamos de regresarnos al Cuzco, en caso que no recuperasen la canoa. La venta que de esta habían hecho era enteramente nula, porque era agena, y había sido mandada con otro destino, cual fué el de conducir a los PP. Misioneros.

Además el sacrificio que habíamos nosotros hecho abandonando el retiro de nuestro claustro y la tranquilidad de la celda, para emprender un viaje lleno de trabajos y una vida expuesta a mil peligros, era precisamente con la esperanza de reducir a la fé católica aquellas gentes embrutecidas; pero desde que sufríamos de las mismas tan amargas decepciones y nos privaban de lo necesario para movernos, imposibilitándonos de tal manera que no podíamos llevar a cabo el objeto de nuestra empresa, no nos quedaba otro recurso que pasar

por el dolor de regresarnos, haciendo recaer sobre ellos la responsabilidad de nuestra vuelta.

Apurada era y muy mucho la situación de aquellos **Piros**, después de haber oido de nosotros la resolución que habíamos tomado; porque, al hacer efectivo nuestro regreso, debían ellos volverse solos y dar muy mala cuenta de su comisión a toda la gente de su tribu. De temerse era que de aqui surgiera algún conflicto y que contra ellos se hicieran formales cargos; y todo esto, que probablemente no se ocultaba a la inteligencia, aunque escasa de aquellos Piros, los puso inmediatamente muy turbados, y comenzaron a conferenciar unos con otros para acordar el modo de salir de aquel paso.

Es muy probable que entrase también en sus acuerdos el cálculo y el interés propio, esperando sacar de nosotros ventajas y abastecerse de cuanto codiciaban, creyendo que los haríamos participantes de lo mucho que imaginaban traíamos en los bultos venidos del Cuzco. Contenían estos, casi en su totalidad, nuestro equipaje; pero juzgaban ellos erradamente que eran todos objetos para su tribu. Puede que también algunos sintieran nuestra retirada, por verse privados de los auxilios de la Religión y del ministerio de los sacerdotes.

Sea de esto lo que fuere, el hecho es que los **Piros** se vieron confundidos, y que nuestra enérgica actitud les obligó a volver sobre ss pasos, resolviendo, en consecuencia, recoger la canoa mal vendida, y poner las cosas en el estado de antes. Determinaron que dos de ellos fuesen a buscarla, a quienes hicimos acompañar por el Hermano Covarrubias, tanto para que les sirviese de respeto y allanase cualquiera dificultad que ocurriese, cuanto para que diese cuenta exacta de s' cumplian los **Piros** con lo prometido.

Un pequeño inconveniente se presentaba que pudo

salvarse al instante. Habían recibido los indios una cantidad en pago de su canoa, que era necesario devolver en todo rigor de justicia. Era esto como un imposible si se dejaba a la discreción y conciencia de ellos, pues no son los indios capaces de devolver espontáneamente aquello de que una vez se han apoderado. Pero fácil fué allanar este inconveniente, obligándonos nosotros a devolver y entregar en el acto lo que ellos habían recibido.

Aregladas así las cosas, subieron los tres río arriba, tomaron la canoa que no estaba lejos y la bajaron a donde estábamos nosotros.

Apenas comprendió nuestro agresor que ya habíamos recuperado nuestra canoa, cuando montó en tanta cólera, que, como fuera de sí, hechó mano de la escopeta, se precipitó hácia nosotros, acompañado de otro hombre; y después de haber proferido por su boca un sin número de palabras disparatadas, se puso como un furioso, ofreciendo a cualquiera que se le presentara delante, tirarle un balazo fuese quien se fuese.

Pretendió quizá con estas violencias intimidarnos, y salirse asi con la suya quitándonos la canoa. O quiso tal vez provocar un conflicto, y que, resistiéndonos de nuestra parte con la fuerza, dar un tinte de razón a alguna intención suya depravada. Pero se equivocó completamente en uno u otro caso porque Dios nos dió entonces la prudencia y serenidad convenientes.

Respecto a intimidarnos no era él capaz de conseguirlo, pues fortalecidos nos sentimos con las palabras de Jesucristo que dice: **No temais a los que pueden quitaros la vida del cuerpo, y después de esto ninguna otra cosa pueden haceros; temed, si, a Aquel que, ademas de privaros de la vida corporal, tiene poder de arrojar vuestras almas a la condenación eterna.**

Por lo que mira a nuestra resistencia material, no

andaba el hombre menos equivocado, porque indigno y muy ageno de nuestro carácter, juzgábamos cualquiera medida violenta; y si bien teníamos no una, como él, sino tres escoptas disponibles, de ellas jamás nos hubiéramos permitido usar, sino para cazar aves que sirvieran para nuestro alimento.

Tomamos pues un término medio, y dejando a un lado palabras descomedidas o que pudiesen ofenderle, con una actitud de dignidad y entereza le recordamos las promesas que de devolvernôs la canoa formalmente nos había hecho, y le hicimos reflexiones que ponían en evidencia nuestra justicia.

Fúé esto cantar de melodía al tigre, y en lugar de ceder a la fuerza de las razones, comenzó, a falta de justicia que oponernos, a proferir con insolente despecho una retahila de reniegos y blasfemias, flagelando nuestros oídos y lacerando nuestros corazones; y por remate de todo, se llevó con brusquedad e inicuamente la canoa, sin oponerle nosotros más resistencia que la moderación y la mansedumbre evangélica. Y como si todo esto fuese poco, no quiso entregarnos el cajón y la carta de que tanto necesitábamos, reteniéndolo en su poder creo que hasta la hora presente.

Sin comentario dejo consignado este acontecimiento cuya narración ha sido hecha fielmente. El por sí solo habla muy alto ,y el público dará sobre él su inapelable fallo. Sólo haré notar aquí en obsequio de la verdad como de paso que, quien con impío descaro asi renegaba y vomitaba por su boca sacrílegas blasfemias, no era peruano ni siquiera en América nacido, pues que esas horribles palabras que del averno han salido, no son proferidas salvo una rareza por labios de ninguno cuya patria sea la América española; y solo son de ordinario detestables producciones de los que vienen del antíguo

mundo, cuya decantada civilización es corrompida, pagana y atea. Del antíguo mundo habia salido ese individuo aciago, con muy distinto objeto del que ahora lo ocupaba. Dios perdone a ese desgraciado hombre sus enormes pecados entonces cometidos, y tenga siempre de él miserciordia en lo que aún le resta de vida.



CAPITULO IV

Pretensiones inaceptables y sus falsos fundamentos. — perplejidad en la resolución que convenía tomarse. Salida de Illapani y navegación incómoda.—Funesto recuerdo en Yugato.—Celebración de la Misa en la playa de Chumbiria.—Aguaceros recibidos y malos pasos.—Sinquiventini y Campas que en este lugar habitan. — Exigencias extraordinarias de los Piros en cada mal paso.—Arbitrariedad de los mismos en determinar las jornadas.

Triste y angustiosa era nuestra situación después de lo acontecido y esto por más de un concepto, pues a parte de quitársenos los medios de movilidad, estábamos poco menos que destituidos de recursos para obsequiar a los indios y por ahí ganarles las voluntades. Teníamos es verdad, allí un cajón de objetos que para el caso nos habían mandado algunos hacendados, pero nada importaba esto, porque aquel mal hombre no quiso dárnoslo. Otros hacendados de quienes por sus promesas debíamos esperar mucho, nada habían hecho por nosotros, y nos dejaron abandonados cuando estábamos más necesitados. No faltaban entre algunos de ellos pretensiones exageradas, cuyo blanco era explotar nuestro apostólico ministerio, y hacer servir a sus intereses la empresa que habíamos acometido.

Deseaban que no pasáramos adelante y que nos quedáramos por allá en sus haciendas, con el fin de que sirviéramos a manera de curas entre sus operarios semicivilizados. Como la Religión suaviza las costumbres, desarrolla el sentimiento del deber en los hombres e inculca el principio de la obediencia y sumisión a los supe-

riores, discurrían bien, pero no rectamente, que deteniéndose allí los PP. Misioneros, sus operarios civilizados les serían mucho más útiles y les rendirían mayores ganancias, instruidos y civilizados por los sacerdotes, convirtiendo así la Religión sacrosanta en vil instrumento de un torpe lucro.

Aparte de esta material ventaja, se lisonjeaban aquellos obtener otro gran provecho. Creian ellos, pero creian mal, que permaneciendo allí los PP. Misioneros, los Piros que los solicitaban u otros salvajes más inmediatos, irían en busca de ellos, la tribu abandonaría sus antíguas residencias y un gran número de indios vendría a establecerse al derredor de los sacerdotes. Acampados por sus territorios los **Piros,** como lo imaginaban los hacendados, los PP. Misioneros se ocuparían en catequizarlos, y esto conseguido, se les podría convertir con facilidad a la condición de operarios útiles y hacerlos trabajar en las haciendas a beneficio de sus dueños. Este era el sueño dorado que perseguían algunos caballeros.

Esta vana pretensión sugerida por la codicia, no podría realizarse, porque no pasa de una ilusión que la realidad disipa, por multitud de razones que se desprenden de lo que en este viaje se expone, siendo una de ellas obvia y concluyente, a saber: si los indios quisiesen dejar sus posesiones y trasladarse a donde moran los PP. Misioneros, tiempo hace que lo hubieran hecho, pues conocen bien el camino y saben donde encontrarlos. Fuera de esto, si los PP. Misioneros no consiguen reducirlos en sus propias tierras, y mucho menos acostumbrarlos al trabajo, ¿cómo lo conseguirían los hacendados en sus territorios? ¿podíamos nosotros prestarnos a secundar sus intentos interesados?

Es verdad, que esa tan vana como exagerada pretensión, no es sino de unos pocos que quisieran lucrar

en las cosas espirituales. Por lo demás, los otros hacendados están muy lejos de apoyar tamaños dislates; ellos están, por el contrario, muy bien dispuestos a favor de las misiones de los infieles, no por miras lucrativas, sino por hacerles un beneficio y coadyuvar a la propagación de la religión católica. De estos hacendados recibimos nosotros auxilios, y siento ahora no tener la nómina de los que nos remitieron el cajón a las inmediaciones de Illapani, a fin de insertarla aquí, como muestra de gratitud sincera.

En aquella penosa y difícil situación, constreñidos nos vimos a decidir, o quedarnos en aquellas haciendas como pretendían sus dueños; o recuperar por la fuerza la canoa, a fin de continuar nuestro viaje; o regresarnos al Cuzco como les habiamos amenazado a los **Piros;** o pasar adelante con solo tres canoas, entregados como a la suerte y a la ventura.

Quedarnos allí no era posible, porque, aparte de las razones ya apuntadas y de muchas otras de gran peso, que por brevedad omito, no es nuestra misión ejercer el cargo de curas ni para ello estábamos facultados por nuestros Prelados. Es este un oficio que debe ser desempeñado por los clérigos seculares, en el cual, por su vocación y por las leyes canónicas, no deben ingerirse los religiosos, fuera de algunos casos extraordinarios y con las licencias convenientes.

Recuperar la canoa por la fuerza, como único medio que nos restaba, puesto que era desatendible la justicia y quebrantada la palabra dada, no era posible siquiera imaginarlo, puesto que la fuerza opuesta por nuestra parte, hubiera conducido, por la perversidad de aquel mal hombre, a un choque escandaloso; y este choque, atendidas las malas intenciones del individuo, hubiera ocasionado un desastre lamentable. La pruden-

cia, pues, aconsejaba la moderación y la paciencia, y por otra parte, nuestra propia educación, nuestro sacerdotal carácter, lo mismo que la condición de nuestro estado y el objeto que allá nos llevaba, nos imponía la humildad y la mansedumbre; y estas fueron las únicas armas de que nos servimos, para vencer la dureza e impiedad de aquel mal hombre. Eramos como débiles ovejas, puestas a merced de la ferocidad de un lobo.

Regresarnos al Cuzco y abandonar nuestra empresa, era lo más cómodo y lo que de tantas zozobras nos libraba; pero se ofrecían para ello no pocos inconvenientes que, en verdad, no eran despreciables. Privaba de recibir la luz del Evangelio a toda la tribu de los **Piros**, que, no obstante lo ahora sucedido con la comisión, prestaba algunas esperanzas de entrar en la gran sociedad católica. Además, la falta de esta comisión quedaba ya reparada, por el mero hecho de haber recuperado efectivamente la canoa y querer rescindir el contrato en sí nulo. El perderse ultimamente aquella, había sucedido por circunstancias independientes de su voluntad e imputables a la malignidad de un hombre perverso, a cuya alevosa violencia no hubiéramos permitido que los indios resistiesen a mano armada. A parte de estas fuertes razones, considerábamos que regresándonos al Cuzco quedaban infructuosos nuestros trabajos pasados perdido el largo camino ya andado; inutilizados los recursos, aunque pocos, que para los indios teníamos, y finalmente en lo absoluto la empresa acometida y de la cual estaba pendiente la ciudad del Cuzco y multitud de personas de toda la República. Por todas estas consideraciones y por otras que paso por alto, resolvimos abandonar el primer pensamiento de regresarnos al Cuzco, el cual, una vez ejecutado, dejaba comprometida a la comisión, y muy mal parado al hombre malo, por cuya

causa fracasaba la empresa. El que cualquiera de ellos pudiese padecer por esta causa, era para nosotros un pensamiento intolerable.

No nos quedaba, más opción que la de proseguir nuestro viaje, y llegar a un final resultado de la empresa que con tan infaustos principios se inauguraba. Pero quisimos oir, antes de una resolución definitiva, lo que decían aquellos **Piros**; y opinaron, como era natural, porque pasáramos adelante, asegurándonos, con más o menos sinceridad, que colocados con alguna estrechez, podríamos caber apretados.

Comprendíamos bien que ofrecería esto serias dificultades en la práctica, y que si a la sazón lo presentaba hacedero y llano, era porque se -encontraban comprometidos y querían salir de aquel paso. Sin embargo, este parecer prevaleció entonces, y resignados a consumar por completo el sacrificio que de nuestras personas a Dios teníamos ya hecho, nos entregamos a su Paternal Providencia, dispuestos á proseguir nuestro viaje con las tres canoas y los escasos recursos que teníamos.

Puestos pues a disposición de los bárbaros que se proponían hacerse de otras canoas por el tránsito, salimos el 3 de Setiembre de la hacienda de **Illapani,** que tan tristes recuerdos nos dejaba, tratando de colocar antes en las canoas todo lo que nosotros traíamos. Pero, no fué esto posible, por la razón ya ántes expresada, y nos vimos obligados a dejar una parte de lo que con tanto trabajo habíamos cargado. Como se vé, no era tan exacto lo que habían dicho los **Piros,** encontrando llano el que cupiéramos en las tres canoas.

Llegó el momento de entrar en ellas la gente: los **Piros** con las mujeres y sus niños fueron los primeros en acomodarse lo mejor que pudieron, dejándonos a nosotros para los últimos, sin que encontrásemos apenas don-

de meternos: vino también con nosotros un joven boliviano que quería entrar en la Montaña.

Encogidos y sin podernos mover estábamos dentro de un angosto tronco hueco, como apiñados y bien mortificados en medio de aquella inculta gente, cuyas groserías y tosquedad hacían muy pesado y casi insoportable el viaje. Era este bastante largo y aún debía durar algunos días, sin que la incomodidad y la molestia de la navegación disminuyese, y sin que los indios nos proporcionasen bienestar alguno; por el contrario, como no se preocupaban y ni siquiera se fijaban en la molestia que nosotros sufríamos, cuando como prensados no podíamos movernos, ellos estiraban bien con tosquedad sus largas piernas, y se acomodaban con desahogo y con salvaje soltura, sin cuidarse del disgusto que con esto nos causaba. Sufríamos entre tanto con paciencia la brutalidad de aquellas pobres gentes, y disimulamos lo penoso que para nosotros era ir hacinados entre ellas; pues que la caridad cristiana hace soportables estas y mayores cosas, a trueque de padecer por Dios y ganarle almas. Su Divina Majestad nos dió resignación y paciencia, para soportar por algunos días aquella navegación enfadosa, hasta que los indios se hicieron de otras canoas, por los medios que diré luego.

Salimos, como dije, de **Illapani,** pero no sin mojarnos antes, porque cayó sobre nosotros una lluvia que recibimos al campo raso; y asi empapados, subimos a la canoa y llegamos después de poco a **Yugato,** lugar que tenía yo bien conocido y del cual conservaba un recuerdo indeleble.

En efecto; había estado yo allí el año 1870, cuando fuí para explorar esos terrenos y ensayar la reducción de los **Campas.** Es esta una tribu muy numerosa y quizá la mayor de todas. que ocupa un territorio inmenso y tiene

bastante contacto con los civilizados. Al hallarme yo aquí entonces, tuve necesidad de pasar a la otra parte del río; y no queriendo para esto ocupar a ningún indio, tomé yo solo una canoa, con la cual iba cortando con felicidad el agua. Estaba ya muy cerca de la orilla opuesta, cuando la corriente me arrastró la canoa, sin poder yo por esfuerzos que hiciese detenerla contra la fuerza de las aguas. Fuí asi precipitado un largo trecho, e iba arreciando la furia y la velocidad del agua; y temiendo que si me dejaba a merced de la corriente, me llevara esta a algún remolino, o a algún tumbo que podía allí encontrarse, o también alguna empalizada, contra la cual se estrellara la canoa, en cuyo caso debía yo probablemente ahogarme; juzgué menos peligroso, en aquel momento, en el cual me veía ya como perdido, el echarme al agua, cuando todavía estaba la canoa cerca de la orilla que aguardar a que la corriente me arrastrase al medio del rio, y que una caida me envolviese entre grandes masas de agua. Como en la demora aumentaba mi peligro, sin más deliberación ni pérdida de tiempo, puse en ejecución mi pensamiento, y sin quitarme el hábito que por sus extremos tenía recogido y arrollado en la cintura, arrojéme inmediatamente al río, como a Dios y a la ventura, sin saber la suerte que iba a caberme.

Lo grueso y engorroso del hábito que sobre mí llevaba, que empapado ahora de agua me era de un peso exhorbitante; el fondo o piso resbaladizo, sobre el cual con dificultad podía asentar mis plantas; la fuerza de la corriente que en pos de sí me arrastraba, a lo cual debe agregarse que yo quería salvar la canoa, por cuya razón hacia esfuerzos por no soltarla; todo esto reunido hizo mi situación muy crítica, y a pique también estuve de perderme, por manera que, por dos o tres veces, el ímpetu de la corriente me envolvió entre sus aguas re-

vueltas y me metió bruscamente por debajo de la canoa, de tal suerte que, como por un milagro de la Virgen, a quien de corazón invoqué entonces, no me ví sumergido del todo y no perecí en tan apretado trance.

Era este el río **Urubamba,** ya bastante caudaloso en este punto, donde vivían algunas familias cuzqueñas que se ocupaban en cultivar aquellos feracísimos terrenos.

Observando estaban ellos desde sus casas, que estaban situadas en altura, todo cuanto por mí pasaba; y al advertir que la corriente arrastraba con fuerza mi canoa, y que iba ya a perecer irremisiblemente, si una mano bienhechora no me favorecía, corriendo precipitadamente a mi socorro, y tomando otra canoa que tenían a la mano, vinieron hácia mí con toda prisa, para salvarme de la muerte que creían muy cercana. Pero cuando ellos llegaron, ya estaba yo sentado en la orilla del rio, al lado de la canoa que conmigo había salvado, dando gracias a Dios y a su Madre Santísima, que tan visiblemente y con tanta oportunidad me habían ayudado. Tal fué lo que me sucedió el año de 1870, y que recordaba ahora extremecido, midiendo lo grande del peligro en que me había visto, y dando nuevamente gracias a Dios por su protección y gran misericordia.

Allí mismo me encontraba después de cuatro años, y sin detenerme pasé con los **Piros** por el lugar del percance, siguiendo con tranquilidad la corriente de las aguas, y llegamos felizmente a **Chirumbira,** en cuya playa nos alojamos, para dormir aquella noche. Consistía nuestra cama, ahora como antes y casi siempre, en unas pajas o yerbas que arrancábamos de las playas, o charamuzca que por ahí encontramos; lo cual extendíamos en alguno de los lugares que nos parecía menos incómodo, y nos echábamos a dormir al aire libre.

Era el 6 de Setiembre el día siguiente y casi en do-

mingo, por cuya razón preparamos nuestro altar portátil en el más decente lugar que se pudo, que por no haber otro mejor, fue a la orilla del rio y en campo raso, en donde celebró el R. P. Hermoso la santa Misa, que oimos todos postrados y con devoción suma. Para nosotros era de mucho júbilo ofrecer la sagrada Víctima al Eterno Padre, en aquellas regiones apartadas, en las que es no sólo desconocido sino ultrajado con supersticiones e idolatrías. Conveniente era aplacar su justicia altamente provocada, por las iniquidades y crímenes de aquellos salvajes que allí habitaban, en cuyo favor pedíamos misericordia y la gracia de la conversión a la fé católica. Preparándome estaba yo para celebrar la segunda Misa, cuando comenzó a caer del cielo un aguacero que nos mojó a todos, y me impidió del gran placer y consuelo de ofrecer el Santo Sacrificio.

Proseguimos luego nusetro viaje, acompañándonos de cuando en cuando la lluvia, de la cual no era posible preservarnos dentro de la canoa ,y llegamos al medio día al rio algo grandecito situado a la izquierda, llamado **Coriveni,** en donde encontramos a unos comerciantes de cascarilla, que nos dieron algunos plátanos de las chacras que allí tenían cultivadas; e incorporándose con nosotros un señor Segura, continuamos nuestra marcha, llegando temprano al rio **Cirialo**, más grande que el anterior y cuyas aguas entran a la izquierda del que navegábamos; aquí pasamos la noche sobre la playa de la desembocadura del río, y nos refirió el señor Segura un suceso desagradable, del cual hablaré luego.

Salimos el 7 de este punto, después de un recio aguacero, el cual unido a los que antes habíamos sufrido, nos ocasionó daños no pequeños. Se nos habían mojado las cosas que traíamos y deteriorado o completamente averiado muchas con el agua, pasando por el dolor de

perderlas, incluso un cajón entero que nos habían dado los hacendados del Cuzco. Encontramos por el río cachuelas o tumbos que hacían imposible nuestro paso dentro de las canoas, y fué preciso bajar siete u ocho veces a la playa, para esquivar el peligro andando a pie aquellos trechos, y pasando las canoas con las precauciones necesarias que cuidadosamente tomaban los **Piros** .

Cazamos en este viaje tres monos que nos sirvieron admirablemente para alimentarnos, pues en aquellos lugares no se come lo que se quiere, sino lo que se puede o se viene a la mano.

Proseguimos al dia siguiente nuestra marcha, y pasamos por algunos lugares difíciles de aquel caudaloso y ancho rio, llegando sin novedad a **Puruati,** rio de algún caudal que viene de los cerros de Paucartambo, y desemboca a la izquierda del Urubamba que navegábamos. Aquí descargamos las canoas, sacando todas las cosas que traíamos, y extendiéndolas al aire libre, porque todavía estaban mojadas, las pusimos a secar para que no se nos malograran.

Hecha esta operación, salimos el 8 ya tarde, encontrando en el camino un paso muy difícil, en el cual fué preciso bajar la canoa y descargarla de cuanto traíamos.

Llegamos con felicidad a **Sinquiventini,** lugar en que viven algunos infieles de la tribu de los **Campas,** entre los que era famoso uno que por apodo llamaban **Sitichi,** el cual tenía seis mujeres y que por su vida libre y desenvuelta, era notable entre los suyos, y aún se hacía respetar de los mismos **Piros.**

Permanecimos aquí un día entero para ver si algo bueno podíamos conseguir de aquellas embrutecidas gentes, que por más de una vez habían ofrecido antes hacerse cristianas, pero que al llegar el caso, habían también

burlado el celo de los PP. Misioneros. Probamos entonces nosotros hacer revivir sus buenos deseos, y con nuestras palabras evangélicas, echar algunos granos de buena semilla en sus duros corazones, a fin de que, si alguna fundada esperanza nos hacían concebir de que realmente querían hacerse cristianas, pudiésemos, no en el momento, pero sí en la primera oportunidad, satisfacer cumplidamente sus aspiraciones santas.

Salimos el día 10, sin conseguir cosa digna de mencionarse, y encontramos en el rio pasos muy peligrosos, por manera que, no obstante la mucha destreza de los indios en salvarlos, fué sin embargo necesario bajar de la canoa nueve o diez veces .Nos dijo el **Piro** Mariano, que en ese lugar el año anterior, había volcado una canoa en que él iba, ahogándose tres parientes suyos.

Lo gracioso era que a cada malpaso que encontrábamos, en que había necesidad de descargar y cargar la canoa, exigían los **Piros** que nos acompañaban, algún regalo en pago de su trabajo. A cada rato estaban con estas pretensiones, figurándose que traíamos almacenes o depósitos copiosos, y que todo debíamos írselo dando, a medida de su voluntad o capricho. Imposible nos era satisfacer sus antojadizas exigencias, por la sencilla razón de que era poca cosa la que traíamos; pero ellos no haciendo caso de la escasez de nuestros recursos, no consultaban más que su ciega codicia. Lo peor de esto era el enojo que les causaba, si les negábamos lo que con instancia pedían; y en vano les hacíamos ver lo imposible que esto nos era, puesto que al darse a ellos lo poco que teníamos, nada nos quedaría para obsequiar a los Piros cuando llegásemos al término de nuestro viaje. Era todo esto predicar en desierto, y no conseguíamos de ello, con nuestras buenas razones, otra cosa que malas caras, murmuraciones, ser tratados de mezquinos, ademanes

de ira y otras muchas cosas que nos amargaban el corazón y nos sugerían funestos augurios.

Pidiendo estábamos a Dios con mucha freceuncia, ya que nos diese paciencia para soportar aquella mala gente, ya que nos infundiese luz para conocer el mejor modo de conducirnos, ya que nos consolase en medio de tantas aflicciones ya que nos dispensase su protección para librarnos de los males que podrían sobrevenir, ya que recibiese nuestros trabajos en descuento de nuestras culpas y también que las aceptase para impetrar de su misericordia toda clase de bienes a favor de aquellos por cuya causa padecíamos, ya . . . . . pero no es fácil trasladar aquí lo que entonces dentro de nuestros corazones pasaba, y los desahogos que interiormente ante el Padre de las misericordias y Dios de toda consolación nos permitíamos. En lo humano no teníamos consuelo, y entregados a aquellos bárbaros, otra esperanza no nos restaba que la protección divina.

Por fin, entre angustias y zozobras, llegamos a **Manugale,** río pequeño que desemboca a la izquierda, en cuya playa habia una chacra abandonada de los **Campas,** que nos proporcionó caña dulce, papayas, yucas y alguna otra cosilla, que nos sirvió para alimentarnos.

Seguimos el dia 11 aguas abajo, y llegamos a **Ipochote,** en donde desembarcamos un momento para hablar con los **Campas** que viven en la orilla del río, los cuales ansiaban vernos y nos dieron muestras de mucho respeto.

Nuestra jornada en este día fué corta, y aún lo fué más en muchos otros, parque nuestra voluntad en esto nada podía, sino la de los indios que nos llevaban. Ellos determinaban el lugar y sitio de la pascana, ellos señalaban la hora de partida, ellos medían el tiempo que debíamos estar navegando, en fin, ellos todo lo gobernaban,

sin que nosotros tuviésemos voz ni voto en nada; ni jamás consultaban nuestro parecer, sea que pensasen detenerse un dia o mas tiempo, sea que resolviesen seguir adelante. Tomamos el partido de callarnos no contradiciéndolos en nada, a fin de que no tomasen algún pretexto de disgustarse o de formular quejas contra nosotros; y esta conducta no solo fué observada en el principio, sino en el resto del viaje y siempre, acomodándonos a su querer en todo lo posible, a fin de conservar la paz y la buena armonía.



CAPITULO V

Pachirí y los comerciantes de cascarilla.—Motín de los Piros y sus propósitos criminales.—El Piro Mariano. Frío recibimiento a los PP. Misioneros.—Nuevos conatos criminales sofocados.—Carácter de los Piros.—Alarma por la pérdida de una mujer.—Rapiña y pillerías de los Piros para con los Campas, y pavor que estos les tienen.—Paso del Sintoliní y muerte del R. P. Busquet ahogado en el mismo.—Canoas volcadas en el río.

Continuando después nuestro viaje, llegamos a **Pachiri,** en donde a la sazón se encontraban algunas familias de **Piros,** de los cuales esperábamos ser solazados, creyendo que serían mejores que los que nos acompañaban y que harían mayor estimación de nosotros.

Para su bien y felicidad habíamos salido del Cuzco, emprendiendo tan penoso viaje con la dulce esperanza de civilizarlos, creyendo encontrar en ellos corazones bien dispuestos; y bajo este supuesto, nos lisonjeábamos de que ellos estaban suspirando por el feliz momento de emprender la reforma de su vida, abandonando sus asquerosos vicios, y sus detestables costumbres. Pero, esto fué en vano; pues fuímos en aquel momento, tristes espectadores de una escena inesperada, que por su carácter y circunstancias hubiera podido terminar miserablemente en trágica y aún ser horriblemente sangrienta. Asi se tornó en lugar de pesadumbre aquel que creiamos de refrigerio.

Era **Parichi** muy abundante de cascarilla, y allí habían acudido unos comerciantes con algunos peones del

Cuzco, con el objeto de recibir o reclamar una cantidad de ese artículo de algunas familias **piras,** a las cuales, el año anterior, les había dado en pago géneros de algodón y herramientas. Algunos de los **Piros** que debían entregarnos la cascarilla, eran los mismos cabalmente que compusieron la comisión de esa tribu, que el año pasado bajó al Cuzco en busca de PP. Misioneros, pidiendo, al mismo tiempo, al Gobierno su favor y protección, y prometiendo, en cambio, someterse a las autoridades que se les mandase, como ántes se dijo.

Estas familias se encontraban a nuestra llegada en mucha agitación y en actitud bélica, enfurecidas contra los comerciantes que llaman **cascarilleros,** bajo pretextos especiosos y por falsas especies que entre los salvajes circularon, de que eran malos hombres que en sus contratos los engañaban y explotaban, por cuanto les tomaban la cascarilla a un precio bajo, mientras lo vendían a otros precios altos.

La verdad de todo era, que esos **Piros,** como dije, habían recibido objetos de esos comerciantes, a cuenta de la cascarilla que debían entregarles ahora; mas llegado que fué el caso de cumplir lo pactado, no quisieron de ningún modo hacer la entrega. Y como un abismo llama a otro abismo, todavía después de esa acción vil y detestable, querían cometer un crímen horrendo, arrastrados de sus instintos feroces. Traian los comerciantes consigo algunas cosas que no habían podido ocultar a los indios; y creyendo esos poder apoderarse de aquellas, si lograban matar a los comerciantes, concibieron ese criminal deseo y probaron de ponerlo por obra; y lo hubieran llevado desgraciadamente a término, si no hubiesen aquellos estado provistos de armas y no se hubiesen dispuesto a resistirles. Era el autor de esas especies un **Piro** llamado Mariano, el cual había formado

parte de la sobredicha comisión mandada al Cuzco, con el caracter de presidente de la misma e intérprete para poder entenderse.

Hablan los **Piros** un dialecto especial, que si bien tiene alguna afinidad con la lengua quichua, como la tienen los otros dialectos que habla cada una de las demás tribus, sin embargo, tiene su carácter propio y es ininteligible al que no la posee. Para entenderse, pues, con los que hablan el dialecto del Cuzco, necesario era de un hombre que poseyese entrambos, y ese hombre era el Piro Mariano.

Como en el Cuzco le hicieron tan buen recibimiento, le llenaron de tantos regalos y aun le obsequiaron una escopeta, cosa muy rara entre ellos, se quedó ese hombre muy ufano y lleno de orgullo; y con el prestigio que gozaba entre los suyos, logró sobornar a cuantos allí estaban, los sublevó contra los comerciantes, y estos Piros maliciosamente seducidos, se pusieron en armas para matarlos. Dispararon algunas flechas, felizmente sin resultado lamentable, a excepción de una que pasó por entre la oreja de un comerciante, haciéndole por fortuna, no más que una leve contusión o pequeño rasguño.

Los comerciantes, por su parte, se prepararon para la defensa, tomaron también sus escopetas y se pusieron en guardia para no ser asesinados alevosamente, en una sorpresa de aquella gente mala. La noche anterior al día de nuestra llegada, habían tenido que estar de centinela los comerciantes, para librarse de un siniestro; y como ellos eran pocos y los **Piros** podían reunirse muchos, estaban con algún temor acerca de lo que todavía podria sucederles.

Ninguna desgracia habia acontecido ni tampoco se habían venido a las manos, porque los indios al momento se intimidaban, cuando se les amenazaba con algún

arma de fuego. Ellos todavía no las poseen, ni tampoco saben manejarlas, haciendo solamente uso, en sus contiendas, de sus flechas que disparan con ojo certero de sus bien templados arcos; y como esa clase de arma que ellos manejan diestramente, es muy inferior a las de fuego, por esto aquellos bárbaros se amedrentan, si se les pone delante una sola escopeta.

Nos saludamos mutuamente con los comerciantes, y luego entramos en conversación sobre lo que les estaba sucediendo, los cuales habían pasado no pequeños sustos, no solo por lo ya referido, sino también por el cuidado en que les había puesto la suerte corrida por el señor Segura. Estaban todos aguardando a dicho caballero, el cual debía allí concurrir como punto convenido y lugar de cita; y al ver que había ya trascurrido el tiempo prefijado, y que no había acudido según su previa promesa, entraron en grandes temores de que le hubiesen muerto los **Piros,** pues de aquellas desalmadas gentes todo podía sospecharse. Pero al distinguirlo entre nosotros, salieron ya de sustos y recibieron grande gozo al tenerlo en su compañía.

Nos hospedamos allí lo mejor que pudimos, habiendo sido recibidos de los Piros, no con el afecto que nos prometíamos, sino con una indeferencia que nos dejó sorprendidos.

Por la noche se agitaron de nuevo los salvajes, tomando una actitud amenazante contra los comerciantes, y Mariano llegó al extremo de hacer un disparo con la escopeta que tenía, provocando de este modo un choque sangriento. Creyeron conveniente entonces los comerciantes hacer comprender a los **Piros,** que sus avances no los tenían intimidados; y saliendo uno de ellos con revólver en mano, se plantó a fuera de la habitación que tenían, y haciendo un disparo al aire, les amenazó atravesar de un balazo al primero que se presentase.

Al informarnos nosotros de lo que sucedió, y temiendo que corriese allí mucha sangre, nos fuimos inmediatamente a donde estában los indios, les increpamos con libertad evangélica su inicua conducta, les hicimos observar que no cuadraba aquello con los propósitos de abrazar la Religión cristiana, y al tenor de esta les hicimos otras reconvenciones. Entonces se sosegaron los Piros y depusieron sus intentos malévolos, consiguiéndose pasar tranquilamente aquella noche y también los dos dias siguientes que allí todos permanecieron.

Este incidente desagradable que hubiera podido terminar trágicamente con efusión de sangre y aún con pérdida de vidas, nos hizo caer el alma a los pies, porque nos descubrió lo ruin de aquellas gentes y el poco o ningún bien que de ellas podía esperarse.

Con efecto; revela claramente este hecho, la facilidad y ligereza con que los Piros dejan sobornarse, pues que un hombre mal intencionado bastaba para lograr sublevarlos. Revela también la injusticia y la iniquidad de que su corazón era presa, pues no solo retenían lo ajeno contra la voluntad de su dueño, sino que como salteadores de camino, querían robar al que se les presentaba, aunque viniese como amigo.

Pero, dejando a un lado ese hecho, considerando como latrocinio y que a tantos comentarios por sí mismo se presta, y mirándolo solamente por la parte más benigna e inocente, que es el comercio de la cascarilla, revela a las claras el torcido juicio y manifiesta sin razón que tiene cautiva la inteligencia de los **Piros**; pues que no les daba acción contra los comerciantes, ni constituía un crimen en estos, el que comprasen la cascarilla al precio bajo que ellos voluntariamente se la daban, y que en otra parte la vendiesen al precio que más les acomo-

dase. Revela este suceso los instintos sanguinarios y crueles de los **Piros**, porque si culpabilidad alguna había en los comerciantes, con los cuales no tenían otras relaciones que las puramente mercantiles, no era de tal naturaleza la culpabilidad supuesta, que no pudiese satisfacerse por medio de reclamos; y, en último caso, remedio eficaz era no venderles la cascarilla, sin que por eso pudiesen jamás justificarse los conatos de homicidio o muerte alevosa con que simultáneamente querían vengarse. Revela por fin ese hecho, que una de las pasiones dominantes de estos indios es la codicia, la cual, según San Pablo, es la raiz de todos los males.

Al reflexionar nosotros sobre ese desagradable suceso, conocimos claramente la crítica situación en que nos hallábamos, expuestos, por cualquier motivo a causa y a merced del primero que se le antojase, a ser víctimas de aquellos bárbaros que desconocían la justicia, y que a su carácter ligero unían inclinaciones inhumanas y feroces.

Los comerciantes salieron finalmente bien librados de aquel conflicto, y emprendieron su camino rio arriba el día 13 de Setiembre; y cuando nosotros nos disponíamos para partir por la mañana en dirección opuesta, nos detuvo una copiosa lluvia y también un suceso que causó alguna alarma.

Fué este suceso el haber desaparecido una mujer **Pira**, y al recelarse que había sido robada, infundió mucha alarma, por manera que aquellos bárbaros se iban poniendo furiosos, hasta que después de varias diligencias, se llegó a saber que había fugado. Se le buscó exquisitamente, y al encontrarla, la obligaron los **Piros** a que se volviese, y por la fuerza la trajeron allí con la demas gente, cesando de este modo aquella agitación turbulenta.

Tenían ahora los indios que nos acompañaban, no tres, sino diez canoas, adquiridas la mayor parte de ellas en diferentes lugares del tránsito. El modo de adquirirlas era detestable, y nosotros interior y exteriormente lo reprobamos, sin que por esto aquellos salvajes hiciesen ningún caso de las reflexiones y protestas que les hacíamos, siguiendo sus instintos de rapiña do quiera que la ocasión se les presentase. Esto nos afligía sumamente y hubiéramos querido a todo trance evitarlo; pero la avidez y codicia de aquella chusma, que no tenía coto ni respeto alguno, nos hacía pasar por el enojo y el dolor de tener que presenciar sus fechorías y actos criminales.

La mayor parte de estas diez canoas, que indebidamente los Piros tenían, las habían robado a los **Campas,** los cuales ante aquellos estaban acoquinados. Ellos les robaban las gallinas, flechas y arcos y cuanto a la mano encontrában; y esto, no a ocultas o cuando los dueños estaban descuidados, sino descaradamente y en su misma presencia, y aun con amenazas y expresiones temibles, por manera que, amilanados los **Campas,** como que tienen un terror panico a los **Piros,** no hacían más que llorar cuando se veían asi robados, sin atreverse a despegar sus labios ni hacer otra cosa alguna, por el miedo de que por tal causa, algo peor les sucediese. Ni por eso se condolían aquellos bárbaros criminales; por el contrario, la mansedumbre de los **Campas** que hubiera conmovido al corazón más duro, les alentaba y envalentonaba para cometer mayores atrocidades. Vez hubo en que en esas rapiñas y pillerías, se llevaron a una pobre mujer que encontraron en su casa, arrebatándola por la fuerza del seno de su familia, y llevándosela para quizás nunca jamás ver a los suyos, quedando estos no solo desolados, sino también poseidos de un pavor profundo, a causa de que los Campas tienen a los **Piros** por brujos, y siempre

temen de ellos algún encanto, maleficio u otro mal arte.

Era cosa desgarradora ver tamañas fechorías, y teníamos ya el corazón partido de presenciar escenas horrorosas, siéndonos como insoportable continuar aguantando por más tiempo aquellas gentes bárbaras, que con singular descaro y con impavidez salvaje, satisfacen sus criminales instintos, sin el menor respeto y miramiento a los que con ellos íbamos. Nos hallábamos, sin embargo, en la dura necesidad de soportarlos, porque ¿cómo librarnos de ellos? ¿a dónde iríamos solos en aquellos lugares?

Salimos pues de **Pachiri** por la tarde del día 13 de Setiembre, acompañados de tan inicua gente y de los otros **Piros** que en este lugar encontramos, entre los cuales estaba el tristemente célebre Mariano, que, como dije, había promovido aquel temible motín y había sido presidente de la comisión que fué al Cuzco.

Entregados a la corriente de las aguas, seguimos rio abajo; y como era ya tarde y no podía navegarse de noche, por ser muy expuesto y aun peligrar la vida, nos detuvimos en un lugar inmediato al **Yavero** en dondo, descansamos con toda la gente. Es el **Yavero,** un pequeño río que desagua a la derecha en el **Urubamba,** cuya confluencia ofrece un dificilísimo paso.

Nada notable nos sucedió en esta breve jornada, pero sí en la del siguiente día que emprendimos por la mañana, en la que una tempestad de truenos y copiosa lluvia, que nos cayó encima, hizo aquella navegación bastante pesada.

A poco de haber salido, pasamos el célebre **Yavero,** en cuyo malpaso bajamos todos de las canoas y las descargamos de cuanto llevaban. Sigue inmediatamente el río **Mantalo,** algo grande y que dejamos a un lado, continuando nuestro derrotero con dirección a **Sintoliní,**

paso muy malo y que recordaba la tragedia sucedida a un P. Misionero hacen pocos años.

Era este el R. P. Busquets, que viajaba con los indios **Campas** en alas de su apostólico celo, buscando con mil fatigas a aquellas bárbaras gentes, para civilizarlas y hacerlas cristianas. Iba este varón evangélico en su canoa que se deslizaba tranquila por aquellas aguas, hasta que llegó al punto peligroso y difícil en que la confluencia de otro rio produce un choque y mútuos rechazos, por las opuesta corrientes que allí se encuentran, que con tenaz resistencia cada una sobre las demas se abre paso. Se entró con poca precaución aquel malogrado sacerdote en la impetuosidad de las furiosas aguas, encontrándose de uno a otro instante en medio de aquel choque y remolino, que debía cortar o sucumbir allí mismo, pues que, pasando aquel breve trecho, el peligro queda del todo salvado. A conseguir esto se esforzaba el operario evangélico, viendo a cada momento zozobrar su débil canoa entre aquellas opuestas corrientes, sin lograr vencer aquel como núcleo de rabiosa contienda. Asi estuvo algún tiempo con la sombra de la muerte adelante, evocada por el horroroso conjunto de circunstancias que tal siniestro rodeaban.

Imposible era prestarle socorro, sin exponerse a igual peligro; y precisado a luchar allí solo con tan terrible e implacable elemento, parecía que, de uno a otro instante, su canoa iba a quedar sumergida, y él a ser furiosamente revuelto en tan confuso tropel de avenidas, que, con la espuma que al aire levantaban y el ruido espantoso que hacían, anunciaban muda y fatídicamente, que aquel terrible paso era un verdadero y fúnebre sepulcro.

Asi fué por desgracia, y de repente desapareció la canoa; y el P. Misionero sumergido en el agua, dando

mil vueltas en sus violentos remolinos, pereció al poco tiempo ahogado. Tal fué la muerte de aquel varón apostólico, ejerciendo la caridad en su mas heróico grado, pues, como aseguró el divino Maestro, no puede haber mayor amor en el hombre que dar la vida por sus hermanos; y al entregar el celoso sacerdote su postrer aliento, encomendando su espíritu en manos del celestial Padre, piadosamente puede y aún debe suponerse, que bajarían presurosos los Angeles a recibirle, para acompañarle a las mansiones bienaventuradas, en donde debía coronar sus sienes de inmortal y eterna gloria, como galardón de sus fatigas, de sus trabajos, de sus grandes virtudes y de su larga vida consagrada a la salvación de las almas.

Este funesto desenlace de aquel siniestro pavoroso, que tenía suspensos y atónitos a cuantos allí se encontraban, dejó a los indios **Campas** en la soledad y en el abandono, perdidas por entonces las esperanzas de que su tribu llegara a civilizarse.

Tomadas por nuestros **Piros,** las precauciones convenientes, atravesamos con mucho cuidado aquel paso peligrosísimo, y desembarcamos allí mismo para descansar y pasar la noche.

El día siguiente 15 de Setiembre seguimos nuestra ruta, cayendo sobre nosotros una lluvia que nos dejó a todos mojados. Pasamos el **Mapirontono,** asi llamado un tumbo de horripilante aspecto, en el cual volcó la canoa de Marcelino, sin que a los otros sucediese nada; pero, al pasar algo más abajo otro tumbo peligroso, volcaron dos canoas de las nuestras, y perdimos alli algunas cosas.

Vehementes motivos había para sospechar que esos vuelcos no se evitasen de propósito, pues que los **Piros,** estaban enojados y poco se fijaban en los malos pasos

para impedir que en ellos volcasen las canoas. Provenía su enojo, de que no se les daba todo cuanto pedían; pues, como dije ántes, exigían que a cada uno de ellos se les hiciera algún regalo en todos los malos pasos, en que debían trabajar descargando y cargando la canoa. De cuando en cuando algo les dábamos nosotros, pero no como lo solicitaba su codicia; y de aquí procedía todo su enfado, y de que, al tratar de salvar las canoas, de los frecuentes y malos pasos que encontrábamos, se fijasen poco o no lo necesario, haciendo asi sospechar con fundamento, que los vuelcos eran no imprevistos sino intencionales.

Viene después del sobredicho mal paso, en un lugar angosto y muy largo, una como torrentada muy fuerte, por ser allí el lecho del rio muy estrecho y de súbita pendiente, por cuya causa toman las aguas una fuerza y velocidad extraordinaria.

Aquí nos detuvimos nosotros a esperar que llegasen las canoas, pues que anduvimos siempre a pié, por el lado del río, en los malos pasos; y mientras las aguardábamos, nos cayó un valiente aguacero, sin tener donde refugiarnos, como nos sucedia siempre, dejándonos completamente mojados.

Vino el momento de embarcarnos, y colocados de nuevo en las canoas, pasamos, no sin recelos, por en frente del **Manique,** rio caudaloso e impetuoso, cuyas aguas habían extraordinariamente crecido, a causa de las repetidas y recientes lluvias que lo habían hecho más peligroso. No fué cosa fácil navegar por la confluencia de este rio, y nos vimos constreñidos a bajar una y otra vez de las canoas, porque son varios y muy altos los tumbos que en medio del lecho se encuentran, mientras que los lados, en una y otra parte, están todos cuajados de peñas. Fué muy penoso para los indios aquel largo tra-

yecto del rio, porque hubo muchas veces necesidad de descargar y volver a cargar las canoas.

Por fin, salimos ya de tan pesados como peligrosos pasos, dando gracias a Dios porque de todo nos había salvado, y, entrando de nuevo en las canoas, navegábamos sin temor alguno en el **Manique.**



CAPITULO VI.

Angosto y hermoso paso del Manique.—Dos portadas y estrechos naturales en medio del mismo.— Entrada en las pampas, su exuberante vegetación y veneros de riqueza que allí se pierden.—Vuelco de una cacanoa, y pérdida de varios objetos.— Pesca de un Humani, robado después por los Piros.— Camsia o confines de los Piros.—Recibimiento y saludo de estos.—Cuzma o vestido talar de los Piros.— Traje ménos decente de las mujeres.—Pretensiones de formar un pueblo en Camsia y mala fé que eso revelaba.—Llegada a Ciperea e importunidades de Mariano para que se le aceptase su casa.

Después de los sustos pasados ocasionados por los peligros del rio, navegamos con menos recelo atravesando horizontes más risueños. Entramos en un trayecto muy angosto, que presentaba a nuestra vista un bonito aspecto, pues veíamos escurrirse a derecha o izquierda, arroyos de agua que se deslizaban por las peñas, que a una y otra parte, en hilera caprichosa, servían de muros al lecho del rio. Era esta una alegre y pintoresca perspectiva, que nos recreaba después de los pasados azares, y nos preparaba para descubrir, en nuesvos horizontes, objetos sorprendentes y agradables.

Se encuentra allí en medio del río, como dos grandiosas portadas que la naturaleza ha formado, y que abren la entrada al viajero presentándole un espectáculo admirable. Se pasa la primera portada que es obra de la naturaleza ruda, y se ostenta luego a la vista la segunda más magestuosa semiarqueada e igual en una y otra parte, por manera que el arte y el genio parece haber

contribuído a la realización de aquella obra magna, cuya gloria sin embargo, no es sino de la naturaleza sola.

Apenas pasadas las portadas cuyas bases forman un estrecho como de veinte metros, se presentan de repente a la vista en una y otra parte anchurosas pampas, en que una vegetación fresca y lozana, rica y exuberante desafía a la más hábil y adelantada agricultura. Es allí la naturaleza muy abundante y pródiga, y brinda a todos las inmensas riquezas de sus variadas producciones.

Se encuentra en este lugar zarzaparrilla en abundancia, que nace, crece lozana y se muere de vieja, sin que persona humana la toque, ni siquiera le eche una mirada. Lo mismo sucede con la cera que se dá por allá en gran cantidad; pues son innumerables los enjambres de abejas, y sin cuento las flores que las mantienen, produciendo riquísima miel que se pierde; y otro tanto sucede con la blanca cera, que beneficiada una y otra, sería un venero de mucha riqueza. Los salvajes de cuando en cuando allí entran, y cogen uno que otro panal sin trabajo alguno; derraman en tierra la miel que contiene, y solo se llevan la cera, para cambiarla en otro lugar con alguna herramienta ó con cualquier bujería que les ofrece algún blanco.

Vasto campo se presenta allí al hombre trabajador y dilgente, en donde puede explotar con seguro suceso los grandes elementos de riqueza que la naturaleza le ofrece, en cambio de las penurias y aún suma pobreza que en los grandes y populosos centros se encuentran. mayormente cuando se pretende vivir del presupuesto del Estado, o con el sueldo de algún buen destino, o con los honorarios de una científica profesión para la cual no se tiene las dotes necesarias; pues que ese cómodo y ambicionado modo de vivir, o no se consigue, o si se obtiene no alcanza a cubrir los innumerables gastos de tantas nece-

sidades creadas por la molicie y el lujo de las ciudades civilizadas a la moderna; mientras que, los gastos y las necesidades son reducidísimas en los lugares del interior a que me refiero, y los productos de sus feraces terrenos pueden hacer la felicidad temporal de muchas familias y aún de pueblos enteros. Un gran paso adelante se habría dado, si se consiguiese aprovechar, en la explotación de la Montaña, tantos brazos útiles que permanecen en la inercia en las ciudades, y tantos hombres de algunas dotes que se malogran en el ócio: en gran parte desterraría la vagancia, y se disminuiría la estadística de los crímenes.

Corre por en medio de esas dilatadas pampas el rio **Urubamba** mansa y suavemente, y no se encuentran en él los tumbos o vuelcos de agua como en los rios anteriores; pero, en cambio hay remolinos también peligrosos, que reclaman toda la vigilancia y diligencia de los viajeros. Uno de ellos encontramos después de haber andado algún tanto, y en él volcó la canoa en que iba el Hermano Covarrubias, poniéndonos a todos en mucha alarma, pues el peligro de perecer era muy grande. Cayó en el agua todo cuanto llevaba, y perdimos hachas, cuchillos, sal y hasta mi único manto que como debe suponerse, me hizo después grande falta; y perdimos, además, algunas otras cosas de menor cuantía, pero que allí lo eran de mucho, por nuestra gran escasez y la necesidad que de ellas teníamos. El Hermano Covarrubias salvó, pero no sin grandes sustos y después de haber vencido peligros a punta de esfuerzos, merced a los cuales escapó con vida y aún pudo también salvar un cajón caído en el agua, y que cogió en el instante de tomar la canoa. Le valió aquí su gran destreza y también el saber nadar perfectamente. El contento que nos causó el que el Hermano Covarrubias escapase con vida, mitigó y no nos dejó

sentir pena por la pérdida sufrida, que, como dije, era a causa de nuestras circunstancias, muy valiosa.

A poca distancia de ese peligroso remolino, se encuentra a la derecha del rio **Ticompinia,** que también es tributario el caudaloso **Urubamba,** y desemboca sus abundantes aguas en este mismo sitio. Proseguimos nuestro derrotero sin pararnos, y pudimos llegar a Puitaplaya, en donde pasamos la noche y también el dia siguiente, para proveernos de yucas con que alimentarnos.

Fuimos los tres a pescar en el rio la tarde antes de nuestra salida, y ya de noche tuvimos la suerte de coger un **Humani,** pescado muy grande como de metro y medio, que nos podía porporcionar comida por algunos dias. Mas los salvajes que venían con nosotros, nos lo quitaron cuando estábamos descuidados, y por poco se llevan aún cuanto teníamos, dejándonos enteramente, escuetos, sin tener compasión la menor de nosotros. Ninguna reconvención les hicimos por tal causa y ellos, sin más, nos dieron un pedazo de la pesca que nos habían quitado, de unas tres libras escasas.

Aquel dia fueron los **Piros** a una correría entre los **Campas** y les tomaron muchas cosas. Son esas correrías a manera de sorpresas que unas con otras se hacen las tribus salvajes, cuando entre sí están en guerra. Se roban entonces las mujeres y los niños, y se los venden a los blancos, haciendo comercio de eso como si fuese una mercancía cualquiera. Como se ve, los blancos que por ahí andan son el estímulo de esas inhumanas correrías, pues que si ellos no mantuviesen el detestable tráfico de carne humana, los indios perderían el aliciente de sus bárbaras excursiones.

Salimos de ese lugar el dia 17, y como a la media legua nos detuvimos largo rato, con el objeto de probar si podíamos pescar alguna cosa, y reponernos asi de la

pérdida de la anterior noche. Nada conseguimos nosotros, pero sí obtuvieron abundante pesca los indios, de la cual nos dieron un poco.

Pasamos este día por en frente del río **Sihuaniro,** que es tributario a la derecha del que navegábamos, y recibe en sus abundantes aguas y como a una cuadra de su confluencia el tributo del **Nimpia** algo pequeño.

Atravesada esta confluencia, hicimos alto para descansar aquella noche, y también para pescar alguna cosa, fueron afortunados los **Piros** y cogieron otra vez peces en abundancia, de lo cual nos alegramos mucho, no porque esperásemos participar de la pesca, sino porque asi templarían la avidez de lo nuestro. El lugar de nuestra pascana se llamaba **Capanasapa,** que toma ese nombre de un pequeño rio de la izquierda.

Continuamos nuestro derrotero el 18 por la mañana, y sufrimos a poco una lluvia que nos dejó bien mojados, entrando después por un río tributario del que entonces navegábamos, nos dirigimos a **Camsia,** nombre de aquel y que también ha dado la denominación a un lugar no muy lejano, en el cual vivían algunas familias de **Piros.** A poco rato llegamos a este sitio, y todos desembarcamos dirigiéndonos a donde estaba la gente, para pasar allí la noche.

Es ese lugar como la frontera o confines de la tribu de los **Piros,** que las divide de los Campas y dá entrada a sus dominios que de este punto se extienden a unos 500 kilómetros a lo largo del rio inclusas sus sinuosidades. Viven aquí unas familias **Piras,** a manera de centinela avanzada, a causa de estar siempre en guerras mútuas con las gentes de otras tribus, que comunmente se creen inferiores a las de estas. Esos **Piros** toman aquí el nombre de Chuntaquiros, sea porque les suena mas retumbante,

sea porque, habitando en los términos de su tribu, se creen que se les debe honrar con algún renombre.

Llegados que fuimos a las casas de **Camsia,** se nos hizo un recibimiento **a lo Piro,** practicando algunas ceremonias en las cuales también nosotros tomamos parte. Nos pusimos todos en hilera y asi en órden nos sentamos; luego salieron inmediatamente de sus casas todos los **Piros** que las habitaban, de los cuales uno con flecha en mano y otro con el arco, se destacaron de aquel grupo de gente y como a su nombre se acercaron a nosotros haciéndonos inclinación o venia, y saludándonos uno por uno hasta que recorrieron toda la hilera formada por nuestra comitiva. Tal es la costumbre y el ceremonial de saludarse y recibirse entre los bárbaros, que he tenido ocasión de observar y presenciar en distintos lugares, el cual, haciéndoles justicia, no tiene nada de bárbaro, sino por el contrario, mucho de sencillo y de culto. Al fin, no todo lo de aquellas pobres gentes ha de ser malo, y su alma que Dios ha criado buena, algunos sentimientos buenos debe inspirarles.

Como entre las tribus salvajes la de los **Piros** es la más adelantada, probablemente, porque está en contacto más inmediato con la gente blanca, no van indecentemente vestidos o completamente desnudos, como tantos otros, exhibiendo sus abronzadas formas que repugnan el pudor y delicadeza; sino usan los **Piros** de un traje sencillo que los cubre enteramente, el cual consiste en un saco largo igual de arriba a abajo, que les llega del cuello a los pies, no teniendo mangas sino unas aberturas, para sacar los brazos que llevan desnudos.

No son tan recatadas sus infelices mujeres, porque comun es entre todas las gentes y pueblos del mundo, en donde no ha penetrado la civilización católica ni la Religión de Jesucristo, retener la mujer en un estado abyec-

to, convirtiendo a la que, por su condición, debía ser compañera del hombre, en esclava suya destinada al trabajo, y en vil y lúbrico instrumento de satisfacciones vergonzosas y bestiales.

Usan las mujeres **Piras** de una especie de paño que tendrá a lo más dos tercias de ancho, con el cual se cubren al rededor desde la cintura a la rodilla, recatando asi lo que mas ofendería a la vista. Llevan además una especie de faja que desde tiernas se echan en los hombros, al cual después le sirve para cargar algo, especialmente a su tiempo para llevar a las criaturas. Algunas hay que usan camiseta, la cual les llega hasta la cintura, y también se encuentran otras que cargan sobre sus hombros una pieza del mismo género, a manera de mantilla angosta de vara y media de largo.

Después del mútuo recibimiento y recíprocos saludos, nos declararon aquellos **Piros** los intentos que tenían de que nos quedásemos allí, y no pasáramos adelante al punto designado para emprender nuestros apostólicos trabajos y la reducción de aquella numerosa tribu: era **Miaria** en donde debían reunirse, por de pronto, todos los de aquellos contornos. Alegaron por razón a favor de su intento, que en **Miaria** no encontraríamos nada, mientras que allí, en donde estábamos, todo abundaba.

Sorprendidos nosotros por tan inesperada propuesta, sospechamos que no tenían otro motivo que el deseo de tenernos en su compañía, pues se nos había antes pintado a **Miaria** como un terrenal paraiso, feraz y provisto de todo, bien poblado y que, por su posición topográfica, proporcionaba inmensas ventajas sobre muchos otros lugares, y, fuera de todo esto, que se prestaba a que acudiesen a él los demás **Piros,** y como punto mas céntrico ofrecía facilidades a los PP. Misioneros para emprender nuevas excursiones. Esta era la idea que de

Miaria nos había hecho formar la comisión de los **Piros,** y que nos había dado esperanza de un resultado muy favorable; pero todo esto se evaporaba en un instante, si era verdad lo que ahora se nos decía.

Poco o nada satisfechos de la sinceridad de aquellas gentes, tratamos de pasar adelante hácia el punto señalado. sin aceptar las inesperadas propuestas que una y otra vez con empeño nos hacían; empeño que nos ponía en mayor sobresalto y nos infundía mayores sospechas. Mas, sin tener cuenta de sus instancias, salimos el día siguiente, que lo era el 19 de Setiembre, siendo ya muy de tarde, porque la niebla que por la mañana tuvimos, nos había impedido emprender el viaje. Nada notable sucedió en la travesía, a excepción de haber encontrado por el rio **Urubamba,** al cual habíamos vuelto, una canoa de indios llamados **Cunibos,** que llevaba dirección opuesta. La noche la pasamos en una playa llamada **Catsfaragere.**

Era el siguiente dia domingo 20, y salimos muy temprano de nuestra pascana y luego nos vimos envueltos en aquel anchuroso rio, de una densa neblina que impedía vernos a corta distancia. Pasamos por enfrente de dos ríos medianos que se encuentran a la izquierda y desembocan en el grande, llamado el primero **Picha** y el segundo **Huipaya;** y un poco más allá se encuentra el **Vaqueria,** situado a mano derecha, con bastante agua.

Descansamos un rato, y proseguimos luego; encontrando el **Sincha** menos caudaloso, que desemboca también en el grande, y que paga su tributo en la parte izquierda. Prosiguiendo la marcha llegamos a **Ciperea,** en donde tenía su residencia el indio Mariano, que había ido al Cuzco con el objeto de buscarnos.

Ciperea está contiguo a **Miaria,** y con tal motivo, nos detuvimos allí algo, obligados por Mariano que nos

brindó su grande casa, única que en el lugar había. Vióse esta inundada luego de la mucha gente que con nosotros venía, y que se posesionó al instante de su vasta extensión, por manera que, con ser muy capaz, estuvo toda al instante ocupada.

Nosotros nos fuimos a la arenosa playa, y allí acampamos durante algunos dias, fuera de la casa en que una tropa de bárbaros, de hombres, mujeres, ancianos y niños se confundían, daban gritos y se agitaban, rebulliéndose sin órden de una a otra parte y formando en el recinto atronadora batahola, que llenaba el aire de ruidos descompasados y levantaban espesos vapores.

Natural era que nosotros nos alejáramos, manteniéndonos a cierta distancia de aquel tropel bullicioso, tanto por disfrutar de la quietud y del ambiente puro, cuanto por guardar nuestra dignidad y propio decoro. Instábanos el indio Mariano, que fuésemos a su casa, y, nos mezcláramos con aquella chusma salvaje que se divertía, bromeaba y armaba jaranas, como si a los sacerdotes pudiese esto agradarnos y, en calidad de Misioneros, no nos fuese detestable.

Mostraba compadecerse de nosotros aquel pobre Mariano, y se esforzaba en convencernos de la gran pena que él sufria al vernos solos retirados y acogidos a las playas, pero nosotros que conocíamos a fondo el espíritu que a ese hombre animaba, y el móvil que le hacía hablar de este modo, ningún peso dábamos a sus palabras, ni creíamos a sus protestas de compasión; pues que no era el interés nuestro el que le movía a instarnos a que fuésemos a su casa, sino el suyo propio que siempre procuraba y que en aquel entonces lisonjeábase satisfacer completamente.

Como llevábamos todavía algunas cosas de las que habíamos salvado de los percances del viaje y librado de

la codicia de los Piros, soñaba el bueno de Mariano con ellas y buscaba medios de por fas o nefas adquirirlas. Le pareció entonces buena coyuntura, si conseguía tenernos obligados prestándonos su casa; y sin desperdiciar esa ocasión, que creía él muy propicia, nos importunaba a fin de que no persistiésemos en desairarle.

No aceptamos nosotros sus interesados ofrecimientos, y continuamos en aquella vasta playa viviendo allí por cinco días tranquilos y contentos, no de los indios, sino de vernos solitarios. En la soledad ostenta Dios su grandeza, habla al corazón e infunde alegría; se disipan en ella las ilusiones de este mundo y el alma justificada respira un celestial ambiente, que es como presagio de la eterna gloria.

Salimos el día 26 de **Ciperea** con dirección a **Miaria,** debiendo ser aquella corta jornada, la última de tan largo y penoso viaje. Era **Miaria,** como ya ántes dije, el punto señalado a nuestra residencia, el objeto de nuestros pasados afanes, el lugar de nuestra tareas apostólicas, en donde debiamos desplegar nuestro celo, nuestra actividad y nuestra solicitud caritativa a favor de la numerosa tribu de los **Piros.** Llegamos por fin a este punto tan deseado, dimos gracias a Dios por las misericordias recibidas en el camino, y nos preparamos a emprender los trabajos apostólicos en aquel nuevo campo.

CAPITULO VII

Miaria y lisonjeras esperanzas allí concebidas.— Sencillez de paloma y prudencia de serpiente.— Habitación angosta de los PP. Misioneros.— Construcción de una nueva casa y decepción con este motivo.— Los hábitos de los PP. Misioneros en peligro y sustracción de lo indispensable.—Débil esperanza fundada en una buena mujer Pira.—Rebelión promovida por un medio sencillo.

Miaria había sido ántes morada de algunas familias **Piras**, en donde tenían sus rancherías y sus chacras bien cultivadas; pero ahora se hallaba abandonado todo, caidos los ranchos y perdido el cultivo. Es esta costumbre general entre los infieles, de cambiar con frecuencia de domicilio, allí en donde la naturaleza por doquiera es pródiga, dejando su primitivo lugar y dispersándose sus habitantes a diversos puntos. No hubo, por consiguiente, a nuestra entrada recepción alguna; y nosotros con los Piros que nos acompañaban y los que estaban comprometidos a venir, debíamos dar principio a la población proyectada, ellos formando de nuevo las chozas, rozando los terrenos y disponiendo lo demás necesario, y nosotros ocupándonos en la cultura de sus almas y hacerlos ciudadanos del cielo.

Para emprender con entusiasmo nuestro ministerio apostólico, procuramos echar lo pasado en un profundo olvido, y correr un velo a todo lo que los indios nos habían hecho, esperando encontrar en esas nuevas gentes, un vasto campo, fértil y de esperanzas muchas, que nos compensasen, con su noble comportamiento, los trabajos

anteriores y las zozobras mil que, por amor a ellas y para salvarlas, habíamos pasado. Nos esforzamos en persuadirnos de ese supuesto, trabajamos para grabar esa halagüeña especie en nuestro espíritu, a fin de no desfallecer en nuestra heróica empresa, si no por el contrario, acometerla con el ardor posible.

Para el efecto nos prevenimos de antemano con reflejiones que nos inspirasen compasión, ternura e indulgencia para con aquella gente que el gran Padre de las misericordias nos confiaba; preparándonos además y resignándonos a disimular sus inpertiencias, sufrir sus groserías, condescender en cuanto nos fuese dable con sus pretensiones y exigencias, usar de toda la benignidad y dulzura evangélicas, de toda la paciencia y tolerancia posibles, de toda la perseverancia y constancia necesarias; en una palabra, nos propusimos guardar al pié de la letra aquella bella máxima de San Pablo: **Hacerse todo para todos, a fin de ganarlos a todos para Jesucristo.**

Resueltos, pues, estábamos, a no omitir medio que de nosotros dependiera, para conseguir efectívamente y con satisfactorio éxito, la reducción de aquella tribu, haciéndola entrar en el gremio de la Iglesio católica, y proporcionar al Estado algunos pueblos nuevos. Nuestra resolución se extendía también a no escasear sacrificios, a no escatimar padecimientos y aún a dar por ellos nuestra sangre y nuestra vida si fuese necesario o de algún modo conviniese.

Trajimos entónces a la memoria el cuadro que en **Illapani** nos habíamos formado, de la transformación y mudanza que en aquella gente iba a verificarse, en la cual Jesucristo sería adorado y querido, y sus almas se encaminarían a la eterna bienaventuranza. Estas y otras cosas nos figurábamos, a fin de animarnos en los traba-

jos que nos aguardaban; y hacíamos esfuerzos para persuadirnos, que los **Piros** de **Miaria** no eran como los pasados que tan sospechosos y malos habiamos encontrado; sino que estarían bien dispuestos y ansiarían abrazar la Religión católica, no por codicia o por las ventajas que de esto esperaban, sino por amor a la verdad y al bien y con miras elevadas.

Estos y semejantes esfuerzos hacíamos en conformidad con lo que Jesucristo manda, que **seamos sencillos como las palomas,** y que el candor no abandone nuestros corazones. Pero como también antes de esto dice el mismo Jesucristo, **que seamos prudentes como las serpientes,** no nos alucinábamos de tal manera con la nueva gente, que no estuviésemos alerta y tomáramos precauciones a fin de no sufrir una decepción amarga, como fundadamente podíamos temerlo, pues que, asi los primeros como estos nuevos, eran **Piros,** de iguales costumbres y del mismo dialecto, y vivían en contínuo y mútuo trato y estrechadas sus familias.

Tenía en **Miaria** el indio Marcelino, aquel incitador de revueltas y de instintos sanguinarios, una casa a usanza de aquellas gentes, que había conservado en medio de las ruinas de las otras; y en un de sus rincones, prepararon habitación para nosotros, debiendo estar los tres juntos en un estrecho sitio, que no solo no porporcionaba comodidad alguna, pero que casi ni permitía poder moverse.

Disimulamos la falta que se había cometido en no prepararnos de antemano casa independiente, donde pudiésemos rezar nuestro oficio divino, celebrar misa y demás actos religiosos con recogimiento, quietud y decencia conveniente; y además proporcionase la comodidad necesaria, para que cada religioso pudiese dormir y estar separado.

El siguiente día de nuestra llegada fué Domingo, y celebramos en aquel lugar la primera Misa, pidiendo al Señor derramase sus grandes misericordias y nos favoreciese al catequizar aquellos indios, cuya tarea nos preparamos a comenzar en breve, con la esperanza de hahacrlos pronto cristianos.

Indispensable era para esto entender su dialecto y hablarlo siquiera un poco, y a ese estudio nos consagramos desde luego para trabajar con buen éxito, pues que era una gran fatiga tener que entendernos por señas y aún por intérprete, que tampoco poseia perfectamente nuestra lengua. Aunque mi compañero poseia dos dialectos índicos, y yo también conocía uno de ellos, pero no el que hablan los Piros que, como ya en otra parte dije, se diferencia mucho de los otros. Entre tanto tratábamos de instruir a aquellas gentes rudas del mejor modo que podíamos, haciéndoles entender algo de los artículos de nuestra santa fé y recitar algunas de las oraciones más esenciales. En esto nos ocupábamos todo el tiempo que allí permanecimos, cuando nos lo permitían aquellas gentes enemigas de toda disciplina.

Entre tanto continuábamos oprimidos en la casa de Marcelino, pero sin por esto proferir una sola queja, esperando que sería interina la angosta residencia, o que, advirtiendo los indios nuestra apretura, cayeran en cuenta que estábamos mortificados. Pero, el tiempo pasaba y no se daban por entendidos, y aún visos llevaba aquello de prolongarse indefinidamente, sea porque aquellos bárbaros no conocían lo que nosotro sufríamos, sea porque, conociéndolo, poco o nada les importaba. Es lo cierto, que continuar así no era posible, tanto más que a los indios era cosa fácil levantar una casa cómo y donde quisieran, porque terreno lo había cuanto se les antojase, y materiales en inmensa abundancia. Necesitábase no más

un poco de trabajo, mejor dicho, voluntad de hacer algo para nosotros, que exclusivamente habíamos venido para trabajar por ellos y servirlos a todos.

Viendo, pues, que la cosa iba a ser larga, nos resolvimos a manifestarles sencillamente la necesidad que había de procurarnos habitaciones en donde pudiéramos estar con mas holgura, y proporcionarnos asi la comodidad suficiente, que para enseñar a ellos mismos, instruirlos y catequizarlos necesitábamos. Esta sencilla indicación fué de ellos desatendida, y entonces apelamos a su codicia, ofreciéndoles cuchillos y las pocas herramientas únicas que todavía nos restaban; y para que no creyesen que eran vanas promesas, todo se lo entregamos al momento, a fin de mover con eficacia aquellos duros corazones, que, en vez de confianza, nos inspiraban recelos.

Recibidos los pocos regalos que nos quedaban, los **Piros** se empezaron a mover un poco, y, cogiendo sus herramientas con calma, se dirigieron a una chacra contigua, abandonada y que antes habia tenido plátanos, la cual rozaron superficialmente disponiendo con brusquedad el terreno, para construir o formar en él alguna casa. Disimulamos otra vez la falta de miramiento que se nos tenía, preparando una chacra vieja; pues, falta era darnos terreno abandonado y ménos fértil que el vírgen que allí mismo había, y que en inmensa extensión pródigamente se brindaba al que primero quisiese ocuparlo.

Resignados estábamos a recibir aquel gastado terreno, donde debíamos hacer nuestra casa y nuestra huerta o **chacra,** que debía contener verduras, plátanos y demás vegetación del pais riquísimo, disimulando, como dije, la poca consideración que se nos guardaba. Pero lo que no pudimos disimular, lo que nos sorprendió, lo que parece increíble y de que solo eran capaces los bárbaros,

era que . . . . (parecerá imposible) . . . . aquella chacra no estaba destinada para nosotros; la habían limpiado los **Piros** para ellos mismos, con el objeto de formar sus casas.

Estupefactos con lo que nos pasaba, apenas podíamos dar a éllo crédito, ni darnos cuenta de lo que con nuestros propios ojos veíamos, ni convencernos de lo que podíamos palpar con nuestras propias manos; y al volver de nuestro estupor nos mirábamos unos a otros, sin acertar a proferir alguna palabra, quedando como atónitos por lo que ya no admitía duda. No atinábamos que admirar más, si la mala fé con que se procedía, o si la dureza de corazón en tenernos mortificados. ¡Si creerían aquellas pobres gentes, que nos debían tener en la casa de Mariano como unos pupilos o incapaces menores, bajo la tutela y vigilancia de ellos!

Parece que tan peregrino hecho debía cubrir de vergüenza los rostros de aquellos indios, si capaces de vergüenza ellos fuesen; pero al contrario, como si nada fuese todo esto, impertérritos los **Piros** en sus procederes bárbaros, pedían y otra vez pedían, y nunca se cansaban de pedir cuanto teníamos y aún lo que no teníamos, habiendo llegado hasta el extremo ¡pobre gente! de pedirnos . . . . . el mismo hábito que nos cubría; y no fué esta una petición irreflexionada, o lanzada sin conocimiento de lo que hacían, sino premeditada, repetida una y otra vez con mucha instancia. ¡Qué esperanza podíamos tener después de lo sucedido, y de una gente a quien sus propios actos ponían en trasperencia!

Ni paraba aquí la broma, sino que a todo esto, por sí solo tan pesado, se agregaba que aún estaban de nosotros aquellos **Piros** descontentos, con malas caras y peores gestos, sin saber nosotros qué hacernos, pues mal si les dábamos y también mal o peor si no les dábamos, no

pudiendo, de cualquier suerte que nos portáramos, conseguir tenerlos satisfechos ni en disposición de ser civilizados.

Necesidad teníamos nosotros de ser alimentados, y era natural que los indios nos proporcionasen cómo; pues fácil cosa les era, en aquel país fértil y abundante, al pié de un rio lleno de pesca y cerca del bosque poblado de aves, suministrarnos cada día lo necesario al sustento del cuerpo, que no era mucho ni gravoso para ellos, siendo tan diestros en la caza y en coger peces y cuanto querían; pero esto jamás lo obtuvimos, y si de ellos hubiéramos tenido que esperar el pequeño sustento, bien podíamos resignarnos a secarnos de hambre, muriendo de inanición y en el abandono.

Nos veíamos pues constreñidos a buscar por nosotros mismos el cotidiano alimento, y la Divina Providencia, que es en todas partes benéfica, y la naturaleza que es allí admirablemente pródiga, nos proporcionaba siempre cuanto necesitábamos, sin echar menos el concurso de los indios cuyo deber era el de atendernos. Esta diligencia, que por sí sola era a la sazón bastante para sustentar y conservar la vida del cuerpo, no nos era, sin embargo, allí suficiente, por cuanto aquellos bárbaros, que lo eran de nombre y de hecho, no sólo nos negaban lo más preciso (y esto hubiera sido lo de menos), sino que, además, nos quitaban lo que teníamos; y cuando la suerte nos favorecía con cazar alguna ave o animal cualquiera, nos lo arrebataban sin el menor miramiento, lo guisaban y se lo comían todo, sin que a nosotros nos dieran la menor parte de lo que era nuestro y con rapiña se habían sustraído, viendo nosotros y aguantando con paciencia todo cuanto en nuestra presencia cometían.

Pasamos entonces hambres y necesidades grandes, y día por día nos íbamos enflaqueciendo, apoderándose

de nuestros extenuados cuerpos una debilidad suma, que por momentos nos asemejaba a esqueletos.

Este inhumano comportamiento de los **Piros** que daba motivo suficiente para abandonarlos, perdida toda esperanza de convertirlos, pues que tan duros y mál dispuestos se mostraban, no fué, con todo suficiente para hacernos caer de ánimo; tan firme era nuestro propósito de salvarlos y tan eficaz la resolución de sacrificarnos por ellos; y concebíamos aún alguna esperanza, aunque débil, de que las cosas cambiarían de aspecto, y que, entrando ellos en mejor acuerdo y rendidos al ver nuestro humilde sufrimiento, se volverían más humanos y más obsequiosos, aprovechando la paternal visita que Dios les hacía por medio de nosotros aunque de tan alta honra no dignos, pero que como legados suyos cerca de los hombres, y con poderes ámplios y facultades absolutas, debíamos desempeñar la sacrosanta misión de salvarlos a todos, arrancándoles de la barbarie y haciéndolos hombres perfectos.

Prestaba a nuestra esperanza algún apoyo una mujer anciana y de la misma tribu, que tocaba de natural compasión hácia nosotros, reprendía a los **Piros** su vil proceder, les echaba en cara su ruín inconsecuencia, y abogaba por nosotros siempre que podía. Nos favorecía dándonos alimento, y esto nos valió para que no nos muriésemos de hambre, conociéndose en esto el cuidado de la Divina Providencia, que, sustentando a las aves del cielo y a las hormigas del campo, de esperar era que nos socorriera en aquel apuro, y de una manera o de otra nos proporcionase alimento. De mucho nos valió la piedad de aquella mujer, y merced a su venerable energía se contenían los **Piros,** no en todo, sino en parte, poniendo coto a sus desmanes para que no dieran en mayores excesos.

Mientras esa dulce, aunque débil esperanza nos halagaba y alentaba algo a sostenernos en aquella angustiosa vida, aguardando ocasión más propicia de ver realizados nuestros deseos, un suceso inesperado lo frustró todo y hasta nuestras vidas puso en evidente peligro.

Llegó a aquel lugar un **Piro** llamado Agustín, que tenía su residencia cerca de **Sarayacu,** en donde otros sacerdotes lo habían catequizado y concedido el inapreciable don de haberlo hecho cristiano. Se acercó a nosotros, nos pidió con mucho imperio un tarro de pólvora que dijo necesitaba, sin más título para que se lo diéramos, que el derecho que ellos creen tener a todo lo que los PP. Misioneros traen, y la obligación que suponen a estos incumbe, de darles cuanto se les antoja. Como la pólvora que nos quedaba no era mucha, pues que, aparte de no serlo la que del Cuzco habíamos traído, una considerable parte se había ya gastado cazando por el camino y aún allí mismo, no le dimos completo el tarro que solicitaba, sino una parte, porque nuestra pobreza no nos permitía ser más largos. Fuera de esto, con mucho recelo dimos la pólvora por el temor de que se sirviese de ella contra nosotros mismos.

Bastó esto para que el indio se fuese descontento y fraguase contra nosotros una venganza; y al retirarse iba murmurando tratándonos de mezquinos y miserables y esparciendo entre los suyos especies denigrantes contra nosotros, haciéndoles creer que no éramos Misioneros como los otros, con el objeto de instigarles a que nos abandonasen.

Consiguió este mal hombre sus inícuos intentos el día 4 de Octubre, fiesta de N. P. S. Francisco, sublevando a aquellos salvajes contra nosotros; y vimos con pesar repetido, pero con una injusticia y con ingratitud incalificable, lo que en **Pachira** había sucedido con los

cascarilleros, con cuyo motivo hice observar la facilidad y la ligereza con que los **Piros,** dejan sobornarse, el torcido juicio y manifiesta injusticia de que están dominados, y por fin, los instintos crueles y sanguinarios de que están poseídos.

No hicieron armas, es verdad, los **Piros** contra nosotros; pero no lo era menos que estaban mal preparados y que de su ruindad todo podía temerse, por cuya razón nos pusimos en vigilancia, colocamos nuestra confianza en Dios y en su Santísima Madre, nos abandonamos a su paternal protección y a su maternal ternura, y nos dispusimos para lo que pudiese sobrevenirnos, resignados y conformes a lo que la Providencia dispusiera. Pero no por esto omitimos, por nuestra parte, rodearnos de las precauciones prudentes y oportunas, y valernos de los medios que pudiesen ayudarnos y nos salvasen, con el auxilio de Dios, de cualquier percance.

Al efecto, no perdíamos de vista las escopetas que traíamos nosotros para la caza, no precísamente para hacer uso de ellas, volviéndolas, si fuese necesario, contra injustos agresores, con la moderación y templanza que la moral exige, limitándose a la simple y precisa defensa, y no lastimando por pasión al que acomete; nada de esto había en nuestro ánimo aunque pudiéramos hacer sin reato de conciencia, porque no hay estado ni condición en esta vida, en que al hombre se le despoje de sus derechos naturales; sólo, pues, teníamos las armas a la vista, para infundir a los indios temor y respeto, porque, como ya hice notar en la ocasión referida, estas gentes tiemblan en presencia de un fusil o de una escopeta, de un revólver o de cualquier otra arma de fuego, y basta que se les muestre o que sepan que existe, para llenarse de susto y luego acoquinarse.

Era esta para nosotros gran ventaja y aún la úni-

ca defensa que nos permitíamos, pues aparte de ser inocente e inofensiva, era eficaz, y esto nos bastaba. Que a no ser asi, nuestra situación hubiera sido terriblemente crítica y aún hubiéramos allí perecido sin remedio, pues las escopetas más bien de estorbo nos hubieran servido, antes que permitirnos hacer con ellas mal a nadie.

Por otra parte, teníamos otra circunstancia favorable, y era la ignorancia y estolidez de los salvajes, que siendo incapaces de comprender la mansedumbre evangélica, el carácter suave y humilde del sacerdote católico, la abnegación y el sacrificio del Misionero, juzgan a los demás por sus propios corazones, trasladando con la imaginación las cualidades de fiereza y feroz impetuosidad que ellos tienen, a las otras personas, a cuyos nobles sentimientos no pueden elevarse.

Debido a esto y principalmente a la protección de Dios y al favor de la Santísima Vírgen, no fuimos acometidos, y escapamos con vida de lance tan peligroso, quedando asi frustrados los designios de aquel mal indio, que sobornó a la gente y la indispuso con nosotros. Dios se lo perdone y use con él de misericordia, asi como la tuvo abundante con nosotros en aquel aprieto, manifestando una vez más, lo que en su Evangelio asegura, que ni un solo cabello, sin su expresa voluntad, caerá de nuestra cabeza (1).

Sentimos profundamente el crimen de aquel indio, no por los resultados que a nosotros hubiera podido traernos, sino porque nos quitaba la débil esperanza que aún conservábamos, de convertir a la fé y civilizar aquella tribu. En esta zozobra estuvimos hasta el día 9, en que se definió la situación de un modo decisivo e hizo inútiles todos nuestros esfuerzos, colocándonos en un lance el más terrible.

---

(1) Luc. 21. 18.

CAPITULI VIII.

Fuga de los indios y abandono de los PP. Misioneros.—Aparición de dos Piros.—Salida de Miaria para Cayaría.—Fuga de un remero y adquisición de un indio que le sustituyese.—Encuentro de Mariano y fuga del mismo.—Encuentro de treinta y una canoas de Cunibos.—Las guerras ante Dios, su causa y medio eficaz para impedirlas.—Peligros de naufragio y malas intenciones de los dos remeros.

Era el día 9 designado para hacer un viaje, nosotros y algunos indios de **Miaria,** al cual todos habían convenido libre y expontáneamente, a una simple insinuación que a nuestra llegada hicimos. Ese proyectado viaje era a **Cayaria,** pueblo de indios ya cristianos que con muchos trabajos han formado los PP. Misioneros de Ocopa, y que está a gran distancia de **Miaria.** Queríamos tener el placer de saludar a los Religiosos nuestros hermanos que allí se encontraban, con la seguridad que igual hubiera sido el placer que al vernos ellos hubieran recibido; y al anunciar a los **Piros** nuestro pensamiento para ver si lo aceptaban, se ofrecieron gustosos a llevarnos quedando fijado el día dicho.

Al amanecer de este día memorable y aciago, un silencio sepulcral reinaba en aquella ribera; y al registrar las casas y la orilla del rio, nos quedamos asombrados de no encontrar a nadie. Ibamos de una a otra parte en busca de aquella gente, creyendo que se hábía escondido por miedo de otra tribu enemiga, o por cualquier otro motivo a nosotros desconocido; pero todo fué en vano, porque en ningún sitio la hallábamos, a pesar de

nuestras diligencias exquisitas en registrar rincones y emboscadas. Dimos otra mirada al rio para ver si algo descubríamos, alguna canoa, señal o indicio de lo que con ardor buscábamos; y al encontrarnos con el agua limpia y la orilla sin embarcación alguna, conocimos claro que los **Piros** nos habían abandonado, fugándose cuando estábamos nosotros descuidados.

Vimos entonces perdida ya toda nuestra esperanza y malogrados completamente nuestros pasados trabajos; y sobre este mal, por sí sólo bastante grande, nos oprimía la aprehensión de las circunstancias que nos rodeaban, en aquellas luengas tierras y sin apoyo humano, abandonados a nosotros mismos en desiertas playas, sin herramientas, sin dijes y sin nada de lo que buscan los indios, por amor a lo cual se consigue de ellos algo. Que si esto tuviéramos, esperar podíamos que, al pasar en sus canoas por el rio otros indios, regalándoles dijes u otras bagatelas, nos sacaran de la soledad, llevándonos a lugar hospitalario. Pero, ya esto no era posible, desde que nada teníamos que darles; y si de los indios **Piros,** a pesar de haberles regalado y estarnos formalmente obligados, tal pago habíamos recibido, dejándonos abandonados sin piedad ni compasión alguna, a la suerte y a la ventura, ¿qué esperar podíamos de los otros bárbaros, que ningún deber tenían con nosotros ni había ya que darles como su codicia apetecería? Preciso era resignarse a permanecer en aquellas playas, dejando a la Divina clemencia el porvenir que nos aguardaba.

Levantamos entonces a Dios nuestros corazones llenos de tribulación y de angustia tanta, que apenas puedo hallar ahora expresiones que alcancen a dar cabal idea de lo que entonces sufrimos. Fué Dios el único que nos consoló en aquellos momentos, que siempre es el Padre de las misericordias y el que ayuda en las tribulaciones,

pues su infinito amor no sufre ver a sus criaturas y sus hijos, que a su servicio se consagran y que por su gloria padecen, abrumados de trabajos y llenos de angustia.

Repuestos algún tanto del abatimiento sufrido, registramos con la vista si alguna esperanza nos quedaba; ó si no había mas remedio que perecer en aquellas playas, solos, sin canoas y sin haber quien las manejara. Acertamos, por fortuna, divisar un bulto: era un **Piro** que todavía no había marchado y estaba alistando su canoa y sus remos para embarcarse. Renació con tal hallazgo un asomo de esperanza, y fuimos corriendo hacia el indio salvaje, ántes que tomando aguas nos dejase burlados, pues con la prisa que se daba para alejarse de nosotros, dió bien a comprender su intención de dejarnos. Llegamos a tiempo, e impedimos que se escapase, y nos apoderamos de la canoa que debía salvarnos, que si bien tenía una larga rajadura, no era del todo inservible, y esto nos bastaba.

Al poco tiempo vimos no muy lejos una mujer en el rio, dentro de una canoa, cerca de la playa, haciendo esfuerzos para bararla. Sin perder un instante subimos el río con la embarcación de que acabamos de apoderarnos, y llegando en breve a donde la mujer estaba, ella saltó precipitadamente en tierra, echó a correr y se ocultó en el bosque. Salió de su espesura en aquel mismo instante un indio **Piro** que se dirigió a nosotros, no supimos ni averiguamos si a registrar lo que allí pasaba, o a defender aquella mujer que creería entonces acosada.

Quiso la Divina Providencia que aquel indio **Piro** tanto se acercara a nosotros que estábamos quedos, que fuese cosa fácil poder luego tomarlo; y él sin resistencia y aún expontáneamente se brindó ayudarnos, para salir de aquel aprieto que en tanta angustia nos tenía.

Con la adquisición importante de la canoa abando-

nada por aquella mujer que había entrado en el bosque, y, más que esto, con la adquisición interesante de aquel indio Piro que tan bondadosamente se había brindado a favorecernos, respiramos algo de nuestra opresión presente, porque teníamos ya dos canoas y dos hombres con el otro que había quedado en la playa.

Hecha esta operación importante y la primera que las circunstancias nos presentaron, conferenciamos acerca el partido que debíamos tomar en aquella situación angustiosa, para acertar mejor, oidos los pareceres de todos. Como los **Piros** no podían estar de allí lejos, resolvimos ir en busca de ellos hasta alcanzarlos, para ver si exhortándolos y haciéndoles algunas promesas, podíamos conseguir que se volviesen a **Miaria,** o que señalasen ellos mismos el lugar donde podíamos formar la población nueva. Esta resolución nos ponía en camino de ver realizados nuestros deseos, sea que otra vez reuniésemos a los **Piros,** sea que no consiguiéndolo nos acercásemos a **Cayaria,** debiendo ir rio abajo en ambos casos.

Se oponía a esto sólo un inconveniente, y era que el Hermano Covarruvias estaba con lo pasado tan abatido, su cuerpo tan extenuado y su espíritu tan afligido, que a la sazón no sentía en sí valor para emprender aquel viaje, que por otra parte, no se sabía que éxito tendría, pues que con fundamento podía temerse, que aquellos dos **Piros** que debían remar y servir de guías, no fuesen mejores que sus compañeros, y que en el caso preciso nos dejasen plantados, como acababa de suceder con gran sorpresa.

Semejante aprehensión, que bien podría ser realidad, de tal modo se apoderó de su mente, e invadió su corazón con tanto espanto y pavor, que no fué posible animarlo a pasar adelante, poniéndonos en la alternativa,

o de acceder a sus reiteradas súplicas, o de violentar excesivamente su voluntad dominada del miedo.

Después de haber meditado y deliberado lo que ofrecía menos inconvenientes, convenimos en que nosotros nos fuésemos hácia **Cayparia** para juntarnos con nuestros Hermanos del Colegio de Ocopa, y él se quedase en **Miaria,** sea para animar a los **Piros,** caso que allí volviesen, sea para guardar parte del equipaje, que la pequeñez de las canoas no nos permitía llevar con nosotros, hasta tanto que le enviásemos embarcación y gente segura, que confiábamos sería dentro de pocos días. Sensible nos era esa separación en aquellos lugares, y sólo convenimos en ella por particulares circunstancias y también porque se quedaba acompañado con aquel joven boliviano que desde **Illapani** nos seguía.

Así arregladas las cosas, nos preparamos los dos para la marcha, esto es, el R. P. Tomas Hermoso y el que esto escribe; pusimos nuestras petacas en las cortas y angostas embarcaciones, nos entramos luego en ellas con los dos indios que debían dirigirlas, surcando luego aquellas aguas que mansas y con majestad sobre su lecho se deslizaban. Iban las dos canoas amarradas una con otra por sus costados, a fin de que pudiésemos ir juntos los dos Religiosos, y ayudarnos mutuamente, evitando así que los indios pudiesen escaparse y llevarse alguna canoa dejándonos burlados.

Era este el día 9 de Octubre y fuimos rio abajo sin otro percance que una lluvia mañana y tarde, mojándonos completamente, porque no había cómo evitarlo. Pasamos este día por delante del pequeño rio **Miaria,** del cual toma nombre nuestro lugar de triste recuerdo: tiene muy poca agua, pero no tan escasa que no pueda navegarse, y desemboca a la izquierda del rio **Urubamba** que nosotros surcábamos. Encontramos después a la de-

rec a los pequeños rios de **Misahua y Sepahua,** de mayor cauce que el primero, y que dá entrada al país dilatado que habitan los indios **Ipitineris.** Llegamos a **Camsiri** en donde nos detuvimos para pasar allí la noche, en la cual estuvo siempre lloviendo.

Hasta aquí todo iba en prosperidad y confiábamos continuar en bonanza; pero no sucedió así, porque en aquella misma noche, uno de los dos indios que nos llevaban y que venia con nosotros muy forzado, se nos fué, dejándonos desolados, por la gran falta que nos hacía y que no había como repararla, porque ninguno de nosotros dos era capaz de dirigir la canoa.

Nos resignamos a la voluntad divina en tan angustioso trance, pidiendo al Señor nos socorriese y nos sacase de tamaño apuro; y a poco fuimos consolados, auxiliándonos Dios benignamente, con proporcionarnos luego otro indio que se prestara a venir con nosotros, y además con una canoa grande, que su dueño nos cambió por las dos pequeñas que llevábamos.

Era el dia 10 y salimos muy tarde, por seguir lloviendo desde el dia antes, y llegamos a **Ipiyercha** para descansar la siguiente noche. Encontramos aquí, sin pensarlo, a Agustín, aquel **Piro** revoltoso, que había puesto en conmoción con mil embustes y mil mentiras, a los **Piros** de **Miaria.**

Al advertir nuestra llegada ese desgraciado y mal cristiano, que, no por serlo, había dejado sus pérfidos instintos y sus salvajes costumbres, recibió tal sorpresa y de tal miedo se sintió poseido, que no se creyó allí seguro; y muy de mañana, a toda prisa, y sin reparar en la copiosa lluvia que caía del cielo a cántaros, tomando la dirección opuesta de aquella que nosotros llevábamos, se escapó precipitadamente, no de nosotros, que allí pacíficos e inofensivos estábamos y de quienes podía estar

muy seguro que ni el menor mal le sobrevendría; sino del atroz remordimiento de su conciencia y del cruel reato que le atormentaba. No necesita el criminal que la justicia lo persiga para sentir el peso enorme de sus actos reprobados: su propia concienccia es su fiscal implacable, y sus estímulos, desapiadados verdugos que acibaran las dulzuras de sus pasatiempos y hacen insoportable su vida.

Creció mucho el rio esta noche, a causa de la larga lluvia que caía, de modo que fué preciso levantarnos para quitar las canoas que estaban en la orilla del rio, a fin de que la gruesa avenida no se las llevara.

Proseguimos el dia 11 nuestro viaje bien temprano, y pasamos por en frente de la desembocadura del rio **Sippa,** que es algo copioso y está a la izquierda. Sufrimos, por la mañana, un aguacero mediano; pero, en cambio, por la tarde nos cayó otro muy copioso que nos dejó a todos como una sopa.

Los dos indios ya cansados de acompañarnos, querían regresarse dejándonos abandonados. Trabajamos por contenerlos, y a Dios gracias lo conseguimos, quedando siempre sin embargo, con el sobresalto de lo que podría sucedernos, temiendo que aquellos bárbaros, en la primera ocasión nos abandonasen. La causa de su descontento es muy fácil adivinarla: nuestra pobreza nos impedía satisfacer su gran codicia.

Hicimos noche en una playa llamada **Cumaria,** y al amanecer tomamos nuestras escopetas para ver si podíamos cazar algo, pues no nos era sobrado el viático. Conseguimos coger luego un mono con su pequeña cría, y nos regresamos al instante para no perder más tiempo, emprendiendo en seguida la marcha; era el dia 12 de Setiembre.

Al poco rato de surcar el rio, divisamos a lo lejos

una canoa armada que venía hácia nosotros; y al hacerse más cercana pudimos contar hasta 31 canoas, que con destreza manejaban los muchos que allí dentro habían: eran indios Cunibos que iban a pelear con los **Ipitineris.** y llevaban el designio, para trabar con ellos lucha, de entrar por otro rio que allí cerca desemboca, llamado **Piquirea,** que está a la derecha.

Nos llamaron estos indios desde alguna distancia y cuando ya estuvimos cerca, como en un abrir y cerrar de ojos, nos rodearon en sus canoas con agilidad y destreza admirables, quedando nosotros en el centro de aquel gran círculo de bárbaros, que a su ferocidad como ingénita, añadían el furor bélico que sus corazones poseia y buscaba desahogarse en la guerra emprendida.

Podía este repentino encuentro asustarnos, pero como tantos contrastes, a cual más terrible ya pasados, nos había como acostumbrado a sucesos imprevistos y a fuertes impresiones, retemplando nuestros corazones y preparándolos a lo más adverso, nos quedamos muy tranquilos en medio de aquello salvajes, con quienes hablamos por un rato, y después de cambiarnos algunas palabras, nos despedimos sin que mal alguno nos hicieran.

Quienes temblaban de miedo eran los indios nuestros remeros, que por ser ellos **Piros** y los otros **Cunibos,** estaban en gran peligro de que les quitasen las vidas, a causa de la guerra que se han declarado estas dos tribus. Sin embargo, no se si por respeto a nosotros, o lo mas cierto, porque Dios no les dió entonces licencia, se contentaron con quitarles tan solo algunas pocas flechas que traían, sin oponer los **Piros** la menor resistencia; al contrario, manifestando mucho acoquinamiento, pues, por lo regular, tiemblan estos a los **Cunibos.**

Iban esos pobres salvajes **Cunibos** muy bien provistos de flechas, de arcos, de macanas y de lo que para da-

ñar creían bueno, caminando a toda prisa con rabia y bárbaro despecho, para vengarse satisfactariamente de los **Ipitineris** sus enemigos. Una mirada compasiva y un sentimiento de ternura nos arrancaron los infelices, considerando que, quizá muy en breve, algunos de ellos morirían, o cuando menos, quedarían muy mal parados por la resistencia que en la refriega les harían sus contrarios.

Meditábamos entonces sobre la triste condición de estos bárbaros, que se odian, que pelean, se hieren y se matan, las más veces por motivos frívolos, emprendiéndose guerras entre las tribus, sin razón, sin justicia y sin derecho; todo lo cual con facilidad podría impedirse, introduciendo en su corazón la **caridad cristiana,** que convertiría en sociedad de hermanos, los que antes se miraban como acérrimos enemigos. Reflexionábamos cuan léjos ha estado de la mente de Dios, al criar al hombre y ponerle en este mundo, el que viviese este en continua guerra con sus hermanos y no se ocupara más que en su destrucción. Recordábamos entonces que la intención divina fué, hacer de todo el género humano una sola y bien unida familia, formando de todos los hombres que sobre la tierra apareciesen, seres nobles, justificados y perfectos que se amasen, y socorriesen mútuamente. Considerábamos que al ver Dios, desde el cielo, sus intenciones frustradas o torcidas, con un acto de desagrado y de indignación reprobaría los odios recíprocos y la actitud belicosa de los hombres.

Al fijar sobre esto la considercaión, se aumentó considerablemente nuestra pena, porque recordamos que este gran mal nunca demasiado detestable, existía no sólo entre los desdichados salvajes de América, sino también entre los hombres cultos de la misma América y de la vieja Europa. Trajimos a nuestra memoria las guerras exterminadoras, la sangre derramada, la desolación

y la muerte, que hacen mayores extragos y llevan el terror con mas fuerza, entre los pueblos civilizados del nuevo y antíguo mundo, que entre las tribus de esos bárbaros que no conocen la civilización.

Si profundizar quisiéramos más y más sobre esto, e investigar más hondamente sobre los motivos, sobre las causas, razones y derechos, que para romper las hostilidares y destruirse unos a otros los hombres alegan, dejando a un lado ahora por un momento lo que estas tienen de aparente, encontraríamos quizá que la justicia y la equidad quedan tan lastimadas, tan desatendidas y conculcadas, lo mismo en las tribus bárbaras, que en los pueblos civilizados.

Y pasando más adelante en nuestras investigaciones para precisar la causa y el remedio de todo esto, encontraríamos que la causa, en último resultado, no es otra que el olvido en que vive el hombre de su Dios y Señor; la indiferencia con que es mirado el Santo Evangelio; la prevención y aún odio que se alimenta contra la Iglesia católica; siendo la síntesis de todo esto, — la falta de caridad, que debe ser el alma de todas las sociedades. Sí, la caridad; sin la cual nada es el hombre, mejor dicho, es una fiera, es un monstruo terrible, incapaz de todo bien y apto para todas las maldades.

Como esa caridad no tenían los indios **Cunibos,** que en son de guerra surcaban el rio, ansiosos de venganza, sangre y homicidios, iban veloces al lugar de la refriego, alejándose por momentos a gran distancia, en términos que a poco los perdimos de vista.

Después de este suceso que llevaba todas las apariencias de haber podido ser funesto, tuvo lugar otro muy serio, que en realidad puso en peligro nuestras vidas. Había en medio del rio un palo atravesado, y expresamente los dos indios que remaban se dirigían con-

tra él con intento de que la canoa quedase volcada en el encuentro. No sucedió asi, pero no por eso los indios mudaron de propósito, y haciendo fuerza consiguieron colocar la canoa sobre el palo, poniéndonos otra vez en gran riesgo, del cual escapamos merced a nuestra actitud y energía.

Recordando entonces lo sucedido en **Miaria** cuando sin más que poner la vista de los **Pircs** las escopetas que traíamos para cazar, conseguimos amedrentarlos, apelamos a igual ficción para los dos remeros que contra nosotros se habían insolentado, repitiendo aquel acto semicómico y cogiendo, aunque con repugnancia, las escopetas con ademán grotesco, y nos pusimos tiesos como si valiéramos mucho para el caso. Asustados los dos indios con nuestro continente, y llenos de miedo por lo que ni soñábamos nosotros hacerles, nos dieron mil satisfacciones y se pusieron muy corteses, asegurándonos que aquello había sido casual, y no de intento: hicieron luego muchos esfuerzos por sacar la canoa de tamaño peligro, empleando para esto un sumo cuidado, su mucha pericia y su gran destreza.

Salvados de aquel impensado percance, y siguiendo tranquila nuestra marcha, conocimos claramente que lo ántes sucedido, había sido con mala intención y cruel designio; pues que al ver los indios sus planes frustrados, concibieron tanta cólera y en tanta rabia montaron, que, no pudiendo ya ocultar lo que de su corazón con abundancia rebosaba, tomaron una flecha de las que llevaban, y rechinando al mismo tiempo sus gruesos dientes, la clavó uno de ellos con atroz y cruel furia, en un gran pescado que había en la canoa, profiriendo en tono amenazante y con despecho, esa palabra: **¡Ah Patí!** que significa **¡Ah Padre!** Mostraba esto la intención que aquellos salvajes llevaban, pues que si clavaban la flecha en el a-

nimal que ningún motivo les daba, su ánimo era clavarla en nosotros, de quienes querían librarse para no seguir remando. Todo esto nos ponía mas alerta, haciéndonos conocer que nos hallábamos en gran peligro.

Después de esto, pasamos otro río, de poco cauce y colocado a la derecha, llamado **Italapi,** tras el cual se sigue otro a la izquierda algo grande, cuyo nombre es **Agicha,** y luego llegamos a **Seshari,** en donde nos paramos e hicimos noche, esperando que amaneciese el día siguiente.



CAPITULO IX.

Fuga de dos remeros, y prosecución del viaje.—Falta de alimentos y debilidad consiguiente.—Encuentro de dos canoas y desdén de los Piros que las conducían. —Empalizadas peligrosas, choque de la canoa contra una de ellas y caida en el rio del R. P. Hermoso.—Inanición de los RR. PP. Misioneros e imposibilidad de proporcionarse alimentos: sus profundos sufrimientos morales.—Los enemigos de los Religiosos. Suceso inexplicable.—Pasos en que era necesario arrastrar la canoa.

Era el día 13 de Setiembre, y por cierto muy memorable; y tanto, que creo no se nos borrará jamás de la memoria.

Al levantarnos por la mañana, sufrimos un sobresalto que puede compararse a los anteriores. Nos parecía oir los melancólicos ecos de una canción muy triste que entonaban nuestros dos indios en la tarde antes. Era esa la que se acostumbra entre los salvajes cuando están agobiados de algunos trabajos, y que cantan como si llorasen: sus acentos ya nos habían puesto en alarma, y los ecos, que en nuestros oidos parecían reproducirse ahora, nos auguraban algún funesto suceso. Efectivamente; los dos indios remeros no estaban ya allí, se habían fugado de noche.

Solos otra vez en aquellas playas y abandonados a la sola clamencia divina comenzamos a pensar sobre nuestra suerte y deliberar acerca de nuestro futuro destino. Volver atrás, no era conveniente; quedarnos allí, no era posible; seguir adelante, era exponerse a la muerte. ¡Triste situación, angustioso aprieto!

Mientras asi perplejos estábamos, sin atinar a resolver nada definitivo, porque cada supuesto presentaba mil inconvenientes que nos impedía esperar buen resultado, hé aquí que de repente y no distante se presentó una mujer con su hijito y, al divisarla, respirámos algún tanto con la esperanza de que en algo nos socorriese, dándonos razón de donde estaban los remeros, o diciéndonos donde podríamos encontrar otros hombres. Pero, apenas habíamos concebido esa esperanza y nos dirigimos hácia la mujer con paso grave, cuando al advertir ella nuestro intento, fugó al instante y no se dejó ver más de nosotros.

Como ántes, nos quedamos entonces sin saber que hacernos en tan apretado lance, y nos encomendamos a Dios y a su Madre Santísima, para que se dignaran mostrarnos lo que debía de hacerse. Entonces los dos nos sentimos animados a proseguir el viaje, aunque solos y muy desprovistos, entregados a la Divina Providencia y resignados a sufrir cualquier contraste.

No teníamos más víveres con nosotros, que **seis plátanos** que habíamos conseguido, cuyo tamaño no era grande, sino de regular medida, y de calidad no exquisita. pero no mala. Con esta modesta provisión en las canoas íbamos hendiendo las aguas del Ucayali, el día 13, salidos de **Serhari,** sin más piloto que Dios que está en el cielo, porque ninguno de los dos en ese arte era práctico, ni entendía en el manejo de la canoa, que, en aquel caudaloso y dilatado rio, no deja de ofrecer serias dificultades, por las corrientes que en él se encuentran, y por las empalizadas que suelen ser muy expuestas.

Embarazados nosotros en dirigir la embarcación, nos abandonamos completamente a la protección divina, y, mediante ella, llegamos felizmente a la embocadura del rio **Tambo** que allí desagua, en donde bajamos y pasamos una noche tranquila.

No tomamos en este día más alimento que medio plátano cada uno por la mañana, cuya sustancia harinosa no pasaría de dos onzas; y otro medio plátano a la noche para acostarse, sometidos a ración forzosa, pues a comer los seis plátanos en un dia,tomando tres el P. Hermoso y tres el que esto escribe (por cierto ración muy parca), nos exponíamos a no tener el día siguiente ninguna cosa con que poder desayunarnos o entretener el estómago.

Proseguimos nuestra navegación el dia siguiente, y era 14 del mes de Setiembre, para nosotros aciago, sintiendo en nuestros extenuados cuerpos una debilidad suma, no sólo por el escaso alimento del anterior dia y de la poca sustancia tomada en los muchos que le habían precedido, sino mucho más, por la gran fatiga experimentada a causa de haber remado el dia antes sin descanso. Poco o nada acostumbrados a trabajos serviles, era tarea a nuestras fuerzas superiores el estar vogando; pero la necesidad imperiosa y urgente que nos apremiaba nos hacía hacer fuerzas de flaqueza y aún echar el resto, como vulgarmente se dice.

Asi macilentos y fatigados surcábamos el Ucayali, arrastrando nuestras canoas con resignación y paciencia cuando vimos venir en dirección opuesta a la que llevábamos, otras dos canoas con dos **Piros,** que por instantes se nos iban acercando. Ese encuentro nos causó mucha alegría, y nos propusimos detener a los dos pasajeros, manifestarles nuestra situación crítica y embarazosa, para luego suplicarles se dignasen favorecernos, tomando nuestros remos y llevándonos a alguna casa la mas cercana. Al estar ya contiguos a nosotros esas canoas, pusimos en ejecución nuestro plan concebido, hablándoles más con nuestro continente melancólico y suplicante que con las palabras que ya casi no nos permi-

tía articular nuestra flaqueza: les alargamos con la mano dos cuchillos con aire obsequioso, y que para nosotros habíamos antes reservado, comprometiéndonos además a pagarles generosamente su trabajo, con los socorros que esperábamos recibir de los Padres de **Cayara.** Mas ellos, con un desdén indescriptible, ni siquiera nos hablaron palabra ni aún se dignaron aceptarnos los cuchillos; sino con desprecio que nos dejó helados, agitaron con fuerza sus remos, y, sin casi dirigirnos la vista, se deslizaron por aquellas aguas con una velocidad extraordinaria, prosiguiendo su viaje.

Nosotros continuamos el nuestro con la aflicción y angustia que debe suponerse, teniendo sumo cuidado en los contrastes y peligros de aquel río, que como ya antes tengo dicho, eran temibles y frecuentes, por las empalizadas, que en algunos puntos obstrúyen el paso y por las rápidas corrientes que en diversas direcciones arrebatan las canoas.

Los salvajes que por este río navegan, no reparan en semejantes peligros, pues como son tan prácticos en el manejo de la canoa, y tan conocedores de las corrientes y empalizadas, se deslizan, sin darles cuidado, por entre tamaños peligros, que no lo son para ellos. Mas nosotros que de todo esto nos hallábamos distantes, y que por nuestra profesión no podíamos tener tal pericia, ¿cómo nos veríamos en aquel anchuroso río? ¿por cuál lugar con preferencia a los otros dirigiríamos las canoas?

Se forman las temibles empalizadas del modo siguiente: los aluviones ocasionados por las grandes lluvias, arrastran de cuajo árboles seculares y los arrastran hácia el río, en donde son arrebatados por sus corrientes hasta detenerse en el primer obstáculo que encuentran; sobre este van allegándose cuantos árboles y palos el rio lleva en su cauce, hasta formarse un promon-

torio peligrosísimo, del cual debe tenerse gran cuidado al pasar la débil canoa por sus inmediaciones.

A pesar de nuestras diligencias, dimos en un mal paso, chocando la canoa que nos llevaba contra un gran palo atravesado, siendo tan fuerte el porrazo, por el encuentro producido, que arrojó en el mismo instante al R. P. Hermoso que estaba de pié en la proa, lanzándole al río, en donde se vió hundido al momento. Me quedé, con semejante espectáculo, muerto, tanto porque me figuraba a mi compañero como agonizando, cuanto porque, pereciendo él, no podía yo sobrevenirle; pues aunque yo no sucumbiese a los peligros del río, lo que me parecía imposible estando solo, la pena de perder a mi compañero me hubiera quitado la vida. Lo que sufrí en aquel momento y lo que por mi abatido corazón entonces pasaba, Dios solo lo sabe. Unicamente podré decir, que aquel fué un suceso de los que más me han impresionado en la vida, y que al instante recurrí con toda mi alma al Señor, Padre de las misericordias, pidiendo que la tuviese de nosotros en aquel gran trabajo.

Felizmente el R. P. Hermoso no se hundió con el peso de su mojado hábito, y tuvo tiempo de coger la canoa y asirse fuertemente de ella. Esto y el favor de Dios le valió que se salvara, subiendo de nuevo a la canoa sin que la corriente se lo hubiera llevado. Dimos gracias al Señor, por la protección entonces dispensada, y proseguimos nuestro viaje con gran temor de otro percance. Redoblamos, si cabía, nuestro cuidado y vigilancia y apenas de lejos veíamos un palo, cuando ya de él nos apartábamos, pues escarmentados con lo sucedido, el menor tropiezo nos asustaba. Merced a esta diligencia evitamos otro encuentro, y sin más novedad que la referida, llegamos a un lugar memorable, antes pueblo de indios cristianos, y ahora un montón de ruinas.

Tenía este por nombre **Santa Rosa,** y al pasar de largo por frente de él, rio abajo, una mirada lánguida se desprendió de nuestros ojos sobre los escombros allí amontonados, y un débil suspiro arrancó de nuestros corazones los tristes recuerdos que ellos representaban, pues sólo miradas lánguidas y suspiros débiles nos permitían la gran extenuación que sentíamos, la cual había quitado la vivacidad a nuestros ojos y la fuerza a nuestros corazones, siendo nuestros actos ejecutados con tal postración, comparable a la del que vá a entrar en agonía.

Eran aquellas ruinas los restos de una populosa población fundada por el R. P. Plaza en el año 1815, que desde su principio contaba ya más de ciento treinta familias **Piras** y ahora de ella no restaba más que ruinas aquí y allí esparcidas y sin alma viviente que por aquel desierto asomara. La melancólica fisonomía que esas ruinas presentaban, llenaba de negras sombras nuestra imaginación demasiado agobiada; no existía ya aquel templo que la Religión había levantado a Dios, ni resonaban en sus bóvedas los cantos de los nuevos cristianos, con que diariamente entonaban sus alabanzas, ni se oia la voz del P. Misionero que enseñaba las verdades reveladas a los pobres salvajes sumidos en las sombras de la ignorancia. Un silencio sepulcral era el que reinaba, quizá alguna culebra que se deslizaba por entre los escombros era lo que podía divisarse, y una espesa vegetación se extendía por todo aquel ámbito, como para ocultar la ignominia de la devastación que por allí había pasado: era Santa Rosa un sombrío recuerdo, que señalaba el lugar de la postasía de los **Piros,** padres de los que nos habían engañado dejándonos en un total abandono. ¡Si sería aquel pueblo que ya no existía presagio de lo que a nosotros allí nos aguardaba!

Seguimos nuestro camino con el corazón sumamente impresionado, y al poco rato nos detuvimos dando fin a la jornada de aquel dia.

Rendidos estábamos del cansancio, por haber remado toda aquella jornada, y sentíamos los miembros del cuerpo enteramente gastados. Tomamos el cuarto plátano que partimos en dos mitades, y cada uno comió su porción, única manutención de aquella tarde, pues el tercer plátano así partido nos había servido de refección en la mañana. Dos plátanos no más restaban de los seis que eran la repostería, única provisión que llevábamos para alimento del siguiente día, a fin de entretener el estómago, y no caer allí desmayados. Tales eran entonces nuestros apuros, sin saber lo que serían en adelante.

Otra cosa no teníamos ni era fácil proporcionarnos, porque, si bien el rio estaba abundante y aún lleno de buenos peces, nos faltaba lo indispensable, que era el cebo para cogerlos; y aunque además teníamos escopetas y sobraba allí la caza, pero de nada nos servían, pues, la inanición en que estábamos, nos tenía casi sin pulsos, y la flaqueza de fuerzas era de nosotros tanta, que materialmente nos era imposible fijar la puntería.

No era, sin embargo, la extenuación del cuerpo lo que nos tenía más abatidos, pues, a decir verdad, de poco o nada nos hubiera servido el tener entonces buenos alimentos, por cuanto con dificultad podiamos aún pasar el mezquino medio platano, sin que se nos atorara en la garganta. Era, sí, la principal causa y que también nos producía la inapetencia, tantos sufrimientos morales, tantos peligros y tantos sustos con las profundas angustias de espíritu, que sucediéndose unas a otras habían agotado nuestros alientos, nuestro valor y nuestros esfuerzos, y estábamos ya rendidos.

Agobiados por ese tropel de circunstancias, a cual

más aflictiva, que nos rodeaban recordábamos las palabras del apóstol San Pablo, que la fuerza de su angustia arrancó de su corazón e hizo que expresara su pluma, escribiendo su segunda carta a los cristianos de Corintio: **No queremos hermanos que ignoréis la tribulación que tuvimos en el Asia; porque fuimos agravados desmedidamente sobre nuestras fuerzas, en tanto grado, que aún el vivir nos era pesado** (1). Recordamos también la sentencia del Espíritu Santo y que se registra en libro del Eclesiástico: **Mejor es la muerte, que la vida amarga** (2). Estas y otras cosas recordábamos en aquellas solitarias playas, abandonados a nosotros mismos, sin el menor auxilio humano, con cierta aprehensión de lo que podía aún esperarse. Conocíamos que no había carecido de motivo ni de razón el haber querido el Hermano Covarrubias quedarse en **Miaria**; pues, como por instinto, adivinó lo que iba a sucedernos; y esa idea, fija en su mente, le quitó el valor para seguirnos.

Allí hubiera yo querido ver a los que calumnian a las órdenes monásticas, vomitando sobre sus profesores, agravios y ofensas las más groseras, propalando mil mentiras acerca de la vida y tratamiento que se dan los religiosos. Allí hubiera yo querido verlos para que, en presencia de hechos y realidades tan palpables, emprendiesen serios estudios sobre el espíritu y la verdad de las comunidades religiosas. ¿Qué objeto nos traía a nosotros a aquellos selváticos lugares? ¿Cuál el móvil, cuál la causa de nuestros viajes? ¿Qué provecho, ni qué recompensa podíamos prometernos? Dejo al criterio ilustrado, al simple buen sentido de cualquiera que rectamente raciocine, la contestación a tales preguntas, y, si

[1]. Cap. 15. 16.
[2]. Cap. 8. 21.

se quiere, la solución de esos problemas; porque no es este lugar apropósito ni tampoco momento oportuno de discutirlos. Abrigo la profunda convicción de que el sólo criterio ilustrado y el simple buen sentido proyectarán bastante luz sobre esas materias, y pondrán en evidencia que el espíritu que anima las órdenes monacales, y la solidez de los fundamentos sobre que descansan, es la caridad en sus manifestaciones más espléndidas, en sus objetos más sublimes, en sus actos más heróicos; y, por consiguiente, pondrán también en evidencia, que el odio a las instituciones religiosas que la guerra mortal que sus enemigos les hacen, que el exterminio de ellas que por desgracia en algunos puntos se ha llevado a cabo, es lo más injusto, lo más inícuo y lo más impío. Esas y semejantes ideas cruzaban por nuestra mente en aquellas selvas, cuando, después de haber dejado las canoas en la playa, nos habíamos internado algún tanto, buscando un sitio a propósito, sobre el cual pudiesen tomar descanso aquella noche nuestros fatigados y extenuados miembros.

Sumidos en esos pensamientos melancólicos y como agitados de un malestar indefinible, nos levantamos del lugar donde estábamos, con el objeto de buscar alguna distracción, y nos fuimos paseando hácia la playa.

Serían las ocho y media de la noche y comenzábamos a respirar con calma en aquella orilla mientras que la profunda aflicción de nuestro espíritu se había mitigado algún tanto, cuando de repente percibimos claro un rumor de voces humanas, como si resonase junto a nuestros oídos, y al mismo tiempo nos sorprendió un fuerte golpe como de canoa que había dado contra un palo. La parte de la orilla en que estábamos era un poco elevada. por cuya razón no pudimos ver de ningún modo lo que aquello era pero sí, nuestra canoa que estaba cerca de noso-

tros sin poder distinguir más, a pesar de dirigir por todas partes la vista.

A tan repentino suceso lo primero que a nuestra mente vino fué, que los **Piros** fugados de **Miaria,** trataban de acometernos y hacernos algo; pues nos constaba que ellos se habían dirigido rio abajo como nosotros, y que sabían además la dirección que habíamos tomado. Nos asaltó por tanto, el temor de que se hubiesen confabulado con otros que por allí había, y que todos juntos se echasen sobre nosotros para hacer alguna de las suyas. Penetrados de esta idea (la primera que nos había ocurrido, porque la sorpresa y el susto recibido no nos había dado lugar a pensar otra cosa), nos sentimos llevados como por instinto a echar mano de la ficción pasada y que, en los dos sucesos anteriores, tan felices resultados nos había dado. Asi lo ejecutamos como máquinas, sin propósito alguno de ofenderlos, aguardando algún desenlace en que nuestra aparente actitud nos salvase. Nos adelantamos algo haciéndonos ánimo y en todos sentidos dirigíamos la vista; pero no conseguíamos distinguir nada, sea porque ya no lo había, sea porque era la noche oscura. Aplicamos entonces nuestros oídos atentos, y nos pusimos medio encogidos para percibir más claro; pero nada, absolutamente nada pudo oirse, no obstante de permanecer así largo rato. Adelantamos entonces algunos pasos más y repetimos iguales diligencias, pero el resultado fué siempre el mismo: nada, absolutamente nada vimos ni oimos. Cobrando ya más ánimo con esas favorables experiencias, nos dirigimos sin reparo a la playa, y allí desembarazados nos pusimos a observar más de cerca la que pudiera haber sido causa del ruido; pero como esto nos dejase en la misma incertidumbre, seguimos por allí paseando, hasta que haciéndose ya algo tarde, nos fuimos a tomar el reposo ne-

cesario, sin haber podido dar con la causa de aquel suceso.

Amaneció el dia 15 de Setiembre, y, al levantarnos bien de mañana, nuestras enflaquecidas piernas apenas podían sostenerse, sin contar con cosa que pudiese refocilarnos: medio plátano había sido la ración de aquella mañana, y el otro medio restante era el último alimento que para la tarde nos quedaba; después de esto, nada más teníamos que la Divina Providencia, que esperábamos no había de faltarnos.

Salimos los dos solos del lugar dicho, situado algo más abajo de Santa Rosa, surcando nuestra canoa por aquellas aguas, y remando con esfuerzos supremos. Dificultades encontramos no pocas, y al ver que topábamos a cada paso con el laberinto de palos que había en el río, y que nos intrincábamos con mucho peligro por entre aquellas corrientes que por ahí serpenteaban, resolvimos bajar de la canoa, caminar por la arenosa orilla y seguir así a pié nuestro viaje, antes que exponernos a un recio contraste que pusiese en gran peligro nuestras vidas.

Ejecutamos sin demora este pensamiento, y arrastrando íbamos la canoa por el lado extremo del rio junto a la orilla, colocados uno a la proa y otro a la popa pasando asi los recodos o sinuosidades del rio, para evitar que su corriente nos metiese en medio de su lecho y nos echase contra alguna empalizada, debiendo ejecutarse todo esto con gran fatiga, por nuestra debilidad suma. Era esa fatiga superior a nuestras fuerzas, y obligados nos veíamos a suspenderla de trecho en trecho, para cobrar algún aliento y tomar resuello, a fin de poder proseguir de nuevo tan penoso trabajo. Otras veces nos sentábamos en la playa para descansar algún tanto, y nos consolábamos en aquella soledad uno a otro, con

las mejores palabras que la resignación a la voluntad de Dios nos inspiraba, única consideración que en aquel tristísimo lance podían comunicarnos alguna fuerza. Después de esto, tornábamos a tirar de la canoa, cuando las empalizadas y las sinuosidades nos presentaban algún peligro; pero en la realidad el peligro no hacía más que tomar otra forma, porque las rayas que suelen haber cerca de las orillas, son para el que las pisa ocasión de una grave herida. De este modo el peligro siempre nos amenazaba, y el cansancio no por esto desaparecía porque sea que remásemos, sea que empujásemos la canoa, los esfuerzos que hacía nuestra debilidad, eran muy grandes y nos iban postrando sensiblemente.

En tan apurado lance que no se hubiera podido prolongar mucho, y en el cual hubiéramos irremisiblemente desfallecido, no tuvimos más recursos que elevar nuestro atribulado corazón a Dios, pidiéndole con toda la vehemencia de que éramos capaces, que se dignara echarnos una mirada de su gran misericordia y nos salvase en aprieto tan extremo. Se nos habían agotado las fuerzas, se nos habían acabado los víveres, no podíamos navegar por el río, no había persona humana a quien volver los ojos . . . . Asi anduvimos largo trecho, sin saber lo que de nosotros sería en aquella soledad, en aquel lugar selvático y en el que no podíamos encontrar más personas que algunos bárbaros, de lo que, a juzgar por las pasadas experiencias, nada bueno debíamos prometernos y sí temer toda clase de males.

Estábamos ya cerca de los confines de los **Piros** sin haber podido dar con ellos, pues que, habiéndose ocultado en el monte, no nos era posible distinguirlos, si se habían propuesto esconderse: ellos sí podían vernos a nosotros, y era verosímil que asi sucediese, dejando que pasáramos por el río, y que saliésemos de sus territorios,

para no verse importunados de nuestros ruegos y de nuestras súplicas. Pensar, pues, en la reducción de los **Piros,** cuando ellos se escondían y nosotros íbamos a salir de su dominio, era enteramente tiempo perdido: nuestra misión, por consiguiente, había completamente fracasado. No restaba otra cosa sino seguir adelante con dirección a **Cayaria,** como ántes teníamos proyectado, y abandonar, las tentativas de reducir a los salvajes, pues que, aún cuando encontrásemos algunos aquí y allí exparcidos en la orilla del rio en nuestro tránsito, no bastaba esto para lograr reunirlos en un punto dado, mucho más faltándoles herramientas y dijes con que agasajarlos.



CAPITULO X

Doble causa del mal éxito de la expedición y su exposición respectiva.—Asociación de la propagación de la fé, y asignaciones del Gobierno.—Cristianos de Palestina.—Necesidad de engalanar las verdades evangélicas.—Libros prohibidos y novelas.—Dotes que cierto vulgo aprecia en los Oradores católicos. —Resultados positívos de los socorros a los salvajes.—Deber que tiene todo hombre de contribuir a esos socorros.

El desenlace desgraciado que tuvo nuestra empresa, me obliga a suspender, por un momento, la narración de ese largo viaje, pues creo que su importancia reclama alguna consideración y examen de las causas y circunstancias que lo condujeron a tan fatal término; porque el estudio que de aquellas se haga, nos llevará a muy provechosos conocimientos, los cuales nos podrán servir de mucho para que no se malogren en lo sucesivo semejantes empresas, o para que, aleccionados por la experiencia, no se acometan con imprudencia o sin las precauciones convenientes.

Dos cosas por de pronto se presentan como causa de ese desenlace desgraciado: la insaciable codicia de los **Piros,** y la escasez de nuestros recursos materiales; y esas dos cosas, codicia y pobreza, dos términos opuestos, se encuentran tanto en la expedición presente, cuanto en las demás de ese género emprendidas en nuestras montañas y que no han dado resultado satisfactorio; por manera que, en esa doble causa, se encuentra la explicación o razón de esa clase de empresas malogradas, y cuyo estudio voy a emprender ahora.

Respecto de la codicia, que es siempre detestable, tiene alguna excusa en los indios, como dejo al principio notado; porque no es la razón, ni la inteligencia, ni los nobles sentimientos, ni la recta conciencia lo que en el hombre primero se desarrolla; sino la parte animal y grosera con sus brutales apetitos e instintos bestiales, que,o por ser esencialmente egoista, deben necesariamente engendrar la codicia.

Este adelantamiento y ascendiente que la parte material toma en el hombre, es un hecho que está a la vista de todos y cuyo origen y realidad descubre y muestra la revelación divina. No otra cosa significan las siguientes palabras de San Pablo, escribiendo a los corintios: **Mas no antes lo que es espiritual, sino lo que es animal: después lo que es espiritual** (1). Se corrobora esta verdad con el testimonio del mismo Dios, el cual, desdespués del ejemplar castigo del diluvio, ejecutado contra el hombre culpable, dijo **el sentido y el pensamiento del corazón humano son propensos al mal desde su juventud** (2).

Esa antelación en el desarrollo físico y material, que se nota en todos los hombres, adquiere una fuerza y progreso extraordinario en los salvajes de la montaña, por cuanto a su expontaneidad y exuberancia no se opone contrapeso alguno — ni educación, ni buenos ejemplos, ni los auxilios espirituales de la religión que sobre el hombre ejercen poder decisivo.

La parte animal, asi con exceso desarrollada, produce indefectiblemente lo que ya antes dije — el egoísmo en su expresión más genuina; por la sencilla razón de que, los actos todos que parten del elemento animal exclusivamente, tienen por término al mismo hombre; y es-

[1]. Cap. 15. 46.
[2]. Gen. 8. 21.

to por necesidad de naturaleza. Y si ese egoísmo animal, por sí solo tan poderoso, tiene a su servicio la actividad y las facultades del espíritu, que no han podido ilustrarse ni han sido dirigidas a su propio objeto, tendremos por resultado de todo esto, un egoísmo en su última potencia. Sí, egoísmo en su última potencia, porque, aparte de los apetitos animales, hay entonces las aspiraciones espirituales y el ansia que de llenar el vacío de su corazón el hombre siente; lo cual todo mancomunado y puesto todo en conjunto al servicio de la parte animal, dá por resultado necesario, un egoísmo en su expresión más lata, el cual se traduce y manifiesta en la más desenfrenada codicia.

Tal es el estado de aquellos salvajes, y tal es lo que de sí dá la naturaleza humana, la cual ha sido y será siempre la misma, porque se basa sobre leyes indestructibles; y desconocer esto que es un hecho, o pretender negar su evidencia, sería acreditarse de necio u ostentar terquedad estólida.

En presencia, pues, de esa desenfrenada codicia, no puede siquiera presumirse que tendrá buena acogida la pobreza; por el contrario, deberá ella encontrar repulsión íntima, porque así lo reclama la naturaleza de las cosas: imaginar lo contrario, sería un puro delirio; y si esto también se desconoce, señal es de mucha ignorancia y que no hay experiencia de lo que el hombre dá de sí en situación semejante.

Penetrados de la luz que arroja esa verdad palmaria los que en Europa se interesan por la suerte de los bárbaros, han fundado una gran sociedad de todas gentes, bajo la denominación de **Asociación de la propagación de la fé,** que funciona en innumerables pueblos y ciudades, y aún se halla establecida aquí en América y en el mismo Lima, teniendo su consejo central en Lyon

de Francia. El objeto que la gran Asociación se ha propuesto y que lleva a cabo con un éxito brillante, es proporcionarse recursos pecuniarios y de un modo regular y estable, por medio de erogaciones mensuales y en cantidad pequeña, ofrecida por cada uno de los asociados que por miles y miles se cuentan, con el objeto de acudir, con esos socorros, a las necesidades de los infieles.

Inspirado por esos mismos sentimientos y al reflejo de esa verdad incontrastable, el congreso del Perú, con fecha 24 de Marzo del año 1854, dió una ley, por la cual se dispone, que anualmente se señalen tres mil pesos, destinados a subvenir a las sobredichas necesidades; y por supremo decreto de 14 de noviembre de 1856, se halla asignada la cantidad de cuatrocientos ochenta soles anuales, la cual figura desde el Presupuesto general del bienio de 1861 y 1862 hasta el presupuesto general vigente, en partida 416, capítulo 5°., ramo del culto, con el objeto de socorrer las imperiosas necesidades de las misiones en los valles de Cocabambilla en el Cuzco; y el congreso de este año 1877, con el cúmplase de 17 de Enero, ha reconocido por ley y declarado permanente dicha partida.

Colocados nosotros frente a frente de esas mismas necesidades, y en presencia de la insaciable codicia de los indios, que, como acabo de observar, hasta cierto punto es disculpable, y que una exigencia de naturaleza hace aún necesaria; colocados, repito, nos hallábamos sin recursos, como es notorio, y sin haber recibido los auxilios indispensables.

No los recibimos del consejo central de la Asociación de la fé, a pesar de ser nosotros miembros de colegios de Propaganda fide, fundados canónicamente y con autoridad y bulas pontificias, pues que semejante Asociación no se ocupa de las necesidades de nuestros in-

dios, no bstante de recibir del Perú sus erogaciones que anualmente se le mandan; del Perú, digo, que en su propia casa tiene a los infieles y cuyas necesidades quedan desatendidas por falta de recursos, invirtiéndose el orden de la caridad, la cual reclama que, al repartir socorros, se comience por sí mismo si realmente es el necesitado.

Tampoco recibimos auxilios del Gobierno, como dije al principio, pues los considerados en el presupuesto, no han llegado jamás a nuestras manos; suponemos que no por culpa del Supremo Gobierno, el cual en tres o cuatro ocasiones a petición nuestra nos ha favorecido con algo, que ha sido aplicado a las otras misiones del Ucayali; sino quizá por defecto de alguno o algunos subalternos, que impiden tal vez sean empleadas en sus objetos las cantidades asignadas.

Careciendo pues nosotros de los auxilios materiales, necesariamente debía fracasar la empresa acometida, a no ser que ls indios hubiesen sido totalmente desinteresados, o la fuerza de la verdad religiosa hubiese eficazmente herido sus corazones, por manera que se hubiese realizado una trasformación completa de su naturaleza, sea que sus instintos animales hubiesen de repente desaparecido, lo que no podía suceder sin un gran milagro, sea que su espíritu se hubiese súbitamente elevado a las regiones metafísicas o espirituales, lo que no podía suponerse sin un prodigio divino.

Contar pues con el buen logro de nuestra empresa, con cualquiera de esos dos fenómenos, era quimérico; pues, si bien para el poder de Dios nada hay imposible, el órden seguido por su sabia providencia, no permitía esperarlo.

Ese órden sigue su curso en las diferentes misiones establecidas en los muchos puntos del globo, tanto en

el oriente, como en el occidente; y los millones de francos recogidos anualmente por la Asociación de la fé, cuya aplicación es con religiosidad respetada, es un elocuente testimonio de los grandes gastos hechos en socorro de los infieles, y de que el carácter y condición de esos, es y sigue siendo el mismo.

Pero no son los infieles los solos interesados, y cuyo achaque merece indulgencia; sino que también lo son los cristianos de algunas lugares, entre los cuales descuella parte de los de Palestina, quienes si no caen en apostasía del catolicismo, es porque se les aleja el peligro por medio de dádivas. A unos se les pasan alimentos, a otros el pan cuotidiano, a esos se les paga la casa o se les viste, a aquellos se les educa a sus hijos o se les salva de algún apuro extraordinario, por manera que, las gruesas limosnas que de todo el orbe se mandan a Jerusalem, y que reciben los Religiosos franciscanos encargados de los Lugares Santos, sirven para atender a las necesidades de los cristianos que allí habitan, después de cubierto el presupuesto del culto, conservación de fábricas, contribuciones e impuestos, forzosos unos y semiforzados otros, manutención de las comunidades y hospedaje gratuito de devotos o peregrinos que visitan los Santos Lugares.

No por esto quiero decir, y de mí por cierto está muy lejos, que los cristianos de Europa o de América profesan la fé por especulación, o que practican el catolicismo por las ventajas materiales: sería esto una falsedad, a la par que una grosera injuria; pero es una verdad, que, si bien no están poseídos de la codicia, y si la civilización los coloca, respecto de los infieles, a gran altura, con todo, el espíritu de la generalidad no se remonta a las regiones metafísicas o espirituales, por manera que, al tratarse de materias religiosas, su mente no

se halla tan desembarazada cual convendría, de suerte que la verdad no necesite ser presentada algún tanto engalanada.

De esto es poderoso comprobante los PP. Ravignan, Lacordaire, Félix y otros en estos tiempos, omitiendo muchos de los tiempos anteriores, que en sus discursos y escritos han adornado las verdades religiosas con todas las galas de la elocuencia, y sus producciones son verdaderos modelos de literatura: palabras castizas, expresiones propias; construcción clara, enérgica y suave; períodos armónicos y elegantes; imágenes brillantes, tropos felices, lenguaje majestuoso y elevado, cual convenía a los asuntos que trataban; en una palabra, de todos los recursos de la elocuencia se servían para engalanar la verdad religiosa y darle el interés que deseaban. Y todo esto era necesario para atraerse auditorio y hacer penetrar la luz de la verdad católica en las inteligencias de tantos hombres, que no eran infieles o del bajo pueblo, sino de los que se llaman ilustrados.

Y siguiendo más adelante en mis investigaciones, encuentro que no sólo la muchedumbre no recibe en su espíritu la palabra de Dios pura y por sí misma, y ni aún por la forma y modo con que se les anuncia, sino que no pocas personas del vulgo, dejando a un lado lo valioso y lo verdadero de la doctrina católica, y ni aún fijándose en los adornos de la elocuencia y galas del estilo que no comprenden, se sienten atraídas al templo y a escuchar al orador sagrado, por sus dotes físicas e interesantes, por el metal de voz dulce y agradable por la mímica propia y altamente expresiva, por la figura elegante y afectuosamente simpática, y por el continente todo que habla a los sentidos y no penetra en el espíritu.

Ni con todo eso, la verdad católica tiene el princi-

pado en una gran multitud de inteligencias, en medio de la civilización moderna y en pleno siglo XIX; y si apuramos mas nuestras investigaciones, encontraremos que esa verdad necesaria, gérmen de felicidad temporal y eterna, y que lastimosamente desconocen los indios, es también desconocida y aún culpablemente desatendida por una gran multitud que sólo en la apariencia la profesan. Añádese a esto, la circunstancia agravante y que constituye un verdadero crímen, la cual consiste en que, debiendo la verdad religiosa ocupar la inteligencia del hombre y formar la esplanación de ella sus entretenimientos, es sustituída por teorías quiméricas, por doctrinas falsas, por enseñanzas erróneas, y parece llegado ha el tiempo, de que hablaba san Pablo escribiendo a Timoteo, y **en el cual no sufrirán la sana doctrina, antes amontonarán nuestros informes a sus deseos, teniendo comezón en las orejas; y apartarán los oídos de la verdad y los aplicarán a las fábulas (1)**... .. ..

Dejando aparte los innumerables libros publicados, en que se propina a las inteligencias el veneno del error en grande dósis, sólo haré notar ese enjambre de miles de miles de novelas, que se esparcen por tados los países cultos y que circulan por todos los ángulos sociales, con las cuales no sólo se destruye la moral y las buenas costumbres, sino que los hechos fantásticos y fabulosos que allí se narran, se posesionan de la mente de miles de miles de lectores, en quienes la verdad católica ocupa un lugar muy secundario, por no decir completamente nulo.

De lo hasta aquí expuesto se deduce, que si culpables son los indios, porque no reciben la verdad evangélica, lo son más tantas gentes civilizadas que viviendo en medio de sus resplandores, no solo no la atienden o no

(1) Cap. 4, v. 3.

la colocan en el rango que se debe, sino que la sustituyen con mil fábulas, cuentos inútiles o invenciones inmorales, parto de imaginaciones calenturientas. Se deduce también, que si la generalidad de los cristianos no tienen su espíritu tan depurado y sus aspiraciones religiosas tan descarnadas, que se les pueda anunciar las verdades católicas en toda su sencillez, separadas de los atavíos del lenguaje, de las formas elegantes y sonoras, de la belleza de las figuras y del estilo, a la cual, y aún a menos que eso, da S. Pablo dirigiéndose a los Corintios, el bajo nombre de **estulticia de la predicación** (tanta es la desproporción que hay entre la verdad pura y los atavíos de la elocuencia) ; son dignos de conmiseración los indios, si en lugar de la elocuencia que deleita los sentidos y embelesa la imaginación, apetecen lo que es una exigencia de su condición y de su naturaleza, y que hallándose a la altura de recibir la verdad religiosa desnuda, sustituyan los atavíos del lenguaje que no echan de menos, a las herramientas, vestidos y dijes de que necesitan. Esas dádivas son la mejor y más eficaz retórica para los salvajes.

Pero los socorros materiales que se regalan a los indios, no solamente son los alicientes y, casi podría decir, vehículos por los cuales se les trasmiten las verdades religiosas, que deben despojarlos del **hombre viejo** y vestirlos del **hombre nuevo,** sino que son además y en toda verdad, auxilios necesarios para ellos, con los cuales, aún cuando no se consiga el fin propuesto, se les hace un bien muy grande.

En primer lugar, con esas dádivas, se les inclina al trato de la gente civilizada su bienhechora; se dejan cautivar de su generosidad y desprendimiento; y se entablan relaciones que con el tiempo, pueden dar satisfactorios resultados, pues verdadero es aquel refrán:

dones quebrantan peñas. En segundo lugar, se les estimula al cultivo de la tierra, dándoles herramientas; se les aficiona al pudor y a la moralidad, proporcionándoles vestidos; y se les induce al aseo y cierta pulidez personal, regalándoles dijes, con lo cual se destierra la ociosidad y el total descuido en que viven. En tercer lugar, se les habitúa a una vida que es como preliminar de la civilizada; se crea en ellos la necesidad de herramientas, vestidos y adornos, todo lo cual les obliga a buscar a los civilizados, únicos que pueden proporcionárselos; y se les hace, de paso, una limsona como se haría a cualquier pobre.

Esa limosna destinada al socorro de los infieles, no es de simple consejo, no es una sencilla indicación ni cosa que no merezca la pena; es algo más que esto, como voy a demostrarlo.

Mientras una parte tan considerable del género humano yace en el embrutecimiento y vive envuelta en el salvajismo, el resto que se halla en condiciones aventajadas, no puede mirar con indiferencia el estado indecoroso y abyecto de aquella, porque los vínculos de naturaleza que ligan a los hombres unos con otros, imponen a todos deberes mútuos de socorrerse en caso necesario. Si la voz de la naturaleza no fuese muy elocuente a ese respecto, la palabra de Dios pronunciada por Jesucristo arrojaría raudales de evidencia, pues que la ley de caridad escrita por el dedo del Criador en todas las conciencias y promulgada a todas las generaciones por la voz de la naturaleza, ha sido confirmada y corroborada por el formal precepto de Jesucristo, supremo y universal legislador de todos los hombres, con estas palabras del Evangelio según San Mateo: **todo lo que quisiérais que os hagan a vosotros los hombres, hacedlo también**

vosotros a ellos (1). ¿Qué cosa quisiéramos nosotros que se nos hiciese, si nos halláramos en el caso de los salvajes?—La contestación no es dudosa.

Ese expreso precepto de la caridad fraterna, bajo el punto de vista que ahora lo considero, es universal, absoluto, inmutable, y su fuerza obligatoria se extiende a todos los hombres, sin excepción alguna, cristianos y no cristianos: basta pertenecer a la grande familia humana, basta ser racional para estar ligados con esa obligación tan sagrada. Con el objeto de satisfacer esa obligación y bajo el estímulo de su eficaz cumplimiento, se ha fundado la dicha **Asociación de la propagación de la fé;** y con igual motivo, pero con equivocado objeto, se ha creado en Londres la **Sociedad bíblica,** que recoge anualmente muchos millones de francos. Pone el sello a esa universal obligación aquella enérgica expresión de Jesucristo, que se registra en San Lucas: **Lo que os sobra, dadlo de limosna** (2).

La universalidad de ese claro precepto y su extensión a todos los hombres, no sólo consta de las palabras citadas, sino que también se desprende de la misma naturaleza de su objeto.

Doble es ese objeto, civilizar a la gran multitud de salvajes, y enseñarles a conocer a Dios sirviéndole como como el quiere.

Respecto a lo primero, la universalidad de la obligación no admite réplica; y respecto a lo segundo es también manifiesta, no solo para los católicos, sino también para los disidentes, sea cual fuere la comunión a que perte nezcan; porque, aún dejando aparte la revelación y por consiguiente la verdad de la Religión católica, de lo cual

(1). Cap. 7, v. 12.

(2). Cap. 11, v. 41.

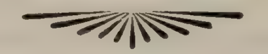
necesariamente se deduce la falsedad de todas las otras y su consiguiente y forzosa exclusión de entre los hombres, individual o colectivamente tomados; aun cuando a la luz de la recta razón y prescindiendo de la revelación divina, no fuese la Religión católica superior de mucho a todas las otras, por manera que, en presencia de su explendoroso brillo. quedasen todas eclipsadas y en una inferioridad indisputable; aún cuando estas y otras muchas razones no pudiesen alegarse en favor de los Misioneros católicos, debe no obstante convenirse en que, por preocupado y prevenido que esté el hombre, no puede dejar de reconocer, por lo menos, que la Religión católica es tan buena como cualquier otra y que no se le puede negar la categoría o predicamento que le compete. Ella lleva el consuelo al pobre y al infortunado, ella con sus dogmas ilustra el entendimiento humano, con su moral purifica las costumbres y establece los vínculos de fraternidad entre todos los hombres, a quienes abre las puertas del cielo.

Debiendo, pues, los indios tener alguna religión, toda vez que es una necesidad de la naturaleza, como observé en otra parte, se sigue de esto rigurosamente la obligación que incumbe a todos los hombres, de proteger y favorecer, dentro de los límites de sus facultades, las empresas abordadas por los Misioneros católicos para civilizar las tribus salvajes y hacerlos hombres religiosos.

Los disidentes, lejos de encontrar un obstáculo en favorecer las Misiones católicas, a causa de la diversidad de sus creencias y prácticas, más bien deben hallar un poderoso motivo para ser generosos con ellos, pues que, siendo estos muy parcos y económicos en socorrer sus propias necesidades, emplean todo el resto de lo que recogen en subvenir a los pobres salvajes; mientras que

los Ministros de una comunión cualquiera, necesitan sumas ingentes para mantener a sus mujeres e hijos con el demás séquito de sirvientes y ciertas pompas mundanas; y, aparte de invertir en sí mismos sumas exhorbitantes, dedican todos sus cuidados al porvenir y felicidad de sus familias, a la par que dejan desatendidas las necesidades de los idólatras cuya desgraciada suerte, como es notorio poco les preocupa.

Suficiente creo lo hasta aquí dicho, para dejar bien probado la que me había propuesto, esto es, que son dignos de compasión los salvajes, si sólo reciben las verdades evangélicas por medio de dádivas, y que no es esta razón suficiente para dejarlos en el abandono, sino al contrario, debe servir más bien de estímulo para socorrerlos en lo que se pueda, condescendiendo con su imbecilidad y condición triste, porque asi lo exige no sólo la caridad cristiana, sino también los sentimientos humanitarios, de los cuales nadie debe estar despojado.



CAPITULO XI

Feliz encuentro.—Auxilios oportunos.— Caza de un oso hormiguero.—Salida de Conraya con buenos remeros.—Finezas interesadas de un Piro.—Temores de caer en poder de enemigos.— Contínuos sobresaltos de los salvajes.— Casiboya y los comerciantes de pescado salado.—Proyecto aplazado de formar un pueblo de Piros.—El pamacaris y tempestad en el río.—San Pedro de los Cunibos, nueva tempestad y buen hospedaje.

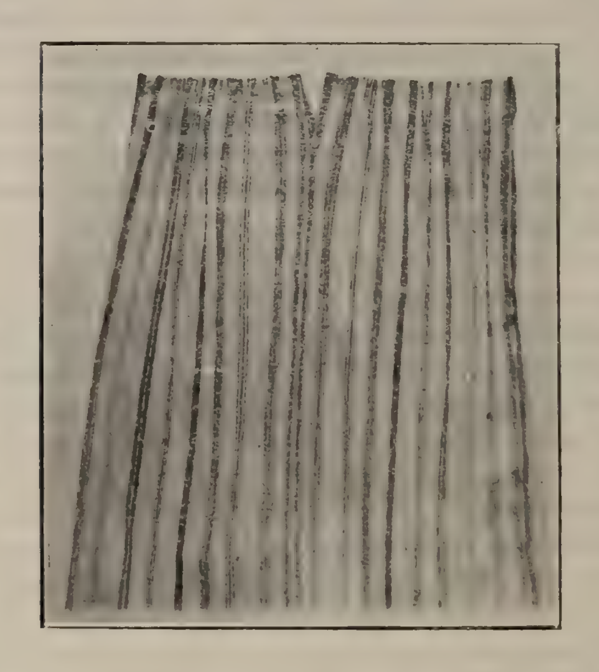
El Señor que desde el cielo vela sobre los suyos y que desde el trono de misericordia vió la aflicción en que nos encontrábamos en aquella soledad selvática, extenuados por la falta de alimentos y aún próximos a perecer de hambre, se dignó consolarnos pronto, descubriendo a lo lejos una chacra abundante de plátanos. Comprendíamos que por allí habría gente, y esto nos animó a caminar algún trecho, no obstante la suma debilidad que sentíamos y sin casi tener aliento para dar un paso.

Al poco rato divisamos unas mujeres que, en vez de huir y esconderse como acostumbran al ver gente nueva, se dirigieron hácia nosotros con prisa grande y corriendo; y admirados nosotros de lo que veíamos, concebimos alguna esperanza de que Dios se había apiadado de nosotros y de que había llegado la hora de ser consolados.

A medida que estas mujeres se acercaban a nosotros, apretaban más el paso dando muestras de alegría, siendo para nosotros un fenómeno inexplicable que nos

obligó a estarnos quedos, aguardando el resultado de aquel suceso inusitado.

Mas, al poder distinguir sus facciones, nos repusimos de la impresión recibida, conociendo ser aquellas



Cusma de Campas

mujeres las mejores que habíamos tratado en **Miaria,** y que movidas ahora de natural compasión de nuestro abandono y mal estado, al vernos macilentos, destituídos, a pié en la playa solitaria, y arrastrando la canoa por el río, no pudieron contener el instintivo impulso de pres-

tarnos algún socorro, brindándonos sus pobres chozas y proprcionándonos algún alimento. Siempre el sexo débil es, por su condición, compasivo, y tiene de ordinario alguna palabra de consuelo o acto caritativo a favor del desgraciado: aquellas mujeres, aún que salvajes y envilecidas, no habían perdido lo que en ellas la naturaleza profundamente había grabado, y al divisarnos desde lejos, y al recordar lo que sus hombres nos habían hecho, sintieron su corazón conmovido e hicieron cuanto podían por nosotros.

Nos llevaron a sus casas y allí a porfía se esmeraron en agasajarnos a su modo, pero con voluntad manifiestamente buena, lo que nos fué de mayor refrigerio y nos confortó más que cuanto hubieron podido darnos. Ya nuestro corazón sucumbía, y consumido teníamos nuestro espíritu, por no haber experimentado más que una série de rudndades, de vilezas y de villanías, desde que habíamos salido del Cuzco hasta el momento presente, y ansiábamos ya encontrar algún corazón humanitario, alguna acción noble, algún rasgo caritativo; y al vernos ahora entre esas gentes, y que hallábamos, en ellas algo de lo que tanto anhelábamos, nuestro corazón recobró un poco la expansión que necesitaba, y nuestro espíritu se levantó de la profunda postración en que yacía sumido.

Deseábamos encontrar a un anciano **Piro,** que conocimos y tratamos en Miaria, el cual, por juzgarlo más racional y más benéfico que sus compañeros, y haber notado estar inclinado a nosotros, esperábamos ser de él bien recibidos, y que nos dispensaría la protección que le fuese posible. Mientras en él con interés estábamos pensando, se nos presentó delante no con poca sorpresa, pues ignorábamos cual fuese su paradero, después de haberse huido con los otros **Piros.** Tuvo él mucha alegría de

vernos, y nosotros la experimentamos mayor, pues comprendimos que no era casual ese encuentro, sino dispuesto por la Providencia que velaba sobre nosotros. Nos llevó luego a su casa que estaba cerca, y nos preparó la mejor comida que pudo, que fué pescado guisado a su usanza, con lo cual nos restablecimos algún tanto, pues nuestro estómago completamente vacío y sin tener que digerir ni en que entretenerse, se gastaba y se consumía por momentos, causando esto una debilidad que nos desmayaba. Merced a ese pequeño refrigerio que nos deparó la Providencia divina, nos sentimos como resucitados, pues, de lo contrario, no podíamos seguir el viaje, porque el aliento nos faltaba ya del todo, por manera que, ni en pié ya podíamos tenernos, ni tampoco hacer fuerza para nada, y no nos quedaba más recurso que echarnos a morir en la playa.

Dimos gracias a Dios por esa misericordia que de nosotros tuvo en tiempo tan oportuno, salvando nuestras vidas de aquel marasmo, en el cual, a prolongarse un poco más como digo, sucumbíamos.

Restablecidas algún tanto nuestras fuerzas, nos sentimos con valor de caminar un poco, y nos dirigimos al monte para ver si podíamos cazar algo. No fuímos felices en esta ocasión, y parecía que de allí habían huido las aves, por cuya razón pensábamos retirarnos, cuando el indio nuestro compañero nos avisó, de repente y azorado, que allí cerca había un oso hormiguero de color blanco, el cual estaba muy descuidado comiendo hormigas que recogía fácilmente con la lengua, por ser en tales lugares muy abundantes. Le tomó al instante la puntería el R. P. Fr. Tomás Hermoso, y al primer proyectil que le arrojó con ojo certero, cayó en tierra el oso mortalmente herido, creyendo nosotros haber hecho una gran adquisición con aquel animal, que sería del tama-

ño de una oveja. Nos lo llevamos muy contentos hácia el lugar donde estaba la gente, y tanto esta como el indio que nos acompañaba se sonreían de nosotros; e ignorando la causa, la comprendimos al momento de acercar la mano a las narices, pues la hediondez que despedía, nos hizo conocer que no era buena para comer la carne de esta clase de osos.

Nos dirigimos luego a la casa del anciano que cariñosamente nos estaba aguardando, y pasamos allí una noche placentera, durmiendo sin temor ni cuidado, por la seguridad que nos inspiraba el buen afecto de aquel bienhechor que tan buen trato nos daba. Al amanecer del día siguiente caia del cielo una fuerte lluvia, de la cual nos libramos por estar dentro de casa, no como otras veces, que nos dejaba bien empapados.

Conseguimos aquí remeros que nos condujesen por el río, lo cual era lo que más deseábamos, pues nos importaba llegar pronto a **Cayaria,** en donde ya nos tendríamos como salvos. El mismo viejo se ofreció ser nuestro compañero, que con gusto y gratitud aceptamos, y vino también con nosotros un joven con un chiquito de aquellas gentes, y todos juntos emprendimos el viaje confiados, contentos y alegres.

Se llamaba este lugar de donde partíamos, que tan benéfico y tan favorable nos había sido, que nos salvó de una muerte segura, y en el que con nuestras manos tocamos la Providencia que tiene Dios de los suyos, **Conraya,** cuyo nombre, con letras de oro y también con indelebles caracteres, quedará grabado en nuestros corazones, rebosando gratitud eterna por los que allí nos favorecieron. Es **Conraya** un lugarcito junto a la orilla, situado bajo Unini, río que se encuentra pasado Santa Rosa, y viven en ese lugarcito tres familias en dos casas.

Partimos ya tarde de ese lugar afortunado, y pasa-

mos por otro llamado Mamorcato, situado en medio del Ucayali, que podrá tener dos leguas de circuito, de donde salieron multitud de hombres y mujeres, por la novelería de vernos, o porque esperaban que les daríamos algo, o quizá por otro motivo. Había entre esas gentes un tal Aurelio, **Piro** adelantado y nada encogido, que nos invitó a comer repetidas veces, con un empeño no acostumbrado entre ellos.

Como antes de salir ya tarde de **Conraya,** habíamos tomado el alimento suficiente, y nuestros estómagos estenuados y casi perdidos, no nos permitían tomarlo con frecuencia, no aceptamos el convite de Aurelio, excusándonos con buenas palabras y cortesmente, a fin de que nuestra prudencia negativa, no fuese interpretada como desprecio o desaire. Porfió entonces el **Piro** Aurelio, en que, no aceptando su comida, por lo menos nos quedásemos en aquel lugar y recibiésemos su casa para hospedaje, pasando en ella la noche, de lo cual tendría una satisfacción grande. Como todavía era temprano y restaban dos o más horas del día; y más que esto, oímos que en la casa estaban tocando el tambor, percibíamos mucha gritería y temíamos estuviese en borrachera o zambra, cosa no rara entre los salvajes, nos vimos en la precisión de no aceptar tampoco su oferta, porque podíamos adelantar algo más del viaje y llegar al punto que ántes teníamos fijado. Así se lo hicimos presente a ese Piro, que tan obsequioso y fino se mostraba, lo cual nos causaba mucha admiración, y no podíamos atinar en su verdadero motivo.

Después de ese inesperado diálogo que podía tener visos de pacífico altercado nos comunicó ese **Piro** el designio que tenía de ir el año entrante al Cuzco, agregando algunas otras cosas que no merecen la pena de mencionarse. Ese proyecto de su viaje nos explicó el por qué

era Aurelio tan generoso e hidalgo con nosotros. Comprendería él que le convenía tener gente conocida en el Cuzco, de donde esperaría poder sacar mucho, como habían sacado otros que allí habían ido; y por esta razón se proponía agasajarnos, por tenernos así obligados.

Despedidos de esas gentes, continuamos nuestra ruta, dirigiendo hábilmente nuestras canoas los buenos hombres que con nosotros venían; y al poco rato llegamos a **Pontehau,** con el objeto de pasar allí la noche.

Aún no habíamos desembarcado, cuando repentinamente nuestros hombres se sintieron sobrecogidos de un fuerte susto, y muy agitados tomaron sus remos para bogar a toda prisa: era que habían visto venir a lo lejos varias canoas, que creían ser de **Cunibos,** con los cuales estaban en lucha y temían caer en poder de ellos, perdiendo su libertad quedando esclavos, o sus vidas atravesados de sus agudas flechas.

En esos ríos todo es susto, todo espanto, pavor y terror pánico; nadie en ellos se cree seguro y ni la vida aquí está afianzada: mucha desconfianza reina entre esas gentes, y a cada rato temen ser víctimas de repentino asalto. No están aquí seguros los niños ni las mujeres, quienes son robadas por los salvajes que allí transitan; ni menos lo están sus haberes que se los llevan los que por el río pasan; y por fin, seguridad tampoco tienen los hombres, expuestos, como he indicado, a ser reducidos a esclavos a morir al disparo de una flecha. Los sustos y las zozobras no los abandonan un solo instante, porque las fechorías de que son culpables y los remordimientos con que su conciencia les atormenta, les hace temer una venganza de sus contrarios y no los deja tranquilos en ningún tiempo; y, aún cuando sean inocentes y no hayan jamás manchado sus manos con sangre fratricida, lo que es muy raro, los crímenes de sus camaradas

o de los de su misma tribu, los pone en pavor y sobresalto, porque los ódios y guerras son allá de tribu a tribu, y las fechorías de un miembro cualquiera de ella, se consideran solidarias y extensivas a todos los otros.

No hay allí leyes ni constitución que ponga las personas y las cosas al abrigo del fiero bandalismo; ni gobierno ni policía que vigile por la seguridad de los habitantes; ni garantías ni cosa que se lo valga; sino que está sometida a una especie de fatalidad ciega e inquebrantable, desde que no reconocen los salvajes en Dios el poder de moderar, por medio de su recta justicia, los actos de su voluntad y de su fuerza bruta.

De ahí que cada uno obre a impulsos de sus ciegas pasiones; de ahí que el derecho sea cosa casi desconocida, de ahí que cada uno desconfíe de todos los otros, y que los vínculos sociales y los lazos más sagrados estén poco menos que rotos.

Tan desgraciada es la vida de esas pobres gentes, estando siempre en un contínuo sobresalto; y así nacen sin saber por qué han venido al mundo, y asi mueren ignorando lo que después de la tumba les aguarda. Su existencia sobre la tierra es para ellos un fenómeno desconocido, y oculta les está la misión que deben llenar, y el valor de su alma espiritual que les dá vida, y el destino que en el otro mundo le está reservado, y todo cuanto podría morigerar sus malas costumbres y suavizar la dureza de su pobre existencia. En una palabra, **no saben de donde vienen y a donde van**, ¡qué infeliz suerte! Agradezcamos nosotros ese alto e importante conocimiento que la Religión nos ha dado, que contiene la solución clara y sencilla de grandes problemas de filosofía, y sea nuestra vida conforme a tan vital enseñanza, y seremos felices ahora y lo seremos después para siempre.

Con el temor y sobresalto expresados, nuestros hombres se deslizaron velozmente por aquellas aguas, y bogando con toda su fuerza los remeros, pudimos llegar a la playa de Pacaya, en donde pasamos una noche tranquila y descansada.

El día siguiente 17 de Setiembre salimos de esa playa, después de haber llovido, y, haciendo rumbo aguas abajo, encontramos siete canoas de **Cunibos** que iban con fines siniestros. Están en este lugar los términos de la tribu de los Piros que los separa de los **Campas,** desde donde comienzan los dominios de esta numerosísima tribu, extendida sobre un vasto terreno. Iban esos **Cunibos** con el propósito de robar cuanto pudiesen a los **Campas,** y estaban ya inmediatos a sus rancherías. Ignoramos el resultado de su piratería o pillaje.

Dejadas esas más que sospechosas gentes para nosotros, seguimos nuestro derrotero y pasamos por enfrente de la desembocadura a la derecha del rio llamado **Tahuaniya** algo grandecito. No tuvimos tropiezo, es verdad, en nuestra jornada, pero sí nos mojamos bien, porque llovió casi todo el día. Llegamos, por fin, al punto tan deseado, Siboya, en donde esperamos que nuestra situación cambiara de fisonomía algún tanto.

Es Siboya una playa a donde acuden algunas familias de indios, formando en su totalidad unas cien o más personas, en los meses de Junio hasta Noviembre, con el objeto de coger los abundantes y grandes peces que en el río se encuentran. Acuden también algunos comerciantes que contratan a esos indios por medio de alguna herramienta, pieza de ropa u otra cosa que les dan semanalmente o dentro del tiempo estipulado, con la obligación de presentarles cada día o semana según lo contratado, tal o cual cantidad de pescados del tamaño convenido. Ese pescado que en grandes cantidades recogen los

comerciantes, lo lavan y lo ponen a secar en la playa, aprovechando para esta operación los indicados meses de secar, por no poderlo efectuar en los restantes, a causa de las copiosas lluvias que ahí son periódicas. En ese tiempo de la pesca viven en la playa indios de diferentes tribus enemigas, suspendiéndose entretanto sus hostilidades, por unirles el lazo del interés recíproco, de conseguir herramientas o lo que necesitan de los comerciantes. Siempre la razón del interés es la que más peso tiene en la balanza de la codicia.

Los comrecianteѕ hacen un buen negocio, mandando remesas de pescado salado al Brasil y a diferentes puntos, y vendiéndolo a un buen precio, atendido lo que les ha costado.

Se hallaban en este punto gentes racionales con quienes entenderse, y fuimos por ellas recibidos con las atenciones y consideraciones que imponen la buena crianza y que nuestra triste situación inspiraba. Era una de estas el Sr. D. Joaquín Ríos, persona recomendable, y un joven cajamarquino llamado Sr. D. José del Carmen Bardales, el cual negociaba con el salazón. Pasamos con ellos la noche, recibiendo con su grata compañía el solaz que deja comprenderse, al hablar en lengua castellana y con gente de toda confianza, después de habernos visto durante tanto tiempo en medio y en poder de tantos bárbaros.

Era el día siguiente, domingo 18, y después de haber celebrado el Santo sacrificio de la Misa, conferenciamos con esos dos jóvenes acerca de las diligencias que debían practicarse, para ir a buscar al Hermano Covarrubias, que quedaba en **Miaria,** y cuya ausencia nos era harto sensible. Tuvieron la bondad esos individuos de proporcionarnos dos canoas con la gente necesaria, para que, al día siguiente, se fuese en busca de dicho Herma-

no, y esta fué nuestra primera diligencia a fin de dar cobro a ese asunto que nos traía preocupados; pues, si bien los peligros y angustias recientes, con que nos vimos agobiados, apenas nos habían dejado más tiempo que para pensar como salvarnos; ahora que respirábamos tranquilos, la idea de lo que hubiera podido acontecer al Hermano, nos tenía en gran cuidado. Pero dictadas las medidas convenientes, para que se fuese por él el día siguiente, sentimos que se nos quitaba de encima un gran peso que nos tenía abrumados.

Luego nos ocupamos de nuestro viaje, y buscamos entre aquellas gentes nuevos compañeros, pues los que de Consaya hasta allí nos habían acompañado no podían pasar mas adelante. No fué entónces esta operación difícil, por el mucho aprecio que aquellas gentes tenían de los Padres, pues en otra ocasión con mucho empeño habian salido a buscarlos, con el propósito de hacerse cristianos; propósito que creímos más sinceros que el de los **Piros** de que hasta ahora me he ocupado. Aunque no habiendo conseguido su deseo, no por esto habían perdido sus esperanzas, y ahora mismo procuraban realizarlo, instándonos a que nos quedásemos, prometiéndonos con repetidas aseveraciones ser dóciles, sumisos y constantes.

Sin negar el crédito a sus buenas palabras ni dejar de reconocer sus buenos propósitos, creímos a la sazón ser cosa prudente y aún necesaria, en atención al carácter de los indios, aplazar para otra coyuntura la realización de tan laudable proyecto. Nos hallábamos entónces sin herramientas, sin dijes ni cosa alguna de las que los indios apetecen, y temimos que, al ver ellos que nada recibían, y al descubrir que nosotros nada teníamos que darles, sus santos propósitos y buenas palabras se evaporasen y nos sucediese lo mismo que con los otros

Piros en **Miaria,** pues que **Piros** eran también estos, si bien poco relacionados con los primeros. Por todas estas razones y otras que omito, juzgamos conveniente no emprender la reducción aquella, porque, como está visto, los elementos nos faltaban, por cuya razón augurábamos un desenlace funesto.

Ofrecimos a aquellos **Piros** hallarnos dispuestos el año entrante en la ciudad del Cuzco, a donde podrían acudir a buscarnos, con la seguridad de que nuestra palabra sería cumplida. Añadimos, además, que entre tanto fuesen preparando sus chacras y sus terrenos, sus rancherías y cuanto pudiese necesitarse, para ir después nosotros y formar luego un pueblo.

Aceptaron los indios el sincero ofrecimiento que les hacíamos, y nos aseguraron que por su parte nuestras indicaciones serían ejecutadas con puntualidad y sin pérdida de tiempo. Prometieron formalmente que, el año siguiente, vendría al Cuzco una comisión a buscarnos, y que entre tanto ellos se prepararían, para que a nuestra llegada estuviese todo corriente. Quien habló mas e hizo en esto como de personero, fue un tal Benito, que es como capitán y jefe de ellos, hombre bastante racional y comedido, y que, desde el Tambo, domina aquellos países; pues que de la otra parte del **Tambo** arriba, es tal la condición revoltosa e indómita de sus habitantes, que no cabe entre ellos dominio alguno, ni es posible órden ni gobierno. Cada cual allí anda a su modo, con una independencia que no conoce vínculos, y viven entre sí en constantes pendencias y en contínuas rivalidades, que no rara vez se traducenen en guerras, causando desastres y pérdidas de vidas.

Ese Benito, es de gran influencia entre los suyos, y el que más se empeñaba en que nos quedásemos; pero, convencido de que esto debía aplazarse, se contentó por

entónces con venirse en nuestra compañía hasta **Cayaría,** cuyo viaje anhelábamos realizar cuanto antes.

El calor del sol nos abrasaba en el camino y las aguas de las frecuentes lluvias nos mojaban enteramente, y para defendernos de los ardores del sol y de las incomodidades de la lluvia, nos hizo Benito un Pamacaris, el primero que tuvimos y que nos fue de grande alivio en lo que aún nos restaba. Consiste el **Pamacarís,** en una especie de pequeño toldo, que forman los indios con cañas que allí se encuentran de follaje algo ancho, las cuales colocan en forma de arco en la canoa, y resguardan no del todo, pero sí en parte de las inclemencias del tiempo. Ojalá hubiésemos tenido ese resguardo en los anteriores días, cuando los urentes rayos del sol del medio día, en lo más avanzado de la zona tórrida, o cuando una copiosa lluvia por horas enteras caía sobre nosotros, sin tener como defendernos.

Dejando las cosas bien arregladas y teniendo nuestro espíritu ya bastante repuesto de las pasadas angustias, partimos de **Siboya** el 19 de Setiembre al mediodía, los primeros río arriba, en busca del Hermano Covarruvias, y nosotros en dirección opuesta, hácia **Cayaria.** Al poco rato que surcábamos el río, con la seguridad que nos presentaban nuestros diestros bogas, se levantó una tempestad desecha de viento, envolviéndonos a todos nosotros, cayendo al mismo tiempo una copiosa lluvia, que recibimos sin poder repararnos de ella, pues el viento nos inutilizaba el **Pamacaris.** Son los vientos en el Ucayali muy peligrosos y funestos, porque levantan grandes y furiosas olas que cubren las canoas y les hacen dar repetidas vueltas. Salvamos, con el favor de Dios, de aquel conflicto, prosiguiendo siempre nuestra marcha, hasta llegar a la playa de **Cumaría**, en donde pasamos bien la noche.

Frente de esa playa había antes un pueblo de indios llamado San Pedro de los **Cunibos**, del cual no queda ahora ni rastro, pues la gran feracidad del terreno lo ha llenado de una vegetación espesa. Dijo entonces nuestro buen Benito, que aquel era el lugar más apropiado para formar el pueblo en proyecto, por ser lugar bastante alto y defendido de las inundaciones del rio, proporcionando, además, otras ventajas que con dificultad se hallarían en otros sitios. Señalaba él, a lo lejos, los terrenos que podrían servir de chacras, el puesto que debía ocupar la iglesia y el cementerio, y el punto en que se fabricaría el convento. Todo esto nos era placentero, y se lo escuchábamos con mucho gusto, pues, aún cuando durante el año que debía trascurrir para poner en planta semejante proyecto, podían mudar de pensamiento mil veces aquellos indios y era verosímil que asi sucediese, atendido su inconstante carácter; sin embargo, ello es cierto que nos lisonjeaba hablar de esto, ya por el vivo deseo que de civilizar aquellas gentes nos dominaba, ya porque aquella inocente y candorosa conversación nos borraba los recuerdos pasados.

Salimos algo temprano y con buen tiempo de ese lugar de tanto solaz y de buenos recuerdos, el 20, y continuando el viaje por el Urubamba, llegamos felizmente a **Sempaya,** en donde hicimos noche. El día siguiente 21 proseguimos la marcha, también de mañana, y fuimos a almorzar a Masia, en donde había algunos comerciantes llamados saladores, por ocuparse, como queda dicho, en el negocio del pescado salado. Aquí se quedaron algunos compañeros de Siboya, e inmediatamente proseguimos con el resto el viaje. Apenas habíamos andado un poco, cuando se levantó una tempestad como la anterior, pero que, por fortuna, duró poco, y nos permitió proseguir tranquilos por el gran río y llegar con felicidad a **Caco,**

en donde hicimos noche. Vive aquí una familia de **Campas**, procedente de **Illapani**.

El día 22 de Setiembre salimos de ese punto, tuvimos un pequeño aguacero por la tarde y fuimos a dormir a la playa de Aguaipa, sin que nos ocurriese cosa digna de notarse; y el 23 salimos de ese punto, parándonos después en una playa, cuando el sol estuvo bien alto, con el fin de poner a secar nuestras cosas, que con los anteriores aguaceros estaban todas mojadas. Mientras en esto nos ocupábamos, vino una lluvia, que felizmente no duró mucho, causándonos esa demora un retardo en la jornada propuesta, por manera que, ya entrada la noche, pasamos por enfrente del gran **Pachitea,** que desagua a la izquierda en el Urubamba, formando la confluencia de entre ambos al gran río llamado Ucayali. A poco de haber navegado por sus aguas, fuimos sorprendidos por los gritos de un **Cunibo,** dirigidos a nosotros, que nos llamaba brindándonos su casa, para que nos hospedásemos en ella durante aquella noche. Como era ya tarde y expuesto navegar por aquel río en semejante tiempo, aceptamos los reiterados ofrecimientos de aquel indio, confiando en Dios que no habría en aquello alguna celada. Los recientes sucesos nos habían hecho tan suceptibles, por no decir suspicaces, que nos era difícil podernos fiar de aquellos salvajes.



CAPITULO XII

Indios respetuosos.—Paso del río Cayaria y recepción bélica al entrar en el pueblo.—Epoca de su fundación.—Llegada del R. P. Fr. Buenaventura Martínez.

Pasamos en la casa del indio una noche tranquila y feliz, sin que nada siniestro nos sucediera, y salimos el día siguiente, 24 de Setiembre, muy temprano, por no tener nada que comer, a excepción de algunos plátanos; y nuestra salud y debilidad suma que comenzaba ya a reponerse, necesitaba de otro alimento y de algo caliente, en el estado delicado en que nos encontrábamos. El bueno del indio si nos ofreció su casa no nos dió, empero, de comer, y fué preciso buscarlo en otra parte. ¿Si tal vez esperaba ese hombre, cuando con tanta instancia nos llamaba, que le habíamos de dar herramientas u otras cosas? Ojalá hubiera sido posible, pero no las teníamos.

Algo después de estar navegando, se nos proporcionó un modesto almuerzo, y a poco de haber tomado ese ligero, alimento, nos pusimos de nuevo en marcha, habiendo recibido por la tarde un aguacero que nos cogió antes de llegar a pascana, la cual era frente a **Tamaya.**

Recibimos aquí gratas impresiones por las muestras de afecto y respeto que nos dieron sus habitantes, que al notar habían llegado PP. Misioneros, corrieron todos con grande prisa, llenos de júbilo y contento, a presentarnos sus saludos y a darnos ósculo en las manos. Conocían algo esas gentes lo benéfico del sacerdocio católico, y como no estaban distantes de los otros indios ya cristianos, habían experimentado con su contacto la dul-

ce transformación que la Religión hacía, convirtiendo en mansos corderos a los que antes eran furiosos labos.

Ni permanecimos en ese lugar más que una noche, y al amanecer del día siguiente nos embarcamos de nuevo, para seguir por el río Ucayali nuestro viaje ya placentero, porque se iba acercando su término, y porque se encuentran en aquellas partes bastantes personas civilizadas, llamadas por ahí **blancas,** que se dedican al valioso comercio del pescado salado, el cual embarcan en aquel río en vapores que por allí navegan, facilitando ese tráfico que no deja de ser provechoso. Caminando todo el día llegamos al anochecer a **Yarinacocha,** en donde encontramos al señor D. Francisco Riera, de orígen catalán y que allí negocia con el salazón, y pasamos en ese punto la noche aguardando con ansia el siguiente día, que debía poner fin a nuestro viaje, o por lo menos un paréntesis a tantos padecimientos morales, que habían labrado más en nosotros que las hambres y trabajos físicos.

Pasamos una noche tranquila, y al levantarnos bastante temprano, dimos gracias a Dios, como siempre solíamos hacerlo, por sus beneficios y por todo cuanto de su benéfica mano habíamos recibido. Preparamos nuestro viaje y nos entramos en nuestras canoas, caminando a toda prisa hácia nuestra suspirada **Cayaria,** entrando a la derecha por un río de ese nombre que desagua en el Ucayali, el cual dejamos entónces para seguir hácia nuestro destino. Como la corriente del **Cayaria** nos era del todo contraria, podíamos adelantar poco, a pesar de los esfuerzos de los bogas que hacían cuanto podían para que no los cogiese el viaje en alta noche. Así a todo remo andaban nuestros hombres fatigados, y la noche por allí extendía su anchuroso y negro manto, pero **Cayaria** no se divisaba y parecía aún estar muy lejos,

pues con el ansia de llegar muy pronto, cada hora nos parecía un siglo.

Serían ya como las diez de la noche, cuando todavía se deslizaban por aquel angosto río nuestras canoas, sin oirse otro ruido que el que los remos hacían al hender las aguas, o el del suave viento que sobre los árboles soplaba, o una que otra detonación de nuestras escopetas, que de cuando en cuando disparábamos para llamar la atención de las gentes que por las orillas podrían encontrarse. El ruido de nuestros disparos resonaban fuertemente por la soledad de aquellos bosques, repitiéndose el eco en el profundo silencio que allí reinaba y recorriendo aquellos lugares hasta que de nuevo repercutía sobre nuestros oídos; pero, entretanto, nadie nos contestaba y la noche iba siguiendo su curso. Nos aseguraban los remeros que por ahí estaba el pueblo, y como conocedores ellos de todos aquellos sitios, creíamos nosotros que asi debía ser indefectiblemente; pero no por eso veíamos asomarse nadie. Llegamos, por fin, a un punto que tenía visos de ser puerto, y parando allí las canoas, nuestros indios dijeron: aquí está Cayaria.

Produjeron estas palabras en nuestro corazón una inefable alegría, y nos preparábamos ya para encontrarnos con nuestros hermanos los PP. Misioneros, darles un fraternal abrazo y solazarnos con su dulce compañía. Saltamos al momento en tierra, sacamos luego nuestro equipaje y pusímos en buen cobro las canoas, empleando en esta diligencia algún tiempo.

Desembarazados de esta precisa tarea, nos preparábamos para emprender la marcha hácia el pueblo que estaba cerca, cuando vimos venir a lo lejos un tropel de gente que había salido de sus casas. Su vista nos causó el júbilo que se deja comprender, aunque no podíamos todavía distinguir cada una de las personas que compo-

nían aquel grueso grupo, siendo nuestro afán divisar a los PP. Misioneros, a quienes debíamos de dar el ósculo de paz y de quienes debíamos recibir la más benévola acogida, porque aparte de los fraternales lazos que con ellos nos unían, nos éramos recíprocamente conocidos y aún habíamos sido compañeros antíguos. Además, esperábamos darles una grata sorpresa, viéndonos repentinamente y sin haber recibido el menor aviso de nuestra venida, el cual no nos había sido posible mandarles. Esperamos, por fin, permanecer allí por algún tiempo y reponernos completamente de la extenuación y falta de fuerzas que teníamos, mediante la alimentación nutritiva que la caridad de los PP. Misioneros podría proporcionarnos.

Mientras esas y semejantes cuentas nos hacíamos, el tropel de gente había ido avanzando, y he aquí que al distinguirla claramente, fuimos sobrecogidos de un estupor que nos dejó sin aliento: iba toda aquella gente armada con espadas y palos, con sus arcos y sus flechas, dispuesta para entrar en pelea y trabar una lucha sangrienta. ¡Oh Dios, nos dijimos, que es esto! ¡qué es lo que nos pasa...! Quedos nos quedamos sin tener acción alguna, temiendo por momentos ser víctimas de una cruel acometida y pensando que nos aguardaba indefectiblemente la muerte, allí mismo donde esperábamos encontrar a nuestros queridos hermanos y a sus amados hijos, los habitantes de aquel pueblo. ¿No habrá aquí más remedio, nos decíamos, que dejar nuestras vidas a los golpes de esos gruesos palos, o atravesados por los filos de esas espadas, o ensangrentados por las heridas de esas agudas flechas? ¡Ah, dura y triste cosa es que, después de haber escapado con vida de tantos peligros, después de haber salvado de las manos de inhumanos salvajes, vengamos a perecer aquí precísamente a manos

de nuestros propios hermanos y de los cristianos de Cayaria, en donde confiábamos ser acogidos con aclamaciones....!! Hágase, Señor tu santísima voluntad: si así lo has dispuesto, así se cumpla; pero, perdona a esos infelices, porque no saben lo que hacen.

Muy alarmada aquella gente y aparejada a batirse desde que oyó resonar en su pueblo los disparos de nuestras escopetas creyendo ser señal cierta de la aproximación de gente enemiga que iba a robarles o cometer alguna otra fechoría, se preparaban ya a echarse sobre nosotros y hacernos pedazos, retemplando sus corazones con el valor y el denuedo, para hacer un buen escarmiento de los que creían eran ladrones.

La agitación y el alboroto había cundido como electricidad entre los indios de **Cayaria,** que a la sazón se hallaban solos, sin persona ilustrada ni PP. Misioneros que pudiesen moderar sus excesos o dirigir aquel tumulto desordenado, que bien podía dar en extremo o arrojarse a actos de barbarie. Estaban los PP. Misioneros en Cashiboya, a dos días con sus noches de distancia, yendo río abajo; que si se trata del regreso, ocho deben emplearse a causa de la corriente contraria y de la dificultad de la subida. A esa gran distancia a que de nuestros hermanos estábamos, mal podía esperarse que viniesen a socorrernos, y era inútil la diligencia que poníamos en verlos entre aquella gente agrupada que, en son de guerra, aguardaba la señal de su capataz o un imprudente, para echarse sobre nosotros, infelices que en un momento nos hubieran muerto.

Quiso Dios contener sus arrebatos y que en el instante más crítico usasen de moderación, dando lugar con esto a que pudiesen vernos de cerca, examinar bien quienes éramos, y cerciorarse de su equívoco, convencidos de él, depusieron al instante sus espadas y palos y retiraron

sus arcos y flechas, quedando muy avergonzados de la actitud bélica que habían tomado, y dándonos mil satisfacciones por su engaño involuntario.

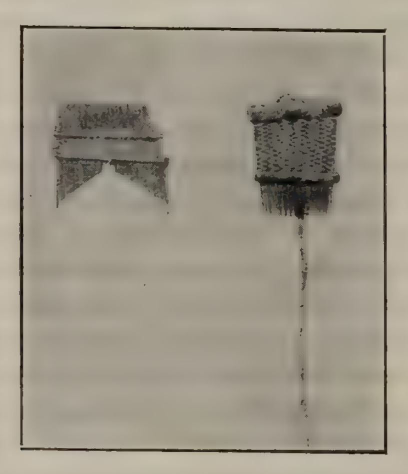
Los acariciamos entonces cordialmente diciéndoles, que éramos verdareramente sus padres y que los amábamos como a hijos; que estábamos bien persuadidos que su error no había sido voluntario, y que lo pasado debía olvidarse pues no dejaba en nosotros huella alguna que pudiera a ellos darles cuidado.

Fuimos luego juntos al pueblo y visitamos su bonita iglesia, en donde dimos gracias al Señor que de tan inminente peligro nos salvaba; y pasamos inmediatamente al convento que está contíguo, el cual es bastante capaz y bonito, con seis celdas y alguna comodidad: nos posesionamos de él sin reparo, como que era casa nuestra.

Esa gran ventaja tienen las órdenes religiosas, si ellas están bien penetradas del espíritu de su institución, que los en ellas congregados encontramos en todas partes hermanos verdaderos y casas propias y además una acogida la más cordial y una asistencia la más benévola, lo cual sólo puede inspirar el Espíritu de Dios y ser obra de lo alto. No como ciertas sociedades tenebrosas, que celebran a escondidas sus sesiones, y cuyos miembros no están entre sí unidos con la caridad cristiana, sino con juramentos horrorosos que inducen compromisos detestables. La protección y asistencia que entre esos se dispensa, es de muy diferente carácter y naturaleza que la de los buenos regulares: como que la organización y objeto de estos tiene su tipo en el cielo, mientras que el ideal de las asociaciones tenebrosas, ha subido de los abismos, con pretensiones de hacer inícuo remedo de las obras divinas, para la perdición de los hombres, a quienes seduce.

Como miembros, pues, de la gran asociación francis-

cana, nos posesionamos del convento que a la Orden pertenece, y sucedió esto el día 26 de Setiembre de dicho año 1874, que será para nosotros memorable, por lo que he referido y aún por referir resta.



Adornos de indígenas

El pueblo de Cayaria fué fundado a fines del año 1859, por el R. P. Prefecto Fr. Vicente Calvo, con veintiuna familias de indios Sipibos; y el siguiente año de 1860, construyó el convento con la ayuda de los mismos indios, que entónces eran dóciles y bien dispuestos. En la actualidad las cosas han cambiado desfavorablemente, se ha disminuído en su mayor parte la población antes numerosa, sus moradores ya cristianos han perdido mucho del aprecio que por la religión tenían, y los PP. Misioneros no gozan del ascendiente y respeto de antes. La causa no es difícil de conocer, porque es común con la de la decadencia de otras reducciones.

Al día siguiente los indios mandaron un propio en canoa a Casiboya, para que avisaran a los PP. Misioneros nuestra feliz llegada. Permanecimos allí con aquellos indios reparando nuestras quebrantadas fuerzas que, por haber desaparecido nuestros sufrimientos morales, recobramos muy aceleradamente, aguardando con ansia la vuelta del propio que nos trajese noticias de nuestros hermanos.

Al informarse los PP. Misioneros en Casiboya que nosotros estábamos en **Cayaria,** recibieron un gozo indecible junto con una sorpresa agradable, pues muy distantes estaban de pensar que anduviésemos nosotros por aquellas tierras; que al saberlo, hubieran ellos con presteza venido a buscarnos desde antes. Al momento se puso en marcha el R. P. Fr. Buenaventura Martínez, que era a la sazón y por ausencia del R. P. Fr. Ignacio Sanz, el encargado de aquellas misiones, y acompañado del guía se dirigió, sin pérdida de tiempo, al pueblo de **Cayaria.**

Hizo con la brevedad posible el R. P. Buenaventura su viaje, y a los pocos días se nos presentó delante, causándonos una alegría y júbilo indescriptibles; nos dimos un estrecho y fraternal abrazo con los ojos llenos de lágrimas, que subían del corazón por la abundancia del gozo que lo inundaba; pues la presencia y vista de un querido Religioso después de tanto tiempo de no ver y de no tratar más que salvajes; después de los tremendos aprietos en que nos habíamos visto; después de haber salvado de la muerte tantas veces; todo esto producía en nosotros un gran contraste y nos excitaba impresiones muy fuertes, que a lo grato juntaban lo violento, y nos hacían llorar aunque no quisiéramos.

Pasados aquellos momentos de recíprocos saludos y fraternales expresiones, hicimos a nuestro buen herma-

no una breve narración de nuestro viaje e historia, desde que salimos del Cuzco hasta aquel momento; y al recordar los inmensos trabajos y los grandes peligros en que nos habíamos visto; y al encontrarnos allí como milagrosamente libres de todos, bendecíamos a Dios y nos cansábamos de darle gracias, reconociendo que su paternal providencia y su infinito amor nunca se había separado de nosotros aunque indignos sacerdotes y viles siervos suyos. Con esto, nuestro oprimido corazón se desahogaba y encontraba aquella expansión que necesitaba, comunicando con un amigo fiel y un sacerdote virtuoso las grandes afliciones que le habían agoviado recibiendo con eso no pequeño refrigerio, pues la condición y debilidad humana es tal, que necesita de algún alivio, si bien que al principal lo encontrábamos en Dios, único consuelo sólido.

Conferenciando después con el R. P. Buenaventura, acerca del itinerario que debíamos emprender cuando se tratara de nuestro regreso al Cuzco, y opinamos, para el mejor acierto tomar nuevos datos y algunas noticias, a fin de ver si podíamos excusar la vuelta por el mismo camino, el cual tan funesto nos había sido, y cuyos recuerdos aún nos estremecían; y en su lugar tomar nuestro derrotero río arriba del Ucayali, navegar el **Pachitea**, pasar por Huánuco con dirección a Lima, desde donde cosa fácil es ir al Cuzco.



CAPITULO XIII.

Salida de Cayaria y llegada a Casibcya: su situación.—Matrimonios de Casiboya.—Poder judicial.—Trabajo.—Causa de la decadencia de la escuela.— Comparación entre los indios y las ciudades civilizadas respecto de los hijos legítimos.

Con el objeto de deliberar acerca de nuestro viaje de regreso, resolvimos pasar a **Casiboya,** pues que en ese pueblo podíamos ser exactamente informados de las noticias que para el efecto necesitábamos, y al mismo tiempo veíamos aquella nueva cristiandad y conocíamos la iglesia y el convento. Realizamos el viaje el día 8 de Noviembre y fuimos a dormir en una playa del Ucayali, pasada la desembocadura del rio **Cayaria**; y prosiguiendo el viaje el día siguiente muy de mañana, pasamos después por enfrente de dos casas de **Sipibos,** que están como en la frontera de esa tribu; luego atravesamos por el Ucayali la desembocadura del **Aguaitía,** río bastante grande que entra a la izquierda, y fuimos a dormir en una playa. Muy temprano nos despertó un aguacero el día siguiente, que nos acompañó durante todo el viaje de la mañana, el cual emprendimos luego de despiertos; y por la tarde nos encontramos con el vapor Ucayali, perteneciente a un fuerte comerciante de Iquitos, cuyo vapor viaja por el río de aquel nombre. Llegamos al anochecer a una playa, hospedándonos en la casa de un austriaco que allí había, el cual nos obsequió algunas cosas. Está esa casa cerca del Rubaboya, río algo grandecito que entra a la derecha.

El día siguiente salimos temprano y pasamos por enfrente del **Pisquí,** río del caudal del anterior y que en-

tra a la derecha, y por la tarde entramos en el río **Casiboya,** e internados que fuímos algún tanto en él, atravesamos por un lado una laguna muy grande, la cual es indicio casi cierto de que por allí pasaba antes el río Ucayali, que después cambió de lecho: en el espacio que se recorre hasta el pueblo de **Casiboya**, se encuentran otras muchas lagunas menores en el río que es algo pequeño, y cerca de las ocho de la noche llegamos al pueblo de **Casi**boya, en donde fuimos recibidos muy de distinto modo que en Cayaria.

Encontramos aquí al R. P. Fr. Mariano Castellanzuelo y al hermano lego Fr. Pablo Ibañez, ambos aragoneses; y con poca diferencia nos pasó en nuestro recibimiento y nuestros saludos, lo que antes con el R. P. Fr. Buenaventura Martínez. Admirábanse ellos de las muchas y varias tragedias que nos habían sucedido, principalmente al oir la relación del inminente riesgo en que de perder las vidas nos habíamos visto en **Cayaria,** y su corazón sentía emociones indescriptibles, al ver como Dios de todo nos había sacado salvos, siendo la conclusión de nuestra narración alabar sus grandes y contínuas misericordias.

Visitamos luego la iglesia cuya fábrica se estaba concluyendo, y nos pareció que terminada que fuese quedaría muy bonita; vimos al día siguiente el pueblo que es algo mayor que el de **Cayaria,** y el convento, que ya habíamos visto la noche anterior: tiene sólo cuatro celdas y es muy pequeño.

Está situado el pueblo de **Casiboya,** aproximadamente a 7 grados del latitud Sur, y a 77 grados de longitud occidental del meridiano de París. Corren por sus dos costados dos pequeños riachuelos que se unen a pocas cuadras de la población; y desde ahí puede ir con canoa hasta tomar el río que, como dije, pasa por algu-

nas lagunas y desemboca en el Ucayali. Rodea el pueblo un espeso monte de árboles frondosos, que no permiten penetrar por ellos los rayos del sol; y se extiende ese monte en una vasta llanura o pampa, abundante de magníficas maderas y de caza exquisita. El número de habitantes podrá ascender a unos mil indios, y las casas son unos ranchos, compuestos de troncos de árboles, con los cuales forman telares y rellenan sus espacios, con caña brava, para hacer las paredes, colocando sobre ellas el techo formado de palos o gruesas ramas sobre las cuales ponen mucha hoja de palmera.

No hay entre ellos ningún amancebamiento, ni una amistad ilícita, por cuya razón los nacidos son allí todos legítimos y procreados de legítimos matrimonios. Las diferencias y pleitos entre aquellas gentes se terminan en un momento y del modo más sencillo: el P. Misionero es el único tribunal y juez reconocido, a quien voluntariamente acuden todos para que les dirima sus cuestiones. No hay, por consiguiente, allí ese enjambre de escribanos, abogados, tinterillos y otros tantos, que suelen abundar aún en pueblos mas insignificantes, que llaman civilizados, y que traen al retortero tantos infelices litigantes, consumiéndoles la paciencia, el tiempo y la faltriquera. Los hombres se ocupan en la pesca, en la caza y en el cultivo de las tierras, cuyos productos son arroz, yucas, maíz, plátanos, piñas, papayas, etc. etc., con lo cual se alimentan, y se proporcionan, con el sobrante, lo demás que necesitan por medio de cambios. Las mujeres trabajan ordinariamente más que los hombres, no en las mismas faenas, pero sí en otras propias de su sexo y en las que allí les acostumbran, porque son tratadas con alguna dureza por los hombres, quienes suelen ser bastante holgazanes.

La escuela es una de las cosas más principales que

procuran establecer los PP. Misioneros luego que fundan un pueblo o en él se establecen; porque educando e instruyendo a los niños en las prescripciones de la moral y enseñanza de la fé, preparan una nueva generación y el elemento civilizador que debe cambiar la faz de la población entera. Así lo hicieron los primeros que reunienieron algunas familias y formaron **Casiboya,** y entónces la escuela estaba mas o menos concurrida y los PP. Misioneros eran muy asíduos en el ministerio de la enseñanza, lo mismo los demás que les sucedieron; pero hace algún tiempo que la escuela está desierta, porque los padres no mandan ni quieren mandar a sus hijos, no obstante la solicitud y reclamos de los PP. Misioneros, que son desatendidos y no pueden contar con el apoyo de quien debiera prestarlo: abandonados y sin discípulos pasan los PP. Misioneros por el gran dolor de no poder comunicar con la extensión y solidez conveniente las enseñanzas católicas a las tiernas inteligencias de los niños, ni formar en la piedad y en la sencillez sus inocentes corazones. Debido es esto, en gran parte, al roce de algunos blancos inmorales que por allí andan, y a las ideas erróneas y a las calumnias que andan esparcidas entre los indios corvertidos.

Allí se denigra a los PP. Misioneros, se levantan especies infamantes contra ellos, se ridiculiza su ministerio; y todo esto impunemente, dando por resultado inmediato y necesario, que los indios cristianos se van desmoralizando al contacto de los blancos corrompidos, y miran con prevención, o cuando menos con indiferencia, el ministerio sacerdotal, acabando por despreciar o ultrajar al P. Misionero.

Nada extraño que esto suceda allí, a donde con dificultad llega la acción del Gobierno, o si llega es muy tarde y casi sin fuerza, cuando sucede también en la

misma ciudad de Lima, a la vista del Gobierno, en donde han sido, no rara vez, atrozmente calumniados los PP. Misioneros, no se crea que en voz baja y dentro de ciertos círculos, sino a voz de pregonero publicada en los periódicos, los cuales se hicieron órganos, no de un cualquiera desautorizado que llenaba de improperios a los que eran notoriamente inocentes, sino editorialmente y en artículos de fondo. Si todo esto, pues, sucede **impunemente** en la ciudad de Lima, ¿será extraño que acontezca en medio de las selvas?

He aquí señalada la causa más poderosa de la decadencia de los pueblos de indios reducidos; he aquí la razón por la que la acción del P. Misionero no es allí eficaz com antes; he aquí por que los padres no envían a sus hijos a la escuela, no obstante las fuertes reclamaciones del P. Misionero. De temer es que esta misma causa produzca otro efecto también muy funesto.

Las legítimas y castas afecciones con que se unen en vida marital los dos sexos por medio del sacramento del matrimonio, es la fuente más poderosa de bienestar moral en las familias y en las naciones, porque saliendo de un orígen santo y consagrado por la religión, los hijos
un orígen santo y consagrado por la religión, los hijos
que nacen disfrutan las nobles afecciones de sus legítimos padres, y reciben con la leche de la infancia una crianza y una educación religiosa, y son más tarde esos hijos, hombres morales, honrados y útiles ciudadanos: son la gloria de sus padres y el esplendor más ilustre y noble de la familia.

No puedo menos que exhalar aquí de lo mas íntimo de mi angustiado corazón un quejido profundo, al contemplar ahora, en comparación con esas reducciones, el estado lastimoso y nunca demasiado lamentado de las uniones maritales, no diré en los pueblos pequeños, sino

en los más grandes de la República, en las cuales quizá no llegan a un 25 por ciento los nacidos legítimos: lo cual nos sirve de termómetro para conocer evidentemente la proporción de los matrimonios con los concubinatos. ¡A donde va a parar la sociedad, si a esto no se trata de poner remedio eficaz y pronto! ¿Y no es una vergüenza que los indios recién convertidos, lleven sobre el particular inmensa ventaja a los pueblos civilizados?

Pues bien, ese poderoso y fecundo elemento de bienestar moral, que afortunadamente han hecho germinar los PP. Misioneros en los nacientes pueblos de los indios, a la sombra vivificadora de la religión católica, de temer es que también desaparezca o que pierda mucha de su admirable virtud, si se ataca la religión que la envía el rocío, y se desprestigia a sus ministros que la cultivan. **Casiboya,** no será lo que es actualmente, asi como no es ahora lo que era antes; como tampoco lo son Sarayacu, Cayaria, Catalina, etc. etc.



CAPITULO XIV.

Tres vías de regreso.—Plan de una nueva expedición.—Despedida.

Tomamos en Casiboya todos los datos necesarios acerca del camino que debíamos emprender a nuestro regreso, lo cual conseguimos a toda satisfacción sin mucho trabajo porque hay allí algunos que en eso son muy prácticos.

Tres vías se nos presentaban para que escogiésemos: regresar por el mismo camino hácia el Cuzco, salir por el río **Pachitea,** con dirección a Huánuco y luego a Lima. o bien dar la vuelta por **Moyobamba, Chachapoyas**, y de aquí a Lima, desde donde ya es fácil andar al Cuzco.

Como a la sazón los dos primeros caminos eran impracticables, a causa de las grandes lluvias y abundantes avenidas de los ríos, que impiden el navegar por ellos sin exponerse mucho, sólo nos restaba practicar el camino por Moyobamba, si queríamos emprenderlo entónces sin aguardar a que cesasen las lluvias. Urgiéndole al R. P. Fr. Tomás Hermoso pasar a Lima, resolvió emprender el viaje inmediatamente después de restablecidas algún tanto sus fuerzas, tomando el único camino a la sazón posible y ya indicado, esto es, el de Moyobamba, pasando antes por Iquitos.

Dos inconvenientes se presentaron para que yo pudiese acompañarle; y era el uno, ser indispensable andar a pié algunos días, por lugares en que no hay camino ni sendero alguno, con subidas muy empinadas que fatigan mucho, para lo cual me faltaban completamente las fuerzas físicas, no solo por los quebrantos pasados, sino principalmente por la enfermedad del pulmón que

en mí es antigua. Era el otro inconveniente la falta de recursos en que estábamos y que no nos permitía hacer el viaje por aquella vía, por ser algo crecidos los gastos que ocasiona, mientras que por el otro lado son mucho menores.

Convenidos así nuestros viajes, acordamos que el R. P. Fr. Tomás Hermoso, al estar en Lima, diese cuenta del que habíamos hecho a la tribu de los **Piros,** de las causas que determinaron el éxito que ya hemos visto, y de los medios que debían emplearse para obtener un resultado satisfactorio: medios que no son otros que recursos con que obsequiar a los indios y tener siempre algo con que poder halagarlos y complacerlos; pues que sin darles herramientas, vestidos y alguna bugería, no sería posible conseguir el objeto propuesto.

Para el efecto, quedó encargado el R. P. Fr. Tomás Hermoso, de ver si el Gobierno de Lima podía protegernos, haciéndole una relación de lo sucedido, y asi moverlo eficazmente a que nos proporcionase la subvención que figura en el presupuesto de gastos, pues que fuera del Gobierno, no atinábamos entonces de donde sacarlos. En caso que esta tentativa se realice, convenimos los dos en que la cantidad obtenida se invertiría en formar aquel pueblo proyectado, cuyo plan nos suministró el **Piro** Benito, cuando nos instaba a que nos quedásemos en **Siboya.** Resolvimos también que yo a mi regreso, viese con mis propios ojos, al pasar por Siboya, si realmente Benito y los demás **Piros,** sus compañeros, habían cumplido con lo ofrecido en nuestro tránsito, de hacer los preparativos para la fundación proyectada, y si persistían ellos en sus mismos propósitos. Debía yo informar de todo esto al R. P. Fr. Tomás Hermoso, escribiéndole a Lima, a fin de que los recursos que al Gobierno debía pedir, fuesen destina-

dos a la reducción de otros indios, caso que los citados **Piros**, no cumpliesen su palabra.

Arregladas así las cosas, después de haber pedido a Dios el acierto, pues nada más buscábamos que el engrandecimiento de su reino sobre las almas y la salvación y felicidad de éstas, el R. P. Fr. Tomás Hermoso emprendió su marcha con tres hombres que de allí se dirigían a Iquitos, en una pequeña canoa, única embarcación que se usa en aquellos lugares.

Muy sensible me fué la separación de ese buen Hermano, con quien había compartido mis grandes trabajos en el pasado viaje, consolándonos mútuamente en las terribles aflcciones de espíritu, minorándose por mitad nuestros sufrimientos: creo que igual al mío sería el sentimiento del P. Fr. Tomás Hermoso, al tener que empreder el viaje sólo por aquellos lugares desiertos, si bien mucho menos expuestos que los del anterior camino. Como era natural, lo acompañé desde el pueblo al pequeño río ya navegable, distante como un cuarto de legua de **Cashiboya**, y conmigo vinieron los demás Religiosos que allí estaban y también todos los habitantes del pueblo en masa. Nos despedimos tiernamente de aquel querido Hermano, que iba a surcar el río y pasar peligros tamaños, con la incertidumbre de que le sucediese alguna desgracia, como no es cosa rara en aquellos lugares habitados por salvajes y fieras; pero la confianza que en la protección de Dios todos teníamos, y el amparo de la Santidad Vírgen que habíamos implorado, nos suavizaba la pena que nuestro corazón sentía, cuando deslizándose velozmente aguas abajo, se iba apartando por momentos de nosotros.

Era el día 13 de Diciembre de 1874, cerca de las dos de la tarde cuando todo esto sucedía, y al poco rato perdimos de vista la canoa que progresivamente marchaba

sobre las aguas de aquel pequeño río, que, como dije antes, pasa por varias lagunas grandes unas y pequeñas otras, que allí llaman **Cochas,** hasta desembocar en el gran río Ucayali.

Aquí debería yo poner punto final al viaje de regreso de mi querido compañero el R. P. Fr. Tomás Hermoso, si él no me hubiese favorecido con la relación del mismo recibida a última hora, la cual me creo un deber insertarla a continuación, tanto porque ella forma una parte muy interesante de la historia de nuestra expedición, que quedaría incompleta, cuanto para no privar al público de los importantes sucesos que nos dá a conocer el R. P. Fr. Tomás Hermoso, en su relación que con el objeto de acomodarla a la publicación de este viaje, la he dividido en capítulos.



CAPITULO XV.

Tempestad y peligro de naufragio.—Encuentro de Sipibos derrotados. Una buena familia de Setebos, y el masato de los indios.—Bautismo de infieles.—Detestable fiesta de los Setebos.—Restos de la Circunscición.—Costumbre de prensar el cráneo de las criaturas.—Zancudos y paso por Carsacocha.

"La tarde de nuestra salida de Cashiboya tuvimos un fuerte viento a manera de huracán, que nos puso en grandes aprietos. Las aguas estaban embravecidas, las olas se levantaban furiosas y venían a caer sobre nuestra débil y pequeña embarcación llenándola de agua; nosotros a merced de la tempestad, no tanto porque el rio en sus orillas no nos ofreciese un lugar seguro, sino porque los remeros no la dirigían bien, a pesar de ser muy peritos: habían tomado antes mucho alcohol y estaban ébrios. Ellos no se daban cuenta de lo que pasaba, y a los avisos que la gravedad del peligro me obligaba a darles, contestaban maquinalmente: **sí, sí, vamos a ponernos en salvo,** pero sin atinar el cómo ni la manera de efectuarlo, porque su embriaguez les tenía embargadas las potencias, aunque les conservaba las fuerzas físicas. Ellos hacían esfuerzos para salir del inminente peligro de que se voltease la canoa y nos fuésemos todos al agua; pero como ese peligro no lo conocían y no se les presentaba a los ojos, sino que mis palabras se lo hacia percibir por los oídos, sin pasar a las regiones del espíritu, sus esfuerzos eran sin órden ni tino, y en lugar de arrimarse a la orilla, en donde estaba la salvación, se entraban más de lleno en la madre del río, en donde debíamos naufragar sin remedio. En semejante trance y con la muerte an-

te los ojos, preciso me fué tomar yo mismo los remos, porque con solo palabras no conjuraba el peligro; y haciendo todos los esfuerzos posibles, porque lo inminente del caso así lo requería, pudimos tomar la orilla y arribar a salvamento. Calmando algún tanto el furioso viento y cerca de la orilla, fuimos navegando sin contraste alguno, y llegamos a dormir en la playa del Ucayali, a la desembocadura del **Cashiboya,** después de haber salvado casi milagrosamente el altar portátil y algunas cosillas y bugerías, que había conseguido de los PP. Misioneros ántes de mi partida, y que debían servirme para obsequiar a los indios en mi tránsito, o darles en pago de su acompañamiento y servicios.

"A poco rato de haber llegado a esta playa, ántes que anocheciese, pasaron quince canoas de **Sipibos,** resto de muchas otras, que venían de pelear con algunos Casibos, fracción fiera y antropófaga de esta tribu que vive en uno de los ríos confluentes del Ucayali. Salieron los primeros muy mal parados de aquel encuentro, a causa de haber sido avisados los segundos de su venida y de haberse preparado en una quebrada, emboscándose en una y otra banda del río que pasaba por la misma, con el objeto de envolver al enemigo y tomarlo entre dos proyectiles, dándole al mismo tiempo una sorpresa. Murieron muchos, relativamente, de los Sipibos, ya atravesados de flechas, ya ahogados en el río en el cual se echaban cuando se veían acometidos de una y otra parte y amenazados de muerte cierta por el enemigo. Entre los que perecieron había mujeres y niños que iban con los hombres, como lo tienen de costumbre al moverse de uno a otro punto, pues nunca o rara vez el hombre indio deja sola a su mujer y a sus hijos. De los que escaparon con vida de aquel sangriento encuentro, algunos venían

heridos dentro de sus canoas, asistidos por los que habían tenido la suerte de salvar sanos.

"Al contemplar tan triste espectáculo, sentí una gran compasión hácia aquella pobre gente, y hubiera querido inocular en sus corazones la paz y la dulzura del espíritu de Jesucristo, aunque hubiese sido a costa de mi sangre; porque consideraba que aquellos corazones ardían en ódios y en designios de venganza, al mismo tiempo que estarían poseídos de una aflicción y abatimiento imponderable, por la pérdida de sus amigos o deudos, quizá de sus padres, hijos o hermanos. ¡Que no me fuese posible hacer penetrar por sus entenebrecidas almas un rayo de luz evangélica, y prender en sus duros corazones una chispa de la caridad divina, que el Catolicismo derrama a torrentes sobre la humanidad desgraciada, y esta se obstina en rechazarla con ingratitud inaudita! ¡Que no pudiese hacer comprender a los **Casibos** que tan sangriento extrago habían hecho, que sus víctimas, que aquellos que miraban como enemigos, eran todos hermanos suyos, hijos todos de un solo Padre, que está en los cielos, el cual prohibe, bajo pena de incurrir en su maldición, derramar sangre hermana, y manda que los hombres se amen mútuamente y formen todos una sola familia!

"El día siguiente, 14 de Diciembre, seguimos la marcha temprano, y al llegar cerca de las nueve enfrente de unos cerritos a la derecha, saltamos en tierra para tomar el almuerzo. Proseguimos nuestro viaje toda la tarde y aún toda la noche, pues la tranquilidad de las aguas del Ucayali y lo imponente de su majestuoso curso, nos convidaba a seguir surcándolo al reflejo plateado de la luna, que proyectaba la sombra de nuestras personas y de los remos que se movían sobre las cristalinas aguas de aquel caudaloso río, en medio del silencio sepulcral de los bosques solitarios que divisábamos a una y otra parte del

río, como dos elevados muros cubiertos de vegetación lozana, que de cuando en cuando un suave viento mecía en el aire como masa flotante.

"A la mañana del día 15 estábamos cuatro leguas más abajo de Sarayacu, en donde vibe una familia de la tribu de los Setebos, que nos recibió en su casa con una amabilidad que nos dejó muy agradecidos. Nos regalaron esos buenos Setebos yucas, plátanos y **masato,** que recibimos como un don inapreciable, porque la voluntad de esas gentes era realmente grande.

"Es el masato una bebida, mejor dicho, brebaje, que hacen los indios con yuca bien hervida, la cual mascan a dos carrillos y la saturan de saliva, y después dejan en fermentación; la cual obtenida echan agua a la pasta fermentada, y todo revuelto, es una exquisita y deliciosa bebida para aquellos salvajes, y para el europeo es una confección capaz de revolverle el estómago, aunque lo tuviese de buitre. Me presentaron aquellas buenas gentes una poción de ese brebaje para que lo tomase con ellos, y aquí fueron mis apuros, pues hubiera sido considerado como un desaire el rehusarlo, y, por otra parte, no sentía valor para pasarlo a mi estómago. En este conflicto, tomé el medio de acercar el vaso a mis labios con ademán de tomar la poción repugnante, y salvando las apariencias quedar bien aquella buena gente hospitalaria, y excusarme una descomposición de estómago.

"Muy contenta estaba esa pobre gente de tenerme en su compañía, y me rogaba que me quedase con ella ofreciéndome llamar a todos sus parientes, esto es, a todos los de su tribu. Preguntéles si eran muchos, y me contestaron que no porque una virhuela había, no hacía mucho, casi acabado con todos. Son tales los estragos que hace esa tal enfermedad cuando llega a desarrollarse, o grasar en algún pueblo o tribu de indios;

que con frecuencia perecen familias enteras, contagiandose unos a otros, y sin haber muchas veces nadie que, siquiera de lejos, les preste el menor socorro.

"No era posible acceder a los buenos deseos de que me quedase con aquella familia, por cuya razón viendo que estaba resuelto a pasar adelante, me trajeron todas sus criaturas, suplicándome que las bautizase. Tampoco podía complacerlos en esto como ellos querían, pues no habiendo allí quien catequizase aquellas criaturas al llegar al uso de la razón, y que las mantuviese en la profesión de la fé y de la via cristiana en lo sucesivo, era exponer el sacramento del bautismo a una profanación segura, y al bautizado al peligro de la perversión y apostasía; pero sí los complací bautizando a cinco de aquellas criaturas, las más pequeñitas, que se hallaban en mayor peligro de morir, pues casi todas esas criaturas recién nacidas, al enfermarse, se mueren, por el poco o ningún cuidado que de ellas se tiene, por cuya razón no era verosímil que el sacramento fuese profanado; y sí que las almas de aquellas criaturas con muerte prematura entrarían en el cielo, desde aquellos bosques y en medio de los salvajes. Esta es la práctica adoptada y usada por nosotros, respecto de los bautismos de los párvulos hijos de infieles.

"Aprovechando la oportunidad que me presentaba la buena disposición de esos indios, les dí algunos buenos consejos, les animé a que perseverarasen en sus laudables propósitos de ser cristianos, dándoles alguna esperanza de que, en otra coyuntura, quizá tendría el placer de verlos, para tratar de que entrasen en la vida civilizada. Pero hice hincapié principalmente, en reprobarles una fiesta que ellos celebran, y también los **Cunibos** y **Sipibos,** la solemnizan, hácia la cual traté de infundirles horror.

"Consiste esta en que, reunidas algunas familias, co-

mienzan a tomar **chicha** hasta ponerse ébrios, preparando de antemano grandes cantidades de esa alcohólica bebida; y cuando están ebrios, se dan fuertes rasguños unos a otros, empleando para eso, a más de las propias uñas, una especie de cuchillos de forma curva, con lo cual se hacen graves heridas no raras veces, que les ocasionan la muerte o la pérdida de algún miembro, o cuando menos, los inutilizan, por resultar cortado algún tendón o nervio. El efecto que se proponen con esa salvaje fiesta, si fiesta puede llamarse lo que parece inventado por el maligno espíritu, enemigo del hombre, es arrojar o expeler la **chonta,** que, con supersticiosa y estúpida creencia, suponen que les ha sido inoculada en su cuerpo por algún brujo enemigo suyo, de cuya acción malévola van a quedar libres y salvos, mediante aquella sangría y herida recibida en la fiesta. Creen esos infelices que son efectos de la **chonta,** los dolores de cabeza, estómago o de cualquier otra parte. Es la **chonta** una madera que se encuentra en aquellas selvas, y cuyas diminutas astillitas creen aquellas gentes supersticiosas, que son infiltradas, de un modo inexplicable, en los cuerpos humanos, por la acción mágica de los brujos.

"Tienen además las tres tribus **Cunibos, Sipibos** y **Setebos,** una ceremonia religiosa que es un remedo de la circuncisión, con la diferencia de haber equivocado el sexo, pues sólo se circuncida a las mujeres desde los siete hasta los catorce años, acompañando esa ceremonia con una gran borrachera.

"Teniendo todos los indios de América un solo orígen común, según lo más verosímil, y habiendo venido del Asia por el estrecho de Bering, traerían la ceremonia adulterada de la circuncisión de los pueblos de la India, quienes la recibían del pueblo de Dios, conservándose esa verdad adulterada en medio de las tribus salva-

jes y al través de tantos siglos, como los restos de un hermoso buque se conservan en la superficie de las aguas, después de un naufragio.

"Los hombres y las mujeres de esas tres tribus se diferencian de las demás por su frente prominente y cabeza elevada, debido a dos tablitas que colocan a las criaturas recién nacidas hasta cierta edad, en la frente y en el occipucio, atadas y fuertemente apretadas, por manera que el cráneo blando de las criaturas está como en una prensa y toma la configuración ahora dicha y una constancia y dureza que no tenía, debiéndose por tal causa alterar la primitiva configuración del encéfalo.

"A mi modo de entender, esa operación y amoldamiento de la cabeza, es muy eficaz para embotar las facultades mentales; y, aunque no soy partidario de la frenología, porque ese sistema, tal cual lo explican sus apasionados, y atendida la extensión y certeza que se le ha atribuído, es contrario a la experiencia, a la razón y a las verdades reveladas; sin embargo, como el alma necesita indispensablemente de los órganos del cuerpo para ejercer sus funciones naturales, y como el cerebro, según se explica en la Psicología experimental es el principal órgano o conjunto de órganos, de los cuales se vale el alma para ejercer sus actos en el órden espiritual, por cuya razón necesita ésta, como condición indispensable, de cierta disposición en el cerebro, para que desembarazadamente pueda producir sus actos, que llaman los moralistas, **ilícitos o imperados,** se sigue de aquí, que la presión susodicha en los cráneos de los indios, puede modificar o disponer de tal modo el estado de los órganos, que no sea el mejor y quizá sea el menos a propósito para que el alma pueda funcionar del modo más conveniente.

"Por esta razón, que sujeto al juicio de personas

más ilustradas, creo y he creído siempre, que el uso de las tablitas puestas a modo de prensa en la cabeza de las criaturas, entre los indios, tiene el mismo orígen que el de la fiesta memorable para quitarse la **chonta,** esto es, **Satanás,** enemigo cruel del hombre, a quien no solo quiere impedir la consecución del último fin de su creación, que es ver y gozar de Dios eternamente en la otra vida, mediante las buenas obras practicadas en ésta, sino que hace los mayores esfuerzas y se vale de todos los medios para mantener a los salvajes en el estado de embrutecimiento e idiotismo en que los vemos.

"Me despedí de esas infelices gentes por la mañana del día siguiente, y ellos me proveyeron de algunos plátanos y caña dulce que nos sirvieron por el camino, el cual proseguimos hasta las ocho de la noche, en que llegamos al pueblo de **Tierrablanca,** reducción de los RR. PP. Misioneros de Santa Rosa de Ocopa.

"Vehementes deseos tenía de conocer aquel pueblo y de saludar, siquiera de paso, aquella cristiandad que no está en su apogeo, pero al acercarse la canoa a tierra o a la orilla, fué tal la nube de zancudos que nos circunvaló repentinamente, que formaba como una atmósfera que casi ni respirar nos dejaba, quedando mis tres remeros tan desanimados, en presencia de aquella invasión de miles de miles de insectos, que no pude conseguir que atracase la canoa, y me ví obligado a seguir mi viaje toda la noche, condescendiendo con los buenos hombres que me llevaban.

"El día siguiente, como al medio día, llegamos a **Carsacocha,** en donde había muchos tarapoteños, todos cristianos, que se ocupaban en salar pescado durante la estación en que no llueve. Me detuve para bautizar al gunas criaturas y tomar alimento; y ya tardecito continué mi viaje hasta la mañana del día siguiente que ama-

necí en Santa María y era el día 17. Encontramos aquí tres familias **Piras,** y como cuatro leguas más abajo otras tres de la misma tribu, cuyos individuos son los últimos indios salvajes que se encuentran río arriba del Ucayali, y en su mayor parte han recibido el sacramento del bautismo y tienen el nombre de cristianas, pero se han olvidado de lo que la fé les enseña, y no prectican nada de lo que la Religión católica les impone, llevando una vida ni más ni menos que la del resto de los salvajes, grosera, depravada y parecida a las bestias."



CAPITULO XVI.

Coraguaite, peligros en los ríos por los cocodrilos.—Tapiche y sus bellezas.—El Marañón.—Iquitos.— El español Marcial Alamont.—Un enviado de los RR. PP. Misioneros del Napo.—El Ecuador, decadencia de sus misiones de infieles y causa de la misma.—El sistema liberal y sus tres grandes negaciones.— García Moreno y postración del Ecuador.

"Después de haber visitado a los últimos salvajes del Ucayali, continué felizmente mi viaje, y serían las diez de la noche cuando llegué a **Coraguaite,** a la orilla de un río contributario del que navegaba, situado a la mano izquierda, en donde viven algunas familias de indios **Cocamas,** todos cristianos y civilizados, procedentes del pueblo de Nauta, los cuales en el verano van allí a salar su pescado.

"Como esas gentes eran conocidas y amigas de nuestros remeros, hubo mucha alegría y algazara al encontrarse, se preparó chicha y hubo borracheras, y se sacó el tambor y se armó buena jarana. No necesitaban de muchos alicientes nuestros remeros para llenarse del entusiasmo de Baco, y como para festejar a ellos se hacía la fiesta, tomaron en esta una parte principal que presentaba mal aspecto. Temiendo algo desagradable y viendo que aquello pasaba adelante, me resolví a continuar mi viaje, para salvar así mis remeros y disipar de este modo la borrachera.

"Nos entramos en nuestra canoa, y nos fuimos aguas abajo, pero al poco rato de esto se echaron a dormir los remeros, sin duda porque la acción del alcohol se dejó sentir más fuerte en el aire libre, y quedó entónces la pe-

queña embarcación a merced de la corriente del río. Verdad es que allí es este muy manso, y que, por esta parte, es algo remoto el peligro de algún percance; pero no lo es menos que se corre también otro riesgo no pequeño, por la multitud de cocodrilos o caimanes que en aquellas aguas abundan, y que se atreven a acometer a los que pasan descuidados dentro de sus canoas, como había sucedido en aquellos días con un hombre, al cual le llevaron un brazo. Como nuestra canoa era pequeña y andaba a flor de agua, pues no sobresalía más que cuatro dedos, veía yo en esto el peligro mucho mas inminente, y tanto más cuanto que, estando los remeros dormidos, no les daría tiempo una brusca acometida del cocodrilo, para hurtar con ligereza el cuerpo, de lo cual se seguiría una desgracia inevitable. En situación tan angustiosa me encomendé al Señor y a la Virgen, esperando de su bondad y clemencia que nos sacaría salvos de tamaño peligro; y así lo ví efectuado, llegando muy de mañana todos, salvos y sanos, a **Tapiche,** lugar en que viven muchos blancos, y que toma ese nombre de un río de algún caudal que desemboca allí cerca.

"Este lugar es muy pintoresco, lleno de una vegetación muy lozana y tiene un cerrito de hermosa figura que, como maceta de flores, descuella sobre una vasta superficie que tiene a uno y otro lado, estando unido con otro cerro por el estrecho de su base, y ese con otro y otro, formando una vistosa y gradual cadena que parte de la Cordillera de los Andes y termina en la hermosa playa de aquel magestuoso río, cuyas cristalinas e imponentes aguas lamen sus plantas y pasan mansamente tributándole rendido homenaje. Sobre ese gracioso cerrito tienen sencilla habitación aquellos blancos que con el trabajo y el cultivo han dado mayor realce a aquel lugar tan favorecido por la Providencia. Aquí nos detuvimos un rato a

contemplar las bellezas e interesante panorama que se presenta a la vista, cuya magnificencia habla al espíritu un lenguaje mudo y canta al Autor de la naturaleza un himno de alabanza y de gloria, cuyos ecos resuenan en el corazón humano, excitando en él emociones suaves y divinas.

"Proseguimos el viaje y llegamos al anochecer a **Tarimari,** situado al pié de un río pequeño a la derecha que le da su nombre. Aquí tienen los brasileros un grande establecimiento de aguardiente de caña, que mandan al Brasil, con el cual hacen un buen comercio.

"Continuando nuestra marcha el día 20, nos cogió un fuerte aguacero que no dejó de mortificarnos; pero tuve en cambio el consuelo de ver a mis bogadores en su entero y cabal juicio, lo cual no había conseguido hasta entónces, pues los vapores alcohólicos se les subían siempre a la cabeza, y se encontraban casi a todas horas más o menos ébrios.

"Serían las seis de la tarde cuando llegamos al gran Marañón, río mucho mayor que el Ucayali, que le rinde el tributo de sus abundantes aguas. Me aseguró uno de mis remeros, hombre entendido en la materia, que tiene el Marañón en esta confluencia, veintidós brazas de profundidad, la cual rara vez se encuentra en cualquier otra parte del río. No muy lejos de esa confluencia se encuentra el conocido pueblo de Nauta, el cual pasamos de largo para amanecer el siguiente día en **Tamsiaco,** pueblo regularcito a la derecha, donde viven los Borjeños, llamados así del nombre Borja que tiene dicho pueblo, cuya iglesia es muy bonita.

"Después de haber visitado ese pueblo, proseguimos nuestro viaje, andando poco y no como antes, por ser muy lenta la corriente de este río, y pudimos llegar

a las dos de la tarde al bonito pueblo de **Iqu tos,** cuya vista es preciosa.

"Hay aquí un arsenal y una máquina de hacer tejas y ladrillos, y además un magnífico edificio de cal y ladrillo, en donde está la Comandancia General. Residen en ese pueblo muchos extranjeros que mantienen un comercio muy animado en los diferentes puntos afluentes del Amazonas, v se nota aquí bastante actividad y alguna social cultura. Apenas llegamos nosotros, la autoridad quiso echar mano de uno de mis remeros, por haberse antes fugado del vapor Morona, no porque hubiese cometido delito alguno, sino porque no le pagaban su salario: supe entónces de cierto, que aquel indio era muy conocedor de aquel río, y que era el práctico del vapor susodicho.

"Me presenté luego al Comandante General con el objeto de obtener mi pasaje hasta Yurimaguas, el cual me fué concedido gratis bajo su palabra, debiendo partir el día 20. Seguro ya de mi pasaje, busqué donde alojarme, y recibí inmediatamente el gran favor de darme hospedaje el señor D. Marcial Alamont, español, el cual me trató con mucho atención y finura, permaneciendo en su casa todo el tiempo que estuve en ese pueblo. Encontré en él a un señor Rodas que me dijo había venido con el objeto de hacer varias compras para los PP. Misioneros del río Napo en el Ecuador, cuyas reducciones estaban en bastante auge, pues los PP. Jesuitas, a cuyo celo estaban encargadas, tenían ya formados catorce pueblos de indios, para cuyas necesidades debían servir las provisiones que estaba encargado de llevar de **Iquitos.** Al hablar del Ecuador, después de lo recientemente ocurrido a fines del año 1876, mi espíritu se siente sobreexcitado, se agolpan unas tras otras las reflexiones en mi mente, y me siento impelido a permitirme una licencia, dejando

caer en el papel algunas de las palabras que en abundancia fluyen espontáneamente de mi pluma.

"He sabido a última hora, de un modo muy positivo, que esas misiones del Ecuador se hallan desgraciadamente en suma decadencia, desde la aciaga muerte del Presidente de aquella República, señor Dr. D. Gabriel García Moreno. Es notorio que desde la pérdida de ese honorable caballero, el partido liberal ha trabajado eficazmente para apoderarse del poder, y que con efecto lo ha ido consiguiendo gradualmente hasta el presente, con propósito de llevar a cabo lo que ha dado en llamar **reformas,** que consisten en conceder "todo el libertinaje consignado en el programa del liberalismo.

"Los efectos de esas innovaciones se han dejado sentir desde sus primeros ensayos, muy funestos en las misiones del Napo, y la decadencia de las mismas se ha seguido inmediatamente que el partido liberal se ha entronizado. Ese mal resultado, siempre sensible, es efecto natural del sistema y doctrinas implantadas, pues que consagrando esos principios falsos y profundamente nocivos, es imposible que no lo sean también sus consecuencias.

"Se quiere proclamar y consagrar la libertad del hombre, en el sentido de emancipación de las leyes más esenciales a su naturaleza, y por eso se garantiza en las constituciones y viene protegida por las leyes la libertad de conciencia, la libertad de pensamiento y la libertad de la prensa, destruyéndose así la norma única e indispensable que debe dirigir los actos del hombre.

"Ahora bien; esas tres mentidas libertades equivalen a tres negaciones:—negación de la verdad, negación de Dios, y negación del derecho.

"La negación de la verdad se consuma en las regiones de la inteligencia, la cual, según el liberalismo, es li-

bre de admitir o rechazar lo que se le presenta; esto es, es libre de negar la verdad.

"La negación de Dios se perpetra en el santuario de la conciencia, la cual, debiendo ser un reflejo, un destello de la Razón y de la Ley eternas, esto es, Dios, ya no es tal destello ni tal reflejo desde el momento que esta misma conciencia se proclama libre, sino un principio de aberración y un gérmen de todo mal, toda vez que no reconoce poder ni autoridad que la subyugue ni gobierne.

"La negación del derecho se lleva a cabo con la manifestación de los pensamientos por medio de la prensa, pues que se otorga a esta libertad de ocuparse de todo y la licencia de publicarlo todo sin reparar en que siga de aquí la difamación de personas honorables e intachables, en que se propalen máximas subversivas contra todo órden doméstico, social y religioso, en que se autoricen las falsificaciones de los hechos y la adulteración de la historia, esparciendo en todo una confusión caotica, sea por los comentarios apasionados, sea por las apreciaciones malignas y hechas **a priori,** sea por los propósitos y planes maquiavélicos que se persiguen, sea por las suposiciones gratuitas y por los falsos incidentes que se inventan, teniendo en mira los fines más torcidos, ya de oscurecer la verdad, ya de ocultar la justicia, ya de honrar el crímen, ya de maldecir la inocencia, siendo el resultado de esa monstruosa licencia que el liberalísimo concede a la prensa, el atropellamiento y el desconocimiento más bárbaro de derechos los más sagrados. Imposible es que la sociedad resista por mucho tiempo a la acción destructora del liberalismo, y que su estado intelectual y moral no llegue a ser un trasunto del estado que tuvo el mundo en su principio, y que el Génesis describe con es-

tas palabras: "La tierra estaba desnuda y vacía, y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo" (1).

"Entre la decadencia de las misiones de los infieles en el Ecuador, y la implantación del sistema liberal más o menos moderado, hay relaciones algo más íntimas que las de simple coincidencia o casual simultaneidad; yo creo que las relaciones son de causa y efecto, o de principio y lógica consecuencia, como lo son las relaciones entre el sistema liberal y el estado que tienen los pueblos desde que este sistema rige sus destinos; o lo que es lo mismo, entre el liberalismo y las contínuas revueltas, el malestar social y lo ingobernable de los hombres.

Es un hecho, que, en la administración del Presidente García Moreno, las misiones del Napo se hallaban florecientes, y que, al desaparecer ese gran hombre, aquellas misiones están tocando a su agonía, lo mismo que muchas otras instituciones, de las cuales apenas queda ya el nombre de que fueron. Como los últimos resplandores del crepúsculo, al caer el día, dejan de brillar sobre la tierra y se ocultan en la oscuridad de las nubes, así la prosperidad y grandeza en el Ecuador iniciadas han desaparecido, al depositarse en el fúnebre ataud los restos mortales de aquel grande hombre, quedando envueltas en las sombras que deben rodear depósito tan sagrado, tantas esperanzas de prosperidad y bienandanza.

"Clausurada está la Escuela politécnica que su amor a las ciencias había fundado, y que era el único en toda la América latina.

"El establecimiento o edificio del Conservatorio de música, que su entusiásmo por las artes había abierto, fué destinado para cuartel, y despedido el director y

(1) Cap. 1, v. 2.

profesores que sustentaban institución tan importante; y, si no desapareció entónces por completo, debido fué a la solicitud de un particular que, en clase de director, lo trasladó a su propia casa, y a la cooperación de algunos otros profesores que generosamente se ofrecieron con el nuevo director a desempeñar sus cargos, sin retribución alguna, y sólo para que no se perdiese un establecimiento que altamente honra a aquella República.

"Suspendidas están las becas creadas en algunos colegios por aquel gran hombre tan benéfico, con el objeto de proteger y fomentar las capacidades que en ellos descollasen, al par que sirviesen de estímulo para la aplicación y aprovechamiento de todos.

"Amenazadas de supresión se hallan las Escuelas cristianas, dirigidas por los recomendables Hermanos de este nombre, que con tan buen suceso difunden la instrucción en la clase pobre, y contribuyen poderosamente a morigerar las costumbres de los pueblos.

"Sin protección y en el abandono se encuentran los importantes establecimientos públicos del Buen Pastor, los de Expósitos y los de Huérfanos, en donde han encontrado asilo y caridad tantos desgraciados que van a verse desamparados, sin refugio ni cómo sostenerse.

"Abandonados están los trabajos de caminos públicos, tan indispensables en el Ecuador, en donde casi no puede transitarse.

"Se han descuidado otras obras públicas proyectadas por aquel gran hombre, y que mejorarían ese país digno de mejor suerte.

"Ha aumentado fabulosamente la deuda pública que, como enorme peso, encorva aquel Estado; cuando en la administración del doctor García Moreno se hallaba en vísperas de ser totalmente extinguida.

"Se ha desenfrenado la prensa a la sombra de la li-

bertad del mal, atacando las verdades más respetables de nuestra Religión sacrosanta, las bases del órden social y la delicadeza de hombres honorables.

"Han abandonado el suelo ecuatoriano varias personas científicas, que verdaderamente lo honraban y podían atraerle muchos bienes.

"En fin, se presenta un espantoso abismo debajo de los pies, abiertos por los que se llaman partidarios de reformas.

"Pero, no paran aquí los inmensos males que han seguido a la nunca bastante deplorada muerte del señor doctor D. Gabriel García Moreno. Desde que la tumba encierra los honorables restos de ese hombre grande, y, hablando con más exactitud, en ménos de cuatro meses, trascurridos desde la inauguración de la obra llamada **Reforma** el 8 de Setiembre de 1876, en que el general Veintemilla levantó el estandarte de la rebelión en Guayaquil, hasta su triunfo el 14 de Diciembre del mismo año, cuando dejó de sentirse la benéfica influencia de la acertada administración del ilustre personaje que nos ocupa; influencia que, con más o menos fuerza, continuaba ejerciendo su vital acción, según lo permitían las variadas circunstancias: el suelo del Ecuador, en el corto espacio de **tres meses y seis días,** ha sido empapado con la sangre de víctimas en número doce veces mayor, que las sacrificadas en el largo período de **doce años,** con ocasión del gobierno de ese hombre tan grande, al que, con incalificable aberración, se ha designado con el infamante epíteto de sanguinario. ¡Ah ¿sanguinario un hombre que ha economizado tantas víctimas, que sin piedad hubieran sacrificado las contínuas y sangrientas revoluciones, si el Dr. García Moreno no las hubiese reprimido con sagacidad y con mano fuerte, por medio del castigo de algunos revoltosos, que, si querían escalar el

poder, no era sino para hundir la República en la miseria y en la anarquía?

Las pretensiones de los revolucionarios las hemos ya visto ahora que han logrado apoderarse del mando, y su **lenidad,** que se escandalizaba de la **crueldad** del hombre que, con abnegación y patriotismo, ha trabajado más que nadie por la prosperidad del Ecuador, ha quedado muy mal parada con ciertos fusilamientos ejecutados en sus principios, y la flajelación posterior de un joven llamado Angel Polivio Chávez, con que, según voz pública, la revolución liberal triunfante ha engalanado sus no envidiables glorias. La fatídica sombra del crímen sin nombre, alevosamente perpetrado contra la distinguida persona del Iltmo. Sr. Dr. D. José Ignacio Checa, Arzobispo de Quito, envenenado sacrílegamente dentro de su propia iglesia catedral, en el sacrosanto día del Viernes Santo, en el mismo acto de celebrar los divinos oficios, suministrándosele un tósigo ejecutivo, del que murió a las pocas horas, preparado en el mismo cáliz ¡que horror! en que bebió la ablución, inmediatamente después de haber recibido la sagrada hostia que los fieles quiteños habían adorado expuesta en el monumento desde el medio día del Jueves Santo; la fatídica sombra de ese incalificable crímen, conjunto de muchos y detestabilísimos crímenes, sigue muy de cerca a la revolución liberal triunfante, y como insufrible pesadilla agobia a más de uno de sus corifeos.

El Dr. García Moreno no era de todos comprendido; pero la historia le hará justicia, y aún sus mismos enemigos no podrán menos de rendir un justo tributo a sus grandes méritos, cuando sea acallada la voz de las pasiones y reconquiste la justicia su debido imperio. El espíritu de ese hombre extraordinario se cernía en las regiones de los principios, y recibía de la primera Ver-

dad las sublimes irradiaciones que lo guiaban en sus actos; y al fulgor de esa verdad indefectible deben juzgarse esos mismos actos, si se quieren justipreciar debidamente, y no ceñirlos a la estrechez de mezquinas concepciones, pronunciando con lijereza un fallo equivocado.

"El Ecuador era teatro demasiado pequeño para que pudiese aparecer en toda su magnitud esa majestuosa figura, su grande alma y sus raras dotes gubernativas no le permitían espaciarse, reducidas a la estrechez de los pocos recursos que aquel Estado le proporcionaba, bien que por otra parte, sus abundantes terrenos estaban dotados por la naturaleza con una vegetación privilegiada.

"No es esto un juicio aventurado: es sí una verdad que quedará demostrada con el exámen comparativo de lo que era el Ecuador al encargarse nuestro gran hombre de regir sus destinos, y de lo que llegó a ser cuando le fué arrebatado con alevosa muerte. Exámen que no me permite hacer la naturaleza de este escrito, porque llevaría muy lejos la digresión que es ya demasiado larga, y que, por otra parte, no lo creo indispensable, desde que los hechos que deberían servirle de base son notorios, y el público sensato los tiene ya juzgados" (1).

(1) Cuanta verdad haya en los conceptos aquí emitidos, lo acreditan varios documentos salidos del Vaticano, entre los cuales figura una carta del Secretario de los Breves a los Príncipes, de Su Santidad, Mons. Francisco Mercevalli, contestando en nombre del mismo Santo Padre al Ecuatoriano Sr. D. Asencio Pauta, con fecha 22 de Marzo del presente año 1874, el cual hablando del Dr. García Moreno dice: "Digno por cierto de perpetua memoria, no sólo por parte de los católicos, sino también por parte de cualquiera persona hon- "rada. Muy eminente por la grandeza de su alma, por su piedad, por "su prudencia, por su contracción, de tal modo ha levantado en

CAPITULO XVII

Decepción recibida del Comandante General de Iquitos y oportuna generosidad de un español.—Salida de Iquitos, paso por Nauta y llegado a Purinari.—Buena acogida en Yurimaguas.—Tránsito por Supsiaco, Virotehuasi, Barranquilla y Huairuru.

"Se acercaba el día señalado para la partida del vapor de Iquitos, y con tal motivo fuí a la Comandancia general en busca del billete de pasaje gratis que me había prometido el individuo que desempeñaba tan elevado cargo. Tuve aquí que sufrir algunas mortificaciones inesperadas; y, después de mucho aguardar, me dijo el citado individuo que sin dinero no podía darme pasaje alguno. Sensible me fué esa negativa, que envolvía la falta de cumplimiento de una palabra dada por un alto funcionario público; pero como ella era definitiva, no tuve más remedio que resignarme y hacer algunas diligencias para buscar de limosnas lo necesario para mi pasaje.

"No pudieron esas ser tan reservadas que no llegasen a noticia de algunos extranjeros, y que no se impusiesen estos de la repulsa recibida en la Comandancia genreal, causándoles grande indignación tan extraña

"breve tiempo su patria disuelta y abatida antes por las revueltas "y por la impiedad; y de tal modo la ha engrandecido en todo órden "religioso, científico y político, que tan grande y repentino cambio "puede muy bien asemejarse a un prodigio, y manifiesta de la mane-"ra más clara a la presente edad, que es un pueblo realmente feliz "aquel cuyo Señor es Dior."

conducta, al extremo que, uno de esos señores, que supongo tendría confianza con el Comandante general, no pudo menos que echarle en cara según él aseguró, su proceder nada noble, pues decía él, que era aquello una villanía y una ingratitud negar una mezquindad al que acababa de emprender un viaje penosísimo y de mucho tiempo, exponiendo su salud y su vida en los inmensos peligros de los ríos y en medio de los salvajes, con el objeto de prestar a la República un servicio, procurando la reducción de los indios sin interés temporal ninguno; tras lo cual, añadía aquel caballero, sería una falta muy grande negar un servicio al que de ese modo se había sacrificado; pero era una acción incalificable no dar la limosna de un pasaje a un pobre Misionero que por amor de Dios lo pedía al alto funcionario de la Nación, en cuyo beneficio se había sacrificado la vida.

"Llegó en esto la hora de levantar anclas el vapor **Pastaza** que se dirigía a **Yurimaguas**, y el recomendable español señor don Marcial Almont que con tanta caridad y afecto me tuvo en su casa por el espacio de nueve días, fué a sacarme billete de pasaje sin decirme nada y partí el día 30 de Diciembre de 1874, lleno de gratitud por ese bienhechor tan generoso y recomendable, cuyo nombre quedaría grabado en mi pecho, y ruego a Dios lo tenga escrito en el libro de la vida.

"Subimos río arriba, esto es, volviendo a hacer el camino por donde había yo venido, para tomar después el río Huallaga que confluye con el Marañón, y serían las cuatro de la tarde, cuando llegamos a Nauta. Es este un pueblo de unas dos mil almas, tiene una iglesia bastante grande, pero muy desmantelada. Si los templos son los representantes o termómetros de la fé de los pueblos, debe ser muy amortiguada la del pueblo de Nauta.

"El día siguiente continuamos el viaje la tripulación

y cuarenta y dos pasajeros, y llegamos a las dos de la tarde a un pueblo pequeño llamado **San Regis,** en el cual se hace mucho aguardiente de caña y se exporta bastante jebe para la provincia del **Pará:** aquí el vapor hizo provisión de leña que sustituye al carbón de piedra.

"Era el 1o. de Enero y el primer día del año de 1875, al cual quise dar principio rindiendo a Dios tributo de gracias por los beneficios recibidos en el que había espirado y pidiendo las bendiciones del cielo y los auxilios divinos para el año que comenzaba por medio del santo sacrificio de la Misa, que celebré a bordo del vapor, y a la cual asistieron con devoción y compostura ejemplares, todos los que allí se encontraban, sin faltar uno sólo, inclusa la tripulación desde el capitán hasta el último de los fogoneros. Me dió eso un gran consuelo. porque ví que la memorio de Dios y la fé en su santa Religión estaba aún viva en multitud de corazones, que se prosternaban ante su divina presencia, para rendirle el tributo de adoración y de acción de gracias y pedirle nuevas mercedes por medio de aquel acto religioso.

"Proseguimos el viaje, deslizándose el vapor con suma velocidad sobre las tranquilas aguas del Marañón, y el día 2 llegamos a **Parinari** donde pescaron un pez que tendría aproximadamente diez arrobas de peso.

"Continuamos nuestro derrotero, y el día 3, como al medio día, entramos por la derecha en el Huallaga, río bastante caudaloso, pero de corriente más rápida que el que dejamos; y, a poco de haber navegado por él, encontramos unos cerritos que se levantan de aquellas verdes llanuras, presentando a la vista muy amenos paisajes. Dormimos en un pueblecito llamado Santa Lucía, y el día 4 temprano llegamos con felicidad a **Yurimaguas,** cuyo puerto ofrece una perspectiva magnífica y la población ocupa un lugar muy lindo.

"Se compone esta, en su mayor parte, de extranjeros que alimentan un comercio bastante importante, si bien el número de habitantes no es muy subido. Hallé en estos mucha caridad, como la había encontrado en Iquitos, y me proporcionaron, costeada por ellos, una canoa con los indios que me acompañasen hasta el punto navegable más cercano de Lamas, pueblo importante, desde el cual podía ya viajar a pié o a bestia. Me favorecieron mucho los de Yurimaguas, dándome todo lo que podía necesitar en el camino, principalmente un Norte-Americano, que se esmeró entre todos, cuyo nombre no he podido saber hasta ahora.

"Me detuve en este pueblo dos días, y bauticé a muchos niños, algunos de ellos hasta de dos años, y ejercí el sacerdotal ministerio entre aquellas gentes desamparadas, prestándoles todos los auxilios de la Religión que me pedían, aprovechándose de mi breve tránsito, toda vez que es cosa rara ver por aquellos lugares a un sacerdote. Como es de suponer, las costumbres de aquellos pueblos, por falta de no hacerse sentir en ellos la acción religiosa, tienen mucho que reformar, y la ausencia del Ministro de Dios que les anuncie su palabra, deja un inmenso vacío, que desgraciadamente lo llena la corrupción y la indiferencia. Sin embargo, a la vista de un sacerdote, se despierta su fé amortiguada, se levantan en sus corazones deseos vehementes de entrar en los caminos de salvación y de vida eterna.

"Era tal la veneración y afecto con que aquellas buenas gentes me trataban, que tuve que hacerme alguna violencia para dejarlas, emprendiendo el viaje con cuatro indios de buena índole y muy gustosos de acompañarme, el día 6 al anochecer, para ir a dormir un poco distante de la población, a fin de no encontrar impedimento en mi marcha al amanecer del día siguiente.

"Caminamos este por el Huallaga hasta la caída del sol, en que llegamos a la quebrada de **Coinaroche**, cuyo nombre lo toma de un pequeño río que a la derecha baja por ella, y en el cual entramos navegando prósperamente hasta llegar, después de veinte minutos, a un pueblecito de doscientos habitantes, llamado **Supsaco,** situado sobre un cerrito.

"Pasé la noche entre aquellas gentes, todas cristianas e indias, que me parecieron de muy buen carácter. Recién habían concluído una capilla, la cual bendije el día siguiente, celebré la Santa Misa y dí algunos buenos consejos a aquellos infelices cristianos, a quienes falta el cultivo de sus almas por ministerio del sacerdote. Como no había allí quien supiese ayudar la Santa Misa, me ví precisado a celebrarla sólo con asistencia del pueblo, haciendo uso para eso del especial privilegio que tengo de Roma, como Misionero apostólico, de celebrar sin ayudante. Me llenaron de obsequios esas generosas gentes, esto es, de provisiones de boca, y me aconsejaron que siguiese mi camino por el mismo río, por ser más corto; me señalaron cuatro indios que me acompañaran, por lo cual pude despachar a los que me habían llevado; y después de haberme despedido con mucha pena de la población entera, porque deseaba que me quedase allá con ella, continué mi ruta, y fuimos a dormir a **Virotehuase,** pueblo pequeño situado a la izquierda.

"Encontré aquí también una población de cristianos, pero, puede decirse, sin iglesia, porque además de estar completamente desmantelada, no tenía puertas, por cuya razón estaba a merced de los perros, cerdos y demás cuadrúpedos, y otros animales que por allí andaban y se cobijaban en ella.

"No pude menos de sentir mi corazón contristado, al ver que la casa del Señor se hallaba en tan gran aban-

dono, cual no se veían en ninguna de las casas de aquella población, aunque pobre; pues ni una había que estuviese a disposición de las bestias, como lo estaba la iglesia, aunque casa de oración. Reuní a cuantos del pueblo allí se encontraban, que eran casi todos, y los exhorté con mucho encarecimiento, a que tuviesen más celo y cuidado por el decoro y aseo de la habitación del Rey de los cielos; les encargué mucho que construyesen las puertas con que cerrarla, y por de pronto que las improvisasen por medio de cañas atadas. Ellos fueron dóciles a todas mis insinuaciones, y me prometieron hacer cuanto les había indicado, con lo cual me consolé no poco, viendo que mi tránsito por allí no había sido infructuoso.

"El día siguiente, 9 de Enero, celebré la santa Misa en la playa, sirviéndome de dosel la azulada bóveda celeste, porque era aquella más decente y aseada que la iglesia desmantelada y llena de inmundicia, y asistió con devoción al sacrosanto sacrificio la gente que allí había, cumpliendo con este acto religioso, después de mucho tiempo que en aquel lugar no se había celebrado. Fuí también por esas gentes muy obsequiado, y me dieron huevos, pescado y otras cosillas; y después de despedirme y darles buenos consejos, continué la marcha por el mismo río, llegando al medio día a Santiago, pueblo pequeño, situado a la derecha, y cuya iglesia era bastante aseada.

"Continuamos la marcha y fuimos a dormir a **Barranquita**, pueblo también pequeño, y que tiene la iglesia en ruina. Reuní toda la gente del pueblo, les expuse cuan culpables serían, si dejasen la casa del Señor hecha un montón de ruinas, y les dije, poco más o menos, lo mismo que a los del pueblo de **Virotehuase.**

"Al siguiente día, después de haber celebrado el

tremendo sacrificio de la Misa, partimos de ese pueblo y encontramos en la playa un caimán muerto de unas cuatro varas de largo, si bien los hay de seis, y aún me han asegurado que se encuentran hasta de nueve varas. Este día fuimos á dormir en un lugar llamado **Quebrada** en donde hay dos casitas habitadas. El día siguiente, 11, llegamos á Huairurú, pequeño pueblo de catorce matrimonios y término de nuestro viaje por río, después de cinco meses de navegar en ellos o de vivir en sus playas".



Objetos de los Campas: 1—2—4 Adornos propios de las mujeres; 3—3 tubos de caña donde llevan el achióte para pintarse y la nicotina que toman; 5 talega de algodón propia del hombre Campa.

CAPITULO XVIII

Camino a pié y dos cerros escarpados.—Paso de un tercero y llegada a Lamas.—La Campana y su hermosa vista.—Malos caminos y una noche en medio de un bosque.—Encuentro del Iltmo. Sr. Obispo de Chachapoyas y repentina sanidad del mismo.—Salida de la Calzada y llegada a la Rioja.—La Ventana.—Malos caminos y caida del Iltmo. Sr. Obispo.—Paso por Taulilla y entrada en Chachapoyas.

"Terminado quedaba en Huairuru mi viaje fluvial y me restaba todavía el terrestre, al cual debía dar principio caminando a pié, por ser tal la fragosidad de aquellos lugares, que hacen imposible el tránsito de las bestias.

"Como debía llevar el altar portátil y además dos petacas pequeñas que contenían todo mi equipaje, tuve necesidad de tres peones, que cada cual llevara su bulto. Los conseguí aquí mismo, y con ellos emprendí la marcha al siguiente día; marcha digo y no camino, porque no había ninguno ni cosa que lo pareciese.

"Subimos dos cerros grandes y empinados, trepando como lo harían las cabras monteses, agarrándonos para subir la cuesta de las raíces de los árboles por aquellas partes que sobresalían un poco de la tierra. Así anduvimos adelantando lentamente paso a paso, con peligro no pequeño de la vida, pues allí un resbalón es mortal, porque se cae en una profundidad espantosa, de donde no es posible levantarse ni hay mano alguna que ayude. Para alejar ese gran peligro, necesario es quitarse el calzado cualquiera que sea, y caminar a pié desnudo para asentar mejor la planta y preservarse de una caida funesta.

"Al llegar a la cumbre y doblar el cerro no se puede bajar paso a paso o andando, sino que es necesario echarse sobre la pendiente e irse dejando resbalar lentamente, teniendo sumo cuidado de afianzar bien los pies y no soltar la raiz que se tiene asida con la mano, hasta haberse asegurado de tener fija la otra en algo. Para hacer esta travesía es del todo indispensable este sumo cuidado, y el que lleva algún perrillo u otro animalito, debe resignarse a dejarlo o cargar con él, porque no es posible que por sí sólo pueda andar por aquellos más que escarpados lugares. Trechos hay tan tremendos, que es necesario bajarlos echándose de cara al suelo, y dejarse resbalar por el pecho, como las culebras; y los hay también en que se sube o bajo perpendicularmente, en los cuales se debe duplicar el cuidado. Parece imposible que pueda atravesarse aquellas distancias, y realmente lo sería, si no se tomasen todas las precauciones.

"Las mujeres no pueden andar por aquellos lugares, salvo si se quitan su traje propio y se visten con pantalón como los hombres. Algunas de estas se hacen pasar metidas dentro de una canasta, que carga un indio remudándose de treche en trecho: y sólo los indios acostumbrados desde pequeños a trepar como monos por aquellos cerros, son capaces de andar con la carga encima. La mía fué así trasportada por los tres indios dichos, y todos juntos llegamos al anochecer a la falda de la otra parte del segundo cerro, que doblamos caminando todo el día.

"Estábamos a 13 de Enero y debíamos doblar un cerro elevado que teníamos delante, mucho mayor que los dos que acabábamos de atravesar, pero en cambio la pendiente era menos rápida, y, por consiguiente, menos fatigosa y no de tantos peligros. A las dos de la tarde ya estábamos a la cúspide de este cerro, en la cual se en-

cuentra un pequeño pueblo llamado **Cumbasa,** cuya iglesia está en la parte más eminente, y cuyas casas están divididas en dos grupos, hallándose situadas las del primero en la parte superior que mira al Este, en donde viven exclusivamente indios civilizados bastante adelantados; y las casas del segundo grupo se encuentran en la parte del Oeste, en las que solo habitan blancos, viviendo completamente separadas ambas razas. Los aires son por allí muy puros, el clima es saludable, y tiene ese lugar un hermoso punto de vista, descubriéndose al rededor algunos pueblos que se destacan de una frondosa llanura, toda entapizada de verde, en la cual tienen los indios sus chacras bien cultivadas.

"Descansamos en este lugar un rato, porque la fatiga nos tenía algo rendidos, y prosiguiendo después nuestro viaje de bajada, llegamos al anochecer a Lamas, pueblo bastante grande que se extiende a la falda del cerro que habíamos doblado. Encontramos aquí al Cura Párroco, en cuya casa nos hospedamos y permanecimos todo el día siguiente, para repararnos del cansancio que el viaje a pié nos había causado.

"Desde este lugar ya se encuentra camino de herradura, si bien tosco, estrecho y malo en muchos parajes, pero que no es imposible por eso su tránsito. Conseguí aquí una bestia de silla, y para llevar mis tres bultitos, contraté a tres peones hasta Moyobamba, y con ellos me fuí el día 15, con dirección al **Recodo,** pueblo pequeño situado en la orilla del río Mayo, algún tanto caudaloso, el cual fué preciso pasar en canoa, para subirnos a un pueblo regular llamado Tabalosos, que está en una loma de un cerro elevadísimo.

"Tabalosos es muy renombrado y célebre en aquellos lugares, por el santuario que posee, en el cual se da culto a la Madre de Dios bajo la advocación de la Virgen de

Tabalosos, en una imagen de escultura de cuerpo entero, a la cual se le atribuyen muchos milagros. Está enriquecida la devota y célebre imagen con muchas gracias por varios Obispos qce la han visitado, entre los cuales figuran Santo Toribio, Arzobispo de Lima, de quien se conserva una inscripción grabada en una losa mandada hacer por él mismo. Tuve la dicha de celebrar el santo sacrificio de la Misa en este santuario tan venerado, el día siguiente de nuestra llegada, con no poco consuelo de mi alma.

"La iglesia es bastante bonita, pero no muy capaz, y los indios se esmeran en tenerla aseada y adornada, por la gran devoción que tienen a su Vírgen que en ella veneran, la cual llevan a los pueblos circunvecinos en tiempos para darle culto, y recogen muchas limosnas, cuya inversión no es siempre respetada, porque al pasar por allá el Prefecto del departamento, más de una vez se las ha llevado bajo especiales pretextos. Cuando la propiedad de los bienes eclesiásticos no es respetada, y la autoridad civil, llamada a protejerla, es la que directamente la vulnera es consiguiente que los pueblos pierdan el respeto a esa misma autoridad que de su poder impíamente abusa, y que, siguiendo el mal ejemplo que emana de sus mandatario, tampoco respeten la propiedad privada, apoderándose de lo ajeno sin rebozo. Si el séptimo precepto del Decálogo que dice: **No hurtar,** se echa a un lado tratándose de los bienes consagrados a Dios y de propiedad de la iglesia, menos razón hay para que se tome en consideración con respecto a los bienes destinados al servicio del hombre y de propropiedad privada: suelen los malos ejemplos de los grandes ejercer decisivo poder sobre las masas.

"Salimos de Tabalosos, lugar de religiosos recuerdos, después de celebrado el santo sacrificio de la Misa,

para subir un elevadísimo cerro que teníamos delante, á cuya cumbre no se llega sino caminando seis o siete horas. Este gran cerro lleva el nombre de **Campana**, y también el de cerro de las **Calaveras.**

"Se llama Campana por su figura redonda, y quizá más, por la falsa especie que circula entre los indígenas de aquellos lugares, que dicen oirse el sonido de una campana muy grande en el corazón del cerro, para cuyo efecto aplican ellos su oido en la superficie de la tierra, para percibir el sonido de la supuesta campana.

"El nombre de Calavera lo tiene, por los muchos esqueletos humanos que se encuentran por el camino a consecuencia de las fuertes insolaciones que reciben los pasajeros en una elevación inmensa y muy cerca de la línea equinoccial, sin encontrar sombra alguna donde refugiarse, resultando de esto fuertes tabardillos que causan la muerte en aquel despoblado, donde no es posible proporcionarse recurso alguno. Este elevadísimo cerro está cubierto de pasto de arriba abajo, pero no tiene árboles, y presenta una perspectiva muy pintoresca, porque su empinada cumbre descuella sobre todas las otras cumbres hasta donde alcanza la vista, y, como desde aquella altura se domina un anchuroso y verde horizonte, la naturaleza hace ostentación de lo grandioso y sublime de su divino orígen. Después de contemplar tanta belleza, por aquel lugar esparramada, y de salir del mágico encanto que sorprende al viajero y lo deja suspenso, seguimos caminando y fuimos a dormir al pié de ese majestuoso e imponente cerro, que parece disputar su elevación a las mismas nubes.

"El día siguiente 17 continuamos nuestra marcha, pero cambió la escena, pues ya no eran aquellas vistas gratas que delante de nosotros se presentaban para amenizar la monotonía de la caminata, sino que encontrába-

mos debajo de nuestros piés terrenos malos, llenos de barro, varios derrumbes y ríos que pasar sin puente alguno. Anduvimos con esas penalidades, resignados a la voluntad de Dios, de quien debíamos recibir lo desagradable de entónces, como habíamos recibido lo grato de los días anteriores. Su misericordia nos libró de aquellos peligros y llegamos sin novedad a la orilla de un pequeño río llamado Quilcarrumi, en donde hicimos noche.

"Después del amanecer del otro día, continué mi viaje y llegué tardecito a Moyobamba, donde tuve noticia que el Iltmo. Sr. D. Fr. Francisco Solano Risco, Obispo de Chachapoyas, se encontraba en La Calzada, pueblo a dos leguas de distancia, en el cual hacía la pastoral visita; esta noticia me animó a proseguir el camino con el objeto de ir a dormir en dicho pueblo. Venían también conmigo los tres cargadores, llevando, como antes dije, su bultito cada uno; los cuales, con la fatiga del viaje anterior, agregada a la ocasionada ahora, se sintieron de tal modo rendidos en la mitad del camino y en medio de la espesura de un bosque, que no tuvieron aliento para pasar adelante y llegar a la Calzada, siéndome forzoso quedarme allí y pasar la noche a la intemperie, sin tener otra agua para apagar la sed causada por el cansancio, que la de un pequeño charco formado con la lluvia de los días anteriores: agua cenagosa y corrompida, que nos obliga a beber la necesidad como si fuese cristalina.

"Proseguimos el viaje al amanecer del siguiente día, y llegamos temprano a la Calzada, en donde estaba el Iltmo. Obispo enfermo con fuerte calentura que lo había tenido delirando; mas, como a mi llegada estuviese descansado, me dirigí a la iglesia a celebrar la santa Misa, concluída la cual, me fuí a la residencia episcopal para saludar al Iltmo. Prelado.

"Al anunciarle que había llegado un P. Misionero,

fué tal la grata impresión recibida por el Iltmo. Sr. Obispo, que al momento se incorporó en la cama y pidió su ropa para vestirse, recibiéndome al instante en su presencia con una amabilidad y alegría indecible. Fué tan raro y sorprendente el efecto que mi arribo causó al Iltmo. Sr. Obispo enfermo, que, como por encanto, le abandonó la fuerte calentura y se sintió del todo bueno, con pasmo de todos los circunstantes, en especial del que lo curaba, algo entendido en medicina. Era la primera vez que yo veía a tan venerable Hermano, hijo del Colegio apostólico de la ciudad de Lima, y como tal, estaba unido con él con estrecho lazo, que, sin duda, hizo revivir instantáneamente en su corazón vivas emociones, que causaron el fenómeno de la sanidad repentina.

"Como manifestase al Iltmo. Obispo los deseos y la necesidad que tenía yo de pasar a Lima sin pérdida de tiempo, no quiso que me fuese solo, y así preparó su viaje para el día siguiente, con el objeto de acompañarme hasta Chachapoyas, ciudad y sede de su vasta diócesis. Se puso en camino el Iltmo. Sr. Obispo el día 22, acompañándole un sacerdote y Fr. Pedro Duso, limosnero de tierra santa, y juntos marchamos hasta la Rioja, pueblo grandecito, situado en una vasta pampa, alfombrada de verde variada vegetación, y rodeada de cerros poblados de gigantesca arboleda. Salió de ese lugar a gran distancia, el cura acompañado de todo el pueblo, con el objeto de recibir a su Iltmo. Prelado, que iba para hacer la visita canónica; y, al llegar al río **Tonchiman,** se quedaron las personas que iban a pié, y unas cien que iban montadas pasaron a la otra parte. Con tan numeroso acompañamiento seguimos el viaje hasta llegar al citado pueblo, deteniéndose en él dos días el Iltmo. Sr. Obispo para administrar el sacramento de la Confirmación a sus diocesanos.

"Salimos el día 25 de Enero de la Rioja, y fuímos a dormir en un tambo que se encuentra en el camino, y el siguiente día proseguimos el viaje, subimos una gradería de peña viva y muy parada, que es mejor andarla a pié, porque un resbalón de la cabalgadura, allí muy fácil, podría ser de malas consecuencias. Llegamos a lo más prominente de esta subida, y nos encontramos en un lugar llamado La Ventana, nombre muy apropiado por su situación topográfica, desde donde se descubre un sorprendente y hermoso panorama.

"Se presentan a la vista del fatigado pasajero siete pueblos situados en un ameno valle, enmurallado por empinados cerros, dándose la mano y entrelazándose unos con otros para resguardar a los habitantes del valle de la furia de los vientos. Están esos cerros de arriba abajo cubiertos de una vegetación colosal y exuberante, despidiendo el hermoso verdor de sus hojas un fresco y fragancia agradables. Se producen en ese valle piñas de un tamaño extraordinario y de un sabor muy exquisito, con las cuales se alimentan la multitud de culebras, pájaros e insectos que allí abundan; ademas, paja de sombrero que constituye la industria de aquellos pueblos y su principal riqueza. A los piés de esos cerros caprichosos, que como florestas decoran aquel espacioso ámbito, corren las aguas de varios riachuelos y arroyos que lamen el tapizado suelo cuajado de frondosos árboles, serpenteando las cristalinas corrientes en mil y mil direcciones diversas, ya con la mesura y calma del anciano decrépito, ya retozando con el ebrio de pasiones juveniles, hasta que todas cansadas de juguetear por aquella vasta pampa, extensa sabana, corren con rapidez a ocultarse entre cerros, hasta confundirse con las aguas del Mayo, y de allí a las del **Huallaga.**

"Al descubrir repentinamente el pasajero tanta be-

lleza, tanta magnificencia y vista tan sublime, que con lujo y proligidad ostenta allí la naturaleza, se siente obligado por una fuerza oculta a suspender el camino y detenerse, a fin de saborear el exquisito placer que la contemplación de aquellas maravillas causa embargándole la vista y la atención toda, impidiéndole apartarla del horizonte sembrado de destellos divinos, que pregonan la gloria, la omnipotencia, la sabiduría, y la bondad de su Autor. Después de conceder al espíritu este solaz por algunos momentos y sentir en lo más elevado del alma una fruición indescriptible, continuamos caminando, no sin violencia, porque nuestros ojos y nuestro corazón todo se volvía a contemplar las grandezas divinas que atrás íbamos dejando, y que a cada paso se alejaban de nosotros, por el descanso en que íbamos avanzando. Al fin interceptada tan placentera perspectiva, llegamos al otro lado de aquel alto cerro, en donde pasamos la noche tranquila en un tambito, que afortunadamente encontramos.

"El día 27 proseguimos nuestro camino, a pesar de caer menuda lluvia, que nos acompañó hasta cerca del medio día, por caminos muy malos y muy resbaladizos, que empeoraron el siguiente, hasta el extremo de haber preferido algunos de nosotros andar a pié, quitándonos del todo el calzado, tanto por no resbalar, como por pasar algunos atolladeros en que el barro nos llegaba hasta la rodilla. También ese día nos acompañó un aguacerito, que sólo se suspendía por algunos intervalos para dejarnos ver el sol que, con sus hermosos rayos, bañaba aquellos terrenos cubiertos de vegetación extraordinaria. Al otro día tuvimos que subir una larguísima cuesta muy incómoda, y durante ese camino se cayó por atrás la bestia que mntaba el Iltmo. Sr. Obispo, tomándole una pierna debajo. Quedó sin sentido el Iltmo. Sr. Obispo del gol-

pe recibido, inflamándosele inmediatamente la pierna, y al volver en sí, sufría tan agudos dolores, que todos creíamos se había fracturado algún hueso. Después de una hora de crueles sufrimientos, pudo levantarse apoyado en dos familiares, y con algún trabajo se consiguió colocarlo sobre la bestia, y andar un poco, a fin de no quedarse allí en donde no había recurso alguno ni nada con qué curarlo. Muy despacio y con sumo cuidado pudimos llegar a otro tambito, en donde pasamos la noche.

"A pesar del cuidado que nos daba la pierna del Iltmo. Sr. Obispo, y de lo que le hacía sufrir el andar a caballo, fué necesario proseguir el viaje, para llegar lo más pronto a Chachapoyas, en donde pudiese ponerse en curación: andábamos muy despacio, y llegamos a Taulilla, al medio día, de donde salimos, después de haber descansado algo, para proseguir nuestro camino muy lentamente, por ser agudos los dolores que el movimiento de la bestia causaba al Iltmo. Sr. Obispo. En eso nos cojió la noche, y todavía Chachapoyas estaba lejos, no obstante que el tiempo empleado en el camino era suficiente para haber llegado temprano, a no ser el fatal percance del Iltmo. Sr. Obispo. Apenas puesto el sol, una densa oscuridad se extendió por aquellos lugares, la cual nos ocultaba el camino o senda que debía guiarnos; y en medio de aquella lobreguez melancólica, de aquella soledad sombría y triste, andábamos como a tientas entre espantosos precipicios, sin más luz que el pálido resplandor de unas delgadas velas que traíamos por fortuna. Con esta angustia y con no pocos sustos, estuvimos andando hasta la una de la mañana, en cuya hora divisamos casas: era la populosa ciudad de Chachapoyas, en la cual reinaba un silencio sepulcral y sus habitantes estaban entregados a un profundo sueño, mientras su Iltmo. Pastor, agobiado de fuertes dolores, hacía en ella su modesta entrada."

CAPITULO XIX

Ejercicios espirituales en Chachapoyas.— El miércoles de ceniza y salida de Chachapoyas.—Las Garrapatas.—Puna de Yni y paso de Balsas.—Baños del Inca y sanidad rápida.—Cajamarca, su Convento y su iglesia.—Consulta acerca de las Misiones.— Un desengaño y entrada en Lima.

"Apenas instalados en la ciudad de Chachapoyas, sede episcopal de aquella vasta diócesis, cuando el Iltmo. Sr. Obispo me instó a que permaneciera en su compañía por algunos días, en los cuales dimos ejercicios espirituales a sus habitantes, que se aprovecharon mucho y recibieron sus almas grandes bienes. Se logró con las saludables predicaciones impedir, en gran parte, los desórdenes del Carnaval, en el cual los cristianos, generalmente en todas partes, se entregan a toda clase de excesos, y dan rienda suelta a sus pasiones: ¡cómo se desterrara esa costumbre que deshonraría a los mismos paganos! Ese tiempo, en que los fieles deberían preparar sus corazones para entrar con más fervor en la cuaresma, la cual nos recuerda la sagrada pasión y dolorosa muerte de Jesús crucificado, nos invita a hacer penitencia por nuestros pecados pasados; cabalmente ese tiempo, repito, es el que aguardan los cristianos para cometer otras culpas nuevas y más graves, y ofender sin rebozo a la Majestad divina. ¡Dígnese su gran misericordia disipar tan lamentable ceguera!

"Era el 10 de Febrero y el Miércoles de ceniza, en que la Iglesia santa con una significativa y humillante ceremonia que hace sobre la cabeza de los cristianos, les recuerda su orígen y les anuncia su fin más o menos cer-

cano: **¡Acuérdate, oh hombre, que eres polvo y que te has de convertir en polvo!** Estas palabras pronunciadas por el sacerdote de Dios vivo, dentro del templo santo cubierto de paños morados, al pié de un altar en el cual sobresale la efigie de Jesús crucificado iluminada por algunas velas, tienen una fuerza extraordinaria, y, al oirlas pronunciar el cristiano sobre sí mismo, mientras el Ministro del Santuario forma con ceniza una cruz sobre su cabeza, siente todo el peso de su nada que se abre paso entre los pensamientos de altivez y las hinchazones del orgullo que ordinariamente dominan a los mortales. Aquí la fé sanciona y arroja mayor luz a la verdad ya conocida por la razón y palpada por la cotidiana experiencia: **¡polvo somos, y polvo seremos!!!**

"Después de esa imponente y triste ceremonia, instituída para hacer humildes a los hombres e inaugurar con ella la cuaresma santa, salí de Chachapoyas en donde fuí magníficamente tratado por su Iltmo. Sr. Obispo, que se había aliviado notablemente, por manera que pudo montar a bestia, y tuvo la dignación de acompañarme hasta una hacienda distante dos leguas, en donde pasamos la noche.

"Hay en este lugar unos animalitos llamados **garrapatas,** "especie de insectos sin alas, de color pardusco, con sus patas que se agarran fuertemente a los animales," y allí también a las personas, a quienes chupan la sangre con tanta avidez, que se repletan completamente y caen en tierra, muriéndose al poco tiempo. El escozor que causa ese insecto hace sentir tal desasosiego, que instintivamente extiende su mano el paciente para rascarse de lo cual se origina una llaga que termina frecuentemente en gangrena de efectos funestos, porque o quita la vida, o corroe las partes carnosas, por cuya causa pierden algunos la vista, la nariz u otro órgano o

miembro, quedando con alguno enfermedad monstruosa, como ví yo mismo a varios en esos lugarse. Necesario es, pues, tener la precaución de no rascarse, sufriendo la molestia de la desesperante comezón por algún rato, la cual desaparece luego.

"Como yo, no sólo estaba advertido, pero ni aún tenía noticia de esas garrapatas, que allí solo se dejan ver de noche, me rasqué bien y sin algún reparo al sentir aquel insoportable escozor, bien lejos de imaginar lo que iba a sucederme. Llegó la mañana, y al levantarme ví mi pierna hecha una carnicería: era toda una llaga viva. Me la curaron como pudieron para poder proseguir mi viaje, y después de haberme despedido del amable Iltmo. Sr. Obispo, me puse en camino acompañado de dos jóvenes, a quienes el Iltmo. Sr. Obispo tuvo la bondad de darles ese encargo, porporcionándonos el mismo generoso Prelado las bestias necesarias, y fuimos a dormir en un pueblo pequeño llamado Magdalena.

"El siguiente día dormimos en **Chilingote,** caserío de **Leimebamba,** otro pueblo pequeño, sin que en nuestro tránsito nos hubiese ocurrido nada notable, saliendo al amanacer del siguiente día, en que a las nueve de la mañana llegamos a **Leimebamba,** de donde pudimos conseguir dos bestias de refresco, porque las nuestras se habían ya cansado y no podían continuar sino de tiro.

"Prosiguiendo el viaje, llegamos por la noche a un lugar llamado **Yni,** puna muy rígida, en la cual tuvimos que pasar la noche al pié de una peña, sufriendo un frío intensísimo, por hallarse aquel lugar a grande altura, agragándose a todo esto un fuerte aguacero que nos cayó en la noche, el cual nos impidió el hacer un poco de fuego y calentarnos algo. Al amanecer del día siguiente estábamos medio muertos de frío, todos mojados y teníamos el cuerpo como barado: como pudimos

nos esforzamos en proseguir el viaje para salir de aquella glacial temperatura, bajando una larga cuesta, la mayor que he visto en mi vida, menos por lo que tiene de empinado, cuanto porque se prolonga hasta diez leguas. Al pié de esa bajada se encuentra un pueblo pequeño, llamado Balsas, término del Obispado de Chachapoyas y primitivo orígen del gran río Marañón, que pasamos en balsas, después de haber parado un día para proporcionarnos bestias de remuda, y fuimos a dormir en Celendín, muy tarde de la noche.

',Es esta una ciudad nueva, situada en una preciociosa pampa muy bien cultivada, en la cual se produce trigo con muy buen resultado, además de otros frutos de aquella feraz tierra. El siguiente día tuvimos necesidad de nuevas bestias, y salimos tarde a dormir a tres leguas en una puna bastante fuerte, llamada **Calca,** desde donde proseguimos la siguiente mañana nuestro viaje, y llegamos con felicidad al célebre lugar llamado Baños del Inca, que han hecho famosos los antíguos baños que, según tradición, tomaban allí los reyes incas.

"Está situado ese lugar a una legua de Cajamarca, y fluyen de él aguas termales que brotan de su manantiales casi hirviendo, las cuales se templan con otras que manan frías de otro manantial que está allí inmediato, granduándose así la temperatura del baño según la necesidad de cada uno. Pregunté qué virtud tenían aquellas aguas, y me respondieron que entre muchas tenía la de curar llagas; y sin aguardar más, me bañé una sola vez las piernas que, desde las rodillas para abajo, tenía hechas una llaga viva, a causa de las garrapatas que dije arriba; y más que todo, por haberme rascado inadvertidamente, poniéndome en grave peligro. Después de un buen rato de bañarme, me sequé, sin sentir cosa mayor en las piernas, porque no es milagroso el efecto de esas

aguas; pero sí noté una extraordinaria mejoría al día siguiente, y a los otros tres, quedé perfectamente sano, sin que jamás haya sentido achaque o consecuencia alguna de aquellas úlceras, que hubieran podido ser mortales.

"Saliendo de esos baños proseguimos nuestro viaje, y al poco rato llegamos a Cajamarca, ciudad algo bonita, con sus calles rectas y un poco espaciosas, y, más que todo, muy cultos sus habitantes y de finos modales. Aquí fuí recibido con mucho agrado de mis caros hermanos los RR. PP. Misioneros, que tienen en esa religiosa ciudad su Convento y magnífica iglesia, hecho aquel desde los cimientos con solo la caridad y el trabajo de los cajamarquinos, en época muy reciente y feliz para ellos, en que los RR. PP. Misioneros de Lima fueron a predicarles, cuyo fruto, además de otros muchos copiosísimos, fué el de proponerse, con empeño y eficacia, fabricar un Convento para que los RR. PP. Misioneros hiciesen allí una fundación nueva; como realmente lo consiguieron, debido a su perseverancia en procurarlo, y firmeza en vencer obstáculos: pues obstáculos siempre encuentran en este mundo las obras buenas, mientras que para llevar a cabo las malas, todo se convierte en facilidades.

"La iglesia, como dije, es magnífica, de tres espaciosas naves, de una bóveda muy elevada; y todas las puertas de ese hermoso edificio son tan bien proporcionadas y tan simétricamente colocadas, que, en su género, lo creo una obra acabada de adquitectura. La decoración del templo es sencilla como lo debe ser la que está al servicio de PP. Franciscanos; pero esa misma sencillez respira una grandeza y magestad, que en vano se buscaría en la obstentación y en el lujo: allí se siente compunción, aquí el espíritu se disipa.

"Descansé en este Convento durante tres días, gozando de la amable compañía de los buenos Religiosos, y

sintiendo mi corazón un júbilo indecible al oir cantar en el coro las divinas alabanzas, que resonaban como celestial eco en las espaciosas bóvedas del templo, cual melodía de ángeles ante el trono del Dios tres veces santo, despertando en el corazón más adormecido pensamientos de la eternidad y deseos de gozar de la bienaventuranza.

"Aquí consulté con personas competentes el objeto de mi viaje a Lima, les expuse lo acontecido en mi expedición, mis trabajos y peligros, el triste desenlace de mi comisión, sus causas y su remedio, a fin de que me ilustrasen con sus acertados consejos, indicándome la línea de conducta que con más prudencia debía seguir en asunto tan importante, en el cual estaba interesada la gloria de Dios, el bien y felicidad de los pobres indios, y aún el decoro y mayor grandeza de la Nación Peruana.

"Después de haber escuchado atentamente cuanto yo dije, y meditado con calma sobre cada uno de sus puntos, esas personas competentes, sin discrepancia, me contestaron, que por el momento no creían poderse realizar mis buenos deseos, puesto que, consistiendo todo el punto de la dificultad en conseguir recursos, esperando que el Gobierno los proporcianara, serían mecerse en una dulce, pero vana esperanza, por cuanto el angustioso estado del Erario exhausto, no se lo permitía; por cuya razón, opinaban todos, que ni un céntimo podría obtenerse del Gobierno.

"A semejante respuesta de gente ilustrada y conocedora de las cosas, comprendí que no era posible obtener entónces recursos; y me causó eso no pequeña eflicción y pena, porque veía no poder enviar socorros a la montaña, para subvenir a las necesidades de los infieles y arrancarlos del estado salvaje en que se hallaban; recursos que aguardaría ansios el R. P. Fr. Luis Sabaté, para

dar principio a la fundación del pueblo proyectado en Cumaria, o de cualquier otro que distinta tribu pidiese, o en lugar diverso pudiese iniciarse.

"Una dura experiencia nos había enseñado, que sin buenas provisiones no debe irse a los infieles, porque toda tentativa de conversión y de civilización quedará frustrada, si no hay el aliciente de los donativos y de los regalos continuados. Y no siendo posible conseguirlos entónces de ninguna parte, dejé ese importante asunto a la Providencia Divina, esperando que en su bondad infinita, señalaría el tiempo y proporcionaría los medios de llevar a cabo una obra que es toda suya. Con estas disposiciones me separé de Cajamarca, después de haber recibido mil consideraciones de los RR. PP. Misioneros mis caros hermanos, y, despedido de todos uno por uno, el día 22 de Febrero de 1875, tomé el camino y me dirigí a Lima, en donde fuí igualmente bien recibido en el convento llamado de los Descalzos, dando fin a mi ya demasiado largo viaje, desde donde escribí al Cuzco el resúmen de todo lo referido, en carta dirigida al R. P. Fr. Luis Sabaté, la cual debía recibir en aquella ciudad a su regreso de la montaña".

Hasta aquí la relación del viaje que el R. P. Fr. Tomás Hermoso hizo desde Casiboya hasta Lima, el cual he querido insertar íntegro, sin quitarle una letra, porque lo creo interesante y digno de que el público lo conozca.



CAPITULO XX.

Permanencia en Cashiboya, llegada del Hermano Basilio Covarrubias en Cayaria y tiempo bonancible.—Salida de Cashiboya y Cayaria, tormenta peligrosa en la playa y llegada al Pachitea.—Descontento de los indios y su causa, viaje pausado y llegada a Porocancho.—Proyecto frustrado del R. P. Fr. Buenaventura Martínez y su regreso.—Sinochinia, desengaño allí recibido.—Resultado exíguo de las misiones entre los infieles, y ópimo entre los fieles.—Objeto de los Colegios.—Dos conclusiones.

Mientras el viaje del R. P. Fr. Tomás Hermoso había llegado a su término, día 28 de Febrero de 1875, continuaba yo todavía en Casiboya, en el interior de la montaña, esperando que mejorase el tiempo, y cesasen las aguas, para poder subir el Ucayali y regresar al Cuzco.

Entre tanto me estuve en ese pueblo aguardando a mis hermanos los Religiosos, y pudieron ellos, en esa coyuntura, ir a visitar a varios indios confiados a su cuidado, desempeñando yo el pastoral ministerio cuando quedaba solo, mientras estaban ellos en otros pueblos. Fué la época más larga que allí me quedé solo, desde el 2 de Febrero hasta el 2 de Marzo, en que vino de Sarayacu el R. P. Fr. Buenaventura Martínez.

Durante ese tiempo llegó el Hermano Covarrubias a **Cayaria,** habiendo retardado su viaje considerable tiempo, a causa de haberse enfermado en **Miaria,** imposibilitado de andar y sin medios de curarse. Quiso Dios que fuese mejorando, hasta que recuperó salud completa, y pudo emprender su viaje a **Cayaria,** permanecien-

do en este pueblo ocupado en quehaceres propios de su estado. Mientras tanto el tiempo fué despejándose, la estación se puso más bonancible, y entramos en el mes de Marzo, cuando las lluvias van disminuyendo y comienzan a mermar los ríos.

Tiempo era ya que emprendiese mi largo viaje de regreso al Cuzco, y me parecía esta una empresa abrumadora, porque recordaba los grandes peligros, las aflicciones sin cuento y los inmensos trabajos pasados, los cuales temía fundadamente que debían reproducirse. En fín, después de vencer la repugnancia que oponía la naturaleza, colocando en Dios toda mi confianza, dí principio al viaje el día 7 de Marzo, saliendo de Cashiboya, en donde dejé al R. P. Fr. Mariano Castellanzuelo, y cuya despedida me fué muy sensible. Siempre lo es dejar la compañía de un buen hermano, con el cual haya estrecha e íntimas relaciones, como sucede entre Religiosos que se aman. Fué mi despedida tanto más sensible, cuanto que su amable y fraternal trato iba a ser sustituída con la grosería y ruindad de los indios.

Cortada la fuerte corriente que teníamos contraria, navegaba a toda prisa por el río, auxiliado de los indios cristianos, y merced a sus fatigas y empeño, llegué el día 13 de dicho mes a Cayaria. Encontré aquí al Hermano Basilio Covarrubias, que me estaba aguardando para regresarnos juntos, y, habiéndonos detenido seis días para preparar lo necesario, partimos los dos el día 19, con el gozo de que nos acompañase el R. P. Fr. Buenaventura Martínez. Fué esto de gran júbilo y consuelo para nosotros, pues que, aún cuando no debía acompañarnos todo el viaje, al menos aquellos pocos días que lo teníamos con nosotros, que haría mas soportables todas las incomodidades: tan eficaz es la espiritual sociedad de un

buen hermano, cuyos dulces encantos no conocen los que sólo son sensibles a las afecciones mundanas.

Un importante proyecto traía en su mente el R. P. Fr. Buenaventura, que se proponía realizar en ese viaje, y era una exploración entrándose por el río **Ynoya,** que debíamos encontrar no lejos de nuestra ruta, con el objeto de avistarse con la tribu de los Amahuancas, y tantear su disposición para entrar en la vida civilizada y abrazar la fé católica.



Objetos de los Campas

Con ese doble objeto partimos los tres Religiosos del pueblo de Cayaría el día y mes indicado, fuimos a dormir en las márgenes del Ucayali, cerca del río **Cayaria,** en donde a las ocho de la noche sufrimos un gran susto, que nos llenó de espanto.

"Se levantó repentinamente una horrible tempestad, y parecía que todo el infierno se había conjurado contra nosotros, y era tal la furia del viento que entónces soplaba, que se llevaba la casa, de los indios en la que nos habíamos alojado. Azoradas las gentes que allí estaban, remeros, indios de otros pueblos que nos acompañaban, y habitantes de aquel lugar, todos acudieron a prestar socorro en aquel apuro, sirviendo de puntales y asiéndose fuertemente de la débil casa para que no se cayera. A pesar de sus esfuerzos vencía el ímpetu del viento, sin que en esas angustias hubiese adonde pedir socorro, y arreciando mas y mas el vendabal, bamboleó la casa y se hundió por medio. Atemorizados todos con tan siniestro suceso, pasamos la noche sin pegar nuestros ojos, sentados en el suelo y esperando en la clemencia divina, que nos salvaría de aquella tormenta tan desecha.

Amanecimos así con las demás gentes, levantando frecuentemente a Dios nuestros atribulados corazones, y recibimos el consuelo de ver la dulce luz del día, sin tener que deplorar otra desgracia. Dimos al Señor gracias por tamaño beneficio y nos preparamos para continuar nuestro viaje, poniéndonos bajo la protección del Padre de las misericordias y del patrocinio de la Virgen María, a la cual siempre de corazón invocábamos.

Comenzamos a surcar el anchuroso río **Ucayali,** habiendo entrado los dos sacerdotes, el R. P. Fr. Buenaventura Martínez y el que esto escribe, en una canoa con sus correspondientes bogas, y los demás iban en otra tam-

bién suficientemente tripulada, yendo aguas arriba y a punta de remos. Pasamos a la derecha las quebradas de **Abujaes** y **Tamaya,** algo grandecitas; y después de ocho días pasamos por enfrente del Pachitea.

No faltaron contrastes en ese viaje, pues los indios que nos llevaban iban mal contentos, y bogaban con mucha desgana y flojamente, por manera que era muy poco lo que adelantábamos, y el viaje se iba haciendo pesado y demasiado largo. Alegaban los indios que ellos no podían hacer más fuerza, y que se necesitaba de más gente para mover la canoa; pero, conociendo nosotros que no había verdad en esto, tratamos de averiguar cual fuese la causa verdadera.

"Atinamos a que no podía ser otra cosa, que el resentimiento que se apoderó de ellos, cuando el R. P. Fr. Buenaventura Martínez me invitó a que subiese a su canoa, para ir los dos juntos, como era natural y lo más conforme, unificando nuestro viaje, que los indios querían dividir, para hacerse pagar así dos veces. Esa bagatela fué bastante motivo para que aquella gente estuviese disgustada y nos hiciese padecer en el camino, no sólo no bogando, sino murmurándo y formulando amargas quejas. Asi son esos pobres indios, siempre niños, siempre irreflexivos, aunque estén sus cuerpos encorvados bajo el peso de los años y sus cabezas blanqueadas con las seniles canas, por manera que, al tratarlos, se necesita de mucho cuidado, toda vez que una indavertencia, la cosa mas insignificante, basta para que se desagraden, y aún se venguen tan luego como pueden.

"No obstante que conocimos la realidad de lo que pasaba, y que no era verdad sino una vana escusa el motivo de adelantar poco, nos resolvimos, con todo, disimulando su mal proceder y su falta de respeto. Contratamos, al pasar por el Pachitea, otros dos indios, que les

ayudaran e hicieran mas ligero su trabajo; y al día siguiente pudimos conseguir otros dos con igual objeto. De esperar era que con ese axuilio anduviésemos menos pesados; pero no sucedió así, sino todo lo contrario, pues que en lugar de haber ganado con esos hombres que de refresco vinieron, perdimos, porque anduvimos menos que ántes; y cuenta, que en una sola canoa iban hasta **once** remeros, que hubieran podido hacer volar aquella embarcación ligera.

Muy trabajoso es tratar con aquellos indios, y sólo la caridad evangélica puede hacerlos soportables, pues se necesita un gran caudal de paciencia y una abnegación que raye en heroísmo, cuando no es el interés ni le propio provecho el móvil del que con ellos se roza, sino única y puramente la felicidad temporal y eterna de ellos mismos, arrancándolos de la vida salvaje que los embrutece.

Así como arrastrando por aquellas aguas, íbamos muy despacio haciendo nuestro camino, y nosotros aguantando con disimulo, para no dar lugar a que los indios se insolentasen. Pasamos por enfrente del río **Cipria** a la izquierda, y muy cerca de los cerros en donde habitan indios Campas, cuya tribu es tan numerosa y dilatada, que llega hasta Chanchamayo en las inmediaciones de Tarma. Pasamos también por enfrente de un lugar llamado **Shesca,** que es una quebrada de varios indios **Amahuacas;** y después también por **Tahuania** a la derecha, llegando por fin a **Porocancho,** en donde, como ántes observé, comienzan los confines de los **Piros.**

Como podrá notarse, pongo en este viaje de regreso los nombres de algunas quebradas y playas que omití en mi viaje de ida, no como complemento de lo que faltaba, pues que siendo muy grande el número de éstas, y teniendo cada una su nombre propio, sería un trabajo

prolijo ponerlos todos; sino para dar a conocer los principales, y porque me llamaron ahora la atención por alguna cosa rara.

Llegados a **Porocancho,** todavía debía continuar conmigo su viaje el R. P. Buenaventura Martínez, subiendo el río hasta llegar al Ynoya, su tributario, para internarse hasta encontrar a los **Amahuapas;** pero la tardanza de la navegación, en la cual empleamos veintitrés días, a causa de la pereza y de la mala índole de los indios, frustró completamente este plan, y obligó a dicho Padre a regresarse hasta llegar a la confluencia del Pachitea, en donde debía encontrarse con Fr. Pablo Ibañez, que a la sazón emprendía un viaje a la sierra, por asuntos que interesaban a la misión, y que debía detenerse en dicha confluencia, como punto señalado para la entrevista el día convenido.

El día 12 de Mayo nos despedimos tiernamente en **Porocancho** de nuestro querido hermano, de quien tantas finezas y muestras de afecto habíamos recibido, tomando él río abajo del Ucayali, y nosotros en dirección opuesta contra la corriente. Juntóse a nosotros una canoa de indios Piros que se dirigía a Sipahua, con el objeto de hacer una correría entre los **Ipiteneris,** de las que acostumbran esas gentes, saqueando y destruyendo cuanto pueden; y nosotros íbamos hácia **Sinochinia,** con el fin de encontrarnos con nuestro conocido Benito, que tan empeñado había estado ántes en que nos quedásemos en Siboya, cuando allá nos vimos, y nos había acompañado hasta **Masia.**

Era **Sinochinia** un lugar algo cultivado, con una casa de propiedad de Benito, con el cual debíamos tratar más seriamente de su proyecto de formar allí un pueblo y catequizar a los indios. Nos propusimos entonces asegurarnos de la sinceridad de aquellas gentes, examina-

mos si habían rozado los terrenos y preparádolos para lar plantación o el sembrío; si habían hecho algún acopio de materiales para construir sus casas; en una palabra, tratamos de ver por nosotros mismos si los hechos correspondían a las palabras, y si con fundamento podíamos esperar que aquellas gentes entrarían en la vida civilizada y en el gremio de la Iglesia católica.

Por desgracia nada de esto correspondió a sus promesas, pues aquel lugar continuaba como ántes estaba, asi como los demás en que se hubiera podido formar el pueblo en proyecto, y los hechos nos hicieron comprender de un modo inequívoco, que sobre aquellas gentes no debíamos formarnos ilusiones. Para asegurarnos más de lo fùndado de nuestro juicio, preguntamos por el capataz Benito y nos dijeron que se encontraba ausente, y que en Santa Rosa podríamos hallarlo. Conveniente nos era encontrarnos con ese hombre, no para tratar o siquiera pensar más en el proyecto del pueblo nuevo, pues ya vimos todas nuestras esperanzas perdidas, sino lo que tenía ofrecido cuando por primera vez pasamos por su casa, asegurándonos que tenía resuelto hacer un viaje a aquella ciudad. Permítaseme aquí detenerme un poco, para hacer algunas reflexiones.

Si perdidas eran las esperanzas del nuevo pueblo, que se habían propuesto construir esos indios que hacían alarde de querer ser cristianos; si tal mal resultado dió la expedición de los **Piros,** que dejaron sus tierras y fueron a buscarnos; si es tan poco satisfactorio el estado de las conversiones en los pueblos ya formados de indios reducidos a la vida civilizada, ¿podrá de aquí inferirse, que es tiempo perdido el que con esa gente se emplea, y que sería mejor abandonarla, puesto que esterilizan los sacrificios y cuanto por ella se hace?

No opinamos así nosotros, pues que a ser esta una

razón plausible, lo sería también el de dejar abandonados a tanta multitud de malos católicos que poco o nada se cuidan de su deberes religiosos, no obstante que viven en el seno de la Iglesia y hacen inútil para ellos el celo y ministerio sacerdotal. Con todo, es una razón esa y muy poderosa, digna de que en ella fijen su atención tantos y tantos, que a voz en cuello gritan, **que los PP. Misioneros deben ir a cumplir su misión exclusivamente entre las hordas salvajes;** y no se lleva con paciencia, si ya no es que se mire con enojo, el que prediquen la palabra de Dios en las ciudades y pueblos, y trabajen en mantener la fé y la pureza de costumbres entre los cristianos.

Alegan esos que para tales ministerios les bastan los curas, y que los PP. Misioneros deben vivir en las selvas. Pero yo contesto a tales, que no solo les bastan los curas, sino también les sobran los curas y aún los sacristanes; y, si apuramos más la cuestión presente, afirmaré que sobra y les fastidia a los tales, todo lo que lleva el sello o sombra de religión católica, porque les recuerda su santa ley que habitualmente quebrantan, o sus sacrosantos dogmas que a su débil y orgullosa razón abate: todo lo cual les es intolerable.

Si basta el importante y fructuoso ministerio de los curas, que con solicitud y celo se consagran a la salud de los pueblos, lo dice en voz muy alta y sin ambajes el estado en que esos mismos pueblos se hallan. La crápula que por do quiera reina; los hijos naturales, adulterinos y otros espúreos que forman la **gran mayoría** de los que en esos pueblos llamados civilizados nacen; la ausencia de la honradez acrisolada, de las virtudes morales y religiosas, que en tan gran número de gentes se nota; esto y mucho más que podríamos agregar, es un argumento evidente de la deficiencia del clero secular, no obstante su asídua consagración al cumplimiento de sus deberes,

en presencia de las inmensas necesidades de los pueblos; y prueba la urgencia de que vengan en su auxilio los Religiosos Misioneros.

Eso de que deben **los PP. Misioneros ir a cumplir su ministerio exclusivamente entre las hordas salvajes** es una vana pretensión que cae por su propio peso; pues la fundación de los Colegios de PP. Misioneros, tiene doble objeto: mantener la fé y las buenas costumbres entre los fieles, y propagar aquella e introducir entre los infieles: tal es la mente de sus fundadores, tal la intención de los Soberanos Pontífices que los han sancionado con su aprobación canónica, tal lo que dicta la sana razón, suficientemente ilustrada, y tal es lo que reclama las necesidades presentes.

Respecto a la mente de sus fundadores, se nos presenta muy esplícita, desde que esos Colegios tuvieron su orígen en España, donde había uno en cada provincia franciscana, se encontraban en Alemania y se hallaban también en Italia, muy cerca de la misma Roma, centro de la unidad católica, principio de la autoridad pontificia y foco de la verdad revelada; y es cosa notoria, que de esos establecimientos religiosos salían los PP. Misioneros a predicar por los pueblos y ciudades de la Europa, en los cuales, como es evidente, no hay los salvajes de América: lo cual prueba que también los pueblos cultos necesitan del ministerio de los PP. Misioneros.

Por lo que mira a la intención de los Soberanos Pontífices, allí están sus Bulas de institución que no dejan la menor duda sobre la presente materia, pues que legislan acerca de las misiones entre los fieles y pueblos cultos, determinan el tiempo que en ellos debe emplearse, señalan las dotes que deben adornar a los Misioneros y se ocupan de multitud de otros puntos referentes exclusivamente a las misiones entre gentes civilizadas.

Pasando ahora a lo que dicta la sana razón suficientemente ilustrada, basta observar, que si es laudable ir a exponer su vida y estar en medio de los salvajes, no puede esto imponerse simplemente al Religioso, porque no a tanto se estiende la obligación contraída en virtud de la profesión monástica. Consúltese también los tratadistas que de esa cuestión han escrito, y no se encontrará uno sólo que imponga ese deber al que voluntariamente no lo acepta. Recuérdese lo referido en nuestro viaje y dígase imparcialmente después, si puede obligarse forzosamente al Religioso a que viva en el bosque entre los salvajes, fija su vista sobre el sepulcro entreabierto que siempre tiene delante. Esto es muy laudable, pero no es obligatorio; ni a ejercer ese árduo ministerio son destinados indistintamente los Religiosos, sin consultarse sus aptitudes morales y sus fuerzas físicas; y por eso es doble el objeto de los Celegios:—fieles e infieles.

Resta ocuparme ahora de lo que reclaman las necesidades presentes, y ellas pondrán de manifiesto, que no pueden ni deben sustraerse los PP. Misioneros de su indispensable ministerio apostólico entre los fieles, dejando un vacío en las imperiosas necesidades de los mismos, vacío que no llena y del cual se sigue un notable detrimento en las costumbres de muchos, para ir cabalmente ¿a donde....? ¿a hacer que cosa....? Que hablen ahora con el elocuente lenguaje de los hechos Miaria, Siboya, Cayaria, etc. etc.

No me refiero aquí a las imperiosas necesidades que podían tener, como observé ántes, los que solamente nos quieren en las selvas y no pueden sufrirnos en las ciudades; no hablo con esos ahora, porque para nada ellos nos necesitan, y sí para mucho les somos de estorbo; hablo de las necesidades de los fieles, de los creyen-

tes, de los que no se forjan la religión a su modo, sino que la aceptan como Dios nos la ha dado.

He llegado al término de la cuestión presente, de la cual deduzco las dos conclusiones siguientes:

1a.—No deben desatenderse las urgentes necesidades espirituales de los católicos, para ir a reducir a las tribus salvajes con un éxito no solo incierto, sino, atendido a lo expuesto, implobable; no suceda que los ahora católicos se vuelvan como infieles, sea porque apostaten de las buenas costumbres, como es lo más verosímil.

2a.—No debe desatenderse en el Perú la conversión de los infieles ni dejar de auxiliarlos con los socorros materiales posibles; pero mientras los salvajes perseveren tan mal dispuestos, debe emplearse en ese ministerio el menor número posible porque esos hacen notable falta para atender a las necesidades de los fieles.

Han pasado los tiempos en que un gran número del clero ilustrado y virtuoso, y una multitud de conventos de Religiosos, muchos de ellos distinguidos por los varones que en ellos florecían en la santidad y en las ciencias servían al público y eran suficientes para las necesidades de los fieles: ha disminuído considerablemente el número del clero, y han desaparecido, casi en su totalidad, las comunidades religiosas, debiendo ahora un sacerdote solo servir de Cura Párroco en una extensión de terreno, mayor que la de muchos obispados en Europa; por cuya razón, es indispensable el ministerio y el auxilio de los PP. Misioneros, si no se quiere que muchos pueblos vivan como paganos. Han desaparecido ya aquellos hidalgos de los tiempos antíguos, aquellos hombres honorables y de costumbres puras, de corazón recto y de juicio ilustrado, que en las relaciones de familia, en el trata social, en las operaciones de comercio y en todos

los deberes del hombre respecto a Dios, al prógimo y a sí mismos, nada dejaban que desear y prestaban todas las garantías apetecibles. En el estado presente de civilización a la pagana, necesarios son los operarios evangélicos en los grandes centros, para que oponga a la propagación del error y al progreso de los vicios, el dique de la doctrina católica y de la moral evangélica; de lo contrario el mundo va a caer indefectiblemente en el paganismo.

Pero reanudemos el hilo histórico, cortado por un momento.



CAPITULO XXI.

Salida de Sinochinia y encuentro de Benito.—Nuevos desengaños.—Una lluvia de noche, paso por Huan y Mapuya.—El Corpus.—Caza en el bosque.—Paso por Sipahua.—El mes de Mayo.—El mes de Junio. —Recibimiento en Miaria.

Salimos de Sinochinia el día 13, llegamos a poco a Colohuania, y a causa de estar lloviendo mucho, nos quedamos a dormir en la isla de **Potehau,** de donde salimos el día siguiente con pocos recursos de boca, por cuya razón nos detuvimos a pescar en el río, gastando en eso mucho tiempo; no pudimos adelantar mucho en el viaje, por manera que no fué posible llegar a Consaya, en donde la otra vez fuimos bien recibidos, hasta el día siguiente, en que hicimos allí noche, acampando a la orilla opuesta. Nada particular que merezca mencionarse, tuvo lugar en esa parte del viaje.

Continuamos el día nuestro derrotero, y como tuvimos que buscarnos alimentos, pudimos andar poco trecho, hasta que el día siguiente, habiendo pasado a la izquierda la quebrada de Pucani, fuimos a dormir en la playa de Anahuatiale. Seguimos después nuestra marcha, y a poco rato encontramos al deseado Benito de regreso de Santa Rosa, distante de aquel punto una jornada. Fuimos con nuestro hombre a su ranchería, que estaba algo más arriba del río **Unini,** por otro nombre Camarinaguas, el cual baja de una quebrada algo grande a la izquierda, a cuyos contornos se encuentran algunos **Campas.**

Nos quedamos en esa ranchería el resto de aquel día, y al saber nuestra llegada, vinieron inmediatamente

los **Campas**, con el objeto exclusivo de visitarnos, aunque no sé si porque esperarían recibir algo. Ellos fueron con nosotros muy finos, y también lo fuimos nosotros con ellos, pues, aunque salvajes y de malos instintos, conservan siempre un no se qué de respeto y veneración por los Misioneros. Como el jefe de ellos hablaba bien el quichua, fué cosa fácil entendernos, y hablamos muy largamente acerca de su conversión a la Religión católica y su reducción a la vida civilizada, mostrando muchos deseos de realizarlo, pero deseos a los cuales no debíamos nosotros dar más valor del que realmente tenían, aleccionados como estábamos con nuestras decepciones recientes. Como nada teníamos que darles, era entónces inútil pensar en llevar a cabo sus proyectos.

Nos dijeron esos indios una caso cosa que puede tener mucha importancia, porque manifiesta no ser imposible abrir una vía de comunicación breve entre aquel punto y la parte de la sierra poblada, por cuya razón quiero dejarla aquí consignada. Nos dijeron, pues, que algunos de ellos habiéndose internado por el monte y atravesando en solo **diez** días, salieron a un camino muy ancho, por el cual vieron venir a un caballero que traía en la pierna un puñal con cabo blanco, y que ellos se escondieron inmediatamente para no ser vistos: probablemente sería aquel caballero que iba a su hacienda, bien lejos de pensar en lo que le hubiera podido suceder, si aquellos indios hubiesen sido malos.

Conferenciamos luego con nuestro Benito sobre el importante proyecto de formar el pueblo nuevo, no porque nada esperásemos, sino para conecer mejor sus disposiciones. Pero él había ya perdido el entusiasmo de ántes, y de sus labios no salían sino palabras lánguidas, que daban bien a comprender que debía tenerse por perdido el tal proyecto. Respecto a disponer el terreno y lo rela-

tivo a construcción de casas, no hay que hablar después de lo arriba dicho, pues que ni él ni los suyos siquiera habían escogido el sitio para el pueblo, como paladinamente nos lo confesaron ahora.

Viendo que por ese lado la cosa era perdida, recordamos a Benito la promesa hecha en Octubre del año pasado, de que nos acompañaría a nuestro regreso al Cuzco, por serle muy preciso hacer ese viaje. Nos contestó a esto nuestro buen hombre, que no le era posible por aquel entonces moverse de su casa, por cuanto debía mucho a los blancos, y se veía precisado a ingeniarse para pagarles, a cuyo efecto acababa de hacer su viaje a Santa Rosa, de donde traía cera para hacer negocio. Que después de tres meses se cumplirían sus deseos y saldría con muchos otros y con muchas canoas, con el objeto de ir al Cuzco a buscar a los PP. Misioneros, ocupándose los indios entretanto en buscar sitio para el nuevo pueblo, rozar el terreno y disponer las cosas.

Con tan bellas palabras, que no pasaban de una lisonja, nos separamos de ese lugar, doblemente desengañados, ya porque nos confirmamos en la convicción de que no se haría el pueblo, ya porque no se cumplió la palabra de que se nos acompañaría al Cuzco; y esto último nos era entonces muy sensible.

Por las noticias que sobre esto después recogimos, nos convencimos de que lo alegado por Benito no era más que una escusa política: no es tanta la imbecilidad de esos salvajes y mucho más tratándose de los que se rozan con blancos que, cuando les conviene, no sepan paliar sus negativas o cubrir con corteses palabras sus repulsas. Efectivamente, supimos después que la verdadera causa de no haberse movido Benito y sus compañeros, fué el miedo que tenían a los **Piros** que se encuentran más arriba, y a los **Campas** que están allí contíguos; y siendo ese

el único impedimento de su viaje, no era de esperar que se resolvieran a vencerlo después ellos solos, cuando ahora, que podían acompañarse con nosotros y esto servirles de escudo, los tenía rendidos y amilanados. El tiempo ha venido a confirmar nuestros presentimientos y aún previsiones: ni Benito ni otro alguno de los suyos vino a los tres meses al Cuzco a buscarnos, ni ha venido tampoco hasta el presente.

Era ya algo tarde cuando salimos de ese lugar, y fuimos a hacer noche en Santa Rosa, de donde salimos el día siguiente, 21 de Mayo, acompañados de otras tres canoas que allí encontramos, pasando por enfrente de la embocadura del río **Tambo** como a las tres de la tarde, y fuimos a dormir un poco más arriba en una playa.

Tranquilos reposábamos aquella noche, tomando el sueño en el aire libre, cuando, a eso de las tres de la mañana, un fuerte aguacero vino a despertarnos. Nos levantamos al momento ya mojados, y nos fuimos a otra playa cercana creyendo encontrar allí ranchos abandonados que nos preservasen de la lluvia; mas, llegados allí sin conseguir nuestro objeto, nos vimos precisados a meternos dentro del **pamacari** que formamos sobre nuestra canoa, pero tan recio era el aguacero y el vendabal tan fuerte, que todo fué inútil y no hubo más remedio que recibir toda la lluvia.

En ese lugar en que pasamos la noche, pudimos el día siguiente, 23 de Mayo, hacer buenas provisiones de carne, pues había abundancia de monos que nos procuramos, con lo que nuestros indios iban muy contentos. Continuamos el viaje y pasamos a la izquierda la quebrada de Ituan, yendo a dormir en la playa de **Sarhari,** en donde nos detuvimos un día, para provisionarnos de yucas y confeccionar algunas bebidas.

Desde que pasamos el río Tambo, los indios que me

acompañaban vivían en contínuo sobresalto, porque como eran Piros y por aquellas inmediaciones se encuentran los Campas bravos, sus acérrimos enemigos, temían siempre una repentina acometida, por cuya razón, apenas llegábamos a pascana todas las tardes era su primera diligencia templar bien sus poderosos arcos, preparar sus flechas que clavaban en la arena, y disponerse como en son de combate. Afortunadamente no tuvimos que lamentar ninguno de esos temidos encuentros, pero sí sufrimos muchas sustos y nos vimos en algunos peligros.

El día siguiente, 25 salimos ántes de amanecer de **Serhari,** y pasamos a la derecha la quebrada de **Ynoya,** o como los Piros la llamada, **Italapa,** dirigiéndonos a la playa de **Tulugercha,** en donde pasamos una feliz noche. Aquí se quedó una canoa, y con las tres restantes bien provistas de plátanos, al otro día proseguimos nuestro viaje, haciendo noche en la playa del **Mapuya,** quebrada que entra a la derecha.

Amaneció el día 27, en que se celebraba, en la Iglesia católica, la fiesta del Corpus con aquella pompa y solemnidad del culto divino, que tanta devoción y respeto inspira a los cristianos. Nos encontrábamos nosotros en aquellas playas solitarias alejados de las imponentes funciones religiosas, de aquellas procesiones que celebran todas las gentes por calles y plazas brindando amor y misericordias a todos los corazones. Recordábamos entónces los dulces encantos, las emociones celestiales y los efectos divinos que sienten las almas nobles y bien dispuestas que a la celebración del **Corpus** prestan su concurso, o a sus funciones sagradas asisten reverentes; y lo recordábamos en las márgenes del Ucayali, cuando entrábamos en la canoa que, en forma de lanzadera, debía deslizarse sobre el suave y transparente elemento, sintiendo nuestro corazón cierta tristeza a vernos privados de los

trasportes y alegrías, que causa la celebración de una fiesta tan santa. Ni siquiera el consuelo de poder celebrar el santo sacrificio de la Misa tuvimos, porque nos faltaba el altar portátil que se había llevado el R. P. Fr. Tomás Hermoso en su viaje a Lima, y este consuelo nos faltó durante todo aquel viaje, hasta llegar a las inmediaciones del Cuzco dejándonos un inmenso vacío en nuestro espíritu, que nada de este mundo podía llenarlo. sin otra sociedad que la de aquellos salvajes, sin más funciones religiosas que las inspiraciones de la propia conciencia, sin más culto que el que despertaba aquella solitaria naturaleza, viajábamos por el grande río de tristes recuerdos, abandonados a la protección y Providencia Divina.

Fué este día algo afortunado, pues, ya que no pudidimos recibir lo sconsuelos espirituales, la Divina Providencia nos deparó los temporales; por que siguiendo nuestro viaje, pasada a la izquierda la quebrada de Cumaria, descansamos un rato en la playa para tomar alimento, y al entrar en el monte que está contíguo, cazaron nuestros compañeros cuatro chanchos y un mono, con lo cual tuvimos como alimentarnos por algunos días.

Fuimos a dormir en la playa de **Cipro,** y el siguiente día en la de Piquer a donde un fuerte aguacero no nos dejó pegar los ojos en toda la noche, el cual nos acompañó el día siguiente, obligándonos a suspender el viaje en **Ypigercha,** desde donde, cesando la lluvia, fuímos a hacer noche el siguiente día en **Camasiri,** pudiendo llegar a la playa frente de Sipahua, el otro día, 31 de Mayo.

Así terminamos ese mes entre aqullos salvajes, el cual tan celebrado entre los piadosos católicos, que lo consagran al culto de la Virgen María, lo cual le da un carácter de alegría y de sano gozo. Las flores que ador-

nan los altares, las guirnaldas que coronan las sagradas imágenes, los festones de follajes que decoran los templos el resplandor de las luces que llena de claridad sus altares, las suaves melodías que resuenan por sus bóvedas, el suave aroma de incienso que embalsama el ambiente, la magnificencia de las ceremonias religiosas, la compostura y recogimiento de los que a ellas asisten, y más que esto, las gracias y las misericordias que la Inmaculada Virgen derrama sobre los mortales, todo esto y lo infinito más que no puede expresarse, hace el mes de Mayo, sublime, celestial, divino; y esos embelesadores recuerdos que fuertemente nos impresionaban, formaban singular contraste con los salvajes y bosques de que nos hallábamos rodeados y con los troncos de árbol vaciados, dentro de los cuales navegábamos.

Comenzamos el mes de Junio consagrado al Sagrado Corazón de Jesús, símbolo elocuente del infinito amor que tiene Dios a los hombres; y debíamos dar principio a este importante mes, haciendo nuestro viaje a Miaria, y lo que es más . . . debíamos consagrarlo todo al bien de aquellos mismos salvajes, de quienes habíamos sido abandonados, de quienes habíamos sido correspondidos con la ingratitud más negra, de quienes habíamos sido objeto de amagos que ponían en peligro nuestras vidas, de quienes . . . . pero, ¿para qué poner en relieve lo que eran aquellos salvajes, cuando el Sagrado Corazón de Jesús, cuando su ardorosa caridad nos urgía a que olvidásemos todo lo pasado, a que mirásemos a aquellos infelices como otros tantos hermanos, a que los colmásemos, por nuestra parte, de todos los bienes posibles? ¡Ah, qué dulce cosa es hacer el bien por amor a Jesús!

Nos pusimos pues, por la mañana en marcha para Miaria, habiéndose separado de nosotros las dos canoas

que se nos habían juntado, entrándose por el río Sipahua, en cuyas márgenes habitan los **Ipitineris,** para hacer sus correrías y llevar la desolación por aquellas partes: nosotros continuamos nuestro rumbo y pasamos al poco rato por delante de Misahua, quebrada que está a la derecha, y ya oscuro llegamos a **Miaria,** ignorando lo que allí podría sucedernos. Nuestros corazones vigorizados con la gracia divina y bajo el amparo del Sagrado Corazón de Jesús, estaban dispuestos para todo. Había sido antes **Miaria** teatro de una tragedia, podía ahora el poder de Dios cambiarla en escena dulcemente tierna.

Durante el tiempo trascurrido desde que salimos de **Miaria** hasta la hora presente de nuestra vuelta, era posible que se hubiesen acordado aquellos salvajes de que eran hombres; y su conducta pasada, que no podía encontrar apoyo en su conciencia, por degradada que fuese, no era inverosímil que les hubiese reprochado el mal comportamiento con que nos habían correspondido. Sea esto, o que Dios asi lo quiso, el entrar nosotros en Miaria, fuimos recibidos por aquellas salvajes con muestras de verdadero júbilo: nos dirigían mil expresiones de cariño, no se cansaban de abrazarnos, cada cual quería la preferencia de que nos hospedásemos en su casa, en una palabra, no sabían los pobres indios que hacerse para manifestar la alegría de que nuestra presencia los llenaba y la sinceridad del cariño que nos demostrában. Nos señalaban como prueba de la verdad de sus buenas disposiciones, seis casas que tenían ya construídas, sin contar otra preparada para los PP. Misioneros, y además algunas chacras que habían labrado de nuevo.

Ese inesperado recibimiento nos llenó el corazón de sumo gozo, nos inundó los ojos de lágrimas de ternura, nos hizo estrechar entre nuestros brazos a aquellas pobres gentes, y borró completamente la memoria de los

sucesos pasados, confirmándonos en el propósito de consagrarnos oportunamente al bien de aquellos infelices, que tan trocados encontrábamos.

Durante mi permanencia entre ellos, me ocupé en atraerlos al buen camino, inculcarles saludables máximas y acercarlos a Dios y a su santo Evangelio. Estudié sus costumbres y sus usos, sus ceremonias y supersticiones con otras particularidades, de algunas re las cuales voy a dar aquí breve noticia, porque me parecen algo curiosas y extrañas.



CAPITULO XXII.

Matrimonio de los Piros, sus adornos y borrachera.— Trato de las mujeres.— Repudio.— Abandono.— Crianza de los hijos.—Modo de recibirse los médicos.—Curación de enfermos por absorción, insuflación y canto.—Remedo de la Misa.—Aparato preparatorio.—Invocación de un ser invisible.—Desenlace de la función.—Tentativa de la función frustrada.—Obstáculo.—Existencia de los espíritus.— Poder de la Iglesia contra ellos.—Mala fé de los Piros.—Diversos modos de alejar sus tempestades.— Polvillo y modo de tomarlo.—Defunciones.—Trabajos de alfarería.

No hay absurdo que no haya salido de la boca de algún filósofo, dijo alguien; y a este propósito puede añadirse: no hay extravagancia que no tenga cabida entre los habitantes de las selvas. Cuando el hombre no tiene la antorcha de la revelación divina por norte, y la débil luz de su razón es la única guía de sus actos, muy pronto ésta se convierte en juguete de ciegas y viles pasiones, y el hombre se asemeja a una nave sin lastre y con el timón roto que no puede navegar sin estrellarse contra ocultos y terribles bajíos, o se parece a una ligera pluma que cualquier viento arrebata en direcciones opuestas. Nada extraño, pues, que los salvajes de nuestras montañas tengan algunas costumbres extravagantes, ceremonias ridículas fiestas detestables y otras cosas abominables, de algunas de las cuales voy a hacer ahora breve reseña, consagrándoles este capítulo aparte.

Los casamientos se celebran entre los Piros con una fiesta que podríamos llamar dedicada a Baco. Preparan

con mucha anticipación buen acopio de chicha, y al llegar el día señalado para celebrar las nupcias, se da ese fermento líquido a discreción a todos los asistentes, que de antemano tiene convidados en grande número. La novia se presenta muy ataviada a la usanza de aquellas tribus, con un rico plumaje que de la cabeza le cuelga por las espaldas, con fajas de cascabeles en los brazos y piernas y con un hermoso collar guarnecido de mostacillas de varios colores, del cual se desprenden algunas piezas de plata y muchos cascabeles; igualmente está engalanado el lienzo que desde la cintura les llega a la rodilla y cubre todo lo indispensable a la honestidad, el cual va también lleno de adornos. Además llevan en su lábio inferior, que desde recién nacidos sus padres han perforado, una varita de plata y otra varita o huesecito muy fino en la nariz que también tienen perforada: a más de esto llevan otros atavíos, según la posibilidad de cada uno. Debe agregarse a todo esto los muchos y variados colores con que acostumbran pintar sus abronzados cuerpos, que dan a la novia Pira un aspecto verdaderamente salvaje. El novio va también adornado por el mismo estilo, y otro tanto debe decirse de toda la concurrencia, pero su lujo es menos que el de los esposos.

Llega la hora de la fiesta y se presentan todos al lugar señalado ya casi repletos de chicha, y, por consiguiente en estado de beodez; se toman de la mano unos a otros, y asi entrelazados, forman un círculo, que comienza a dar vueltas y más vueltas al son de tambores y pitos, que llenan el aire de sonidos destemplados. Entretanto van tomando chicha y luego continúa dando vueltas tocando los desagradables instrumentos y dando voces des templadas, o bien sin dejar esa música bárbara y que lacera los oídos, se ponen a bailar dando brincos toscos y sin gracia, hasta que cansados y borrachos se

echan por allá sin acción ni aliento, a no ser para tomar más chicha, si alguno ha quedado todavía con tino para alcanzarla a los demás, que están ébrios como una sopa.

Hecho esto, queda ya celebrado el matrimonio, y los esposos han inaugurado el nuevo estado, que, según la institución divina, debería consagrarse con una bendición y ceremonia religiosa, con una gran crápula, que a veces se continúa días y días, hasta que se ha apurado la última gota de chicha preparada, sustituyendo asi aquel acto santo con una infracción de la ley divina y con un pecado que los rebaja al nivel de las bestias. Con tal principio pueden vislumbrarse los desórdenes, infidelidades y otras cosas de semejantes esposos.

El trato que recibe la mujer entre aquellos salvajes es de lo más ruín y degradante por manera que puede equipararse algunas veces al trato que se da a las mismas bestias.

El hombre, por lo regular, roza los terrenos y siembra las semillas que deben darle una cosecha para su alimentación, pero desde luego deja a la mujer el cuidado de todos los trabajos posteriores; asi es que corre a cargo de ella arrancar las yerbas de la chacra y tenerla siempre limpia, cosechar y llevar la cosecha desde la chacra a la choza, por manera que, como si fuese una bestia de carga, a veces lleva encima de cinco a seis arrobas; y, como si esto fuese poco, carga todavía la criatura en sus brazos. Mientras tanto el hombre está ocioso y no se mueve a ayudar a su pobre mujer, por agobiada que la vea. Aparte de esto, corren a cargo de la mujer multitud de otras faenas propias del hombre, a más de los quehaceres de casa indispensables a la vida.

El pago que la mujer recibe de tan penosos servicios al hombre, es ordinariamente una torpe ingratitud por parte de éste, y no obstante que ella se esmera en obse-

quiarlo, es mirada por lo regular con una glacial indiferencia. Más bien es una esclava que una esposa, y cuando llega su marido, debe inmediatamente prepararle un buen **collpedo** de chicha, esto es, un gran plato lleno de este líquido y luego darle la comida: lo mismo debe servir a cuantos hombres se acompañan con su marido, y también a sus mismos hijos siendo varones.

Casi todos los salvajes tienen dos, tres, algunos hasta cuatro y seis mujeres, que son miradas todas ordinariamente con igual indfierencia y reducidas a la misma mísera suerte. Compartícipes de iguales desgracias y compartiendo entre sí idénticos infortunios, las mujeres se compadecen recíprocamente y se ayudan unas a otras, viviendo juntas, ¡cosa rara! sin envidias y sin celos, destruyendo la grandeza de su abyección y desgracia ese brote innoble de pasiones mujeriles.

Los maridos se deshacen con mucha facilidad y frescura de cualquiera de las mujeres que habían tomado vendiéndola por objetos de poco valor, para comprar con él, si conviene, otra mujer, y darle repudio al día siguiente sino congenia con ellos o no les acomoda. Sucede esto especialmente cuando la mujer es de distinta tribu que el hombre; pero no por esto se ve libre de esas arbitrariedades y vejámenes la mujer que tiene marido de su propia tribu; y aún sucede alguna vez, que el padre o hermano quitan la mujer a un marido que no les acomoda, para darla a otro que les ha caído en gracia. Si por fatalidad la mujer ha sido adquirida en alguna correría o hecha prisionera en alguna guerra, entonces es reducida a esclava o se la toma para mujer propia; y en cualquiera condición se la vende como una mercancía cualquiera, y pasa la infeliz mujer sucesivamente a manos de muchos dueños en cambio de un objeto insignificante, por manera que, un día pertenece a un hombre y

otro día a otro. Cuando alguna de estas desgraciadas mujeres llega a enfermar, se la abandona por completo, nadie se digna prestarle el menor socorro, ni dirigirle media palabra; y a veces se las encuentra botadas en las playas, sin que persona humana les alcance siquiera un vaso de agua, hasta que vienen a morir de necesidad, como animales inútiles o enfadosos, en el mayor desamparo.

Recibiendo las pobres mujeres ese inícuo trato de sus indolentes maridos, nada extraño es que sus propios hijos las miren también con indiferencia, borrándose desde su infancia en sus informes corazones los sentimientos naturales que ha grabado la naturaleza y que el mal ejemplo de sus padres ha hecho desaparecer por completo. De aquí es que semeantes hijos no respetan ni obedecen a sus propias madres, sin que por ello reciban castigo o represión alguna de sus padres, destruyéndose asi el vínculo de la familia o sociedad doméstica, y manteniéndose todos en el estado de degradación y embrutecimiento.

Las madres, en cambio, retornan a sus hijos el comportamiento que de ellos reciben, ahogando en su maternal pecho el afacto que no han perdido las bestias; y tal es la degradación de algunas de esas infelices mujeres, que a veces más cuidado ponen en criar a un mono, al cual llenan de caricias y dan la leche de sus mismos pechos, que a un hijo tierno que ha salido de sus entrañas, al cual dejan por allá botado en una cuna o cosa semejante, mientras tienen encargo todo el día a su mono, del cual no saben desprenderse. ¡Tal es la condición de los que no conocen a Dios, han nacido fuera de su santa Iglesia y están privados de su benéfica influencia!

Es singular, y aún sería chistoso si no fuese lamen-

table, el modo que guardan esos infieles para recibirse de médico, el cual ellos confunden con el brujo.

Debe el candidato o pretendiente vivir en un lugar solitario por espacio de dos meses, y guardar en todo ese tiempo un ayuno riguroso, por manera que no puede comer otra cosa que un poco de platanisa mañana y tarde, que le alcanza una mujer que no debe tener marido alguno, única que puede verle tan sólo el momento preciso, pero sin poderle hablar palabra alguna; y además el maestro que va a instruirlo, el cual no falta todas las noches a hacerlo trasbocar lo que tiene en el estómago, para ver si ha comido a escondidas alguna otra cosa durante el día.

En este tiempo de preparación y aprendizaje, debe fumar mucho y guardar un estricto silencio; no permitir, por nada del mundo, que persona humana ni nadie le toque la espalda, porque esto sería un obstáculo grande que le impediría ser iniciado en el arte de la medicina. Solo habla con el maestro, como dije, no sé qué cosas, y después de ese aprendizaje de dos meses, queda ya el pretendiente un médico consumado hecho y derecho. ¡Tal es la estupidez de esos infelices, a quienes ha dotado Dios de una alma racional capaz de distinguir la mentira y la verdad de las cosas que chocan con la naturaleza y con el simple buen sentido! Parece que sólo una fascinación producida por espíritus diabólicos, hubiera podido conducir a tan absurdas aberraciones a aquellos hombres por salvajes que sean.

No es menos original el modo de curar los enfermos entre esas degradadas gentes, sin duda a consecuencia de la superstición dominante entre ellas, de que las enfermedades son producidas por arte mágica o comunicadas por algún brujo.

Se llama al médico para que destruya la causa mor-

bosa o quite algún dolor de cualquier salvaje, y desde luego llena bien el brujo su pipa de tabaco para tragarse el humo que absorbe a grandes cantidades; y cuando está bien repleto de ese gas que ya no puede contener en su estómago, toma al paciente y le coloca bien estirado en el suelo, y luego comienza a chupar la parte adolorida con tal fuerza, que la deja toda colorada a punto de que reviente. Inmediatamente comienza el bárbaro **facultativo** a echar esputos, y saca con ellos unas aristas o astillitas que ordinariamente son de **chonta,** las cuales tenía de antemano escondidas en la boca, y después hace creer que son extraídas del cuerpo enfermo. Sucede que este algunas veces sane, con solo esa operación sin otro remedio; y yo encuentro que puede ser esto muy cierto y natural, porque aquello equivale a un sinapismo, y puede causar iguales efectos que este, y sanar alguna parte adolorida.

Otras veces el médico no chupa al enfermo, sino que sopla allí donde siente la afección más viva; y sucede que ni chupa ni sopla, sino que junto con otros muchos se ponen a cantar todos.

Para curar a los enfermos no debe haber sol ni aún ser de día, sino aguardar que las tinieblas cubran la tierra; lo cual se esplica perfectamente, porque espíritu de tinieblas debe ser el autor y maestro de semejantes desatinos, que tiene engañados a tantos desgraciados salvajes, con esas patrañas y absurdos.

Pero no para aquí la malicia de ese espíritu infame, que es tan extravagante estolidez e idiotismo mantiene a esos salvajes; sino que, llevado del intenso ódio que tiene a lo más sagrado, ha procurado introducir un remedio de lo más augusto, induciendo a los indios a que dieron el nombre de **Misa,** a una grosera ceremonia nocturna, que celebran ellos con motivo de haber visto la Mísa

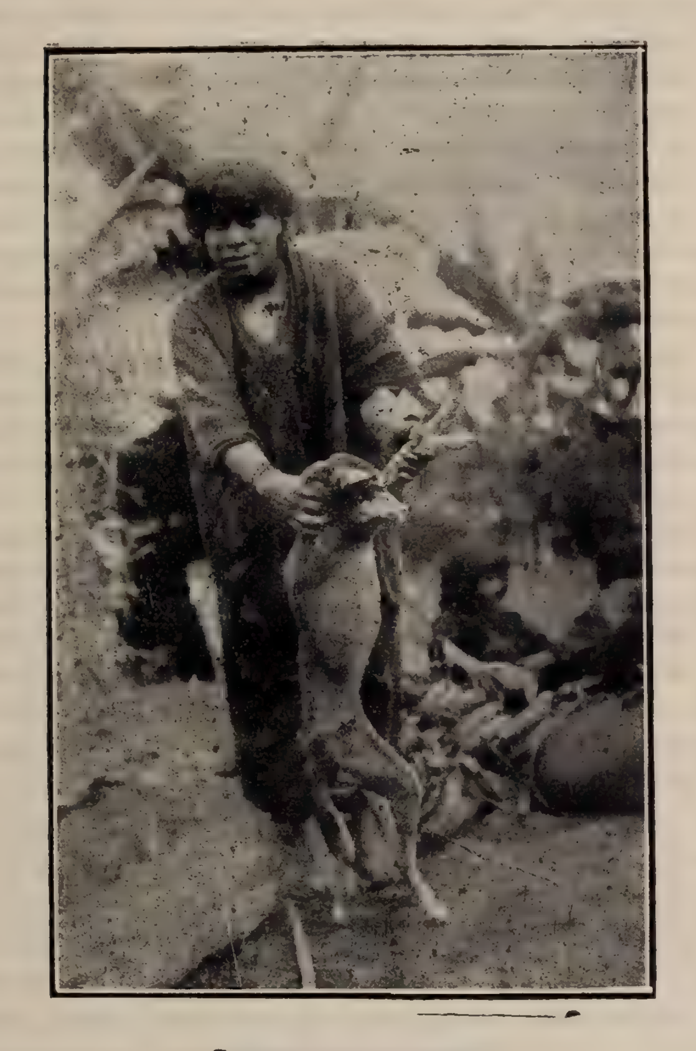
de los cristianos, según los datos adquiridos en **Miaria.** Se sirven de esa ceremonia para curar a los enfermos, y toman parte en ella muchos salvajes, con más o menos superstición y compostura, aguardando que la oscuridad de la noche dé un carácter sombrío a toda aquella farsa que tiene seducidos a tantos infelices. Consiste esa función en lo siguiente:

Se reunen de noche a una hora dada y en el lugar destinado para comenzar aquella pantomima: las mujeres tienen su sitio señalado, separado del de los hombres; estos están divididos en dos coros, casados y no casados, ocupando cada coro su lugar respectivo. Asi preparada la concurrencia, se coloca al enfermo tendido en un punto determinado en medio de aquella salvaje asamblea, y se presenta inmediatamente el sacerdote o brujo elegantemente adorando a su estilo, con una especie de turbante formado de hojas de pinto, que le cuelgan hasta las rodillas, y, en su defecto, un saco blanco sobre el traje ordinario que remeda el alba del sacerdote católico.

Luego se da principio a la función, y ese brujo se retira a una casucha formada con ramas y preparada para el efecto; y, a falta de esto, se esconde detrás de un tronco de alguno de los grandes árboles seculares de que están poblados aquellos lugares, de manera que no pueda ser visto ni observado de nadie, a fin de dar a esa pueril farsa cierto tinte de misteriosa.

Puesto allí el brujo como en una especie de vestíbulo, comienza a murmurar algunas palabras en voz baja, la cual va creciendo gradualmente hasta concluir en descompasados gritos. Entratanto los concurrentes con el paciente se mantienen en sus lugares asignados, guardando un profundo silencio y puesta toda la atención de que son capaces, en la ceremonia que van presenciando

y en los gritos que están oyendo, como quien espera algo importante y que se va a conseguir en breve.



Campa con un perro

Continúan los gritos como de desesperado, y entonces sale el brujo del sagrado recinto que lo ocultaba, pero sin unirse con la concurrencia. Comienza a bailar y cantar a su estilo, llamando de cuando en cuando a un ser invisible y desconocido, bajo el nombre de **Tute** (tío), repitiendo esa invocación hasta tanto que se presenta el ser deseado al brujo, que lo ha llamado con toda la fuerza de sus pulmones, permaneciendo empero invisible a los asistentes. Cuando este ser se halla presente, entonces el brujo lo anuncia inmediatamente a la salvaje asamblea, que está allí sin hablar palabra, sin pestañar y como alelada, y luego se va acercando a ella cantando y bailando como en aire de triunfo.

Se pone luego junto al enfermo, hinca ambas rodillas y empieza a chupar la parte adolorida como en el otro caso dije, y mientras tanto los tres coros de bárbaros, mujeres, casados y núbiles, cantan desentonados aires con sus ásperas y estridentes voces.

Cuando cree haber chupado lo bastante, se levanta el brujo, comienza a cantar y bailar de nuevo, volviéndose a su casucha en donde grita, silba, rie, canta y baila. De repente da una fuerte patada en el suelo, y entonces los salvajes dicen que el brujo **se está perdiendo.** Después sale de su casucha brincando, dando voces y ahullidos, silbando y lo demás ya referido; y acercándose a los que componen aquella estúpida asamblea, les brinda tabaco en polvo para que lo tomen por la nariz, asegurándoles que aquel **es tabaco del demonio.** Luego se pone otra vez al lado del enfermo cantando y pronunciando misteriosas palabras, hasta que se retira a su casucha como antes. Repite el brujo esas pantomimas y farsas por varias veces, hasta que se cansan unos y otros, o el espíritu o ser invisible aparecido al brujo, da órden de

que termine aquella comedia, o se retira de aquella chusma.

Una de las veces que debía tener lugar semejante engaño y acto ridículo, fuí avisado con anticipación y me preparé para observarlo minuciosamente; lo cual pude conseguir a mi entera satisfacción, ocultándome detrás de la puerta de mi habitación, desde donde podía verlo todo. Se reunieron los coros, ocupando cada cual su lugar propio; apareció el brujo con todo el aparato exterior y ademanes misteriosos; se dirigió al chiribitil preparado para el objeto, en donde murmuró palabras e hizo sus invocaciones; gritó, cantó, etc., etc. La bárbara asamblea estaba suspensa, aguardando por momentos que se le anunciase la aproximación o el aparecimiento del espíritu o ente invisible, para luego comenzar su gritería descompasada como siempre. El tiempo iba pasando y el espíritu no aparecía; el brujo redoblaba sus esfuerzos e invocaciones, echando por la boca sus pulmones con atronadores gritos, para obligar al espíritu a que no retardasen más la aparición que los tenía a todos suspensos y admirados, por haber ya trascurrido el tiempo acostumbrado de que viniese a su llamamiento; pero todo eso era en vano: el espíritu se estaba quedo, y aquella multitud frenética no sabía como explicarlo.

Mientras tanto estaba yo en oración, pidiendo a su divina Majestad que impidiese a los espíritus malignos ocupados en engañar y perder a los hombres, el que pudiese acercarse a aquellos lugares, no obstante las ceremonias y palabras con que se les invocaba, a fin de que se manifestase el poder de su brazo y los salvajes seducidos abandonasen aquella ceremonia detestable. Por su infinita misericordia mi petición fué oída, y los malignos espíritus fueron detenidos por una fuerza superior que les impedía acercarse a la salvaje asamblea.

Cansados los bárbaros de aguardar y el brujo de hacer invocaciones, sin conseguir absolutamente nada de sus desesperados esfuerzos, salió este por fin de su tosco y angosto tugurio, y dijo a los ansiosos salvajes, que **los Padres eran un obstáculo invencible que impedía venir el espíritu.** Entonces dejaron los coros sus lugares y se fué cada individuo a su propio rancho, concluyéndose la función con una decepción y fiasco completo.

Este hecho prueba una milésima vez más, la existencia de los espíritus malos cuyo oficio es perder a los hombres, con los cuales no rara vez mantienen comunicación o comercio: existencia que, aún cuando no fuese asegurada por la revelación divina, estaría demostrada por la tradición de todos los pueblos perpetuada en todos los tiempos y extendida por todos los meridianos; y, aún cuando con irracional pirronismo se quisiera negar la existencia de esa universal y constante tradición, vendría confirmada la verdad de la existencia de los espíritus en relación con los hombres, por los innumerables hechos contemporáneos de apariciones de esos mismos espíritus, bajo la forma o denominación de mesmerismo, sonambulismo y otras varias, de las cuales es la última la que ha dado el nombre técnico a este arte, y se llama **ESPIRITISMO,** que es la más propia expresión que podía hallarse, mientras no tome el nombre de **diabolismo,** que es el más exacto, pero menos honroso.

No puedo menos que hacer notar aquí de paso, la fuerza y eficacia de los exorcismos contra los diablos, y el poder concedido a la Iglesia católica de reprimir los excesos de los malos espíritus, poniendo así a cubierto a los hombres de las invasiones u obsesiones demoníacas; pues si en esa coyuntura sintieron los poderes del infierno sus fuerzas quebrantadas, no fué sino en virtud de aquellas palabras del Salvador dirigidas a sus sacerdotes:

en mi nombre arrojarán a los demonios (1): virtud la cual se halla en su plenitud y pujanza depositada en la autoridad de la Iglesia Romana.

Advertidos los indios Piros de la eficacia de los conjuros, hechos en nombre de Jesucristo por el sacerdote católico, y que por esta causa habían sido privados de la visita del ser visible y desconocido para ellos, cuidaron bien en adelante de tener en gran reserva sus propósitos de continuar sus diabólicas invocaciones, y de aguardar a altas horas de la noche para entregarse a esa práctica supersticiosa cuando mis compañeros y yo nos habíamos entregado al sueño. Se descubrió bien en esto la mala índole de esos infelices engañados por los diablos, pues que, si de buena fé hubiesen procedido, natural era que hubiesen abandonado aquellas prácticas detestables, tan pronto como vieron y tocaron por sí mismos que todo su poder quedaba destruído en presencia del P. Misionero. Muy bien dijo el celestial Maestro, que el que obra mal se esconde y busca las tinieblas (1), y como los salvajes de Miaria obraban y amaban el mal, por esto se ocultaban de nosotros y aguardaban lo más avanzado de la noche.

Superticiosos esos salvajes, como queda dicho, en curar a sus enfermos o quitar dolores del cuerpo, lo son también en observar las variaciones del tiempo, que creen ellos poder modificar con acciones repugnantes.

Cuando el cielo está encapotado y amenaza inevitable lluvia, comienzan esos bárbaros a escupir contra ese mismo cielo, a fin de alejar la tempestad que tienen encima, como si sus inmundos esputos, pudiesen llegar a aquella inmensa altura en donde se elaboran las tempestades.

(1) Marc. 16, 17.

(1). Joan. 3,20.

Otras veces con igual objeto echan mano de cuchillos y remos, y los agitan en contrarias direcciones por una y otra parte, creyendo con esto cortar el viento y conjurar la tormenta que amenaza.

Por fin, acostumbran también, en semejantes casos, otra acción repugnante e inhonesta, que consiste en remangarse el saco o cuzma que llevan, y replegárselo en la cintura; y luego inclinar su cabeza hasta el suelo quedándose con las piernas tiesas, por manera que dejan al aire y a la vista de todos sus asentaderas completamente escuetas, en dirección a la lluvia, esto es, hácia arriba, para que no les moje y pase a otra parte.

Cuando siembran el maiz, yuca u otras raíces, se ponen a cantar para que sea abundante la cosecha; y aseguran con mucho aplomo, que, si a la agricultura le falta el canto, ni medra ni es de provecho.

Hacen mucho uso esas gentes del tabaco o polvillo. que toman por la nariz, del cual tienen depósitos bien conservados en grandes caracoles de mar, después de haberlo preparado, mezclándolo con la corteza de un arbusto bien molida, de la misma fuerza que el tabaco.

Para tomarlo tienen dos canillas o huesos de piernas de un ave muy grande que se encuentra en el Ucayali, llamada **Tuyuyo**, cuyos dos huesos bien huecos, que podemos llamar tubos, tendrán de largo quince centímetros el uno y treinta y cinco el otro y están unidos entre sí por uno de sus extremos, formando un ángulo. Se llena bien de polvillo el tubo pequeño, y coloca su extremidad en la nariz el salvaje que debe absorberlo; luego otro salvaje coloca la estremidad del tubo largo en su boca y sopla con toda su fuerza de que es capaz, haciendo entrar así el polvillo en la nariz del otro, como un proyectil arrojado con mucha potencia. Tomando así en grandes dósis el tabaco en polvo, emborracha frecuentemente a los sal-

vajes y les produce efectos morbosos, a causa de la mucha nicotina que absorben. A más del sobredicho aparato que, para tomar el tabaco, no puede usarse sin el auxilio de un soplador, hay otros pequeñitos de la misma forma y del mismo sistema, con la diferencia de que puede ser uno mismo el que absorbe y el que sopla.

En algunas tribus se halla en práctica una ceremonia religiosa, que es un simulacro de la Circuncisión, la cual da lugar a una fiesta muy concurrida y animada.

Algunos días antes del señalado para la función, se mandan comisiones por todas partes en donde existen parientes y familias amigas de la persona que ha de ser circuncidada, convidándolos para aquel acto solemne que consideran muy importante, y al cual no deja de asistir nadie de los que han sido invitados. Se hacen anticipadamente grandes provisiones de chicha, en cuya confección andan algunas mujeres muy atareadas durante algunos días, hasta que llega el señalado para la función, y entonces se ven venir en todas direcciones multitud de canoas llenas de indios vestidos de gala y todos adornados, muy bien pintados, con sus sacos nuevos, con sus collares de chaquiras, cascabeles, piezas de plata, etc.

Los de la casa en que se celebra la circuncisión salen a la orilla del río a recibir a sus convidados, y el primer cumplimiento es ofrecerles un plato de chicha a cada uno, el cual toman inmediatamente como su bebida favorita: luego se les introduce a la casa, en donde se reciben con otro plato de chicha, que también echan en sus estómagos sin melindres.

Los convidados que han llegado primero, están en el deber de cumplimentar a los que vienen después, haciéndoles una recepción según su ceremonial acostumbrado. Se colocan todos en fila con sus macanas en las manos, y así formados reciben los saludos de los que van

entrando, que también llevan sus macanas, con las cuales golpean las de los que los reciben, haciendo esta ceremonia con cada uno de las que allí se encuentran y causando mucho alboroto y algazara. También acostumbran tocarse ligeramente las frentes unos a otros con las mismas macanas.

Una vez reunidos los invitados, se da principio a la fiesta tocando tambores hechos de cuero de mono, entonando canciones con sus voces estridentes, y sonando unas especies de quenas y zampoñas que trabajan ellos con cañas huecas. Entretanto se brinda la chicha que está a discreción, se saca cañazo, que tampoco escasea, y dura la broma de dos a tres días con sus respectivas noches hasta consumir toda la bebida preparada.

Durante ese tiempo se hacen diversas suertes sobre un chancho del monte preparado de antemano, designándose de entre los indios convidados cuáles deben matarlo. Se adorna el chancho con cintas y listones de diferentes colores, y los indios se preparan con sus arcos y correspondientes flechas; con un flautín especial lleno de pequeños agujeros en forma espiral, le dedican una tonada peculiar, la cual oyen todos los salvajes con mucha atención; comienzan luego a jugar con el animal hasta que lo ponen bravo, y entónces, al hacer esfuerzos para escaparse, le disparan una lluvia de flechas, y aquel que lo mata se queda con las cintas y los adornos, y enregan el animal a las mujeres para que lo guisen y lo sirvan en la comida. Se hacen también suertes sobre el mono hasta matarlo, y lo mismo con el **paujil** (especie de pava), y otros animales que sirven de alimento durante aquella fiesta (1).

---

(1) Aquí describe el padre Sabaté el acto de la circuncisión, que suprimimos por haberlo ya consignado en el tomo primero.

Hecha esta operación bárbara, queda terminada la fiesta, salvo cuando no le da fin otro acto todavía más bárbaro, que tiene lugar si por desgracia se encuentra allí algún salvaje prisionero de distinta tribu, al cual, sin más ni más, cualquiera de ellos da un fuerte macanazo en la cabeza, partiéndola en dos pedazos como quien abre una granada, sin que nadie le diga porqué lo matas, ni nadie dé señales de admiración alguna.

Concluído todo, se va cada cual a su ranchería tan pronto como la magna crápula le permite ponerse en camino.

Cuando muere algún salvaje, toda la familia se siente poseida de una tristeza y melancolía que no la abandona por muchos días. Las mujeres se ponen el lienzo pequeño más viejo y agujereado que cubre lo indispensable a la honestidad, y si es esposa del difunto, se rapa toda la cabeza. Todos, hombres y mujeres lloran sin consuelo, cantan unas tonadas lúgubres capaces de enternecer al corazón más duro; y ese llanto y ese canto es a un mismo tiempo, sin cesar, día y noche, pero con un frenesí y una rabia que parecen energúmenos o fieras. Tal es la función fúnebre de sus difuntos, los cuales acostumbran enterrar en sus mismas casas.

Entre las habilidades que tienen esos indios (y son muy pocas), es la de las mujeres en labores de alfarería, que trabajan con una prolijidad y paciencia admirables, y también con cierta perfección inesperada. Preparan el barro, y forman en esta pasta como una soga, de la cual van tomando las porciones que necesitan para trabajar la pieza propuesta, sea plato, que llaman **collpeto**, cántaro, tinaja o lo que quieren, puliéndolo con la mano con mucha finura y dándole la forma que necesitan. Luego pintan la pieza acabada y al parecer torneada (tan perfecta ha salido), con el jugo de yerbas que ellos co-

nocen; y le dan barniz con la **lecheleche,** cierto líquido muy pegajoso que destila un árbol que abunda mucho en la montaña, y que pega con más fuerza que cualquiera de las colas conocidas. No obstante lo primoroso de esa labor de las indias, no tiene con todo la consistencia que las otras piezas de barro, que tenemos del tiempo de los Incas.

Acostumbran también esos Piros picarse el cuerpo con la punta de un alfiler o cosa parecida hasta sacarse sangre, con el objeto de formar en él ciertas figuras azuladas e indelebles, como se ven a veces en marineros y otras gentes plebeyas en Europa.



CAPITULO XXIII.

Miras interesadas de los Piros.—Resolución definitiva y oposición a la misma.—Salida de Miaria.—Encuentro de indios fugados.—Indiferencia de los mismos.—Su actitud hostil contenida.—Salida de Vacaria con una tropa de mujeres y niños.—Arbitrariedad de un indio.—Su falta de palabra.—Encuentro de Piros procedentes del Mano.— Su carácter.— Sus mujeres.—Regreso de un indio con malas intenciones.—Pérdida de una canoa.—La vaca de hanta o gran bestia.

Había pasado en Miaria todo el mes de Junio, en buena armonía y amistad con aquellos indios, merced a las contínuas dádivas con que tenía yo buen cuidado de cultivarlas, y también debidas a la esperanza que tenían ellos, que mi permanencia en lo sucesivo podría seguir siéndoles provechosa por los regalos que confiaban sacarme. Al efecto me suplicaban que no les abandonase; y para interesarme más a que no partiese de entre ellos, me hicieron presente que estaban preparados para celebrar una gran fiesta muy renombrada entre los bárbaros, a cuya solemnidad acudiría una gran multitud de otros Piros, y que esto me proporcionaría una ocasión magnífica de fundar un gran pueblo, con las innumerables gentes que de gran distancia debían descolgarse sobre **Maria.**

Todo esto tenía apariencias muy buenas; pero su fondo, su realidad eran ilusorias, pues suponía que yo tenía grandes provisiones y acopios para satisfacer su codicia, por medio de los cuales podría irlos entreteniendo,

mantener sus buenas relaciones y captarme la benevolencia de los indios que debían venir a la fiesta, a fuerza de darles y más darles: esto era lo positivo. Lo de formar un gran pueblo, era ya muy problemático, por no decir improbable, porque no son los **Piros** quienes se convienen fácilmente a dejar su libertad selvática, y sujetarse a la vida civilizada.

Se proponían también esas gentes, con sus errados cálculos, detenerme en **Mairia,** hasta que llegase el tiempo más recio de las aguas, cuando no puede navegarse por los ríos; lo cual conseguido, me ponían en la imposibilidad de poder proseguir mi viaje hasta el año siguiente, y, por tanto, me obligaban a quedarme entre ellos, con lo cual esperaban recibir sin interrupción, durante todo este tiempo, dádivas sobre dádivas, y que me convertiría yo como en inagotable manantial para ellos, pudiendo cada uno sacar de esto un botín muy rico.

Como los cálculos de esas gentes no eran más que castillos en el aire, puesto que yo, tan léjos estaba de tener los acopios que su codicia soñaba, que más bien me hallaba escaso y necesitado, porque no tenía más que unos cuchillitos y algunos pequeños espejos, por cuanto ya les había dado todo lo demás, no en clase de paga, sino por vía de regalo, que cada cual me pedía con más o menos exigencia; por todo esto, me ví en la precisión de tomar definitivamente el partido de salirme de allí y regresarme al Cuzco, tanto por no romper o no entibiar su buena amistad alimentada con las dádivas, cuanto por no quedarme sin aquellas cortas bujerías que me eran indispensables para regresarme al Cuzco, comprando con ellas el alimento preciso o pagando a los que me acompañasen. Necesariamente se habían de voltear todas aquellas gentes cuando no hubiese tenido que darles, y me hubiera visto después abandonado de las mismas y

sin cosa alguna: mi resolución, pues, era indispensable y la formé desde luego irrevocablemente.

Al manifestar en **Miaria** mi propósito de viaje, pareció que todas aquellas gentes se habían aflijido; pero yo que leía lo que pasaba en sus corazones, y que había meditado bien sobre mi situación presente, me mostré inflexible, no obstante que ellos se declararon contrarios a mi viaje.

Desde luego me pusieron obstáculos insuperables, haciéndome presente que había entre ellos quienes me acompañasen y gobernasen la canoa; me decían otros, que por allá estaban los **Campas,** sus enemigos, con los cuales indefectiblemente habíamos de tropezar, encontrándolos muy llenos de furor contra ellos y bien preparados para emprender una pelea; otros alegaban que sus canoas o estában muy distantes, o que se habían averiado e inutilizado; otros declaraban sin embozo que no tenían voluntad de salir hasta el año entrante; y otros finalmente, pretextaban otros motivos que no pasaban de vanas escusas.

A todas esas fútiles razones de los **Piros,** opuse yo mi resolución enérgicamente manifestada, de quererme regresar a todo trance con el objeto de que alguno o algunos se allanaran a venirse con nosotros acompañándonos, movidos por la actitud resuelta y séria que había tomado. Esa actitud fué algo imponente, tanto porque mi situación era muy crítica, cuanto porque era un deber de justicia en aquellos **Piros,** el que me acompañaran en mi regreso. Era ese deber por dos razones: primera, porque el año anterior se les había pagado ese viaje de regreso; y segunda, porque habiéndonos sacado del Cuzco los **Piros,** ellos debían volvernos allí mismo.

Sin atender a esas fuertes razones de justicia, persistieron los indios en no querernos proporcionar ni mo-

vilidad ni gente para partirnos, y a la energía de nuestra resolución que íbamos poniendo en práctica, tomaron ellos el partido de huir o esconderse, por manera que, el día fijado para emprender la marcha, no se encontraba más que un solo hombre en todo **Miaria.**

Ese caso inesperado hizo casi imposible nuestro viaje; sin embargo, las razones que me obligaban a emprenderlo eran urgentísimas. Veía que mi permanencia allí no era prudente, porque no teniendo qué dar a los indios, como dije, se romperían las buenas relaciones; se imposibilitaría, con tal motivo, el que otra vez se pensase en civilizarlos, perdiéndose ahora y para después lo mucho que se había ganado; y, finalmente, me quedaba yo en una situación muy difícil, por cuanto permanecía allí solo, esto es, sin otro sacerdote, del cual pudiese recibir el sacramento de la penitencia para la vida del alma; pues que no bastaba que allí vegetase y conservase la vida del cuerpo, sino que era además preciso preveer las necesidades más o menos urgentes que pudiese tener el alma, para lo cual necesitaba vivir cerca de o con otro sacerdote. Sin duda, para enseñarnos lo que nos cumple hacer en semejantes casos, el Maestro celestial mandaba sus discípulos a predicar de dos en dos: y ya antes había dicho Dios por Moisés: **No es bueno que el hombre esté solo** (1).

Resuelto, pues, a emprender nuestro viaje, tomé la canoa en que había venido y de la que había tenido buen cuidado no me fuese sustraída; la eché en el río, y después de haber colocado dentro todo nuestro equipaje, subió en ella el jóven boliviano de quien hice mención ántes, subió después el Hermano Covarrubias y finalmente el que este viaje escribe, colocándo nuestra confianza en Dios y poniéndonos bajo la protección de la Virgen In-

(1). Gen. cap. 1.

maculada. Los prodigios con que ántes el cielo nos había salvado de tantos peligros, esperábamos que se repetirían ahora, si fuese menester, para llevarnos a salvamento.

Era el día 1o. de Julio de 1875, cuando salimos ya algo tarde de **Miaria,** y, bogando con toda nuestra fuerza contra la corriente del rio durante todo el resto del día, pudimos llegar a la noche cerca de la quebrada de **Sensa,** en donde dormimos sobre la ribera. Como ese día, así el siguiente navegamos con toda felicidad, habiendo salido muy temprano de la pascana, y encontrando a poco rato una partida de **Piros** de los fugados de **Miaria,** con los cuales nos detuvimos un rato.

Nos dieron esos un poco de comida, y luego proseguimos nuestro camino hasta llegar a **Vaquería,** en donde encontramos el resto de los **Piros** fugados que estaban allí sacando yucas de una chacra, los cuales, al vernos, quedaron sumamente sorprendidos, porque no creían ellos que nosotros hubiéramos tenido valor de movernos de **Miaria,** y echarnos solos a navegar por el río lleno de peligros, sin el auxilio de algún indio práctico que nos acompañase.

Repuestos de la sorpresa, entró un furor en esos bárbaros, no sé por qué otro motivo, sino el de que se les había aguado la mina que soñaban ellos tener en nosotros. Ese furor o despecho les sacó su corazón, por sí mismo bien duro y como de pedernal, para que ninguna compasión sintieran por nosotros. En vano les rogaba que viniesen algunos de ellos para ayudarnos a remar, por estar nosotros débiles y no acostumbrados a esos fuertes trabajos; en vano les hacía presente el riesgo que corríamos de dar en algún mal paso y morir ahogados en el río; en vano les recordaba la obligación rigurosa de justicia que de acompañarnos tenían, por lo arriba expuesto; todo

era inútil, pues su duro corazón se mantenía insensible, indiferente y hasta cruel.

Como el carácter y condición de esos salvajes, me era harto conocida por los sucesos pasados, ninguna sorpresa ni mella me hizo la estúpida insensibilidad de ahora, y desaparecida del todo me hubiera pasado, sin más que dirigir una mirada de compasión a aquellos infelices y un Dios os lo perdone; pero un suceso que hubiera podido ser grave, me obligó a no despreciarlo. Esos indios me insolentaron y sus ademanes tomaron un carácter amenazante, por cuyo motivo fué necesario que me revistiese de toda la energía que me fué posible, sin perder por eso la serenidad de ánimo ni mi exterior compostura, pues que, de lo contrario, se me venían encima y hubiera sucedido una desgracia.

Esta actitud enérgica y resuelta, me valió que los salvajes se sosegasen y aún se intimidasen un poco, y pude así salvarme a mí y a mis dos compañeros de aquel peligro que era inminente. Uno de aquellos indios se amedrentó completamente, y medio por temor y medio por fuerza, conseguí que nos acompañaran hasta **Camsia.** Era cabalmente ese indio el que había hecho de capitán cuando fueron al Cuzco, el más ladrón entre ellos, el más vicioso y cuyas ruines cualidades tuve ocasión de hacer conocer cuando referí el suceso de los **cascarilleros** en Pachirí: era este indio el famoso Mariano.

Al ver los demás **Piros** que era cosa hecha el que ese mal hombre nos acompañara en el viaje, montaron en tal cólera, que no les fué posible disimularla, oponiéndose a que viniese con nosotros; más, no haciendo yo caso alguno de sus brabatas, traté de que se alistase pronto la canoa, para emprender nuestra marcha. Por más esfuerzo que hice no pude conseguirlo hasta medio día, pero no sin sufrir algún disgusto en el acto de embarcar-

nos, porque, siendo ese **Piro** de suyo muy malévolo, ya que no pudo eximirse de acompañarnos, nos quiso mortificar cuanto pudo, llenándonos la canoa de mujeres y criaturas, las cuales colocó muy cómodamente, teniendo nosotros que ir bastante encogidos, y, por añadidura, debíamos remar, porque ese hombre nada hacía.

Del modo que pudimos continuamos nuestro viaje y llegamos a la playa de **Yamigua,** de la cual salimos el día siguiente después de almorzar, y al poco rato, al doblar una punta, pasamos por enfrente de la quebrada del mismo nombre, situada a la derecha. Cazamos tres **Paugiles** y un mono, que nos sirvieron para alimentarnos, y fuimos a dormir en la playa de **Auramihue.**

El día 5 de Julio, salimos de este lugar algo tarde y llegamos sin novedad a la playa grandecita de **Uipaya,** situada a la izquierda, de donde salimos el siguiente día bien temprano, y fuimos a almorzar un poco más abajo del río Picha, en una quebrada a la izquierda y grande como la anterior, desde donde alcanzamos ir a dormir en la playa de **Tanalha.**

De aquí proseguimos el viaje al amanecer del día siguiente. y como al cuarto de hora encontrámos dos casas, en donde se le antojó pasar todo el día al **Piro** y mujeres que llevaba; fué necesario convenirse con ese capricho de la gente salvaje, y aprovechamos el tiempo de nuestra permanencia en buscar por ella algunos alimentos para proseguir el viaje, pues estábamos ya muy escasos de ellos.

Era ese capricho un preliminar de lo que se nos esperaba, pues que al día siguiente, cuando nos preparábamos nosotros tres para continuar el viaje, nos encontramos con que el infiel que nos acompañaba no quería pasar adelante faltando a su compromiso de llevarnos, o más bien dirigirnos por el río hasta **Camsia,** pues nosotros

éramos los remeros y él hacía de timonero. **Camsia** estaba muy cerca, y sólo la ruindad grande de este hombre pudo sugerirle la idea de no acompañarnos. Como el salvaje se obstinó en no pasar adelante, a pesar de las reflexiones que le hacía, y como no era prudente usar de violencia, porque hubiera podido faltarme, atendido a su carácter insolente y turbulento, tomé el partido de dejarlo y hacer diligencia para encontrar otros. Esto me costó el trabajo de todo aquel día, y por fortuna pude conseguir que me acompañasen tres **Campas,** con lo cual ganamos mucho, libertándonos de aquella tropa molesta de mujeres y niños que invadían nuestra canoa.

Salimos el 9 algo tarde de esas casas, por haber llovido desde muy de mañana; y repitió algún tanto la lluvia por la tarde, recibiéndola encima nosotros, porque no teníamos nada con que defendernos, por haber dado a aquel mal hombre el único toldo que llevábamos, el cual me ví precisado a cedérselo más por fuerza que de grado a poco de haber salido de **Vaquería,** para evitar que se regresara y también para obligarlo más y más a que nos condujere hasta Camsia, lo cual, como acabamos de ver, no había cumplido. Hic mos noche en la playa de Sihuancore, y al día siguiente salimos con buen tiempo, que continuó hasta **Camsia**, a donde fuimos a dormir aquella noche.

Encontramos aquí algunos **Piros** venidos de las márgenes del río Mano, en donde tienen sus rancherías, y trabamos con ellos conversaciones agradables. Los había traído allí el objeto de hacer algún negocio y proveerse de lo que necesitaban. Para el efecto traían algunos artículos trabajados por ellos misemos, como son, ropa muy bien tejida, sacos, costal tos, talegas y otras cosas por el estilo, y también hermosas plumas, aves, vainilla,

etc. etc., todo lo cual lo cambian por herramientas, sal, anzuelos, mostacilla y otras bujerías.

Son esas gentes de carácter sencillo, algo meticulosas, principalmente de los otros Piros, que viven en las orillas del río Santa Ana, de los cuales reciben muy malos tratamientos, vejámenes y toda clase de arbitrariedades, y que nos contaron a nosotros para desahogar su corazón angustiado. Parece que esos **Piros** son de buena índole, fáciles de podérseles reducir a la vida civilizada y cristiana, por supuesto, mediante algunas dádivas, pues que sin ellas, sería pedir peras al olmo.

Nos aseguraron que ellos no tenían noticia alguna de que existiese Padres, lo cual me pareció muy difícil, por no decir inverosímil, si bien no lo creía imposible, toda vez que por las hostilidades que de los de su misma tribu recibían, no se atreverían quizá a salir de sus residencias, por cuya razón no estarían en comunicación con nadie. Son muy pobres, y los otros **Piros** los explotan cuanto pueden; pues, según nos dijeron, por un anzuelo les exigen cosas relativamente valiosas.

Nos invitaron con instancia a que nos fuésemos con ellos, para lo cual debíamos navegar un mes entero río arriba, y como no accediésemos a ello por las razones que pueden suponerse, siendo la principal, que no teníamos nada que regalarles, nos suplicaron que siquiera fuésemos el año entrante. Esos indios nos dieron noticia de los salvajes de Paucartambo, en cuyas cercanías viven, y nos aseguraron que eran muy malos, por cuya causa no les tienen amistad alguna.

En ese lugar de buena memoria, hicimos provisión de yucas y plátanos, y salimos el día siguiente algo tarde con los tres **Campas** posteriormente contratados. Al entrar en el río grande nos dieron alcance una multitud de mujeres del Mano, que venían para vernos y conocernos,

que no se cansaba de fijar los ojos en nosotros. Son de estatura muy alta, y de boca muy ancha, y parecían de natural bondadoso, pues nos dieron algunos plátanos y también deseaban que fuésemos a sus tierras. No apartaban de nosotros su vista, a pesar de presentar un aspecto muy extraño, especialmente yo que estaba vestido con sola túnica, descalzo, con un sombrero viejo y escopeta en mano, llevando por complemento de todo esto la barba muy larga y desgreñada: parecía el hombre de la **triste figura.** Nos despedimos de esas buenas mujeres y continuamos nuestro viaje, yendo a dormir en una playa.

El día siguiente continuamos la marcha, y al poco rato nos encontramos con tres canoas, de **Piros** salidos de **Camsia,** con dirección a **Illipani,** y nos acompañamos con ellos. En eso nos alcanzó el mal indio Maríano que nos había llevado los días anteriores, lo que fué para nosotros de mal augurio. No tardó ese mal hombre en manifestar sus perversas intenciones, que no eran nada menos que el de quitarnos por fuerza lo que soñaba que teníamos y no queríamos darle. Fué necesario contener sus avances, felizmente no por medios violentos, sino con un semblante sério y enojado, con lo cual se moderó el atrevido salvaje, pero no sin poner muy mala cara. Era bastante crítica mi situación entonces, pues poco les cuesta a esos indios dejarse sobornar y sublevarse contra culaquiera; y por otra parte, el mal hombre era capaz de todo y estaba acostumbrado a promover motines. Por fortuna no sucedió nada de eso en semejante coyuntura, sea porque temieron que en Illapani sería conocido y castigado cualquiera cosa que nos hicieran, sea, y esto es lo más verosímil, que la escopeta que no soltaba yo de mano, les infundió mucho respeto y no les dió acción para nada.

Proseguimos el derrotero y fuimos a dormir en la playa de Siparohapa, desde donde se regresó el día si-



Mujeres Campas cargando plátanos

guiente el mal indio que nos había dado alcance, sin haber conseguido su intento de robarnos. Se puso al despedirse como mansa oveja, y nos recomendó mucho a los bárbaros que nos conducían, encargándoles una y otra vez que nos tratasen bien y nos complaciesen; es proba-

ble que no por afecto, sino por el miedo bastante grande de que se sentía apoderado, a causa del conato de robo o crímen que había intentado cometer contra nosotros, que, Dios mediante, le salió frustrado, pero que podría traerle algún mal resultado.

Emprendimos nosotros la marcha, en la cual recibimos un aguacero, y fuimos a dormir en una playa a la izquierda, al pié de la quebrada de **Caparaciato;** y el día siguiente, 14 de Julio, también cayó un buen aguacero por la mañana, y cuando después se preparaban los indios nuestros y los **Piros,** con quienes nos habíamos juntado pada continuar nuestro viaje, se encontraron que faltaba a los últimos una canoa, que habían dejado la noche ántes en la orilla del río amarrada en un vejuco, pero que la corriente lo había roto y se había llevado la canoa.

Fueron inmediatamente aguas abajo para ver si en alguna parte se había barado, o al dar contra alguna empalizada se había detenido en el río; pero no habiendo podido encontrarla, se regresaron hechos unas furias, echando la culpa de aquel contraste a nosotros, achacándonos que habíamos cortado el vejuco, y empezando a hablar desatinos y aún a disponerse para un alboroto.

Sumamente aflijido de lo que pasaba, me estaba yo con mis dos compañeros, inciertos todos del sesgo que podría tomar aquella alarma, en la cual era posible que peligrasen nuestras vidas. Se aumentaba mi aflicción sobremanera, porque el jóven boliviano desde algunos días se hallaba enfermo, habiéndose empeorado notablemente ahora, sea por la crisis de su enfermedad, sea por las impresiones recibidas; agregándose a todo esto, que nada tenía para darle, ni remedios ni alimento a propósito, salvo yucas y plátanos, que la divina Providencia nos había proporcionado desde ántes.

Hallándo en esas angustias e incertidumbres, se encontró la canoa perdida, que estaba detenida a un tiro de flecha de nosotros, y que no habían visto los indios al pasar por aquel lugar cuando la buscaban. Respiramos con eso y dimos gracias a Dios por habernos sacado bien de aquel conflicto; pero no pudimos salir de aquel lugar, porque entre una y otra cosa se nos había pasado el día.

Fué el siguiente 14 de Julio cuando emprendimos el v aje, con nuestro enfermo algo mejorado y dejando la mala compañía de aquellos Piros, que si bien nos hubiera sido provechosa en aquel río de tan ma'os pasos, siendo de gente buena, ahora que era de gente tan ruín, preferible era abandonarla y viajar solos con los **Campas.**

Al poco rato de surcar aquel anchuroso río, tuvimos la felicidad de cazar una vaca de hanta, que también llaman **gran bestia,** y a la que los Piros dan el nombre de **Giema.** Es este un animal silvestre grande, bien forn'do de carnes y de gruesa hosamenta, de una vista sumamente corta y de un paso bastante ligero, especialmente cuando se vé acometido; pero si con el olfato o con el rastro no se apercibe del que la busca, no lo distingue con su vista hasta tenerlo a pocas varas de distancia, cuando ya no es fácil escaparse. Es sumamente inofensiva y se la puede tomar sin el menor reparo y aun montarle encima, sin que haga daño alguno. Solo se defiende del feroz tigre, que al verla se le echa sobre el lomo, agarrándose fuertemente con sus uñas sobre el espinazo y por sus lados. Mas, al sent rse entonces la mansa vaca acometida tan bruscamente, echa a correr con velocidad suma buscando algún árbol caído, pero algo suspendido en el aire, por manera que haya un espacio pequeño entre el tronco y la tierra, por cuyo espacio pasa y repasa muy apretadamente, magullando y prensando

al tigre que ha hecho presa en sus lomos, hasta que se le cae muerto y ella sale salva. Tiene esa vaca la carne muy buena, semejante a la vaca de nuestros campos en el sabor y en las propiedades y también en el tamaño.

Hay además la vaca marina, muy diferente de la que he hablado, de la cual voy a decir cuatro palabras, porque se encuentra más abajo de este río. Es este un animal anfibio, como el lobo marino que vive en el agua y en tierra, pero mucho mayor que éste, y se encuentra en la desembocadura de los grandes ríos de América. "Tiene el cuerpo cilíndrico, largo de unos catorce pies, doblemente récio por la parte anterior, de color negruzco, cubierto de pelos ásperos y ralos. Su cabeza es grande, y su boca está armada de cerdas largas y tiesas; los brazos tienen forma de aleta, y los pies colocados en la estremidad del cuerpo, están reunidos y representan la misma forma; las hembras tienen dos tetas con que alimentan sus crías."

Es cosa interesante ver cazar la vaca marina, pues al verse ella perseguida si está en la orilla, se echa al momento en el agua, zambulléndose para ocultarse de las miradas de los que la persiguen; pero como los indios tienen una vista finísima, la están siguiendo y persiguiendo donde quiera que se oculte, hasta que le pueden clavar una flecha o fisgar el arpón que los indios manejan con singular acierto, o bien se le puede meter una bala, repitiendo esa diligencia hasta matarla.

Contentos con la adquisición importante de la vaca de hanta, cuyas carnes nos debían proporcionar alimento por algunos días, continuamos con felicidad nuestra ruta hácia la playa de **Capsipirhapa,** en donde debíamos pasar la noche. Apenas llegados, vimos en la playa opuesta otras cinco vacas de la misma especie de la que habíamos cazado, de las cuales hubiéramos podido apo-

derarnos fácilmente, si al instante y con velocidad hubiésemos pasado a la otra parte del río; pero nuestros indios fueron tan desidiosos, que cuando llegamos ya las vacas se había escondido en la espesura del monte, en donde ni se podía entrar ni era fácil hallarlas.

Salimos de ese lugar afortunado algo tarde de la mañana siguiente, y tuve que sufrir algunos pesares en esa jornada, porque el Hermano Covarrubias se había perdido por el monte, cuando quiso andar algún tanto a pié, para hacer ejercicio. Los indios me echaban la culpa de aquel desagradable incidente, pues era ya costumbre en ellos achacármelo todo, viniera o no al caso; pero salí después de esa angustia, cuando pudimos encontrarlo y continuar juntos el viaje, habiendo ido a dormir en una playa a la izquierda, al pié de la quebrada **Santanato**; de donde salimos el siguiente día, mejorado el enfermo y con buen tiempo, y fuimos a dormir en **Sihuanero.**



CAPITULO XXIV.

Término del río navegable.—Importancia de un servicio por vapor.—Escasez de alimento.—Caída en el río del R. P. Fr. Luis Sabaté.—Paso difícil del Mainique. Traslación de las cargas en hombros.—Paso del Mapirontoni.—Actitud imponente.— Paso del Sicontini.—Encuentro de canoas de Campas.— Supersticiones.—El Breviario.—Aparatos bélicos.—Amistoso encuentro.—Promesas de los Campas no cumplidas.

Según mi humilde opinión, y que sujeto al juicio de las personas competentes en la materia, **Sihuanero,** es el punto hasta donde pueden navegar vaporcitos de pequeño calado; pero no más adelante, porque a partir de este punto hasta Illapani, se encuentran en el río una serie de tumbos o **cachuelas** que hacen imposible la navegación a vapor por esas aguas. De esa parte de río puede decirse lo que otro decía del **Huallaga:** que **los hombres lo han hecho navegable, contra la voluntad de Dios.**

Si se estableciese un servicio fluvial a partir de **Sihuenaro,** en combinación con el del Ucayali, creo que se prestaría un servicio importantísimo al departamento del Cuzco, y sería el principio de su pujanza y grandeza, levantándose del estado de postración en que ahora se encuentra: entónces podrían exportase sin tantos inconvenientes sus productos a Europa; se podrían establecer vías de comunicación que facilitarían la entrada en las montañas, sin correr los muchísimos peligros de perder la vida en que a cada paso se tropieza ahora, y que intimidan al ánimo más esforzado; se podrían trasladar

los bultos casi sin riesgo de averiarse, no como sucede actualmente, que se pierde gran parte de lo que se lleva, por mucho que sea el cuidado que se ponga en que no se moje.

Partimos de **Sihuanero** y fuimos a dormir ántes del **Sirincoveni**, pero no sin tener que descargar la canoa y arrastrarla por piedras en un mal paso, en el cual poco faltó para que no se nos abriese. El día siguiente salimos los tres caminando a pié por la playa hasta llegar a **Serincoveni**, en donde se encuentra la primera casa de **Campas.** Teníamos muy cerca un paso muy difícil, en el cual no nos creímos seguros acompañados de los tres solos Campas, pues lo grande e imponente del peligro, requería volver aquel mal paso asociándose con la más gente posible, a fin de socorrerse mútuamente, en caso de tres canoas de Piros que ántes había dejado, escogiendo de los males el mejor, pues que lo era mayor atravesar el **Mianique,** nombre del río en que está el mal paso indicado, auxiliado de pocas personas, que el que podría resultarme de unirme otra vez con los **Piros**, de los cuales sacaba la ventaja de la compañía para socorrernos mútuamente. Tuvimos que aguardar algunos días, porque los Piros se habían internado en el río **Sihuanero,** con el objeto de tomarse los muchachos a los que viven en sus márgenes, para venderlos fuera a los hacendados de las inmediaciones de la Montaña; pero les salió mal su correría, y en vez de adquirir nuevos muchachos, se les escaparon cuantos traían.

Como no habían traído con nosotros provisión alguna, pedimos a esos **Campas** que nos vendieran algunas yucas en cambio de alguna bujería que les daríamos; pero por nada pudimos conseguir que nos dieran la menor cosa, por cuya razón no tuvimos más recurso que quedarnos casi en ayunas durante los cinco días que allí

permanecimos, esto es, desde el 19 al 24, alimentándonos con lo poquísimo que con nuestra industria por allí nos procurábamos, lo cual más que de alimento, nos servía para ahuyentar la muerte, y muerte de hambre. Por fin, llegaron los **Piros** con sus tres canoas, y ni ellos ni nosotros teníamos ni yucas, ni plátanos, ni carne, ni pescado ni cosa alguna, y no sé cómo entónces nos hubiéramos visto si los Piros no hubiesen conseguido algunas yucas de los Campas, merced al temor que les tienen y que no les permitió negar lo que les pedían.

Al fin, con ese pequeño subsidio, salimos el día 24, y algo temprano hicimos pascana en Maynique, por haberse enfermado el Hermano Covarrubias. De temer era no sólo que se enfermase él, sino también todos nosotros, a causa de los pocos y no muy buenos alimentos. Por razón de ese contraste, y por el mucho viento que se había levantado desde la noche, no salimos sino muy tarde el día siguiente, y entramos con mucho temor en el río **Maynique,** porque desde ahí comienzan los peores pasos y más peligrosos.

Fué ese temor como presentimiento de algo siniestro que nos aguardaba; pues, al llegar al punto más difícil, fué preciso descargar la canoa, acercándonos para el efecto a la orilla, cuyas aguas estaban muy agitadas, por manera que la canoa tenía un contínuo movimiento.

Iba yo a saltar a tierra, y para esto debía asentar mi pié sobre una piedra de la orilla, que estaba algo elevada; y al quererlo ejecutar así, el movimiento de la canoa me hizo resbalar y caí inmediatamente en el agua. Estaba allí felizmente una mujer india, que me agarró al instante por los hombros y pudo sacarme salvo, merced a ser ella gruesa y fornida, pues que de lo contrario, íbamos los dos al agua y probablemente nos hubiéramos ahogado. A más de la impetuosa corriente que tiene en

este mal paso el río, hay también multitud de remolinos, caen de las peñas chorros de agua, de una altura muy considerable, y que al desplomarse toman tal fuerza, que pueden derribar o aplastar a cualquiera persona. A primera vista, parece increíble y aún imposible que pueda pasar por allí alma viviente, ni canoa ni nada: se presenta aquello como una puerta de hierro impenetrable, puesta por la Divina Providencia para tener incomunicados a los habitantes de uno y otro lado, oponiendo a los vivientes de las pampas un obstáculo insuperable, para que no puedan jamás salir de ellas, y a los de esa otra parte, para que nunca se atrevan a penetrar en aquel lugar entredicho. Al sólo pensar en aquel paso formidable y pavoroso, se siente uno todo horripilado: ¡qué será el verlo de cerca... ! ¡qué será el tener que pasarlo.... !

En fin, con el favor de Dios y con la protección de la Virgen Inmaculada, que siempre invocamos, salimos sanos y salvos de aquellos horripilantes peligros, y dimos gracias al cielo por tamaño beneficio: al caer el sol, nos fuimos a descansar en una playa, de donde salimos el día siguiente, pasamos al poco rato por un largo lugar llamado **Choloancani,** en que la corriente del río toma una fuerza impetuosa, por cuyo motivo era necesario descargar la canoa y pasarla vacía con mucho cuidado.

Preciso fué hacer por nosotros mismos esa operación de descargar y cargar la canoa, porque los tres **Campas** contratados se negaron a ayudarnos, como se habían negado siempre; de modo que era ya cosa como establecida, que esa operación corriese a cuenta nuestra. En esa ocasión nos fué eso casi insoportable, porque ya comenzábamos a sentirnos estenuados, y no teníamos absolutamente nada que poner en nuestro desfallecido estómago, con que cobrar por el momento un poco de fuer-

zas; la distancia a que debíamos llevar los bultos sobre nuestras espaldas era como de un cuarto de hora, y para agobiarnos más, nos apuraban los indios a que ejecutásemos pronto la pesada operación, a fin de que los ayudásemos a arrastrar la canoa por la orilla del río y salvar aquel paso, en una palabra, nos encontrábamos ya rendidos; y mis dos compañeros estaban, por añadidura, algo enfermos, y yo sentía una suma flaqueza en el pecho y en el pulmón, por manera que entónces lo hubiera dado todo por nn poco de alimento.

No teníamos más consuelo que elevar nuestro espíritu a Dios, que consuela en todas las aflicciones y da auxilio en el tiempo oportuno; y él nos comunicó fortaleza, paciencia y constancia, como siempre lo había hecho, no abandonándonos jamás en nuestros trabajos. Hicimos nuestra operación de descargar y cargar; pasamos felizmente la canoa, y fuimos a dormir cerca de otro mal paso llamado **Mapirontoni,** no lejos del río **Chaloancani,** que está a la derecha y baja por la quebrada de **Yuyato.**

Causará indudablemente admiración el que estuviésemos sin alimento alguno para conservar la vida, después de haber cazado, muy poco ántes, una vaca de huanta y haber conseguido otras provisiones de boca; pero cesará inmediatamente la admiración, si se considera que los indios no comen, sino devoran cuando tienen abundancia de alimentos, y que consumen en muy breve tiempo el viático, que bien distribuído hubiera bastado para un período respectivamente largo: no piensan hoy en el día de mañana. Cuando salimos de **Cayaria,** llevábamos unos dos quintales de fariña (harina de yuca tostada), una docena de tortugas, bastante arroz y mucho barbasco para pescar (raíz que se echa picada en el río, emborracha a los peces y se cogen fácilmente), plátanos en abundancia; y sin embargo, a los pocos días todo ha-

bía desaparecido devorado por aquellos gastrónomos. Lo mismo nos sucedió ahora, sin sernos posible distribuír nuestras provisiones, pues aquellos salvajes nos hubieran acabado a insultos, llamándonos miserables, malos, etc., etc., y hubieran terminado por abandonarnos en los peligros del río y escaparse al monte cuando hubiésemos estado más descuidados. No había más recurso que aguantar y ponernos amerced de aquellos bárbaros, cuyo estómago es de una elasticidad asombrosa; por manera que conforme lo repletan extraordinariamente cuando la abundancia o la suerte los favorece, también son muy parcos y se conservan con poquísimo alimento cuando éste les escasea.

El día siguiente, 27 de Julio, tuvimos que atravesar el **Mapirontoni,** donde se hizo necesaria la operación de descargar y volver a cargar de nuevo; para lo cual no tenía ni fuerzas, ni aliento, y sentía mucho dolor en el pecho y en los pulmones, al extremo de no poder casi resollar, porque a todo esto se agregaba la suma debilidad por falta de alimentos. Con todo, hicimos la operación ayudándonos Dios, pues parecía que sin un milagro no podíamos nosotros ejecutarla.

Tras de ese mal paso vino otro llamado **Sintolini,** y aquí si que las fuerzas nos faltaron absolutamente para descargar y cargar de nuevo. Por su parte los indios tampoco se prestaron a hacer esa operación, no teniendo de nosotros ninguna compasión, ni importándoles nada que se perdiesen nuestras cosas. Pasaron los indios, pues, aunque nosotros nos fuímos a pié por la orilla, y en lo más recio del peligro casi se voltea completamente la canoa, por la mucha agitación en que estaban las aguas, perdiéndosenos algunas cosillas de las que traíamos y que no dejaron de hacernos falta.

Como algunos días antes me habían dicho los salva-

jes que de intento voltearían la canoa para que así se perdiese todo, sospeché ahora que intencionalmente no hubiesen evitado aquel percance, para de este modo hacernos el perjuicio que deseaban. Me pareció necesario entónces ponerme muy formal con ellos y tomar una actitud aparentemente enérgica, como lo habíamos hecho ántes con el R. P. Fr. Tomás Hermoso en **Miaria,** donde tan buenos resultados nos había dado. Tomé la escopeta en mi mano (que no sé si estaba cargada), me acerqué cuanto pude a la orilla, y al pasar los bárbaros por enfrente de donde yo estaba, los apostrofé con palabras severas, haciéndoles comprender que no me faltaba valor para ponerlos a raya. La verdad era, que ese valor en mis adentros del todo me faltaba, no sólo en la ocasión presente, sino todas las veces que era preciso encararme con ellos, siendo puramente exterior, y, como ya dije, aparente la energía que mostraba, pues que, aparte de no tener yo ningún propósito de hacerles mal alguno, estaba realmente poseído de cierto miedo a esos salvajes; porque me constaba que eran muv traicioneros. Pero preciso era apelar a esa ficción necesaria, porque los indios se envalentonan con el que se acobarda, y se amilanan con el que se les presenta con firmeza.

Al fin, entre penas y peligros pasamos el **Sinsolini** y fuimos a dormir allí cerca, en una playa, después de haber curado el pié a uno de nuestros indios que se lo habían lastimado un poco al sacar la canoa del río. Aquí nos detuvimos todo el día siguiente 28 de Julio, con el objeto de buscar algo con qué entretener el estómago, pues que ya nada teníamos. Salimos, pues, el 29 de ese lugar, e hicimos noche al pié del **Montalo,** río algo grande que entra a la derecha.

Al salir de las canoas nuestros **Piros,** vieron, río arriba, algunas otras canoas de Campas con algunos otros

hombres que pasaban y repasaban el río. Ya desde mucho antes nos habían avisado que los Campas se estaban esperando en varios lugares, y aguardando que subiesen los **Piros,** como en aquel tiempo lo tenían todos los años de costumbre, a fin de trabar una sangrienta pelea con ellos, satisfaciendo así los odios mútuos y contínuas rivalidades en que viven siempre esas dos tribus enemigas. Por esa causa no nos quisieron acompañar los **Piros** de **Miaria;** y por miedo á los **Campas** se resistían a acompañarnos los otros que encontrábamos en otros puntos; y por esta misma razón no hacían muy gustosos el viaje los **Piros** que últimamente se acompañaron con nosotros, temiendo ser víctimas de alguna celada de los **Campas.**

Era tanto el temor que tenía de encontrarlos, que todos los días al llegar a la pascana en alguna de las playas, y al retirarme yo con mi breviario para rezar el oficio divino, se acercaban estos **Piros** a mí preguntándome qué me decía el libro acerca de las **Campas:** si estaban cerca o enojados, si nos esperaban o les harían algo. Creían ellos que el breviario me hablaba, y que bastaba ver en él para que me anunciara lo que había de sucederles, o declarase cualquiera duda, o me manifestase lo que estaba oculto; por cuya razón, con frecuencia pretendían que yo leyese en el libro, para que no sólo les diese noticia acerca de los **Campas;** sino también para que les dijese por donde había pasado la **gran bestia,** en qué parte pordían pescar con buen suceso, y otras tonterías por el estilo; pues creían ellos firmemente, que el breviario era verdaderamente un oráculo, y que contenía el secreto de todas las cosas, por cuyo motivo me llamaban a mí **Cajunchi,** que quiere decir brujo. Tanta era la superstición que acerca de esto se había apoderado de esos salvajes, no obstante lo que yo trabajaba para desvanecérsela, que se atrevieron alguna vez a pedirme el

breviario, para consultar por ellos mismos los antojos que se les ponían. Como era natural, les reprendía yo semejante pretensión, haciéndoles ver cuan errados en eso estaban; y les negaba rotundamente el que lo tomasen en sus manos ni por un momento, diciéndoles al mismo tiempo, que aquel libro era sagrado y que les estaba a ellos vedado el tocarlo.

Como yo les disipaba los temores que de encontrar a los **Campas** siempre tenían, y les aseguraba que el breviario nada de eso me había avisado; ahora que los vieron tan cerca, se pusieron furiosos contra mí, me llenaron de improperios porque los había engañado, decían que mi libro era un mentiroso, y muy azorados se prepararon para entrar en combate.

Tomó cada uno de ellos su buen manojo de flechas templó lo mejor que pudo su largo arco; se colocaron todos en línea en la anchurosa playa, comenzaron a hacer evoluciones de guerra que acostumbran, presentando todo esto un aparato terrorífico, que anunciaba que en breve iban a batirse.

Al ver tamaños e inesperados preparativos de los **Piros** por una parte; y que se iban acercando a nosotros por otra los **Campas,** me quedé helado, temiendo que de un momento a otro aquella playa presentase un espectáculo sangriento. Levanté mi corazón a Dios en semajante conflicto, con la seguridad de que podía su Magestad conjurar el inminente mal que ya teníamos a la vista, con la misma facilidad que en otro tiempo apaciguó la furiosa tempestad del mar de Tiberiades; y luego me presenté a los **Piros** con resolución y cierto imperio, obligándolos a que con sus canoas se fuesen a ocultar en un recodo o ensenada del río. Luego me adelanté yo con mis compañeros hasta la orilla del **Montalo,** que estaban ya cerca, con el objeto de investigar si venían en son de

guerra, y hablarles con cariño y en tono amistoso, para que cambiasen de intento.

Ellos se acercaron a nosotros cuando nos vieron en la playa, y nosotros los saludamos con toda la afabilidad posible, les dijimos que éramos gente de paz y aún sus amigos y hermanos, y ellos nos correspondieron con la misma fineza. Nos fuimos juntos al lugar de la pascana, y luego llamamos a los **Piros** que estaban ocultos; y **Campas** y **Piros,** entónces, fraternizaron, pasando toda aquella noche con mucha armonía, y dando nosotros gracias a Dis por aquel prodigio de su diestra.

Fueron tan finos esos **Campas** con nosotros, que el día siguiente salieron muy temprano, para estar ántes que nosotros en Pachirí y aguardándonos con comidas preparadas, para cuando nosotros llegásemos al tercer día, pudiendo obsequiarnos cumplidamente.

Proseguimos al siguiente día nuestra marcha, y al poco rato tuvimos que descargar la canoa, haciendo esa operación con la fatiga de siempre, para salvar de un mal paso del río. Luego atravesamos por enfrente del Yavero, y por entretenernos en buscar algo de comida, dormimos en una playa no muy lejana; de la cual salimos temprano el día siguiente, con el objeto de ir a almorzar en unos ranchos que más arriba hay de **cascarilleros;** pero como nadie allí encontrásemos, ni hubiese nada, nos tuvimos que quedar en ayunas.

Iban nuestros remeros muy despacio, y parecía que la flojedad había tomado completa posesión de todos sus miembros, por cuya razón resolvimos caminar nosotros a pié por la playa, mientras ellos continuaban el viaje por el río. Así caminando a pié todo el día, llegamos al anochecer a **Pachirí,** en donde esperábamos encontrar a aquellos buenos **Campas,** que ya suponíamos nos aguardaban como lo habían ofrecido.

Lo mismo que por la mañan, nos sucedió esa noche, pues no encontramos, ni a los **Campas,** ni cosa alguna que comer. Aguardamos todo el día siguiente, y tampoco apareció nadie, hasta que al otro día nos resolvimos a buscarlos en sus propias casas. Estaban esas muy distantes de la orilla, por el temor en que viven los **Campas,** de las correrías de los **Piros,** en las cuales los agobian con malos tratamientos y les roban las mujeres y las criaturas; a fin de guardar sus personas, y cosas que estarían expuestas en las orillas, construyen sus casas muy adentro, y así están algo seguras o menos expuestas.

Fueron, pues, en busca de esas gentes nuestros **Campas** que nos acompañaban, y antes de llegar a sus rancherías, toparon con algunos de esos de su tribu, a quienes compraron comestibles, sin poder llegar donde habitaban; y luego se volvieron hácia nosotros, trayéndonos con que poder desayunarnos.

Debían ya regresarse a sus tierras esos indios, porque hasta este lugar los tenía yo contratados, creyendo encontrar aquí a los comerciantes **cascarilleros,** los cuales podrían fácilmente proporcionarme otros remeros más formales. Por desgracia no hallé ninguno ni tampoco alma viviente; por cuya razón no tuve otro recurso que agasajar a los tres **Campas** que nos acompañaban, y obligarlos por medio de dádivas a que continuasen nuestro viaje.

Así lo pude conseguir no sin algún trabajo, y a las tres de la tarde del mismo día, esto es, el 2 de Agosto, emprendimos la marcha con los tres Campas, contratados nuevamente hasta **Illapani.** No tardamos en llegar a Ypochote, en donde encontramos otros **Campas,** y pasamos con ellos la noche en la armonía que ántes en **Pachirí.**

CAPITULO XXV.

Lentitud del viaje.—Desistimiento de los indios.—Devolución de la paga recibida.—Contrato de nuevos indios.—Paso por algunos lugares.—Encuentro de un peón.—Un potaje y sus consecuencias.—Encuentro de gente racional.— Anuncio de una invasión.—Alarma producida.—Gente armada.—Ilusiones desvanecidas.— Buen tratamiento.— Prosecución del camino.—Culebra con dos cabezas.—Temores disipados.—Desgracia cerca de Yuyato.—Ministerio apostólico ejercido en Echarate y Santa Ana.—Fortaleza de Ollantaitambo.—Entrada en la ciudad del Cuzco.

Era el día 3 de Agosto cuando pensaba salir a buena hora, pero no fué posible ni aún en todo el día; porque nuestros indios se nos habían escapado y no les vimos la cara ni aún por la noche: supe que habían ido a jaranear desde temprano, y pasaron el día beodos y en completa zambra, que ni en pié podían tenerse, y su alma embotada parecía de bestia. Sentía yo gran desazón en mi espíritu, y cada momento me parecía un siglo; ya por hallarme con aquella chusma; ya por la falta de alimentos que me tenía estenuado; ya por lo demasiadamente largo del viaje, ya, por fin, porque suspiraba y ansiaba con vehemencia por el momento de encontrarme dentro de mi convento y gozar de la quietud de mi celda; esto último era lo que más me azoraba. Pero mi viaje no iba al paso de mis deseos, que eran veloces, como el vuelo de un águila, sino al capricho de aquellos salvajes, que lo hacían a paso de tortuga. La paciencia me era indispensable en aquellas circunstancias, y su divina Majestad se dignaba siempre concedérmela.

Amaneció la mañana del día siguiente, 4 de Agosto, cuando aparecieron los salvajes con los humos de la pasada crápula, determinados a volverse a sus casas y dejarlos solos, no obstante que habían recibido la paga anticipada para llevarnos hasat **I'Iapani.** Vanas fueron todas las reflexiones que les hice; porque su mente alcoholizada estaba incapacitada de comprenderlas, porque su corazón empedernido era inaccesible a todo sentimiento humanitario, por cuya causa no hubo más remedio que resignarme, y tratar de ver otros indios que quisiesen conducirnos. Pero mis recursos eran muy escasos, y me hallaba embarazado para dar a otros indios la paga antic'pada; haciéndome muchísima falta lo que los **Campas** habían recibido como salario de una tarea que no habían cumplido. En ese conflicto no tuve otro recurso que ponerme firme con los salvajes **Piros,** reclamándoles la devolución de lo que no habían ganado; y merced a la energía que dí a mis expresiones, conseguí vencer la costumbre de aquellos inícuos, de no restituir lo que una vez ha entrado en su poder.

Con esa devolución pude contratar a los **Piros** de Mano, con los que desde Camsia, algunas veces, hacíamos el viaje juntos como queda dicho; y con ellos emprendimos de nuevo el viaje aguas arr'ba, llegando a la playa de Mancoreale, en donde pasamos la noche. El día siguiente continuamos temprano nuestro derrotero, sin tener que comer como ántes nos había sucedido; pero en la tarde, por favor de la Virgen Santísima, nuestros indios cazaron un cerdo, un **añuisi** y pescaron un **humani,** y luégo fuímos a hacer pascana en un lugar llamado **Anucripani.**

El día siguiente, 6 de Agosto, salimos temprano para ir a dorm:r en **Samesa.** Con solo yucas conseguidas el día anterior, seguimos la marcha el 7; pues la carne de

la caza y pesca estaba ya pasada, a causa del excesivo calor de esos lugares ardientes, y por no haberla condimentado cual convenía. Fuímos a dormir en **Cumvirosiato** quebrada algo grande, situada a la izquierda, de donde salimos el siguiente día, para pasar la noche en **Remoquesa**: anduvimos poco ese día, por habernos detenido en buscar algo con que entretener el estómago.

Proseguimos el camino al amanacer del día siguiente, y sin novedad llegamos a dormir un poco más arriba del río **Quiteni**, de donde por la mañana salimos el otro día, y pasamos la noche en **Sinqu ventin'**, en donde encontramos un peón que se ocupaba en sacar cascarilla.

Pedimos a este hombre **racional**, que por amor de Dios nos diese un poco de comida, porque la suma debilidad ya casi no permitía tenernos en pié; y al momento, ese buen hombre, se prestó muy gustoso a nuestra súplica, a pesar de encontrarse a la sazón algo escaso de recursos. Nos preparó, lo mejor que pudo, un potaje de yucas y pescado, que nos lo comimos a las mil maravillas, como si no hubiese mejor guiso en el mundo. Pero los resultados de esa comida ansiada, fueron funestos y de duración muy larga; pues que, desde entonces sentimos muy desconpuestos los estómagos, y costó harto trabajo el curarlos. Por lo que a mí toca, me quedé por algunos meses sin poder retener nada en mi estómago, tanto era lo estragado que estaba.

Provino esto, de que acostumbrados ya desde largo tiempo a las comidas parcas y frugales, y algunos días pasándolos en blanco sin tomar el menor alimento, y otros con sólo el fruto de la palma, que, si mal no recuerdo, llaman **tarapoto,** el cual no siempre lo teníamos: a tal extremo de estenuación había llegado mi estómago, que ya no tenía calor vital, ni fuerza digestiva, ni disposición para recibir comidas sustanciosas; si comidas sustanciosas pueden llamarse pescado con yuca.

Llegados a **Sinquiventini,** no quisieron moverse nuestros Piros remeros el día siguiente, so pretexto de que no teniendo provisiones de boca, debían antes ir al monte a buscarlas. La verdad era que querían estar en las comilonas y embriagueces que les brindaron los indios de aquel lugar; pero, como siempre los salvajes eran quienes en esto gobernaban, no nos movimos de este lugar hasta el otro día 14 de Agosto, en que llegamos algo tarde al pié del río Coriveni, en donde se encuentra un almacén o depósito de cascarilla, por cuyo motivo esperábamos hallar alli alguna persona. Llamamos una y otra vez con voz fuerte, y no oyendo respuesta de nadie y creyendo que nadie hubiese nos fuimos a la otra banda del río, a donde vino a buscarnos luego el dueño del almacén, y nos regresamos juntos a su casa en la cual nos atendió con gran voluntad y especial cuidado. Sucedió esto en la vigilia de la Asunción de la Virgen María, y por ser el día siguiente una fiesta tan grande en la Iglesia Católica, nos quedamos allí para celebrarla como pudimos.

Desde esos lugares se mitigaron, casi en su totalidad, nuestros padecimientos de viaje, y tuvimos el inapreciable consuelo de poder ya tratar con gente civilizada que, por ser salvaje la que aquel entonces nos había acompañado, no era posible con ellos aquella confianza y espansión de que necesita el corazón humano, y que reclama la vida social, para la cual el hombre ha nacido. Muy grata nos fué la conversación de la gente culta, que en **Coriveni** y en sus inmediaciones viven en número algo crecido, cultivando aquellos feracísimos terrenos y vastas haciendas, cuyos productos son un venero de inmensa riqueza, y lo serían más si las vías de comunicación hasta el Cuzco estuviesen más expeditas; pues la calidad del cacao, del café, de la coca y de la caña que allí se produce, es la más rica que en el mundo se conoce. Un

acontecimiento, sin embargo, para nosotros muy inesperado, extendió un negro crespón sobre nuestros corazones que comenzaban ya a solazarse, y del cual nos impusimos en esté lugar de gente civilizada, causándonos un asombro no pequeño, por las funestas consecuencias que hubieran podido seguirse.

Estaban los hacendados de aquellos contornos excesivamente alarmados, por las noticias que desde antes circulaban; y esa alarma se había propagado por todo el valle de Santa Ana, y como un oleaje se había extendido hasta las inmediaciones de la ciudad del Cuzco.

Preparándose estaban esas gentes civilizadas para pelear con los salvajess a quienes aguardaban; haciendo entretanto acopio de fusíles, rifles y escopetas, lanzas, sables, espadas y de toda cuanta arma ofensiva encontraban, practicándose para el efecto diligencias exquisitas, tantó en las haciendas que por allí había, como en todo el valle de Santa Ana. Valle y haciendas todó estaba en movimiento y conflagración completa; y los caballeros que allí habitaban reuniéndose en grupos y alistándo sus armas, para emprender una campaña, que auguraban sangrienta, a la cual se creían provocados y compelidos a aceptarla, para salir a la defensa de sus bienes, de sus hogares y de sus vidas.

Era el órigen de tódo ésto una especie por allí vertida, de que los salvajes tenían el propósito de hacer una gran correría, talando los campos, saqueando las casas, destruyéndolo todo, llevándose mujeres y niños, y acabando con cualesquiera que se les pusiese delante; todo lo cual esparció un gran pánico en la muchedumbre, pero que retempló los corazones de los caballeros, que acordaron oponer a esa feroz irrupción una resistencia a todo trance, aunque fuese necesario sacrificar sus vidas.

Con esos precedentes que me dejaron aterrado, salí el día 1o., no en canoa, sino a pié y acompañado de algu-

nos peones de **Coriveni,** con dirección a Chapo, Chacanares y Chirumbia, a donde debían acudir los caballeros de aquellas inmediaciones acompañados de otras gentes bien resueltas, para partir todos en grupos o bandas organizadas, y salir al encuentro de los salvajes invasores, que suponían ya en camino y muy cerca de aquellos lugares, y a los que se proponían darles una lección muy dura y un escarmiento sangriento, que, al contener sus demasías, los dejase en lo sucesivo aterrorizados.

Iba caminando acompañado de los peones, y llegamos a Chirumbia en donde pasamos la noche, y encontramos una partida de esos caballeros, tras los cuales venían otros y otros a bastante distancia. Me quedé absorto al ver aquellos preprativos bélicos, y no atinaba a salir de mi pasmo al oir al señor D. N. Recharte asegurarme que todo el valle se hallaba en conflagración y que tras él venía otra partida de caballeros, resueltos todos a defender sus bienes y personas, y hacer un doloroso escarmiento en sus bárbaros agresores.

Me parecía todo aquello un puro sueño, y no acacaba de creer lo que veía con mis propios ojos, sabiendo como sabía de cierto, que los supuestos bárbaros agresores, se hallaban muy lejos de allí en sus propios hogares, y ocupados en sus diarias faenas, sin imaginar siquiera moverse de sus tierras propias, y aún con el propósito de no salir por miedo de las otras tribus. De los Piros estaba yo muy seguro, y no lo estaba menos de los Campas; porque me constaba de un modo positivo, que los Campas del Tambo no pueden moverse por los amagos de otros de Unini, y estos tampoco pueden abandonar sus tierras, porque aquellos les harían males muy grandes. Así equilibradas las fuerzas de esas parcialidades o fracciones de los Campas, son una garantía para las haciendas y gentes civilizadas de las inmediaciones del valle. Sobre todo, acababa yo de pasar por entre los Piros

y los Campas, y en ninguno de ellos había visto ni la menor señal de preparativos de guerra.

Intimamente convencido de la ilusión que padecían aquellos caballeros y constándome que no había nada de lo que ellos imaginaban, no pude menos que declararles que todo era un engaño, un error, una especie falsamente vertida, asegurándoles bajo mi palabra, que en el tránsito nada había visto; y como ellos eran de juicio recto y de criterio sano, no obstante sus profundas prevenciones por las falsas especies, abandonaron sus propósitos, sus preparativos y sus temores, convencidos por la fuerza de mis razones y asegurados de la realidad de las cosas.

Fuí de esos caballeros finamente tratado, y se esmeraban algunos en cuidar de mi persona, gozosos de verme después de tanto tiempo, en que, por no haber tenido noticias nuestras, nos creían muertos o perdidos. Disfrutando de tan amable compañía pasé algunos días, ya en un punto, ya en otro de aquellos contornos; y que las atenciones con que, sin merecerlo, me trataban en todas partes, no me daban lugar a proseguir mi viaje, porque tantos agasajos me tenían obligado.

Al fin resolví pasar adelante el día 23 de Setiembre, no por el río, porque los Piros remeros últimamente encontrados, no quisieron pasar adelante; sino por tierra, que en cierto modo me era más cómodo; y emprendí la marcha yo solo con los peones, quedándose el Hermano Covarrubias para arreglar las cargas, y venirse inmediatamente después.

Esos peones que me acompañaban, mataron una culebra rara, que encontramos por el camino, la cual es larga como unas tres cuartas, tiene dos cabezas con sus dientes respectivos en ambas, pero carece completamente de vista. Tiene la propiedad ese temible animal, según me dijeron esos hombres, de acercarse por la noche a la gen-

te que duerme y entrarse en su cuerpo muy sutilmente, lo cual me aseveraron repetidas veces al manifestarles yo dificultad en creerlo.

Llegué el día siguiente a Illapani, en donde me detuve a esperar al Hermano Covarrubias, el cual vino con las cargas el 28, y partimos al otro día con bestias que nos proporcionó el señor don Pedro Villafuerte, y fuímos a dormir a Chaquichina.

Al pasar por aquellos lugares encontré a la gente muy atemorizada, a causa de la supuesta venida de los salvajes, entrando los hacendados en mil afanes por buscar armas y recoger gente, preparándose para entrar en campaña. Como era natural, desvanecí de la cabeza de todos las falsas especies que con fuerza circulaban, consiguiendo en mi tránsito llevar la tranquilidad a tantas familias, que estaban consternadas por los males que creían inminentes.

Me hacía recordar aquella turbación y desesosiego de las gentes, la paz que Jesucristo trajo a la tierra, y que nos dejó en legado antes de subir al cielo mediante la práctica de su doctrina divina: notaba el contraste de lo que pasaba con las intenciones del Savador del mundo, y me hacía esto avivar los vehementes deseos que tenía, de hallarme en el retiro del cláustro, disfrutando de la paz y concordia con mis caros hermanos, las cuales no hallaba en el mundo.

En uno de esos lugares de mi tránsito, **Yuyato,** encontré a un hombre muy mal tratado y que por milagro había escapado con vida de un percance de viaje. Era un individuo que se había juntado con los caballeros, que se dirigían en son de guerra al lugar señalado, y que se habían detenido un poco antes de aquel lugar a causa del sobredicho percance. Sucedió este al atravesar un mal paso de donde se desbarrancó y cayó de una altura muy considerable, por un sitio muy fragoso, sin poderse

detener hasta el profundo. Consternada toda la comitiva, creyó que había muerto sin remedio, pues no era para menos tan tremenda caída mayormente siendo de avanzada edad aquel individuo.

Bajaron con harto trabajo al lugar del siniestro, y, como por un milagro, encontraron con vida al que suponían que había ya espirado, y aun al parecer, no descubrieron en el infortunado nada más que algunas contusiones pequeñas, pero notables que le permitieran andar por sí mismo: por cuya razón fué necesario que aquellos caballeros hicieran con el pobre el acto humanitario de cargarlo en hombros y llevarlo al lugar inmediato que, como dije, era Yuyato. Este funesto suceso tuvo que deplorarse por los de la expedición bélica emprendida sin motivo ni causa verdadera, pero sí creída tal, quedando ese infeliz con un hueso de la cadera dislocado.

Con el ansia de llegar a mi amado Convento y con el gozo de hallarme muy cerca de él, continué el viaje el día 30 de Agosto, y al poco rato llegué al Retiro, en donde sus habitantes querían que me quedase, pero teniendo que hacer en Echarate, proseguí mi camino hasta llegar a este punto el mismo día.

Aquí me fué preciso hacer un nuevo sacrificio, postergando mi marcha hasta después de doce días; por haber acudido un número considerable de personas de aquellos contornos, con el objeto de que los confesase y derramase sobre ellos los consuelos que sólo tiene la Religión Católica. Otro tanto me sucedió en Santa Ana, donde tuve que permanecer otros tres días con igual objeto, no obstante de sentirme siempre bastante enfermo; tanto por la mala y escasa alimentación pasada, como por la afección del pulmón y pecho, que en mí es crónica, por cuya razón los facultativos han creído serme indispensable vivir en la sierra.

El 30 y último de Setiembre estuve en **Ollantaytam-**

ho, en donde visité la famosa fortaleza de los antíguos Incas, la cual, si bien medio derruída por la acción destructora del tiempo, conserva con todo, algo de su primitiva y admirable arquitectura, como vestigio de que en otro tiempo había sido edificio grandioso y temible.

De aquí proseguí mi viaje hacia la ciudad del Cuzco emporio, antes de la conquista, de la riqueza, opulencia y celebridad del imperio índico, en donde se adoraba al sol como dios del mundo, y ahora se prosterna ante Jesucristo, por el cual fué hecho el sol, los astros y todas las criaturas; y a quien adoran en el cielo los ángeles, como rey y señor de cuanto existe, y el **Ser absoluto,** principio y fin de todas las cosas, el cual ha levantado aquella ciudad del fango de la abyección y de la ignominia, y la ha dado un lugar honroso entre las demás ciudades civilizadas.

Llegué a esta ciudad tan suspirada el día 3 de Octubre de 1875, en que pisé después de mil siglos, según me parecía, los humildes umbrales de mi tan querido Convento. Salieron a recibirme todos mis caros Hermanos, tan luego como supieron mi llegada, echándonos los brazos unos a otros, y rebosando de gozo, y júbilo nuestros corazones, pues era recíproco y muy grande el que todos sentíamos en tan tiernas circunstancias, viniéndosenos casi las lágrimas a los ojos y era tanto mayor nuestro contento y alegría, como sentimental y triste había sido el año anterior nuestra despedida, al presentir unos y otros los trabajos que se nos aguardaban; y aún al asomarse a la mente ciertos pronósticos que hacían temer íbamos a ser víctimas sacrificadas en aras de la caridad fraterna. Todo hacía creer que tal pronóstico o presentimiento se había cumplido, porque no se tenía de nosotros noticia alguna. Yo no había muerto, pero sí estaba esqueletizado y desconocido. Reciba su divina Majes-

tad todos los trabajos sufridos, y dígnese llenar de sus grandes misericordias a los que de ellos fueron causa.

La comunidad de mi convento del Cuzco, entonó un himno de alabanza y de gracias a la augusta y bondadosa Majestad divina, por todos los favores que nos había dispensado durante nuestro viaje; y fué aquel día de nuestra llegada de gran júbilo y regocijo para todos los individuos que la componen.







CONCLUSION

Importancia de los sucesos narrados.—Manifiesta superioridad del Misionero al hombre civilizado.—Causas de la esterilidad de los trabajos apostólicos.—Carácter de la gracia en el mundo de los espíritus. Condiciones y medios necesarios para que sea fecunda.—Organización de una nueva asociación en Lima.

El cuadro presentado en la relación de este viaje dista mucho de una obra acabada: se necesitaba un pincel más fino y una mano más diestra que exhibiese con vivos coloridos y expresión animada las personas y las cosas que aparecen en él toscamente trazadas. Pero tal es su importancia y lo grandioso de su talle, que no creo por eso que hayan quedado envueltas entre sombras, aún cuando se echen de menos las galas de la elocuencia y la sublimidad de los conceptos.

Como la flor brota espontáneamente de su tallo, así, a mi humilde juicio, se desprenden de este escrito dos conclusiones interesantes: los nobles motivos que han guiado nuestros pasos, y la rudndad de los salvajes que han esterilizado nuestros sacrificios.

Nuestro viaje a la Montaña ha llevado propósitos muy distintos, por no decir opuestos, a los que persiguen el común de los que en ella se internan. Atraídos por las riquezas de sus abundantes producciones, van allí para disputárselas a los indios, sus legítimos poseedores, a quienes no rara vez explotan, maltratan y llenan de tropelías, robándoles sus criaturas, y cometiendo excesos

con sus mujeres. Nada extraño es que atropellándose los fueros de la justicia y las leyes de la humanidad, estén los salvajes llenos de prevenciones y poseídos de odios contra los exploradores o explotadores que recorren sus territorios, a quienes, si les toleran el que se lleven las riquezas de los lugares que consideran suyos, no les perdonan las injusticias y las crueldades de que son frecuentemente víctimas.

Al penetrar en la Montaña los Misioneros, no tenemos en mira interés algún personal, ni buscamos cosa alguna de los indios; sino con desinterés y abnegación andamos en pos de los mismos indios para llevarles la verdadera felicidad y cultura, y a más, les damos cuantas cosas temporales tenemos: en una palabra, el Misionero se olvida de sí para hacer feliz al salvaje, mientras que el comerciante no tiene cuenta más que de sí mismo, y la suerte del salvaje le preocupa muy poco. Los nobles motivos del Misionero no puede nadie ponerlos en duda.

Los sacrificios esterilizados por los salvajes es la otra conclusión principal que se desprende de este escrito, sobre lo cual, si bien dije algo en la otra parte, cuando me ocupé del desenlace de nuestra empresa, sin embargo dejé mucho que exponer en descargo de aquellas infelices gentes, reservándome completar en esta Conclusión lo que la brevedad me impidió explanar entonces.

Difícil y sumamente arduo es el que abandonen los salvajes su vida libre y avezada a toda clase de licencias, como no es cosa fácil ni hacedera el que cualquier hombre, por civilizado que se le suponga, cambie sus propias costumbres y hábitos por otras más perfectas y severas: lo ordinario es permanecer cada uno en el género de vida que se ha comenzado, y no abandonar hasta la tumba lo que a fuerza de repetirlo, ha llegado a formar segunda naturaleza. La reforma de costumbres, la rege-

neración moral de los hombres, la restauración religiosa de las sociedades, son hechos no frecuentes en la historia, y cuando ellas han tenido lugar han sido siempre miradas como obras estupendas y prodigiosas que han admirado los siglos y han sido una muestra del extraordinario concurso por parte de la divina Providencia.

Ese movimiento ascendente hacia lo bueno, hacia lo perfecto, tan lejos de formar el carácter de la presente época, muy al contrario se observa una marcada tendencia en la moral, en los sentimientos y creencias religiosas, tanto en los individuos como en los pueblos, a pesar de que el poder y la fuerza intrínseca de las verdades de la Religión, de sus dogmas, de sus sacramentos, de su autoridad y gerarquía, se halla en medio de esos mismos hombres y de esos mismos pueblos, lo mismo ahora que en otros tiempos de pujanza y verdadera grandeza. Lejos de notarse en la civilización moderna sus movimientos ascendientes hacia Jesucristo, Regenerador único y posible del mundo, foco de verdadera civilización y modelo acabado de perfección absoluta, día por día se apartan los hombres y los pueblos de ese principio de vida y grandeza, y se precipitan por la pendiente que lleva a la inmoralidad y a la ausencia de toda la religión revelada; por manera que vienen a dar en el horroroso abismo donde la misma Religión natural queda muy mal parada.

Si tal es la índole del hombre en los países cultos, nada extraño es que suceda otro tanto en los que no tienen civilización alguna: perseguida la Religión Católica en aquellos, o cuando menos despreciada o mirada con indiferencia, a pesar de haber sido ella la que los ha elevado al grado de civilización y cultura que tanto los envanece; no es de admirar que en el fondo de las Montañas no se eleven los salvajes al conocimiento de la perfección y de la belleza de esta Religión cuya noticia apenas les ha sido anunciada, ni justiprecien el caudal de

verdad y de felicidad que de la misma reportarían: tal es la condición del hombre.

Esfuerzos supremos se necesitan de parte de los indios para establecer con solidez entre ellos la civilización católica, como esfuerzos muy grandes debe hacer cualquiera para dominar sus pasiones, reformar sus costumbres y someterse a una vida perfecta. El hombre más morigerado y más metódico se asustaría si se le obligase a vivir como un hermitaño o un anacoreta; y a los acostumbrados a una vida suelta y de placeres, rara vez puede conseguirse que cercenen sus demasías y se reduzcan a los términos que el decoro, la moral y la Religión prescriben: y ni aún el criminal y el foragido abandona ordinariamente el camino de perdición en que una vez ha entrado, a pesar de sentir sobre sí el peso del anatema de la sociedad entera y el temor de un ejemplar castigo ejecutado por la justicia.

Si es un hecho esto que está a la vista de todos, no debe maravillarnos el que el salvaje no deje fácilmente su vida libre que le es connatural: las grandes dificultades que deberían superar los habituados en la molicie y en la licencia de la civilización moderna, al abrazar un nuevo modo de ser y de existir, éstas y aún mayores deberán experimentar los indios de las selvas, al proponerse cambiar los hábitos de su naturaleza degenerada.

Para obrar esta trasformación no veo más que dos medios, que pueden funcionar, y en realidad funcionan simultáneamente. El uno pertenece a un orden superior y obra invisiblemente sobre los espíritus; el otro depende de nosotros y su acción se manifiesta en todos los actos de la vida racional.

El primero es la influencia sobrenatural y divina que obra sobre el alma, y lleva el nombre de **Gracia**; pero la acción de ésta, aunque poderosa y eficaz para ejecutar las transformaciones más estupendas, no obra indepen-

dientemente y sin el concurso de la voluntad libre del hombre; porque esta acción de la gracia es diferente de esa otra con que Dios gobierna el mundo físico; en el cual con voluntad absoluta y sin obstáculo alguno de parte de otro poder que oponga y resista a su poder, hace, como ya cantaba David, **Todo lo que quiere.** La creación y conservación del universo, con el orden, armonía, belleza y demás encantos que constantemente se presentan a nuestros ojos, sin que jamás fuerza alguna creada haya podido perturbarlos, es una manifestación elocuente y sensible de la absoluta voluntad de Dios que se sobrepone a cualquier otra fuerza contraria.

Pero esta ley inflexible con que rige Dios el universo no es la adaptada al hombre, que es un ser racional y libre, al cual debe Dios gobernar con otra ley que esté en armonía con la naturaleza: no es otra que la ley moral, única que puede convenir a las criaturas libres.

Sometido, pues el hombre a las leyes del mundo de los espíritus, recibe un auxilio divino para cumplirlas, dejando, empero, intacta siempre su libertad, con la cual secunda o inutiliza estos divinos auxilios. Respeta Dios, por consiguiente, el libre albedrío que ha dado al hombre, y, al hacerle sentir la suave acción interna, no le hace fuerza ni menos imprime necesidad en sus actos libres, que deben ser tales para que sean personales, imputables y meritorios.

El cómo y en qué grado obra Dios sobrenaturalmente en el alma, nos está oculto a nosotros y constituye uno de los arcanos más intrincados de la teología, como infinitos arcanos a cada paso nos presenta la naturaleza, que no han podido explicar los hombres más sabios y profundos. Dejando ese elemento o medio omnipotente a la dispensación inescrutable de la divina Providencia, ya sólo debo ocuparme del otro medio que está en nuestra mano y que puede aplicarse con buen suceso.

Es este medio el ministerio sacerdotal, mediante el cual debe franquearse a los salvajes el libre acceso al conocimiento de Dios y de la redención humana por Jesucristo, para después venir a parar a la civilización cristiana y a la salvación eterna. Pero no debe ser este un ministerio escueto y circunscrito puramente al orden espiritual estricto; sino un ministerio que debe ir acompañado de algo que pueda ser capaz de mover con eficacia e interesar con efecto sus encorvados corazones o impresionar sus materializados sentidos, según dejo dicho en otra parte; un ministerio, en una palabra, que tenga por vehículo las dádivas frecuentes, reclamadas por las necesidades de la vida civilizada. La presencia del Misionero sin ese prestigio entre los indios, sería lo mismo que una poderosa pieza de artillería sin pólvora ni proyectiles con que hacer disparos, o como un muy fértil terreno con una gran laguna bien provista de agua, pero sin canal o medio alguno, con que conducirla: el terreno se quedaría seco, y el agua permanecería estancada.

Necesario es, pues, suministrar a los salvajes, juntamente con el pan de la divina palabra y el alimento de su espíritu, el vestido para su cuerpo, los aperos de labranza para romper y cultivar la tierra, las herramientas más usuales para los oficios y arte serviles, los enseres más indispensables para la pesca y la caza, los instrumentos curiosos para las ocupaciones provechosas, los dijes y bujerías para el adorno de las mujeres, a quien hay necesidad de tener siempre contentas, a fin de que no subleven a sus maridos, y no se pierda en un momento el trabajo continuado de mucho tiempo; en fin, se necesita un sin número de cosas indispensables a la vida civilizada y que ejerzan sobre ellos un atractivo poderoso y constante por medio del cual se les pueda tener bajo la acción civilizadora del Misionero.

Si todo esto no se proporciona a los salvajes, ¿qué a-

liciente se empleará para arrancarlos de aquel estado miserable, cuando son incapaces de justipreciar lo que no les entra por los sentidos y no les proporciona alguna utilidad conocida?

Es, pues, evidente la necesidad de procurar a los salvajes lo que es de todo punto indispensable para interesar sus instintos codiciosos por medio de las referidas dádivas; y esta necesidad ha sugerido la plausible idea de crear una Asociación que se halla ya organizada en Lima desde el año 1874, con la aprobación del Iltmo. Metropolitano, la cual es parecida a la establecida en Lyon de Francia para atender a las necesidades de las misiones de Oriente y de la América del Norte, como ya en otra parte tengo dicho.

La Asociación de Lima, pues, tiene por objeto socorrer a las tribus salvajes que se hallan a la otra parte de los Andes mediante una cuota mensual de medio real, o lo que quiera erogarse, recibiéndose también otros donativos, sea en metálico, sea en especies, como telas o ropas de cualquiera clase, herramientas, cuchillos, espejos, anzuelos, cascabeles, gargantillas, mostacillas y otras bujerías que pueden servir para aquellos infieles.

La organización de la Asociación es por decurias o decenas, y toman el nombre de coros, erogando las personas que los componen la cuota mensual susodicha, o cualesquier otra que más les plazca, las cuales todas recogidas por la cabeza de coro, son entregadas por la misma a otra, encargada de diez coros, y ésta a su vez las entrega a la Tesorera, quien las pone a disposición del Procurador de las Misiones de Infieles en Lima, residente en el Convento de los Descalzos, que lo es actualmente el R. P. Fr. Pedro Sala.





PARTE SEGUNDA

OJEADA

SOBRE LA MONTAÑA

SERIE DE ARTICULOS

Publicados por el

Rdo. P. Fr. Bernardino González

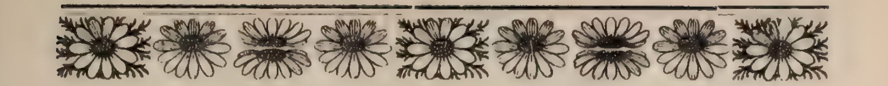
M. O. Y MISIONERO APOSTÓLICO

EL AÑO DE 1886



PADRE FR. BERNARDINO GONZALEZ





PROLOGO

El padre fray Bernardino González terminó su vida con la muerte del justo, hace pocos años el 27 de octubre de 1915, siendo morador de este convento de Santa María de los Angeles de Lima.

Es difícil hallar un hombre en quien el espíritu de empresa adquiriera un desarrollo más amplio y general. Nacido en la populosa Barcelona el 19 de agosto de 1831, pasó al convento de Ocopa a sus veintiún floridos años, donde profesó en 1853. Hermanó en su persona desde esta última fecha, la austeridad del religioso y misionero con la inventiva y las aspiraciones ilimitadas de una inteligencia poderosa. puesta al servicio del bien y del progreso cristiano.

Se le vió siempre sustentando y fomentando una idea benéfica, en virtud de la cual se ponía en movimiento, sin raparar en obstáculos, que nunca creyó invencibles. Los cargos de guardián del convento de Santa María de los Angeles de Lima, de comisario general en el Perú, Ecuador y Colombia, las comisiones especiales en el arzobispado, la confianza que depositaron en él los hombres públicos del Perú, su condición de socio de la Sociedad Geográfica de Lima: todo esto puso al padre González en circunstancias favorables para ejercitar su celo y dar ancho campo a su espíritu de empresa; y téngase por cierto que no dejó de aprovechar toda la libertad de que dispuso y todos los medios que se le franquearon.

Hay un punto especial en el padre fray Bernardino González, que fue la clave de su vida activa como reli-

gioso y sacerdote, siempre útil y edificante: ese punto especial es que quiso aparecer en todo tiempo y en todas circunstancias el **hombre de Dios.** Durante su vida trató de realizar obras benéficas de muy diversa índole: trató de levantar colegios, como el que hoy ocupan los religiosos salesianos del Callao; trató de perfeccionar instituciones nuevas, como la actual cárcel de Santo Tomás, bajo la dirección de Hermanas Terciarias Franciscanas; trató de implantar maquinarias, de levantar fábricas, de establecer hospitales y sanatorios; trató de franquear una puerta al progreso y cultura del Oriente: y en todo esto se veía al varón de Dios, dominado por una idea religiosa, a la cual subordinaba todos sus movimientos y operaciones.

Entre los papeles originales del padre González se halla uno con el título de **Propósitos y Métodos de Vida.** Este género de literatura ascética y evangélica es desconocido al mundo; pero es indudable que a los **propósitos,** en el sentido que hablamos, se debe el hecho de que muchas almas lleven por doquiera el **buen olor de Cristo** de que nos habla **San Pablo.**

El sincero lenguaje de los propósitos, matador del amor propio y de sí mismo, es una sorpresa increíble para los espíritus mundanos, idólatras de su gloria; y es una locura para la sabiduría profana. Pero en realidad ellos son los que entablan en el espíritu religioso aquella noble lucha, señalada por Jesucristo con las palabras: **Abneget semetipsum; niéguese a sí mismo.**

El mundo difícilmente puede darse cuenta del trabajo íntimo a que tiene que dedicarse el alma cristiana y religiosa para lograr este fruto y esta victoria, que no pueden ser efecto de las solas virtudes sociales. Las virtudes sociales y políticas imprimen un carácter especial que no es el evangélico: aquellas virtudes que forman al hombre culto hallan su recompensa en las consideracio-

nes de que se ve rodeado quien las cultiva, no sin satisfacción del amor propio.

En cambio, las virtudes evangélicas genuínas no pueden aspirar a ninguna satisfacción puramente humana, y deben obedecer al plan trascendental de nuestra conformidad o semejanza con Jesucristo, divino modelo de los justos.

Mas, como decíamos, el espíritu ascético del padre González, formado para Dios en la soledad de los claustros, no desdeñó las agitaciones de misionero y explorador; y preocupado del problema del enlazamiento del Oriente peruano con el centro de la República, y sobre todo con la capital; quiso estudiar y proponer al Gobierno del Perú un proyecto de unión de ferrocarriles, a condición de construír uno nuevo hasta un río navegable de la región amazónica.

Estimó el padre González que este hecho, además de los beneficios comerciales que traería inmediatamente, cortaría la corriente de las ideas separatistas que fermentaban en Loreto.

Para que pudiese hablar y actuar con conocimiento de causa, fue personalmente en 1880 al valle de Huancabamba, subió a la altura del Mirador, contempló la cuenca del Palcazu y emprendió la apertura de un camino desde el Tingo de Huancabamba hasta las bocas del Chuchurras, que franquea sus caudales al mencionado Palcazu.

Después que el padre González hubo terminado sus viajes, observaciones y trabajos de construcción del camino al Chuchurras, el Perú sintió sincera gratitud para con el emprendedor y abnegado misionero, que así se preocupaba del bien de la nación; y el periódico "El Comercio", en el número 15,117, correspondiente al 29 de enero de 1884, le dedicó unas líneas encomiásticas que

ponían de manifiesto los méritos contraídos ante la nación, por la empresa llevada a término feliz.

Las líneas que mencionamos son las siguientes: "El Reverendo Padre descalzo fray Bernardino González, devuelve al ministerio del ramo los instrumentos que le han servido en sus importantes trabajos de exploración del camino que conduce al río Palcazu. Al mismo tiempo, ha entregado los planos que por su propia cuenta y sin ocasionar gasto alguno al Fisco, ha levantado, autografiado y publicado, y que contienen el trazo del camino más corto, fácil y económico, que comunica la pampa de Junín con el río navegable que conduce al Atlántico; inclusive la topografía de las regiones de Chanchamayo, Cerro de la Sal, Paucartambo, Pozuzo y los ríos de Palcazu, Mairo y Pichis."

"La paciente labor del Padre González, en las exploraciones científicas de que se viene ocupando hace tiempo es digna de todo encomio, y revela, no sólo un amor decidido por la ciencia, sino también por el suelo peruano; que trata de engrandecer coadyuvando a la solución de uno de los más serios problemas que constantemente ha preocupado a los estadistas peruanos y los hombres de ciencia de otros países, que han venido al Perú a emprender serias y peligrosas expediciones para encontrar la rápida e inmediata comunicación entre la sección oriental y la occidental del continente Sud-americano, comprendido en la línea del Perú y el Brasil."

"Raymondi, Wertheman y Tucker, con la autoridad que les dan sus conocimientos en estas materias, y principalmente los dos últimos, por haber recorrido esas regiones, ya en balsas, ya en pequeños vapores, han contribuído a patentizar la posibilidad de la comunicación del Pacífico con el Atlántico, despejando la incógnita que envuelve un brillante porvenir para este país, tan favorecido de la naturaleza como trabajado por la indolen-

cia y los malos hábitos de sus habitantes. Hoy, pues, no vemos en la obra meritoria del padre González la iniciación de un proyecto, que existe formulado ya en escritos, patentizado en los planos y desenvuelto satisfactoriamente en las memorias oficiales y particulares de viajeros y exploradores, que nos son conocidos; sino el complemento de una idea, tanto más interesante cuanto que su completa realización nos pondrá en aptitud de llegar a la prueba de la navegación por los ríos nuevamente explorados, ya desviando, ya acortando la distancia de caminos casi intransitables; y que, desalentando por completo a los más, han sido una valla para los pocos que se atreven a arrostrar las dificultades que ofrece el tráfico por nuestras montañas y aún por nuestras áridas serranías."

"No sólo el interés continental que ofrece la comunicación inmediata de los dos caminos por esta zona, debe llamar nuestra atención en el asunto de que nos ocupamos; sino también el de los productos naturales que ofrecen y se pueden explotar en las regiones que acaban de ser objeto del estudio del padre González; porque ahí se ha encontrado en abundancia caucho, tagua y lino de los mejores que se conocen y que hacen competencia a los artículos de esta clase que se introducen del extranjero; y hoy mismo se ocupa, en las márgenes del río Palcazu, una porción de individuos, en la extracción del caucho que se remite a Europa por el Amazonas, haciendo de este trabajo una industria que bien fomentada puede dar más resultados provechosos."

"Sabido es que el caucho se dedica a manufacturas y a objetos de no pequeño valor. como los ponchos de agua y las capotas, tan usadas por los viajeros en la sierra y por los bañistas en la costa; de manera que, la fácil exportación de ese artículo, y su introducción a las regiones andinas y costaneras del Perú, por medio del

camino de Junín al Palcazu, contribuirán a ensanchar una industria que está iniciándose y que puede ensancharse en grandes proporciones."

"Mientras, creemos cumplir con un deber patriótico manifestando al Reverendo Padre González, toda la gratitud que nos inspiran los diversos e importantes servicios que tiene ya prestados al país" (1).



(1). El padre González recopiló y publicó en folleto su "Ojeada sobre la Montaña", en 1893, en la Imprenta Privada del Colegio de Propaganda Fide, Lima.

AL PUBLICO

La importancia de este folleto se desprende de su propio asunto: la Montaña del Perú. Darla a conocer como es en realidad; establecer la verdad respecto de los caminos proyectados hacia sus ríos navegables, indicando el más hacedero por multitud de condiciones; proponer a la consideración general las ventajas de la inmigración para aprovechar de tantas riquezas hasta hoy improductivas por la incuria y el abandono; estudiarla, en una palabra, geográfica, política y económicamente, cuestiones son que no pueden pasar inadvertidas para quienes de veras anhelan el mejoramiento de la patria.

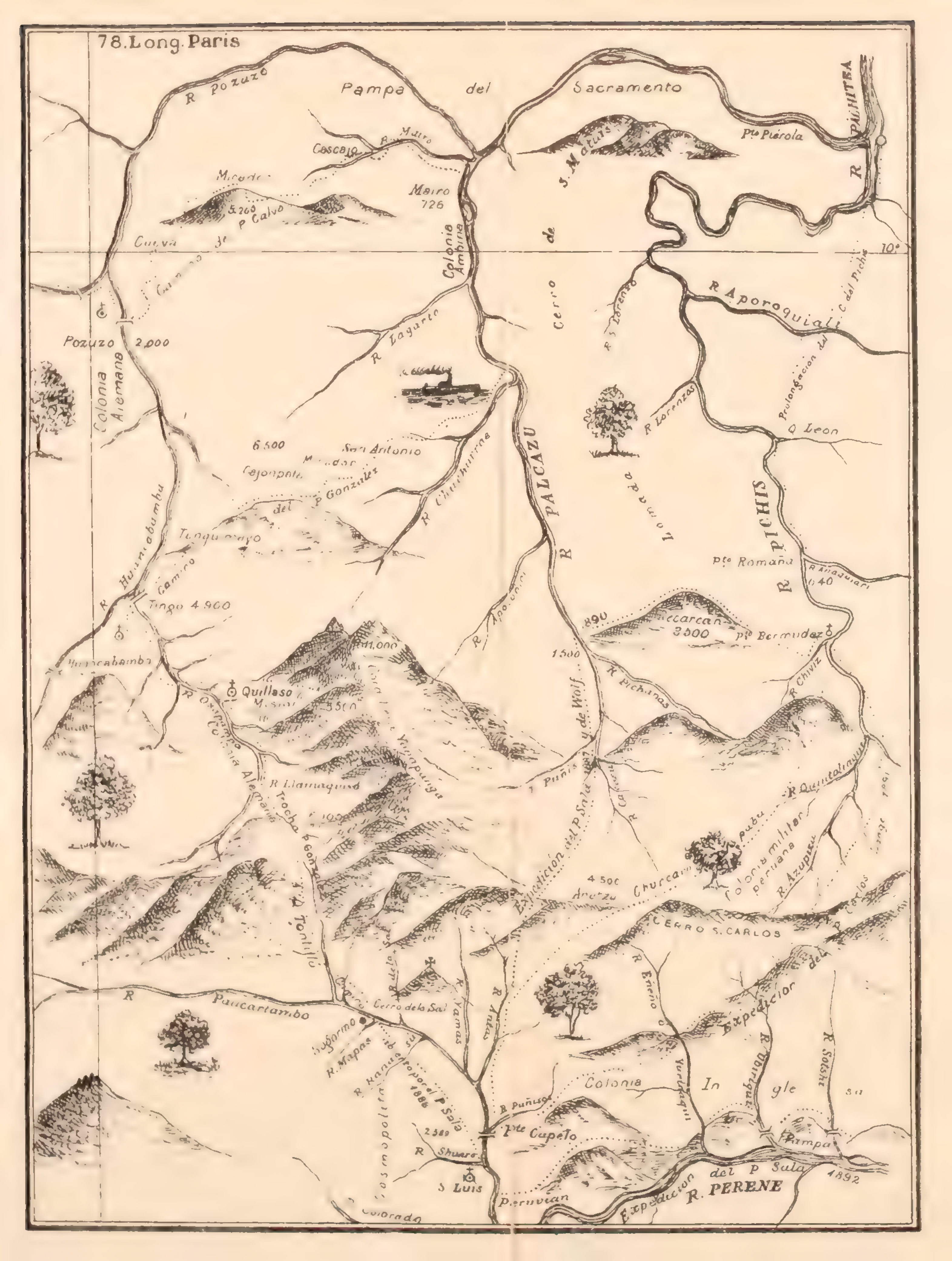
Comprendiéndolo nosotros así, no hemos omitido exigencias, uniéndonos a las reiteradas solicitudes de diversas y respetables personas, para conseguir de su autor que nos permitiese compilar en un folleto la serie de artículos que vieron la luz pública en uno de nuestros más acreditados diarios; porque impresos ellos en días en que la atención general estaba preocupada por la solución de asuntos graves, urgentísimos, de momento, que enteramente la absorbían, no fué posible que fuesen leídos ni analizados con la detención que era menester. Y como siempre se han considerado de importancia transitoria y de valor pasajero los escritos insertos en periódicos, hemos creído conveniente reunir aquellos artículos en un cuaderno para darles así, en cierto modo, un carácter de permanencia, seguros de que, en esta forma, serán apreciados debidamente.

Son siempre de importancia actual los conceptos que en este folleto se encuentran, mucho más si a ellos se agrega lo que un viaje repentino impidió a su autor com-

pletar y publicar entonces; pero, aunque antes publicados, nunca como hoy han sido más de actualidad y de vitalísima importancia, si se exceptúa una parte insignificante e incidental relativa a la crisis monetaria producida por los billetes fiscales, en circulación al tiempo en que se escribieron los artículos y que no hemos querido suprimir, por conservar el original en toda su integridad. Hay sobre esa crisis juicios muy fundados y luminonosos, y por tanto, también de importancia. Esperamos, por lo mismo, que el público los acojerá con entusiasmo.

Los Editores.





78. Long. Paris
R Pozuzo
Pampa del Sacramento
Cerro de S. Matias
R Pichitea
Pto Piérola
Mairo 726
P Calvo
Colonia Ambina
10°
R Aporoquiali
Pozuzo 2,000
Colonia Alemana
R Lagarto
R Lorenzas
Q Leon
Prolongacion del C del Pichis
6.500
San Antonio
P Gonzalez
R Chuchurras
R PALCAZU
R PICHIS
Lomada
Pto Romaña
R Anaquiari
640
R Huancabamba
Tingo 4.900
Huancabamba
890
3500
Pto Bermudez
11,000
1500
R Pichanas
R Chiviz
Quillaso Mision
3500
Y de Wolf
R Llamaquina
R Quintaliaqui
Expedicion del P Sala
Colonia militar Peruana
R Azupizu
4.500
CERRO S. CARLOS
R Paucartambo
Cerro de la Sal
R Yamas
R Eneno
Expedicion del
R Mapas
Colonia Inglesa
R Puñiso
Pte Capelo
2389
R Shuaro
S Luis
Peruvian
Expedicion del P Sala 1892
R. PERENE
Colorado



CARTA PROLOGO

Su casa, en Lima, a 1o. de Mayo de 1891.

Al Rdo. Padre Fr. Bernardino González, Misionero Apostólico, Guardián del Convento de Nuestra Señora de los Angeles (Descalzos).

Respetado y querido hermano en N. S.:

He leído, con vivo interés y no menor complacencia, los artículos que V. R. publicó hace cinco años en la "Opinión Nacional", encaminados a probar: 1o. la necesidad de explotar los vastos y fértiles territorios de nuestra casi ignorada **Montaña**; 2o. la de establecer ahí colonias extranjeras, que suplirían ventajosamente los brazos que nos faltan para tan grandiosa como útil, y. aún diré, necesaria empresa; 3o. cuál es el punto más ventajoso para que sirva de partida a un ferrocarril, que debe unirse con la línea de la Oroya y terminar en el punto, navegable hacia el Atlántico, de nuestros ríos, que a ese mar llevan sus aguas, enriqueciendo al caudaloso Amazonas.

Nada más importante para el Perú, que ha menester aprovecharse, aunque tarde, de los ricos dones con que le dotara la Providencia divína, y que no hallará mejor camino para ello que el natural hacia el viejo Continente en donde podría cambiar ventajosamente sus ricos, variados y numerosos productos, hoy casi perdidos, por falta de brazos y de vías de comunicación.

Nada más patriótico y caritativo que el proyecto de V. R., avalorado con el precio de tantas fatigas, y trabajos y riesgos. Con ellos ha probado V. R. el ardiente celo que le anima por el binestar general; y que el Mi-

sionero Apostólico, el Sacerdote abnegado, aunque busca en primer término la santificación de las almas, no desdeña, ni mira en poco el bienestar material de aquellos a quienes contempla como hijos de su Caridad.

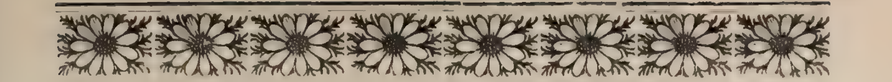
En nombre de la Religión, de la que soy indigno Ministro, y de la Patria, entre cuyos últimos hijos me cuento, doy a V. R. las más efusivas gracias por haber ejecutado un trabajo, cuyo valor e importancia se presenta a primera vista, y cuya noble inspiración y santos fines pueden apreciarse por toda alma recta y libre de egoísmo.

Dé V. R., pues, a la prensa esas páginas, mejoradas con las importantes correcciones, que he visto en sus márgenes; y ojalá que sean debidamente apreciadas, y, lo que es más, aprovechadas, llevando sin dilación a la práctica el proyecto de V. R., que es sumamente oportuno en los tiempos que corren, ora por las ventajas que de él reportaría el Perú, ora porque ha de ser una prueba más de que la Religión Católica y el progreso verdadero no se excluyen, como no excluye Dios al hombre, su mejor hechura, destinado a reinar en el universo.

De V. R. affmo. siervo

José Antonio Roca y Boloña.
Presbítero.





OJEADA SOBRE LA MONTAÑA

I

Lo que es el Perú

Valiosas riquezas yacen sepultadas en regiones no lejanas de esta capital, que han visto pasar siglos sobre sobre generaciones sin que de ellas el hombre se aproveche. Esas riquezas se encuentran en la Montaña, suficiente para alimentar muchos millones de habitantes y hacer la fortuna de gran número de familias.

La Providencia ha derramado con mano pródiga sus beneficios sobre el Perú, y ha dotado sus terrenos de fecundidad prodigiosa y variada; ha depositado en las entrañas de sus cerros preciosos metales y ha dado a sus diversas regiones variedad de climas; ha extendido sobre grandes capas de tierra sustancias preciosas en beneficio de la agricultura y de la industria, y hasta sin éstas han recibido aquéllas ricos depósitos, que han podido proporcionar al Perú pujanza y prosperidad material, cual ninguna otra nación del mundo.

Pero el Perú no siempre ha sabido aprovechar tan inmensos beneficios, ni los elementos de prosperidad y grandeza contenidos en su seno han sido aún explotados. La Divina Providencia, que gobierna el universo y que rige los destinos del hombre, lo mismo que los de las naciones, y cuya sabiduría dispone todas las cosas en número, peso y medida, tiene tiempos señalados, así como ge-

neraciones determinadas, en los cuales se realizan sucesos trascendentales, se explotan veneros de riqueza antes olvidados, se hacen descubrimientos pasmosos que antes ni siquiera habrían sido imaginados. De ahí, varían las instituciones humanas, cambian la faz los pueblos, y los estados ensanchan o estrechan sus fronteras.

No ha sido dado jamás a generacioón alguna, ni a pueblo, por adelantado que estuviese, el poder explotar exclusivamente todas las riquezas de la tierra, ni aprovechar de todas las ventajas que podían sacarse del suelo que habitan. La Providencia Divina ha concedido a unas generaciones, lo que ha negado a otras, y en tiempos inesperados ha realizado lo que en vano se habría procurado y con grande esfuerzo se quería conseguir en otros. Es la tierra una gran defensa, un inmenso bazar, un inagotable repuesto de provisiones de cuanto puede necesitar el hombre, de cuanto puede serle útil, o bien satisfacer su curiosidad y aún sus caprichos. Estas provisiones deben abastecer a todos los siglos, y proporcionar una sorprendente y agradable variedad a todas las edades del mundo, y cautivar la admiración y el más vivo interés de todos los hombres que deben sucederse desde el principio hasta el fin de los tiempos.

Esto explica el **por qué** los primeros hombres que poblaron la tierra no lo supieron todo, ni los que vinieron después lo agotaron todo, ni los que vivimos ahora lo explotaremos todo, ni los que vendrán tras de nosotros consumirán todo lo que encuentren, ni llegarán al término de todo lo posible. ¿Qué hubiera quedado para nosotros si nuestros antepasados todo lo hubieran agotado? ¿Ni qué herencia dejaríamos a los que nos deben suceder sobre la tierra, si a nosotros todo nos fuese concedido?. Una providencia paternal, como dijimos antes, rige los destinos del hombre y de las naciones, ella es la que gobierna el universo entero, y su sabiduría admirable es el

esmalte de todo lo que en él se realiza, así como su poder y su bondad, su causa eficiente.

Manifiestos y patentes estaban los grandes depósitos de huano y salitre en tiempo del coloniaje, y España durante tres siglos de dominación no tuvo ojos para ver, ni manos para explotar esos valiosos productos, que hubieran podido enriquecer y llenar sus arcas. La Providencia, que negó esos ojos y esas manos a la madre patria, se los concedió al Perú constituído independiente, para que formase con esas fabulosas riquezas su prosperidad y su pujanza, promoviendo la agricultura, la industria, las ciencias, las artes, el comercio, y haga todo aquello que debe hacerlo entrar en las vías del progreso y transformar este nuevo Estado en nación floreciente. Por desgracia el Perú no ha cumplido los designios de la Providencia, no se ha elevado a la altura que debía esperarse, atendidos los medios con que contaba. ¿Sucederá lo mismo con la Montaña? Los veneros de riqueza que se encuentran en ella ¿lo serán para el Perú, o de ellos aprovecharán y explotarán los estraños? ¿Se verá de ellos desposeído, como ha sucedido con el huano y salitre, o seguirán formando parte integrante de su territorio?

Lo estudiaremos.

II

Inmigración

Proverbial es la riqueza del Perú, sin que los desastres que ha sufrido, ni los trastornos de que ha sido teatro, ni el desconcierto que de muchos años atrás lo ha trabajado, ni el estado en que se encuentran la mayor parte de sus pueblos, puedan destruír lo que ha llegado a ser una verdad admitido por todo el mundo. Proviene esto de que la riqueza del Perú no se funda en el capital

flotante, y en las combinaciones del tráfico o comercio, no en los productos de una adelantada industria, ni tampoco en los grandes bienes que proporciona a los pueblos una administración sabia; sino que ella radica en su suelo, abundante en metales y en vegetación, y está a cubierto de los trastornos políticos y de los desatinos humanos, y brinda a los habitantes de este suelo bienestar material y abundancia.

¿Ha sonado ya la hora en los destinos de las naciones, de que el Perú, con mejor acuerdo, se ocupe de la Montaña, o de que se exploten las riquezas que esta contiene?

Por nuestra parte opinamos por la afirmativa, fundándonos menos en el movimiento que en ciertos círculos sociales entre nosotros actualmente se nota, y que dirige sus miradas a aquellas vastas y hermosas regiones, que en el movimiento muy generalizado en Europa, en virtud del cual abandonan muy gustosamente su país natal multitud de habitantes, para trasladarse a otros lugares que les ofrecen porvenir más risueño. Nos lleva esto a hablar de la inmigración, que es la que, a nuestro modo de ver, decidirá la cuestión de la Montaña.

La inmigración la tenemos muy cerca, y ella invadirá nuestro territorio aunque no se llame, y hará su entrada, no por nuestras puertas, sino por atrás y por las espaldas. Esta inmigración nos vendrá de Europa, la cual ha dirigido hasta ahora sus corrientes hacia Estados Unidos y Buenos Aires y a no tardar encaminará su rumbo hacia nosotros.

El estado en que se encuentra Europa impulsa este movimiento incontenible, ya por los trastornos sociales y radicales que pavorosos, amenazan y que el natural instinto de conservación inspira a los hombres esquivar, abandonando los lugares en que pueden hacer sentir sus tremendos estragos; ya por la exuberancia de población

que hay en el Viejo Mundo y que lo lleva a arrojar el sobrante al Nuevo Mundo, que le ofrece, cual Edén, felicidad y grandeza; ya por las dificultades que la clase proletaria encuentra en Europa para procurarse la subsistencia al paso que en América la puede conseguir con facilidad suma, mediante el trabajo; ya por el deseo innato en el hombre, muy acentuado en nuestro siglo, de conocerlo todo, de viajar, de buscar fortuna, de poder dar razón de todo y de trasladarse a cualquiera zona: estas y otras causas impulsarán la inmigración que, encontrando ya dificultades en Estados Unidos y hallando pocas ventajas en Buenos Aires, fijará sus ojos en nuestra vasta y verde Montaña que brinda hogar, alimentos y riqueza a millares y millares de familias, y será el Perú el ensueño de los que aspiran a hacer fortuna.

Agréguese a esto la protección que los emigrantes europeos encontrarán en sus compatriotas, quienes les proporcionarles medios de formar haciendas, y, después, un sentimiento de humanidad y por la satisfacción de proteger al necesitado. cuanto por la mira de sacar partido de esa protección, fundando o formando al efecto sociedades anónimas con ingentes capitales, para costear el viaje, establecer familias en territorios determinados, proporcionarles medios de formar haciendas, y. después. reembolsar con crecidas ganancias el capital invertido.

Este capital lo hay sobrado en Europa. y es cosa sabida que sus poseedores, por no tenerlo ocioso, lo emplearían gustosos por un bajo interés anual, sin más condición que tenerlo seguro.

Ahora bien, asegurado este capital por los pobladores de la Montaña, con sus propios fundos, con las valores obtenidos mediante dichos capitales, y con el trabajo de familias enteras que habrán convertido en productivo un terreno antes abandonado, claro es que será fácil encontrar este capital; y aún es verosímil que los mismos

capitalistas vayan en busca de emigrantes. en quienes puedan colocarlo, dando todo lo dicho por resultado, que la inmigración en nuestra Montaña va a ser rápida, numerosa y quizá no lejana.

¿Cuál será el resultado de esta inmigración?

Vamos a examinarlo.

III

Leyes que deben regirla

Es un hecho, que está a la vista de todos, que Europa se desprende anualmente de un gran número de sus habitantes, que pasan a serlo de las vastas regiones americanas; y es muy verosímil que en breve llegue a ser una realidad, el que esta muchedumbre de miles de habitantes pueblen sucesivamente nuestras Montañas. Esto nos parece inevitable, según lo que llevamos dicho; y ello cambiará la faz del Perú, le imprimirá nueva marcha y decidirá de su futuro destino. ¿Cuál es el puesto que debe ocupar, cuál es la parte que debe tomar en este movimiento el Perú de **hoy,** para preparar el Perú de **mañana?** ¿Debe permanecer inactivo, simple y pasivo espectador de los hombres y de las cosas que puedan hacer, o hagan los hombres? Según nuestro humilde sentir, el Perú debe hacer más, so pena de hundirse en un abismo, del cual quizá ya no le será jamás dado levantarse.

Las naciones, como los hombres, no están sujetas a un ciego fatalismo, ni obedecen a leyes necesarias, a la manera que esas grandes moles que ruedan sobre nuestras cabezas y que realizan su movimiento, por impulso exterior y necesario, sin libertad para obrar en sentido diverso, y sin conocimiento de lo que ejecutan. Las Naciones, como los hombres, son **perfectibles,** y por tanto dotados de actividad intrínseca, de inteligencia de lo que

hacen, y de libertad para determinar sus actos, ajenos a toda necesidad y coacción. Son por lo mismo, o pueden ser **defectibles,** según que el ejercicio y los actos de la voluntad no se conformen con la regla y tipo de perfección, según el cual deben modelarse hombres y naciones. No basta la actividad, no basta moverse para que haya progreso y perfeccionamiento, sino que es necesario que el movimiento sea **ascendente,** puesto que si es **descendente** habrá retroceso y deficiencia.

Esto supuesto, deber es del Perú no permanecer inactivo y, desde luego, dirigir sus movimientos hacia el ideal que debe engrandecerlo y elevarlo, porque esta es la ley que ha presidido a la pujanza de las naciones: esto es, cooperar a los designios de la Providencia en los destinos que ha señalado a cada una de ellas. Es esta una verdad acreditada por la historia de todos los pueblos y de todos los tiempos; y todo el que tiene ojos para ver, descubrirá en la delicada tela de esta historia, la urdimbre puesta por la acción de la Providencia, y la trama introducida por la acción del hombre: la historia sin la intervención de la Prvidencia no se explica, y negar en ella la acción del hombre sería más que insentatez, o ignorancia.

Deber es, por tanto, del Perú tomar la iniciativa en el acontecimiento inminente de la inmigración; dirigirla desde luego, organizarla, reglamentarla, a fin de que ya en sus principios se modele según el objeto que se pretende, marche a la consecución de un fin determinado y no sea una aglomeración de gentes sin vínculos sociales ni leyes directivas, extrañas a la gran sociedad peruana.

Aún así y todo, ocurre plantear las siguientes cuestiones: ¿La inmigración, cuando llegue a un grado considerable de acrecentamiento, será asimilada al Perú actual, conservando éste su autonomía? ¿La inmigración absorberá este Perú, sobreponiéndose a él, por el núme-

ro, por el poder, o por la superioridad moral? ¿La inmigración formará un Estado aparte e independiente, extendiendo sus límites desde las fronteras del Brasil hasta la cordillera oriental, reduciendo al Perú actual dentro de los estrechos límites comprendidos entre esa cordillera y el Pacífico? Todo esto puede suceder, y la previsión, lo mismo que la prudencia, reclaman imperiosamente que estas tres hipótesis de ningún modo pasen inadvertidas a nuestros hombres de Estado.

A nuestro humilde modo de ver, se halla el Perú en vísperas de ser el teatro de grandes sucesos y de recibir transformaciones esenciales: puede elevarse, y también puede hundirse; puede acrecer su importancia, y también puede descender y empequeñecerse; puede cumplir los designios de la Providencia, prestando su concurso libre a la obra de su regeneración y ensalzamiento, y puede también cruzarse de brazos, siguiendo los caminos oblícuos que lo conducen a su empobrecimiento, a su degradación y a su descrédito: el hombre individual o colectivo decide siempre de su suerte. ¿Cuál será la del Perú? ¿Qué cambios obrará en él la inmigración? Para la solución, dará mucha luz el estudio de las condiciones y situación en que se encuentra el Perú de hoy.

IV

Diferencia entre el Perú y Estados Unidos

Juzgar de las condiciones en que se halla el Perú para recibir la inmigración europea, por las de otras naciones que se han engrandecido y prosperado con los habitantes que les han venido del Viejo Mundo, sería emplear un criterio errado, que conduciría a consecuencias funestas.

Los Estados Unidos, llamados la **Gran Nación**, la **Re-**

pública Modelo, son lo que se nos ofrecen en este asunto; y desde luego resalta la enorme diferencia que media entre ellos y nosotros. Emancipada a fines del pasado siglo de la Gran Bretaña, Norte América contaba con una raza vigorosa anglo-sajona, con individuos de hábitos de orden, de sumisión a las leyes, de respeto a las autoridades, acostumbrados al trabajo y a vivir del sudor de su frente. Sobre esta sólida base fué levantándose esa Gran República, recibiendo en su seno, para asimilarlos a su modo de ser, a cuantos hombres quisieron agrupársele, sin cuidarse de su origen, costumbres, idioma, religión, ni de todo aquello que puede fundar una sociedad doméstica y pública, unida con dulces lazos de fraternidad cordial, de amistad sincera, de probidad venerable; en una palabra, de todo lo que forma el encanto de la familia y en que están basadas las grandes ideas del orden moral e intelcetual, que elevan al ciudadano y lo ennoblecen sobre manera. Bastaba ser hombre para encontrar un lugar en la nueva República, y el camino apra ascender a los mayores puestos y dignidades estaba abierto a todos.

Considerando al hombre en su parte material, como sér puramente físico y apto para el trabajo, los Estados Unidos han caminado a pasos agigantados por la vía del progreso, que han realizado de un modo deslumbrador, hasta colocarse al nivel, y aún sobrepujar al realizado en Europa. Pero esos prodigios no han sido obrados en sentido absoluto, ni en todos los órdenes; los Estados Unidos han progresado de este modo maravilloso, solo en la esfera de la materia, a cuyo servicio han consagrado las fuerzas morales e intelectuaels de casi todos los que componen su gran agrupación, y a medida que se efectuaba este progreso en el orden material, el termómetro, que señala los grandos de perfección en el orden moral e intelectual, iba bajando sensiblemente.

Esto era natural, puesto que, empleada la actividad humana y todos los recursos de su fecundidad en un limitado objeto, sin cuidarse de los demás, debía producir resultados óp!mos dentro de la esfera de ese limitado objeto, y de ahí han provenido el perfeccionamiento en las artes y oficios, la acumulación de enormes capitales, la animación del comercio, los productos de la industria, la aglomeración de gentes y multitud de otros resultados, obtenidos en el orden material. De ahí también el pauperismo, que comienza ya a asomar su cabeza y que tan amenazador se presenta en la Gran República, la cual, a nuestro modo de ver, no tardará mucho en dejar de ser modelo. Sin unidad de raza, de carácter, de idioma, de religión, de miras elevadas, etc., etc., y unidos los ciudadanos de Norte América con sólo el vínculo del interés material, que por su naturaleza es individual, momentáneo y eficaz para metalizar los corazones y levantar el egoísmo a gran altura, galvanizar los espíritus y dividir y hasta colocar en oposición recíproca a los hombres, imposible es que se haya podido crear allí una sociedad estable, una nación compacta y duradera, y que a la postre no se divida en mil girones y no se evapore su fantástica grandeza.

El Perú tiene una población de raza indígena en su mayor parte, y de raza latina en menor proporción, con una pequeña parte de raza sajona; el principio de autoridad, por desgracia, no se halla tan afianzado como en los Estados Unidos, ni la obediencia a las leyes, por consiguiente, es tan práctica. Hay en el Perú, algo de lo que constituye la vida del corazón humano y el gérmen del bienestar social, que es la **Caridad Cristiana,** merced a la Religión Católica que profesan la gran mayoría de los habitantes de su territorio y todos los peruanos, con insignificantes excepciones.

Aparece con evidencia, por la expuesto, la marca-

da diferencia que hay entre el Perú y los Estados Unidos, respecto a las condiciones de inmigración; pues en la Gran República la inmigración es a manera de aglomeración de sustancias heterogéneas, que sólo obedecen a la ley de atracción material; mientras que los elementos que constituyen la inmigración en el Perú son casi homogéneos, tienen mayores afinidades, y hallándose unidos con la identidad de raza, de idioma, religión, etc., forman lazos morales que suavizan las costumbres, estrechan los corazones y unen los ánimos; lazos que en vano se buscarían en los Estados Unidos.

Se deduce de esto que, en orden a provocar, dirigir y reglamentar la inmigración, el Perú debe inspirarse en otros principios debe beber en fuentes más puras; y sin desdeñar de adoptar lo bueno que sobre esto haya en los Estados Unidos, debe cuidarse mucho de aceptar todo lo que allá se ha empleado como útil y conducente al objeto propuesto, porque esto mismo, empleado en el Perú, producirá quizá resultados opuestos. El Perú debe preparar y fomentar una sociedad no materializada, no metalizada como la de los **yankees**, sino una sociedad que, además del bienestar material, saboree las dulzuras de las virtudes, los placeres de la sociedad doméstica y del bien en su aceptación más lata.

V

Peligro de que la región oriental se separe

El Perú necesita de una legislación particular, que no puede ser idéntica a la de los Estados Unidos en lo que concierne a inmigración. Esta tésis, que ha sido demostrada por lo que acabamos de decir, recibirá mayor claridad por lo que vamos a manifestar, y servirá ello co-

mo de faro para los que deben legislar o determinar el rumbo que la inmigración ha de seguir.

Ocurre ordinariamente, en donde se provoca y procura la inmigración, que todo llame a la unificación, todo conspire a la identificación, que todo se busque recíprocamente para asimilarse. Esto, que se nota en todas partes, no solo falta en el Perú, sino que hay tendencias, existe un elemento que conduce al término opuesto.

Vamos a verlo.

¿Quién no sabe las ideas y proyectos que bullen en los cerebros de los habitantes de las regiones amazónicas, en orden a seguir formando parte integrante de la familia peruana? Tan adelantados se encuentran en aquellas apartadas zonas esas ideas y esos proyectos, que han sido ya bautizados recibiendo el nombre de **separatistas:** y los que los acarician y con la esperanza de su futura realización se regalan, no hablan de ellos en voz baja, sino que los emiten sin embozo, los propalan en diversos círculos, de tal suerte que hoy día se hallan ya generalizados, y sobre su realización se discurre como de un origen fecundo en bienes, a favor de aquellas regiones.

Mientras que el Gobierno de Lima mandaba fuertes cantidades anuales para fomentar la industria y el comercio en Amazonas, las ideas separatistas se hallaban como adormecidas, y los que ahora las evocan no reparaban entonces más que en el brillo del oro que abundantemente les iba de Lima; empero, después que con la circulación de los billetes de banco o fiscales ha desaparecido la riqueza flotante y el metálico ha emigrado del Perú, las ideas separatistas son el tema obligado de aquellos beneficios, que el interés privado tenía adherido al resto de la República.

Esta consideración, que por sí sola basta para poner en guardia al Gobierno de Lima, adquiere fuerza considerable si se agrega la distancia grande que separa la hoya

amazónica del Oeste de la República, distancia que consiste no tanto en muchas leguas que hay que recorrer para llegar a aquellas regiones, cuanto en el vencimiento de no pequeñas dificultades que ofrece la travesía. La falta de caminos nos separa más de lo que estamos de Europa, y al trasladarse allá se ofrece no tanto la cuestión de tiempo, como los medios y posibilidad de hacer practicable el camino. Basta por ahora esta simple indicación, puesto que este punto debe ser objeto principal de otro artículo y aún la meta de todos.

Una corriente europea e inmigrante, sostenida por tiempo considerable, que viniese a posarse en las regiones del Amazonas, Marañón, Ucayali, Urubamba, Tambo, Pachitea, y todos sus afluentes, y se extendiese también por los hermosos y fértiles terrenos cortados por ríos de menor significación; que encontrase ya el gérmen separatista y con posibilidades de realizar esta idea halagüeña; que viese la casi imposibilidad de encontrar resistencia seria en su marcha y en la consecución de su ideal, ¿tardaría mucho en levantar una bandera cualquiera, y declarar independiente la región oriental peruana? ¿Una previsora prudencia no reclama la más seria atención sobre esta materia? ¿No es justo que una legislación bien meditada prevenga y aleje este caso; o mejor dicho, que medidas bien estudiadas lo hagan inverosímil? Por esto hemos afirmado, que nuestra inmigración debe ser muy distintamente reglamentada que la de los Estados Unidos. Pero esto brillará más claramente con lo que vamos a decir.

La situación local del Perú es algo crítica en la época presente, y sobre las dificultades que es posible le sobrevengan, justo es que paren mientes nuestros estadistas. Tenemos a un lado a Chile, cuyo modo de pensar y de obrar respecto al Perú nos es ya conocido. Lo que se susurra de Bolivia respecto de nosotros y lo que en ciertos

círculos se afirma como pos'tivo respecto a sus propósitos, no es una cosa secreta, ni de ello se hace un misterio. El Brasil, que tenemos a nuestras espaldas, ha dejado conocer sus miras, que no son otras que la de ensanchar sus fronteras. Respecto del Ecuador, sabemos todos que cree no term'nada ni definida la cuestión de límites, y que es posible la suscite a la primera oportunidad que se le ofrezca. Pero no para ahí esto, que por sísolo es ya mucho.

En el siglo de progreso en que vivimos, los hombres se olvidan muy frecuentemente de la justicia; y las naciones, en sus relacione recíprocas, no siempre tienen por norma de sus actos los deberes y los derechos que se basan sobre aquélla, o son derivación legítima. El cálculo, la utilidad, resuelven hartas veces las cuestiones más delicadas, y el Interés ocupa el asiento de la Justicia; este mismo interés, mancomunado con el orgullo, preside de ordinario los consejos de los encargados del gobierno de las naciones, y es el principio que regula sus actos y la mira a la cual se dirigen. La aceptación y sanción de los **hechos consumados** ha pasado a ser un apotegma admitido por las naciones, y la injusticia que semejante teoría envuelve, los derechos conculcados que son su consecuencia ineludible, y los trastornos en todos los órdenes que precisamente origina, son ahogados, aniquilados por la gritería de las muchedumbres insensatas y por la batahola que levantan los inícuos, ocultando el crimen de las malas acciones bajo el aparato de hermosas formas, con las que los hombres de estado de hoy día engalanan las usurpaciones perpetradas a la sombra del **hecho consumado**; adoradores del éxito, ponen en práctica una teoría, poderosa por sí sola, para hundir el mundo entero en horrendo caos.

Si a las ideas separatistas, que germinan allende los Andes, se une la teoría de los **hechos consumados** como

base de los consejos y determinaciones de los gobiernos de los Estados que circunvalan el Perú; si se forma una combinación colectiva, resultado de las aspiraciones de los inmigrantes, de los propósitos de los separatistas y de las pretensiones de los cuatro Estados que forman el cinturón de esta República, ¿podrá contenerse la impetuosidad de esa corriente, conjurar esta tempestad, e impedir que el actual Perú desaparezca, o que sea absorbido, o dividido, o subyugado? Problema pavoroso cuya solución demanda circunspección y prudencia, al mismo tiempo que exige imperiosamente el mayor tino y discreción, la mayor sagacidad y destreza por parte del Gobierno del Perú, a fin de que, ante perspectiva tan tremenda, mantenga la paz y la amistad exterior con todas las naciones, y se esfuerze en atraerse las simpatías de las mismas, mediante una política leal, justa, veraz y de miras elevadas; puesto que si la falsa política, por medio de farsas y engaños, puede salvar por un momento de un paso difícil o de un apuro angustioso, se vuelve a la postre en arma que hiere de rechazo el corazón del mismo qu la maneja. Necesario es también un tacto muy delicado y una previsión muy acertada para reglamentar la inmigración, prevenirla, apoderarse de su dirección y llevarla al objeto y al punto preciso que convenga al Perú y sea provechosa a los inmigrantes.

Acumular gente, como lo ha hecho Norte América, aglomerar operarios y explotadores, abrir fuentes de riqueza material, y levantar la industria y el comercio a grande altura, sin cuidarse de lo demás, sin tener en mira que el hombre es más que un ser animal, y que hay necesidad de considerarlo en su conjunto, esto es, en la parte moral e intelectual, sería en el Perú dsplegar una grande actividad, desarrollar un movimiento asombroso, atendidos los muchos y variados elementos que esa actividad y movimientos en él encontraría; pero esa misma

actividad y movimiento serían vertiginosos, frenéticos, sin corazón, sin sentimientos nobles, y de peores condiciones que aquel de que se hallan arrebatados los yankees y que forma su carácter poco envidiable; y esta misma actividad y movimiento, que, bien llevados, pueden salvar al Perú, levantándolo de su postración actual, acelerarían su ruina y desaparición, efecto natural de las causas que hemos indicado y que para muchos están latentes, absorbidos como están por otro orden de ideas, que forman la política del día.

Las condiciones excepcionales en que se encuentra hoy día el Perú, constituyen una crisis en su autonomía, la cual debe determinar o resolver, en un período más o menos lejano, la cuestión inmigración que hemos manifestado inevitable, y cuyas causas suficientemente hemos señalado. Mucho nos falta aún que decir sobre este asunto, y no de menos interés que lo que llevamos dicho, lo cual reservamos para después, a fin de dar lugar a lo que hemos dejado solo apuntado respecto al camino que debe llevar a la montaña.

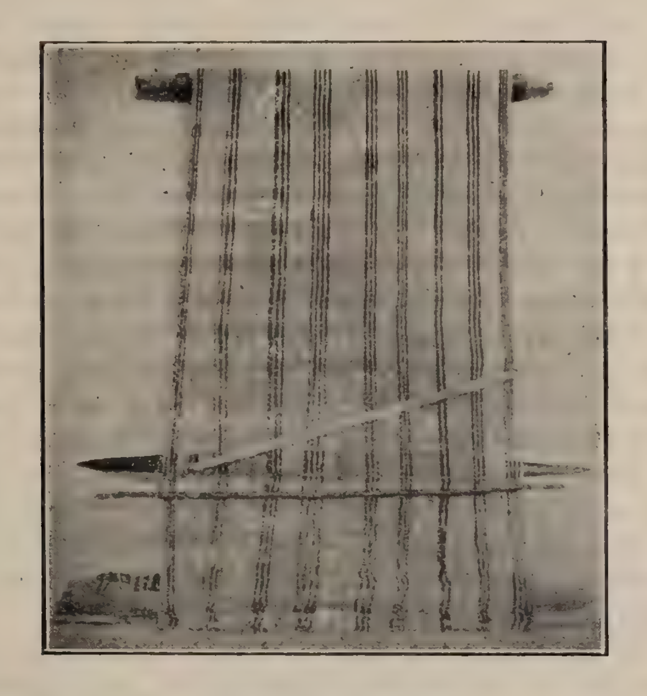
VI

Vía férrea

A nuestro modo de ver, es de tan vital importancia el camino a la Montaña, que de él depende casi todo el valor de las causas que deben determinar la crisis sobredicha y resolver los problemas que dejamos planteados acerca de su futuro no destino, no porque baste sólo tener el camino, sino porque él debe constituir la base, el medio, el auxiliar indispensable de que se valga el Gobierno para salvar al Perú de un cataclismo, frustrar los proyectos de los separatistas, imposibilitar las pretensiones de los Estados limítrofes y dar impulso a grandes y fa-

vorables acontecimientos, y que de tal suerte cambien la faz del Perú, que lo transformen en otro nuevo.

Los caminos en las sociedades modernas son considerados como el alma de la industria, de la agricultura, del comercio y de todo lo que llama grande la civilización de hoy día, y por tanto son una necesidad imperiosa pa-



Telar de Campas

ra los Gobiernos, a fin de extender, por medio de la fácil y rápida traslación, su poder y acción sobre las partes más extremas del Estado que rigen. Esta rapidez y facilidad colocan al Gobierno en todos los puntos dentro de sus fronteras, y lo hacen respetar y obedecer, y hacen

cumplir las leyes, y hacen efectiva la libertad dentro del orden, y garantizan los derechos bien entendidos, y reprimen al delincuente, y protegen al honrado. Claro es que, al hablar ahora de caminos, nos referimos a los de hierro recorridos por la locomotora, aún cuando hayan sido precedidos por los de herradura y carreteros.

Es pues de imperiosa necesidad un camino de hierro que, partiendo de la Capital, llegue hasta el punto navegable de algún río de los muchos que tiene la Montaña y que conduce al gran Amazonas, que los recibe todos. Obtenido este camino, el Perú asegurará su autonomía, dirigirá y se asimilará la inmigración, obtendrá utilidades positivas de las regiones de la Montaña en beneficio del Erario y de los particulares, abrirá nuevas vías de vida y bienestar a numerosas familias peruanas que ahora casi perecen de miseria, y producirá otros mil bienes que sería largo enumerar. Faltando, empero, este camino, poco o nada hay que esperar de cuantas medidas tome el Gobierno, por acertadas que en sí sean, porque la gran distancia en que se encuentra la Montaña, hace que, por fuerte que sea el impulso que el Gobierno comunique a su acción, llega allí ya debilitada, neutralizada por elementos resistentes, o bien no produce más que resultados momentáneos que existen hoy para desaparecer mañana.

Ahora mismo tenemos un ejemplo palpitante de esta verdad. La importación y exportación, que anualmente se efectúan en las regiones amazónicas, ascienden a cinco millones, si son ciertos los datos que tenemos y que se nos asegura tiene también el Supremo Gobierno. Este movimiento comercial debería rendir algún producto al Erario público, gravando con moderado impuesto las mercancías importadas o exportadas. Este impuesto existe, hay también allá una aduana; pero ¿ha entrado un

centavo en las arcas nacionales, procedentes de Amazonas? No sabemos sino que el Gobierno de Lima ha mandado en otros tiempos muchos miles de soles anualmente a aquellas regiones, para mantener un servicio de navegación fluvial, en beneficio de sus habitantes. Un camino de hierro haría en el acto que el movimiento comercial de Amazonas fuese productivo al Estado, mandando empleados de honradez probada y la fuerza armada suficiente para hacer cumplir sus órdenes. Sin ésto, las órdenes no pasan de papel mojado, o de palabras que se lleva el viento.

Según datos que hemos recibido de la misma Montaña, hay actualmente algunos miles de hombres de diversas nacionalidaeds, que sacan caucho en las orillas del Palcazu, no lejos de nuestros pueblos civilizados del interior, y lo mandan a Europa en grandes cantidades y reportan lucros considerables; nosotros conocemos algunos de esos hombres, los hemos tratado en la Montaña y tenemos una pequeña capa o esclavina de jebe, sacado de los árboles situados en las inmediaciones del Mairo. Añaden algunos (sin que nos conste), que en vez de hacer una incisión en el árbol del caucho, para aprovechar éste y conservar aquél, lo cortan de raiz. Esta monstruosidad, que en nada beneficia a los caucheros presentes y perjudica notablemente a los que han de venir, fácil sería impedirla si un camino abierto facilitase el tránsito de un enviado del Gobierno que vigilase la extracción de aquel producto vegetal.

Hemos individualizado la defraudación de los impuestos sobre la importación y exportación en el Amazonas, y la malversación de los árboles de caucho en la Montaña, las cuales se impedirían mediante un buen camino, no como únicos abusos que allí demandan pronto remedio, sino porque ellos pasan inadvertidos a la mayoría. Llamamos la atención del Supremo Gobierno y

también del actual Congreso sobre el primer punto, limitado a la sola importación, por cuanto si no se acude con un proyecto y eficaz remedio, o no se toma una vigorosa y enérgica medida, pronto la influencia de aquella importación, efectuada en la parte oriental del Perú, afectará notablemente las arcas nacionales, puesto que, a medida que aumenta aquella importación y surta de artículos europeos los pueblos del interior, irá disminuyendo el producto rendido por la aduana del Callao y demás del litoral. Si no se toma esta indicación a lo serio, y no se da una providencia cual reclama la gravedad del caso, no tardarán a elevarse a grande escala las operaciones de especuladores hechas hasta ahora dentro de ciertos límites, que se ensancharán, si no encontraren resistencias.

VII

Adónde debe dirigirse

Las líneas férreas, colocadas en el Perú de algunos años a esta parte, han dado vida e importancia a los pueblos que han unido o acercado, pero esos bienes parciales, reducidos a determinadas localidades, hubieran sido un bien general para el país entero, si los trabajos en la construcción de las diversas vías férreas hubiesen sido concentrados a una sola línea, que, partiendo de Lima, nos hubiese puesto en comunicación directa con el Atlántico y con Europa. Esto era fácil, esto era más breve, esto demandaba menos gastos, esto reportaba al país incomparablemente más útilidad, esto aconsejaba con más acierto una sabia y previsora política. En lugar de la construcción de cortos trayectos de caminos de hierro, debía haberse optado por trabajar uno que atravesase el país de parte a parte, que hiciese competencia al Istmo

de Panamá, y que atrajera al Perú, por su parte oriental, aumento de población, gran riqueza e importancia en el rol de las naciones. El Perú, que cuenta en su seno elementos sobrados de prosperidad y de grandeza, necesita un camino de hierro que lo lleve a la Montaña, que este camino llegue hasta el puerto de un río navegable, para que desde ahí pueda cualquiera trasladarse a Europa. Este camino ¿es realizable? ¿quién lo hará? Nos proponemos resolver estas dos cuestiones.

Este camino es de tal manera realizable, que es ya un hecho su existencia, si se habla de un camino cualquiera. Pero no se trata aquí de un camino cualquiera, sino del que es más conveniente, más corto, más barato, que sea de hierro y que recorra el trayecto que media entre Lima y el punto navegable más cercano de la Montaña. Preciso es antes determinar ese punto navegable.

Es incuestionable que los puntos más inmediatos a Lima y en los cuales pueden fondear buques fluviales, son el puerto Jesús María situado en la embocadura del río Pangoa en el Perené, y el puerto del Palcazu que recibe las aguas del Chanchamayo.

Jesús María esta situado a 11º 10' latitud, y 76º 40' longitud, meridiano de París. Esta ruta es ya conocida y recorrida por los padres Misioneros franciscanos, que tenían fundados multitud de pueblos de indios por aquellas comarcas, y que tuvieron que abandonar, a consecuencia de la sublevación de los mismos indios capitaneados por Santos Atahualpa contra los blancos, acaecida en el siglo pasado, el año 1742. Sonomoro, Chavín, Calitapango en las márgenes del Pangoa, Tampianiqui, Aporoquiqui, Tiguanasqui, Caichaqui, Camaresqui, Tirintopui, Caretequi, Capotequi y otros en el llamado gran Pajonal, eran pueblos de indios convertidos por los citados padres Misioneros, y que desaparecieron por completo juntamente con muchas haciendas, que los blancos habían formado

en aquellas comarcas, cuando la referida sublevación, que causó la muerte de algunos de ellos, sembró el terror por las comarcas de Tarma, Jauja, Huánuco y otros puntos civilizados, y aún llegó a infundir no pequeña alarma a los habitantes de Lima, incluso el virrey que entonces gobernaba.

El ingeniero señor Wertheman hizo una exploración del citado río Perené, el año 1876, partiendo del pueblo de la Merced, por el Chanchamayo, entrando en el río Tambo y Ucayali, y fijó las posiciones geográficas de algunos puntos, proporcionando, bajo este respecto, datos importantes. Pero el señor Wertheman sufrió una lamentable equivocación al afirmar, en la relación de su viaje, que publicó en un cuaderno, que él fué la primera persona civilizada que recorrió aquellos sitios, puesto que, por los pueblos mencionados y por multitud de otros documentos sobre la historia de la Montaña, que aquellas regiones eran bien conocidas de los padres Misioneros que arrostraron los trabajos y los peligros de aventuradas exploraciones, muchos años antes que naciera el señor Wertheman.

No es menos lamentable el error del señor Wertheman, cuando censura al P. Amich, en la citada relación de su viaje, porque en su **Compendio Historia de las Misiones, etc.**, dice que el río **Perené** es navegable.

Este error indujo al señor Wertheman a que corriera un peligro no pequeño de naufragar con sus balsas, a pocas horas de haber zarpado del pueblo de la Merced de Chanchamayo, al encontrarse con tumbos llenos de rocas, por donde corrían precipitadas las aguas. Afortunadamente pudo detener las balsas, antes de entrar en aquellas furiosas corrientes, y, deshaciendo las balsas, dejó que las aguas llevasen los palos sueltos, que recogió a algunos kilómetros más abajo del río, los cuales anduvo a

pie por su márgen, y luego volvió a armar las balsas para continuar su navegación fluvial. Este inesperado percance, que con otros parecidos a él no escasean a los que viajan por la Montaña, parece impresionó hondamente al señor Wertheman y le hizo incurrir en el error sobredicho. Consiste éste en que el padre Amich nada dice de la **navegabilidad** del Perené; y no podía decir nada, desde que los padres Misioneros no tomaban la ruta del Perené para trasladarse a los pueblos sobredichos, sino que, desde Jauja, se dirigían por Comas, Andamarca y Maramerich, a Jesús María, navegando por el Pangoa, nada más que desde el penúltimo punto, recorriendo una distancia total de unas 62 leguas.

Los habitantes de Tarma y Chanchamayo es natural que sean partidarios de la ruta del Perené y que le den la preferencia sobre todas las demás, puesto que, haciéndose por allí un camino de hierro, se daría inmensa importancia a aquella ciudad y a este valle. Existen en éste grandes terrenos cultivados y considerables capitales invertidos, y se han llevado ahí gran número de familias, en años atrás, por la Sociedad de Inmigración Europea, a costa de enormes cantidades que erogaba el Estado. Ahora mismo se trata de mejorar el camino de Tarma a Chanchamayo al Cerro de la Sal, cuya distancia, a partir del Buen Pastor, puede ser de cinco leguas y es conocida la ruta que debe seguirse. La más corta y cómoda es por el Oeste del río Paucartambo, sin pasar a la otra banda hasta el pie del sobredicho cerro, en el cual la naturaleza ha preparado una base a cada lado del río, quedando éste estrechado a unos cuarenta metros en disposición de recibir tres o cuatro troncos de árboles seculares que allí abundan mucho, para tener un buen puente. Estas bases están formadas por los morros de dos cerros que terminan al pie del río, en uno y otro lado.

El que estas líneas escribe pasó el río por aquel sitio

en una balsita, acompañado de unos treinta indios del Cerro de la Sal, con su capitán, llamado Huanchu, y juntos fueron hasta la hacienda del Buen Pastor de Chanchamayo, en donde les dió algunos machetes y otras herramientas, y se fueron muy contentos.

En la travesía encontró pampas algo extensas, casas de indios, pequeños riachuelos, y facilidades para poderse trabajar un camino hasta Chanchamayo, mediante el cual podría surtirse este valle de la sal que tiene tan cerca, y que, sin embargo, la recibe de Huaura, a precios subidos. El padre Sala, de Ocopa, salió de Chanchamayo con algunos hombres, para trabajar ese camino.

VIII

Ventajas del río Palcazu

Es de suma importancia determinar cuál es el punto navegable de la Montaña, que, al mismo tiempo que lleve al Amazonas, sea el más cercano a Lima. Además, examinar las condiciones del trayecto de Lima a este punto, para resolver si un camino de hierro es practicable.

Hemos determinado la posición de Jesús María, puerto y antíguo pueblo situado en la conflencia del río Pangoa con el Perené, a dos leguas más arriba o al oeste del río Ené, continuación del Apurímac, cuyo conjunto forma el Tambo, que, unido con el Urubamba que viene de la parte del Cuzco, toma el nombre de Ucayali.

Jesús María se halla situado a 11º 10' de latitud Sur, y 76º40' de longitud, meridiano de París.

Lima se halla a 12º 02' de latitud y 79º 27' de longitud.

Resulta de esto una distancia de leguas geográficas 37 1|3 por la latitud, y 55 2|3 por la longitud; cuya suma es 93 leguas, distancia considerada en línea recta, sin te-

ner en cuenta los accidentes del camino, desde Lima hasta el punto navegable del río Perené, y que es más corto tomando la diagonal.

El otro punto navegable más cercano a Lima se halla en el río Palcazu, que recibe las aguas del río Mairo, que tanto ruido ha metido en años atrás. Este río es poco más que una acequia, tan pobre de agua, que el que esto escribe lo ha pasado y repasado muchas veces, y ha andado por la caja del río grandes trechos, para hacer la travesía del Palcazu al Pozuzo, con agua solo hasta las rodillas o poco más. El caudal de las aguas lo trae el Palcazu, y a unas ocho leguas antes que reciba el Mairo se han encontrado unas tres brazas de agua, o sea seis varas de profundidad. Se ha levantado el plano de este río, y fijado el puerto a 10º 09' de latitud, 77º 34' de longitud, en vez del puerto Prado, situado en el Mairo, que está más lejos. Resulta de esto que Lima dista del puerto leguas geográficas 76 1|3. Como la distancia que hay de Lima a Jesús María 38 2|3 por la latitud, 37 2|3 por la longitud, cuyo total es es de 93 leguas, resulta que la distancia de Lima al puerto del Palcazu, que denominaremos **Puerto Nuevo,** es 16 2|3 leguas más corta, y por consiguiente que, bajo este punto de vista, lleva ventaja a la ruta de Chanchamayo y Jesús María.

Este imparcial estudio que acabamos de hacer salta a la vista de todos, y no debe ser parte a oscurecerlo el interés particular o privado, ni el propósito de favorecer a una localidad por simpatías especiales o por motivos no inspirados por el bien comunal, ni por cualquiera otra razón de un orden limitado y que no debe tomarse en cuenta al tratarse de los grandes intereses y del porvenir de una nación. Falta ahora examinar cuál de los dos trayectos ofrece menos dificultades para la construcción de una línea férrea.

Tenemos ya el camino de hierro de Lima a Chicla,

los terraplenes casi en estado de recibir durmientes y rieles de este pueblo a la Oroya, y los estudios profesionales, perfil métrico y planos detallados hasta el Cerro de Pasco. Si las turbulencias políticas no lo hubiesen impedido, la locomotora llegaría, a estas horas, a aquel gran centro mineral, y se habría dado un grande impulso a la industria minera, porque hubiera conducido máquinas de gran de poder para el mejor beneficio de los metales, habríase terminado el socabón trabajado ahora a paso lento, y hubiera dado movimiento más vivo a las transacciones y comercio en todo el Departamento de Junín.

Esta vía férrea, llamada de la Oroya y que según la contrata debe prolongarse hasta el Cero de Pasco, pasa por Acobamba. De aquí debería partir un ramal que, pasando por Chanchamayo, llegase a Jesús María; o bien, saliendo de Carhuamayo en la pampa de Junín, pasase por el pueblo de Paucartambo y llegase al Puerto Nuevo.

Ahora bien, un camino de hierro desde Acobamba hasta Chanchamayo, según los estudios practicados por el ingeniero señor D. Francisco Paz-Soldán, costaría más de treinta millones de soles de plata.

El ferrocarril de Carhuamayo a Puerto Nuevo no se sabe a punto fijo lo que costaría, porque no se han hecho los estudios definitivos, ni menos se ha hecho el presupuesto; pero el que esto escribe, cree que bastaría seis millones y quizá mucho menos, con tal que se adoptase cierto plan de trabajos, que se pondrá más adelante.

A más de esto, la distancia de Acobamba a Jesús María es mucho mayor que la que existe de Carhuamayo a Puerto Nuevo y debe advertirse que el costo de treinta y más millones de la vía férrea, no es hasta Jesús María, sino hasta Chanchamayo, quedando todavía un trayecto que ofrece serias dificultades y que pasa mucho de veinte leguas.

Estas obvias y sencillas observaciones bastan para

demostrar con toda claridad que al tratarse de un camino férreo para la Montaña, debe tenerse como principio inamovible que el Puerto Nuevo es el punto adonde deben dirigirse todas las miradas. Los que opinan diversamente, que dejen sus prevenciones a un lado y sus prejuicios; mediten con calma lo expuesto, y no podrán menos de convenir en lo mismo que con imparcialidad hemos manifestado, pues no cabe en nosotros interés alguno personal ni otro motivo que el bien del país, el cual hemos siempre procurado y a cuya consecución hemos consagrado gustosamente nuestra vida, hallando en esto un placer sumo.

Los habitantes de Huánuco han dirigido también sus miradas al Palcazu, pero en la confluencia del Mairo, por estar este punto más cerca del Pozuzo, por donde ellos deben pasar para trasladarse a las regiones amazónicas. Esta ruta, que es para los habitantes de Huánuco la más breve, no los autoriza para pretender, al tratarse de hacer un ferrocarril a la Montaña, que éste se remonte hasta Huánuco, situado a 9º 55' de latitud y 78º 25' de longitud, describiendo un semicírculo y haciendo un rodeo de multitud de leguas, pues que de Huánuco al puerto hay como cuarenta leguas.

Muy laudables son los esfuerzos que de muchos años atrás vienen haciendo los huanuqueños, con el objeto de abrirse paso a la Montaña, para cuyo efecto han realizado algunas expediciones, superando dificultades considerables y sufriendo no pequeños trabajos; han organizado sociedades, han reunido fondos y han emprendido la construcción de caminos con idéntico objeto. Creemos que nada de esto es perdido, y que a la postre será productivo a Huánuco, sea por el aumento de población que podrán recibir sus inmediaciones, sea por las inmigraciones que podrán colocarse en los terrenos por ellos explorados, sea por el impulso que recibirá la agricultura y el comercio en aquellos lugares. Pero esta importancia en perspecti-

va no debe alucinar hasta el extremo de no ver que, buscando el camino más recto para llegar al Palcazu, aún cuando sea en la confluencia del Mairo, llamado Puerto Pardo, sería hacer un rodeo muy considerable llevándolo por Huánuco, y tropezar con grandes dificultades topográficas, cuyo solo estudio produciría quizá el desaliento y completo desistimiento de la obra del camino. Está en los intereses de Huánuco impulsar, en cuanto es dable a sus habitantes, la construcción del camino que sea más practicable y su realización más verosímil, pues que la divergencia en este punto podría ser perjudicial a todos.

Otro tanto puede afirmarse de Chanchamayo, cuyo valle podría unirse con el camino sobredicho, mediante un ramal que pasase por el Cerro de la Sal.

IX

Primera exploración

Conocido el punto navegable de la Montaña más cercano a Lima, falta saber todavía la ruta que debe adoptarse para trasladarse a aquel importante lugar.

La ruta que ha sido considerada siempre como la mejor es la que, partiendo de Ninacaca situado en la pampa de Junín y a unos 6 kilómetros más al Norte de Carhuayo, sigue por Huachón, pasa la cordillera de Añilcocha, continúa por Arroyo, Huallampampa y Huancabamba; pero aquí se tropezaba con insuperables dificultades para llegar al Palcazu, no sólo por falta de camino, sino también a causa de ignorarse por dónde debía emprenderse la ruta y cómo efectuarse.

En varias ocasiones se había organizado expediciones para penetrar por aquella espesa Montaña y hacer la travesía de Huancabamba al río Palcazu. El coronel señor D. Bernardo Bermúdez, siendo Prefecto de Junín,

emprendió por sí mismo esta tarea, se dirigió a Huancabamba y avanzó algunas leguas, empleando en esto varios días algo penosos, y tuvo que abandonar la empresa sin haber obtenido resultado que merezca mencionarse. Con igual interés el Gobierno mandó otra expedición en tiempos diferentes, y tampoco pudo conseguir lo que deseaba, esto es, llegar al río Palcazu desde Huancabamba. También la Municipalidad del Cerro de Pasco hizo esfuerzos par conseguirlo, comisionando al R. P. Vicente Calvo muy conocedor de la Montaña, pero tuvo igualmente que regresar sin haber obtenido lo que tanto se deseaba. Este mismo padre Misionero hizo otro esfuerzo, pero en sentido inverso, para recorrer el trayecto que media entre Huancabamba y Palcazu, que fué tomar este río desde el Mairo, remontarlo hasta donde fuese posible, con el interés de proseguir la exploración a pié, dejando la canoa.

Penetrado de la importancia de llevar a buen término esta exploración, tantas veces intentada y frustrada, resolví emprenderla y hacer cualquier sacrificio para llevarla a cabo, y el año 1880, en el mes de Mayo, salí de Lima y llegué a los pocos días al valle de Huancabamba. Mi propósito no se limitaba a la exploración, sino que se extendía a la apertura de un buen camino, que dejase expedito el paso y tráfico por aquellas regiones, hasta entonces impenetrables, y unir el Pacífico con el Atlántico, dando principio o sentando la base de una trasformación en el Perú, que debía realizarse más o menos tarde.

Reuní al día siguiente de mi llegada a los hacendados de aquel fértil valle, en el cual se encuentran unas doce pequeñas haciendas, y aunque discordes sus dueños entre sí, tanto respecto al rumbo que debía seguir el camino, como en otros asuntos, tuve el placer de unir sus pareceres en la obra que iba a emprenderse, comprome-

tiéndose todos a prestar recursos y sus servicios personales, y a no omitir sacrificio posible para llevar a cabo la realización del camino. Debo hacer justicia a estos caballeros, asegurando que todos cumplieron lo ofrecido, en cuanto les fué dado.

A los dos días emprendí una exploración acompañado de un hacendado (a pié, por supuesto, pues que ya no hay que pensar en ir montado), para ver por mí mismo el trazo más conveniente del camino que debía hacerse, descubrir si fuese posible, aún cuando fuese de lejos, el río Palcazu. Anduvimos tres días por aquella tupida Montaña, trepando algunas veces subidas que parecían ineccessibles, agarrándonos de raíces, ramas, pequeños arbustos, y escalando del modo que podíamos, con no pequeña fatiga y peligros, elevados cerros. Son innumerables las veces que me caí, los porrazos que me dí, y los resbalones que sufrí, teniendo debajo de los pies un hondo precipicio, a cuyo fondo no podía llegar, aunque rodase, porque las ramas y arbustos me contenían, como sucedió más de una vez: el cansancio era extraordinario y el sudor copioso, pero el ánimo inquebrantable. Todo esto se repitió en las demás exploraciones.

Llegamos al punto más culminante y situado aproximadamente a la mitad del trayecto entre el principio del valle de Huancabamba y el Palcazu, denominado Cajompata (lugar de división), porque desde allí puede tomarse la ruta que lleva al Pozuzo, distante unas siete leguas al Norte, o seguir al Este en dirección al Palcazu. Como escaseasen los víveres, resolvimos mandar por ellos y aguardar allí sin internarnos más, con el objeto de divisar si fuese posible el Palcazu, desde que estábamos a gran elevación, esto es, a 2,600 metros sobre el nivel del mar, y el río a unos 5.0. Esto no fué posible, tanto por la bruma que casi fué constante mientras permanecimos allí, cuanto porque se interponían cerros no de mu-



Mujeres Campas preparando masato

cha elevación, pero la suficiente para interceptar la visual.

Es Cajompata el nudo de una cadena de cerros que corre de Sur a Norte, y que puede denominarse Yanachaga, del nombre de un cerro muy alto que forma parte

de ella, situado a dos leguas al Este de Huancabamba, cuyo principio se encuentra a unas cinco leguas del cerro de la Sal y en la misma longitud, sin tener en cuenta los accidentes del terreno, y sigue dicha cadena por el Oeste del Pozuzo hacia el Norte. La elevación en que se encuentra Cajompata hace que llueva allí todos los días y que esté cubierto de densa neblina. Por fortuna hubo algunos momentos en que se despejó y se pudo ver, no el Palcazu, sino la hoya en que debía encontrrase, merced a un rozo que anticipadamente teníamos hecho.

La perspectiva que se presentaba a nuestra vista era incomparable y hermosísima, semejante a un inmenso Oceano colocado debajo de nuestros pies, con un variado oleaje de exuberante vegetación, que descollaba más vistosa en las eminencias de la infinidad de pequeños cerros o lomaditas entrelazadas, formando como una suave y tendida escalinata alfombrada de verdor, hasta llegar a una pampa del Palcazu, comienzo de la llamada del **Sacramento,** cuya extensión es inmensa.

Permanecimos allí cuatro días, durmiendo sobre el barro, bebiendo un agua cenagoosa que sacábamos de hoyos hechos a uno o dos pies de profundidad, alimentándonos escasamente, esperando los víveres que no veníam, para continuar la explorción; por falta de aquellos, resolvimos regresarnos, con mucho pena de no poder siquiera ver el Palcazu. Esta resolución fué tomada a causa del retardo del propio con los víveres, el cual podía estar de regreso en tres días, pues si bien empleamos nosotros este mismo número para ir, a causa de tener que abrir senda, no sucedía lo mismo al volver, puesto que podía hacerse en día y medio, y yo lo hice después de un solo día.

Sucedió este percance de retardarse los propios enviados con urgencia, muchas veces en lo sucesivo, a causa de haberse embriagado los enviados, dejando sin víve-

res y sin lo necesario a los que estaban adelante abriendo trocha, o haciendo estudios para ver el rumbo que debía tomarse. La embriaguez, tan común en los pueblos del Perú y que los tiene embrutecidos, debe excitar el celo del Gobierno y de las autoridades, y hacerles tomar medidad que, si no la extingan, al menos la minoren.

Cuando el Gobierno de la China advirtió los estragos que en sus pueblos causaba el uso del opio, tomó providencias para impedir su introducción, aún cuando tenía que ponerse frente a frente de la poderosa Inglaterra y luchar con ella; y el Gobierno del Perú, o bien la Nación representada por el Congreso, que debe estar colocada a mayor altura que la China, justo es y necesario que escogite los medios más oportunos para desterrar la beodez, que, a más de enervar las fuerzas físicas de los pueblos y empobrecer las razas, las sume en la estupidez y en la degradación. Para esto no tendrá el Perú que sostener una guerra exterior como la China, sino dictar algunas medidas interiores y eficaces.

X

Dificultades

Indecibles son las dificultades que se presentan al abrir por vez primera una senda cualquiera o simple trocha en la Montaña. Desde luego falta horizonte, porque la tupida y exuberante vegetación, que por doquiera se levanta, no permite ver sino algunos metros hacia adelante. Necesidad hay de subir á algunos cerros para dominar siquiera parte del trayecto que se quiere recorrer, hacer rozar en contorno cortando árboles seculares y también pequeños arbustos que impiden extender la vista, y aún entonces no se han salvado las dificultades respecto de los mil accidentes que oculta la frondosidad

y ramaje, bajo del cual se esconden hondos precipicios, peñas prolongadas, quebradas rudas y otros inconvenientes, que no pueden descubrirse a la distancia y que hacen muy difícil o imposible un buen camino.

Estas dificultades se encuentran a cada rato, puesto que. al subir a algún cerro para dominar una extensión vasta, se presenta a corta distancia otro cerro, aunque más bajo, ocultando lo que tras él sigue, y de este modo se amontonan las dificultades, haciendo de la primera abertura o trazo de un camino, cuya ruta se ignora, una obra verdaderamente gigantesca. Allí no valen instrumentos, ni teodolito, ni la ciencia del ingeniero: lo que aprovecha es los buenos pulsos para manejar el machete o agarrarse de alguna rama, la práctica en andar por la Montaña, y una constitución robusta, para trepar por uno y otro lado, examinar en todas direcciones, a fin de acertar el golpe de machete y abrirse paso para ver lo que hay delante. La brújula es el único instrumento que puede prestar algún servicio, para no desviarse del rumbo que deba llevar al punto deseado. No faltó vez en que, para poder adelantar un kilómetro la trocha, hubo que emplear quince y más días.

Necesario es entre tanto enviar víveres de refresco a los que se ocupan en tarea tan penosa, valiéndose de los cholos que los cargan; sucediendo, a lo mejor, que estos se emborrachan por el camino, consiguiendo aguardiente a pesar de las severas prohibiciones y de la exquisita diligencia que se practica para impedirlo, mientras tanto que los pobres que con grandes sacrificios trabajan delante, carecen de lo preciso, tienen que abandonar su trabajo, e irse en busca del necesario sustento, perdiendo en ello muchos días. Difícil es formarse una idea de los muchos padecimientos a que hay que resignarse, cuando por vez primera se abre un camino en la Montaña.

Al comenzar los trabajos desde Huancabamba al Palcazu, fué mucho lo que hubo que sufrir, pues que a más de lo sobredicho, se levantó una polvareda no pequeña, merced a ciertos hombres de los pueblos de aquellas inmediaciones, que oponían resistencias no leves, y hacían valer todo su influjo para impedir que fuesen allí trabajadores, y por desacreditar la obra emprendida. Fueron no pequeños los sinsabores y perjuicios causados con tal motivo hasta el extremo de haber motivado un viaje repentino que hice a Lima, a fin de conferir con el Gobierno el modo como debían superarse tamañas dificultades. El Gobierno, que comprendía la importancia de la obra, me prestó todo el auxilio deseado, impartió órdenes al Prefecto, que lo era el Coronel señor don Wenceslao Espejo, encargándole que protegiese la obra, y dictó otras medidas que hicieron cambiar las cosas de aspecto, pero no los ánimos, que continuaron siéndome hostiles. A instigaciones de esa hostilidad, se redacta un escrito lleno de falsedades, y, entre otras cosas, se decía en él, que ignoraba yo aún si existía el Palcazu; este escrito fué publicado en un periódico de esta Capital, apareciendo las firmas de personas notables del Cerro de Pasco, apesar de que algunas estaban ausentes y no tenían noticia del escrito, otros no lo habían ni siquiera leído, y otros sabían que todo su contenido era falso, según me aseguraron después unos y otros.

Entre tanto el trabajo del camino iba adelantando, vuelto ya a la Montaña, haciéndome allí sordo a cuanta calumnia la envidia y otras mezquinas pasiones levantaban contra mi persona, sin omitir cartas enviadas a Lima, en las cuales me suponían delitos que ni por mis mientes jamás han pasado; tranquilo con el testimonio de mi conciencia y contento con el placer de procurar un bien positivo al país, me esforzaba en que la obra del camino se ejecutase lo mejor y lo más rápido posible, dic-

tando las medidas que al efecto creí más conducentes.

Merced a la energía desplegada, sin apelar por esto a medida alguna violenta, venía cada quince días un contingente de operarios de los pueblos sitos en los lugares más cercanos, a quienes se les pagaba su jornal con fondos que proporcionaba la Municipalidad del Cerro de Pasco, después de agotada la corta cantidad erogada por la Caja fiscal de Lima.

El que esto escribe no tomó un centavo; y, para la administración de los fondos, hizo que la Municipalidad citada nombrase un tesorero, que lo fué el señor D. Jenaro Sánchez Menendes, hacendado de Huancabamba, el cual, abandonando sus propios intereses y encargándolos a su esposa, se dedicó él, casi exclusivamente, a la obra del camino, manejando con tal pureza los fondos, que las cuentas presentadas por él ante el Supremo Gobierno, han merecido una espléndida aprobación en vista de los documentos fehacientes y comprobantes presentados, después de haber sido examinadas escrupulosamente esas cuentas y observadas todas las formalidades prescritas por el Reglamento orgánico del Tribunal de Cuentas, según consta del decreto del mismo, con fecha 28 de Setiembre de 1885.

En este documento se lee textualmente: "La economía en los gastos de la obra del camino es indisputable, no sólo atendiendo a lo material de ella, sino que se agrega a la misma la formación de un plano que no solo comprende el camino, sino otros puntos importantes."

Después de la exploración que tengo dicha a Cajompata y regresado a Huancabamba, emprendí otra, para dar con el río Palcazu, objetivo que tenía delante. Conseguí por fortuna mi intento, guiado siempre de la brújula; y después de haber trepado un cerro, como legua y media más adelante de Cajompata, y colocado en su cumbre, logré a las doce del día ver claramente la her-

mosa pampa y el alveo del río en una extensión inmensa de vegetación, que dominaba desde considerable altura. Se levantaban en aquellas verdes llanuras, acá y allá, columnas de humo, salidas de los ranchos de los indios, cubiertos por la frondosidad de aquellos inmensos bosques. La alegría que con los individuos que me acompañaban sentimos, fué indescriptible, tanto por el descubrimiento tan apetecido, cuanto por el bello espectáculo que la naturaleza nos presentaba.

Fué esta impresión tanto más íntima y placentera, cuanto que al subir el cerro, el horizonte estaba cubierto de niebla que no permitía ver nada. Eran las once y media, y a las doce el sol reflejaba sus brillantes rayos, envolviendo y arrollando la bruma en los contornos a gran distancia. La subida de este cerro tenía trozos completamente apelmazados por huella de vivientes, y que de repente desaparecían: eran de los jabalíes que transitan por aquellos lugares.

La noticia del descubriemiento del Palcazu fué comunicada luego a Huancabamba y a los operarios que trabajaban el camino, causando no pequeño regocijo en todos.

XI

Segunda exploración.—Llegada al Palcazu

La gritería de algunos insensatos de los pueblos cercanos al valle de Huancabamba resonaba contra el camino al Palcazu ,y sus dicterios ofensivos se encaminaban a los que lo dirigían, mientras que éstos y los operarios continuaban el importante trabajo, dejando que se perdiesen en el aire las calumnias y necesidades de aquellos infelices. Es probable que muchos de ellos vociferaban patriotismo, al paso que cruzaban cuanto les era posible

lo que debía atraer grandeza y prosperidad a su patria; y mientras se hallaban gozando quizá de una vida muelle en sus casas y entregados tal vez a una vida libertina y borrascosa en sus pueblos, se ensañaban y desahogaban su bilis contra pacíficos operarios que sufrían incomodidades mil por dar riqueza y pujanza a la patria.

Después de las dos mencionadas expediciones, emprendí otra tercera, que realizamos diez y siete individuos, empleando diez y nueve días en ellas: nuestro objeto principal era llegar al Palcazu y reconocer el caudal de agua que traía.

Con víveres para ocho días emprendimos la marcha, creyendo que éstos nos bastarían hasta nuestra vuelta a Huancabamba Como no se había abierto trocha ni cosa que se le pareciese desde legua y media pasado Cajompata, y era preciso buscar por donde penetrar, nos metimos por una quebrada tremenda, sin saber cómo salir de ella y encontrar mejor ruta.

No fué esto por falta de un buen guía, pues lo teníamos magnífico en un joven alemán, llamado Gualberto Müller, de constitución robusta, muy experto en la Montaña, acostumbrado a manejar el machete y prácticon abrir trochas, pues él era el comisionado para este importante trabajo e iba siempre delante de los operarios. Este joven era procedente de la colonia del Pozuzo, y vivía con su familia propietaria de una hacienda del valle de Huancabamba, muy entusiasta, de genio emprendedor y lleno de abnegación. Siempre nos condujo muy bien, pero esta vez perdió el tino y se distrajo, como todos nosotros, en la caza de monos que se nos presentaban delante, y cuya diversión nos hizo olvidar la mortificación de haber recibido poco antes una curiosa lluvia, que a cántaros caía sobre nosotros durante una hora o más, a pesar de habernos refugiado debajo de distintos árboles, buscando cada uno el que le parecía que mejor

podía defenderle de la copiosa agua, que después caía a manera de chorros de las hojas y ramas. Era el momento del novilunio, que ordinariamente se manifiesta en la Montaña con tempestades.

Encajonados en lo más hondo de la sobredicha quebrada, o mejor dicho, angosto álveo de un torrente sin agua, formado a trechos por grandes piedras, nos cogió la noche, y allí tuvimos que pasarla, sin haber podido formar rancho como lo teníamos de costumbre, con palos terminados en horcones, que enterrados una tercia o más recibían otros palos, sobre los cuales iban hojas de palmera, para defensa de la lluvia que podía sobrevenir por la noche. Vez hubo en que la lluvia nocturna de tal suerte pasó el techo de palmera y mojó una frazada, que era toda mi cama extendida en el suelo cubierto de hojas, que retorciendo la frazada por la mañana, se escurría el agua como pudiera la lavandera al torcer una camisa sacada de una batea.

Parte del día siguiente anduvimos por aquella angostura, dejándonos muchas veces descolgar, o agarrados de una raíz o apoyados en una peña o de cualquier modo que podíamos, hasta que llegamos al río Chuchurras, en donde encontramos pisadas humanas recientes, y algo de candela sin apagar; era que había allí unos indios, que al oirnos venir, se escondieron de nosotros.

Ningún río caudaloso encontramos por allá sino solo riachuelos y esteros, en los cuales entrábamos buscando la vía más corta, sin reparar en si nos mojábamos, pues considerábamos ésto como cosa accidental.

Omitiendo por brevedad otros pormenores, dimos con el río Palcazu, que con gran majestad se deslizaba mansamente de Sur a Norte, en un álveo de más de doscientas varas de ancho en ciertos lugares, dividiendo sus aguas en dos y tres brazos, que en su curso vuelven a unirse para tornar a separarse. Recibe en su marcha el

caudal de otros pequeños ríos y después de unírsele el Mairo y a dos cuadras el Pozuzo, se juntan a unas tres leguas más abajo con el Pichis que trae mayor cantidad de agua. Algunos hacen comenzar el Pachitea desde esta reunión, mientras que otros le dan este nombre al juntarse el Palcazu y el Pozuzo.

En el Palcazu hay ricas corbinas mayores de una vara; la pampa está algunos metros más elevada que el río, lo cual la pone a cubierto de inundaciones.

Nuestro regreso fué por la Colonia de los alemanes del Pozuzo, a fin de encontrar recursos de boca, pues sufrimos de ellos penuria, por haber durado la expedición, no ocho días, sino diez y siete: a no haber encontrado menos con que alimentarnos, nos hubiéramos visto en grandes apuros.

Realizada la expedición del Palcazu, se había obtenido lo que había sido tan deseado, y sólo faltaba entonces buscar la dirección más conveniente que debía darse a la trocha, encomendada al joven alemán Muller auxiliado por otros, al cual era forzoso enviarle trabajadores que fuesen abriendo el camino siguiendo la trocha trazada.

Así se hizo con no pequeñas dificultades y trabajos, dejando concluído el camino de setenta y cuatro kilómetros desde la hacienda llamada Chilachi, la primera de Huancabamba, hasta el punto navegable del Palcazu, en el cual encontramos tres brazas de agua, o sea seis varas, y que denominamos Puerto Nuevo; y además unos cuarenta kilómetros desde esta hacienda hasta la cordillera oriental, dejando el camino viejo que existía, y trabajando otro nuevo por la otra banda del río Huancababamba. La ruta o trazo que dimos al camino para unir al Océano Pacífico con el Atlántico ¿es el mejor? Presunción sería el afirmarlo, mucho más tratándose de una vía abierta por primera vez, y con mayor razón tratándose

de camino en la Montaña. en donde no se ve ni adonde se va, ni por donde se ha de pasar.

Pero adviertase aquí, que no ponemos en duda si el Puerto Nuevo en el Palcazu es el punto navegable más inmediato a Lima, pues que sobre ésto no cabe cuestión, y lo damos ya por sentado y aceptado; sino cuál es la ruta que, partiendo de la pampa de Junín, por donde debe pasar la vía férrea de la Oroya al Cerro de Pasco, conviene tomar para llegar con mayor brevedad, con menos dificultad y con menos costo al punto navegable más cercano de Lima.

Desde luego me anticipo a declarar con ingenuidad que, en el camino trabajado, hay algunas rectificaciones que hacer, parte de las cuales fueron notadas mientras se adelantaban los trabajos. Además, hay algunas dificultades que voy a notar.

1o.—Partiendo un ramal del ferrocarril desde Ninacaca, hay que tomar las alturas de la hacienda de Huanca, que ofrece grandes llanuras. mas en algún punto de ellas cae frecuentemente nieve, y esto podría ser un inconveniente para la vía. De allí debe tomarse el rumbo a la cordillera en la altura llamada Tingo-Esquina, en donde es indispensable hacer uno o dos túneles. No puede tomarse la ruta de Huachón, porque habría que bajar mucho, para luego volver a subir, aparte de una seria dificultad para pasar desde Chipa a unos cinco kilómetros más adelante.

2o.—La gradiente desde la Cordillera a Huancabamba es de 2 y 3 por ciento ordinariamente, a excepción de una sección de unos seis kilómetros, que no podrían salvarse sin desarrollar una curva que aproximaría el camino al pueblo de Quiparacra.

3o.—Hay un lugar denominado Rallantambo, en que no hay más paso que la caja del río estrechada por peñas cortadas a manera de pongo, en la extensión de

dos o trescientos metros. Podría salvarse esta dificultad haciendo un rodeo.

4o.—Hay que subir algunos centenares de metros para llegar a Cajompata, para luego volverlos a bajar, hallándose en la parte más elevada, terrenos no pantanosos, sino muy húmedos, a causa de las lluvias dominantes en aquella región.

Tenemos datos sobre otra ruta próxima a Huancabamba, que ofrece más facilidades, y que expondremos en otro artículo.

XII

Importancia de la ruta por Paucartambo

El camino trabajado el año 1880 desde Huancabamba al Palcazu, como camino de herradura, no ofrece dificultad alguna, y perfeccionado, puede proporcionar ven tajas grandes a aquellas regiones, que pueden sin mucho costo ser transformadas, de selvas inhabitadas, en valiosas y amenas haciendas. Hecho ya el camino, cosa hacedera es trasladarse allá y establecerse para vivir de sus productos. Los naturales de los pueblos inmediatos, cuando trabajaban el camino, se enamoraban de los terrenos que veían en todas direcciones, y nos decían que, concluída la obra, se trasladarían a ellos con sus familias.

Pero se trata ahora de un camino de hierro para el cual necesario es buscar la ruta más conveniente que lleve al Palcazu.

Para llegar a este importante resultado, conviene antes formarse una idea exacta de la topografía del lugar, partiendo de la pampa de Junín.

Hacia el Este de dicha pampa, los terrenos van en declive, hasta llegar a la cordillera oriental, tras de la cual, vuelven a sufrir una depresión hasta nivelarse con

el mar, aunque en el trayecto se encuentren algunas cadenas de cerros o una que otra elevación. Los estudios geológicos demuestran que todo es muy natural.

Sabido es que la cordillera oriental tiene depresiones en ciertos puntos y que en otros desaparecen por completo quedando interrumpida la serie de cerros que la componen y dando fácil paso a las regiones de Oriente, como sucede en Chanchamayo y otros puntos.

En esta sucesión progresiva de declive, se encuentran de cuando en cuando grandes extensiones que conservan el nivel, formando hermosos valles o pampas más o menos prolongadas. Así sucede con la región comprendida entre la pampa de Junín, que se encuentra a la elevación de tres mil quinientos metros aproximadamente sobre el nivel del mar, y el Palcazu que está como a quinientos, si bien el señor Raymondi, cuya autoridad en esta parte es muy respetable, opina que se encuentra a 350, en las inmediacoines del Mairo, siendo muy posible que este dato sea el exacto; no obstante el Ucayali, en la boca del Pachitea, después de haber recorrido el gran trayecto de 250 millas marinas aproximadamente, se encuentra a 260, según el señor Wertheman, lo cual daría el insignificante declive de dos quintos por ciento.

En la referida región, pues, se encuentran un valle y una pampa: el valle es el de Huancabamba, y la pampa es la del Palcazu, principio de la grande pampa del Sacramento.

El valle de Huancabamba corre de Oeste a Este, y, haciendo una curva, toma la dirección de Norte a Sur, terminando a unas cuatro leguas en línea recta del Cerro de la Sal, sin considerar los accidentes del terreno, por cuya razón es mucho mayor la distancia.

La pampa del Palcazu corre de Sur a Norte y se extiende a multitud de leguas, hasta encontrar el Marañón, sin que por esto sea esta pampa una superficie del todo

plana, pues se halla cortada algunas veces por ramales de cerros, lomadas, quebradas y otros accidentes. Sensible es que no se haya levantado hasta ahora un plano de esta inmensa pampa, tanto para enriquecer la Geografía con este importante dato, como para conocer la topografía y condiciones de sus grandes terenos, y saber de qué modo podrían mejor aprovecharse.

La extensión del valle de Huancabmba es de más de diez leguas, comprendiendo bajo el mismo valle los terrenos ocupados por los indios acampados en los lugares llamados Quillasú, Oxapampa y otros, puesto que todos ellos no son más que la prolongación del mismo valle, que termina a unas seis leguas del pueblo de Paucartambo, en línea recta, esto es, diez y ocho minutos de grado aproximadamente; dicho pueblo dista un poco más de una jornada del pueblo de Carhuamayo, sito en la pampa de Junín, por el cual debe pasar el ferrocarril del Cerro. Según esto, es claro que el trazo más corto y recto, que debe darse al camino para el Palcazu, es el que nos indica la naturaleza de los lugares que deben atravesarse, esto es partir de Carhuamayo, acercarse al pueblo de Paucartambo, entrar en Oxapampa o sea el valle de Huancabamba habitado por indios, llegar hasta Quillasú, para de allí descender a la pampa del Palcazu, sin necesidad de internarse en el citado valle, en la parte que ocupan los hacendados, a fin de evitar un gran rodeo y los inconvenientes antes mencionados de Rallantambo y Cajompata y otros menores (1).

Ocurre aquí preguntar ¿por qué el camino trabajado en el año 1880, no se hizo por este lugar? ¿por qué

(1). La vía férrea en construcción que hoy se aproxima a Quillasú deja comprender que el padre González anduvo muy acertado en sus planes relativos al ferrocarril oriental.

no se hicieron por ahí siquiera los estudios? Muy obvia es la contestación.

Entonces se ignoraba hasta donde se extendía el valle de Huancabamba, y el estar ocupada su mayor parte por los indios salvajes era una valla que impedía penetrar en él, puesto que lo más que hacían los hacendados que ocupaban el comienzo del valle, era llegar hasta las primeras casas de los indios; y el que pasó un poco más adelante, pero sin llegar a su fin, ni dar una idea clara de él, fué el Misionero P. Hermoso, el año de 1879, lo cual fué mirado como un prodigio de valor. El citado padre Misionero trajo de allí a Lima un muchacho de unos doce años, llamado Martín, el cual estuvo algunos meses en los Descalzos, y después fué devuelto a sus padres.

La totalidad de este valle era también desconocida de los padres Misioneros del siglo decimosétimo, encargados del servicio religioso en la parte de aquel valle que ocupan ahora los hacendados, y al mismo tiempo atendían a las misiones del Cerro de la Sal, y no obstante que éstas se hallaban a unas seis leguas del comienzo del sobredicho valle, por cuya razón les era fácil pasar de uno a otro lugar, ellos con todo hacían el tránsito regresando a Tarma, pasando por Junín y luego atravesaban la Cordillera oriental para bajar al valle, haciendo con esto un rodeo de más de cuarenta leguas. Lo que prueba que no se conocía la totalidad del valle de Huancabamba: nada tiene, pues, de extraño, que se ignorase ahora. Esto mismo sucede con los lugares más conocidos y transitados, cuyos caminos van perfeccionándose con el decurso del tiempo; y debía precísamente suceder con mayor razón en la Montaña, que, sobre la espesura de la vegetación que oculta los horizontes, ofrece el encuentro d los salvajes que oponen resistencia.

Tan poderosa es esta resistencia de los salvajes, que ahora mismo, en el año 1880, hallándome en el valle de

Huancabamba, por un rumor falso que por él se esparció, de que venían los indios para robar y saquear, se apoderó casi de todos los hacendados y operarios un terror pánico, no obstante el estar provistos de armas; y hubo algunos de ellos que hasta salieron de aquel lugar, buscando su mayor seguridad en otra parte. Yo, que conocía a los indios, no dí crédito a ese rumor, traté de calmar los ánimos agitados, pero no por esto dejé de tomar providencias poderosas para frustrar cualquier conato de hostilidad. Nada sucedió.

Determinada la elevación de los tres puntos principales indicados: pampa de Junín, valle de Huancabamba y pampa del Palcazu, aparece que, del primero al último punto, hay un desnivel de tres mil metros aproximadamente, el cual hay que salvar en un trayecto de doscientos kilómetros, para dar a las gradientes uno y medio por ciento, resultando un camino magnífico. Sabido es que puede darse dos, tres y cuatro por ciento, y aunque sea cinco.

Dividido el valle de la pampa del Palcazu por la cadena de cerros del Yanachaga, hay que atravesar ésta por medio de un túnel, para lo cual ofrece suma facilidad la quebrada de Quillasú, en cuyo pie o principio, la cadena de cerros ofrece un aspecto vertical y cortado, los indios aseguran que, perforada la cadena, se llega a la pampa. Quizás habrá que hacer antes otro túnel para entrar en el valle, aunque los de Paucartambo aseguran no haber necesidad.

XIII

Dónde y cómo debe establecerse la inmigración

Hecha a grandes rasgos la descripción topográfica de Carhuamayo a Puerto Nuevo, aparace la ventaja que

esta ruta ofrece sobre la de Cajompata, que partiría de Ninacaca, en la construcción de un camino de hierro. Vale la pena de que esta ruta se estudie, ya que tantos beneficios el país debe esperar de ella, y que un ingeniero, de carácter resuelto y de constitución robusta, emprenda los estudios profesionales de un modo serio.

Hallándose Carhuamayo a 3,500 metros de elevación, y el valle de Huancabamba a 1.500, ocurre la dificultad de descender 2,000 metros. Este descenso debe hacerse hacia el Este, tanto porque esta es la dirección, cuanto para evitar rápidas y fuertes gradientes que necesariamente deben encontrarse hacia el Sur, por la sencilla razón de que el río que pasa por Paucartambo ha bajado 14,000 metros en pocas leguas de trayecto hacia el Sur.

Igual precaución debe tomarse para el camino que atraviese la cadena de cerros de Yanachaga, que separa el valle de Huancabamba de la pampa del Palcazu, por hallarse ésta a 500 metros de elevación, mientras que aquél está a 1.500: hay que bajar por tanto mil metros.

Dudo mucho que en la actualidad pueda hacer el Gobierno cosa más útil al país, que ocuparse de este asunto, mandando un ingeniero que comience por Carhuamayo los estudios del camino, el cual podrá ser por de pronto de herradura, a fin de tener expedito en pocos días el paso a la Montaña por el valle de Huancabamba, cuyo camino hasta Puerto Nuevo demandará poco trabajo poner en buen estado.

Entonces el Gobierno podrá comunicarse rápidamente con Iquitos, podrá saber lo que allí pasa, mandar las fuerzas necesarias para mantener el orden y dictar las medidas que crea convenientes en aquellas regiones, haciendo que las grandes cantidades que producen los impuestos de la exportación e importación, entren en las arcas nacionales y no se defrauden por manos poco limpias.

Varias lanchas a vapor surcan en la actualidad todos los ríos tributarios del Amazonas, las que compradas por el gobierno del Brasil, fueron distribuídas a personas de garantía, con la obligación de continuar este servicio, merced al cual se sabe quincenalmente en la capital, cuanto ocurre en tan dilatado imperio. Lo mismo conviene que se practique en el Perú.

Es pues de imperiosa necesidad, para el objeto indicado, procurarse a la mayor brevedad algunas lanchas a vapor que estén en contínuo movimiento en los ríos Ucayali y Pachitea, las que, aparte el servicio indicado, impedirán las correrías de los indios en tribus vecinas, en las cuales, atizados por los blancos que por allí trafican, matan, saquean y reducen a esclavitud a mujeres y niños de otras tribus, para venderlos a los mismos blancos, que encargan les busquen seres humanos para negocio, los que consiguen en cambio de escopetas y avalorios, o herramientas. Por estos apuntes se comprende que la desmoralización en las regiones amazónicas es espantosa, y que reclama pronto y ejecutivo remedio, que solo el Gobierno puede proporcionar.

La construcción del camino de herradura desde Chanchamayo al Cerro de la Sal y Paucartambo, cuyo pueblo tiene camino hasta Carhuamayo, es la cosa más sencilla: voy a indicar el modo.

Los ramos de sisa, mojonazgo y otros producen una gran entrada a la Municipalidad del Cerro de Pasco. Estos productos, aplicados por breve tiempo a la construcción del camino de herradura sobredicho, después de atendido lo que sea de necesidad absoluta, serían suficientes para cubrir los gastos que demandase. Respecto a operarios, podrían sacarse más de los necesarios de Carhuamayo, Urcumayo, Paucartambo, Ninacaca, Huachón, Quinparacra y otros muchos pueblos, pagándoles el jornal que acostumbran ganar actualmente.

El ingeniero que fuese a dirigir los trabajos, marcando de antemano el trazo para un camino de herradura, encontraría allí mismo utilísimos auxiliares, en los notables de los pueblos de Carhuamayo y Paucartambo, que, interesados en el nuevo camino por el gran provecho que de él les vendría, se presentarían a indicar los mejores y más fáciles lugares por donde debería hacerse el trazo, cofo conocedores de aquellas regiones, con lo cual el ingeniero llevaría mucho adelantado. Hay en Paucartambo un señor D. José Palavicino, (1) antes hacendado de Huancabamba y que prestó impotrantes servicios a la obra del camino al Palcazu, y ahora vecino de ese pueblo, el cual me ha escrito con fecha no atrasada, que la topografía del terreno presta suma facilidad para un camino de hiedro desde Carhuamayo a Paucartambo, y desde este pueblo al valle de Huancabamba u Oxapampa, para lo cual no habría necesidad de túnel alguno. Se ofrecía este sujeto a acompañar al ingeniero, o a cualquiera que el Gobierno o una empresa mandase allá para hacer los estudios.

Lo expuesto pone en evidencia la facilidad y prontitud con que puede el Gobierno abrir a todos las puertas de la Montaña y aproximarla a Lima, bastando para ello un poco de actividad dirigida acertadamente, puesto que la actividad atolondrada no servirá sino para hacer fracasar la obra y desacreditarla. La urgencia de la obra apremia, aparte de lo expuesto, por ser ahora el tiempo favorable en que no hay lluvias y se puede emprender el trabajo, lo cual no sucederá en adelante.

Fuera de esto, hay una razón muy imperiosa, como es la de proporcionar pan y hogar a tanta multitud de indefinidos, a una muchedumbre sin cuento que busca

(1). Actualmente se ha trasladado a Huancabamba.

destinos, a una infinidad de gentes que no saben en qué ocuparse. No basta decir a todos éstos, que vayan a la Montaña, sino que es preciso abrir el camino, y ponerlos en condición de que puedan vivir de sus productos.

Los habitantes del Perú necesitan dar expansión a sus ánimos empequeñecidos, por hallarse absorbidos por la política; es indispensable operar un **desencantamiento,** a causa de hallarse las muchedumbres fascinadas con los partidos e ideas raquíticas; hay que descentralizar Lima, que parece el foco y centro de atracción, adonde convergen todas las aspiraciones, y presentar horizontes más vastos, pensamientos más puros y ocupaciones más serias, mediante el camino a la Montaña y la traslación de los mencionados a aquellas hermosas y ricas regiones.

Hay en el Perú tanta multitud de aspirantes, que ellos solos podrían abastecer los destinos de los oficinas de todos los Estados de América; hay militares para formar el ejército que pueda necesitar una gran nación europea; hay gentes de todas clases, que no saben en qué ocupar su actividad y que viven de lo ajeno, prestado o dado, o adquirido de otra manera. ¿Qué se piensa hacer de esta gente? ¿qué dirección se le debe dar? La suma de actividad y de inteligencia de todas estas gentes, ¿tendrá por eterno objeto la política, los trastornos públicos, tumbar a los que están arriba, para colocarse ellos en su lugar? Increpar a éstos, condenar su conducta, reprimir su audacia, es no adelantar nada, mientras no se les proporcione de qué vivir y cómo formarse una posición.

Por fortuna existe la Montaña, que puede alimentar algunos millones de habitantes y proporcionar riqueza a multitud de familias; pero ¿basta tenerla? Nó; es necesario hacer caminos para no tener estancados los productos, como ha sucedido y sucede a las colonias del Pozuzo y Chanchamayo, con tan poco tino concebidas y realizadas; son necesarios caminos, para no dejar aislados del

resto de la República a los habitantes de aquellas regiones; son necesarios caminos para que la acción del Gobierno se deje sentir allí con toda su eficacia, y su sabia influencia mantengan la unidad peruana; son necesarios caminos, para que, antes de que la corriente de pobladores se dirija a aquellos lugares y perezca de hambre, el Gobierno mande a otros que hagan grandes rozos, los dejen secar y los quemen, y luego siembren y preparen alimentos para los nuevos pobladores; de lo contrario, ¿de qué vivirán? ¿qué encontrarán en la Montaña? Aún así, hay que dar a los nuevos pobladores herramientas, yuntas de bueyes, alguna vaca para que tengan leche y queso, ya que escasea la carne; algunos puercos, gallinas para tener huevos, y lo demás que se necesita para la vida. Dar dos sueldos (1) a un indefinido y mandarlo a la Montaña, es dejarlo como antes.

Llenadas las plazas en las oficinas del Gobierno, en el ejército, en la armada, en la judicatura y en todos los demás ramos, tanto en la administración pública, como en las instituciones privadas, tiene el Perú un exceso que asciende a grande cifra; y que, como dejamos dicho, forma una suma de actividades y de inteligencias, que tienen por objeto la política y constituyen la eterna pesadilla de los Gobiernos: en la Montaña serán seres útiles y productores.

Pueden también colocarse bastantes muchachos en las escuelas de cabos y de grumetes, para que sean después hombres útiles a su patria, por la instrucción recibida, en vez de la multitud que carece de esta instrucción y no pueden dar buena armada ni ejército. Otro tanto debe decirse del Colegio Militar, a fin de formar buenos oficiales y jefes, en vez de hombres disfrazados y en-

(1) Cuando esto se escribió, el Gobierno pensaba hacerlo así.

galonados con presillas, entorchados y charreteras, verdaderos simulacros y soldados de salón, sanguijuelas del Erario, e inútiles en las campañas.

Lo propuesto sería un elemento de regeneración en el Perú, que, por carecer de él, necesita ahora de mucha fuerza material, y de ella debe echar mano el Gobierno para mantener la paz y el orden, y alejar las revoluciones y motines. A medida que el pueblo carece de buen sentido y que la justicia y la conciencia no forman la norma de sus actos, necesita de mayor fuerza material para ser bien gobernado; y ésta debe disminuir, en razón inversa de lo que aumentan la honradez, la virtud y la justicia en los gobernados.

Abastecidas las plazas en los diversos ramos, satisfechas las necesidades de las diferentes instituciones, y completado el número de individuos que deben quedar en las ciudades y pueblos, el resto debe cumplir con la ley impuesta al hombre, de vivir con el sudor de su frente, y cuando el modo de proporcionarse esta vida honorablemente no se encuentra en las ciudades y pueblos, preciso es buscarla en otra parte, la cual, en el Perú, es la Montaña.

Muy intencionalmente se ha puesto, **con el sudor de su frente**, porque no escasean los que pretenden vivir con el sudor de los otros, no con el propio, donde quiera que se encuentren y sea cual fuere la situación en que se hallen. Se piensa ir a la Montaña, pero con el propósito, no de trabajar, sino de pedir el amparo de gran extensión de terreno, para lucrar con él, vendiéndolo después a los que vayan más tarde. Otros hay que forman ya proyectos quiméricos de aprovechar de la inmigración peruana o extranjera cuando vaya, creyendo poder hacer trabajar en propio beneficio a los inmigrantes. Si éstos son europeos, sufrirán los tales una decepción completa, pues no sufren ellos ser explotados por nadie. Al dejar su patria

están llenos de aspiraciones y conciben grandes esperanzas, que se avienen muy mal con la sumisión y esclavitud disimulada, que imaginan gentes inexpertas y de penetración escasa. Y si nó, ¿han sufrido los alemanes del Pozuzo ser explatados? ¿Se ha esto conseguido con las imigraciones italianas? ¿Qué sucedió en Talambo con los vascos? Vivir cada uno con el sudor de su frente, es la ley establecida por el Criador del mundo, e impuesta a la universalidad de los hombres: las teorías que a ella se opongan, producirán desastres en las naciones. El hombre no debe explotar al hombre, y ante Dios todos somos iguales.

Téngase presente esta doctrina en lo que respecta a la Montaña, sea para gobernar a los peruanos, sea para reglamentar las inmigraciones, y entonces se obtendrán resultados óptimos

XIV

Facilidad de construir una vía férrea

He ofrecido antes indicar el modo con que debería hacerse el trabajo del camino de hierro para que fuese económico y aún se gastase poco, y me propongo ahora cumplir este compromiso. Además, indiqué que podría realizarse en breve tiempo, y espero dejarlo demostrado.

Hay cerca de trescientos mil habitantes en sólo cuatro provincias que se hallan en las inmediaciones de Paucartambo, de los cuales los hombres, como es sabido, están, generalmente hablando de la clase baja, entregados a la beodez, dominando este detestable vicio a aquellas infelices gentes de tal suerte, que me he encontrado un día en un pueblo muy numeroso, en el cual no había un hombre que no estuviese ébrio. Las funestas consecuen-

cias de este desorden son harto conocidas, y no hay para qué puntualizarlas. Estas gentes están comunmente entregadas a la ociosidad, cuanto les es posible, y nadie ignora lo que cuesta en la sierra encontrar operarios de confianza, aunque se les dé buena paga.

Esto supuesto, ¿no será muy bueno impedir, siquiera en parte, que se embriaguen? ¿no será laudable estimularlos al trabajo? Pues esto es lo que se conseguirá con la construcción del camino.

Tomar una sexta parte de los hombres útiles y robustos de cada pueblo de las indicadas provincias, y obligarlos al trabajo del camino durante quince días, terminados los cuales deberán ser reemplazados por otra sexta parte de los que quedaron en el pueblo, daría esto, bien jecutado, un contingente constante de operarios, que excederían de cuatro mil. Y esto, repetido hasta agotar todos los hombres, por manera que no quedase uno que no hubiese trabajado su quincena, daría una suma, a cuatro mil diarios, de 360,000 jornales, que si, no bastasen para el trabajo de 200 kilómetros de vía, podrían repetirse los turnos de hombres y quincenas, hasta dejar aquélla terminada.

El grupo que saliese de cada pueblo debería llevar su capataz nombrado por los mismos del pueblo, a quien, al llegar a la vía, se le señalaría la sección o trayecto que debería dejar concluído durante la quincena; trayecto que sería mayor o menor según la gente que llevase. Este trayecto señalado debería ser trabajado indefectiblemente por el grupo indicado, sea que emplease menos, sea que emplease más de quince días. Trabajando de este modo, a destajo, se harían muchos ahorros y se acabaría más pronto la obra.

Para el trabajo de túneles y peñas, se necesitarían barreteros, cuyo jornal acostumbra ser relativamente muy subido. Para obviar este inconveniente, se contra-

tarían dos, cuatro, o seis barreteros de los más inteligentes, a los cuales se les asignaría buen salario para tenerlos seguros, y éstos dirigirían el trabajo, sin dejar de trabajar ellos, de los grupos de un solo o dos pueblos, los más diestros, que serían destinados nada más que a trabajar con la barreta, consiguiéndose de este modo un gran número de barreteros, sin perjudicar la industria minera, por quitarle la gente que necesita. Es sabido que la habilidad del barretero no consiste en los músculos, que le permiten imprimir con más o menos fuerza el impulso a la barreta, sino en el conocimiento de la dirección que, según la constitución geológica, debe dar a la barreta, y en el modo y la calidad, lo mismo que en la cantidad de la pólvora que debe emplear en las perforaciones de peñas. Para esto, basta un buen barretero en cada sección de esa clase de trabajos, que dirija a los demás.

Falta saber ahora el salario que deberían ganar esos operarios, que si fuese el mismo que ganan ahora, parece que no se faltaría a la justicia. Sin embargo, para que sirviese de aliciente, podría dársele más, y este, no en billetes sino en plata. Actualmente ganan cuatro billetes por un jornal; ¿no sería suficiente darles cuatro reales de plata? Es indudable: esto les sería muy provechoso y proporcionaría también economías a la obra del camino. Siendo éste de doscientos kilómetros, y en el supuesto de bastar dos mil jornales para el trabajo de un kilómetro, dejando aparte los cortes, rellenos, puentes, calzadas y túneles, costarían los terraplenes ciento sesenta mil soles solamente. El importe de cada metro lineal de los túneles, se ha calculado que no pasaría de cincuenta soles, y menos aún el metro de la simple peña. Respecto a durmientes, se ha calculado que costaría cada uno un real, empleando para el trabajo de ellos a los operarios de Huachón, Quiparacra y Paucartambo, muy

prácticos en labrar maderas de la Montaña, que sería facilísimo encontrar para durmientes.

Lo único en que no se podría hacer economía sería en los rieles, etc., lo mismo que en el material rodante, construcción de estaciones y otros objetos.

Todo, traído de Estados Unidos, podría ser conducido en buques de vela hasta el Pará, y de allí en buques especiales de río llevarlo hasta Puerto Nuevo, desde donde podrían comenzar el enrielaje y la colocación de la locomotora, prosiguiendo hasta empalmar con la línea del Cerro de Pasco, y por consiguiente hasta Lima, quedando unidos así el Atlántico con el Pacífico, la capital del Perú con la Montaña, y asegurada de este modo su autonomía.

Para el trabajo de esta grande obra, menester sería antes formar un buen reglamento; prohibir severamente en todas las secciones de la línea la venta de licores, preparar provisiones de boca y demás necesarias, hacer rozos y sembrarlos, y dictar otras disposiciones que indicaría la experiencia.

Estos trabajos producirían grandes bienes a los pueblos del interior, fuera de los ya mencionados, entre los cuales sería el de la circulación de la plata, en vez de billetes, desde que en plata habría que pagar a los operarios, entregando al respectivo caporal de cada grupo los jornales de los quince días, terminada su tarea, para repartir a cada individuo los seis soles que hubiesen ganado.

Pero todo lo dicho hasta aquí sería ineficaz, si no se tomase otra medida absolutamente indispensable, esto es, enviar una fuerza armada compuesta de un capitán con el título de comisario, y un oficial con veinticinco gendarmes, que recorriesen constantemente los pueblos, averiguando si en cada quincena iba a los trabajos el correspondiente grupo, e hiciesen cumplir el reglamento en

todas sus partes, castigando sus transgresiones. Sin necesidad de otra cosa, o cuando más con algunos pequeños castigos, o enganchar en el ejército algún díscolo, sería esto suficiente para llevar a cabo tan interesante obra.

Sería también de necesidad contar con un buen Prefecto y Subprefecto de confianza, que tuviese órdenes terminantes del Gobierno, de secundar con todas sus fuerzas la realización de esa obra, y que ellos no omitiesen medio justo para vencer las dificultades que se ofreciesen y prestasen todo el apoyo necesario, penetrados de la importancia del camino.

Planteado así el trabajo, es evidente que los ahorros serían considerables y que la obra se terminaría en poco tiempo. Como es sabido, deberían obtenerse antes los estudios definitivos de todo el camino, dividido en secciones, y aún éstas subdivididas en muchos trayectos o partes, para distribuir los trabajos en los grupos de hombres, quincenales. Estos estudios definitivos deberían ser precedidos de otros científicos, o profesionales y detallados, que permitiesen juzgar acertadamente en la elección de las rutas y demás pormenores de una obra de esta naturaleza. Aún estos estudios profesionales y detallados deben suponer el estudio del trazo general, que es de necesidad haga anticipadamente un ingeniero entendido y práctico, el cual sería muy oportuno mandase ahora el Gobierno, para dirigir al mismo tiempo la obra de un camino de herradura, indispensable para transitar cuando se trabaje el camino de hierro, y también necesario por lo que en otros artículos hemos dicho.

XV

Exploración al Cerro de la Sal

Por lo que hasta aquí se ha dicho, podrá formarse una idea de las dificultades que se ofrecen en las explo-

raciones por la Montaña, aunque es mucho lo que se ha omitido. Faltaba todavía otra exploración, no precisamente para el trabajo del camino, sino para obtener datos precisos y enriquecer los conocimientos geográficos con nuevos descubrimientos. Dos obstáculos muy poderosos imposibilitaban esa exploración: las constantes atenciones a la obra del camino al Palcazu, y la negativa de los indios para acompañarme, y de los que absolutamente necesitaba. La exploración era al Cerro de la Sal, partiendo de Huancabamba

La multitud de ocupaciones que me rodeaban eran un obstáculo insuperable para esa importantísima exploración, pues que era necesario diariamente escribir a distintos pueblos para que mandasen el contingente de operarios, contestar la comunicación de diversos lugares, cuidar de que los trabajos fuesen aplicados donde convenía, procurar herramientas, vigilar por el orden, reclamar los fondos necesarios para no retardar los pagos a los operarios, etc. Agréguense a esto algunos viajes al Cerro de Pasco con el mismo objeto, repetir instancias hasta conseguir que la Municipalidad aprontase lo que le estaba ordenado y lo remitiese al tesorero, lo cual era obra de romanos, y que no conseguía sin pasar por humillaciones; ir frecuentemente a cortas distancias para inspeccionar los trabajos, en los cuales había a veces 500 y más operarios, prosiguiendo esa tarea y desvelándome hasta dejar terminados más de cien kilómetros de camino; poner el visto bueno a todos los recibos, puesto que el tesorero no podía hacer pago alguno sin este requisito; y multitud de otras atenciones, que absorbían todo el día, y a veces me era poco. Entre tanto llovían las calumnias de algunos infelices, considerados como los notables de ciertos pueblos; columnias que ciertamente no eran nada agradables: se hacía una guerra cruda, creando dificultades. Todo esto y mucho más que

no podía dejar desatendido, sin que la obra del camino se resintiese y aún paralizase, formaba como una imposibilidad de hacer la referida exploración al Cerro de la Sal.

Por otra parte, los indios se habían negado a acompañarme, aun desde antes, cuando las atenciones no eran tan multiplicadas, y sin ellos era imposible, o poco menos, encontrar el camino. En vano les había ofrecido machetes y otras herramientas de grande estima para ellos, vestidos y avalorios curiosos; todo esto les agradaba, pero no era bastante para decidirlos a emprender la expedición, buscando para la negativa varias excusas. Había ya casi desistido de mi propósito.

Quiso la Divina Providencia que viniesen a verme dos muchachos del Cerro de la Sal, y que, después de haberles atendido dándoles de comer y haciéndoles algunos obsequios, se juntasen con otras personas del lugar donde yo me encontraba, que era la hacienda de Chaupimonte situada en el valle de Huancabamba, las cuales conocían mis vehementes deseos de hacer la exploración sobredicha, que comunicaron a los muchachos, llamados Maximiliano y Miguel. Al oír esto los muchachos, se ofrecieron a acompañarme, asegurando que la distancia era más breve de lo que se creía.

Sabedor de este ofrecimiento llamé a un individuo de toda mi confianza que era el tesorero, para darle mis instrucciones sobre los trabajos, a fin de que mi ausencia no los perjudicase, y después de algunas horas que se pasaron en alistar comestibles y hacer otros preparativos emprendí la marcha, acompañado de cuatro cholos, de los trabajadores, que debían ir adelante algunos metros para abrir senda con machete en mano, y cargar los víveres: venían también los dos muchachos como guías.

Caminamos el primer día cuatro leguas, por haber

emprendido el viaje al medio día, y llegamos a Quillasú, habitado por aquellos indios que se habían negado a acompañarnos; unidos éstos con los dos muchachos se comieron una gran parte de las provisiones de boca, y hubieran acabado con todas, si anticipadamente no se hubiese puesto fuera de su alcance; sabedor de la costumbre bre que tienen los indios, de concluir sin previsión todo lo que tienen hoy, y sin preocuparse por el día de mañana.

Al amanecer del día siguiente continuamos el viaje, recorriendo la continuación desconocida del valle de Huancabamba denominada Oxapampa, con rumbo Sud Sud-Este, o poco menos, pués es casi Sud hasta el Cerro de la Sal; se unieron a nuestra compañía algunos de los indios con quienes pasamos la noche antes y que se animaron a ir conmigo a buscar sal. Esto era un gran inconveniente, puesto que, debiéndoles dar de las pocas provisiones que llevábamos, debían éstas faltarnos a lo mejor; pero como no era prudente desairarlos, fué preciso admitirlos y partir con ellos los pocos comestibles.

Después de haber andado la mayor parte del día por el valle, hicimos pascana en casa de un indio llamado Mateo, que nos recibió con agrado. Estaba dicha casa situada casi a la extremidad del valle o pampa, que tenía una legua o más de ancho, y estaba cerrada por la cadena Yanachaga al Este, y por los cerros del lugar llamado Santa Isabel por el Oeste, mientras que por el Sud se levantaba un cerro muy elevado, al cual puse el nombre de **Gigantón,** que descollaba en una cadena de cerros situados de Oeste a Este, y que deben ser un ramal de la cordillera Oriental. Esta cadena es la que divide el río Paucartambo del valle de Huancabamba u Oxapampa. Era ésto desconocido, pues ninguno de los civilizados se atrevía a penetrar por aquellos lugares.

Seguimos la marcha el día siguiente, y, a eso de las dos de la tarde, pasamos un río de unas cincuenta varas

de ancho y tributario del Paucartambo, en cuya margen descubrieron los indios el cadáver de un hombre, algo lejos. El terror que se apoderó de ellos cuando lo vieron es inexplicable, pues que, aparte de la profunda impresión y abatimiento que les causa la presencia de un cuerpo muerto, estaban poseídos del temor de que se les achacase el asesinato de aquel hombre, que creían tener su casa y parientes a poca distancia, por cuya razón estaban sobrecogidos de miedo de que, al pasar nosotros por ahí, nos quitarían las vidas. El resultado de esto fué que los indios querían abandonarme, dejándome en aquella espantosa soledad entregado a mi propia suerte, sin saber por dónde debía continuar el camino y sin víveres suficientes para poder regresarnos.

En lance tan apurado, me revestí de paciencia y procuré usar de sagacidad, y así logré reanimar los abatidos espíritus de aquellos indios, que se decidieron a no abandonarme, acompañándome al Cerro de la Sal.

No paró aquí este funesto contratiempo, pues habiendo participado del susto y terror pasado, tres de los cholos que me acompañaban habían resuelto imprudentemente regresarse al valle de Huancabamba, y dejarme entregado a merced de los indios bravos. Fuí avisado de lo que pasaba por el que me permanecía fiel, y notando entonces que los otros se quedaban muy atrás, con el fin de poder realizar su proyectada fuga cuando estuviesen apartados de mi vista, me detuve para aguardarlos; al llegar adonde yo estaba, me descubrieron sin embozo su intento, diciéndome que querían volverse, por que no querían perecer en aquella soledad, puesto que no había víveres y el Cerro de la Sal estaba muy lejos, el cual decían ellos, que yo no conocía.

Cuando les hacía ver lo temerario de su resolución, y que también los víveres faltaban para regresarnos y les hacía otras reflexiones, asegurándoles que el Cerro

de la Sal no podía estar lejos y que llegaríamos a él al siguiente día, ellos permanecían inflexibles, poniéndome en la dura necesidad de aparentar energía y hacerles severas amenazas de que recibirían un fuerte castigo si no seguían conmigo; concluyendo con tomar a uno de un brazo, darle un fuerte empellón para que continuase andando, diciéndole, con vóz fuerte, **adelante!** Esto bastó para que prosiguiesen el camino él y los demás, sin oponer entonces alguna resistencia.

Llegamos al anochecer a las playas del río Paucartambo, en donde dormimos debajo del rancho que, con palos y ramas, hicimos en poco rato. Al prepararnos el día siguiente, se repitió la misma escena, y hubo necesidad también de alguna energía para que continuasen el viaje, si bien menos que la de la tarde anterior. Después de haber andado cuatro horas, estábamos en el Cerro de la Sal.

Este tan mentado Cerro está en una quebrada, por la cual corre un riachuelo que los indios llaman Antas, tributario del Paucartambo, y a poca distancia de su confluencia. Junto al Paucartambo se eleva un cerro a trescientos metros del río, y en la parte más elevada se extiende una meseta de algunas cuadras, en la cual habita el jefe de aquellos indios, llamado Huánchu. Nos recibió éste muy contento, le hice algunos obsequios que le fueron muy gratos, y él nos proporcionó comestibles, que consistieron los más en yucas y choclos. Muchas peripecias nos sucedieron, que no puedo referir por falta de tiempo. Respecto al Cerro, citaré las siguientes palabras del padre Amich, en su Compendio Histórico, pág. 18: "Este cerro tiene una veta de sal, que desde la cumbre corre al Sudoeste por espacio de más de tres leguas, y otras tantas hacia el Nordeste; y dicha veta de sal tiene de ancho regularmente treinta varas. La sal es de piedra mezclada con algún barro colorado."

La sal que yo encontré está como a tres kilómetros de la casa de Huánchu, en un cerrito de unos treinta metros de elevación, cubierto de lozana vegetación como los demás terrenos, y la veta se descubría en sentido vertical, y en el ancho que dice el padre Amich. El cerrito no era muy largo, pero estaba encadenado con otros y otros, y los indios me dijeron que más adelante había también sal, pero que ellos no podían llegar allá y tomar de ella, porque en tal caso **se los comería el león (?).**

Faltaba todavía otra exploración, y era la del trayecto hasta Chanchamayo. Se oponían a ella los indios sobredichos, pero con la buena acogida que me hizo Huánchu, los dejé en su libertad, porque ya no los necesitaba, desde que él con muchos otros indios se ofrecieron a acompañarme. Nunca se habían lanzado ellos a tal expedición, pero conocían el camino, y decían que, acompañados conmigo, no tenían recelo alguno. Emprendimos la marcha y los indios también siguieron: el mismo día llegamos a las primeras chácaras de Chanchamayo, y al siguiente fuimos recibidos muy bondadosamente en la hacienda del Buen Pastor por un sacerdote francés, llamado Olivier. Eramos una numerosa comitiva, pues se nos juntaron multitud de indios.

A la sazón había escasez de víveres en aquellos lugares, siéndome ésto muy sensible por privarme del placer de agasajar espléndidamente a los indios como lo deseaba; pero se pudieron conseguir yucas, maíz, algo de arroz y alguna otra cosa, y ellos quedaron contentos. Escribí entonces al Coronel señor D. Bernardo Bermúdez en Tarma, comunicándole que había logrado hacer la travesía de Huancabamba al Cerro de la Sal, y de allí a Chanchamayo, de cuya expedición iba ya a regresar. La carta fué por el correo de Chanchamayo, y su contestación la recibí después de un mes, de Huancabamba por la ruta del Cerro de Pasco, en la cual me escribía el se-

ñor Coronel, que dudaba que su carta llegase a mis manos, temeroso de que me matasen los indios por el camino: tal era la imposibilidad que generalmente se creía de hacer aquella travesía, y el terror que tenían a los indios: nada me hicieron éstos, sino atenciones.

Al tercer día de mi llegada emprendí el regreso, no obstante que me lo disuadía el señor Olivier, porque me sentía enfermo con principio de disentería; pero como en la hacienda no había recursos, resolví partir entregado a la protección de Dios, y esperanzado en que me mejoraría un cocimiento de grama, de la que había visto en las playas del Paucartambo. Así sucedió.

El día siguiente proseguimos el viaje y pudimos llegar al valle de Huancabamba, andando mucho; pero cómo los que llevaban el fiambre se quedaron atrás, al entrar la noche, otro y yo nos encontramos en medio de la selva, sin casa, ni nada que tomar, con mucha debilidad y cansancio sumo, obligados a pasar la noche al pie de un árbol, en donde los mosquitos y zancudos no nos dejaban sosegar. Asaltó a mi compañero una idea funesta, que me impresionó por un momento.—¿Si vendrá el león esta noche y nos comerá?—dijo con acento pavoroso.—No hay cuidado, le costesté tranquilamente.

Por la mañana amanecimos con las manos y cara hinchados por las picaduras, y con una debilidad suma.

Proseguimos como pudimos hasta que nos alcanzaron una legua más adelante los compañeros, tomamos alimento y llegamos al anochecer del mismo día a la hacienda Chaupimonte en Huancabamba. Luego levanté el plano del trayecto recorrido en la exploración.

He puesto estos detalles minuciosos, dejando otros, para que vean los que pretenden ir a la Montaña, lo que por allí pasa cuando por vez primera se recorren aquellos lugares. Quizá esta relación podrá ser útil a alguno.

XVI

Algunas costumbres de los indios

Conocido el puerto de la Montaña más cerca a Lima, y conocida la ruta más corta y conveniente que allá conduce, no por esto debe considerarse desprovista de interés la apertura de otros caminos y las exploraciones por zonas que podrán servir más adelante para recibir las emigraciones europeas, que entrando por el Amazonas se introduzcan por la vía férrea en el interior de la República. Debemos llamar la atención, a este respecto, sobre las exploraciones realizadas hace poco por el señor Samanez y Ocampo en las regiones del Apurímac, tanto más importantes cuanto hasta ahora desconocidas; pues que allí fueron asesinados los padres Cimini y Morentín el año 1853, por los indios salvajes, seducidos por algunos blancos que los explotaban, cuando los Padres iban a emprender la exploración. El señor Samanez ha encontrado terrrenos muy importantes, que no deben pasar desapercibidos.

También hay territorios magníficos en uno y otro lado del río Perené, cerca de Chanchamayo, habitados por los indios Campas, algunos de ellos bastante feroces que sería necesario contener quizá con la fuerza material. Con ellos luchó el ingeniero Wertheman, y los ahuyentó con sus magníficos rifles. Ellos fueron los que se opusieron al padre Cimini cuando desde el Ucayali y Tambo remontaba dicho río, viéndose obligado a retroceder, a causa de las lluvias de flechas qeu disparaban los indios, salidos súbitamente de una emboscada, en una curva del río.

Estos indios son nietos de los cristianos apóstatas, sublevados en el siglo pasado, como antes dijimos, y conservan algunos recuerdos, ciertas tradiciones, los nom-

bres de santos que siguen poniendo a los que nacen, y otras cosas recibidas de sus mayores. Nosotros hemos encontrado en aquellos lugares, esto es el norte del Perené, fuelles de herrería, de sistema muy antiguo, y hemos conocido algún indio que entendía este oficio y hacía algunas obras, aunque toscas. El fierro lo tienen en un cerro situado en la confluencia del río Chanchamayo con el Paucartambo, al pié de la hacienda del Buen Pastor, en donde toma el nombre de Perené. Los Indios que ocupan esta región son mansos, muy despejados, visten cuzma, esto es, un género de algodón muy tupido que sus mujeres tejen y le dan la forma de saco o costal, en cuyos dos lados superiores hacen una abertura, por la cual pasan los brazos, quedando los indios cubiertos como con una camisa sin mangas, que les llega hasta los tobillos.

Estos indios sin incapaces de tomar lo ajeno, pero se enamoran de cuanto ven y quisieran que se les diese; son muy ociosos, a consecuencia de que la gran fertilidad del terreno les proporciona, a muy poca costa, abundancia de maiz, yuca, arracacha, zapallo y otras producciones.

Ordinariamente saben cuando está en sazón tal o cual chácara, y luego acuden de ocho y más leguas todos los indios que por allí habitan, y en pocos días devoran los productos. Entonces todos éstos unidos con el dueño de la chácara arrasada, se van a la chácara de otro indio, quien a su vez se va ya con todos ellos a otra parte en que la chácara esté en sazón, después de consumidos los comestibles de la suya. Así a veces emplean mucho tiempo paseando, como ellos dicen, a manera de enjambre de langostas consumiendo todo lo que encuentran a su paso.

Las mujeres siguen a los hombres en estas excursiones, y se distinguen de éstos por unas rayas de colores que se pintan en la cara en sentido vertical, mientras las

de los hombres es horizontal; llevan también las mujeres gargantillas de huesecitos de animalitos o frutas; tienen un dialecto especial, distinto del de los indios de Chanchamayo y de los Campas del Apurímac y Perené. No se encuentra entre ellos pueblos, ni aldeas, ni aún caseríos, y cuando más dos o tres casas reunidas a distancia de algunos metros unas de otras; pero lo regular es vivir cada familia en casa separada, pudiéndose calcular que en cada tres kilómetros cuadrados hay a lo más una casa o familia, que se compone de marido y mujer y uno o dos hijos y no más, a causa de morir la mayor parte de éstos cuando están muy tiernos, por la impericia de sus padres. Es empresa harto difícil reducir a los indios a que vivan reunidos en un pueblo, y si bien forman una sola casa, por cuanto es para ellos cosa muy fácil, valiéndose de algunos palos de diversos árboles y de hojas de palmera que se encuentran en cualquier parte; y rozan terrenos para formar chácara y tener comestibles, pero no por esto se consigue que abandonen su antigua morada, a la cual se van, después de haber vivido algunos días en el pueblo, cuando el padre Misionero los atrae y acaricia obsequiándoles machetes y otras dádivas.

Manejan muy bien el arco y la flecha, y su puntería es ordinariamente muy segura; tiran también por elevación, calculando muy bien el ángulo que debe describir el proyectil. Estos indios no envenenan la punta de sus flechas, como los de algunas tribus del Ucayali, causando heridas mortales, por inocularse muy pronto el eficaz veneno que lleva la flecha. No hay entre ellos luchas, ni tampoco con los indios sus limítrofes, pues su carácter nada turbulento ni aventurero, les hace evitar conflictos y contiendas.

Se hallan estos indios acampados desde Chanchamayo, río Paucartambo, Cerro de la Sal, Oxapampa, hasta la magnífica pampa y río Palcazu, en cuyas inmedia-

ciones, esto es por el Norte y Este del Mairo, se encuentran los indios lorenzos, muy meticulosos, por manera que huyen cuando ven gente, pero se acercan de noche muy cautelosamente, para robar cuanto pueden a los que han visto de día, sin hacerles otro daño.

Más abajo, esto es, hacia el Nornordeste, habitan los indios schipibos feroces, que cuando la expedición Tuker asesinaron a los oficiales Távara y West. Se hallan éstos en los caños del río Pachitea, y desde allí hacen sus excursiones, robando y matando a los que pueden. Cuando invaden algún lugar se llevan a las mujeres y niños, después de haber dado muerte a los hombres.

Es general en los indios todos la superstición, causando en estos infelices muchos estragos. Al morirse alguno de ellos o al enfermarse, se cree que es efecto de algún maleficio, y aun se achaca la causa de los contratiempos a los mismos hijos y parientes más inmediatos. Se ha visto a niños dando vueltas todo el día por la casa de su padre escavando en su piso la tierra contígua a las paredes de la misma, después de haber sido azotado cruelmente, porque el brujo ha dicho que él es la causa de la enfermedad u otra desgracia acaecida a sus padres. La causa de la superstición se explica perfectamente en aquellas gentes, como también se explica en las llamadas civilizaciones, y consiste en que, necesitando el hombre en su espíritu, algo que sea superior a él, esto es, a Dios y las verdades reveladas por él, llamadas sobrenaturales y que también toman el nombre de fe, en cuanto son superiores a la razón — es consiguiente que, en faltando esto que para todo hombre es una necesidad, se crea o forme el mismo hombre algo que sustituya o llene esa necesidad; y como ese algo no es una realidad, ni corresponde a alguna verdad o existencia, claro es que debe ser superstición o algo falso e ilusorio.

También están entregados los indios a la embria-

güez, valiéndose de la chicha y también del mazato, que confeccionan con yuca fermentada, que los pone como animales.

XVII

Quién debe hacer el camino

Queda planteada en uno de los primeros artículos de esta serie que llevamos publicados sobre la Montaña, la cuestión de quién hará la vía férrea a Puerto Nuevo, desde Carhuamayo. Cuatro palabras sobre esta cuestión.

¿Hará el camino el Gobierno?

Es este punto poco menos que imposible.

Cosa es ya sabida que el Gobierno, cualquiera que sea, es muy mal comerciante, y en punto a obras como la de que se trata, no está en sus intereses emprenderlas por sí mismo, si bien deber suyo es promoverlas y protegerlas, porque en ello se interesa también, y grandemente, el bien general de los pueblos (1).

En los grandes apuros en que se halla el Estado, por la situación financiera y por otras mil causas, imposible es que ni siquiera piense en la gran obra del ferrocarril, para realizarlo a sus expensas, ni por su cuenta, ni en manera alguna que pueda afectar al erario nacional, por cuya razón le es necesario dejar esta obra para

(1). Seguían, después de esto, consideraciones muy oportunas cuando por vez primera se publicaron estos artículos, fundadas en razones poderosas, acerca de la necesidad de hacer desaparecer los billetes de la circulación pública. Como ya los billetes han desaparecido, si bien por una medida semejante a la empleada por Alejandro para desatar el nudo gordiano, nos ha parecido conveniente suprimir esta parte, aún cuando al principio se había ofrecido publicarla.

una empresa particular, única que puede llevarla a cabo. Proteger esta empresa dándole todas las posibles facilidades, deber es del Estado, y por esto de esperar es, que tanto el Gobierno como el Congreso se decidan favorablemente por aquella empresa que ofrezca llevar a cabo esta importante obra, bajo condiciones aceptables y equitativas.

Por de pronto importa concluir la vía férrea hasta el Cerro de Pasco, cuyos beneficios se dejarán sentir poderosamente, y al efecto, deben converger los esfuerzos y las influncias de todas las personas de valer, como a foco y centro que encierra un principio de prosperidad y riqueza.

Hacer una oposición sistemática o contrariar esa obra importante por miras personales o fines mezquinos, es intolerable.

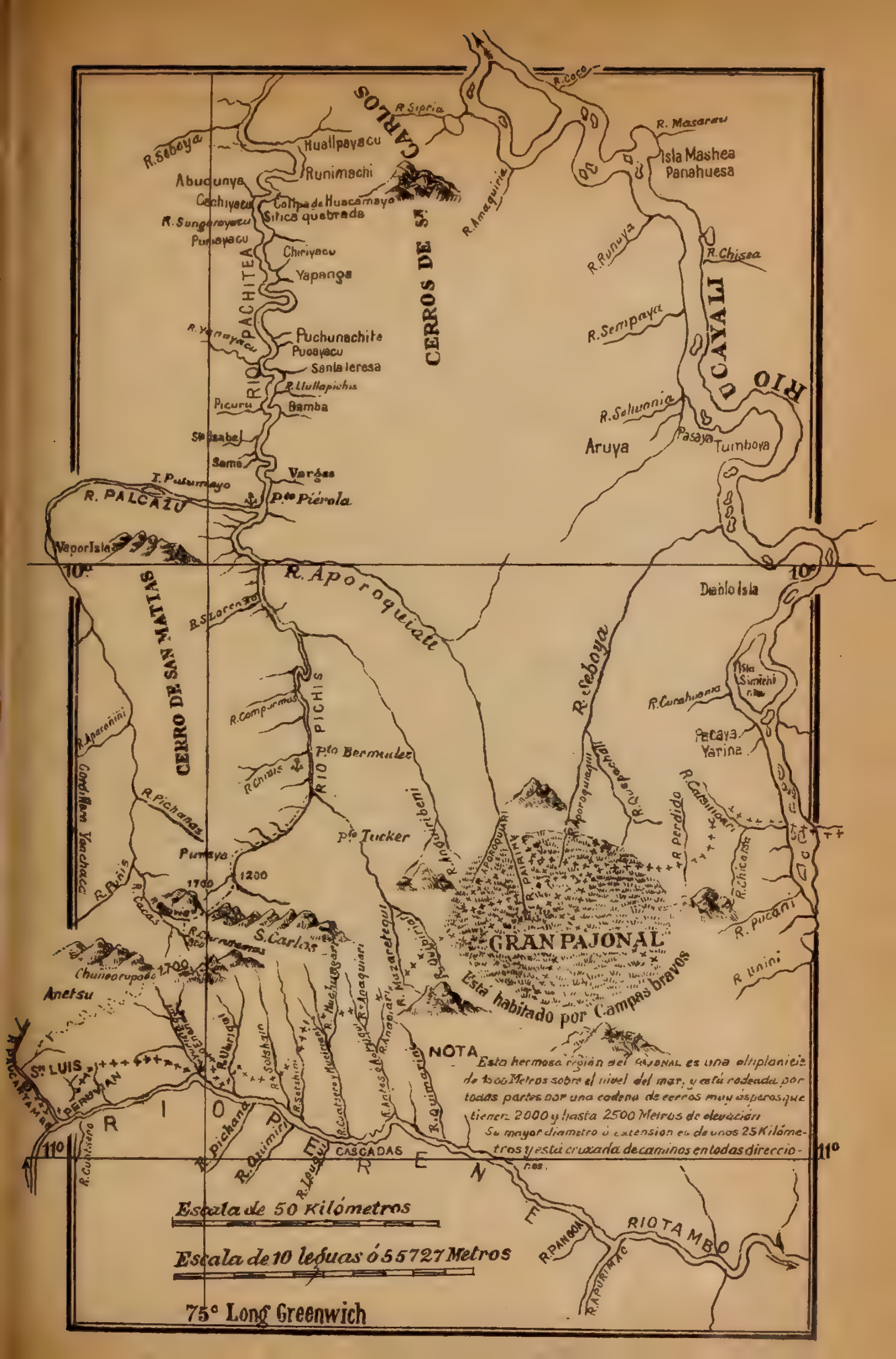
....

....

....

Aquí termina la serie de artículos publicados tiempo atrás, y que tienen sin embargo todo el interés de la actualidad, por cuanto ha quedado sin resolver la gran cuestión sobre el ferrocarril que debe unir ambos mares y facilitar la explotación de las inmensas riquezas sepultadas en la Montaña. ¿No podría contribuir a solucionar esa cuestión la cláusula del contrato entre el Perú y la Peruvian Corporation Company, sobre los kilómetros de vía férrea que se deben construir? Vale la pena que los hombres de Estado, no menos que el Gobierno y el Congreso se ocupen de esto.





CERROS DE Sn CARLOS
R. Sipria
R. Coco
R. Masarau
Isla Mashea
Panahuesa
R. Seboya
Huallpayacu
Runimachi
Abudunya
Cachiyacu
Collpa de Huacamayo
Sitica quebrada
R. Sungaroyacu
Punayacu
Chiriyacu
Yapanga
R. Amaquiria
R. Runuya
R. Chisea
R. Sempaya
RIO UCAYALI
RIO PACHITEA
R. Yanayacu
Puchunachite
Pucayacu
Santa Teresa
R. Llullapichis
Picuru
Bamba
Sta Isabel
Samé
Varéas
R. Sehuania
Aruya
Pasaya
Tumboya
T. Putumayo
R. PALCAZU
Pto Piérola
Vapor Isla
10°
R. Aporoquiau
Diablo Isla
CERRO DE SAN MATIAS
R. S. Lorenzo
RIO PICHIS
R. Campurmas
R. Sebaya
Isla Simichi
R. Curahuania
Pecaya
Yarina
R. Apurohini
Pto Bermudez
R. Chiwis
Cordillera Yanachaga
R. Pichanas
R. Perdido
Pto Tucker
Puraya
1700
1200
GRAN PAJONAL
Está habitado por Campas bravos
S. Carlos
R. Pucani
R. Unini
Chuneorupodo 1700
Anetsu
NOTA
Esta hermosa región del PAJONAL es una altiplanicie de 1500 Metros sobre el nivel del mar, y está rodeada por todas partes por una cadena de cerros muy ásperos que tienen 2000 y hasta 2500 Metros de elevación
Su mayor diametro ó extension es de unos 25 Kilómetros y está cruzada de caminos en todas direcciones.
Sn LUIS
PERUVIAN
RIO PERENE
CASCADAS
11°
R. Pichana
R. Ozuimini
RIO TAMBO
R. PANGOA
R. APURIMAC
Escala de 50 Kilómetros
Escala de 10 leguas ó 55727 Metros
75° Long Greenwich



PADRE FR. GABRIEL SALA

PARTE TERCERA

APUNTES DE VIAJE

DEL

P. FR. GABRIEL SALA

EXPLORACION DE LOS RIOS PICHIS, PACHITEA

Y ALTO UCAYALI

Y DE LA REGION DEL GRAN PAJONAL

1897

Advertencia al lector

Por cuanto en la continuación de esta historia de las misiones franciscanas en el Oriente del Perú, es preciso hablar con más extensión del genial misionero e infatigable explorador, el padre fray Gabriel Sala, omitiremos en este lugar toda mención biográfica del mismo.

Los Apuntes de Viaje que reimprimimos, corresponden a la primera edición que en 1987 se hizo de los mismos a cuenta del Estado; y sólo en uno que otro punto preferimos la segunda edición que manuscrita, de puño y letra del mismo padre Sala y posterior a la primera edición, se conserva en nuestro archivo de la Provincia de San Francisco Solano.

Los **Apuntes** se refieren a un hecho ruidosamente aplaudido en el Perú, es decir a la exploración del célebre y misterioso **Gran Pajonal**, no visto ni explorado desde el levantamiento de Juan Santos Atahualpa por los civilizados del Perú.

Con la expedición del padre Sala quedaban despejadas varias incógnitas: primero, la extensión, relativamente pequeña, y la productibilidad del Gran Pajonal; segundo, el número y la disposición de ánimo de los Campas que lo habitan; tercero, las probabilidades de éxito al emprender un franco movimiento de la costa al interior por la vía del Pichis, que dista poco del Gran Pajonal y se encuentra al alcance de los intrépidos Campas, sus moradores.



Ministerio de Fomento

Lima, Octubre 14 de 1896.

Habiéndose prestado el Visitador General de los misioneros descalzos, a encomendar al R. P. Sala, a demanda del Gobierno, una exploración de la región comprendida entre los ríos Pichis y Ucayali, con el fin de hallar el paso preferible entre el Valle de Chanchamayo y el puerto que se busca en el último de dichos ríos; asi como tener cuantas noticias sea posible acerca de dichas regiones; se resuelve:

Que el Ministro de Fomento ponga a disposición del mencionado P. Sala la suma de un mil soles (S. 1000) para gastos de la expresada exploración, los mismos que serán aplicados al crédito extraordinario mandado abrir para la expedición a Loreto.

Regístrese y comuníquese.

Rúbrica de S. E.

Cuadros.

Direccion de Fomento

Lima, Mayo 25 de 1897.

R. P. Fray Gabriel Sala.

Con fecha 22 del presente, se ha expedido la Suprema Resolución que sigue:

"Vista la Memoria que, acompañada de su respectivo Plano general, fotografías y dibujos, ha presentado el R. P. Fray Gabriel Sala, dando cuenta de sus estudios en la región comprendida entre el río Ucayali (Vuelta del Diablo), y el paso de San Carlos y el río Perené, cuya exploración le fué encomendada por el Gobierno; y atendiendo: a que es de indiscutible conveniencia hacer conocer tan importante trabajo que da idea clara y exacta de esa parte del territorio nacional; se dispone: Manifiéstese al R. P. Fray Gabriel Sala, la complacencia y gratitud del Gobierno por sus esfuerzos en servicio de la República; y publíquese por la Dirección de Fomento la Memoria que de esos trabajos ha presentado, así como los planos e ilustraciones que contiene. Autorízase al Director de Fomento para hacer los contratos del caso para el gasto correspondiente a una edición esmerada.—Comuníquese, regístrese y publíquese.—Rúbrica de S. E.—**Cuadros.**"

Muy grato me es comunicarle el tenor de este Decreto en que se hace tan cumplida justicia a la importancia de sus trabajos y al mérito contraído con su prepara-

ción. Representante dignísimo de la institución más útil que ha venido al Perú, es V. R. personalidad muy conocida y muy respetada por su absoluta consagración a los deberes de su ministerio, por las dotes especiales que le favorecen, y todavía, finalmente, por sus viajes, estudios y exploraciones en las regiones montañosas del Perú. A ello se debe, en no poca parte, que se conozcan aquellas regiones y que se haya llevado a ellas, en seguida, la civilización y la vida.

Por la propaganda de S. R. en 1888, se inició el movimiento que hoy se realiza definitivamente en favor de la Vía Central que va por Chanchamayo y el Pichis; y merced a los últimos estudios de S. R., que motivan este oficio, la geografía del territorio nacional ha hecho valiosa conquista respecto de la región comprendida entre los ríos Ucayali y Pichis; y mediante esos estudios, el Perú entero sabrá en adelante que la **vía central** que hoy se construye, es no sólo la mejor sino la única realizable, atendiendo al costo de la obra, a lo longitud del camino y a la posibilidad de su ejecución.

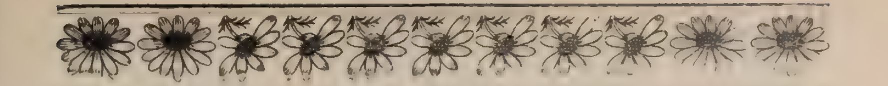
Las diversas publicaciones de S. R., muy conocidas del personal ilustrado del país, así como los croquis de esas regiones, que esta Dirección ha tenido alguna vez el encargo de dar a la publicidad; unos y otros trabajos han dejado bien establecido que S. R., nunca se apasionó de antemano por solución alguna determinada, y tanto apoyó ésta como aquella, según que los datos adquiridos favorecían más la una o la otra. Al mismo tiempo que esta claridad de criterio propiamente científico, todos reconocen en S. R. un espíritu de verdad, amante de ponerla en claro ante todo y sobre todo. Estas cualidades, que forman sin duda el fondo de su carácter, constituyen, por sí solas, garantías de gran estima respecto de las conclusiones a que conduce necesariamente el importante trabajo que S. R. acaba de terminar con éxito feliz,

después de múltiples y rudas penalidades, sobrellevadas con el ánimo resignado, que sólo conoce el espíritu cristiano, o con esa alegría en el alma que se tiene siempre que se sigue tras los ideales de lo bueno y de la grande.

En el entre tanto, y por encargo especial de S. E. el Presidente y del señor Ministro, cábeme el honor de manifestar a S. R. la favorable impresión que ha dejado en el ánimo del Gobierno la importante memoria que S. R. ha presentado sobre su última exploración a la zona que baña el alto Ucayali.

Dios guarde a V. R.

J. Capelo.



INTRODUCCION

Deseando el Excmo. Sr. Dr. D. Nicolás de Piérola, actual Presidente de la República, tener un conocimiento exacto y minucioso de la región del Gran Pajonal, y queriendo el M. R. P. González, Superior de mi Seráfica Religión, saber también en que estado se hallaban tantos pueblos y conversiones como tuvimos allí en el siglo pasado; convinieron los dos en comisionarme para explorar dicha zona, comprendida entre el Pichis y Pachitea, Ucayali, Tambo y Perené.

A este fin se me telegrafió desde Lima a Ocopa, en donde me hallaba entonces, para que me pasase a la Capital; esto fué el 3 de Octubre de 1896, y el día 7 del mismo mes llegué a Lima, en donde tuve el gusto y el honor inmerecido de ser recibido por un Edecán y el Secretario privado de su Excelencia. El día 9 fuí introducido a Palacio y después de haber hablado largamente con el muy digno e inteligente Jefe del Estado, quedó resuelto mi viaje al Gran Pajonal, dejando a mi elección el tiempo y modo de ejecutar dicho viaje. Para esto se me proporcionaron los recursos necesarios para comestibles, armas, peones y regalos de los chunchos, para todo lo cual juzgué que bastaban mil soles plata; sin que obstase este presupuesto, para que se abonase algo más, dado caso que por algún accidente fuese necesario gastarlo, a fin de desempeñar bien mi comisión.

—Cuánto necesita Ud.? — Me preguntó el Presidente.

—Yo le respondí: Excmo. Señor, para llevar a cabo es-

ta empresa, necesito por lo menos tres meses de tiempo: y para todo lo que se pueda ofrecer me basta y sobra la cantidad de 1,000 soles.

Miróme y volvióme a mirar su Excelencia, y con mucha emoción y complacencia me respondió:

—¿Mil soles no más?

—Sí, Excmo. Señor, contesté; yo sé lo que debo gastar, qué gente me ha de acompañar, qué tiempo debo emplear, y para todo esto, repito, me bastan y sobran los mil soles indicados.

Dióse la orden el mismo día para que se me entregara aquella cantidad. Este primer paso o triunfo lo miré como un buen agüero, respecto de todos los obstáculos y combates que me esperaban en la tierra de los salvajes. Y así fué; vencida aquella primera dificultad, todo lo demás se ha hecho fácil y llevadero. Nos hemos caído, nos hemos rodado, nos hemos perdido y naufragado; el sol, el aire, la lluvia y los insectos nos han hecho lo que han podido; los chunchos nos han disputado el paso a mano armada; no importa, una vez cortada la cabeza de Goliat, era preciso se rindiesen los demás filisteos.

Con aquella cantidad pude pagar todas las compras que había hecho en Lima, mandar mis cargas a la estación y salirme para Tarma, como lo hice el día 17 del mismo mes. Llegué a la Oroya y me hospedé en el hotel Junín de la Compañía Mercantil. Los señores Cabieses y Villarán. me dispensaron toda clase de atenciones, y no puedo menos de manifestarles mi gratitud. En el mismo tren y coche venía el Sr. D. Martín Otero, cuyo amable carácter contrarrestaba el horrible traquido de la locomotora y el pesado soroche de la cordillera.

Como el tránsito de la costa a la sierra en un solo día es tan rápido y atroz, es casi imposible poder cerrar los ojos en toda la noche cuando se llega a la Oroya, y casi

todos se quejan de dolor de cabeza, por más que las habitaciones, el abrigo y la mesa no dejen nada que desear.

Por esto, tan pronto como amanece, cada uno monta su bestia y aprieta a correr para Tarma, en donde el temperamento, la vegetación, los recursos y el trato fino de una sociedad culta le hacen olvidar el malestar del día precedente. Nosotros hicimos lo mismo; y en seis horas de caminar, siguiendo la línea telegráfica, nos encontramos debajo del arco en que está el busto del Mariscal Castilla.

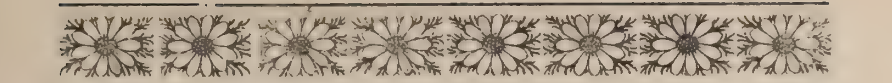
En Tarma tuve que estar ocho días esperando las cargas que venían de Lima, y otro religioso compañero que debía venir del Colegio de Ocopa. Conseguidas estas dos cosas, arreglé de nuevo mis bultos para entrarme en la Montaña.

Fuí a visitar al señor Prefecto Valle Riestra, el cual se dignó proporcionarme bestias y dos gendarmes que me acompañaron hasta San Luis. Como habían salido de Tarma más de 200 bestias para la Montaña, me costó bastante trabajo encontrar mulas y aparejos, y así tuve que hacer uso de las bestias del Estado, las cuales se encontraban como al fin de la cuaresma y bien disciplinadas. Con ellas, sin embargo, llegamos muy bien a La Merced, en donde el Comisario González nos atendió con el cariño y solicitud que tanto le caracterizan. Esto tuvo lugar el dío 23 de Octubre. El día 24 nos pasamos a San Luis. Aquí el R. P. Fr. Tomás Hernández, Prefecto de las Misiones, y los demás vecinos nos recibieron con la caridad que su mucha virtud y religiosidad les inspirara. Luego que llegué a San Luis vinieron todos los principales vecinos a visitarme, manifestándome las mayores pruebas de agradecimiento, por lo que yo había contribuído a su pequeña fortuna y felicidad, fundando aquel nuevo pueblo y colonia cosmopolita. Yo les obsequié una imagen de San Luis muy hermosa que traje de Lima.

Después de descansar tres días en San Luis, me fuí a visitar al señor Graña, para ver si su camino era más aparente que el de Capelo, para dirigirme al Puerto Bermúdez; porque como en aquellos días habían pasado tantas bestias conduciendo las cargas de la lancha, y otras muchísimas que traficaban diariamente por otros motivos, me pareció que el camino de Metraro debía estar impasable. Encontré al señor Graña en el campamento de Sanchuriazu, y me rogó que lo acompañase a ver el trazo del camino que estaba haciendo para ver si marchaba bien o andaban fuera de rumbo.

Accediendo a sus ruegos, lo acompañé por espacio de ocho días y me regresé con él mismo a San Luis, pasando por Chungaropabú, Anetsú y río Antás. El día 11 acabé de arreglar todas mis cosas para emprender mi viaje el día siguiente: me despedí de los amigos y vecinos del lugar, adelanté alguna cosa a los que se habían comprometido a acompañarme y escribí al Ministro de Fomento y Presidente de la República, anunciándoles mi próxima marcha.—Esto supuesto, comencemos la relación de nuestro viaje, verdaderamente importante y curioso.





Relación del Viaje

Noviembre, día 12, de 1896

Después de almorzar salimos de San Luis a las 11 y 1|2 de la mañana. Las personas que componían nuestra expedición eran las siguientes: el R. P. Sala, el R. P. Juan Aguirre, D. Tiburcio Tasa, D. Visitación Vega, Mateo Rodriguez, Valerio su hermano, Enrique Kinchuya, Vicente N. Ramón, chinito, y otros muchos chunchitos que voluntariamente se ofrecieron.

Juntamente con nosotros salieron en dirección al Asupizú y río Pichis, con objeto de formar un nuevo pueblo o misión el R. P. Fr. Tomás Hernández, actual Prefecto de Misiones, acompañado del R. P. Fr. José Romaguera y de otras varias personas, como fueron Esteban, Pascual, Ventura, Mateo Soto, Antonio López, Ascensio y otros muchos chunchitos (1). De modo que entre todos éramos como veinte personas, casi todas de la montaña y acostumbradas a andar por los bosques, ríos, y malos caminos. Traíamos entre escopetas y rifles unas diez armas de fuego; de las cuales unas eran para cazar, y otras para defensa de nuestras personas en caso necesario.

Salimos de San Luis montados, yendo por el camino de Graña, cuya gradiente que no pasa de cinco por

(1). De este viaje del padre Hernández y del desastroso fin del padre Romaguera, se habla con alguna extensión en el tomo duodécimo.

ciento, y el buen estado del mismo, nos permitió llegar a su campamento (kilómetro 28 desde San Luis) a las 4 de la tarde. De modo que, en cuatro horas y media, se andan descansadamente los 28 kilómetros que hay desde San Luis al campamento sobredicho, que se halla cerca de la cumbre que divide el Antás de Eneñas cerca de Chungaropabú en dirección de Sudoeste a Nordeste. Dicho camino tiene muchísimas curvas por razón de las quebraditas sin número que se encuentran en todas direcciones, de modo que la distancia de 28 kilómetros apenas representa la mitad en línea recta; sin embargo, por la bondad del camino y de los terrenos que atraviesa, dicho camino es sumamente útil y ventajoso. Lo que conviene cuanto antes es sembrar pastos y formar Tambitos para comodidad de los viajeros. Este camino sirve de entrada a la colonización de los hermosos valles y quebradas de Anetsú, Sanchuriazu, Eneñas, Cacasú, Asupizú y Pichis, a donde finalmente se dirige. Como todo este terreno tiene laderas bastante tendidas y muy poca peña dura, es muy fácil su construcción, y si el señor Graña tuviese unos 200 hombres a su disposición, podría acabarlo en menos de seis meses, hasta empalmarlo con el otro pedazo que viene del Asupizú; y llegar así con toda seguridad y comodidad al puerto Bermúdez en tres jornadas ordinarias.

Día 13 de Noviembre

Salimos del campamento del señor Graña, en donde fuimos muy bien recibidos y atendidos tanto por el referido señor, como por el otro ingeniero señor Barreto, el señor Gozalo, y otros muy buenos señores cuyos nombres no recuerdo.

Arregladas las cargas y mochilas de todos, inclusas las nuestras, nos dirigimos por la trocha del señor Gra-

ña, que estaba adelantada otros 28 kilómetros, hasta el cerro de Santo Tomás sobre Cacasú (cabecera del Palcazu). Como salimos muy tarde y a pié, anduvimos este día unas 2 leguas acampando en el monte.

Día 14 de Noviembre

Después de tomar un modesto desayuno, proseguimos nuestra marcha por entre la espesura de hermosos árboles y terrenos, pasando la cabecera del río Eneñas, que en este lugar corre muy manso y poco caudaloso. Llegamos a la cufbre o nivel de Chungaropabú, dejamos la trocha del camino de Graña (1) y entramos por el camino de chunchos que pasa por la misma cumbre hasta llegar a Cacasú. Quise de propósito pasar por esta ruta, parte por completar los trabajos de mis expediciones anteriores, parte por considerar el camino Capelo muy escaso de pastos, por razón de las muchísimas bestias que en pocos días han ido por allí, parte también para facilitar y proporcionar al señor Graña algunos datos que puedan serle muy útiles. Llegamos a las tres de la tarde a Chungaropabú en su punto más elevado, en donde nos acampamos después de haber andado como legua y media sin otra novedad que haber cazado un mono que nos lo comimos sin dejar nada, según costumbre de esas tierras. Durante la noche sufrimos una tempestad de viento y lluvia que nos ejercitó bastante la paciencia.

---

(1). Camino llamado de la Vía Central, terminado más tarde por el Dr. Capelo, en cuyas estudios fue la primera autoridad el padre Sala, aunque no siempre se siguió su dictamen. De las exploraciones del padre Sala que ilustraron la opinión pública en la materia de la Vía Central, se dará razón en el tomo duodécimo.

Día 15 de Noviembre

Eran las ocho de la mañana cuando salimos de Chungaropabú en dirección a Cacasú. Seguimos andando por dicha cumbre divisoria pasando cinco lomaditas con sus correspondientes aguaditas que todas se dirigen al Eneñas. Desde la cumbre de Chungaropabú en que dormimos, (que es la más elevada de dicha cadenita) hasta el principio de la bajada de Cacasú, apenas habrá unos dos kilófetros. La bajada de Chungaropabú a Cacasú es muy disimulada, pero tiene muchas aguaditas. Desde nuestra salida hasta la pascana en casa de Lorenzo (más abajo de Chirrutsmás) hemos andado 12 kilómetros. Hemos pasado o vadeado varias veces el río Cacasú, para evitar los morros de los cerros que se acercan demasiado al dicho río formando cuestas difíciles de andar. En toda esa hoyada de Cacasú hay buenos terrenos, frecuentes aguadas y muchas chacras y casas. Casi todos los chunchos son amuesas y amigos nuestros. El aneroide, en casa de Lorenzo apuntó 800 metros sobre el nivel del mar, el termómetro 25 grados Reamur. Al saber nuestra llegada vinieron muchos chunchos, ofreciéndonos comida y también acompañarnos y llevar nuestras cargas, lo cual sirvió de mucho alivio; tanto más, cuanto que algunos de ellos eran del mismo Asupizú a donde nos dirigíamos. Así es que nuestro viaje se hace cada día más divertido e instructivo, bajo muchos respectos; pero especialmente en lo tocante a la parte geográfica de esta parte o trayecto de San Luis al Asupizú. En este luger o casa hemos sacado una vista de fotografía. (Lám. 1a.) También echamos un torpedo para pescar, y nos fué muy bien.

Día 16 de Noviembre

Hoy hemos pasado descansando en casa del referido Lorenzo (en Cacasú); unos se han ido a pasear y otros

a pescar; los demás nos empleamos en leer, cantar, escribir y remendar nuestra ropa y calzado. Como han venido tantos chunchos, hemos tenido que hacerles muchos regalos de pañuelos, espejos, cuchillos, rondines, etc., para complacerlos y tenerlos más a nuestra disposición cuando se ofrezca el caso de necesitarlos. Aunque teníamos muchas ganas de dormir nos fué imposible hacerlo por la mucha bulla que hacen los chunchos tanto de día como de noche. Sin embargo ya nos hemos acostumbrado a dormir en el suelo lo mismo que ellos, y nadie piensa en jergones ni colchones. Dormimos vestidos del mismo modo que andamos por el monte; con la diferencia de que si tenemos ropa seca, nos la ponemos para dormir. Esta medida es muy higiénica lo mismo que el tener una buena fogata toda la noche. Es verdad que ésta es una costumbre universal de todos los chunchos de nuestra montaña; pero hemos de confesar, obligados por la misma experiencia, que esta costumbre es como una ley, una verdadera necesidad; y que tanto yo como el Sr. Graña hemos tenido que apelar a este medio para poder cerrar los ojos.

Día 17 de Noviembre

Arregladas todas las cosas, salimos de Cacasú (casa de Lorenzo) y nos dirigimos a Comperichmás (afluente del Ubíriqui). Eran las 8 a. m. y nuestros primeros pasos se dirigieron al Chivisú (afluente del Palcazu) que dista unos dos kilómetros del Chirrutsmás y entra por la misma banda derecha del río Cacasú o Palcazu. Después de haber pasado el primer morrito que separa las dos quebradas sobredichas nos dirigimos hacia el Oriente subiendo por terrenos algo inclinados hasta vencer la cumbre que separa el Cacasú del Ubiríqui. Aquí pude

contemplar la configuración del terreno que divide las tres hoyadas del Palcazu, Perené y Pichis; y por todas partes se ofrecen a la vista cerros muy elevados, y quebradas en todas direcciones. Es verdad que dentro de estos cerros tan parados hay llanuras muy hermosas; pero también es cierto que dentro de las que parecen llanuras muy hermosas se esconden mil quebradas y aguaditas que obligan a los ingenieros a formar mil curvas y parábolas para dar a los caminos una gradiente uniforme, lo cual aumenta excesivamente las distancias. Pero no hay remedio: es necesario pasar por ello, y más vale rodear que rodar. Nosotros, pues, proseguimos nuestra marcha subiendo por el lado derecho de la quebrada Chivisú, hasta llegar a su cumbre en la cual marcó el aneroide 1400 metros. Fuimos andando por dicha cumbre, con rumbo N. E. por espacio de una hora. Esta cumbre es bastante estrecha: está cubierta de una arboleda algo más raquítica y llena de un musgo muy grande mezclado con carrizos y gramalote. Sin embargo está bastante nivelada por espacio de muchos kilómetros, y podría seguirse por el mismo nivel hasta bajar al Asupizú; pero como el camino de chunchos anda por lo común recto como una flecha de un punto a otro, subiendo y bajando cerros, pasando ríos y quebradas sin temer espinas ni barrancos; nos fué preciso dejar el nivel que llevábamos y precipitarnos de improviso por una pendiente que tenía un ochenta por ciento de declibe hasta llegar al fondo de la quebrada que forma el origen del Ubiriqui, y en este lugar se llama Comperichmás. Aquí el aneroide señaló mil metros; de modo que en media hora bajamos de la altura de mil cuatrocientos a mil metros; y luego volvimos a subir la misma altura; todo por seguir la senda recta de los salvajes. Este río o torrente, cabecera del Ubiriquí, es bastante caudaloso al menos en este lugar, según se ve por los árboles y peñas que arrastra y el mu-

cho ruido que hace. Su dirección en este punto es de N. O. a S. E.

Durante el día hemos cazado tres monos y una ardilla; y como para esto hicimos muchos tiros, los chunchos de la casa en que nos hospedamos se escaparon, dejando todas sus cosas y la olla en la candela. El dueño de



P. FR. JUAN B. AGUIRRE

esta se llamaba Miguel y era cuñado de Lorenzo, que también nos acompañaba; por más que lo llamábamos no quiso acercarse. Hemos andado unos diez kilómetros; de modo que este día lo hemos empleado en pasar de la cabecera del Palcazu a la de Ubiriquí subiendo a la cumbre divisoria de los dos valles o ríos, y luego volviendo a bajar. Los datos y conocimientos prácticos de este día son preciosos; pero mucho más los de mañana.

Día 18 de Noviembre

Proseguimos nuestra ruta, salimos de la casa de Miguel en Comperichmás y fuimos faldeando el cerro o ladera de la mano derecha de dicho río, subiendo una de las narices que dividen el Azupizú del Ubiriqui, y luego

volviendo a bajar a la cabecera del mismo Comperichmás. En esta cumbre el aneroide apuntó mil setecientos metros. Dicha cumbre o cuchilla es muy estrecha y accidentada; tiene la vegetación pequeña, y los árboles y el suelo están llenos de un musgo muy grande. Por esta cuchilla por donde bajamos no se puede trazar de ninguna manera un camino de herradura; parte porque es muy estrecha, y parte porque su pendiente es demasiada, pues tanto la subida como la bajada tiene, por lo menos, un treinta por ciento de inclinación, además de que la tierra parece bastante deleznable y expuesta a derrumbarse. Tiene también mucha piedra escondida debajo del mismo musgo.

Por lo visto, la distancia que separa Cacasú del Azupizú es muy corta, pues andando en líena recta por senda de chunchos hemos medido solamente veintidós kilómetros, de río a río. Pero el terreno es tan accidentado, que para llevar la gradiente del camino central, sería necesario hacer una multitu de curvas y zigzas, que duplicarían y triplicarían esta distancia. Si se quisiera evitar estos zigzas y conservar esta gradiente indicada, entonces no quedaba más remedio que seguir el perfil del cerro o lomada de San Matías (que divide el Palcazu del Pichis) hasta caer por las cabeceras del Quintoliaqui, a la desembocadura de este río en el Azupizú. Pero este rumbo está también llenísimo de dificultades, con que dicho perfil, primeramente mirado de frente o de la parte del Oriente, presenta este aspecto, y si lo contem-



plamos a ojo de pájaro nos da una figura semejante a esta.



Si esta figura tan torcida fuese sin embargo lla-

na y ancha, sería admisible; pero no es así, sino todo lo contrario, como he visto y palpado. En vista de estas observaciones parece lo más conveniente que el camino central de Graña, una vez que haya pasado el cerro de Santo Tomás, sea por la derecha o por la izquierda (esto es, por la parte que mira al Perené o por la que mira al Cacasú), se dirija luego del modo más recto y anivelado al paso de San Carlos; aunque fuere necesario para esto bajar al nivel del río Comperichmás, o cabecera del Ubíriqui y volver luego a subir insensiblemente al paso sobredicho de San Carlos. Como nosotros hemos andado por el cauce del Asupizú casi desde su origen, hemos visto la dirección de dicho río y en vista de ella parece ganarse mucho tiempo en pasar directamente de Santo Tomás (Chungaropabú) a San Carlos, como podrá verse en el croquis que acompaño (1).

Día 19 de Noviembre

Este día ha sido un poco triste para nosotros por cuanto se nos quedó el P. José Romaguera con otro hombre (2), y los dimos por perdidos. Por esta causa no pasamos más adelante, y nos quedamos dos días en este lugar del Asupizú, llamado Purrayu, esperándolos. En este lugar hay muchas casas y familias de chunchos con grandes yucales y platanales; contamos a simple vista diez o doce.

Aquí tuvimos también el gusto de encontrarnos con el padre y la madre de Kinchuya nuestro guía y compañero de viaje. Como hacía seis años, que este muchacho

(1). Estas observaciones del padre Sala sobre la Vía Central, consignadas con absoluta seguridad de lo que afirma, dan idea de los estudios hechos por el despierto misionero de la topografía de aquella zona.

(2). No se trata de la última pérdida del padre Romaguera que aconteció más tarde.

se había perdido yéndose por el cerro de la Sal y San Luis, no se puede pintar dignamente este encuentro tan inesperado para sus amorosos padres (aunque salvajes). En este momento y lugar se hallaban como 50 personas reunidas hablando cada una con los de su idioma: los campas con campas, los amuesas con amuesas y los civilizados entre sí: pero todos admirados y enternecidos del cuadro que representaba Enrique pinchuya con sus padres y hermanos. Por de pronto se sentó sobre un palo, quitándose el sombrero que llevaba y poniéndoselo sobre sus rodillas. Le rodeaban por todas partes su padre, su madre, sus hermanos y hermanas (que eran muchos); y nosotros, que también éramos muchos, contemplamos esta hermosa escena, comiendo al mismo tiempo algunos plátanos maduros que nos regalaron. Comenzó su madre, (que era amuesa) a hacerle sus reconvenciones por haberse ausentado tanto tiempo de su familia sin saber su paradero. Su padre (que era campa) iba remachando el clavo con la seriedad y energía que acostumbran los de esa tribu; sus hermanitos no hacían más que mirarlo y tocarlo con ternura; y él, lleno de vergüenza, estaba con la cabeza gacha sin atreverse a levantar los ojos; y solamente respondía **(atech ma), asi es**: o bien en campa **(ario vi) sí pues.** Esto duró más de una hora; después de lo cual pasamos todos más arriba a hospedarnos en la misma casa del padre de Kinchuya que distaba como dos cuadras de esta otra casa y lugar del referido encuentro. De esta casa y lugar salieron muchos chunchos acompañándonos hasta el río Auchiquis o Agoachini, en donde encontramos al señor Cabieses, con todo el resto le la lancha, que se dirigía al Puerto Bermúdez.

Vonviendo al P. Romaguera, sucedió que como dicho Padre era muy gordo y pesado para andar, se nos fué quedando atrás mientras bajábamos de Comperichmás al Azupizú. Viendo nosotros que después de espe-

rarlo por mucho tiempo no venía, le dejamos a un hombre muy formal llamado Tiburcio Tesa para que lo esperase y acompañase hasta juntarse en la pascana con nosotros. Pero no fué así, sino que se perdieron por no conocer bien el vado y haber crecido el río. Así estuvieron dos días y medio, separados de nosotros con solo la ropa de encima y ningún alimento. Comieron toda clase de yerbas y frutas que encontraron y durmieron sentados junto a algún árbol con la ropa mojada. Desde la casa de Kinchuya mandamos dos chunchos bien pagados para que se fuesen río arriba, y los acompañasen hasta donde estábamos nosotros. Así lo hicieron y al tercer día llenos de rasguños y heridas por todo el cuerpo; por lo que se ve que se rodaron y cayeron muchas veces, especialmente el P. Romaguera. Sin embargo mostraron muy buen humor y decidida voluntad de seguir adelante.

Día 20 de Noviembre

Descanso en el mismo lugar y casa de Kinchuya en Purrayu, esperando al P. Romaguera que llegó este mismo día por la tarde. En este lugar hay tres quebradas de bastante consideración y que en tiempo de avenidas no se pueden vadear: las tres de la cadena de San Matías que separa el Palcazu del Asupizú: la primera se llama Purrás, la segunda Auchiques, y la tercera Purutarini; todas desembocan en el Asupizú. Desde ese lugar ya se anda por terrenos y faldas muy llanas por la banda izquierda del Asupizú hasta encontrar el camino y puente de Capelo, que va de San Luis al Chivis o Puerto Bermúdez. Pero como aquí el río Asupizú forma una curva muy grande de Occidente a Oriente y Sudeste, para volver después hacia el Norte, por esto los chunchos que quieren ir del Asupizú al Chivis no siguen el curso del río, sino que pasan directamente por la loma que divide el

Asupizú del río Parró o Masisás, con una dirección regular de S. O. a N. E. que es la general de todo el camino. Desde ese lugar en que hemos estado parados dos días se descubre muy a lo largo la quebrada u hoyada del del Asupizú que es en este lugar muy ancha y tendida. con hermosos terrenos y muchas chacras de chunchos Su dirección en este punto es de Oeste a S. O., torciendo después hacia el Norte, como hemos dicho arriba.

Día 21 de Noviembre

Después de haber regalado algunas curiosidades al padre y madre de Kinchuya y demás amigos de aquel lugar, proseguimos nuestra marcha, bajando casi al nivel del Asupizú, en cuyo lugar el aneroide apuutó 600 metros, y luego volvimos a subir hasta una casa y chacra en que había muchos campas preparados con muchas flechas, para defenderse en caso de ser atacados. A nosotros nos recibieron muy bien y nos dieron plátanos maduros y chicha; les regalamos algunas cosas, y nos pasamos adelante. Tanto de esta casa como de las anteriores se nos juntaron varios chunchos para acompañarnos y llevar nuestras cargas, incluso el mismo padre de Kinchuya, hasta el Agoachini. Prosiguiendo nuestra marcha, llegamos a la cumbre que divide el Asupizú del río Parró o Masisás, y en dicha cumbre el aneroide apuntó 1500 metros.

Después de haber andado como un cuarto de hora por dicha cumbre, nos desprendimos derrepente por una bajada y cuchilla que tenía ciento por ciento de descenso hasta el nivel del Masisás. Aquí echamos un torpedo y sacamos bastante pesca. Luego subimos un poco hasta la casa del capitán José, que había trabajado en montar el puente del Asupizú y andaba vestido con pantalón y camisa, trayendo un gran medallón de plata como insignia

de capitán. En esta casa, entre otras, había una mujer de una cara bastante desaguisada, la cual, según nos dijeron, tenía también el nombre y oficio de capitana, o diremos mejor de gran bruja y curandera. Esta casa tiene muy buena vista y buenos terrenos. Desde aquí al encuentro del Azupizú habrá unos tres kilómetros; nosotros los hemos andado en una hora.

Todos los terrenos que hoy hemos andado, son muy aparentes para la agricultura; empero hemos observado que todas las lomas que dividen estos ríos tributarios del Asupizú por la parte que mira al Sur, o diremos mejor, a la mano izquierda (bajando), son muy tendidas, y al contrario, por la parte del Norte son muy paradas y de una vegetación muy inferior.

La distancia de camino recorrida desde la casa de Kinchuya en el Asupizú, hasta la del capitán José en Masisás, es de 9 kilómetros.

Día 22 de Noviembre

Esta noche la hemos pasado muy acompañados junto al río Agoachini o Auchiques, pues aquí nos hemos reunido con el señor Cabieses y toda su gran brigada que conduce las lanchas al Pichis (Puerto Bermúdez). Desde aquí al Puerto Bermúdez en tiempo de creciente ya puede embarcarse en balsas y canoas, con tal que haya quien sepa manejarlas. Los terrenos que se encuentran desde el Auchiques al Puerto Bermúdez o Chivis son muy llanos y están cruzados de varios riachuelos como son el Quintoliaqui, Marellaneri y otros. Parte de stos terrenos en tiempo de grandes avenidas o lluvias muy copiosas está sujeta a inundaciones, como pudimos observarlo por nosotros mismos el día que dormimos junto al vado del Quintoliaqui, pues se nos metió el agua dentro del monte en que dormíamos hasta la altura de un metro. Aquí

nos bañamos todos por la tarde, siquiera para poder de este modo limpiarnos del mucho barro de que estábamos cargados. También echamos un torpedo y sacamos bastantes peces.

El Sr. Cabieses y demás compañeros tuvieron la amabilidad de convidarnos á comer en su carpa, cuya invitación, es por demás decirlo, fué muy bien aceptada. En la noche nos visitó, como de reglamento, un fuerte aguacero que perturbó nuestro sueño y empeoró mucho el estado de los caminos. Aquí se rompieron dos botellas de vino de misa que traía el P. Hernández para celebrar en el Puerto Bermúdez. Todas las cosas se están malogrando por causa de la humedad, como son vestidos, calzado, escopetas, etc.

Día 23 de Noviembre

Tan pronto como cesó de llover (que serían las 11 a. m.) nos pusimos en marcha para el Chivis. En esto se presentó el capitán López (chuncho) diciendo que si queríamos podíamos embarcarnos allí mismo, que él tenía balsas. Yo tenía mucha gente, y como otros deseaban también poderse embarcar, juzgué conveniente proseguir mi viaje a pié, como lo hice, comenzando a andar a las 11 a. m.

Pasada la quebrada de Auchiques, se sube una pequeña cuestecita y se anda por una cumbre muy hermosa por espacio de algunos kilómetros. Luego se pasa un río de bastante agua llamado Sinchihuaqui y se prosigue por terrenos muy llanos demasiado bajos, pues las avenidas en parte hacen el tránsito algo fastidioso y para las bestias también peligroso. Felizmente este trecho es pequeño y puede componerse con palizadas dando un buen desagüe o curso a las aguas desviadas.

Anduvimos hasta las dos de la tarde en que llega-

mos al Quintoliaqui. Aquí ví muchos palos de balsa, y como yo siempre necesitaba una balsa para bajarme al Ucayali, me pareció lo mejor arreglarla de una vez y echarme sobre las aguas desde este punto; por esta razón resolví hacer pascana en este lugar con toda mi gente. Empero el P. Hernández viendo una canoa amarrada a la orilla del río grande (Azupizú), sin preguntar ni esperar más, se embarcó en ella con cuatro muchachos, y se fué abajo quedando nosotros aquí haciendo nuestra balsa. Hoy apenas habremos andado unos 8 a 10 kilómetros por terrenos muy llanos y hermosos; en estas regiones ya se encuentra caucho, buena pesca, y buena caza; los indios parte son campas y parte amuesas y se prestan para el trabajo. Estando en San Luis se hablaba de que por esta tierra había mucha preparación contra los blancos; pero hemos visto que no hay nada, y así no conviene hacer tanto caso de las bolas.

Día 24 de Noviembre

Este día ha sido bastante fatal para nosotros: después de media noche comenzó a llover a torrentes y ha seguido así hasta las 10 a. m. Los ríos han crecido desmesuradamente, y el Quintoliaqui, se ha levantado un metro sobre sus bordes, derramándose por el monte. El lugar donde estaba nuestra carpa fué muy pronto una laguna, en que estaban nadando todas las cosas: ollas, cajones, fardos de ropa, altar portátil, etc.: el agua nos llegaba a la cintura. Las escopetas estaban cubiertas por el agua, como también otras cosas pesadas. Lo primero que hicimos fué agarrar toda la ropa, y colgarla del palo que sirvió de cumbrera de nuestra carpa; las escopetas las metimos dentro de las raíces de un palo, que estaban como dos varas levantadas del suelo. Hecho esto, ví que

no había más remedio que salvarnos subiendo en la balsa que hicimos el día anterior. En efecto, la balsa que ayer dejamos dentro del río, hoy flotaba dentro del monte. La amarramos bien; colocamos mis cuatro cajones y algunos fardos más, y cubriéndolo todo con un poncho de jebe, nos sentamos como pudimos, esperando que cesase de llover y se bajasen las aguas. Los más de los chunchos que me acompañaban, faltándoles el criterio y la serenidad convenientes, se arrojaron medio desesperados al río para vadearlo y salvarse en la orilla opuesta que les parecía algo más elevada. De rato en rato venían asomándose estupefactos a la orilla opuesta para ver si el agua nos había llevado, y viendo nuestra calma y serenidad, empezaron algunos avolver a vadear el río para juntarse con nosotros; otros se regresaron a sus casas desde este lugar. Nosotros entre tanto rezamos el rosario de María Santísima y el Padrenuestro a San Antonio, según costumbre de nuestros viajes. A las once cesó de llover y empezó el río a disminuor. Considerando yo entonces la necesidad de alimentos que tendría el P. Tomás, quien desde el día anterior estaba separado de nosotros sin comida, resolví que parte de nosotros se fuese por agua y los demás por tierra, dejando en aquel mismo lugar del monte los bultos que no se pudiesen cargar, para regresar al día siguiente a buscarlos con canoa, a no ser que quisiesen hacer otra balsa, y venirse también por agua, lo cual les era también muy difícil. Así dispuestas las cosas, desatamos la balsa y comenzamos a andar sobre las aguas del Quintoliaqui; cuando hé aquí que apenas habíamos andado una cuadra, de repente se nos presenta un árbol tendido sobre el río, cuyas ramas debían barrernos como una escoba, a no ser que nosotros supiésemos evitar con tiempo su contacto. Por la impericia del puntero no fué así, y por consgiuiente sucedió lo que yo tenía previsto. Yo me incliné tendiéndome so-

bre la balsa, y avisando a los demás que hicieran lo mismo. Mi voz o no fué oída, o fué mal entendida; lo cierto es que casi todos se fueron al agua, juntamente con los cajones y otras cosas. Como yo felizmente me encontraba en mi puesto, y sobre los estribos, agarré lo que estaba más cerca de mí flotando (que eran los cajones) y los volví a meter en la balsa. Luego hicimos los esfuerzos que pudimos para podernos acercar a la orilla y detener la embarcación a fin de recojer a los náufragos, de cuya existencia dudábamos. En esto oímos gritos que se iban acercando, y era el P. Romaguera que venía por el monte, el cual se había salvado nadando, aunque con mucha dificultad por causa del hábito que vestía. Otros chillidos se oyeron pidiendo auxilio, y era un joven tarmeño que no sabía nadar, pero que el agua le arrojó casualmente en una pequeña isla. Como era imposible hacer subir la balsa contra una correntada tan fuerte, y por otra parte el río comenzaba a bajar, le aconsejé que se estuviese allí mismo hasta que bajando las aguas pudiese vadear, y juntarse con los demás compañeros que quedaban allí cerca, dentro del monte, haciendo la balsa, para bajarse todos juntos. Así lo hizo aunque con mucha pena, pero no había más remedio en aquella coyuntura. Nosotros proseguimos nuestra navegación, habiendo perdido el P. Romaguera todas sus cosas, incluso el Breviario, excepto la imagen de San Antonio: yo no perdí nada gracias a Dios. Pero apenas habíamos andado unos 50 metros cuando ví que más abajo había un palo atravesado en forma de puente, pero escondido una cuarta debajo del agua. Aquí me temí un peligro igual o peor que el pasado. En efecto, llegamos al lugar de la prueba y estuvimos media hora forcejando para sacar la balsa que allí se nos había encallado y estaba balanceando. Al fin conseguimos nuestro objeto aunque con muchísima dificultad, y después de pocos pasos entramos en el río Asupi-

zú, que en este lugar estaba llenísimo y de una corriente uniforme de unas tres millas por hora.

Desde ese momento y lugar fué nuestra navegación un verdadero paseo, sin más trabajo que enderezar la balsa para que estuviese siempre de punta, y evitar las palizadas si alguna se ofreciese. Esta regla es suficiente y basta para evitar todos los percances desagradables que se sufren por estos ríos y otros de todo el mundo, y de descuidarla resultan muchos naufragios y desgracias. A las 12 m. entramos en el río grande (Asupizú) y a las 2 p. m. pasábamos por la conguencia con el Masaretequi, que venía del S. E., y estaba en este momento también lleno y estancado, pero de una anchura majestuosa que no bajaba de 80 metros. Otras quebraditas observé también que entraban por ambas orillas, pero de menos consideración: el Masaretequi es el brazo principal del Asupizú y desde ese punto o confluencia ya se llama (Pichis) río de miel. A las cuatro de la tarde llegamos al Chivis o Puerto Bermúdez en donde encontramos al P. Hernández pescando, pero que estaba tan en ayunas como nosotros, que no habíamos comido nada en todo el día por falta de fuego. Ante todo dimos gracias a Dios, y luego saqué de mis conservas e hice un caldo y sopa de arroz para todos. Luego empezó cada uno a contar sus aventuras y en esto llegó la noche en que cada uno durmió como pudo.

Día 25 de Noviembre

En el lugar en que se junta el Chivis con el Pichis, se ha establecido el Puerto Bermúdez. El puerto es bastante agradable, pero sería de desear que el terreno fuese un poco más elevado a fin de no tener ningún temor sobre las inundaciones futuras, pues si hasta hoy no las ha habido puede haberlas en el porvenir. Esto, no obstante,

tiene muy fácil remedio, haciéndose como en otras partes las casas de dos pisos, de modo que en las crecientes extraordinarias pueda pasar el agua por debajo del primer piso sin detrimento de los intereses de la casa. Estas crecientes extraordinarias tienen en verdad su parte mala, pero llevan consigo la ventaja de fecundar la tierra. Así se ve en todas las riberas del Ucayali, especialmente respecto del plátano, que es la principal provisión de todo el Ucayali. Pero dado caso que en Puerto Bermúdez no se quisiera hacer uso de esta medida hermosa e higiénica al mismo tiempo, entonces basta que se retire la población o formación de edificios un poco más adentro del monte, en donde se hallan terrenos más elevados; o si no trasladarse a la mano izquierda del Chivis (bajando) cuyas orillas son cuatro metros más elevados que las opuestas (Altura de este lugar 280 metros. Term. 25° Reamur).

En este día he estado viendo y considerando todas estas cosas, como también las múltiples inscripciones que los soldados del Coronel Yessup gravaron en los árboles. También hemos esperado, aunque inútilmente, al resto de nuestra gente, pues ni por agua ni por tierra nadie ha aparecido hasta ahora, 5 p. m. Con esta pena tendremos que acostarnos, esperando con paciencia lo que nos traerá el día de mañana. Nuestros muchachos han ido al monte y han cazado un paujil y un monito; con esto y un poco de arroz ya se puede pasar un día.

Día 26 de Noviembre

Permanencia en el mismo lugar. A las 7 a. m. han comenzado a llegar el resto de nuestros muchachos y también los primeros arrieros y cargadores de la lancha conducida por el señor Cabieses. Respecto de nuestros muchachos, ésta es la historia: Hicieron su balsa según yo

les indiqué, y al día siguiente se echaron, como nosotros, aguas abajo, desde el Quintol'aqui. De repente se encontraron frente a un palo que estaba clavado en medio del río grande y como no llevaban ningún muchacho que entendiese de dirigir balsas, se fueron derechitos a él. Entonces con un sacudón se les abrió la balsa en dos partes y los arrojó a todos dentro del agua, con todas sus cosas. Felizmente tuvieron bastante serenidad para agarrarse de las raíces de dicho palo, y amarrar en el mismo los objetos que llevaban en la balsa, para volver a buscarlos en la primera oportunidad. Los que sabían más de nadar se fueron a nado a la orilla más inmediata, para desde allí prestar algún auxilio a los otros que no sabían de nadar. En este aprieto se le ocurrió al P. Juan B. Aguirre, (que también fué uno de los náufragos) buscar un palo o bordón bien largo, y atar en su extremidad un bejuco a manera de caña de pescador y echar dicho bejuco a los tres o cuatro que habían quedado prendidos del árbol o raíz sobredicho, a fin de que, atándoselo a la cintura, los demás tirasen con toda velocidad desde la orilla opuesta, para impedir que el agua se los llevase y se ahogasen. La medida fué excelente, y merced a ella, nadie se ahogó. Pero las cosas, como fueron escopetas, ropa, etc. se quedaron prendidas en el mismo lugar; algunas se recuperaron y otras parece que fueron sustraídas por alguno de los transeuntes que sabía de nadar con las manos y con las uñas. D. Rafael Santa María tuvo la bondad de hacerme entregar el anteojo de larga vista, que también andaba por allí entre **agua revuelta.**

Por la tarde de este mismo día llegaron parte por tierra, parte por agua, varias cargas de la lancha; el señor Vialardi quiso montar en la balsa de López (capitán), pero en el primer saludo que les hizo una palizada. bajó de la balsa y se vino por tierra, dejando a López que prosiguiese por agua hasta el Puerto Bermúdez, como lo

hizo, llegando a las 5 de la tarde trayendo varias piezas o planchas de fierro, un botecito y otras cosas. Según nos dijo el mismo López en el golpe que dieron contra la palizada se perdió un saquito de piezas de fierro que serían probablemente tornillos o remaches. No sé si hasta mañana podrán encontrarlos; una vez que baje el río debía registrarse dicho lugar.

Así es que en este día todos han tenido alguna aventura que contar; pero especialmente el P. Juan Aguirre quedó atónito, y sin hablar; hizo sus votos y promesas como acostumbran todos los náufragos y espera la oportunidad de cumplirlos religiosamente. Yo, aunque no he naufragado, deberé acompañarlos con la misma o mayor devoción, pues he participado del peligro y salvación de todos. Alabado sea Dios y San Antonio. Los muchachos que ayer fueron por yuca a casa de Martín acaban de regresar con un buen cargamento de yuca y plátano, más un paujil y algo más. Así vamos pasando.

Día 27 de Noviembre

Estamos en el mismo lugar, sin más novedad que haberse cambiado el tiempo notablemente; pues con el cambio de la luna estamos gozando de unos hermosísimos días de verano, como si estuviésemos en el mes de Junio. Van llegando las cargas y peones del señor Cabieses, pero todavía faltan muchas cosas. El señor Arteaga, Ingeniero, se ha entretenido en medir el ancho del río en el lugar llamado Puerto Bermúdez y ha encontrado 125 metros; yo calculé a simple vista que serían unos 150. La profundidad es de dos brazadas por lo menos, estando como está el río cargado; en el tiempo de seca siempre habrá en este lugar por lo menos una brazada.

Día 28 de Noviembre

Hoy ha llegado todo el resto de la lancha y de la gente que la conducía. Como el camino que va desde San Luis al Asupizú y Pichis es todavía muy provisional e imperfecto, ha sido necesario que una brigada de peones anduviesen delante de las bestias preparando los puentecitos y atolladeros a fin de salvar los compromisos del señor Cabieses. Por esta causa es que han venido tan despacio, pues no podían adelantar un kilómetro sin componerlo primero. Llegando al Asupizú, tuvieron que esperar unos ocho días y ayudar al señor Vialardi para montar el puente sobre dicho río, sin cuyo puente es imposible pasar en tiempo de aguas. Solamente así se explica cómo habiendo salido quince días antes que nosotros, nosotros lleguemos al puerto tres dían antes que ellos andando por camino de chunchos, como antes hemos referido. Las bestias que han llegado hasta el puerto merecen un buen descanso por algunos meses, si es que regresan a Tarma con vida. La causa principal del cansancio y muerte de tantas bestias es la falta de pasto; pues aunque el monte está lleno de yerbas y aún de pasto regular, como estas bestias estaban acostumbradas a otros pastos muy diferentes no se animan a comer y se mueren de miseria; por esto insisto en que se siembre a trechos maicillo o gramalote para utilidad de los transeuntes; de lo contrario sería preferible viajar a pie como hemos hecho nosotros; pero esto no gusta a todos igualmente (1).

---

(1) Se da por cierto que el señor Cabieses, después de sudar y congojarse en una serie interminable de atolladeros, declaró solemnemente a sus camaradas, que no había más héroes que los *Padres de Ocopa*, que frecuentaban aquellos caminos y aún seguían viviendo.

Hoy ha sucedido que yendo uno de los muchachos que llevaba el P. Hernández a echar un torpedo, se ha malogrado la mano. No sabemos de dónde ha sacado torpedo y mecha; toda la mañana se había ausentado, y a las once del día sentimos una gran detonación en el aire, oyéndose, al mismo tiempo, unos gritos lastimeros; fuímos a ver lo que sería, y encontramos el muchacho sentado junto al río, con la mano hecha pedazos y metida dentro del agua. Lo llevamos en balsa, lo lavamos en agua fenicada y durmió con bastante tranquilidad. Suplicamos al señor Remy, para que al día siguiente se lo llevase para afuera, a fin de hacerle la operación en regla, a lo cual accedió con mucha piedad.

Día 29 de Noviembre

Después de haber arreglado todas las piezas de la lancha, poniéndonos debajo de toldos y de haber sacado algunas vistas más, nos sentamos a la mesa con la parsimonia y moderación de siempre. Nos despedimos mutuamente cada uno para su destino: el señor Cabieses, Arteaga, Remy, Santa María y Cárdenas para Tarma; el P. Hernández para explorar las casas y familias del Chivis, y yo con el P. Juan Aguirre y cinco compañeros más para el Ucayali y Tambo. Era día domingo, y muy hermoso, y a las 12 en punto empezamos a desfilar cada uno por su camino; quedándose el P. Romaguera, con algunos peones, en el mismo puesto, esperando a la Expedición Naval del señor Asín y también la de artesanos del señor Gamarra que estaban muy próximas a llegar.

Anduvimos sobre nuestra balsa cuatro horas y llegamos al primer puesto del dicho río Pichis, llamado la "Buena Esperanza". Aquí vive un alemán o ruso, llamado Alfredo Belfort, el cual nos recibió muy cortésmente y nos trató con mucha caridad. Durante estas cuatro ho-

ras hemos pasado por varias casas de chunchos, parte amuesas bastante cariñosos, y parte campas bastante bruscos y desconfiados. El sobredicho Alfredo es socio de Guillermo Frantzen del Chuchurras, que tiene su pequeño comercio y negocio en caucho. Tiene hoy recogidas como a 150 @ y espera aumentar un poco más para llamar un vapor del Ucayali, y hacer su negocio según costumbre. Aquí hemos tomado una vista de dicho puerto, hemos formado una cámara oscura con frazadas y hemos desarrollado varias planchas del viaje; algunas han salido bien y otras mal por haberles tocado la luz.

En frente del referido señor Alfredo Belfort, vive un chuncho con una mujer huanuqueña, que se escapó de su marido, (Francisco Zevallos), que vive actualmente en el Pozuzo; y habiendo algunos preguntado a dicha mujer ¿cómo le iba con el chuncho campa?respondió "que muy bien". ¡Hasta qué estremo puede llegar el despecho de una mujer caprichosa e inmoral!

En esta casa nos hemos parado un día obligados de la bondad y atenciones del señor Belfort, el cual no solamente nos ha dado hospedaje, sino que también nos ha regalado dos sombreros y algunos comestibles para el resto del viaje. Dios se lo pague.

Día 30 de Noviembre

Permanencia en el puerto de la Esperanza (Pichis). En este día quise hacer un experimento sobre las planchas que llevaba de "Schmit"; porque como nunca las había usado no sabía si las que había sacado durante el viaje estaban bien o mal; y para no exponerme a perderlas todas durante mi larga escursión, juzgué hasta necesario hacer este experimento, quiero decir, el desarrollo. Para esto tuve que armar una cámara oscura, y lo hice con ocho frazadas nuevas que tenía dicho señor; también

puse mi poncho y luego con alfileres los juntamos bien por los ángulos, a fin de impedir lo mejor posible la penetración de la luz. Me faltaban cubetas y en su lugar me serví de ollas de fierro aporcelanado, de fondo plano. Me faltaba agua limpia y destilada y en su lugar tuve que valerme de agua sucia pero bien hervida y reposada: el río estaba muy cargado y sucio. Preparadas así tan imperfectamente todas las cosas, procedí al desorrollo: encendí mi farolito de cristales rojos (y en su defecto me valgo también de un pañuelo o frazada colorada); eché las planchas dentro del baño de sulfato de fierro y oxalato neutro de potasa, y a los cinco minutos todavía, conseguí ver completo el desarrollo de la imagen negativa. Lavé la plancha con agua bastante sucia, la fijé con el hiposulfito y la dí el último baño con alumbre. Como aquí en la montaña es muy difícil poder secar las planchas al aire libre, por la mucha humedad de que está impregnada; tuve que irme a la cocina y puesto a media vara de distancia del fuego estuve moviendo las planchas recién lavadas en todas direcciones, como quien se está abanicando. No conviene estar quieto porque entonces se derrite la gelatina y se pierde el retrato, como me pasó una pez. El trabajo principal me estaba reservado en el papel sensibilizado. Pasé a querer poner una hoja para sacar un positivo, y me encuentro que las hojas se habían pegado mútuamente, formándose de cada dos una sola hoja pero con tanta tenacidad que no había manera de despegarlas.

Entonces se me ocurrió llevar un braserito dentro el cuarto oscuro y allí estar manipulando, sobre las brasas, a dos pulgadas de distancia, las hojas de papel sensibilizado hasta conseguir que se desprendiera una de otra. Una vez conseguido esto, coloqué la plancha y el papel en la prensa, la puse al sol o a la luz que despedían las nubes, y conseguí varias vistas positivas, las que bañadas

con el hiposulfito y cloruro de oro, las dejé pegadas con otras tantas cartulinas, en testimonio de mi gratitud (1).

Nota.—Como esta operación me costaba mucho tiempo y siempre me malograba algo las hojas, he probado despegarlas metiéndolas dentro de una palangana de agua limpia y fría en el cuarto oscuro, y al cabo de media hora las he despegado fácilmente sin malograrse nada. Después las he hecho secar en la misma oscuridad y las he usado del modo que se acostumbra.

He querido poner aquí todo el procedimiento, porque si algún fotógrafo piensa sacar y desarrollar vistas en la montaña, especialmente en tiempo de aguas, sepa los inconvenientes que hay y como se puede de alguna manera conjurarlos.

Respecto del papel sensibilizado, creo que sería muy bueno separar una hoja de otra antes de entrar en la montaña; quiero decir, en lugar de estar tocándose las dos caras albuminadas, voltear una de las hojas, para que la cara albuminada de una hoja descanse sobre la espalda de la otra. De esta manera, y estando bien encarpetadas, se ahorrará el trabajo inmenso y fastidioso de estar una hora sobre las brasas para despegar una sola hoja como he tenido que hacerlo yo varias veces. También conviene tener presente, que en tiempo de aguas lo que más embaraza las operaciones fotográficas es el agua sucia, pues no hay río, ni quebrada, ni laguna, que no esté todo turbio. El remedio más fácil contra ese mal, es recoger el agua de la lluvia mediante alguna toldera, tocuyo o encauchado; y si ni esta agua pudiera conseguirse por no llover aquel día o momento en que se necesita, entonces se tomará agua del río, charco o acequia, se deja-

(1). He aquí el autoretrato del padre Sala: imperturbable, industrioso, pleno de iniciativas, oportuno, de buen humor y sacando utilidad de todo.

rá reposar y luego se hará hervir bien, y colándola con un trapo bien tupido, se podrá hacer uso de ella, como si fuese destilada.

Día 1o. de Diciembre

Después de dar las más expresivas gracias al señor Belfast por sus muchas atenciones, salimos de su casa o puerto de "Buena Esperanza" a las 6 y 1|2 a. m. Desde el puerto Bermúdez estoy siempre con la brújula en la mano, formando el plano del río, y apuntando todas las quebradas que entran por ambas partes. Para esto tengo un rollo de papel separado. Lo mismo haré con el Pachitea y Tambo, de cuyos ríos pondré al fin de este diario un prospecto hidrográfico.

Como el objeto principal de mi expedición es explorar la región del Gran Pajonal, que se encuentra encerrada entre los ríos Pichis, Pachitea, Ucayali, Tambo y Perené, me importa muchísimo ver todos los ríos o quebradas que bajando de la serranía de San Carlos o del mismo Pajonal, desembocan en los referidos ríos. Por esto no dejo ninguno, por pequeño que sea, sin apuntarlo, aupnque no sepa sus nombres. Las principales quebradas o aguadas que vienen del Oriente o región del Pajonal y desembocan en el Pichis y Pachitea, son las siguientes: Masaratequi, Anaquiali, Aporoquiali (Pichis), Llullapichis, Santa Teresa, Siticaquebrada y Macoya (Pachitea). Teniendo bien conocidas estas aguadas o quebradas, como también su caudal de agua, es muy fácil inducir las distancias que separan sus regiones o cumbres divisorias del referido río principal en donde desembocan. Esta observación me ha servido de grande utilidad en muchas ocasiones.

Prosigamos nuestro viaje. Salimos de la casa de Belfort o de la quebrada Compurmás y anduvimos hasta

las 11 a. m. con el cielo hermoso y el río lleno y uniforme sin pozos ni correntadas. A esta hora nos paramos para almorzar junto a otra quebrada que venía del Oeste, en cuya boca había una chacra de chunchos campas. Nos recibieron con bastante mal humor, pero al ln siempre nos convidaron algo, pues tenían como media docena de monos asados junto a la candela (1). Les pregunté el nombre de aquella quebrada y me dijeron que no tenía nombre y que el hombre que allí vivía se llamaba Dionisio y también Uempu. En almorzar se nos pasaron dos horas; y a la 1 p. m. proseguimos nuestra jornada hasta las 6 p. m. A esta hora nos encontramos con cuatro canoas de Guillermo Frantzen que estaban descansando en un hermoso arenal: nos paramos allí también para pasar la noche, en la cual nos visitó como de costumbre un regular aguacero. Hoy hemos pasado por la boca del Anaquiali; estaba muy poco crecido con respecto al Pichis.

Día 2 de Diciembre

Después de tomar una taza de chocolate, salimos del referido lugar o arenal a las 6 a. m. y a la media hora de haber salido comenzó una fuerte tempestad de truenos y agua que duró hasta las 12 del día. A medida que nos íbamos empapando de agua se hundía más la balsa, que a la verdad era pequeña atendido el número de gente que montábamos en ella, pues constaba de siete palos de 4 varas de largo y 9 pulgadas de diámetro cada palo, llevando el peso de siete personas y el de cuatro cajones o bultos de 2 arrobas cada uno. Ví pues que era indispensable pararnos siquiera para que se enjugase un poco la ropa que traíamos encima, y tomar al mismo tiempo algún alimento. Descansamos por tanto cuatro horas, y es-

(1). Junto al fuego.

tando el sol cerca del horizonte nos echamos otra vez aguas abajo. Anduvimos dos horas más y a las 6 nos metimos al monte para descansar. Vimos durante el día muchos chanchos, pavos, loros y huacamayos en sus propios nidos, pero cuando se viaja con balsa es muy difícil poder cazar nada, porque mientras uno está remando para acercarse a la orilla, los animales cualesquiera que sean tienen tiempo de sobra para escaparse. Hoy hemos pasado por la boca del Aporoquiali que viene del Este. Nos hemos acostado sin cenar por falta de leña y tiempo.

Día 3 de Diciembre.

Amaneció con neblina y a las 7 nos pusimos otra vez en marcha. Anduvimos dos horas sobre las mansísimas aguas de este río, y a las 9 nos hallábamos en Puerto Piérola o sea en la confluencia del Pichis o Palcazu. Aquí se ha colocado una pequeña colonia de jóvenes del pueblo de Ambo cuyo jefe es un señor Desmí, y en su lugar ha quedado D. Emilio Horna. Entre los varios jóvenes que hay aquí se encuentra también un jovencito Rolando hermano de la madre Inés Rolando, Religiosa Terciaria de Lima (Recogidas) (1).

Como nuestra balsa era muy pequeña supliqué a los referidos señores que tuvieran la bondad de venirnos a buscar con canoa como lo hicieron caballerosamente; de lo contrario, como el río Palcazu entraba con una grande corretada y formaba en medio del río muchos remoli-

(1). Las Hermanas Terciarias franciscanas de la Inmaculada, que tuvieron por cuna la antígua casa del coloniaje, llamada de recogidas, se han propagado ya por todo el Perú, y tienen una casa en Puerto Ocopa, territorio de Misiones, cooperando a la evangelización de los salvajes mediante la educación de las niñas.

nos nos esponíamos a naufragar en el mismo puerto. Llegamos a la casita provisional de la Colonia Ambina, y nos trataron con mucha caridad, dándonos de lo poco que tenían para nuestra subsistencia, y para el resto del viaje del Pachitea. Yo le dejé algunas pequeñeces, como espejos, músicas, una escopeta, etc. Sería de desear que el Gobierno en vista del entusiasmo de esos jóvenes y del fin nobilísimo que se proponen, les protegiera con alguna suma, pues casi todos son pobres y bastante enfermos y es necesario que se traten un poco bien para no acobardarse ni desmayar.

Día 4 de Diciembre

El día de hoy lo hemos empleado en hacernos una balsa más grande. Como los chunchos amuesas y campas son devotísimos del número 7 no pude conseguir que hicieran la balsa de mayor número de palos; y así lo único que hicieron fué cortarles más largos: de modo que en lugar de cuatro varas que fueron las de la balsa anterior, ahora cortaron siete palos de ocho varas cada uno. La balsa la han hecho según todas las reglas del arte, en lo cual son a la verdad muy prácticos y curiosos. Hicimos un segundo piso con su toldo y una cocina por detrás, para no tener que pararnos para hacer el almuerzo, lo cual nos consumía mucho tiempo. Volviendo a la colonia Ambina, digo que se encuentra en la confluencia del Pichis y Palcazu a la mano izquierda del río Pachitea (bajando). La han formado varios jóvenes del pueblo de Ambo, que han hecho sus estatutos, eligiendo por patrona a la Virgen del Carmen y a San José. He leído dichos estatutos y parecen bastante juiciosos y aparentes para el fin que se proponen, que es dar un pedazo de pan a sus familias y mejorar su porvenir. Han hecho una gran chacra que se halla sembrada de yuca,

maíz, plátanos, frejol, mirasol y otras cosas. Esta chacra es de comunidad, para que una vez que estén los frutos maduros (que será de aquí a unos 3 o 4 meses), se vengan de Ambo el resto de las familias que componen dicha sociedad y encuentren yá que comer. Entonces cada familia o socio tomará su lote de terreno y empezará a trabajarlo; proveyéndose entre tanto de la chacra común, hasta que fructifique el lote o chacra de cada socio separado. Esta medida me ha parecido muy prudente, a lo menos en la especulativa, pero cuando se llegue a la práctica. me temo que la chacra comunal ya no exista; y que si hay algún resto lo aprovecharán algunos pocos: teniendo cada familia que venga de Ambo que hacerse nueva chacra de provisión como si nada hubiese existido. En el Mairo y Chuchurras, se han establecido varios colonos alemanes, peruanos y chinos, Carlos Ganz se encuentra entre el Mairo y Pozuzo, en su desembocadura en el Palcazu. También existe por ahí una sociedad o colonia de Huánuco compuesta por hoy de cinco individuos que son Pinzás, Oneglio, Carmen Meza y otros dos; también dicen que hay dos chinos. He hablado con estos señores, y no sé de cierto qué cosa pretenden con dicha sociedad, pues uno de sus principales miembros me acaba de decir "que ellos piensan una cosa y él piensa otra". Si así discurren los demás miembros, la tal sociedad no existe. Por otra parte no hay capital, y sin esto no se puede hacer nada. Solamente el entusiasmo o sentimiento religioso puede suplir de algún modo el capital; pero de este artículo creo que también están bastante escasos los referidos socios. Mejores miras y más unión, se descubre en la colonia ambina, establecida en Puerto Piérola o Pachitea. Esta desea abrirse un camino por tierra por la falda del cerro de San Matías, desde la confluencias sobredicha hasta el Mairo, para poder salir a buscar provisiones en tiempo de aguas. Este pensamiento me

parece muy bueno, y ojalá que lleguen a realizarlo porque les será de mucha utilidad.

. . Día 5 de Diciembre

Hoy hemos permanecido descansando en el mismo lugar. No ha ocurrido durante el día otra cosa, que haber llegado a las 4 p. m. dos grandes balsas, trayendo 25 reses de D. Manuel Cota (español) del Ucayali, (Huabaniso). Estas reses las buscó y compró D. Emilio Horna en Ambo, Panao, Chaglla, Muña y otros puntos, y él mismo las condujo hasta el Mairo para entregarlas al referido señor Cota. Es de creer que en esto habrá hecho un pequeño negocio en favor de la sociedad ambina, como es muy justo. Los chunchos que conducen dichas reses son cunibos; entre ellos hay dos mujeres vestidas con pampanillas y cotón, las cuales trabajan y reman como los hombres. Desde Huánuco al Mairo se han muerto y desbarrancado varias reses y es de temer que otras tantas se morirán hasta el Ucayali, pues creo que estos chunchos no se cuidan de darles pastos ni bebida, sino de apurar para llegar pronto a su tierra.

Día 6 de Diciembre

Arregladas todas las cosas para proseguir nuestra marcha, quise sacar una fotografía del puerto, en que figurasen las balsas llenas de reses y todas las demás personas y canoas, pero no fué posible; había neblina, era preciso esperar media hora, y los chunchos no tuvieron paciencia, y se fueron inmediatamente que amaneció. Así es que solamente pude retratar la confluencia de los dos ríos con cuatro canoas y nuestra balsa. De esta fotografía

se puede sacar un hermoso cuadro para otros grabados o reproducciones. Después de sacar esta vista nos despedimos de todos los colonos dándoles un abrazo y algunos buenos consejos, y luego nos embarcamos. Eran las ocho de la mañana.

El río Pachitea estaba muy lleno y tranquilo, anduvimos hasta las dos de la tarde en que llegamos a la quebrada de Santa Isabel. Como aquí había un buen plantel y una casita, hicimos pascana. Tolo el día fué hermoso: no nos llovió.

Este puerto de Santa Isabel fué de D. Carlos Ganz quien vivió en él muchos años, y puso bastantes plantas curiosas y árboles fructíferos, de los cuales todavía hoy se conservan algunos restos, especialmente de plátanos, papayas, limones, toronjas, etc.

Pasamos la noche sin novedad, y el día siguiente a la hora de montar en la balsa, me cayó el cortaplumas en el agua; no fue posible buscarlo porque era muy hondo y lleno de barro.

Día 7 de Diciembre

Salimos de Santa Isabel a las 6 y 1|2 de la mañana. Era día muy hermoso, el río tranquilo y caudaloso, en el monte muchos monos y muchos pájaros. Hemos pasado por varias quebraditas que entran a derecha e izquierda; pero la principal es la que se llama Llullapichis, la cual entra por la mano derecha y viene del Oriente o de la parte del gran Pajonal. Todas estas quebraditas, aún las más pequeñas, se encuentran descritas al fin de este diario, en su croquis correspondiente. A las 5 p. m. nos hemos parado para cenar y dormir, y durante el día matamos un animal llamado cotomono, que nos sirvió muy bien para la cena.

Día 8 de Diciembre

Fiesta de la Inmaculada Concepción de María Santísima

Después de tomar nuestro desayuno y de saludar de rodillas a Nuestra Reina y Señora, nos pusimos en marcha a las 6 de la mañana.

El río ha crecido un poquito durante la noche, y esto nos es muy favorable para adelantar nuestro viaje. Durante el día hemos pasado delante de varias quebraditas que quedan todas apuntadas en el lugar correspondiente. A las 5 de la tarde hemos parado junto a una playa de arena bastante elevada, en la cual había varios ranchitos muy bien hechos; serían probablemente de pescadores y nosotros lo aprovechamos muy bien. Al momento de bajar a tierra cazamos un hermoso huacamayo de modo que hoy todo nos ha venido a pelo: el tiempo, el río, la casa y comida. Después de haber comido, recordando la gran festividad que el Orbe Católico celebraba, quisimos poner nuestro humilde contingente desde el fondo de esas selvas inmensas, y así entre chunchos y cristianos rezamos el Santo Rosario y cantamos algunos versos a la Santísimo Virgen. Después de lo cual nos echamos todos a dormir en el suelo según ley y costumbre de los frailes que viajan por esos mundos. En este lugar he observado muchas pisadas de tigre, sachavaca y otros animales, y me ha hecho acordar que ahora diez años fuimos atacados de noche de varios tigres casi en este mismo puerto. Según esto preparamos bien nuestras escopetas y carabinas, por lo que pudiese suceder, pero no ocurrió felizmente nada.

Día 9 de Diciembre

El río durante la noche ha crecido como dos varas,

y nosotros, aprovechando de este beneficio, hemos salido a las 6 y 1|2 de la mañana, estando lloviznando. Apenas haría media hora que habíamos comenzado a navegar cuando nos acometió una fuerte tempestad de truenos, rayos y agua. Esto nos duró hasta las dos de la tarde. Durante el día nos paramos un poco porque los muchachos remeros tiritaban de frío y se encontraban como trabados, sin poder moverse; les hice tomar una buena taza de chocolate y con esto se animaron a proseguir la jornada. Hoy hemos pasado por enfrente de Zungaroyacu que venía del Oeste, y Sheboya que también entraba por la mano izquierda. Asimismo hemos pasado por Baños, y una legua más abajo nos hemos encontrado de repente con un puesto recién fundado, del señor Paulino Rengifo, López y Cia. Eran las tres de la tarde y nos quedamos en ese lugar en que fuímos muy bien recibidos y atendidos. Había muchos caucheros; serían por lo menos veinticinco hombres y varias mujeres con un cargamento regular, que les había dejado la lancha "María Pará" el día anterior. Me dicen estos señores que en el Abujao hay más de 1000 hombres trabajando y que todos se están preparando para venirse el año entrante al Pachitea y Pichis. Nos han regalado arroz, fariña, frejol y pañuelos. ¡Dios se los pague!

Estos señores querían subirse más arriba para colocarse en la quebrada de Sheboya, pero como la lancha traía albarenga, no pudo vencer la correntada de Baños y regresó a este lugar. El señor D. Paulino Rengifo es huanuqueño y desea mucho abrirse un camino desde las cabeceras de Sheboya a Tingo María de Huánuco para proporcionarse reses y gente. Este pensamiento no es imposible de llevarse a la práctica, y si hay algún obstáculo será principalmente por parte de los cachivos que habitan en el trayecto. El piensa subyugarlos a buenas o a malas, y hasta utilizar sus brazos. Ojalá que así sea.

Día 10 de Diciembre

Después de dar las más afectuosas gracias a los señores que nos hospedaron, nos pusimos en marcha a las 7 de la mañana. El río durante la noche ha crecido como un metro; durante el día hemos tenido muy buen tiempo. Hemos pasado por Shenaya y Tipisca y hemos llegado cerca de la desembocadura del Pachitea en el Ucayali; nos faltaba vuelta y media; pero Dios nos tenía preparada mejor pascana. Eran las 6 de la tarde, y viendo que salía humo de dentro el carrizal que estaba en la orilla del río, nos acercamos allí, y encontramos a un chuncho pescador con su mujer que tenía bastante pescado asado y plátanos maduros. Observando el buen humor que mostraba el hombre, no nos pareció bien pasar adelante y así resolvimos quedarnos allí sin pensar en hablar del Ucayali, no obstante que lo teníamos tan cerca. Esta noche comimos muy bien es verdad, pero no fué posible dormir, porque eran tantos los zancudos y tan pocas las mosquiteras, que todos los muchachos estuvieron batallando y renegando toda la noche, arrepintiéndose de haber venido, y hasta deseando volverse por tierra a fin de evitar un tormento tan desesperante. Yo les decía que se animasen, que se metieran todos dentro una mosquitera; lo hacían, pero se ahogaban con el calor, y volvían a salir sin saber qué hacer ni dónde pararse. Así amanecimos todos sin poder cerrar los ojos, deseando ardientemente subir otra vez en nuestra balsa y andar por medio del río, en donde no hay tanto zancudo y corre un poco de aire.

Día 11 de Diciembre

Apenas apareció la aurora cuando nos fuimos todos corriendo a nuestra balsa diciendo cada uno al chuncho

que nos hospedó alguna palabra de agradecimiento. Eran las 5 y 1|2 de la mañana; el día estaba hermoso y sereno y el río manso y llenísimo. Pasamos por delante de una quebrada grande que entraba por la mano izquierda y se l'amaba Shebuñya. A las 7 entramos al gran Ucayali que venía del Sur, y el Pachitea le entraba por la parte del Oeste. Me causó mucha impresión ver este lugar o con fluencia tan distinto de lo que fué en años pasados, pues entonces se encontraba en este lugar la flor del Ucayali: había muchas y grandes casas por ambas orillas del Ucayali, y ahora no hay absolutamente nada.

El río Pachitea comenzó a lamer por la mano iz-izquierda, y como el terreno era arenoso, se fué desmoronando y llevándose chacras y casas, hasta dejarlo desierto. Si el río sigue así, es probable que se formará una gran isla en la confluencia del Pachitea con el Ucayali. Ahora mismo ya existe una antígua, como un kilómetro más abajo, y dentro de pocos años habrá dos o tres. En esta isla que se halla hoy en medio del Ucayali a un kilómetro de su confluencia, hay tres casas de chunchos cunibos con un gran platanal. Hemos entrado allí por curiosidad, y nos han convidado masato, pescado y tres racimos de plátanos maduros muy grandes. Los hombres habían salido a pescar y habían quedado solamente algunas mujeres y un viejo ciego para guardar la casa. Aquí nos paramos una hora. Después proseguimos bajando el Ucayali para llegar a Masisea, que era el término de nuestro viaje de bajada. Pero antes de llegar a Masisea vimos varias casas y chacras, y queriendo preguntar dónde estaba Masisea nos encontramos con una gran familia de cachiboyanos: eran como seis matrimonios cargados de familia: el principal se llamaba Juan Inuma, el otro Francisco Siñoire, etc. Como esa gente nos quiere y respeta tanto y tenía en su casa abundancia de todo, especialmente plátanos, yuca, maiz, pescado y masato, no

pensamos en proseguir nuestra jornada, y así aunque eran solamente las 2 de la tarde, nos quedamos en este simpático lugar, que dista cerca de una legua de Masisea, esto es, una vuelta y media según el modo de hablar en el Ucayali (1). Tanto el lugar, que se llama Tuschmu, como la gente, sus costumbres y vestidos me parecieron muy aparentes para una vista, y así, la misma tarde, aprovechándome del sol que hacía, saqué dos planchas que se lograron muy bien y les dejé dos ejemplares positivos con sus correspondientes cartulinas. Es una cosa que edifica y consuela bastante en estos lugares de corrupción y olvido de Dios, ver cómo esos buenos cristianos de Cayaria y Cachiboya se presentan todos delante del Padre, y arrodillándose le besan la mano y el Santo Cristo, y luego cada uno presenta su ofrenda, sea en huevos, en pollitos, en plátanos, o de otra manera. Este lugarcito de Tuschmu se presta para una pequeña reducción o misión, pues añadiéndose otras cinco o seis familias más de la misma tribu o parentela, en pocos años formarían un pueblecito, atendida la mucha fecundidad de los matrimonios. Hace mucho tiempo que se nota en los cachiboyanos una tendencia a dejar el pueblo antiguo, y establecerse en las riberas del Ucayali. Dan para ello muchas razones, pero las principales a mi parecer son ciertas antipatías individuales y la esterilidad del terreno; pues ni en Cayaria ni en Cachiboya da tan bien el plátano como en las orillas del Ucayali.

La razón de esto es muy sencilla; pasa con los terrenos del Ucayali una cosa semejante como en los del Nilo; en donde llega la creciente del Ucayali deja mucho limo que fecunda la tierra; y como en Cayaria y Cachi-

(1). Los Panos de Cashiboya no olvidan a sus bienhechores que les han favorecido por espacio de tantos años: de ahí el gusto con que hospedaron al padre Sala.

boya no participan de estas crecientes, por cuanto se hallán a 5 leguas del río grande, por esto sus tierras no son tan productivas. Además estando en las orillas del Ucayali tienen la grande oportunidad del vapor que llega casi mensualmente, y con caucho o con plata se proveen más fácilmente de todas las cosas necesarias y aún de otras de puro gusto y comodidad.

Día 12 de Diciembre

A las 7 a. m. salimos de Tuschmu con muy buen sol, y D. Juan Inuma, dueño de la casa, nos acompañó hasta Masisea, con una canoa cargada de plátanos. A las 9 de la misma mañana yá estábamos en Masisea, después de haber pasado por delante de Santa María (caserío), y otros varios. Todo este trecho está lleno de chacras, casitas y platanales. Se ve que el gentío del Ucayali está aumentando notablemente de algunos años a esta parte.

Llegamos a Masisea, preguntamos por la casa de D. Aladino Vargas, y nos dijeron que era aquella que estaba techada de calamina. Fuímos allá, y aunque el dueño no estaba, su señora doña Fructuosa de Vargas nos recibió con la amabilidad de siempre: convidándonos al momento para sentarnos a la mesa, juntamente con el hermano y primos de Fiscarrald, que también se hallan aquí esperándolo. Hay mucho que decir sobre Masisea.

Día 13 de Diciembre

Permanencia en Masisea. Este lugar es mucho más elevado que el resto del Ucayali: tendrá como 15 metros sobre el nivel ordinario del río. La tierra es medio arcillosa, lo que impide que la corriente del río se la lleve, como sucede en otras muchas partes. Esta clase de tierra, como también su elevación, se extenderá por espacio de

unas 20 cuadras, así es que este lugar se presta para una poblacioncita. Agua potable no tiene más que la del Ucayali, que siempre está algo turbia; y en el día tan sucia que sólo se puede tomar filtrándola primero. En este lugar hay un trapiche y alambique del mismo Aladino Vargas. El trapiche es de fierro fundido con tres cilindros y movido por caballos; le ha costado 300 soles. El alambique le ha costado 1500; pero atendido el modo cómo trabaja, y el precio del aguardiente, creo que le da más cuenta que el mismo caucho. En efecto, todo el trabajo de desmonte, lampeo, corte y acarreo de caña lo hacen unos chunchos que tiene medio civilizados. Empero el garrafón de aguardiente que tiene 1 1|2 (@), o sean 25 botellas, se vende aquí mismo a 14 soles plata; y en el Tambo se vende a 40 soles, y en ciertas épocas a 100.

Hay también en Masisea muy buenas reses: solamente el señor Vargas tiene treinta vacas: D. Bernabé Saavedra tiene un número casi igual. Crías de chanchos, borregas, gallinas, patos, todo se desarrolla muy bien. Otro tanto debemos decir de los comestibles de estas regiones, como son plátanos, yucas, fréjoles, maiz, etc. El mitayo que se saca del río es muy abundante: en días pasados han cojido un paiche de tres metros de largo, del cual han sacado doce piezas o bacalaos. Cada pieza se vende aquí a cinco reales; en Iquitos se vende a un sol. Cada una de estas piezas tiene dos varas de largo y 12 de pulgadas o media vara de ancho: hay más chicas o más grandes, según el paiche de que se sacan o la parte del cuerpo de donde se cortan. En la mesa casi todos los días se sirve pescado fresco o alguna caza del monte, como son monos, paujiles, perdices, etc.

Hay una época del año, (que es cuando el río invade las pampas del monte), en la cual las perdices y los venados se vienen a la misma casa, por no tener tierra donde dormir; y entonces a garrotazos se coje el mitayo

sin tener necesidad de ir al monte. Esto parece fábula, pero contra los hechos no valen razones.

Día 14 de Diciembre

Seguimos en el mismo lugar esperando el vapor Bermúdez que está en vísperas de llegar de Iquitos para el Tambo, a donde nosotros nos dirigimos para completar nuestros trabajos. Como D. Carlos Fermín Fiscarrald es el hombre prepotente del Ucayali, se ha comprado uno de los mejores vapores que había en Iquitos, llamado Bermúdez. Viene con un cargamento y tripulación escogida.

Habiendo sabido la fortuna que tiene este joven en el Ucayali, han venido a visitarlo sus parientes desde Huarás; de modo que en Masisea me he encontrado con su hermano D. Delfín, su tío D. Carlos Blanco y dos primos más; por los cuales consta que D. Carlos Fermín Fiscarrald es hijo de padre norteamericano y madre piurana. Todos esos jóvenes parecen muy honrados y católicos; da gusto tratar con ellos. Viniendo esos cuatro señores del Mairo para el Ucayali, no tenían embarcación: en esto se encontraron con el R. P. Antonio Batle que bajaba también para el Ucayali; el cual los admitió en su compañía; por más que se oponían los cachiboyanos: diciéndoles entre otras cosas que D. Carlos Fermín Fiscarrald había favorecido mucho al P. Sala, y también debían favorecer a sus parientes. Con estas reflexiones se conformaron los marineros en admitir cuatro hombres más en una canoa que no más admitía 9 personas. Navegaron con alguna incomodidad es cierto, pero siempre se les hizo un gran favor, de lo cual están muy agradecidos.

Día 15 de Diciembre

Todos los muchachos están enfermos; unos con do-

lor de cabeza, otros con dolor de barriga, otros con dolores en todo el cuerpo; paréceme que es efecto de la gran variación del clima y de algún exceso en la comida, especialmente en comer plátanos maduros y otras frutas. Hoy les he dado píldoras a todos, y mañana quinina. Yo también he tomado por precaución. Como este lugar de Masisea está tan rozado y ventilado, el termómetro no pasa de 25° Reamur, 30º centígrados. Cada día llueve varias veces, y sale el sol otras tantas. Todos los días hay turbonada, lo cual es bastante fastidioso para las embarcaciones pequeñas, pues las puede voltear por poco que se descuiden. Por esto es muy conveniente, del medio día para arriba, andar un poco arrimados a la orilla para evitar más fácilmente el furor del viento y de las olas. Los mismos vapores con frecuencia tienen que valerse de esta prudente medida para evitar serios peligros que resultan de lo contrario.

Día 16 de Diciembre

Son las 7 de la mañana y acaba de llegar a ese puerto la lancha "Carlos": es muy hermosa y de bastante capacidad. Tiene dos pisos, además de la bodega y de la tolda, y puede admitir unos 200 pasajeros; solamente cala tres pies; es muy ancha, y tiene la rueda vertical por detrás de popa; anda 8 millas por hora. El capitán se llama Nicol, es un joven muy simpático de unos 20 años, pertenece á la casa de Welchs de Iquitos. Venía en busca de caucho que debía entregar Guíllermo Frantzen, del Chuchurras, y no habiendo bajado este señor, se ha regresado la lancha desde ese mismo lugar diciendo que de aquí un mes volverá a estar de regreso.

Día 17 de Diciembre

Seguimos todos esperando el vapor Bermúdez y o-

cupados entre tanto en curar nuestras llagas y matar zancudos. Yo tengo cinco en los pies, y en la pantorrilla derecha me quiere dar erisipela, efecto de una fuerte insolación en la balsa; todo se curará con el favor de Dios y la paciencia. Así me sucede siempre. Hablando hoy con la señora de Vargas, me ha dicho que en el Pachitea todavía hay muchos cachivos especialmente en las quebradas de Sheboya y Sungaroyacu como también en las cabeceras del Aguaitía y Pisqui en el Ucayali. Estos chunchos andan del todo desnudos y solamente se tapan el abdomen tanto los hombres como las mujeres, con un tejido que hacen de una corteza de árbol a manera de canasto o estera, amarrándoselo por detrás. Una vez encontré una mujer muerta y estaba exactamente de este modo. Los arcos y flechas de estos chunchos son muy toscos, y en la flecha no ponen pluma por detrás por lo cual tiene que andar necesariamente torcida (1).

Día 18 de Diciembre

Han llegado cuatro hombres del Pachitea, del puesto de Paulino Rengifo; uno se llama Neira que fué asistente de Yessup; está muy enfermo del hígado, y se pasa al Abujao para curarse; es arequipeño.

Día 19 de Diciembre

Hoy inmediatamente después de ponerse el sol, ha aparecido en el horizonte la luna llena con tanta majestad y fulgor que parecía un horno de fuego. El diáme-

(1). Las plumas que en dos filas colocan las demás tribus a sus flechas, en la parte posterior, fijan la dirección de las mismas: los cashibos por falta de herramientas, efecto de su aislamiento, no pueden confeccionar sus flechas con este requisito, necesario para la buena puntería.

tro que se ofrecía naturalmente a nuestra vista era de unos dos metros, y el chorro de luz que esparcía por todo el río Ucayali en Masisea era como un puente de fierro candente que pasaba de una a otra parte del río.

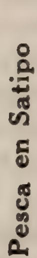
En vista de esto y de la mucha gente que estaba tomando el fresco en la orilla del río quise sacar una vista; puse una plancha en la máquina, la tuve expuesta como un minuto, pero no salió bien. Sin embargo este bellísimo panorama ha quedado tan grabado en mi imaginación que lo puedo pintar muy bien a pincel, siempre que tenga un poco de lugar.

Día 20 de Diciembre

A las 3 de la tarde han llegado siete hombres de Cachiboya, mandados por el P. Antonio Batle para que vengan al Mairo a buscar al señor Prefecto de Iquitos D. Emilio Vizcarra, el cual se fué por Moyobamba y regresa por Huánuco, y de allí al Mairo e Iquitos. Sin duda que el mismo Prefecto habrá ordenado que vaya a buscarlo; de lo contrario es increíble que los cachiboyanos se atreviesen jamás a hacer semejante viaje, estando como está hoy el Pachitea tan cargado.

Día 21 de Diciembre

Estando esta noche en lo mejor del sueño, se han oído en el río algunos disparos de rifles y más luego alguien que preguntaba dónde se vendía aguardiente. Averiguado el caso por la mañana supimos que eran quince hombres que habían bajado del Mairo con una gran canoa de Carlos Ganz. Entre esos jóvenes figuran Pinzás, Ballesteros (comandante), Oneglio, Farfán (médico), y Carmen Mesa. Han traído algunos fardos de zapatos para negocio. También han venido con ellos algunos chinos



Pesca en Satipo

trayendo cajones de sedería para el mismo objeto; se han parado todos en Masisea esperando el vapor, para ver si bajarán a Iquitos o si se regresarán al Mairo. El señor Carmen Mesa, antiguo vecino del Palcazu y Pachitea confiesa con toda franqueza la ventaja que lleva el

río Pichis sobre el Palcazu en punto de navegación y producción de caucho. Afirma asimismo lo mucho que le han importunado y ofrecido para que diga lo contrario; pero él, como cristiano, ha hecho frente a todos manifestantando la verdad del modo como acaba de decir. Dicen también estos señores que han formado una sociedad llamada del Mairo; pero como uno de sus principales miembros me dijo "que ellos pensaban una cosa y que él otra", si así piensan los demás paréceme que no existe tal sociedad. Además, para hacer algo se requiere capital, y estos jóvenes confiesan francamente que no lo tienen; o en defecto del capital, debe contratarse siquiera con el entusiasmo y sentimiento religioso, para trabajar y esperar contra la esperanza (como se dice) ; pero yo no puedo garantizar hasta qué punto estos señores confían en Dios y en sus propias fuerzas.

Por lo demás, unión y más elevadas intenciones revelan los jóvenes que forman la Sociedad Ambina en Puerto Piérola.

Día 22 de Diciembre

Por dar gusto a estos jóvenes, y ocupar en algo el tiempo, he sacado una vista, la cual ha salido muy bien. Están todos con sombreros a la pedrada y con el rifle en la mano en distintas posiciones. Viendo el trabajo inmenso que me costaba el despegar las hojas del papel sensibilizado mediante el calor del fuego; he probado en despegarlas echándolas dentro una palangana de agua fría y limpia en la oscuridad, y veo que va mucho mejor: se desprenden más pronto y se malogran menos.

Día 23 de Diciembre

El río continúa creciendo cada día más. Está ya más de ocho metros sobre su nivel ordinario y dicen que toda-

vía ha de crecer más. Dicen los vecinos de este lugar que cuando el río se derrama e inunda las pampas entonces se encuentra mucho mitayo sin necesidad de irlo a buscar en el monte, pues las perdices y venados se vienen a la misma casa por no encontrar tierra donde dormir en el monte, y entonces los matan a garrotazos.

Día 24 de Diciembre

Esta tarde se me ha presentado el señor Pinzás y otros huanuqueños diciendo que querían tener conferencia conmigo. Yo les dije que estaba pronto a complacerlos. Entonces me dijo sin más exordio:—Sí, señor, U., R. Padre, es muy enemigo de la vía del Mairo. Yo les respondí:—Están equivocados,señores; yo soy enemigo de la mentira y me da gusto decir la verdad, y siempre que alguien me pregunte estoy pronto a manifestársela con toda franqueza. Si algunos que hablan y escriben desde Lima se tomasen el trabajo que me he tomado yo, de venir por estas regiones antes que escribir sobre ellas, entonces no echarían los disparates que se están echando y publicando a los vientos, aunque sean manchando mi reputación; no me importa: la verdad es como la luz que existe e ilumina, por más que los ciegos no la vean.

—¿Pero qué disparates son éstos, R. Padre?—Señores, ¿no es un disparate, un error imperdonable el que un Dr. de Huánuco publique en los periódicos de Lima, que desde Huánuco al Mairo hay solamente 13 leguas cuando todo el mundo sabe y vosotros no ignoráis, que desde Huánuco al Mairo hay 45 leguas? ¿Qué me decís sobre esto? — R. Padre, tiene Ud. razón.

Aquel señor en esto se ha descalabrado: en que el camino del Mairo siempre es el más corto. Nó, señores, no se engañen ustedes; antes de afirmar esta proposición tengan la bondad de andar estas diferentes vías como lo

he hecho yo, y después podrán formar un juicio comparativo y adecuado sobre la materia. De lo contrario se exponen a equivocarse peor que Duran y que el mismo D. Benito Arana. Por lo demás, señores, yo no soy enemigo del camino de Huánuco al Mairo; más bien lo he aconsejado siempre en público y en particular a los huanuqueños para que se abran un buen camino hasta el Mairo. Otro tanto he dicho respecto del Cerro de Pasco y de Huancayo a Pangoa.

Pero siempre que se me pregunte cuál es el camino más corto para ir de Lima a un punto navegable que lleve al Amazonas, tendré que decir lo que he visto, medido y tocado, por más que se resientan ciertas susceptibilidades provinciales o departamentales; esto es imposible evitarlo: siempre ha sucedido así, y siempre sucederá lo mismo. Ni debe alguien admirarse si alguna persona que ha ido por el camino que yo propongo como más corto, en la práctica le hubiese resultado más largo, porque esto puede depender de muchas circunstancias que no tienen que ver nada con la mayor o menor distancia del referido camino; como son: el estado de salud, el ir a bestia o a pié, con carga o sin carga, con el camino bueno y seco, o bien con un camino mal trazado y lleno de fangales; porque todas estas circunstancias pueden duplicar y triplicar las distancias de un camino cualquiera, como sucede todos los días y en cualquiera parte del mundo. La razón principal debe fundarse en la igualdad de circunstancias como suele decirse, **coeteris paribus,** y entonces nadie podrá probarme lo contrario y todos los que conocen los dos ríos en cuestión afirman rotundamente lo mismo. Solamente el río Perené tiene derecho a que se mida su distancia desde Paucartambo hasta la confluencia con el Pangoa. Verdad que si no fuese por las cascadas yá haría más de un siglo que nos embarcaríamos en el Chanchamayo para ir al Ucayali. Pero este obstáculo es tan serio que no veo modo de superarlo, a lo menos para los

peruanos; para los ingleses es otra cosa. Sin embargo, una vez que el ferrocarril llegue a Chanchamayo y Paucartambo, merece este asunto toda la atención del Gobierno, para ver por dónde se gastará menos y dará más producto: si por el Perené o por San Luis de Shuaro y Cerro de la Sal. Hay tiempo para meditarlo. Entre tanto, todos hemos de convenir en que es preciso llevar el ferrocarril a Chanchamayo de un modo preferente.

Día 25 de Diciembre

Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo

La pascua de Navidad es la principal fiesta de los caucheros: y en Masisea se ha armado una bulla como era de esperarse. Se han formado varios pesebres; y las gentes, vestidas de gala, con acordeones, concertinas y tamborctos. no cesan de cantar, pasear y bailar. Primeramente cantan unas coplitas al niñito de Belén, luego sigue la música y delante del pesebre bailan bastante honestamente con el pañuelo en la mano. ¡Qué hacer! La noche pasada no nos han dejado dormir, y me temo que en ésta tampoco podamos hacerlo. Estos bailes semireligiosos y en medio de la plaza, no es fácil ni quizá conviene quitarlos; en medio de los pueblos más católicos de España se permiten, y en la América ¿qué se ha de hacer? Hoy todos los vecinos de esta localidad, han venido a darme las Pascuas, y traernos su ofrenda que consiste en bizcochuelos, rosquitas, etc. En todo el Ucayali se nota una grandísima ignorancia religiosa; de manera que mucha gente no solamente no sabe rezar, pero ni siquiera santiguarse. Es de suma necesidad fomentar en estas regiones las escuelas primarias.

Día 26 de Diciembre

El río Ucayali no disminuye una sola pulgada; antes bien sigue creciendo. El tiempo de ayer y hoy es de un hermoso verano. Estamos todos suspirando por nuestro vapor para surcar el Tambo, pues el tiempo se muestra magnífico para andar por tierra. Sin embargo, a mi muchacho le ha repetido la terciana, y yo me encuentro todavía con mis cinco llagas en los pies; espero que en el vapor y sobre todo en el camino por tierra, se me quitarán.

Día 27 de Diciembre

El tiempo es hermoso: cielo sereno todo el día; sol muy fuerte; el río sigue en el mismo lleno, pero siempre sucio y llevando mucho polvo. Termómetro a la sombra 25º.

Hoy ha llegado a este lugar del Masisea una carabana de chunchos cunibos: serían más de 30, pidiendo bautismo para sus criaturas. Como esas criaturas inocentes en la primera epidemia de viruelas o sarampión, tenían probablemente que morir, he querido abrirles de antemano las puertas del Cielo, siguiendo el ejemplo de los Padres más respetables que han viajado por estas regiones, especialmente el P. Plaza, el P. Calvo, el P. Pallares y otros; tanto más cuanto que sus padres me lo han pedido libre y espontáneamente, prometiéndome que si en algún tiempo hiciésemos misiones en el río Tambo, asistirían a la iglesia para instruirse. De todos ha sido madrina la señora Vargas y su hijo Isolina.

Estos chunchos, especialmente las mujeres, traían al cuello muchas monedas de plata, en su mayoría brasileras y peruanas; algunas traían hasta diez o doce como pesos antíguos. Los chiquitos de pechos tienen la frente a-

plastada por medio de dos tablitas. Preguntándole yo a Antonio (cashibo), capitán de todos ellos, por qué les aplastaban de aquella manera la cabeza, me respondió: "Para nosotros los cashibos y cunibos, esto es una cosa muy bonita". He querido tomar la medida de una de esas cabezas tan disformes, que era cabalmente del hijito de mi compadre Antonio. Tenía cuatro meses él, y he observado que desde la punta de la barba hasta la raíz del pelo de la frente tenía ocho pulgadas, y desde el occipuccio hasta la frente cuatro pulgadas no más. La cara, desde la barba hasta las pulseras, es de forma rectangular, pero de las pulseras arriba es muy ancha y de una figura casi cuadrada.

He tomado una vista de todo este grupo en el cual figura en el medio el cacique o capitán Antonio, con saco negro y pantalón blanco, pintado por él mismo con dibujos de su tribu, y otros por el estilo, todos rectilíneos.



Estos dibujos figuran en todos sus vestidos muebles e instrumentos; de manera que en las cushmas, tinajas, remos, ollas, platos y canoas, en todos se encuentran los mismos dibujos rectilíneos, hechos a pulso pero con mucha simetría.

Día 28 de Diciembre

El tiempo sigue inmejorable, como si estuviéramos en el mes de julio o agosto; el cielo sereno día y noche;

el río crecido y llevando grandes palos y nevando con mucha fuerza y constancia; de lo contrario, en vista de los muchos días que disfrutamos de perfecto verano en Ucayali, debería este río estar muy bajo y limpio y sucede todo lo contrario. Hoy han venido a visitarme varias personas del Abujao; entre ellas, D. Antonio Arévalo y Enrique Vidal (español). El Sr. D. Pau Carriquiry (limeño) me ha enviado su tarjeta pidiéndome que baje a visitarlo, pero no puedo acceder por cuanto las llagas de los pies y ocupaciones precisas me obligan a aprovechar todos los instantes del tiempo. Además de escribir varios apuntes, tomar vistas y dibujos, estoy retocando el diccionario campa, mediante los buenos intérpretes que tengo en mi compañía. Por las noches hacemos rezar el santo rosario con varios cánticos y una plática doctrinal. Para esto se ha armado una capilla provisional y tocamos bonita campana que tiene el Sr. Vargas para llamar a los operarios de su casa o hacienda.

Si no fuera por los zancudos, nos olvidaríamos de que estábamos en el centro de la montaña y en las riberas del famoso Ucayali.

Día 30 de Diciembre

Todo marcha como ayer. El verano sigue con la misma fuerza; sino fuera por que en este lugar hay un poco de ventilación desde el medio día para arriba, nos ahogaríamos con el calor.

Hoy a las 8 de la mañana ha pasado el vapor o lancha "Grau", trayendo cargamento y mucha gente para trabajar caucho en el Mishahua, a cuenta de un tal Erasmo Zorrilla. Esta lancha es pequeña: solamente tiene un piso y la tolda, con un almacén o despensa a popa. No le he visto ruedas ni mariposa; es probable que tenga hélice en el fondo.

A las 9 de la noche ha llegado el vapor Bermúdez tan esperado de nosotros por espacio de 15 días. Aunque estábamos ya metidos en nuestros mosquiteros para descansar, salimos al momento que oímos el primer grito de **yá llegó el vapor.** Todos salimos de casa, encendimos luces y nos fuimos al puerto, haciendo al mismo tiempo algunos tiros en señal de salva. Después de algunos minutos, fuímos llamados a bordo y presentamos al Sr. D. Carlos Fermín Fiscarrald, dueño del vapor, en cuya compañía se hallaban también los señores Cardozo (brasilero) y Suárez (boliviano); ambos socios del mismo señor Fiscarrald: el primero como socio industrial y el segundo como capitalista. El Comandante es el Sr. Donayre, hermano del Dr. Donayre; el tenedor de libros es el Sr. D. Emilio Henriot. Toda la tripulación es excelente, y el vapor por su forma y capacidad, buen orden y trato exquisito merece con justicia que se le tenga por uno de los mejores que surcan y han surcado las aguas del famoso Ucayali. Referir la modestia y amabilidad del Sr. Fiscarrald, en este momento de verdadero triunfo de labor y constancia, es una de las cosas más gratas y que mayor admiración me ha causado. Por de pronto nos hizo sentar a todos en los sofás de su escritorio, nos convidó un vaso de cerveza; más luego una taza de té o café, y en seguida nos ofreció caballerosamente el vapor a nuestra disposición. Como dicho vapor es muy grande y hermoso y cargadísimo de gente decente, oficiales, y hasta chunchos y reses, no es posible pintarlo a pulso: por esto desearía sacar una fotgrafía en el primer lugar de descanso.

Día 31 de Diciembre

A las 5 de la mañana ha dado el vapor la primera señal de prevención, y todos nos hemos apurado a tomar

nuestros bultos y dirigirnos a bordo. Mi primer pensamiento ha sido dar a la señora de Vargas las más efusivas gracias por habernos tenido y tratado con tanta bondad y cariño por espacio de 15 días, no obstante de tener también alojados en la misma casa al hermano y tres parientes más del señor Fiscarrald. En testimonio de nuestra gratitud ofrecí cantar una misa tan luego como tenga oportunidad, llegando a San Luis de Shuaro o a Tarma.

Cumplido este primer acto de tan sagrado deber, nos dirigimos al puerto a saludar al señor Fiscarrald, el Comandante y demás caballeros que venían embarcados desde Iquitos. Lo mismo hicieron los señores Pinzás, Ballesteros, Farfán, Oneglio y Carmen Mesa, que actualmente se hallaban en Masisea de paso para Iquitos, para facilitar los trabajos que han emprendido en el Mairo. Al momento nos invitaron a tomar asiento y desayuno: y luego nos señalaron el cuarto o camarote que debíamos ocupar durante el viaje. Estaba todo tan limpio, elegante y arreglado que no tuvimos que envidiar nada a los mejores vapores europeos.

Salimos del puerto a las 7 y 1|2, con muy buen tiempo, y a las 12 m. pasábamos pr la confluencia del Pachitea, y luego proseguimos nuestro viaje por las majestuosas aguas del Alto Ucayali, cuyo caudal, sea dicho de paso, excede dos tercios al del Pachitea.

Hemos andado todo el día hasta las 8 de la noche, en cuya hora fondeamos, echando anclas en un medio remanso para pasar la noche. Durante el día ha hecho mucho calor, hemos encontrado mucha palizada y hemos pasado delante de una chacra de chunchos (cunibos) sin que haya ocurrido otra cosa.

Media hora antes de comer se nos convidó una copa de cocktail; y al acercarnos a la mesa, después del segundo toque de campanilla, quedamos todos admirados y complacidos, tanto por el lujo como por el buen or-

den del servicio y lo variado y exquisito de los manjares y licores. Lo mismo hicimos a las 5 de la tarde. Después de comer hemos estado tomando el fresco y conversando hasta la hora de acostarnos.

Día 1o. de Enero

Hoy se ha hecho la señal a las 5 de la mañana, y luego han comenzado los saludos amistosos del día y año nuevo. A las 6 se ha tocado al desayuno, en que el café, el té, la mantequilla y galletitas finas correspondían perfectamente a su objeto. Hemos pasado por una quebradita que entra por la mano derecha (subiendo), se llama Tahuacoa, la cual queda señalada en el croquis y plano que estoy haciendo de este río. El día es hermoso y toda la gente se halla de buen humor.

Día 2 de Enero

A las 5 y 1|4 de la mañana hemos salido del lugar donde fondeamos. Todo el día muy bueno. A las 6 de la tarde llegamos al puerto de don Emilio Vásquez, y nos quedamos allí mismo para pasar la noche y cargar leña. Hemos comprado 2.400 rajas de **capc'ona** que da vapor por 12 horas. Cada mil rajas importan 17 soles.

También hicimos el bautizo de una hijita del señor Vásquez, cuyos padrinos fueron el señor Fiscarrald y J. Cardozo. En este lugar hay trapiche y ganado vacuno, como en Masisea; es uno de los lugares del Alto Ucayali que tiene más zancudos.

Día 3 de Enero

A fin de adelantar algo y ganar tiempo que se pierde en cargar leña, hemos salido muy temprano; eran las

4 de la mañana. El tiempo un poco lluvioso; pero después de una ligera garúa, volvióse a poner el día de perfecto verano y así hemos proseguido todo el resto del día.

Hoy hemos pasado por delante de varias quebradas, que todas venían de la parte de la sierra de San Carlos; pero en particular se me ha indicado una, en tres ramales, cuyos nombres son Pasaya, Aruva y Sahuanya; la cual, viniendo también de la parte del pajonal, dicen que es el camino por donde trafican con frecuencia los chunchos campas que viven en el Aporoquiali (del Pichis) para comerciar con los caucheros del Alto Ucayali, especialmente Franquini, de Cumaria, y otros vecinos.

A las 2 p. m. hemos llegado a Cumaria, quebrada que entra por la mano izquierda (subiendo) y es un hermoso puesto de Fernando o Franquini.

Día 4 de Enero

Como el vapor en que hemos venido, está sobrecargado, y de aquí arriba ya se encuentran algunas correntadas más serias que las experimentadas hasta hoy; ha resuelto el señor Comandante que se quede aquí la mitad de la carga, y volver por ella después que lleguemos a Mishahua, puesto del señor Fiscarrald. Para esto es indispensable demorarse medio día. mientras unos descargan mercaderías y otros cargan leña. Yo me he entretenido en tomar algunas vistas de este lugar y sus moradores. En medio de la plazuela o puesto de Franquini, hay un bonito árbol de caucho que tiene 7 años. El árbol del caucho muda de hojas, como sucede con los nogales y demás árboles fructíferos en Europa; su hoja es un poco semejante a la del nogal, pero no es tan lisa; al contrario, es algo peluda y pegajosa, a semejanza de la del tabaco.

Tiene también su fruta como un caimito de un color amarillento, y dentro de su corazón esconde unas semillitas ovaladas, semejantes al fréjol. El diámetro de dicha fruta, cuando está madura, es de dos pulgadas poco más o menos. El tronco es áspero, de un color blanquisco ceniciento, y cerca de la tierra se divide en muchas pencas. Para sangrarlo, se corta, y se le hacen varias incisiones hasta en las mismas raíces, y se cuaja del modo que dijimos anteriormente. En la casa de Franquini hay, además de los civilizados, como treinta personas que forman su familia: son cunibos. Además de éstos que están a su lado y trabajan en diferentes faenas ordinarias, tiene otras cien familias de cunibos en distintos lugares y quebradas, con los cuales guarda relaciones amistosas y lucrativas mediante el caucho: todos éstos son sus deudores. Dicen que su número asciende próximamente a mil personas, las cuales a veces pagan y a veces nó, como acostumbran hacerlo todos estos salvajes. El señor Franquini se interesa mucho por la libertad y bienestar de estos chunchos. ¿Será esto por el deseo de hacerles bien a ellos, o más bien para propia ganancia y utilidad de él mismo? ¿Qué responden los caucheros y demás gentes del Ucayali a esta pregunta, que saben lo que significan estas apreciaciones en boca de cualquiera que se establece en estas selváticas regiones? Todos claman en contra del negocio de venta de carne humana que se hace por esas tierras; pero, desde la primera autoridad, hasta el último chacarero o comerciante, desean tener un chunchito o una chunchita para su servicio; y si no lo tienen, no dejan de pedirlo a cualquiera que se mete a la chunchada o que va a las correrías; y una vez que lo consiguen, se lo agradecen muy bien y le pagan. Esto, por más que se diga, es "borrar con el codo lo que se escribe con la mano" y dar aliento a los cazadores y vendedores de chunchos a que prosigan en sus correrías.

Desde Lima, y aún desde la sierra, somos unos misioneros acabados; pero puestos en la montaña, nos vamos amoldando con mucha facilidad y suavidad al sistema antíguo y costumbres de aquellas tierras; lamentándonos amargamente del despotismo de nuestros vecinos, por cuanto con su maña saben rebuscarse y atraerse más chunchos a su servicio y utilidad, y hasta para regalar a otros. Esto no quiere decir que aprobemos algunas tramoyas y manejos verdaderamente injustos e inmorales en esta materia; pues estando en el Masisea, se nos aseguró que en el Abujao (de este lugar dista medio día) estaban rifando a una muchacha; y otra vez supe que un comerciante pagó a su carpintero, que le hizo una casa, con una muchacha de buenas formas. Todas estas cosas y otras muchas semejantes son altamente reprochables; necesitan remedio es verdad, pero no sabemos cuándo ni por dónde han de venir los médicos que deben aplicarlo.

Proseguimos nuestro viaje. A las 12 m. hemos acabado la descarga y de embarcar leña y paiche y hemos proseguido la marcha, quedándonos, a las 5 p. m., junto a un platanal abandonado, para pasar la noche.

Día 5 de Enero

El día ha amanecido muy nublado y lluvioso. El aneroide ha cambiado un poco su apuntamiento. El termómetro que hasta hoy no ha querido moverse de 25º Reamur, hoy señala 21º. La altura que no se movía de 125 metros, hoy comienza a apuntar 200, con algunas oscilaciones. Se siente más frío, y hay menos zancudos; de modo que, de noche, ya se puede dormir sin mosquitos. El río prosige siempre cargado; pero tan lleno de islas grandes y pequeñas, que hacen difícil la navegación y a la vez lenta para nuestro vapor, teniendo que estar sondeando a cada momento. Las correntadas son bastante pro-

nunciadas y aún dicen que se igualan, o, a lo menos, se asemejan a las del mismo Pachitea. Esto es causa de que estando el buque sobrecargado, anduvimos muy poco; pues, cuando mucho, recorrimos dos millas por hora, siendo el andar de nuestro vapor de 12 millas, en aguas muertas.

Hoy hemos pasado por dos quebradas, Parucancha y Tahuania que entraban por la izquierda (subiendo). Luego nos hemos metido en el brazo izquierdo de la isla Sumichínea, y hemos dormido junto a una casa de chunchos cunibos. Tan pronto como hemos llegado a dicho lugar, han saltado a tierra casi todos los marineros y gente de tercera; siendo para las casas y chacras una peste de langostas, que no dejan casa que registrar ni cosa que destruir. Esto puede ser causa de que los infieles que vivían a las orillas del Ucayali se vayan retirando al interior, y que los civilizados que han hecho sus puestos en los mismos lugares, procuren esconder todas sus cosas, tan pronto como se oye pitear el vapor. Hoy hemos pasado por dos quebradas: Purucancha y Tahuania chica.

Día 6 de Enero

El tiempo presenta mal aspecto: es nublado y lluvioso, y se siente un poco de frío. El río muy cargado y muy extendido, dividido por muchas islas. A las 5 y 1|2 hemos salido del lugar o chacra en que dormimos, prosiguiendo nuestra marcha por el brazo izquierdo de la isla Sumichínea, hasta llegar al puerto de D. Enrique González (moyobambino). Aquí hemos cargado cerca de 4.000 rajas de leña, y los pasajeros, brincando por los cables, han salido como las hormigas a rebuscarse plátanos, yucas, papayas y otras cosas, sin cuidarse del dueño de la chacra, que los estaba viendo. ¡Qué lisura!

Después de haber almorzado, queriendo yá soltar

los cables para partir, nos encontramos varados sobre un palo: el río se había bajado como un pie, sin que nadie lo advirtiera. Este accidente nos tuvo atareados, y fué preciso que bajaran todos los marineros para empujar el buque de proa y popa, y dar vapor a la máquina hacia atrás, para poder salir de aquel atolladero. En esto se gastó cerca de una hora, y en cargar leña otras tres; así es que habiendo llegado al referido puerto a las 10 a. m., hemos salido a la 1 y 1|2 p. m. Este puerto de Enrique González, se llama Coenhua o Conega, por cuanto se halla junto a una quebrada que tiene dicho nombre, y entra por la mano izquierda (subiendo). Una vez salidos del puerto, en lugar de proseguir por el mismo camino, retrocedimos, para volver a entrar por la madre; y en esto, se nos pasan 3 y 1|2 horas hasta llegar a Pintigua, que dista una milla de Coenhua. En Pintigau, nos hemos quedado para pasar la noche, durante la cual ha llovido regular. Entrando en la boca de esta quebrada, hemos tropezado con las ramas de los árboles y se nos ha roto el palo de la bandera de proa.

Día 7 de Enero

Tiempo lluvioso; el cielo encapotado; el río cargado; cada vez más correntadas; la máquina se va cansando. A las 5 y 1|2 hemos salido de Pintigau, y a las 9 hemos tenido que arrimarnos a la orilla y echar cables por causa de un pescadito largo y delgado que mide diez centímetros de largo y 6 milímetros de ancho. Este animalito se ha metido por la válvula de aire de la máquina, y no pudiendo ésta funcionar como convenía, iba disminuyendo su fuerza, y no pudiendo ya vencer la fuerza de la corriente en este lugar, hemos tenido que arrimarnos precipitadamente a la orilla. Como ésta se hallaba llena de palos derribados, los hemos molido como trigo con la

quilla del vapor, pero en cambio una rama se ha metido por la proa del primer piso y ha arrancado parte del entablado del segundo piso que estaba firme y machiembrado de fierro.

Arreglada la proa que se había descompuesto, hemos seguido nuestra marcha hasta Chicotsa, a cuyo lugar hemos llegado a las 2 de la tarde, y como había que cargar leña nos hemos demorado y quedado allí todo el resto del día.

Día 8 de Enero

Por fin llegamos al Puerto en que debíamos dejar el vapor, y comenzar nuestro viaje de exploración por la región del Gran Pajonal. El vapor Bermúdez, cuyo señor y comandante han tenido la generosidad de ofrecernos durante nuestro viaje de exploración toda clase de comodidades, debe proseguir su viaje hasta la quebrada del Misahua, afluente del Urubamba, y Puerto de Carlos Fermín Fiscarrald. Tanto este señor como sus demás compañeros, desarían mucho que nosotros los acompañásemos hasta Mizahua. Pero como no tengo orden ni necesidad de alargar mi viaje de exploración hasta aquel Puerto; y, por otra parte, la navegación se hace cada día más dificultosa por causa de las crecientes y correntadas y lo cargadísimo que está dicho vapor, me he resuelto a bajar a tierra y comenzar mis estudios desde este puerto de Chicotsa hasta San Luis de Shuaro, con dirección de E. NE. a SO., que es el rumbo más recto que va del Alto Ucayali al Chanchamayo o Paucartambo. Al efecto, he procurado durante el viaje hacer todas las averiguaciones del caso; y como tenía a mi disposición elementos aparentes para hallar la verdad, me parece que conseguiremos el objeto de nuestro viaje.

El señor Fiscarrald, Franquini, Asequi, y muchos

otros (peones cunibos y campas) que venían en el vapor Bermúdez y que han recorrido todas estas quebradas en busca de caucho, me han propuesto la quebrada de Chicotsa como la más aparente para introducirme al Gran Pajonal y salir a Chanchamayo y Cerro de la Sal; y en vista de su experiencia y conocimiento, me he determinado a entrar por esta ruta. No tengo palabras aparentes para expresar lo que siente mi alma respecto de los señores Fiscarrald, Cardozo, Suárez, Comandante Donayre, Contador Henriot y otros oficiales del vapor Bermúdez.

La caridad y finezas que han usado conmigo, en esta vez, me tienen confundido y muy obligado a recordarles eternamente y corresponderles del mejor modo que me permita mi estado y profesión, y, de un modo especial, ante el Supremo Gobierno. Tengo mucho que hablar de estos honorables señores, su compañía y trabajos progresivos entre el Perú y Bolivia: lo haré en otra parte.

Día 9 de Enero

Primera tentativa para entrar al Pajonal

Arregladas todas las cosas, hemos salido de la casa de Francisco Asequi, y nos hemos introducido en canoa por la quebrada de Chicotsa; la cual hemos navegado tres horas cortas, hasta la casa del chuncho Casanto, quien nos ha recibido con bastante buen humor, y nos hemos quedado allí. Esta quebrada tiene muy poca agua, pero muy limpia y estancada, por cuanto el terreno es llano y muy bajo, así es que sólo se puede navegar por causa del rebalse que la forma el Ucayali. De lo contrario, no podría navegarse con canoa ni siquiera diez cuadras; pero hoy, gracias a la gran creciente del Ucayali, hemos podido ir hasta ese lugar, que será una legua es-

casa. Llegando a este lugar y casa de Casanto, he podido informarme sobre el camino que debemos seguir para entrar con facilidad a la región del Pajonal, en dirección a Chanchamayo. Yá nos han señalado varios: unos, por la parte del Norte, que es por Sheboya y Sempaya; otros, por el Sur, que es por el Unrini y Sapani, y otros, por el Centro, que es por la quebrada de Chicotsa, en que nos hallamos, asegurándonos que ésta es la ruta más segura que lleva al Pajonal y Chanchamayo. En vista de esto y de los testimonios de los caucheros que han recorrido más estas regiones, especialmente del señor Fiscarrald y Enrique González, que ha estado en el mismo Pajonal tres meses, me he resuelto a entrar por esta parte, preparando al efecto las cosas necesarias. El chuncho Casanto se ha ofrecido a acompañarme hasta la casa inmediata: lo mismo haremos durante el viaje, pagando a los dichos guías alguna cosa de las que ellos más aprecian.

Día 10 de Enero

Segundo naufragio

Habiendo arreglado todas las cosas para emprender el viaje por tierra, salimos de la casa de Casanto a las 11 a. m., después de almorzar. El mismo Casanto nos sirvió de guía hasta la casa inmediata, que solamente dista una legua. Para pasar de la casa de Casanto a la inmediata pascana de Marinama, era preciso vadear la quebrada de Chicotsa, que en este día venía muy cargada por causa de los aguaceros. Para verificarlo, fué necesario embarcarse otra vez en canoa. Se puso Casanto de popero y su mujer de puntera, y nosotros, con todas nuestras cargas y escopetas, en medio. Comenzamos la tarea, y en menos de 10 minutos ya estábamos todos en el agua, la canoa volcada y hundida y todas las cosas perdidas. Co-

mo este lugar es un recodo lleno de palizadas, pudimos asirnos de las ramas y salvarnos. Por otra parte, nuestros muchachos tuvieron bastante serenidad para desnudarse y correr nadando para salvar los bultos que aún flotaban. Como todos los comestibles y ropa los habíamos puesto en sacos de caucho, esto sirvió para que flotasen mucho tiempo y pudieran también salvarse; mas las escopetas, ollas, botellas y municiones se fueron al fondo entre los palos y espinos. Por más diligencias que hicimos, no pudimos sacar de esto en el presente día, y fué preciso esperar hasta el siguiente para que bajase el río. El paisaje por su forma tan variada es digno de pintarse, lo mismo que el otro naufragio del P. Juan en medio del Azupizú. No digo nada de otro mío y del P. Romaguera en el Quintoñiaqui. Si Dios da tiempo y lugar, también nos ocuparemos de esto.

En este último percance perdió el P. Juan los anteojos, con los muchos esfuerzos y maniobras gimnásticas que tuvo que practicar, para salir de aquel peligro. Se desnudó del hábito, se quitó el calzado, y de esta manera estuvo mucho tiempo colgado de pies y manos de un tronco podrido, temiendo por momentos que éste se rompiese y caer de nuevo en el remolino. Yo estaba preso de un pie entre un tronco y la canoa volteada, sin poderme mover, temiendo también que ésta diera otra vuelta y me sepultase debajo. Los bultos flotaban a mi alrededor y no podía cojer ninguno. Vega me pedía la mano y yo se la pedía también; y así unidos y atados los dos, nos estuvimos más de un cuarto de hora, hasta que forcejeando con insistencia pude sacar el pie que tenía amarrado como por unas fuertes tenazas. Con la fuerza y presión que sufrí en este percance se me renovaron y enconaron las llagas que aún no estaban del todo cicatrizadas, sobre todo las del pie izquierdo; y ahora tenemos yá otra vez música para mucho tiempo. Basta por hoy.

Día 11 de Enero

Se nos disputa e impide la entrada al Pajonal por primera vez

El día ha amanecido muy claro, y nos hemos ocupado hasta el medio día en secar nuestra ropa y demás cosas para que no se nos pudrieran. Como era imposible pasar adelante sin llevar siquiera una escopeta, hice rezar a mi muchacho un padre nuestro a San Antonio para hallar lo que queríamos conseguir. Después de esto, fueron dos a zabullirse otra vez en el mismo punto del naufragio, y al momento hallaron la escopeta de dos cañones que en Lima me obsequió el Sr. Adolfo Reyes. Prosiguieron buscando hasta el medio día, y no se pudo encontrar nada más. Entonces dije yo que podíamos continuar nuestro viaje pues teníamos escopeta para cazar y comestibles suficientes Así lo hicimos, y a la 1 p. m. tomamos nuestros bultos a la espalda y salimos otra vez de la casa de Casanto, en dirección a Marinama. Como el día fué de muy hermoso verano, la quebrada había bajado notablemente por lo cual ya no necesitamos de la canoa, y vadeamos dicha quebrada con el agua hasta la rodilla sin ninguna dificultad.

Después de caminar dos horas por pampa, pasando varios riachuelos y lodazales, llegamos a una lomita muy hermosa en que habían dos casas grandes de chunchos. En la primera había mujeres y niños: en la otra, que dista una cuadra, había algunos hombres pero no los veíamos por causa de los árboles que había en medio.

Después de haber estado como un cuarto de hora sentados en el suelo esperando, se fué una mujer disimuladamente a avisar a su vecino nuestra llegada; y sin duda también le previno que nosotros éramos pacíficos y no teníamos armas.

Con esta noticia el chuncho más que salvaje llamado Michi se preparó para sorprendernos, espantarnos y matarnos. Pero Dios no lo permitió: vino cautelosamente por dentro del monte con un gran atado de flechas y lanzas (había como 50) con el arco templado, su rostro completamente pintado de colorado y todo el aspecto de un zorro que va a lanzarse sobre un gallinero. Anduvo, pues, despacito hasta unos 20 pasos de nuestras personas; y en esto reventó como un cohete, vibrando sus flechas, como si un huracán agitase una gran tempestad de ojas secas. Plantóse firme en medio de todos nosotros, bufando de cólera y mirando a todas partes sin articular palabra, luego comenzó a hacer algunas preguntas sospechosas, y yo llamé a mi muchacho, intérprete Enrique Kinchuya, para que le avisase la razón de nuestra llegada y viaje. Entonces protestó que no se podía pasar adelante, por cuanto en el pajonal había mucha gente armada y preparada para impedir el paso de cualquiera que del Ucayali quisiera pasar a Chanchamayo. Le hicimos mil reflexiones, pero concluyó siempre diciendo que nadie nos podía acompañar, por que al hacerlo los mataban a ellos también, como cómplices de nuestro atrevimiento. Era de contemplarse la flema y frescura de aquellas sucias mujeres mientras este hombre irritado nos estaba apostrofando; parece que esperaban y deseaban que a la vista de aquel hombre feroz y amaestrado, nos huyéramos cobardes, dándole las espaldas para poder él arrojarnos mejor sus flechas; pero no fué así, sino que nos quedamos todos sentados en nuestros sitios, sin movernos un punto.

Esto parece que desbarató sus planes infames. Lo que más le preocupaba, al parecer, era que nosotros podíamos fascinarlo y contagiarlo con alguna enfermedad, sobre todo, el catarro, que los fastidia bastante y los merma mucho. Por esto, a cada momento, volvía la cara y

escupía. Nuestro compañero Casanto y su mujer estaban como cirios, presenciando esta misteriosa escena y quizás esperando sacar de ella también algún provecho. Mis muchachos, Vicente y Kinchuya, desempeñaron muy bien su papel, contestando firmes a las preguntas soberbias de aquel salvaje, y esperando el primer movimiento que hicieran contra nosotros, para coserlo a cuchilladas y romperle sus flechas.

Se cansó el hombre, escupió por última vez, nos volvió las espaldas y regresó a su casa de un modo muy desaguisado. Después de un momento llegaron los tres maridos de las mujeres que habían salido a cazar y estuvieron bastante amables con nosotros. Nos convidaron yuca y masato, nos prestaron olla para cocinar, y yo les obsequié algunas cositas; y asi amistados, después de una larga velada, nos echamos a dormir sin que ninguno de nosotros pudiese cerrar los ojos por el mucho calor y zancudos.

Día 12 de Enero

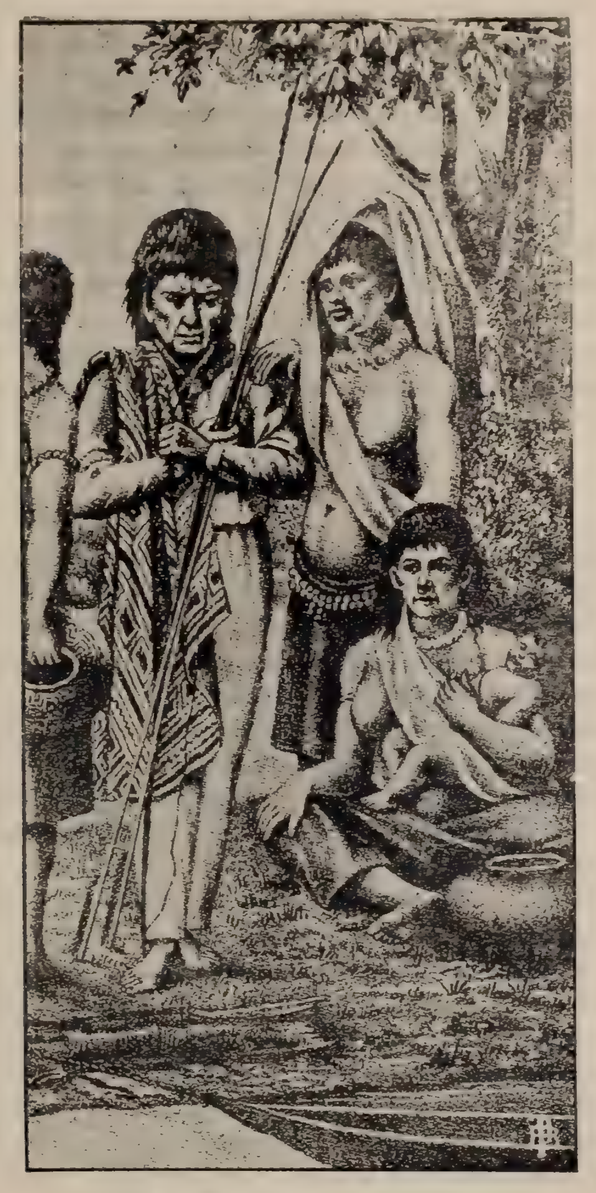
Amanecimos con sentimientos diversos, ya de pasar adelante por aquella misma ruta, ya de regresar también, según fuera la voluntad de los chunchos que debían acompañarnos. Consultamos a éstos, les ofrecimos cuanto quisieran aunque fuese la misma escopeta, para que nos acompañasen y enseñasen el camino; pero ninguno se animó, por el miedo de ser maltratado de la gente del Pajonal. El mismo Michi, personaje cómico del día anterior, nos dió un buen consejo, diciéndonos que convenía que trajésemos más gente y más armas, que de lo contrario nuestro viaje sería arriesgado e imposible. Este consejo, dado por un hombre que la víspera nos quería matar, me pareció muy acertado; y como solamente estábamos a la primera jornada del Ucayali, nada nos costaba

regresarnos a la misma casa de Francisco Asequi, y allí proporcionarnos dos rifles Winchester con sus correspondientes municiones y algún otro compañero.

Dicho y hecho; salimos de la casa de Casanto a las 9, y a las 6 de la tarde llegamos al Ucayali después de haber descansado cuatro horas en Chicotsa. Aquí sucedió que después de haber almorzado, fueron los muchachos a bañarse al mismo lugar del naufragio; y estando allí jugueteando, encontraron las demás cosas que se nos habían perdido, como la carabina Remigton, la escopeta de Casanto, nuestra carpa de caucho, las municiones, ollas, arroz y otras cosas que nos habrían hecho mucha falta en el camino. ¡Quién no se admira de la gran providencia de Dios en este caso! Nosotros ya habíamos dejado estas cosas por perdidas; sentimos su falta, pero no había más remedio que resignarse; seguimos nuestra marcha contentos, y nos dicen que por hoy no se puede pasar al Pajonal, sino trayendo más gente y más armas; obedecemos maquinalmente a esta indicación del salvaje; y mediante esta tan fácil y corta retirada encontramos todas las cosas perdidas.

Otra cosa sucedió en este día, y fué que habiendo llegado nosotros a la casa de Casanto, llegaron también inmediatamente sus yernos del Ucayali, trayendo licor. Se fué con ellos a la casa de arriba, y nosotros nos quedamos en la de abajo, junto al río. Mientras comíamos y descansábamos un poco, el hombre se nos embriagó. Vino también pintado y cargado de flechas bailando y cantando. Luego que vió que comenzábamos a desfilar para dirigirnos a la canoa, se embraveció y comenzó a tirar flechas contra los troncos secos y contra las piedras, echando espuma y profiriendo amenazas.

Su mujer le iba al lado rogándole que se contuviese. Con esto se puso más bravo, y empezó a apuntar hacia nosotros que caminamos juntamente con él. Viendo esto



Chunchas con pampanillas

su mujer, se colocó a su espalda y le tenía los brazos y rompía las flechas. De esta manera llegamos al puerto. Aquí renovó sus furias, y hallándose ya sin flechas y sin arco, comenzó a patear el suelo como un energúmeno y a echarnos sus últimas maldiciones. Si en este día y momento no hubo ninguna desgracia, se debe principalmente a la misma mujer de Casanto. Porque si ella no lo hubiera detenido, él habría soltado sin duda sus flechas, y nosotros le habríamos contestado a balazos: entonces sus yernos se nos habrían echado encima . . . ¿y qué habría sucedido? . . . Confesémoslo de una vez: es mucho el bien que puede hacer una mujer, aún entre los salvajes.

Día 13 de Enero

Nos hallamos descansando y arreglando nuestras cositas en casa del chino Francisco Asequi, discurriendo el mejor modo de realizar nuestro viaje para el Pajonal. En este día han llegado cinco canoas de chipivos con cargamento de caucho para Franquin, de Cumaria. No es fácil describir la figura y costumbres de estas tribus. Tanto los hombres como las mujeres se pintan todo el cuerpo. Especialmente las mujeres se pintan la cara, el pecho, la cintura, la espalda, las piernas, etc., del modo simétrico que acostumbran pintar todos sus muebles los cunibos, cachivos y chipivos. Como andan sin ningún miramiento, es indispensable que uno las vea del modo que se presentan y Dios las ha creado. En los cuadros que acompañan este diario se verá con exactitud y sin exageración lo que se refiere a este punto, exceptuando los últimos perfiles que podrían ofender los ojos de la gente bien ducada; porque a las muchachas que aún no han llegado a la pubertad o no son casadas se les da tan poco de cubrirse por delante, como de taparse por detrás; cualquiera

faena doméstica las dispensa en este punto para dejar caer un trapo, como medio poncho, que tan pronto cuelga de la espalda como del pecho, del hombro derecho como del izquierdo.

También pude observar en las muchas criaturitas que llevaban, el método que usan para aplastar su frente. Primeramente forman una especie de peine de paja del plumero del carrizo, sujetándolo con hilo con dos rieles por la parte de abajo. Este rastre o peine tiene unas 7 pulgadas de largo por 2 1|2 de ancho. Debajo de este peine se coloca una almohadita de algodón, como un cartucho de 40 soles, y por último, se sujeta con una venda o cinchito muy fuerte, por detrás del occiput. De modo que poniendo al infante recién nacido este instrumento, se va acostumbrando a ello sin mucho dolor, y por otra parte se le va aplastando el cráneo hacia atrás con mucha suavidad y facilidad; quedando al fin su cabeza en forma de un cono o de una cuña toda su vida. La única razón que dan de esta barbaridad es que de este modo no les tapa la vista los cabellos y tienen la frente más grande, lo que no sucede con los campas y otros chunchos. Y esto lo practican tanto con los hombres como con las mujeres. El curaca de todo este convoy se llama Mariano, el cual tiene tres mujeres, y aunque estén en los últimos meses de la preñez, trabajan y reman del mismo modo que cualquier hombre y quizá mucho más.

Día 14 de Enero

Estando hoy hablando sobre el adelanto de la montaña de Chanchamayo y los muchos asiáticos que andan por allí, le ha venido la idea a D. Francisco Asequi de acompañarnos en nuestro viaje y servirnos de intérprete, no solamente por el favor que nos hace a nosotros, sino también con la esperanza de poder llevar de Chancha-

mayo algunos asiáticos pobres y hacerles trabajar el caucho, en el Ucayali. Con este compañero más y el chuncho Cipriano, su ahijado, y las buenas armas que tenemos, me parece que hay lo suficiente para emprender de nuevo nuestra marcha hacia aquella región.

Día 15 de Enero

D. Francisco me acaba de decir que está resuelto à hacer el viaje con nosotros; y al efecto ya está disponiendo las cosas necesarias. Ha limpiado su revólver y su Winchester; nosotros también hemos aceitado nuetras carabinas y escopetas; después hemos probado si las balas de Remigton se habían malogrado estando dos días dentro del aguâ, y hemos visto que después de haber estado tres horas al sol, revientan muy bien. Hemos tirado todos al blanco, y de doce tiros solamente dos no han tocado al palo, los demás todos han hecho su agujero, quién más arriba, quién más abajo. Se ve, pues, que el pulso no está tan mal; y si llegase el caso de tener que apuntar contra algún salvaje, procuraríamos dirigir la vista al centro para dar siquiera a los pies o a la cabeza.

Día 16 de Enero

Hoy a las 8 de la mañana ha pasado por aquí el vapor Grau, de regreso de Mishahua. Como parece que debía algo a don Francisco Asequi, se ha pasado de largo sin arrimarse al puerto. Esta es costumbre general en el Ucayali. Cuando algún cauchero pasa por delante del patrón a quien debe, o se pasa de noche o procura pasar en silencio y apuradamente. Y al revés, cuando viene bien cargado de caucho y pasa por delante de la casa en que no debe nada, echa mucha prosa, cantando, levantando banderitas, tocando el acordeón, haciendo tiros al

aire, etc. Este accidente nos obliga a permanecer en este lugar algunos días, hasta que baje el vapor Bermúdez del mismo Mishahua, para poder sacar de él algunas cositas necesarias que el chino quiere para su viaje.

Entre tanto, estoy escribiendo y dibujando algunos paisajes, cuyas planchas no he podido sacar, o se me han malogrado a la hora de disecarlas.

El P. Juan Aguirre se entretiene a ratos en enseñar la doctrina al mismo Asèqui y a sus hijitos.

Día 17 de Enero

El día de hoy se presenta muy nublado y lluvioso. Casi toda la noche ha estado lloviendo y la mañana sigue del mismo modo. Será por estar la luna llena. Los demás días han sido todos de muy buen verano.

A las 5 de la tarde ha vadeado el río un tigre muy grande viniendo a nuestra chacra.

Los muchachos lo han perseguido con sus armas, pero no lo han podido alcanzar. Nos dice el chinito que en tiempo de verano vienen con mucha frecuencia para comer las charapillas que abundan mucho en este río.

Día 18 de Enero

El tiempo ha mejorado algo, el río sigue sucio y creciendo. Hace tres días que en una sola noche había bajado ocho varas, y ahora vuelve a crecer paulatinamente. Parece esto nada, pero no deja de causar sorpresa cuando uno considera que el río Ucayali, en este lugar, se divide en tres grandes brazos, de los cuales el primero o principal tiene unas 5 cuadras, el segundo 2, y el tercero por lo menos 3. Y este cauce, de cerca de un kilómetro, de repente aparece lleno a la altura de 15 metros y luego vuelve a descender a la de 6 o también de 5;

esto estando muchas veces el cielo sereno y sin oirse un trueno y por muchos días consecutivos.

El chinito se va preparando para el viaje, y para ésto va vaciando a todo vapor dos garrafones que compró en el Bermúdez. Así mismo hecha bala a sus gallinas porque dice que en su ausencia otros se las comerán, y por lo tanto más vale que las aprovechemos nosotros. Esta idea no nos parece reprochable.

Día 19 de Enero

El cielo aparece con todo el aspecto de verano: apenas hay una que otra garúa, y luego se levanta la neblina como acostumbra hacerlo por Agosto. Hoy no ha ocurrido nada de particular.

Día 20 de Enero

Hoy ha llegado de Chicotsa el chunchito Cipriano y el Curaca Simón, con otros cuatro, de los cuales la mitad se ofrecen a acompañarnos a Chanchamayo, con tal que nos proporcionemos más armas. Esperamos por momentos al vapor Bermúdez para proveernos de dichos elementos. Entre ellos hay algunos que manejan muy bien el Winchester, especialmente Simón y Marinama.

Mis muchachos tienen mucho miedo y desearían ardientemente que les dijésemos: regresemos por donde hemos venido. Pero yo les digo que tengo orden del Presidente y de mi Prelado para hacer este viaje; y que mi honor y el bien de la República y de mi Seráfica Religión exigen de mi parte este sacrificio, cueste lo que me contase. Dios ayudará, supuesto que tampoco descuidamos los medios que la prudencia nos dicta. Por lo demás les hago comprender también que entre infieles, se saben hacer correr bolas, como entre los civilizados en

tiempo de revolución, en que se fingen armas, municiones y número de gente que no existe. Les he dicho también que todos se proporcionen sus cushmas, se pinten el rostro a usanza de los chunchos por donde hemos de pasar, y que los que no tengan rifles, carguen su atado de flechas, no tanto para luchar cuanto por causar miedo. Además les hago tirar al blanco, tanto con la flecha como con el rifle y escopetas.

Día 21 de Enero

Acaba de llegar de Irruya (Urubamba) el capitán (cunibo) Feliciano con cuatro canoas y mucha gente. Está muy triste este pobre indio, porque habilitado por Franquini para trabajarle caucho, y habiendo reunido en cinco meses más de 200 arrobas, estando ya próximo a embarcarlas vino de noche una gran creciente y se lo ha llevado todo.

El caucho está actualmente en Iquitos a S. 20 arroba. Así es que este pobre capitán ha perdido S. 4000, y también Franquini no dejará de perjudicarse mucho.

Es de notarses que el padre de este capitán, que se llamaba Pedro, vivió 108 años, sabía muy bien el quechua y era bautizado. Cuando le decían que alguien quería matarlo, respondía: "no es posible porque yo tengo un corazón muy bueno; Dios me ha de ayudar". Es muy probable que entre tantas tribus salvajes, haya muchos individuos que guarden la ley natural; y si estos por fortuna han recibido el bautismo aunque sea por manos de un cauchero o viajero, ¿quién duda que se salvarán? Me admira la insistencia con que piden estos infieles el bautismo, especialmente para sus chicos; pero no habiendo algunos misioneros fervorosos que recorran con valor y frecuenten estos lugares y quebradas, no me parece conveniente derramar el agua bautismal, así no más, sin nin-

guna instrucción religiosa. Esto podría tener muy serios resultados, bajo muchos aspectos, que no es necesario referir aquí.

Tan pronto como se establezca la nevegación normal, mensual o quincenal, desde Iquitos al Tambo. y desde Masisea al Pichis o Palcazu, debe el Supremo Gobierno disponer que los misioneros tengan pase libre en cualquier lancha, sea de subida o bajada, y hacia cualquiera quebrada que se dirijan. De esta manera se moralizarán tantas familias y tribus, no solamente salvajes, sino principalmente de gente blanca, que siendo ya bautizadas, se distinguen de los salvajes sólo por el color y el vestido. Lo mejor de todo sería que los mismos padres misioneros tuviesen una lancha de su propiedad y libre disposición. Pero esto exige muy serias observaciones.

Día 22 de Enero

El tiempo sigue muy bueno. El río ha bajado notablemente, lo que hace temer que el vapor Bermúdez tardará en regresar de Mishahua, por el justo temor de varar o estrellarse contra el cascajo. Este río no se presta para vapores de mucho calado, ni aún en tiempo de las mayores crecientes, pues como acabo de observar en estos días que estoy parado a sus orillas, tan pronto tiene 6 brazadas de agua como una sola, y aún menos, y esto pasa de la noche a la mañana, y viceversa. Conociendo esto muy bien D. Carlos Fiscarrald, ha mandado construir en Europa dos lanchas especiales, en cuanto al calado y co locación de las ruedas; queriendo que estas estén en los lados y se muevan por distinta fuerza, lo cual exige naturalmente doble máquina. Esto es de mucha importancia para los ríos de poco fondo y muchas correntadas; porque mediante el movimiento de una sola rueda se puede conseguir la dirección de la lancha, lo mismo y



Recibimiento en el Pajonal del P. Sala y Aguirre

mejor que con el timón; tanto más que este no puede funcionar en dichas correntadas de poco fondo, en que es necesario mover la lancha a modo de canoa.

Día 23 de Enero

Considerando que el vapor Bermúnez puede estar calado o malogrado, y que tardaría muchos días en regresar, he resuelto irme hoy a Coenhua, y pedir a D. Enrique González un rifle prestado para proseguir mi viaje pasado mañana. Al efecto he salido de casa del chino Francisco a las 6 y 1|4, acompañado de un popero y dos punteros, y a las 7 y 1|4 estábamos ya en Coenhua. Allí he conseguido un rifle Winchester y 149 municiones. Con esto tenemos ya un número regular de armas, a saber: tres rifles y tres escopetas, con bastantes municiones. Después de almorzar, hemos salido otra vez de Coenhua, para Chicotsa, a las 10 a. m., y hemos llegado a este lugar a las 7 de la noche; habiendo descansado solamente media hora.

Por aquí se verá la gran diferencia que hay entre subir y bajar por estos ríos; de modo que una hora de bajada en tiempo de seca, significa tres horas de subida, y una hora de bajada en tiempo de aguas representa 9 o 10 de subida.

Repito: las correntadas que observo en el alto Ucayali son muy semejantes y peores que las del Pachitea, pues estas son cortas; empero el alto Ucayali, sobre todo desde Cumaria, es una continua correntada, además de una infinidad de islas grandes y pequeñas, que disminuyen el caudal de sus aguas.

Día 24 de Enero

Hoy descansamos también, porque Dios así lo man-

da; y mañana saldremos tempranito, confiados en su divina Providencia. Desde este lugar escribo hoy al Rvdo. Padre Fray Antonio Batle y José Hormaeche, que se hallan en Cayaria, manifestándoles mi viaje por estas re-



P. Fr. ANTONIO BATLE

giones, y las razones que lo han motivado, para que si Dios dispone que alguno de nosotros muera en esta empresa, se digne participarlo a nuestros hermanos del Colegio de Ocopa y nos tengan presentes en sus oraciones. Esta carta es del tenor siguiente:

Alto Ucayali:

Enero, 27 de 1897.

A los Rvdos. Padres Fray Antonio Batle y José Hormaeche:

Cayería.

Mis muy amados hermanos en Jesucristo:

Queriendo el Sr. Presidente de la República tener un conocimiento exacto de la Región del Pajonal, y deseando los superiores de nuestra Seráfica Religión saber qué gentes habitan en estas selvas, a fin de ordenar los trabajos más convenientes para su conversión y civilización, han convenido los dos en comisionarme para explorar dicha zona, contenida entre el Pichis, Pachitea, Alto Ucayali, el Tambo y Perené.

Yo he admitido con mucho gusto esta comisión, y se me ha concedido también otro padre que me acompañe, que es el Rvdo. Padre Juan Aguirre.

Además de este Padre, me acompañan desde San Luis de Shuaro, D. Tiburcio Tasa, Visitación Vega, Ramón, (chinito), Vicente, Enrique y algunos otros chunchos campas de este lugar. Mañana, día 25, pienso salir con el favor de Dios, y de su purísima Madre. He preparado todas las cosas que la prudencia dicta para una exploración de esta naturaleza y entre gente levantada, como nos dicen todos respecto de los chunchos del Gran Pajonal. Tengo tres rifles buenos y tres escopetas para lo que pudiese suceder; aunque espero no tener que hacer

uso de dichas armas. Pero como los juicios de Dios son inescrutables, quizá su divina Majestad tiene determinado que dejemos allí nuestros huesos. Hágase su santa voluntad. Esto sería el colmo de mi dicha, pero temo que mis pecados me hagan indigno de tanto favor.

Sin embargo, si tal fuese la disposición del Cielo, desde ahora me ofrezco en sacrificio para bien de la Religión Católica y de la República que tanto nos atiende y favorece. En este último caso, mis queridos Padres, se dignarán hacer presente esta carta y sus conceptos a nuestros venerables hermanos del Colegio de Ocopa, a fin de que nos tengan presentes en sus oraciones; especialmente ante el altar y hostia de Jesús Sacramentado.

Ustedes me perdonarán si durante los 28 años que estoy en su compañía no he sido tan observante como debía y podía serlo, y asimismo pedirán perdón en mi nombre a todos aquellos que yo hubiese ofendido o escandalizado, tanto domésticos como extraños. Yo, por la misericordia de Dios, no tengo resentimientos contra nadie, y me parece que nadie me ha ofendido hasta hoy. Pero si alguno en su conciencia sintiere algún remordimiento pensando que me ha faltado o injuriado, piense desde este momento que el Rvdo. Padre Sala lo ama y perdona de todo corazón, del mismo modo que desea y pide que Dios lo perdone. Así sea. Estos mismos sentimientos tiene mi hermano y compañero el Padre Juan Aguirre.

Ahora conozco cuán bueno, y cuán dulce es vivir bien unidos entre hermanos, y estar acompañado siquiera por uno de ellos en estas inmensas soledades, tan llenas de peligros de alma y cuerpo. Nos encontramos verdaderamente como los tres niños dentro del horno de Babilonia, pero la protección del Cielo no puede ser más visible sobre nosotros. Si Dios nos concede volverle a ver y adorar en su templo, le cantaremos un himno de alabanza y le renovaremos nuestros votos.

Adiós, mis queridos Padres, hasta que nos volvamos a ver en la tierra o en el Cielo.,

Vuestro hermano y siervo en Jesucristo.

Fr. Gabriel Sala (1).

Día 25 de Enero

Segunda tentativa para entrar al Pajonal

Habiendo arreglado de nuevo nuestras cositas, nos embarcamos otra vez, para entrar a la quebrada de Chicotsa, y dirigirnos desde allí al Pajonal. Eran las 9 de la mañana, el tiempo muy bueno y el río todavía cargado. Entre vadear los tres brazos del Ucayali y surcar unas cuantas cuadras de las quebradas de Chicotsa, se nos pasaron dos horas.

Llegando al primer canoal que se encuentra a mano izquierda de dicha quebrada, y que se llama "Chacra de Cipriano", dejamos la embarcación y proseguimos el camino a pié, en dirección a casa de Simón y Marinama a cuyo lugar llegamos a las dos de la tarde después de haber descansado varios ratos por el camino. Por esta vía se pasan ocho aguaditas, las cuales casi todas tienen un puentecito de palo. El terreno es llano y bastante bueno, pero puede inundarse en tiempo de grandes avenidas, a lo menos en parte. Antes de llegar a la casa de Simón y Marinama se sube una lomita cuya altura no pasa de 20 metros. En esta loma se encuentran bastantes casas y

(1). Se comprende que sólo la Religión cristiana puede inspirar este lenguaje, sublime en su misma sencillez; y que la generosidad que aquí descubre el padre Sala no puede ser fruto sino del apostolado católico, que lleva a sus afiliados hasta la inmolación de la vida.

chacras; el terreno es hermoso; tiene un buen riachuelo de agua cristalina y bastante mitayo. En todo el trayecto se encuentra en mucha abundancia la caña, que llaman paca o mancha, que es como la caña de Guayaquil; he medido algunos canutos y he visto que tienen 50 centímetros de nudo a nudo y 10 centímetros de diámetro. Esta caña, como digo, es abundantísima en toda esta región; tiene la utilidad de servir para lanzas y jarras de los chunchos, y el grave inconveniente de impedir el tráfico de los caucheros, por razón de sus muchas espinas. En esta pampa hay también algunos palos de caucho y shiringa.

Una vez llegados a casa de Simón, encontramos la escena muy trocada respecto de la primera visita: más confianza, más cariño y más expansión por ambas partes. Aquel salvaje que tanto nos apostrofó la primera vez, llamado Michi, estaba arrepentido y avergonzado. Es el caso que habiendo nosotros llegado al Ucayali, a causa de sus observaciones; vino después de la parte del Pajonal, un chuncho llamado Meandro, el cual lo reprendió por el modo que nos había recibido y tratado, diciéndole que nosotros los Padres verdaderamente estábamos en Chanchamayo; que somos buenos y que no hacemos mal a nadie, y que cuando ellos van por sal también los recibimos y tratamos muy bien, por cuyas razones debían habernos facilitado el tránsito, en lugar de importunarnos, y que él mismo, luego que llegase a su casa, regresaría y tendría el gusto de acompañarnos. Esta escena nos fué muy grata ciertamente, pero nos ofreció la ocasión de nuevos sacrificios, atendido el gran deseo que teníamos de pasar adelante. Porque nuestros chunchos, atendiendo al ofrecimiento de Meandro, y a la fuerza de los aguaceros, que cada día son más recios y continuados, nos han rogado que dejemos pasar siquiera esta luna y la del mes de Febrero, a fin de no exponer nuestras vidas y trabajos, por

lo muy cargados que están los ríos, que se encuentran en el tránsito.

Nosotros, respetando estas mismas observaciones, y viendo que el fianbre se nos acababa, nos determinamos a regresar al Ucayali, hasta que aflojasen un poco las aguas, y estar más provistos de bastimentos.

Día 26 de Enero y siguientes hasta el 31

Este día y los cuatro siguientes ha llovido mucho, tanto de día, como de noche; por cuya razón no hemos podido movernos de casa de Simón, ni atrás ni adelante. No ha ocurrido cosa particular, sino es que de noche nos atemorizaba el ruído que hacían los árboles que se caían, pensando: ¿si estuviéramos acampados en el monte, cómo nos arreglaríamos en semejante caso? Y esto nos hacía comprender cada vez con más claridad cuan arriesgado es viajar por los bosques en la fuerza del invierno, no solamente por causa de los derrumbes y atolladeros, sino también por los palos que se caen contínuamente. En vista de esto y de otras muchas razones que la prudencia cristiana nos sugería, nos pasamos a casa de D. Francisco Asequi, tan pronto como escampó un poco el aguacero, que fué el día 31 a las 8 de la mañana. Aquí llegamos a las 11 del día, y luego nos convidó a almorzar. Lo restante de este día ha hecho muy buen tiempo.

Día 1o. de Febrero hasta el 22 del mismo mes

Hemos permanecido en casa de Francisco Asequi, esperando que pasen un poco las lluvias y la primera oportunidad de dirigirnos al Gran Pajonal, sea que se presente un buen guía, o que venga alguno de aquellas partes, con quien acompañarnos.

Durante estos 22 días han ocurrido algunas cosas cu-

riosas; la primera fué la llegada del señor don Manuel Balbastro, desde el río Manú, (afluente del Madre de Dios). Este señor es un Ingeniero argentino, contratado por el señor Fiscarrald, para formar un plano y presupuesto de un ferrocarril, desde el Mishahua, hasta el primer punto navegable de aquel río. Según nos dijeron este ferrocarril costaría por lo menos 4 millones; y como a los señores Suárez y Fiscarral no les parece bien gastar una cantidad semejante, por muchísimas razones que no se ocultan a nadie que conozca a fondo la cuestión del caucho, le dijeron al señor Balbastro que, prescindiendo de su profesión de Ingeniero, podía dedicarse al caucho siquiera por una temporada. Así lo ha hecho el referido señor; y saliendo ahora del Madre de Dios, piensa entrar al Pachitea con doscientos hombres.

Esta visita o conferencia tuvo lugar el día 8. De ella pude sacar algunas noticias importantes y es que don Carlos Fiscarrald en rigor se llama o debería llamarse Fermín Isaías Fint Gerald; es natural de Huarás, hijo de padre norteamericano y madre peruana. Se mudó el nombre de Fermín por el de Carlos, por dos razones: la primera es reservada (.....); la segunda porque pasando por Quillasú (Huancabamba) un padre misionero que estaba allí (Juan José Mas), lo libró de un grave peligro, por cuya razón, pensando que el referido padre se llamaba Carlos, se cambió el nombre en señal de gratitud o porque esto sucedió el día de San Carlos Borromeo. La primera causa (según me han dicho) es algo semejante a esta segunda. Lo cierto es que dicho señor nos tiene un cariño ilimitado, y nosotros no podemos menos de estarle sumamente agradecidos.

Otra noticia importante de esta conferencia fué saber la distancia que hay de la boca del Mishagua, hasta el varadero, que son 9 días de navegación en canoa o remando bien. Llegando al varadero, se anda por tierra 4

horas, o sea un día con cargas. La mayor altura de la cumbre divisoria no pasa de 20 metros.

Pasado el varadero, se embarcan otra vez en una quebrada llamada Cachpajal afluente del Manú. Este río que apenas tiene el aspecto de una simple quebrada, a a los 5 días de navegación aumenta notablemente sus proporciones de profundidad, anchura y mansedumbre de sus aguas, llegando en algunos puntos a tener dos cuadras de ancho. Se navega nueve días de bajada hasta entrar en el Madre de Dios. Su rumbo general es 1|4 O. N. O. o 1|4 E. S. E.

Aquí entra en el Madre de Dios, advirtiendo que esta entrada o choque es muy peligrosa para las embarcaciones.

El Madre de Dios es navegable 6 días hasta la primera Barraca boliviana, llamada Carmen, propiedad de D. Nicolás Suárez y Jesús Roca. De aquí se sigue navegando 12 días hasta la primera cachuela, llamada Esperanza. En todo este trecho trafican lanchitas. Recorriendo la distancia, podríamos decir que desde Mishahua hasta las cachuelas del Madre de Dios, hay 40 jornadas; y esto, casi todo de bajada; ¿qué sería de subida? Estas razones han influído sin duda en el ánimo de los señores Suárez, ydemás interesados, para que no suelten sus millones para un ferrocarril que vaya del Ucayali al Manú, o Madre de Dios. Según se me ha dicho, este ferrorcarril sería de poca o ninguna utilidad para los bolivianos, pero sí de mucha para el señor Fiscarrald; a lo menos por unos cuantos años, mientras dure la explotación del caucho. La exportación del caucho por el río Ucayali, no tiene utilidad; pero sí, la importación de mercaderías, sobre todo estando libres de Aduana en Iquitos (Aquí hay algún gato encerrado).

El mismo señor Ballastro ha formado el plano del río Ucayali, Urubamba, Mishagua y Manú; y como

este trabajo lo ha hecho surcando en canoa, es de suponer que será una cosa muy buena en esta materia. Yo se lo he pedido, pero me ha dicho que todo se lo ha llevado el vapor Bermúdez, para Iquitos. Como se me había malogrado el anteojo de larga vista, le he pedido unos gemelos muy buenos que tenía, y me los ha ofrecido con muy buena voluntad. Este señor tenía muchas ganas de hacer este viaje por el Pajonal; pero no ha podido realizarlo por bajar con su familia a Iquitos, y tener entablados algunos negocios de consideración.

Este señor me comunicó también algunas atrocidades que cometen los blancos con los pobres salvajes; pero, en esta materia y en el negocio de carne humana, hay tanto que corregir, que más vale no decir nada, hasta que el Supremo Gobierno pueda operar de un modo más rápido sobre esa pléyade de reyezuelos que no conocen más ley ni conciencia que el lucro y el placer.

Para comprar no hay tipo fijo, que rija en estas regiones, sino que cada uno lo pone a su albedrío; y para vender, sucede lo mismo. Así que por cualquiera cosa que compra el pobre indio cauchero, preguntando este: **¿cuánto vale?**; se le responde lacónicamente: **traerás caucho.** Si ha comprado una escopeta, un cuchillo, una olla, una camisa, etc., siempre se le exige y se le repite en todos los tonos: **me estas debiendo; ¿cuándo me pagas?** Por aquí comienza el enredo, el negocio, el pillaje, la correría y una infinidad de crímenes, que no se pueden enumerar.

Hace 29 años que estoy en el Perú, y hasta hoy no he visto a nadie cargando cadenas como lo acabo de ver en el Ucayali; y esto a personas inocentes y por culpas que no han cometido, como es, por ejemplo, encadenar a una mujer, por haberse huído su marido. También se me ha asegurado que algún blanco ha tenido la temeridad de amarrar a su sirvienta o compañera desnuda a un palo

hormiguero, para que las hormigas coloradas la martirizasen. Este tormento en mi concepto es más horrible que las parrillas de San Lorenzo; y como estos, y aún peores, saben inventarlos estos tiranos de nuevo cuño.

El día 11 tuvo lugar otra escena bastante cruel. Eran las 10 de la mañana, estábamos almorzando, y derrepente entró una mariposa negra, la cual, dando una vuelta por la habitación, se salió. Francisco Asequi dijo entonces: **sin duda que hoy tendremos una visita.** Todos nos reímos. Sin embargo, a las 12 del día aparecieron de improviso cuatro canoas con 25 hombres (chunchos) bien armados de rifles y capitaneados por el curaca Venancio. Este entró de un modo prosaico, con sombrilla negra, sombrero y paño de manos al cuello; siguiéndole los demás. Después de cuatro palabras dichas con bastante sequedad se le intimó a D. Francisco orden de prisión, en nombre de Fiscarrald; y esto en todas las lenguas: en campa, en inga y en castellano.

El hombre quedó muy impresionado; quería dar sus razones, pero no se le admitió ninguna; sino que siempre se le decía: ¡vamos yá!; con que tomó su sombrero y sombrilla, y se puso en camino hacia la canoa. Al despedirse nos dijo: "Si al cabo de tres días no regreso, cuenten que. . . ." Estas palabras fueron demasiado significativas, y le prometimos encomendarlo a Dios. Así andan las cosas por estos mundos. Al día siguiente, por la tarde, regresó del Unini, en donde procuró justificarse de los cargos que se le habían hecho, sin poder sin embargo quedar del todo en paz; pues, según se susurra, hay orden de hundirlo o eliminarlo del Ucayali, por ciertas cosas que ellos se saben.

Como durante este tiempo se ha encontrado mucho mitayo, y ha hecho buen sol, hemos hecho bastante charqui para nuestro viaje. Ha habido día que se han muerto hasta nueve chanchos, sin contar los monos, pavos y pe-

ces grandes. También nos trajeron las cuatro piernas de una sachavaca o gran bestia; cada una tenía una vara de largo, pesaba cerca de 2 @. Otro día, cojimos también un ronsoco o chancho de agua, que pesaba más de 5 @; hicimos muy buen beefteack, y su carne es semejante a la de un chanchito tierno y bien cebado. Sin embargo los indios del Ucayali no quieren comer sachavaca ni ronsoco, ni otros varios pejes; por cuanto dicen que son sus parientes, o que el Diablo o **camarí** habita en ellos, como por ejemplo, en la corbina. Los blancos también los abominan, por cuanto dicen que estos animales producen humores sifilíticos, causando llagas cancerosas de difícil curación. Esto puede ser muy bien: lo cierto es que uno no sabe darse cuenta del modo y facilidad con que se carga de llaguitas, sin encontrar medios de hacerlas desaparecer sino es andando y ayunando, o saliendo del Ucayali. Por esta causa, y los zancudos, mosquitos y calor (prescindiendo de la moral que anda por los suelos), todo hombre honrado y trabajador desea salir del Ucayali, y acabar sus días en otra parte. De modo que allí no se va sino como a una casa de juego, para jugar, ganar y escapar, dejando a los demás que se los lleve la trampa.

Durante estos días hemos tenido ocasión de hablar de algunas cosas dignas de saberse para los que quieran venir a establecerse por estas tierras. Hemos preguntado, por ejemplo, cuánto vale una @ de manteca, y se me ha asegurado que cuesta 15 soles. El aguardiente (en el mismo lugar que se elabora), cuesta soles 14 el garrafón de 30 botellas. Fuera del lugar donde se destila, no tiene precio fijo, sino que lo pone el vendedor, a medida de la necesidad o ganas que note en el comprador; de modo que en el Manú una botella de aguardiente llega a venderse hasta por 2 soles. El panero de fariña de 60 libras, se vende a 5 soles en la casa en que se fabrica. El arroz carolino a 18 soles, el saco de 6 @. El café, en 1-

quitos, a 20 soles el quintal. El vino tinto, de comer, un garrafón de 30 botellas, a 20 soles. El coñac, a 4 soles botella en el Mishahua. Una res se vende por 100 soles o más, según las circunstancias. El quintal de harina, a 18 soles; el fréjol, (poroto) a 10 soles quintal. El tocuyo blanco delgado, a 8 soles la pieza de 40 varas, y a 12 soles el americano. Un par de botines de cuero negro, 15 soles; un pantalón de casinete, 3 soles; usa camisa fina, 5 soles; una camisa ordinaria, 1.50 cts. Una escopeta ordinaria de un cañón, 20 soles; una idem de dos cañones, 40 soles. Pólvora, 3 soles libra; munición, 30 centavos libra. Un rifle Winchester, 50 soles. Cápsulas para idem, a 6 soles ciento. Sal ordinaria, a 4 soles @ en Iquitos, y 7 en el Alto Ucayali. Pasaje del vapor, en primera clase 5 soles cada día; en segunda la mitad.

El mitayo o provisión de la mesa es muy abundante en el Pachitea y Alto Ucayali, pero muy escaso en el Bajo Ucayali, especialmente en Iquitos, donde la vida es carísima y muy mala. En los demás puntos del Ucayali se puede pasar de cualquier manera, pero en Iquitos no se puede pasar una vida regular sino gastando mucho. La causa principal de esta carestía de víveres en Iquitos y otros muchos puntos del Ucayali, es por el abandono en que ha estado hasta hoy la agricultura, de modo que casi nadie se ha ocupado de hacer chacras y criar ganado, sino generalmente se han dedicado todos al caucho. Pero en los lugares en donde se ha desarrollado algo la agricultura y ganadería, como en Contamana, Masisea, Cumaria y otros puntos, la vida es mucho más llevadera.

También hemos podido notar el modo astuto y refinado con que se ejerce el feudalismo y despotismo en sus múltiples formas, ya por los blancos ambiciosos, ya también por los chunchos enseñados y habilitados que por aquí llaman Curacas.

El comerciante que sabe jugar con su Curaca, cre-

ce como la espuma en un remolino de agua sucia. Y al contrario, el que respetando los sentimientos de la naturaleza que Dios ha grabado en el corazón de todos los hombres, quiere guardar el Decálogo, se queda siempre con su barraca de cañas, sin tener jamás lancha ni canoa. Pero esto es poco, porque un hombre semejante se reputaría en el Ucayali como un hombre fenómeno, y sería el blanco de todas las burlas y vejaciones de los demás que no hilan tan delgado. ¡Quién lo creyera!

Llega un fulano a visitar a su compadre o compinche, comienzan a beber y a jugar a la pinta, y la pobre muchacha que sirve la mesa y lava los platos, se encuentra al fin del juego con que su patrón no se llama Pedro sino que se llama Pablo, y que es preciso tomar su mosquitero y montar a la canoa para seguir más arriba o más abajo, según se le antoje llevarla. Así andan por aquí los muchachos y muchachas, avaluando su precio del mismo modo que se hace en la plaza de Túnez, y aún más feo pero más disimulado, porque los que lo hacen quieren pasar por honrados.

Nada diremos del modo infame como se ejerce la justicia vindicativa por estos mundos; del modo de arrancar a cualquiera de su buen puesto, en que se había colocado; del modo de hundirlo, cuando se ve que prospera un poco del modo de soplarse su plata; su mujer o compañera, cuando la cosa merece la pena; todo esto es demasiado grave; y querer analizarlo más, sería ofender notabilidades. Sucede con frecuencia que un hombre se ha formado un buen platanal, una casa, y ha sabido atraerse a su alrededor y servicio alguna familia de chunchos. Todo marcha bien, cuando derrepente se sabe que en una borrachera o correría, los chunchos lo han victimado.

Apenas ha pasado un mes de luto, cuando ya su émulo oculto, ha tomado posesión del lugar, sin rezar un

Padrenuestro por el que lo edificó. Después nos maravillamos de que a ese pillo le suceda lo mismo... Pero dejemos esto, hasta que Dios lo remedie, y pasemos a otra cosa.

Desde Chicotsa (Alto Ucayali) hasta Chanchamayo, pasando por el Pajonal

---

Tercera tentativa

Al fin llegó el momento tan suspirado por nosotros por espacio de 40 días. El chuncho Canango, con su hijo y otros varios, se han ofrecido a acompañarnos hasta Chanchamayo, por la paga de una escopeta de dos cañones y un rifle de Winchester. Nos acaban de decir que ya quieren salir; y nosotros, arreglando apresuradamente nuestras cosas, nos hemos dirigido a la canoa. El día ha sido muy hermoso como de perfecto verano. Hemos comenzado a remar a las 8 y 1|2 a. m.; y entre vadear los tres brazos del Ucayali y surcar la quebrada de Chicotsa, hemos empleado 4 horas, llegando al medio día a casa de Casanto. Podíamos y debíamos pasar más adelante; pero como había que cargar y descargar la canoa, los remeros tuvieron un poco de flojera, quisieron bañarse y descansar algo, y en esto se nos pasó allí la tarde y la noche. Hoy hemos caminado aproximadamente una legua, toda por agua, con rumbo de Oriente a Occidente.

Como la quebrada de Chicotsa se divide aquí (casa de Casanto) en dos brazos, formando una grande isla de cerca de 2 kilómetros de longitud, de Occidente a Oriente, resulta que cuando el río se inclina mucho a una par-

te, escasea el agua para navegar por la otra. Este obstáculo es fácil de quitarse cerrando el brazo de la mano derecha (sur) con una sencilla palizada; pues el río, en este lugar, apenas tiene 25 metros de ancho.

Con esto se consigue que toda el agua de Chicotsa, vaya por un solo brazo, dando un fondo de media vara en las correntadas y cascajadas, y de dos y tres varas en los pozos y remansos. Con esto se gana dos jornadas que hemos perdido nosotros, como ahora veremos.

Día 24 de Febrero

El día ha comenzado tronando; y nosotros, volviendo a cargar la canoa, hemos proseguido nuestra marcha hasta la casa de Canango, que dista 1500 metros, según el podómetro. Durante esta hora de camino, ha llovido copiosamente; después ha cesado durante el día: pero como estábamos empapados en agua, nos pareció conveniente pararnos aquí, para mudarnos la ropa, y hacerla secar durante el sol, y a la candela. Así pues, la jornada de hoy ha sido de 1500 metros; el terreno muy llano y cascajoso; el monte muy lleno de paca o caña de Guayaquil. El rumbo ha sido de Oriente a Occidente; y el aneroide marcando 350 metros.

Día 25 de Febrero

A las 8 a. m. hemos comenzado nuestra marcha por tierra, llevando cada uno su carguita a la espalda, tres rifles y una escopeta.

El día muy hermoso; el terreno más elevado, y va subiendo de un modo muy disimulado; el rumbo en general ha sido al N. O., para torcer luego al S. E. Hemos caminado 4 kilómetros, y hemos llegado a casa de Jacinto, otro compañero de viaje.

Aneroide 450 metros. La configuración del terreno es muy buena, y la mismo tierra es toda arenosa, amarillenta y bien lavada, de modo que tiene muy poco limo y no forma atolladeros, ni barro, porque se chupa el agua al momento. Los árboles y plantas son del todo semejantes a los de Chanchamayo, exceptuándose la paca o caña brava. Sin embargo, durante la jornada de hoy ya hemos encontrado muy poca. Los mosquitos van desapareciendo, pero el zancudo continúa molestando por las noches. También hay manta blanca durante el día.

Día 26 de Febrero

Siguiendo nuestros guías las costumbres de los serranos, de preparar su fiambre y su chicha para salir a un viaje, han querido ir a pescar, mientras sus mujeres preparan una batea de masato. Según esto, mañana irán todos a echar barbasco a la isla de Chicotsa a fin de disecar bastante pescado, para llevarlo al Pajonal, y allí poder convidar y cambiar entre sus amigos y paisanos. Hoy ha hecho sol todo el día.

Día 27 de Febrero

Ya han salido los pescadores, y nosotros nos quedamos en la casa de Jacinto, descansando y formando nuestros apuntes de viaje. Otros están curando sus llaguitas, de las cuales llevamos una provisión regular. En fin, por ahora todo marcha bien, y estamos de buen humor y con grandes ganas de andar; el tiempo también nos favorece. Abalado sea Dios.

Todo el día ha hecho muy buen tiempo. Ya se ha reunido con nosotros el alemán D. Augusto Hilser, el cual hacía mucho tiempo que quería hacer este viaje, y no lo había verificado por falta de compañero. Ahora sa-

biendo nuestra marcha, se ha venido del Unini donde residía, para acompañarnos. Es un joven que por mucho tiempo ha buscado minas, y por último vino a parar al Alto Ucayali en donde lo alucinaron como a otros muchos para hacer fortuna con el caucho. Pero él se ha convencido que un hombre honrado no puede progresar en semejante negocio tan lleno de enredos y picardías, como arriba citamos. Por esta causa se ha desprendido de los lazos o bejucos que lo tenían atado por allí

A las tres de la tarde han llegado otros cuatro chunchos campas, comisionados por el Curaca Venancio, en dirección al Gran Pajonal, para enganchar operarios y llevarlos al río Manú, lugar de explotación de los señores Suárez y Fiscarrald. Debe tenerse en cuenta que Venancio hace muchos años que reside en el Unini; y, sin embargo, tanto él como sus comisionados, prefieren entrar al Pajonal por la quebrada de Chicotsa, como la más aparente para viajar. Queriendo yo aprovecharme de la buena oportunidad de estos compañeros, que también andan armados de Winchester, he mandado un propio a los pescadores para que se vengan cuanto antes y arreglar nuestra marcha. Ellos fingen andar muy de prisa, pero me parece muy difícil que salgan mañana mismo, cuando tienen pesca y masato en abundancia.

Día 28 de Febrero

El cielo aparece encapotado, sin embargo no tiene aspecto lluvioso; será el cambio de luna.

El chuncho Jacinto, en cuya casa nos encontramos, y que acompañó a Curleti a Chanchamayo, dice que el viaje es de 20 días. Nos ha dado los nombres de los ríos y riachuelos que hay que pasar: entre todos hemos contado 11, con otras aguaditas, que iremos viendo y apuntando.

Día 1o. de Marzo

Habiendo nuestros guías agotado la última taza de masato se han puesto en marcha en dirección al Pajonal, y nosotros cargando nuestras mochilas hemos seguido sus pasos. Eran las 8 de la mañana, el cielo estaba muy nublado aunque solamente nos había llovido un poquito por la mañana. El rumbo general ha sido S. O. E.

Hemos salido de casa de Jacinto y hemos pasado una aguadita; luego hemos subido una lomita de 15 metros de altura sobre el nivel de la pampa; volviendo luego a bajar a otra llanura, en que serpenteaba un riachuelo llamado Compormars, que se dirigía al Norte e inundaba esta pampita. Después de haber caminado como un cuarto de hora por esta llanura inundada, comenzamos a subir una loma bastante larga y elevada, cuya cumbre fué señalada por 150 metros. La subida no baja de 25 por ciento y la bajada mucho peor; de modo que tenía 50 por ciento y algunos puntos 100 por ciento de declive. Anduvimos cuatro horas por la cumbre y al fin comenzamos a bajar a la casa de Mariño, que era el principal de los compañeros de viaje. Aquí comencé a fijarme en un fenómeno bastante raro en las montañas, y es que llegando al fondo de la quebrada no encontramos ni una gota de agua, y que el cauce del río estaba todo seco, sin saber por donde se escondía el agua. Anduvimos dos cuadras por el cauce seco de esta quebrada, y luego subimos una, (100 metros) para llegar a la casa de Mariño, que estaba allí, que se llama Catsingari por razón del río de este nombre que pasa por allí.

Según el podómetro, hoy hemos recorrido 576 m. en 4 horas. El terreno que hemos pisado, visto y explorado, es arenoso, con cascajillo quebrado de piedra arenisca muy floja de modo que por más que llueva no hay barro ni en las pampas ni en las laderas. Esta tierra pa-

rece muy poco fértil; los árboles y otras plantas que se ven por aquí no presentan la grandeza y lozanía que se ve en las montañas de Chanchamayo. En toda esta lomada se encuentra mucho **chamairo** pero no hay una gota de agua; por cuya razón tampoco vive allí nadie, aunque pasamos por un canoal de chacra vieja y abandonada.

Día 2 de Marzo

Hoy ha llovido todo el día y toda la noche, por cuyo motivo no nos hemos movido de casa de Mariño.

Día 3 de Marzo

Buen tiempo. Hemos salido a las 7 y 1|2 de casa de Mariño, bajando de un modo casi perpendicular por entre peñas areniscas colocadas horizontalmente, pero con desórden. Después de andar como un cuarto de hora nos hemos encontrado derrepente a las orillas del río Catsingari. Este río es de los más hermosos y pintorescos que hasta hoy se ha visto en la montaña, y sus aguas son frías y cristalinas; el fondo de este río está empedrado de peña viva, formando medias gradas y cascadas hermosísimas; las que hay aquí tienen 8 metros de altura; el ancho es de 15, y la profundidad no baja de un metro, con una corriente de más de 20 millas por hora. Nosotros pasamos este río por medio de un puente. Las orillas de dicho río son también de piedra viva: de modo que nunca puede variar el cauce, por más cargado que venga.

Dicho puente es trabajado con alguna curiosidad por los mismos chunchos; de lo contrario hubiera sido casi imposible vadear el río sin arriesgar nuestras vidas, siendo arrastrados y estrellados por la cascada. Quise por de pronto, tomar una vista fotográfica de este punto,

pero temí que los chunchos guías no tuviesen la paciencia de esperarme y se molestasen; por cuya razón me privé de este placer. Procuré sin embargo, el primer día desocupado, pintar a pulso este hermoso paisaje. Este río exige un puente de 30 metros de luz.

Luego de haber pasado el río Catsingari, comenzamos a subir la cuesta o serranía que divide el Ucayali de la región del Gran Pajonal. Esta subida es muy parada, tiene por lo menos 30% de inclinación, y una vegetación regular; pero el terreno es demasiado cascajoso para desarrollo de sementeras. Además, carece de agua; se encuentran, a menudo, grandes tragaderos en forma de cráteres en donde se esconde el agua, para dirigirse al río por conductos subterráneos. Este fenómeno es generalísimo en toda la región que vamos explorando; tiene su parte buena y su parte mala, pues tratándose de construir un camino, no habría que hacer puente por espacio de muchas leguas; pero en cambio, tampoco nadie puede establecerse en dichos lugares por la carencia absoluta de agua. Yo estoy por decir que si se cortasen los pocos y delgados árboles que cubren esta zona, y dejase de llover con la frecuencia que lo hace en toda esta región, se convertiría en un arenal desierto como los de Africa.

Hoy hemos recorrido 6215 metros, en el tiempo de 5 horas, y nos hemos detenido para descansar y dormir en el monte, a la 1 p. m. Este punto fué anotado con 1800 metros sobre el nivel del mar, el cauce del río Catsingari por 700 metros, y la casa de Mariño por 800.

Día 4 de Marzo

Salimos del departamento del monte a las 6 y 1|2. Hemos caminado con rumbo general S. O. torciendo por momentos al S. directamente. Toda la jornada ha sido por la cumbre o cuchilla que divide el Ucayali del Gran

Pajonal, cuya altura ha estado vacilante entre 1800 y 2000 metros sobre el nivel del mar. Esta jornada ha sido muy pesada, ya por estar subiendo y bajando todo el día, ya por el mucho fango del camino; pues como éramos, entre todos, como 30 viajeros, y había llovido toda la noche y parte de la mañana, estaba el piso (especialmente en las pendientes) que era para chuparse los dedos. Digo esto, porque era preciso andar muchas veces a gatas, para no rodar unos sobre otros. Aquí se nos rompieron las sandalias, y nos fué preciso continuar la jornada completamente descalzos hasta encontrar modos de componer nuestro calzado. Esta manera de caminar tiene muchos inconvenientes: uno es el contínuo peligro de pisar espinas, piedras y hormigas venenosas; otro es el descoponerse el estómago con disenterías y otro es el estarse cayendo a cada momento como una pelota de jebe. De manera que entre la lluvia del cielo y el agua de las ramas y el fango del suelo y tener que comer con las manos; estamos, de pies, a cabeza, hechos una miseria, sin encontrar ningún riachuelo en que poder bañarnos y lavarnos.

Hoy hemos pasado por el borde de un cráter, (o tragadero) que parece un abismo o boca de infierno; salían vapores de su seno, como si en el fondo tuviese candela; me arrimé a la orilla y no pude ver el fondo. Este lugar se llama Santani por cuanto que allí dentro se esconden y andan muchas lechuzas. Proseguimos nuestra marcha, y a las 4 de la tarde nos detuvimos para descansar, habiendo caminado durante el día 7900 metros en 7 horas. Altura de este lugar, 2000 metros (1).

---

(1). El padre Sala se encuentra en un punto volcánico digno de estudio para la geología, por tratarse de un terreno que ofrece características peculiares que no guardan relación con los llanos amazónicos en general, ni con la formación granítica de los Andes. Se

Día 5 de Marzo

A las 6 de la mañana hemos salido del campamento. Buen tiempo, mejor terreno. Ayer en la tarde anduvimos más de una hora por terreno muy pantanoso, lleno de carrizos y pasto grande, con árboles raquíticos y torcidos, llenos de musgo. Hoy ha cambiado notablemente el aspecto del monte y del terreno. Hemos comenzado la jornada dirigiéndonos por la cumbre de una lomada larga y muy hermosa, de una gradiente casi uniforme entre 1800 y 2000 metros. Así anduvimos una legua y media, descendiendo luego a una quebrada o riachuelo llamado Quepachi, luego volvimos a subir a otra lomada muy larga por el estilo de la anterior; y a las 2 p. m. bajamos al fondo de una quebrada, en la cual nos encontramos sin una gota de agua. Anduvimos unos 100 metros por terreno llano y luego comenzamos a subir de una manera casi perpendicular a otra loma semejante a las dos precedentes por la cual anduvimos hasta las 5 de la tarde, quedándonos allí para descansar y dormir, sin olla, sin agua y sin fiambre, por cuanto no pudimos llegar a la casa o pascana convenida, que distaba como una legua. Hoy hemos caminado como 13 kilómetros. Altura de este lugar, 1600 metros.

Día 6 de Marzo

Apenas amaneció, arreglamos oportunamente nuestras mochilas y nos pusimos en marcha, sin tomar ningún alimento. Anduvimos hasta las 9 del día, en que llegamos a casa de Tinirari. Aquí nos tenían chicha y comida preparada, de lo cual no pudimos menos que admi-

---

conjetura por otra, que en la parte central del Gran Pajonal debe haber yacimientos petrolíferos.

rarnos y dar mil gracias a la Divina Providencia, que con tanta oportunidad nos socorría. Por esta razón resolvimos quedarnos aquí todo el día. La altura de este lugar es de 1600 metros.

Hoy hemos caminado 4390 metros. No puedo ménos de poner aquí lo que observé respecto de la caña brava o capiro. Estas cañas tienen unos canutos grandes de unos 50 centímetros de largo y 10 centímetros de ancho dentro de los cuales se contiene una gran cantidad de agua limpia y muy agradable como si saliera de la fuente más cristalina del mundo. Ahora bien, cuando llegamos al fondo de esta quebrada, no encontramos ni una sola gota de agua; comenzaron los chunchos a romper o agujerear dicha caña brava y de cada canuto salía como medio litro de agua cristalina. Todos tomaron de dicha agua; pero como yo estaba muy mal del estómago, no me atreví; mas después, la he probado, y he visto que es una agua muy buena y potable. De manera, que si alguna vez me veo en la necesidad de tomar esta agua, lo haré con toda confianza, y lo mismo aconsejo que hagan los demás.

Día 7 de Marzo

Hoy hemos descansado hasta el medio día. Después de almorzar hemos proseguido nuestra marcha con rumbo al Oeste, por la misma cumbre en que nos encontrábamos. Hacía una hora que estábamos caminando, cuando bajamos a un profundo precipicio en el cual parecía se hallaba un gran río; pero no era así, sino que era un río seco, lleno de grandes piedras o peñascos, que en algún tiempo ha hecho correr el agua, pero que actualmente estaba del todo seco y descarnado. Pasamos este río llamado Masisás; y luego comenzamos a subir del mismo modo que habíamos bajado, agarrándonos de las yer-

bas y raíces, y muchas veces clavando las uñas de las manos en el barro. De esta manera ascendimos hasta la cumbre en que dormimos; la cual fué señalada por 1500 metros de altura, y el cauce del Masisás por 1200. Desde esa cumbre ya se distingue perfectamente la entrada del Gran Pajonal y las muchas casas y chacras que hay por todas partes. Cerca de este lugar, y bañando las faldas del primer Pajonal, pasa un río bastante crecido y que va a desembocar al Alto Ucayali. Parece ser el brazo occidental del río que desemboca más abajo de Cumaria, llamado Sheboya, y que el mapa del P. Sobreviela señala con el nombre de Aporoquiaqui.

Mientras bajamos al fondo del río Masisás, sucedió que desprendiéndome de un árbol para apoyarme en otro, estaba en este una gran culebra verde, enroscada en el mismo lugar en que yo debía poner las manos. Iba a cogerla, cuando distinguí sus grandes y negros ojos que me estaban mirando, y entonces instintivamente me arrojé al suelo y me fuí escurriendo por debajo de ella, dejándola tomando el sol.

Avisé a los demás para que se previniesen, y el señor Hilser la mató de un tiro.

Día 8 de Marzo

El día fué bastante feliz para nosotros no obstante haberlo comenzado con el riguroso ayuno de los primeros anacoretas de la Tebaida. Salimos de la casita o campamento en que dormimos, y comenzamos a bajar de un modo nivelado hasta encontrar los primeros pastos del Pajonal. A las 6 salimos del campamento o choza sobredicha, y a las 8 pisábamos las primeras plantas del gramalote o maicillo de la tan suspirada región del Gran Pajonal. En este momento no pude menos de levantar mis ojos al cielo y dar gracias al Todopoderoso por el

favor que nos dispensaba, después de tantos peligros y fatigas. Invité a mis compañeros a que hiciesen lo mismo, y después de este humilde homenaje de gratitud, comenzamos a subir hacia la primera cumbre del Pajonal. Habían aquí ocho o diez casas pequeñitas muy bien hechas y cerradas, con sus puertecitas de camona. Estas casas se hallaban en aquel momento desiertas, por cuanto sus moradores se habían ausentado por miedo a los blancos, o de la correría de Venancio.

Nosotros nos dirigimos a la casa principal, y allí encontramos yuca, masato, fréjoles y otras cosas. Esperamos como una hora, y luego aparecieron algunos vecinos pajonalinos, muy pintados con achote de pies a cabeza. El primero que se presentó, después del saludo de costumbre, nos ofreció plátanos maduros y fréjoles cocidos; este recurso tan oportuno e inesperado, y por semejantes manos, fué otro motivo de admiración y agradecimiento. Hacía más de un mes que devorábamos temores, flechas y sangre, y sucedió que los primeros salvajes que debían victimarnos, nos ofrecieron comida, bebida y alegre hospedaje. Yo siempre había esperado esto de la Divina Providencia, y ahora lo vemos y palpamos todos, de que cuanto más el hombre confía en la piedad del Supremo Hacedor, tanto más le proteje y regala su liberalidad y misericordia.

Al cabo de dos horas en que estábamos esperando nuevas visitas, nuestros guías gritaron por los cuatro vientos para que se acercasen los demás; pero respondieron desde la cumbre inmediata, que más bien nosotros debíamos ir allá para vernos las caras y saber quiénes éramos. Esta especie de reto fué admitido por nuestros guías y compañeros, que tomando sus rifles se dirigieron al lugar de la señalada entrevista.

Nosotros nos pusimos la carga al hombro y los seguimos. La cosa tomaba un aspecto serio; mientras pasá-

bamos un lugar de monte real, que divide las dos colinas del Pajonal, pudimos observar las estratajemas y barbaridades que cometen estos salvajes en tiempo de guerra. En el lugar más aparente para escaparse el enemigo, habían clavado en el suelo unas estacas de chonta de más de un metro de largo, con unas puntas muy afiladas, puestas de tal manera, que el que corre, sea hombre o fiera, tiene necesariamente que quedar incrustrado en ellas. Hemos caminado mirando por todos lados temiendo una emboscada a cada paso. Nuestros guías se adelantaron dejando sus cargas escondidas en el monte, y tomaron sus rifles presentándose impertérritos al lugar del combate o recibimiento parlamentario. Este fué tan célebre que merece un capítulo separado.

Recibimiento que se nos hizo entrando en el Pajonal

A las 10 de la mañana del día 8 de Marzo, llegamos a la cumbre más elevada que hay para entrar en el Gran Pajonal, por la parte del Oriente. En este lugar vive el cabecilla o brujo principal, que debe defender su entrada en aquella parte. Este hombre pintado a estilo de diablo, se llama Pingachari. Estaba casi todo desnudo, menos la parte inferior del vientre, con tintes de color rojo, y teniendo consigo un manojo tremento de flechas y el arco templado. A su lado se hallaban otros diez salvajes dispuestos por el mismo estilo. De nuestra parte se hallaban Jacinto, Espíritu, Marino, San Cherónimo, Juan de Dios, Domingo y otros, todos con rifles Winchester y escopetas. Nosotros estábamos a la espectativa, unos con machete en mano, otros con escopeta, en previsión de lo que pudiera suceder.

Se dió comienzo al debate o cambio de papeles, y el teatro se revistió de un aspecto infernal. ¡Qué gritos! ¡Qué gestos! ¡Qué patadas en el suelo! ¡Qué de amenazas con los puños y los codos! Ya se acercaban, ora se separaban, ora nos volvían las espaldas, iban y venían con nuevas increpaciones, vociferando y dirigiendo maldiciones. Golpeaban el melocoton con el fajo de sus flechas, las levantaban en alto, las cruzaban y las hacían vibrar bufando como toros. Este fiero recibimiento oficial duró más de media hora, y entiendan mis lectores que esta escena no fué la única, sino que se repetía igualmente cada día que llegábamos a una nueva casa o vecindad; por lo cual ya nos hemos familiarizado a estos actos demasiado salvajes y ya no nos inspiran tanta impresión. Los diputados nuestros se portaron con valor, y de un modo particular Jacinto y Chipirito. Estos dos hombres (chunchos) pero grandemente políticos de esos territorios, eran enviados por Fiscarrald, para espiar los terrenos y número de chunchos disponibles, para obligarlos al trabajo del caucho en el río Manú. Estos sabían hablar, fantasear y mentir como ellos mismos; sus contendientes se condujeron en todo como buenos salvajes, defendiendo sus tierras, su familia, su libertad y sus personas: **pro viribus et posse.**

Pero, al fin y al cabo, sucedió como siempre; que no pudiendo triunfar las razones, tuvieron que rendirse a la fuerza (de los rifles, se entiende) ; porque como los chunchos del Pajonal no poseían armas de fuego, o si las tenían, carecían de chimenea o municiones, tuvieron que presentarse ante nosotros solamente con flechas; y al vernos con seis rifles Winchester y otras varias escopetas, gritaron cuanto les fué posible, sí, pero al fin se rindieron. Soltaron una larga carcajada unos y otros, y quedaron hechas las paces. Entonces nos dijeron **Pijate** (pasad adelante). Como en la casa de aquel brujo o capitán

no había chicha, nos dijeron que pasásemos a otra más adelante, donde había comida y bebida en abundancia. Pasamos allí, y estuvimos todo aquel día descansando, comiendo y bebiendo a satisfacción de todos. Hubo mucha alegría, pero sin que nadie se hubiese proposado hasta perder la razón. Aquel hombre bravo (o brujo) que se portó en el principio con tanta fiereza, hizo desde aquel momento el papel de bufón, y no sabía cómo servirnos y divertirnos; ya haciendo música; ora bailando, ora inventando otras mil monadas; se ofreció a acompañarnos hasta Chanchamayo; y en efecto, se reunió con nosotros hasta medio día, y después se regresó.

Querer referir los razonamientos de esa clase de enencuentros, sería larguísimo y quizás hasta ridículo, porque el primer saludo consiste en una fiera mirada que se cambian las dos partes. Luego zumban con las narices en señal de cólera **¡jú!** Después, volviendo las espaldas, se mantienen largo rato (como tres minutos) sin pronunciar una palabra. Luego comienza el más valiente que ha salido al encuentro, y dice soto voce: "¿Quiénes sois vosotros? ¿de dónde venís?; ¿por qué habéis venido a esta tierra?; ¿traéis alguna enfermedad? (Al decir esto vuelven la cara y escupen). Sin duda vosotros traéis cacatarro o sarampión. (Vuelven la cara y escupen con más fuerza.")

Los visitantes responden (por medio de su principal o delegado) "No, señor, nosotros no traemos ninguna enfermedad; venimos de Chanchamayo; hemos bajado por el Pachitea, y hemos subido por el Ucayali. Ahora queremos regresar a nuestra tierra, que es Chanchamayo y Cerro de la Sal, y como este camino es el más corto para ir allá, por esto hemos venido a visitaros. No tengáis miedo, somos gente buena y amigos vuestros; no os haremos ningún mal; mas bien os regalaremos algunas cosas, y os traemos también remedios; y cuando vengáis a San

Luis en Shuariqui, os recibiremos muy bien, como amigos nuestros."

Entonces responde el primer interlocutor con una voz socarrona **¡hú!** (como quien dice aquí me la pegas). Vuelve a quedarse otro rato en silencio haciendo vibrar de vez en cuando las flechas, y comienza el más atrevido a sacar los trapitos al sol de aquel con quien habla, descendiendo hasta las niñerías más insignificantes. — Tú eres el que te llevaste mi mujer: ¿dónde está mi mujer?; (un gesto amenazador)—Yo no he robado tu mujer; ella ha venido a mi casa, y allí está porque ella quiere. ¿Acaso necesito yo de tu mujer ¿por ventura no tengo otra?" Ahora la conversación se va haciendo más animada y horrorosa; todos comienzan a hablar y subiendo cada vez más el tono de la voz y las amenazas. No sé como pueden entenderse, porque sucede por momentos que son diez por la otra, que están hablando todos veinte juntos, gritando quien más puede; y esto dura, como hemos dicho, poco más o menos, como media hora: pero el principal o plenipotenciario tiene que batirse con cada uno particularmente, y solamente así, después que ha triunfado de todos y cada uno, es cuando se dice: "Está bueno, pasad adelante." Esta gloria se la llevó el chuncho comisionado de Venancio o Fiscarrald, llamado Espíritu. Este era un muchacho grueso y bien fornido, de unos 25 años. Tenía un buen rifle Winchester, con bastante munición y machetes nuevos. Cuando su contendiente le decía que tenía buenos puños para trompearlo, él le señalaba sus pies y le decía que con un puntapié lo podía votar a la otra loma del Pajonal que estaba enfrente. Estas son las formalidades de estos parlamentos o recibimientos oficiales entre los chunchos del Pajonal y otras muchas tribus y quebradas de la montaña, según hemos podido observar en este y otros muchos viajes que hemos hecho por aquellas tierras.

NOTA.—Considerando el carácter feroz de los campas del Gran Pajonal, y que no hay corazón, aunque sea de fiera, que no se rinda a la fuerza de la música, juzgué por muy conveniente componer algunos cánticos en el idioma de dichos indios, y enseñarlos a los muchachos que me acompañaban, para que cantándolos en la casa en que nos hospedásemos nos tuviesen por amigos y nos diesen de comer. Además, me propuse por este medio, predicarles o darles alguna idea de los principales misterios de nuestra santa Religión, sin que se ofendiesen ni cansasen, como en efecto ha sucedido. De modo que en todas las casas en que llegamos, después de haber comido o descansado, luego nos decían: **Paire, pimanzate, Ariovi Ariovi!!!**; que quiere decir: "Padre cántenos aquella canción que concluye diciendo: **Ariovi, Ariovi!!!**" Entonces yo les decía: "Está bueno, pero me tenéis que dar yuca para comer, y también chicha." **Ariotaqui; canniri pimbenaro; — ¿timatsi piarintsi? pamaqui apata vi.** Ellos repetían: Está muy bien. Entonces yo encendía una vela, y acompañado del R. P. Juan Aguirre, les cantaba los siguientes versos.

CORO

Maroñi Atshiri tsinchi, cametsari
Pinquima purutaqueri ñiroca pantahuayvi,
Irumba ayatero pucharini p'asangániqui,
Anpachaniataquero picomostetaqut vi.

¡Ariovi, ariovi, ariovi!!!

Estrofa 1a.

Pipirintero Campa, pachi ocqui inguiti,

Pamerini impuquioro, cashti, pauá vi;
Irori ancántiri pamari aniqui
Pachni enoqui, Dios ítsimi vi.

Coro: "Maroñi, etc.

Estrofa 2a.

Pana Dios vitscaquero enoqui quipatsiqui,
Iña ochempi yantaquero vi,
Chima tsmiri tomirisqui cacunari,
Ancantiro: "Aparoni Dios it sini vi"

Coro: "Maroñi, etc.

Estrofa 3a.

Pana Dios itomi nocoandaquiteri
Naquiniri Crustiqui icamaqui vi.
Iriro, camari, angero ingacuna,
Natsmiantsi natchunqueri Jesucristo vi,

Coro: "Maroñi, etc

Estrofa 4a.

Atshiri cametsa, pivija pinintiro
Paguétiri amaquiri piyuterivi,
Ario tsinchi, picomoshi timpi,
Picamaqui enoqui pijate vi.

Coro: "Maroñi, etc.

Los mismos versos en castellano

CORO

Todos los Campas valientes y buenos,
Escuchen atentos aquesta canción,
Que llenará de dulzura sus almas
Y aumentará su salud y valor.

Así es, así es, así es!!!

Estrofa 1a.

Levanta, oh Campa, tus ojos al cielo,
Ve las estrellas, la luna y el sol;
Ellos publican con lenguas de fuego,
Que allí, más arriba, está nuestro Dios.

Coro. "Todos, etc.

Estrofa 2a.

Dios ha creado los cielos y tierra,
Los ríos y montes obras suyas son:
Los peces y aves y bestias del campo
A una nos dicen: "Hay un solo Dios".

Coro. "Todos, etc.

Estrofa 3a.

El Hijo de Dios nos ha visitado,
Nos ha redimido muriendo en la Cruz,
Por esto los hombres, diablos y ángeles,
Adoran y sirven a Cristo Jesús.

Coro. "Todos, etc.

Estrofa 4a.

¡Oh Campa valiente! Si quieres salvarte,
Bautízate pronto y aprende a rezar,
Así gozarás de salud y de vida,
Y cuando te mueras al cielo te irás.

Coro: "Todos, etc.

Advierto que aunque la música es de un aire europeo y especialmente español, sin embargo le gustaba mucho a los salvajes, tanto a los hombres como a las mujeres y niños; hasta el extremo que a veces los padres me traían a sus hijos, me rogaban que les soplase a las orejas, a fin de que pudiesen aprender a hablar y cantar como nosotros. Yo les decía que me soplasen también a mí, para poder hablar el campa como ellos lo hacían: y así proseguía la música, y el buen humor, entre todos.

El canto y música de los chunchos es muy triste y monótono, aún en sus mayores fiestas o jaranas, según lo que he podido copiar, y que se halla en la lámina adjunta.

Las mujeres cantan casi del mismo modo, pero una octava más alto, y a parte de los hombres, formando otro coro.

Día 9 de Marzo

Como éramos tantos en esta casa del masato, (seríamos como 60), en un día y una noche se vació toda la canoa o batea de chicha; y al día siguiente, que fué el de hoy, no habiendo allí nada que hacer, nos pusimos otra vez en marcha continuando nuestro viaje. Eran las

7 de la mañana cuando salimos de la casa de Pengachari, y a las 9 entramos de lleno a la región del Gran Pajonal. Aquí se divisa una gran llanura o plataforma de unas tres leguas de diámetro, rodeada por todas partes de una cadena de cerros elevados con cierta uniformidad como los bordes de un plato o gran cazuela. El terreno del Pajonal tiene en su generalidad 1500 metros de elevación, y el de sus bordes, o murallas tienen 2000, sea por la parte del Ucayali, sea por la del Pachitea o por el Tambo y Chanchamayo. Pues, por doquiera que uno dirija la vista, se distingue la misma muralla o barrera, que separa aquellas regiones bellísimas de lo restante de la montaña. Esta tierra no es del todo llana como sucede en la costa o valle de Jauja, sino que son colinas aplastadas de un desnivel muy disimulado que no pasa de un dos por ciento, con hoyos llenos de vejetación, muy semejantes a las huertas de la costa o campiña de España. El pasto que más abunda en toda esta región es el maicillo o gramalote, el heno, la cortadera y el quillo; en una palabra, es idéntico al Pajonal de Metraro y otros pequeños que hay en Chanchamayo y Cerro de la Sal. Lo que más escasea es el agua, pero ésta podría conseguirse por medio de pozos artificiales.

En el Pajonal hay muchas casitas reunidas en grupos, pero las más de ellas están vacías y otras quemadas; hay también muchos caminos en todas direcciones; lo que denota que transita por allí mucha gente, por más que nosotros no hayamos visto casi a nadie. A las 10 del día nos detuvimos para descansar junto a una de esas casas abandonadas, y después de unos 20 minutos aparecieron también dos chunchos armados, a pedirnos cuenta de nuestro paso por aquella tierra.

Hizo las mismas ceremonias y bravatas que ya referimos en otra parte; pero al ver tanta gente y tantos rifles tendidos en el suelo, él mismo bajó el tono y se que-

dó en silencio como espantado, dejándonos pasar sin pedirnos pasaporte.

Proseguimos nuestra marcha por aquellas vegas encantadoras, no pudiendo comprender cómo se halla tan desierta una tierra que se presta para todas las producciones europeas, especialmente el trigo y la parra, además de los pastos abundantísimos para más de treinta mil reses. Yo miraba por todas partes a ver si podía distinguir algún rastro de nuestros pueblos o misiones que tuvimos allí en el siglo pasado; pero fueron inútiles mis observaciones, porque si no se hace un edificio de calicanto, no queda vestigio de casa ni de capilla después de 6 o 7 años, pues en este espacio de tiempo los palos se pudren y se reducen a polvo, y la yerba crece convirtiéndose en monte, y lo que fué pueblo o caserío no se diferencia de lo restante de la montaña; pero lo que más me sorprende es no encontrar ningún indicio de religión o cristianismo en toda esta vasta región. No hay cruz, no hay ceremonias religiosas, no existen palabras que indiquen alguna reminiscencia de la instrucción o civilización europea; lo cual demuestra, o que los padres misioneros estuvieron poquísimo tiempo trabajando en el Pajonal, o que sus actuales moradores y sus abuelos jamás los conocieron, sino que son inmigrantes de otras tierras y quebradas.

Toda esta región es muy ventilada, por lo que me parece debe ser muy saludable; la temperatura es muy semejante a la de Huánuco o la de lo costa; de noche hace bastante frío, y por lo mismo es indispensable o hacer mucho fuego o estar bien abrigado, de lo contrario no se puede tomar el sueño. También vimos de lejos otro caserío en que había alguna gente, los llamamos para que viniesen, pero inútilmente, pues más bien se retiraron y escondieron. Así sucedía casi diariamente, que haciendo

tiros para cazar, al oir el ruido se escapaban dejándonos la casa, comida y bebida a nuestra disposición.

Continuando nuestra marcha hacia el Occidente, llegamos a las dos de la tarde al fin del Pajonal, que es el río Aporoquiali, que desemboca en el Pichis, cuyo brazo izquierdo o Sur se llama aquí Pairini. Por todo lo que he visto, estoy enteramente convencido de que la entrada más fácil y económica para introducirse al Pajonal, es el cauce del río Aporoquiali entrando por el Pichis. Se baja desde el Puerto Bermúdez en canoa, en un sólo día; luego se surca el Aporoquiali, dos días; y llegando al lugar donde se junta el Pairini con el Aporoquiali, se deja éste y se comienza a ir por tierra por la margen izquierda del río Pairini; y a la hora de ascender, ya se halla uno en la región del Pajonal propiamente dicho, sin tener que pasar más ríos ni puentes.

Pero si se quiere penetrar a aquella tierra por otra parte que la que dejo referida, tiene tan horribles dificultades puestas por la misma naturaleza, que ni el tiempo ni el capital más fuerte podrán jamás superarlas. ¡Qué quebradas tan profundas! ¡Qué peñas y lodazales! ¡Cuántos ríos y aguaditas no hay que pasar! Todo lo cual se evita entrando por el río Aporoquiali.—La cuestión del Pajonal es de suma importancia por razón de la carne.—Tanto en el Ucayali como en Chanchamayo, se necesitará cada día más carne y si no se establece una buena ganadería en el Pajonal, es imposible atender convenientemente a esta gran necesidad. Actualmente se vende en Iquitos una res ordinaria por 100 soles de plata, y aún así no se encuentra carne. En todo el Ucayali casi sucede lo mismo y como aumenta tanto la población, cada día irá de mal en peor, si no se atiende oportunafente a esa necesidad. Otro tanto debe decirse de toda la montaña de Chanchamayo, San Luis de Shuaro y Perené; pues la experiencia demuestra que es muy difícil

y costoso tener que traer todo el ganado de la Sierra, además de lo mucho que se enflaquece por el camino. La pequeña colonia ambina que reside en la confluencia del Pichis y Palcazu, se ha propuesto negociar por este ramo; ha mandado ya algunas remesas de ganado vacuno comprado en Panao y Chaglla y otros lugares de la sierra; pero como los caminos y la distancia son tan desfavorables a este negocio, me perece que ha sido muy poca o ninguna la ganancia; pues, parte de las reses, se han desbarrancado, algunas se han muerto de hambre, y el resto han llegado al Ucayali en un estado bastante miserable. Una vez que esos animales llegan a su destino necesitan todavía aclimatarse, y en esto se pasa una gran temporada en que nada mejora dicho ganado, sino que se queda en el mismo o peor estado en que llegó; lo cual no sucede con el ganado que nace y crece en la misma Montaña, como pude observarlo esta vez, en varios puntos del Ucuyali, especialmente en Masisea.

Todo lo dicho puede servir para que si algún capitalista o compañía quiere negociar en este ramo, sepa a qué puede y debe atenerse. La entrada al Pajonal, por el Alto Ucayali, es difícil; por Chanchamayo y el Perené es imposible; pero por el Pichis y Aporoquiali es muy fácil, y puede rendir grandes emolumentos con el tiempo. Ya lo veo que costará mucho trabajo introducir el ganado por primera vez en aquella región, pero una vez introducido allí, cuidado y aclimatado en el mismo lugar, será sumamente fácil trasladarlo al Pachitea y Ucayali o al mismo Perené y Chanchamayo.

Los chunchos del Pajonal y regiones inmediatas son relativamente pocos en número, y lo que es peor no tienen cabeza, ni quieren tenerla; de lo cual resulta que cada chuncho vale por uno o un poco menos por falta de unión y autoridad, de la cual nace la fuerza. Así es que una vez colonizado el Pajonal, y teniendo allí una

fuerza de 10 hombres (soldados), no hay ningún temor por parte de los chunchos, sobre todo si de vez en cuando se les obsequia alguna cosa.

Antíguamente era el Pajonal el paso obligado para todas las tribus del Tambo y Alto Ucayali, para proveerse de sal; pero como hoy reciben o compran este artículo de los vapores, les resulta mucho más barata, y cada día disminuye más la afluencia de gente por el gran Pajonal, y sus caminos o entradas se van cerrando y desapareciendo, de modo que sin un guía natural de aquellas inmediaciones es imposible penetrar por esa región. Los pocos que viven en el mismo Pajonal están enteramente escasos de sal y casi van perdiendo su uso por la grandísima dificultad e inconvenientes que tienen al traerla de Chanchamayo, especialmente después que se ha colonizado San Luis de Shuaro y Perené. Hoy vienen con nosotros una gran carabana de chunchos (campas), para regresarse con una piedra de sal; pero nos horrozizamos al pensar que esos infelices hombres han de volverse por esos cerros y barrancos infernales conduciendo 3 @ de peso sobre sus desnudas espaldas por espacio de 20 a 30 días, ¡Pobrecitos! ¡Quién fuera capaz de mejorarles su suerte! Tanto los hombres como las mujeres caminan casi desnudos; no por falta de algodón sino por mala costumbre, descuido y pereza.

Día 10 de Marzo

Ayer por la tarde después de haber pasado el río Parini, fuimos a dormir sobre la cumbre de un cerro más elevado que el mismo Pajonal, donde había un chuncho llamado Rocas o Lucas, que tenía mucha yuca y masato. Así es, que el trabajo de subir la cuesta fué bien recompensado. Este chuncho nos dijo que en Chanchamayo estaban peleando los campas con los blancos y que había

aparecido otra vez el **Amachegua,** bajando del Cielo, para ayudarlos en los combates. Yo les hice ver mi Santo Cristo, y les dije que no había otro Amachegua o bajado del Cielo que Jesucristo, hijo de Dios y muerto en una cruz por la salvación de los hombres; que se dejasen de cuentos y mentiras y que siguiesen sus trabajos y vida tranquila: que este Amachegua que los provoca a pelear en el Pangoa y Chanchamayo, es algún pícaro que quiere explotarlos.

Después de haber almorzado en casa de Lucas, salimos para bajar otra vez la misma cuesta por el lado occidental y vadear el otro brazo del río Pairini llamado propiamente Aporoquiali. El agua nos llegó a la cintura: la anchura es de unos 40 metros y la corriente no pasa de tres millas por hora en este punto. El cauce del río es arena y cascajo muy uniforme; me parece bastante navegable; lo mismo que el Pichis y Palcazu.

Pasado el río subimos a otra casita que había en la falda de un cerro que estaba al Noroeste; en cuyo lugar dormimos. El cauce del río Pairini, lo mismo que el del Aporoquiali fué señalado por 1000 metros, y la casa de Lucas por 1700. Esta otra casa o chacra tiene unos 1300 metros.

Estas alturas le parecerán a alguno insignificantes, pero como hay que subirlas de una manera casi vertical, se hacen pesadísimas; y para caminar un kilómetro, el menor tiempo que se emplea es una hora, descansando muchísimas veces para tomar aliento. En esta casa como en la anterior hay bastante maiz seco: hemos comprado una cantidad regular para hacer cancha y máchica. Este recurso es muy útil para expediciones de esta clase. Hoy hemos caminado 1000 metros solamente; el resto del día hemos descansado.

Día 11 de Marzo

A las 7 de la mañana salimos de esta casa y seguimos nuestra excursión con rumbo Noroeste, teniendo que superar varias escalinatas compuestas de piedra y raíces y de no poco riesgo de precipitarse, si uno se descuida en agarrarse con pies y manos. Así fuimos caminando hasta las nueve, que llegamos a la casa de un chuncho que nos guiaba, y nos preguntó si queríamos comprarle un gallo y una gallina, que nos los daría por el valor de dos soles plata. Aunque no valía la pena, sin embargo, se los dimos con mucho gusto, y comimos carne en este almuerzo y en la noche. Después de dos horas de descanso continuamos nuestra jarnada, y a las 12 comenzó un aguacero tenaz, que no quiso escampar ni pasar hasta las 3 de la tarde. Estábamos tiritando de frío sin tener un hilo seco encima, cuando nuestro guía nos dijo: "Adelante, yá está cerca la casa." Obedecimos la voz del salvaje, y después de caminar cerca de uua hora, llegamos a casa del Curaca José, en Inguiribeni.

Le doy a este hombre el nombre de Curaca, porque lo veo mucho más ilustrado y pícaro que los demás chunchos que hemos encontrado hasta hoy. Lleva el cabello cortado como los frailes: es de estatura regular y buenas facciones; tiene cuatro casas juntas con muchísimas ollas, tambores, cuernos, machetes finos y hasta varias escopetas. Así que llegamos, se escondieron, como es de costumbre, en el monte; y después de estarnos espiando como una hora, salieron con orden y sin gritería, presentándose serios delante de nosotros, tanto José como su escolta, todos con escopetas.

En esto conocí que este hombre tenía algún influjo sobre los demás, tanto por su política como por el buen modo de atraerlos; y procuré hacerme muy amigo de él, para sacar yo también de sus mañas toda la utilidad posible. Le regalé pólvora, municiones, fulminantes y otras curiosidades, y le dije que si nos acompañaba hasta

Chanchamayo o San Luis de Shuaro, les regalaría cuchillos, pañuelos y otras cosas. El se ofreció de muy buen agrado y nos sirve de cicerone en todos los casos y caminos, explicándonos y enseñándonos los cerros y quebradas y hasta los huesos y calaveras de los que ellos han muerto en los combates.

Todo lo que traíamos nos lo pedía, incluso el Breviario y nuestro santo hábito de religioso; y viendo que yo tenía otro padre compañero, me dijo que se lo dejase allí, para formar una capilla como en San Luis de Shuaro. Yo les dije que si se portaban bien y venía mucha gente, podría ser que más tarde hiciésemos allí un pueblo. Parece que le gustó mi incierto ofrecimiento, y prosigue muy contento en nuestra compañía. Este hombre conoce muy bien a la gente y costumbres de Chanchamayo, y por esto, pretende darse tono e imitar las mañas de los civilizados. Si este hombre supiera leer y escribir podría ser tan fatal como Santos Atahualpa; es preciso pues mejorarlo, utilizarlo o exterminarlo, dado el caso de que así conviniese a la civilización y bien general de la sociedad.

Como José tiene un lujoso gallinero, no le ha costado mucho vendernos dos gallos; con esto hemos tomado también un poco de caldo y valor para proseguir nuestra jornada. Parece que la casa de José sirve de escala y establecimiento para abastecer de sal y herramientas a los pobres indios de todo el Pajonal; de otro modo no se explica cómo haya podido reunir en su casa tantas cosas como tiene, no solamente de chunchos sino también de blancos.

Como llegamos a esta casa a las 4 de la tarde, y salió un poco el sol, lo primero que hicimos fué tender toda la ropa, y mudarnos los que teníamos con qué; los demás se arreglaron como pudieron, desnudándose y cubriéndose con una frazada formando una especie de carnaval.

¡Y qué hacer! En estos viajes suceden casos que están fuera de toda ley y costumbre; de consiguiente tiene uno que caminar y vestirse de un modo especial que no se encuentra en ningún libro.

Día 12 de Marzo

Descanso en la casa del Curaca José.

Día 13 de Marzo

Pero sigamos nuestro camino. Ya son las 7 de la mañana y todavía no sabemos si saldremos o nos quedamos aquí; porque en todos nuestros viajes no somos nosotros los que ordenamos las jornadas sino nuestros guías, y las circunstancias. De manera que desde que raya la aurora hasta que se pone el Sol, escuchamos con una santa indiferencia la voz de nuestro guía: lo mismo que hacían los magos con la estrella. Así es que cuando él dice: **Athe vi!,** vamos todos y nos ponemos en marcha, aunque sea sin tomar desayuno, dejando las yucas asándose en la candela para que se las coman los monos, como lo hemos hecho varias veces. Cuando dice **Athe oriarhi,** (descanso), entonces todos echamos las mochilas al suelo y descansamos. Muchas veces nos ha sucedido que estando cambiándonos la ropa para descansar y dormir y estar encendida la candela para cocinar, al decirnos el guía **pasemos adelante,** nos hemos vuelto a poner los pantalones mojados y hemos alargado la jornada una legua más. Esto parece muy chocante, pero en las presentes circunstancias es una forma de ritual indispensable esta sumisión al que nos guía por una tierra desconocida, cuando no nos consta por otra parte, que procede de mala fé con nosotros.

Este hombre se llama Mariño el cual con su hijo y con su yerno nos acompaña desde el Ucayali como hemos dicho en otra parte. Así pues, hoy, estando contemplando un panorama el más sublime y encantador, oí una voz que nos dijo: **vamos ya;** arreglé de prisa las cargas, me puse la mía a la espalda; los demás hacen lo mismo, y todos nos pusimos en marcha con rumbo al Sudoeste. Ayer nos desviamos un poco de la constelación que teníamos encima, desde Chicotsa, yéndonos un poco al Norte, y hoy tenemos que corregir este error declinando un poco al Sur. Esta digresión fué necesaria por causa del curso del río Aporoquiali. Hemos caminado todo el día por la cumbre de una lomada muy hermosa cuya altura ha variado muy poco entre 1700 metros. Hemos dormido en la misma cumbre, en un lugar llamado Capiromachi, por haber allí mucho capiro, o caña brava. Hemos recorrido 14300 metros, encontrando algunas aguaditas insignificantes durante la tarde.

Día 14 de Marzo

Luego que ha amanecido nos hemos puesto en marcha, caminando una hora por la misma cumbre y rumbo que ayer, y luego bajamos rápidamente al fondo de un río llamado Queperiati, afluente del Masaratequi, que, con el río Azupizú, forman el Pichis. Volvimos a subir inmediatamente, tragando escalones y más escalones, hasta volver al nivel de donde habíamos bajado, esto, en la altura de 1800 metros, teniendo el vado del río 1400.

Así es que por espacio de dos horas tuvimos que hacer los mismos juegos y movimientos que los monos, llegando algunos a decir que para caminar por estos montes es necesario tener rabo. Verdad que hay muchos casos en que no bastan manos y pies y por esto nos caemos como sapos. Llegados a la cumbre seguimos nuestro rum-

bo por espacio de 4 horas, durante las cuales no nos dejó un momento el aguacero.

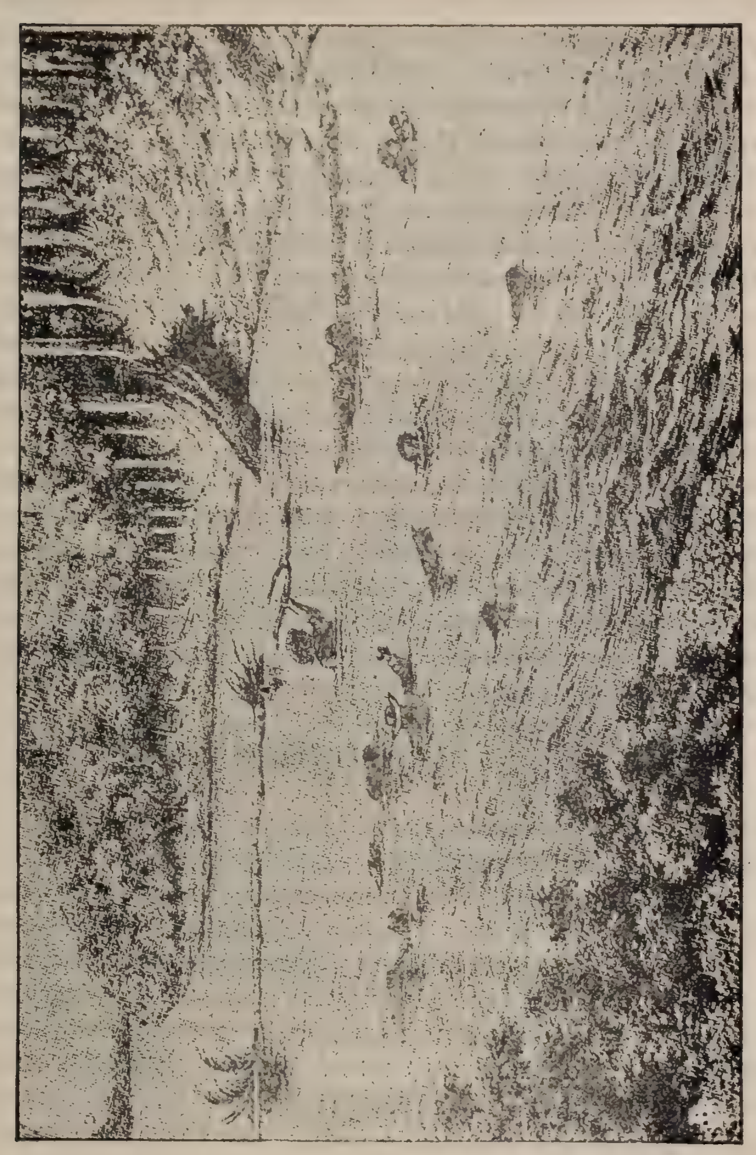
A las cuatro de la tarde salió el sol, y nos paramos al momento para formar choza y secar nuestra ropa. Durante la noche volvió a llover. Hoy hemos recorrido 5760 metros con rumbo al Sudoeste.

Día 15 de Marzo

El día de hoy ha amanecido muy triste y lluvioso, pero es preciso andar para encontrar casa y chacra, y por consiguiente comestibles. Así pues, a las 7 a. m., ya estábamos otra vez con machete en mano, abriendo paso por entre las ramas llenas de agua. No hacía falta el aguacero; pero Dios nos lo dió muy abundante a las 2 de la tarde, hora en que llegamos a otra casa grande del Nasaratequi, cuyos habitantes se escaparon al momento por temor del catarro, dejándonos la casa, comida y masato, a nuestra disposición, incluso un hermoso paujil. Nuestro buen compañero y Curaca José, haciéndose intérprete de la humanidad, hizo un tiro a dicho animal y lo mató, diciendo que lo tenía comprado. Así es que hoy también hemos tenido caldo. Hoy hemos caminado 5900 metros en el trascurso de 5 horas. Altura de esta casa 1600 metros y la de la cumbre 1800 en general. El terreno muy desigual; la vegetación muy raquítica y llena de musgo.

Día 16 de marzo

A las 12 del día salimos de la casa arriba indicada, y bajamos hasta el fondo de la quebrada o río Nasaratequi, con la misma rapidez y escalinatas que en los días anteriores. La manera como está formado el río Nasaratequi en este lugar merecía tomar una plancha fotográ-



Naufragio

fica, pero el mal tiempo y apuro de los cargueros no nos permitió este placer. Todo el armazón de estos cerros es piedra arenisca, con fajas paralelas y horizontales de una altura exagerada de más de 100 metros, con cascadas de agua que se evaporan antes de llegar al fondo, como se ve también en el camino de Chanchamayo, cerca de Pan de Azúcar. Los derrumbes de la tierra de encima, al caer, han formado unos grandes conos, por los cuales únicamente se puede bajar al fondo de dicha quebrada. Estos mismos fenómenos se observan en el río Pairini o Aporoquiali en la salida del Gran Pajonal. Pasamos dicho río que tiene aquí grandes peñones y hace mucho ruido, aunque el agua relativamente es poca. Tiene el río en este punto 20 metros de ancho, y el agua da hasta la rodilla. Anduvimos como una cuadra por su cauce, y luego subimos hacia otra cumbre de 1600 metros, teniendo el cauce del río solamente 1220. Hoy hemos caminado 2830 metros, en el término de 4 horas, de las cuales 3 se han pasado bajo la frescura de un fortísimo aguacero. Con que esta noche hay que secar la ropa al fuego, lo mismo que la otra vez; de lo contrario se nos pudriría sobre el cuerpo.

Día 17 de Marzo

A las 7 a. m. salimos de nuestra pascana que tuvimos en medio de un yucal.

Hacía pocas horas que comenzábamos a andar, cuando empezó a llover suavemente, y fué arreciándose cada vez más, hasta dejarnos bien empapados, como en los días anteriores; con la diferencia, que hoy el aguacero ha comenzado más temprano y ha concluído más tarde; esto es, desde las 9 de la mañana hasta las 4 de la tarde.

Hoy hemos traspasado propiamente la barrera o se-

rranía que divide Chanchamayo y Perené de la región del Gran Pajonal. En la cumbre más elevada el aneroide nos ha señalado 2100 metros; en el vado del río Quimari, que desemboca en el Perené, 1400; y en la segunda cumbre, 1800 metros. Pasada ésta, descendimos a un gran yucal y casa de chunchos, donde hemos dormido. Hoy nos hemos caído muchísimas veces por ser la bajada de esta casa sumamente resbaladiza: hasta el hijo del dueño de la casa llamado Chauchi Quinzua, tiene el espinazo roto por haberse caído de espaldas. Aquí nos han vuelto a decir que los chunchos del Sotihiqui están peleando con los blancos de Chanchamayo y les han quemado varias casas.

Cuando pasemos por allí, veremos qué hay de cierto sobre esto. Se quejan algunos chunchos de que se les impide sacar sal y se les obliga a trabajar sin remuneración. Si esto fuera verdad, ¿quién tendrá la culpa de sus temidas invasiones? El Gobierno ha dispuesto que la sal de Chanchamayo o Cerro de la Sal, esté libre de impuestos, y que todos se aprovechen de ella. ¿Porqué, pues, los pobres chunchos, que tienen más derechos que los blancos, han de ser hostilizados, cuando vienen de una distancia de 20 días de penoso camino, a sacar un pedacito que les dura un año entero, y es el único condimento de sus comidas?......

Hoy hemos caminado 9700 metros, en el espacio de 9 horas. El camino es malo y el tiempo peor y el estado de nuestra salud nada bueno; pues algunos están con tercianas, otros con disentería y casi todos con llagas y heridas, especialmente el Padre Juan Aguirre, que tiene dos de mucha gravedad. Sin embargo ni los caminos ni los comestibles, ni los guías permiten que nos detengamos, porque, en las presentes circunstancias, detenernos sería el remate de nuestros males, y así hacemos esfuerzos heróicos para llevar a cabo nuestra exploración,

aunque sea caminando jornadas cortísimas; pues siempre nos vamos acercando a nuestro fin y lugar, donde se encuentran recursos y remedios.

Desde ese lugar, ya se descubre muy bien la cordillera de Andamarca, Comas y Junín; como también la región de Chanchamayo, Metraro y Perené.

Día 18 de Marzo

A las 7 de la mañana, hemos salido de Amapiari, (que así se llama el río que pasa por aquí y desemboca en el Perené entrando primro al Antes o Aotsqui). Luego hemos subido por una ladera de muy buen terreno y admirable vegetación, en cuya cumbre tuvimos 1500 metros. Inmediatamente hemos bajado a otra quebrada o río llamado Anaquiri, lleno de grandes peñones y muchas nueces (1300 metros). Después subimos a una lomada de una hermosísima vista llamada Apuriquinchic, y cuyo dueño se llama Miquiri (altura 1500 metros). Desde aquí estamos contemplando las grandezas de las montañas, desde las puntas más afiladas de la cordillera de Andamarca y Comas hasta las que rodean la pampa de Junín, con las caprichosas ondulaciones y quebradas sin número que hay en toda esta extensa región.

En esta casa hemos encontrado muchos huéspedes (son por lo menos en número de 20), y nosotros somos otros tantos: de manera que nos hemos reunido de improviso como 40 personas. Felizmente hay aquí comida y bebida en abundancia, por lo cual no nos apuramos en salir, a lo menos nuestros compañeros; pues esto, en su concepto, sería una gran locura.

En este día hemos caminado 4800 metros en el intervalo de 4 horas: hemos tenido buen tiempo y mejor camino que ayer. La vegetación es muy superior y más

limpia que la que hemos visto en todo el camino desde el Ucayali.

Día 19 de Mayo

Fiesta del señor San José, y descanso en Apurinquichic.

Día 20 de Marzo

Como el masato estaba maduro, deseaban mucho nuestros guías que yo les dijera que por cuanto estábamos muy cansados, nos quedaríamos siquiera otro día. Me alegaron el estado de las llagas del Padre Juan Aguirre, diciéndome: **Y podría caminar el Padre Juan?** ¡Tiene llagas tan grandes!..... Yo les respondí: "Si aquí hubieran remedios, con mucho gusto nos quedaríamos, pero aquí no tenemos este recurso, y por consiguiente más vale que caminemos adelante, aunque sea despacio; de esta manera llegaremos más pronto al lugar donde podemos hacer las curaciones; de lo contrario tendremos que perecer en el camino." Según esto se alistaron todos para ponerse en marcha; y a las 8 de la mañana salimos de Apurinquichic, con rumbo al Occidente, bajando una cuesta que tenía 100 por ciento de declive, hasta el fondo del río o quebrada llamada Aotsini o Antes, cuyo río desemboca en el Perené, más abajo de las cascadas. En este lugar tiene el río 40 metros de ancho y 80 centímetros de profundidad. Hay varias chacras por ambas orillas con yucas y plátanos.

Aquí tuve que presenciar uno de los espectáculos más tristes y dolorosos de toda la expedición, si no digo de mi vida. El Rvdo. Padre Fray Juan Aguirre sentía tales dolores al pasar el vado de dicho río, con el contacto del agua fría en sus llagas, que estando unos 20 pasos pa-

ra llegar adonde yo estaba sentado; se quedó echado o reclinado sobre una piedra grande, por haber perdido el sentido o el conocimiento. Lo llamé muchas veces para que viniera a descansar a mi lado, y entonces dejó la piedra y se metió en tierra, en la cual seguía llorando!.... Volví a llamarlo nuevamente, y llegando delante de mí, no podía dejar de llorar! Le dije: Siéntese, Padre, descanse un poco; ¿quiere tomar algún alimento?—No, Padre, me respondió, con dolor y ternura: no puedo sufrir el dolor de mis llagas: cuando me toca el agua me quedo sin sentido, no sé lo que hago! ¡Santo Dios!, ¡qué situación tan triste!

Entonces le dije:—"Querido Padre, en la carencia absoluta de medicinas, en que nos hallamos, lo único que podría mitigar sus dolores y mejorar un poco el estado terrible de sus llagas, sería la lengua de algún perro aplicada sobre la parte enferma; pero como ni este miserable alivio nos es dable en estas soledades, si me lo permite, estoy pronto a lamérselas. Quizás mi lengua no será tan buena como la del perro, pero es lo único que en las presentes circunstancias puedo ofrecerle." Pero el referido Padre, lleno de humildad y cristiana modestia, rehusó este pequeño alivio, y prefirió sufrir toda la acerbidad de sus dolores, como lo hace hasta hoy, deseando cuanto antes llegar a San Luis de Shuaro, para someterse a una verdadera curación.

Desde ese día procuramos cargarlo para pasar los ríos y aguaditas, que son muchísimas; pero él muchas veces rehusa este pequeño servicio, para no ser tan gravoso a los demás compañeros. ¡Oh Dios mío! cuántas virtudes es necesario aprender y practicar para llegar al término de una expedición por insignificante que parezca!

Estas llagas provienen particularmente de los malos humores, del calor y de la humedad; ¿y cómo corregir estas cosas en las montañas? Esto es un poco menos

que imposible. Cuando uno está fuera del teatro de los padecimientos forma muy buenos proyectos, toma muy buenas medidas, se provee de remedios y hace propósitos de privarse de tales y cuales cosas provocativas; pero una vez embarcados, es preciso vomitar: a algunos no les dá el mareo, a otros sólo por pocos días, y a otros por todo el viaje. ¡Qué hacer! Paciencia. Sea todo por amor de Dios, y bien de nuestros hermanos. Espero se me perdonará esta breve digresión.

El río Aostqui tiene aquí 1100 metros sobre el nivel del mar. Después de haberlo vadeado, seguimos faldeando el cerro que teníamos delante, hasta llegar a su cumbre (1400 metros). En seguida volvimos a bajar a otra quebrada llamada Shuari (1200 metros), para subir otra cuesta inmediatamente (1400 metros). Llegamos aquí, comenzamos otra vez a descender hasta el río Huachungari (1100 metros), desde el cual fuimos faldeando otro cerro, para bajar a la confluencia de los dos ríos Cuatsero y Mueyriani (1100 metros.)

Todos estos ríos exigirían puentes, para no tenerlos que vadear de una manera tan arriesgada y penosa como hacen los chunchos. Los ríos Aotsqui y Cuatsero necesitarían unos puentes de 50 metros de luz; y los otros dos o tres ríos, otros tantos de 25 metros de luz.

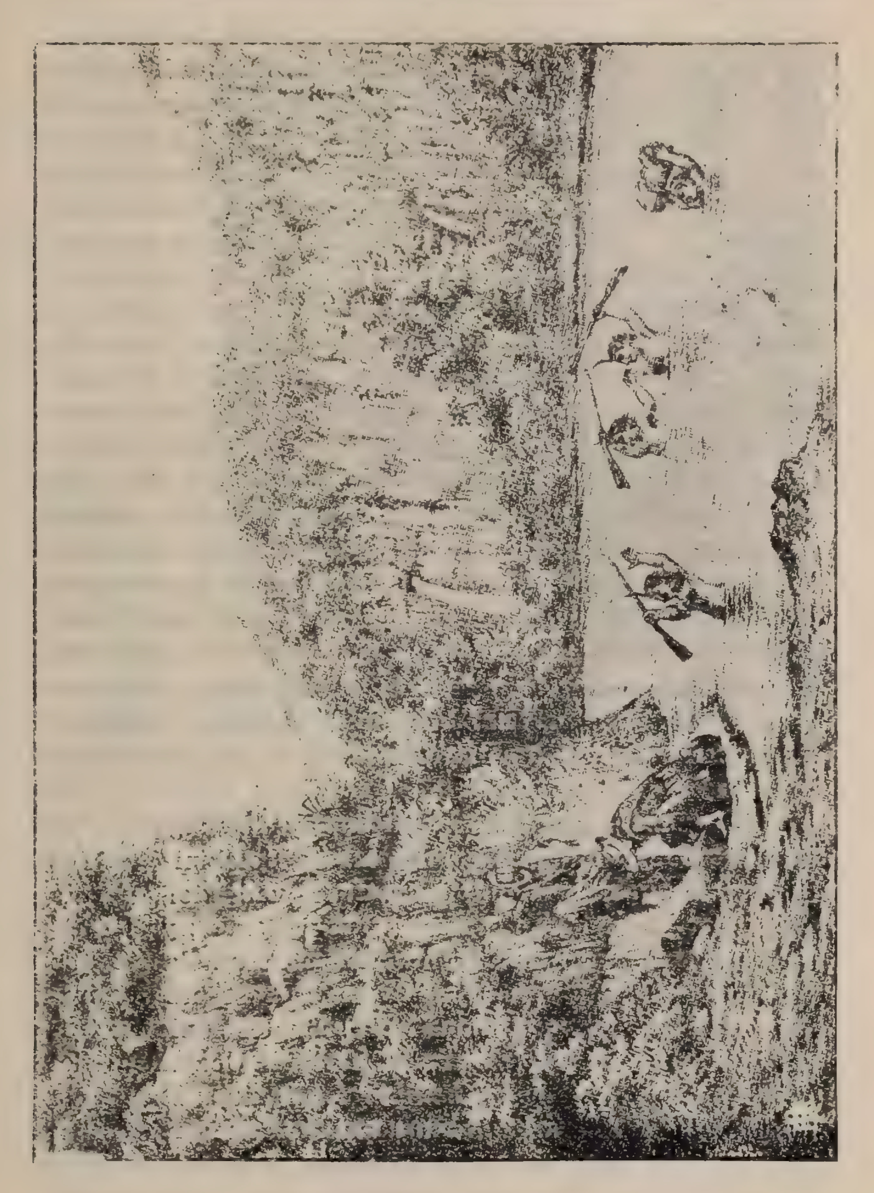
Una vez llegados a la confluencia de los dós últimos ríos dejamos el Cuatsero y fuimos siguiendo, aguas arriba, las aguas del Mueyriani por espacio de media hora; después de lo cual subimos a otro cerro bastante limpio, con un declive de un 80 por ciento y allí pasamos la noche (1400 metros). Hoy hemos recorrido 7100 metros en el espacio de 7 horas. El rumbo general ha sido al Oeste. El terreno de mejor calidad que en los días precedentes, pero demasiadamente accidentado.

Día 21 de Marzo

Desde que viajamos por esta región del Pajonal, hay que tener en cuenta que muchas veces pernoctamos en el monte, en el lugar donde acampamos, por falta de casas o chacras. De aquí resulta otra música muy bonita y es que no se encuentra agua; y por lo tanto hay que contentarse con una yuca asada o una mazorca de maíz, y ...... a dormir se ha dicho; y gracias que esto se encuentra, porque muchas veces nos hemos acostado y levantado sin tener ni aún este refugio. También hace más de 15 días que se nos concluyó la sal; así es que insensiblemente nos vamos despojando no solamente de la ropa, sino hasta de los sentidos; de manera que cuando lleguemos a Chanchamayo, vamos a recibir una fuerte impresión al comenzar de nuevo a comer, vestir y dormir como cristianos.

En este día pues, cuando apenas se podía distinguir el piso, comenzamos a caminar por una cumbre o lomada muy hermosa y bastante nivelada por espacio de 4000 metros. En seguida bajamos a un grupo de 5 casas de campas, que nos recibieron con mucha frialdad y desconfianza. Aquí se encontraba también refugiado López, de Metraro, y otros amuesas seducidos por el falso Dios o Amachegua que los llama al Pangoa y los provoca a pelear contra los blancos.

Este Dios o hermano de Dios, según dicen ellos, es un gran pillo, que se burla de lo sagrado y de lo profano, con el objeto de reunir gente para el trabajo del caucho en el río Manú, u otra parte: así se ha fingido Dios y amigo de los campas, llamando a sus compañeros con promesas y amenazas para que se reunan en un punto fijo y señalado, a fin de cojerlos más fácilmente. Una vez allí, reunidos para admirar y adorar una divinidad con bigotes o sin ellos, vienen Venancio y Romano con 50 ángeles de la guarda, todos con rifles Winchester, y se les dice a esos desgraciados campas fanáticos que se embarquen



Como pasábamos los ríos

en las canoas que están en el río grande preparadas, porque el Dios quiere ser visto en una quebrada que se halla más abajo. Entonces, una vez embarcados, se los lleva al Ucayali y de allí donde ellos quieran: a Iquitos o al río Manú, para que se conviertan en esclavos de todas maneras, y que no vuelvan jamás a ver su tierra. ¡Qué lástima!..... Todos estos y otros mil estragos ocasiona el negocio del caucho en el Ucayali.

Volvamos a nuestro asunto. Luego que llegamos a aquel grupo de casas, cuyo dueño presente se llama Miquiri, se escaparon apresuradamente, llevándose las gallinas y huacamayos, a fin de que no les pegáramos el catarro. Después de un intervalo aparecieron y nos suplicaron que tomásemos yuca y nos fuésemos pronto. Así lo hicieron los infieles; pero nosotros nos quedamos a cocinar y almorzar, mal que les pesase. Después del almuerzo bajamos hasta las cristalinas aguas del río Sotshini, en Pampa Hermosa, cuyo río tiene en este lugar unos 50 metros de profundidad. Era medio día, y siendo domingo, nos quedamos allí en la misma playa o cascajo hasta la hora del crepúsculo. El padre Juan Aguirre, Augusto Hilser y Tiburcio, se quedaron en casa de Miquiri todo el día.

Hoy hemos recorrido 5700 metros de magnífico terreno, exceptuando la bajada del río Sotshini que fué rapidísima y casi perpendicular. En el vado del referido río tuvimos 700 metros sobre el nivel del mar; y el rumvo siempre al Occidente, bajo la misma constelación que en Chicotsa. Es una cosa que nos causa bastante admiración ver como esos chunchos o sus abuelos supieron trazar un camino tan recto para ir desde el Ucayali al Cerro de la Sal, para proveerse de este artículo; siendo así que la distancia no baja de 30 leguas en línea recta.

Día 22 de Marzo

A las 9 de la mañana se reunieron con nosotros el Padre Juan Aguirre y demás compañeros: entonces comenzaron los guías a titubear por dónde seguirían el viaje, si por agua o por tierra. Como ellos vienen también por sal, les sería ventajoso subir con balsa para regresar en la misma, bien cargada, con menos trabajo. Pero el río Chanchamayo está todavía muy cargado y no se presta de ninguna manera para surcar balsas. Por esta razón al fin todos se han decidido en proseguir por tierra. En estas idas y venidas pasaron otras dos horas; con que a las 11 a. m., comenzaron a caminar en dirección al Occidente. Estos terrenos por donde andamos se llaman Pampa Hermosa y ciertamente merece este nombre: porque bajo todo aspecto son muy semejantes a los mejores del Ucayali. Hay capirona y probablemente también el caucho. La irrigan varios riachuelos que la cruzan en varias direcciones y el rastro de sachavaca, venado y sagino se encuentra con la misma frecuencia que en el Tambo y Pachitea. El río principal se llama Sotshini, y el otro, que anda serpenteando con mucha mansedumbre, se llama Sothaiñi. Estos ríos tuvimos que vadearlos muchas veces hasta acabar la Pampa; después de lo cual principiamos a subir un cerro o lomada, en cuya cumbre tuvimos 1500 metros de elevación. Aquí dormimos; habiendo andado en este día 5000 metros, con muy buen tiempo y buen terreno.

Día 23 de Marzo

Hoy también ha comenzado el día con muy buen aspecto, como si fuera perfecto verano, lo cual nos ha movido a madrugar. Así es que a las 6 de la mañana ya empezamos la marcha con dirección al Ubíriqui. El terreno por donde hemos pasado ha sido muy hermoso, con muchos nogales y omiro; el rumbo, casi uniforme, ha sido de

Oriente a Occidente. Cuando comenzamos a bajar encontramos en medio del camino, un cucharón de fierro, lo que nos indicó que ya nos acercábamos a tierra de civilizados. Proseguimos la bajada hasta el río Ubíriqui a donde llegamos, a las 10 del día. Aquí encontramos muchas casas y chacras bien provistas de yucas, plátanos y coca; tomamos un poco de cada cosa y nos pasamos adelante, hasta la confluencia con el río Perené (700 metros). Aquí nos quedamos lo restante del día, para pescar y descansar. En este día hemos recorrido la distancia de 9 kilómetros en el tiempo de 6 horas. El cauce del río Ubíriqui tiene aquí por lo menos 50 metros de ancho y en tiempo de creciente, puede tener hasta 1 metro 50 centímetros de profundidad, arrastrando peñas y palos enormes. Hemos vadeado dicho río con agua hasta la cintura, y hemos proseguido el camino por el cascajo hasta encontrar al Perené. En un remanso que formaba la confluencia de los dos ríos, había muchos lobos marinos, lo que dió motivo a que gastásemos unas 20 cápsulas de Winchester, siquiera por vía de recreación. Hoy hemos dormido sobre la arena y nos han fastidiado mucho los zancudos.

Día 24 de Marzo

El día ha comenzado con una espesa neblina; y nosotros, después de haber tomado unas cuantas carachamas, que pescaron ayer, nos pusimos en camino siguiendo la orilla derecha del río Perené. La distancia que media entre Ubíriqui y Yurinaqui es muy corta; esto es, de unos 5 o 6 kilómetros. Pero como el camino se había cerrado por falta de tráfico, nos costó muchísimo trabajo el hallar o formar la trocha por donde pasar. Así que después de andar como una hora por el canto del río Chanchamayo, comenzamos a subir una ladera feísima

hasta llegar al Pajonal de Spillo, cuya cumbre tiene 1500 metros sobre el nivel del mar. Después de haber descansado cerca de una hora en este tosco observatorio contemplando el Pajonal de Metraro y chacras de ingleses abandonadas por las hostilidades de los chunchos, seguimos la canción de siempre, bajando otra vez todo lo que habíamos subido, tragando telarañas y pisando hormigas y espinas cômo nunca en todo el viaje. A las pocas cuadras de haber pasado el Pajonal encontramos junto à un grande árbol un tapado de ollas, herramientas y cacerolas que estos chunchos han robado a los inglese, después de haberlos victimado. ¿Qué causa o motivo han tenido para cometer semejantes atrocidades? No lo se; mañana lo averiguaremos. La casa en que hemos parado para descansar es de un tal Amichu. Aquí también hay muchos restos y ripios de gente civilizada; como son cucharas, un puñal, hachas alemanas, dos mapas de Arequipa y Cerro de Pasco, etc. Todo lo cual indica que este salvaje podía administrar agua a Pilatos, si en algún tiempo quisiera éste lavarse las manos. Me refiero a las muertes y robos de los ingleses que estaban establecidos en Metraro o Yurinaqui. ¿A quién no se le erizarían los cabellos considerándose sólo en medio de esa gente bandida, por espacio de 40 días, sin más armas que la Santa Cruz que llevamos en el pecho? En cada instante levanto los ojos al Cielo y bendigo al Padre de las Misericordias que con tanta ternura nos acompaña, nos guía y proteje. Ni piense alguno que nosotros confiamos en los rifles escopetas, pues estas armas durante el viaje han estado y están en manos de los salvajes que nos acompañan: los cuales son tan buenos matadores que a su vista huyen y corren los lobos sanguinarios de Metraro, como lo vimos esta tarde. Tal es la buena opinión que gozan nuestros guías entre sus parientes y paisanos. Dios es grande, y cuanto más confiamos en su bondad, tanto más nos favo-

rece su misericordia. Esto es un hecho, y aún cuando no hubiese Sagrada Escritura, me basta a mí recordar este viaje. De Ubíriqui a Yurinaqui, hemos gastado 6 horas, recorriendo una distancia de 5 o 6 kilómetros. Buenos terrenos, buenos pastos y aguadas para maquinarias.

Día 25 de Marzo

Fiesta de la Anunciación de María, descanso en Yurinaqui

Desde que amaneció hasta las 10 de la mañana, ha llovido copiosamente; así es que nadie piensa en salir, sino más bien de dormir: yo me ocupo en estos días en formar estos apuntes de viaje.

Día 26 de Marzo

A las 7 a. m., salimos de la casa de Amichu en Yurinaqui; bajando al fondo de dicha quebrada (1000 metros). Pasamos el río con 80 centímetros de profundidad y 40 metros de ancho. Luego subimos a la cumbre del Pajonal de Metraro (1800 metros), y descansamos en la casa de Makenzie que se halla al fin de dicho Pajonal. Hoy hemos andado 8500 metros con buen camino, pero con malísimo tiempo; pues desde las 8 de la mañana, hasta las 5 de la tarde, nos ha llovido; soplando al mismo tiempo un aire tan frío, que nos trababa los pies y las manos. Una vez llegados a la pascana, encendimos una gran candelada, nos quitamos la ropa, la esprimimos y la fuímos secando al lado del fuego toda la tarde y parte de la noche. Hoy hemos andado muy poco, por causa del mal tiempo.

Día 27 de Marzo

A las 6 salimos de la casa de Makenzie; anduvimos

una hora por la loma de Metraro; entramos luego al segundo Pajonal de Santos Apinga, y proseguimos por el camino de la Peruvian hasta llegar al campamento de Paucartambo.

NOTA.—En este día, al pasar por la Hacienda de San Juan del Perené, tuvimos la triste noticia de la muerte o desaparición del Reverendo Padre José Romagüera.

El camino en general es mejor que el de Capelo, pero tiene bastantes trozos mucho peores, de más pendientes y de más barro arcilloso; especialmente la bajada de la Hacienda de San Juan del Perené es atroz por el barro y la gradiente que no bajará de un 15 por ciento. Tiene además muchas subidas y bajadas, no guardando casi nunca una gradiente uniforme. El señor Mayordomo nos recibió y atendió con mucha fineza. Es sumamente deleitable la perspectiva de tanta chacra y casitas tan bien hechas y tan limpias. Todos los colonos querían agasajarnos, pero nosotros nos apurábamos para llegar al campamento, en donde el señor Director Mr. Jolly nos recibió y trató con una finura y largueza que excede toda ponderación. Eran las 5 y 1|2 de la tarde y nos quedamos allí. En este día hemos hecho una jornada respetable de 23 kilómetros en el tiempo de 10 horas.

Día 28 de Marzo

Como en la casa del jefe de la Peruvian se habían reunido varios jóvenes ingleses para divertirse el día siguiente tirando al blanco, nos recrearon después de cenar con varias piezas muy bien ejecutadas a dos y tres voces. Esta broma tan simpática duró hasta las 11 de la noche, en cuya hora quedó aquella hermosa casa en tranquilo silencio, como las aguas bulliciosas de cristalina fuente al llegar al nivel de su marmóreo estanque. Yo

me entretuve toda la noche en contar las horas; y cuando el reloj señaló las 5 y 1|2, me levanté, monté en uno de los elegantes caballos que el señor se dignó ofrecerme, y me dirigí inmediatamente a San Luis para celebrar la santa misa y rendir mis alabanzas al Supremo Hacedor que durante el largo viaje de 5 meses nos ha colmado de tantos y tan admirables beneficios. ¡Sea todo para su mayor honra y gloria, y bien de la sociedad!

Luego que llegué a San Luis, me pidió el señor gobernador y demás vecinos que bendijese el estandarte destinado a la lancha del Pichis y obsequiado por el mismo pueblo.

Aquí concluye en rigor nuestro viaje; pero es necesario hacer algunos extractos o apéndices para facilitar el recuerdo de algunas materias más interesantes, según el gusto de los lectores lo pidiere.





APENDICE 1º

I

Sobre la conquista y colonización del Gran Pajonal

La conquista y colonización del Gran Pajonal y otras regiones de la montaña, puede ser muy útil y también muy fácil, si se llevan a cabo en el tiempo y modo debidos. Empero, dicha conquista por ahora no es necesaria, y no llegando el ferrocarril a Paucartambo, tampoco me parece posible. Cuando la locomotora haga oír su silvido en las inmediaciones del Cerro de la Sal, es llegado el tiempo de tomar pacífica posesión de dicho territorio, y de formar allí hermosísimas ganaderías y viñedos: no hay quien pueda impedirlo. Los chunchos son pocos, no tienen ni quieren tener cabeza, y carecen de armas de fuego. En todo el trayecto desde el Ucayali hasta Paucartambo, que no baja de 40 leguas, solamente hemos encontrado cuatro escopetas, algunas sin chimenea, y todas sin munición. De modo que si se reuniesen todos los chunchos (lo cual es moralmente imposible), no pueden hacer frente ni presentar combate contra 50 rifles de precisión. A los primeros tiros que den en su blanco, huirán, se escaparán, y se retirarán a lo más profundo de los bosques, dejando para siempre a los colonos en paz.

Cuando llegue el tiempo de tener que posesionarse y colonizar la región del Gran Pajonal, debe tenerse pre-

sente "que la mejor y más fácil entrada, es por el cauce del río Aporoquiali, afluente del río Pichis." El Nazaretequi, el Antes o Aotsqui y otras cualesquiera quebradas están llenas de grandísimas dificultades.

Dicho río Aporoquiali, como hemos dicho en otra parte, es navegable con canoas y balsas hasta muy cerca del mismo Pajonal. Según esto, puede uno ir embarcado hasta que las peñas se lo impidan; y cuando se llegue al punto que ni con dinamita, ni de otra manera, no se puede proseguir más por agua, entonces se comienza a abrir el camino por tierra por la parte de la mano izquierda; y en pocos kilómetros se llega a la dicha región del Pajonal. Conseguido esto, se puede meter allí cuantas reses se quiera para aclimatarlas, y luego sacar las que se necesiten para negociarlas, sea en el Ucayali o sea en el mismo Pichis y Perené según las circunstancias lo pidieren; pues para entonces ya se supone que existirá un buen camino, y no habrá ninguno de los inconvenientes que se encuentran hoy.

II

Sobre la conquista evangélica de las varias tribus de la montaña

Por lo que he visto durante este y otros viajes que he hecho entre los infieles de nuestras montañas, parece que todavía no ha llegado el tiempo de que entren por completo a la Iglesia de Dios. Muy grandes serán sus crímenes o los nuestros o muy profundos los juicios del Señor, cuando no se nota en todas estas gentes, tribus y naciones ninguna inclinación hacia el conocimiento del verdadero Dios.

Sin embargo, su Divina Majestad protesta que no

quiere la perdición del pecador, sino más bien que todos se conviertan y salven. Y para esto eligió a sus Apóstoles, y nos ha elegido también a nosotros los Misioneros, a fin de que los evangelicemos, los llamemos y los obliguemos a fuerza de beneficios y de la predicación para que salgan de sus errores y lleguen al conocimiento de la verdad y consigan la salvación de sus almas. ¿Qué haremos pues para cooperar a los designios amorosos del Señor, y sacar a tantos miles de hombres y mujeres del embrutecimiento y ceguedad en que viven? Un medio muy fácil se me ha ofrecido. Si se trata de la conversión y civilización de las tribus del Ucayali, no hay que preocuparse tanto del indio, cuanto del blanco o viracocha en cuya casa o servicio aquél se halla. Así es que el Padre misionero puede presentarse a cualquiera puesto o aglomeración de chunchos, que se encuentran de ordinario al lado de algún Patrón o cauchero, sea en Masisea, Cumaria, Mishahua u otra parte, y pedir a dicho Patrón si quiere que se edifique en aquel lugar una Capilla, para que los chunchos y demás peones aprendan a rezar.

Si dicho Patrón o cauchero responde que sí, entonces ya está todo arreglado y concluído: la conversión de aquel grupo de gentes ya ha echado raíces; es un hecho. Pero si el cauchero, el Patrón o la Autoridad dijere "que no quiere que se haga Capilla en aquel puesto", entonces el Padre misionero no tiene más que hacer, sino tomar su alforja e irse a otra parte o quebrada. Porque, de lo contrario, todos sus cuidados, todos sus sacrificios serían inútiles y aún perjudiciales a los mismos infieles. Pero si sucede, (como es de creer que sucederá y a mí mismo me ha sucedido esta vez) que el mismo Patrón pide al Padre misionero, que se coloque en su casa, y que haga una capilla para catequizar a sus infieles y peones, entonces, lo repito, la cosa marcha viento en popa, y puede el ministro de Dios empezar con confianza sus trabajos. Lo

primero que hará con gran prudencia, caridad y sagacidad, será convertir al mismo Patrón (el cual por lo común lo necesita más que todos sus salvajes). Conseguido esto, todo lo demás seguirá por su propio peso; porque como todo el grupo de salvajes y peones de quienes hablamos imita como monos y carneros, los movimientos, vicios y virtudes de su Patrón, viendo ahora que éste trata con respeto al Padre misionero, y escucha con modestia sus amonestaciones, y pone en práctica sus consejos, ellos harán lo mismo; y he aquí que con la mayor facilidad y suavidad se ha conseguido la formación de un pueblo y la conversión de muchas almas.

Ni piense alguno que estos grupos de chunchos son muy pocos y pequeños; al contrario, yo he visto que son muchos y muy grandes, especialmente hablándose de Cunibos y Shipivos que son las tribus más morigeradas del Ucayali. Solamente, en Cumaria, me dijo Franquini que tenía como mil peones; otros tienen más, como Fiscarrald, y otros tiene menos, como Aladino Vargas, Manuel Cota, etc.

Si se trata de la conversión de la gran tribu de los Campas y Amuesas, entonces conviene usar otro sistema. Como estos salvajes todavía no han sido explotados, engañados y subyugados por los caucheros, sino más o menos escandalizados por los blancos, se hace más difícil y arriesgada su conversión; y casi estoy por decir que no hay más medio que la **absorción** y la **ocasión.** Quiero decir que colonizándose sus tierras, se les rodea y se les absorbe, obligándolos casi por fuerza, siquiera por vergüenza, a que sigan las costumbres de la gente civilizada en medio de la cual se hallan. De modo que los domingos y días festivos oigan la misa y la plática, como todos los demás; y entre semana, asistan a la escuela o a la doctrina, como los demás niños del pueblo. Este es el medio más fácil y provechoso; el otro de ir a sus casas y

guaridas esparramadas para instruirlos, es trabajosísimo y de ningún provecho. Solamente in **articulo mortis**, puede y debe practicarse.

Si se trata de la conversión de los cachivos antropófagos, que viven en todas las quebradas de la banda izquierda del Pachitea o sea en la parte occidental del mismo río; como esta tribu ha tenido poco o ningún trato con los blancos, ni aún con otros salvajes, será preciso adoptar unos medios muy distintos de los primeros, y casi diré semejantes al modo como acostumbran domarse los elefantes. De modo que el Padre misionero no debe meterse entre ellos sino bien escoltado de soldados o gente con armas. Estos pueden y deben obligar a dichos antropófagos, en nombre de la humanidad, a que dejen sus feroces costumbres y vivan como gente racional; de lo contrario prenderlos y castigarlos (1). Mediante el terror y el castigo moderado, se verán obligados a recurrir a la piedad del Padre misionero; y éste entonces, podrá con gran caridad y prudencia ejercer su divino ministerio sobre aquellas infelices criaturas, haciendo veces de padre, de maestro, de médico, amigo y medianero ante Dios y ante los hombres. Este medio ciertamente político, es el que se usó en la primera conquista del Perú; y creo que no nos queda otro más eficaz para proseguir con pronto y feliz éxito la misma obra. Ni debe de servirnos de modelo ni obstáculo lo que pasa en la China y el Japón, que es convencer primero al entendimiento para que después se rinda la voluntad. En nuestros indios, tanto serranos como los de la montaña, hay que hacer todo lo contrario; esto es: hacer inclinar la voluntad, aunque sea a garrotazos, a fin de que tarde o temprano se ilustre y abra el entendimiento. Así se practicaba en tiempo del Virrey, y así se ha practicado hasta hoy en algunos

(1). Segunda edición manuscrita.

puntos del Ucayali; de modo que al indio que no asistía a la misa, o a la instrucción, por su culpa, no le quedaba más remedio que bajarse sus pantalones y recibir lecciones de otra clase. Lo mismo sucedía cuando cometía algún otro crimen de hurto, adulterio, borrachera, etc.; en todos estos casos el látigo desempeñaba un papel importante en número, peso y medida, según las edades, sexos y condiciones.

En fin, como en este año se van a meter muchos caucheros en el Pichis y Pachitea y quebradas laterales, tienen los ministros evangélicos un campo extenso y precioso, lleno de espinas, sí, pero de las cuales pueden recoger muchas flores, a lo menos de trabajos y merecimientos. A ellos les toca trabajar, sembrar y regar, y a Dios el dar el incremento. Valor, paciencia y constancia, es lo que se requiere para llevar a cabo las grandes obras. Una vez que el cauchero haya subyugado a punta de bala al feroz cachivo, es el tiempo oportuno de que éntre inmediatamente el Padre misionero para ofrecerle los servicios y consuelos de nuestra Santa Religión. No debemos desesperar: el cachivo es un hombre y un chuncho, como todos los demás: en este viaje se me ha presentado el Curaca Antonio (cachivo) pidiéndome el bautismo para su hijito y otros muchos de su tribu, y tanto su cara como sus modales no tienen nada de extraño; vi que era igual a los demás.

Mas para dar el debido impulso y consistencia a esta grande obra de la conversión y civilización de tantos infieles como hay en nuestras Montañas, es necesario la creación de un Vicariato apostólico. Pues necesitándose muchos brazos y muchos fondos para semejante empresa, no hay otro medio más aparente para conseguir ambas cosas, como la creación de dicho Vicariato. Porque un Vicario apostólico, revestido del carácter episcopal, puede proporcionarse sujetos de distintas regiones

y religiones, y rebuscarse recursos pecuniarios con mucha más facilidad y decencia que un simple fraile franciscano. No queremos decir que con semejante erección se deban perjudicar los derechos y preferencia de los Padres franciscanos, especialmente de Ocopa; sino que dando a escoger a éstos el campo que más les guste para sus trabajos evangélicos, puede el referido Vicario señalar el resto del terreno a los obreros de la viña del Señor. Esto lo dicta la caridad y la justicia.

III

Sobre el régimen político de la Montaña

Por lo mismo que las circunstancias de la Montaña son excepcionales con respecto al resto de la República, debe disponer el Supremo Gobierno cierta forma de régimen para aquellas regiones, que dejando intacta la soberanía del primer jefe del Estado, conceda a los Mandatarios amplia facultad para hacer y deshacer, como si estuviese presente el mismo Presidente. Así sucedía con los Reyes de España y los Virreyes que mandaban al Perú. De lo contrario si quieren seguirse las formas y trámites acostumbrados de Prefectos y Subprefectos, Comisarios y Gobernadores, se aumentarán y radicarán los males del mismo modo y peor que ha sucedido hasta hoy.

Sería quizá una buena medida el que residiese siempre en Iquitos un Vicepresidente o un Delegado del Supremo Gobierno, con amplia facultad de crear, poner y deponer Prefectos y Subprefectos, Comisarios y Gobernadores, según lo pidieren las circunstancias; como también de poder castigar con el último suplicio a los insignes malhechores, sin tener que ocurrir a la Capital; con la condición de rendir cuenta de su conducta ante el Supremo Gobierno, siquiera una vez al año.

Los pueblos de indios, recién formados, deberían ser regidos por la autoridad paternal de los Padres Misioneros, o por aquel hombre que ellos juzgasen y propusiesen como más aparente para desempeñar dicho cargo; hasta tanto que ellos mismos pidiesen al señor Prefecto el establecimiento o nombramiento de un Gobernador o Teniente Gobernador, como los demás pueblos civilizados.

Con estas y otras análogas medidas creo que puede marchar bien la política de la Montaña, especialmente en las regiones amazónicas; de otra suerte, me temo que el día menos pensado se declaren independientes, y lo consigan de derecho, después de tantos años que en cierto modo ya lo son de hecho.

La aduana de Iquitos es un grande atolladero en que muchos se caen y enclavan: y el negocio del caucho y venta de peones y muchachos está mezclado de tanta suciedad e injusticias, que ningún hombre honrado quiere que le coja la muerte en semejante ocupación. Si San Juan Bautista hubiese tenido que predicar a los caucheros, lo primero que les habría dicho hubiera sido: "que era necesario lavarse las manos y la cara para poder entrar en el reino de los Cielos."

Y aunque los chunchos se preocupan muy poco de la autoridad, conviene sin embargo que la autoridad se preocupe del bienestar de los chunchos. No siendo así, si ven ellos que todos los días los están vejando y que las mismas autoridades los están explotando, haciéndolos trabajar de balde, arrancándoles sus yucales, ocupándoles sus casas, y quizá profanándoles sus hijas y mujeres, ¿qué maravilla será si se levantan y se vengan de tamaños ultrajes? Como ven que nadie los defiende en la tierra, se ven obligados a hacerse justicia por sí mismos y escaparse más adentro.

Casi sería de desear que los Jueces y autoridades no tuviesen ninguna finca o propiedad sobre la tierra sino

que viviesen únicamente de la renta del Estado; porque si tienen o pueden tener hacienda, como los demás ciudadanos, es una delicia ver cómo siempre, por angas o



La acción del barbasco

por mangas, saben echar el agua a su molino. Y mientras todos los vecinos y colonos se lamentan de las mil in-

justicias que soportan, solamente los jueces y autoridades están tranquilos, aumentando chacras, fabricando casas y paseándose como unos feudales señores. Y si esto pasa con la gente que sabe hablar castellano, ¿qué diríamos respecto de los pobres chunchos, sean o no sean cristianos?

Deben pues, las autoridades tener un poco más de interés por la suerte y derechos de esos miserables: si no se repetirán con msá frecuencia las escenas de Yurinaqui y de Metraro. Cualquiera que ampare un terreno en la Montaña debe tener advertido que no podrá en ningún tiempo molestar ni arrojar de sus puestos a los chunchos que estuvieran colocados dentro de su lote; a no ser que ellos mismos libre y espontáneamente se retirasen a otra parte, como muchas veces lo hacen. Lo mismo debe decirse respecto de sus casas, muebles y animales. De modo que si un chuncho tiene dos casas, y una o más vacas, nadie debe ser tan atrevido y desvergonzado que le eche 10 soles al suelo y tome posesión de aquello que no ha edificado ni criado. Estos salvajes reconocen en la práctica el derecho de propiedad, como el tinterillo más pintado del mundo. Y cuando se les ofende en este punto, van pasando las cuentas de su rosario, y cuando llega una gorda, rezan a su modo el Gloria Patri, agachando o haciendo agachar la cabeza a aquellos que tantas veces los han molestado.

Peor que todo esto sería el impedirles que saquen libremente la sal como lo han hecho hasta hoy. Esto sería el colmo de la injusticia y de la imprudencia, y la autoridad debe evitarlo.

Pero no piense nadie que yo pretenda justificar las quejas y conducta de los chunchos bajo todo aspecto, como si nunca hubiesen roto un plato: al contrario los juzgo y tengo por capaces de cualquier crimen, del mismo modo que los gitanos. Ellos mienten como los cholos,

sin mudarse de colores; roban y destruyen sus casas entre sí, como si fuesen unos verdaderos anarquistas; tienen relación con los diablos, peor que los luciferianos; se prostiuyen y empuercan, como si fuesen animales. Sus dichos, sus gestos, sus diversiones y aún sus ritos; todo huele a un naturalismo y materialismo consumados. Unos hombres semejantes no es extraño que se opongan a la civilización y que aborrezcan de muerte a los blancos que no imitan sus brutales costumbres. Hay sus excepciones, es verdad, pero la generalidad, como he observado en este largo viaje, es como la acabo de retratar. Esto es, un chuncho quiere decir lo mismo que un hombre falso, traidor, ingrato, perezoso, tragador, vengativo e inconstante. ¿Y qué haremos con unos seres semejantes? Lo que se hace en todo el mundo: supuesto que no quieren vivir como hombres, sino como animales, tratarlos lo mismo que a éstos, y echarles bala cuando se oponen injustamente a la vida y al bien de los demás.

IV.

Sobre las distancias de tierra y agua

	Días
Desde Lima a la Oroya (con ferocarril existente) 222 kilóemtros	1
Desde la Oroya a Palca 9 leguas o 48 kilómetros	1
Desde Palca a la Merced en Chanchamayo hay 10 leguas o 53 kilómetros	1
De la Merced a San Luis hay 4 y 1|2 leguas o 25 kilómetros, y de San Luis a Metraro o bien a Sanchuriasu 4 y 1|2 leguas, o bien de Paucartambo a Metraro (camino Peruvian) 4 leguas	1

De Metraro hasta Ubíriqui (camino Capelo) 45 kilómetros o bien desde Sanchuriasu a Santo Tomás (camino Graña) 30 kilómetros, o bien desde Sanchuriasu a Cacasú camino de infieles, 38 kilómetros	1
Desde Ubíriqui al Azupizú (Camino Capelo) 28 kilómetros, o desde Santo Tomás al Azupizú (camino Graña) X. . . o desde Cacasú al Azupizú (camino infieles), 26 kilómetros . .	1
Desde el primer punto del Azupizú, hasta el primer punto de embarcación en canoa y balsas frente a Aotsini, por el camino de Capelo 59 kilómetros; por el camino de Graña kilómetros por la trocha de infieles, 30 kilómetros	1
Desde Aotsini hasta Puerto Bermúdez, todo pampa, tanto por agua como por tierra (medio día).	1

NOTA.—1a.—Estas distancias y número de jornadas se entienden estando bien los caminos, y siendo fuertes y sanos los viajeros; de lo contrario hay que aumentar según lo pidieren las circunstancias, así de fangales como de puentes caídos, derrumbes y aguaceros, etc.

2a.—Andando por camino de chunchos, las distancias son más cortas, pero el camino es más pesado por las muchas subidas y bajadas. También se encuentran más casas y comestibles, pero en cambio sus moradores son muy pedilones y exigentes, dejando al pobre pasajero sin nada de cuanto hubiere llevado.

	Días
Del puerto Bermúdez a la colonia ambina o Puerto Piérola (confluencia del Palcazu) hay 100 millas y se baja por balsa en	3

Con canoas en	2
Con lancha en un día muy corto	1
Del Puerto Piérola o boca del Pachitea hasta el Ucayali o Masisea hay como 200 millas que se anda con balsa en	5
Con canoas en	4
Con lancha en	1 ½

Este número de jornadas se entiende cuando no hay ningún percance de naufragio, cacería por el monte, o desperfecto en la lancha; porque entonces sería necesario aumentar el número de jornadas según la necesidad o la conveniencia lo pidieren. De bajada, casi nunca varía; pero de subida, cambia mucho el número de jornadas, según la cualidad del río, la formalidad de los bogas y carácter del viajero. De modo que un mismo río, y en las mismas circunstancias, unos lo surcan en 15 días, otros en 20 y otros en 30. También he observado que una de las cosas que más retardan el viaje y aumentan el número de jornadas por agua, es el tener que hacer mitayo; (provisión de comida en el monte o en el río) y cocinar en tierra. Estas dos cosas se remedian armando una cocinita en la misma balsa o canoa; y trayendo desde el principio provisión de víveres, para los días que uno anda por despoblado; entonces se gana media jornada cada día. Si además de esto hay buena luna y el río no tiene palizadas, entonces se puede andar también de noche y se hacen dos jornadas cada día. De modo que desde Puerto Bermúdez a Masisea se puede bajar en balsa en 4 días; con canoa en 3 días y con lancha en 1 día.

Una vez llegados al Ucayali o Masisea, (este punto se encuentra cuatro vueltas más abajo de la confluencia con el Pachitea, o sea más de 2 leguas) puede descansar cómodamente los días que quisiere y proveerse de lo necesario para proseguir su viaje, sea bajando hacia

Iquitos o al Atlántico; o subiendo por el Ucayali, Tambo y Urubamba, o por el mismo Pachitea, Pichis y Palcazu. Por regla general se cuentan tres días de subida por cada uno de bajada; pero esta misma regla varía mucho, según las circunstancias del río, marineros y embarcación. Por ejemplo, la balsa es muy buena para bajar en cualquiera río, por malo que sea; pero no sirve absolutamente para subir ningún río, ni bueno, ni malo. Porque si queremos subir con balsa, no será ésta la que nos traerá a nosotros, sino nosotros los que arrastramos a dicha balsa, andando a pie por el cascajo o por el monte y tirando con una soga, como sucede en el río Perené y Paucartambo. Pero este trabajo no conviene ni es digno de gente racional, sino de salvajes que no saben discurrir. No sucede lo mismo con las canoas y las lanchas, pues estas dos embarcaciones pueden surcar en ciertos ríos, casi con la misma facilidad y rapidez con que bajaron. Esto supuesto, continuemos nuestras jornadas por el Alto Ucayali y Pajonal.

Desde Masisea a Chicotsa (media legua antes de la Vuelta del Diablo), hay como 160 millas, que se andan del modo siguiente:

Con canoa	en	12 o 15	días
Con vapor	en	6 u 8	días

Durante este viaje o travesía se encuentran varias casas de cunibos y gente civilizada en donde puede uno buscarse algún recurso de plátanos, yucas, gallinas, etc. También hay dos trapiches en que se hace aguardiente, uno en Chisea (Emilio Vásquez) y otro en Cumaria (Fernando Franquini). El pasaje en vapor en primera clase es de 40 o 50 soles (muy buen trato). El gasto de la canoa es convencional, pero viene a costar lo mismo, y se sufre más por razón del sol, mosquitos y aguacero.

De Chicotsa (casa de D. Francisco Asequi) ya comienza el camino del Pajonal, andando generalmente con rumbo de Oriente a Occidente, bajo la constelación de Orión, con declinaciones cortas y accidentadas al Sur y al Norte; lo más continuo es al Sudoeste, hasta llegar al Sotshini, desde el cual se va siguiendo una paralela al río Perené y por consiguiente es al Oeste y Noroeste. Las jornadas ordinarias son como sigue:

1a.—Del Ucayali a casa de Canango, 7 kilómetros por agua, y de aquí a casa de Jacinto 5 kilómetros, todo pampa y monte limpio.

2a.—De casa de Jacinto a la de Mariño, 5760 metros; y de aquí a la cumbre del cerro, serranía, o muralla del Gran Pajonal, 6200 metros; terreno muy accidentado, pasando dos riachuelos pequeños y uno grande, llamado Catsingari.

3a.—Desde la pascana en la serranía o muralla del Gran Pajonal hasta el río Quepachini 14 kilómetros; terreno seco más limpio y uniforme, exceptuando una media legua de ciénagas o aguas estancadas.

4a.—Desde el río Quepachini hasta el mirador del Gran Pajonal, más acá del Masisás, 15 kilómetros; terreno accidentado con lomadas muy hermosas, pero desprovistas enteramente del agua; hay algunos yucales y piñales; tres veces se deja el nivel de la loma y se baja rápidamente al fondo de las quebradas desde 1800 metros hasto 1400 y aún menos: estas quebradas están secas: se andan unos 20 pasos, y se vuelve a subir inmediatamente con la misma rapidez o declive que la bajada.

5a.—Desde el mirador del Gran Pajonal hasta una de las primeras casas del mismo, cuyo dueño se llama Pingachari hay 5 kliómetros; de aquí a la altiplanicie despejada o región propiamente llamada Pajonal, en la cual hay muchas casitas, chacras y pastos hermosísimos, otros 5 kilómetros.

6a.—Desde la mansión en medio del Gran Pajonal hasta el Aporoquiaqui, pasando el vado, 12 kilómetros terreno casi llano en su generalidad, exceptuando la bajada al río Pairini y el Aporoquiaqui, que desde aquí se dirigen al Pichis y constituyen el límite del Gran Pajonal por la parte del Occidente.

7a.—Desde Aporoquiaqui a Inguiribeni (camino del Curaca José), 5 kilómetros; y de la casa de José a Capiromachi (pascana en el monte) 20 kilómetros. Todo este terreno es muy hermoso y de un mismo nivel sin quebradas, y solamente con unas pequeñas aguaditas como para el gasto de una o dos familias.

8a. Desde Capiromachi a Nazarateque, pasando durante el día el río Quiporiali (afluente del mismo Nazarateque) que desemboca en el Pichis, 12 kilómetros. El terreno es muy accidentado y el camino muy sucio con vegetación muy raquítica y llena de musgo.

9a. Desde Nazarateque hasta Anapiari, pasando durante el día el río Quimarini y la cumbre principal o barrera que separa la región del Perené y Chanchamayo de la del Gran Pajonal, 12 kilómetros: se suben tres cumbres; la primera de 1200 metros, la segunda, de 2100; y la tercera, de 1800. Desde aquí se ve la cordillera nevada de Comas y Andamarca, como también la de Junín; así mismo toda la región de Pangoa.

10a.—Desde Anapiari hasta la confluencia de los ríos Cuatrero y Mueyriani, 12 kilómetros. Durante la jornada se pasan otros cuatro ríos, que son: Anaquiari, el Aotsqui y el Sharini y el Huechungari. Todos estos ríos desembocan en el Tambo y en el Perené, más abajo de las cascadas, y cerca del Pangoa. Esta jornada es pesadísima por tanto subir y bajar, por los ríos que hay que pasar.

11a.—Desde la confluencia del Cuatrero y Mueyriani hasta el fin de Pampa Hermosa, pasando durante el

día los ríos Sotshi y Sothain que serpentean por la misma pampa, 10 kilómetros. Todo el camino y terreno muy bueno; excepto la bajada al Sotshi que es muy parada y tiene más de 100 por ciento de declive.

12a.—Desde el río Sothain en Pampa Hermosa, hasta Yurinaqui, pasando durante la jornada el río Ubíriqui, hay 13 kilómetros. Esta jornada es también muy pesada, por lo cual hay que pasar dos cuestas muy elevadas y andar como una hora por la orilla del Perené, subiendo luego hasta la cumbre del Pajonal de Ipillo, y volver a bajar inmediatamente. El terreno es bastante bueno.

13a.—Desde Yurinaqui a San Luis, pasando por Puñizás (camino Capelo), o bien por Paucartambo (camino Peruvian) hay por el primer camino 30 kilómetros, y por el segundo 38 kilómetros, advirtiendo que estos 8 kilómetros más que hay desde el Campamento de la Peruvian hasta San Luis deben descontarse siempre que se va o viene directamente de la Merced. Esta jornada es la más larga de todas, pero como se anda por camino labrado, y entre chacras y gente civilizada parece la más corta. Además puede andarse todo a bestia.

14a.—Desde San Luis o desde el campamento de la Peruvian se llega al Naranjal u otra hacienda cualquiera. El número de kilómetros de estas últimas jornadas es ya sabido de un día.

15a.—Del Naranjal o Chalhuapuquio, se llega a Palca en un día.

16a.—De Palca a la Oroya pasando por Tarma un día.

17a.—Desde la Oroya a Lima con ferrocarril un día.

Total desde el Alto Ucayali a Lima, pasando por el Gran Pajonal 17 días.

NOTA I.—Este número de jornadas desde el Alto Ucayali hasta San Luis o Chanchamayo, pasando por el Pajonal, se entiende cuando

el viajero es un hombre sano y robusto y los guías están de buen humor para andar desde un punto a otro, según hemos indicado. Pero estas dos cosas rara vez se juntan; de aquí resulta que el número de jornadas casi nunca baja de 20 días, ni pasa de 30; así nos lo dijeron los mismos guías, antes de comenzar esta gran travesía; y así realmente ha sucedido. Pues aunque ellos nos contaron solamente 15 jornadas, (andando ligero y sin cargas), nosotros hemos empleado 30 días, por andar despacio y con cargas.

II.—También debe advertirse que durante esta travesía se encuentran casas y chacras de chunchos, exceptuando el tercero y cuarto día, (viniendo del Ucayali); pero como se cruzan de por medio una infinidad de circunstancias imprevistas, resulta que muchos días no se puede llegar al puesto o casa señalada, y tiene uno que quedarse en el monte, con perjuicio del tiempo y de la barriga, sobre todo por falta de agua.

III.—Las cosas que debe traer el viajero para hacer con alguna comodidad este camino, son las siguientes: 1a., dos vestidos delgados, uno para el día y otro para mudarse al fin de la jornada; 2a., una talega grande o saco de caucho para envolver su vestido y frazada durante el viaje; 3a., el menor número posible de conservas para 20 o 30 días: especialmente cacao con azúcar, y esencia de carne; 4a., dos docenas de cuchillos de 9 pulgadas, espejos, agujas y pañuelos colorados. Estas cosas debe procurar tenerlas bien ocultas, y solamente sacar en cada casa aquello que piense regalar por la comida que le han dado; de lo contrario si en la primera pascana enseña todo lo que lleva, todo se lo han de pedir, y no dejarán de importunarlo hasta dejarlo exento y pelado como ellos; 5a., una escopeta o rifle, no tanto para matar monos, cuanto para defensa de su persona en caso necesario. Y como el guía lo menos que le pedirá, será la escopeta, por esto conviene que lleve también un revólver del cual nunca se desprenderá; 6a. Debe estar bien provisto de prudencia y paciencia; de lo contrario lo echará todo a perder, y lo abandonarán en la mitad del viaje, si es que no lo matan.





APENDICE 2º

I

Sobre los caminos y ríos

Como los caminos de la Montaña en todas las partes tropicales son casi lo mismo por razón de la mucha humedad, tierra deleznable y lluvias frecuentes; no deben los arrieros y viajeros hacerse ilusiones pensando que por la montaña A los terrenos y ríos son mejores que los de la montaña B. Al contrario, deben estar persuadidos que por cualquier camino que vayan, encontrarán fango, derrumbes y palos caídos; y por lo tanto, resignarse desde un principio a sufrir todas estas incomodidades, o no admitir la contrata de hacer tal o cual viaje a la montaña. ¿De qué sirve admitir con tanto gusto el contrato, y la plata adelantada, y después maldecir los animales, el camino, los viajeros, y hasta a aquellos que quizás le acompañan y ayudan? La causa principal por que se cansan y mueren las bestias por estos caminos nuevos, es por la falta de pasto. Para remediar este mal debe procurar el Ministro de Fomento que en cada dos leguas se forme un Tambo, cuyo dueño, bien pagado, no se ocupe en otro asunto que en rozar y sembrar pasto, sea de maíz y maicillo, gramalote, avena, etc., como se hace en el camino de Chanchamayo a Palca. También debe disponer, como ya se está haciendo, que el camino esté bien abierto y

soleado, haciendo un desmonte o roce de 10 metros por lo menos. Que en los lugares de mucho fango o atolladeros, se formen calzadas de piedra con sus correspondientes desagües; y en defecto de piedra, buenas empalizadas cubiertas de una cuarta de cascajo. Que cuando haya un derrumbe o palo caído se componga cuanto antes, teniendo siempre una pequeña cuadrilla que se ocupe solamente de eso, porque derrumbes y palos caídos no han faltado, ni faltarán nunca en la Montaña. En defecto de pasto verde debe el arriero proporcionarse pasto seco, desde el último punto en que lo haya, como es alfalfa, cebada, etc., calculando los días que pueda durar su viaje de ida y vuelta; si no lo hace así, sino que se echa a la ventura, pensando que su animal sabe comer de todo, se quedará muy chasqueado, y tendrá que regresar con la montura a las espaldas, como tantos lo han experimentado.

En cuanto a los ríos, debe advertirse que éstos cambian enteramente de aspecto, según las estaciones del año. Algunos ríos que, en tiempo de seca, apenas tienen agua hasta la rodilla, en tiempo de aguas parecen un mar. De modo que si uno piensa que dichos ríos son siempre navegables, se equivoca mucho; porque llegarán los meses de Junio, Julio y Noviembre y verá que en aquel mismo lugar de tanta agua, no se halla otra cosa que arena y cascajo. Y viceversa, si pasando un viajero por los meses de Julio hasta Noviembre ve que los rios están vacíos, no debe juzgar por esto que dichos ríos no pueden navegarse en ningún tiempo del año, especialmente en la época de las lluvias; pues entonces no hay inconveniente ninguno en que lleguen en aquel mismo tiempo vapores de mucho calado. De aquí resulta que un mismo río puede ser más o menos navegable, según el tiempo del año; de modo que en tiempo de seca nos tendremos que embarcar tres o cuatro leguas más abajo, y en tiem-

po de aguas yá nos podremos embarcar cuatro o cinco leguas más arriba del puerto ordinario. Debe notarse aquí, lo que ya hemos dicho y repetido muchas veces, a saber: que más vale en la montaña viajar sobre el agua, por poca y mala que ésta sea, que no andar por camino de tierra, especialmente en tiempo de lluvias. Esta proposición sólo pueden contradecirla los que ignoran lo que son las lluvias y los caminos de montaña; pero los que han saboreado estas cosas por espacio de muchos años, serán de la misma opinión de nosotros; y así lo practican todos los habitantes del Ucayali y regiones amazónicas. Según esto, tratándose del camino y río Pichis, diremos: "que en tiempo de seca el puerto ordinario de embarque será el Puerto Bermúdez, y en tiempo de aguas el primer punto de embarque puede ser en Aotsini o Quintoliaqui, antes de la confluencia del Azupizú con el Nazarateque, con lo cual se ahorra medio día de camino por tierra." Esta última jornada es sumamente arriesgada en tiempo de aguas; pues como el terreno es muy llano, está también sujeto a grandes inundaciones que impiden por completo el paso, tanto a pié como a caballo. Este inconveniente queda remediado embarcándose en el Azupizú, después del Aotsini o pasada la larga y hermosa lomada que llega cerca de Quintoliaqui; tanto más que aquí se halla en mucha abundancia el palo de balsa y también puede haber un buen surtido de canoas para este mismo efecto.

También se sigue de aquí que la prolongación del camino de herradura, desde Puerto Bermúdez, a Puerto Piérola carece absolutamente de objeto; ni solamente eso, sino que es del todo inútil y contraproducente. Es inútil, porque habiendo en todo este trecho agua mansa y navegable, no hace ninguna falta dicho camino; es contraproducente, porque dicho camino, que es de 20 o 30 leguas, no puede hacerse ni a pie ni a caballo en menos

de tres días; y embarcándose en Puerto Bermúdez, sea con canoa o con lancha, se hace en un solo día, o cuando mucho en dos, estando sentado o durmiendo. Por otra parte, la línea recta y de trazo que figura en el mapa de Pérez, es del todo gratuita y caprichosa, pues supone que en aquel trayecto no hay ningún cerro ni ningún río; y estas dos cosas son enteramente inexactas, pues en mi tránsito he notado una multitud de cerros, y más de 6 ríos o quebradas. Además, si fuese verdad (que no lo es) que aquel terreno fuese del todo llano, no por esto merecía de ninguna manera que se gastase un solo centavo en construir un camino inútil y sin objeto. Porque entonces las inundaciones anuales, propias de todas las pampas bajas del Pichis y Ucayali, destruirán en un solo día todo el trabajo de muchos años; y dejarían enterrados, debajo de su fango, los 20000 o 30000 soles que en dicha prolongación se hubiesen gastado. A más de que este proyecto en la práctica carece enteramente de objeto, pues solamente podría cohonestarse con el fin de encontrar un puerto más navegable que el Puerto Bermúdez. Pero este punto es quimérico y en la práctica no existe. Porque ya lo hemos dicho y mil veces lo repetiremos. "Que la lancha o canoa que pueda surcar todo el Pachitea, también puede surcar todo el Pichis sin ningún inconveniente; y al contrario, la lancha o canoa que no puede navegar por el Pichis, tampoco puede navegar por el Pachitea: porque este río tiene los mismos y peores obstáculos que aquél, como son las correntadas y poco fondo en ciertas épocas del año". Todo buen marinero en el Ucayali y ríos tributarios lleva en su embarcación hachas y lampas. Con el hacha se quita el obstáculo de las palizadas que a veces se hallan en el lugar de mayor profundidad; y con la lampa o zapapico se arrima la arena o cascajo para dar paso y fondo suficiente a la embarcación. Así lo he visto practicar varias veces en el

mismo Ucayali y cerca de Iquitos: ¿por qué no deberemos hacer lo mismo en un río más pequeño, siempre que el caso lo pidiere? También podría suceder, que por falta de vapor o por causa de algún derrumbe y gran palizada, encontrásemos alguna vez una correntada cuya fuerza y velocidad nos estorbase el paso por aquella vez. Ni esto nos debe espantar ni sorprender, como no lo hace con los marineros bolivianos del Madre de Dios; los cuales, cuando el vapor o la canoa no puede vencer la correntada, lo amarran con sogas o cadenas y tirando desde tierra, lo hacen pasar de grado o por fuerza. Este aviso puede ser muy útil para nuestros marineros cuando regresan del Ucayali, especialmente para dos o tres correntadas principales del Pachitea. De modo que dándole a la máquina todo el vapor, saltarán los marineros a tierra, y tirando de una soga suplirán la fuerza que aquélla no tuviere. Estos pasos, felizmente, son pocos y muy cortos; y como esto sucede en tiempo de seca o vaciante, resulta que hay a los lados del río buenas playas de arena o cascajo y facilitan mucho esta operación. No digo que esto sea necesario, pero podría suceder, y lo aviso con tiempo por si acaso puede serles útil en algo, y no se retarden los viajes. Para este mismo fin, procuran tener la leña bien escalonada calculando las rajas que gastan en cada hora, de modo que no tengan que pararse en cortar y rajar, sino en cargar y proseguir. La mejor leña es la del palo capirona, (en campa **michia**) ; en su defecto, también sirve el roble y otros palos de hoja pequeña como el lagarto o remocarpi que abundan mucho en el río Pachitea. Las rajas de buena leña de un metro de largo y diez centímetros de ancho, se vende en todo el Ucayali a 18 soles el millar; la fariña se vende a real la libra; el paiche a 5 reales la pieza; el aguardiente a 14 soles el garrafón; el arroz a 18 soles la saca de 8 @. Pongo estos comestibles al lado de los combustibles porque

tan necesarios son los unos como los otros, y conviene proveerse de ambos oportunamente. En el Pachitea y Pichis se colocarán este año muchos caucheros, y en sus casas y puestos se podrán nuestros marineros abastecer de muchas cosas cuando esté bien sistemado el tráfico como sucede en todo el río Ucayali. En todos los puestos que hemos llegado, hemos comprado alguna cosa, como es leña, gallina, plátanos, fariña, aguardiente, salado, etc. El que busca, halla, y el que pide, alcanza: hay que ser muy diligente para salir de apuros. En la bajada deberán andar con mucho cuidado, sobre todo en el primer viaje que se haga con lancha. Al acercarse a una correntada, procurarán observar bien en donde se halla la mayor profundidad, y dirigirse por ella a media fuerza, con cuidado de no tropezar con algún palo o peñón de los que estan comúnmente en las orillas. Una vez pasada la correntada y llegados al pozo o remanso, pueden dar a la máquina toda la fuerza, hasta llegar a otra correntada, en la cual procederán con la misma cautela que en la anterior.

Las correntadas del Pichis y Pachitea y Alto Ucayali tienen el fondo de piedra o cascajo, y las del bajo Ucayali hasta Iquitos, son como todo el resto de dicho río, esto es, de arena y fango. De aquí resulta una cosa, y es que varándose una lancha en cascajal, puede malograrse algo es verdad, pero no puede enterrarse, y siempre hay esperanza de salir o flotar; pero cuando una embarcación se vara o encalla en la arena, especialmente en el bajo Ucayali, es sumamente arriesgado, y muchas veces se queda allí mismo enterrada para siempre. Por esto es que desde Masisea hasta Iquitos se encuentran varias lanchas enteramente perdidas. Para evitar estos percances es indispensable llevar a bordo uno o dos prácticos bien conocedores del río que se pretende navegar. Para el río Pichis los mejores guías, siquiera para el pri-

mer viaje, son los chunchos que viven allí mismo, especialmente en la quebrada del Chivis y de Comparichmás o Buena Esperanza. Para el Pachitea, no hay como Carlos Ganz, Guillermo Franzen, Carmen Meza o alguno de sus peones. Después de éstos, que son vecinos antiguos de dicho río, siguen nuestros indios cachiboyanos, y cayarianos que han navegado dicho río innumerables veces y lo conocen a palmos. Los mismos pueden servir de guías para navegar el Alto y Bajo Ucayali. Si éstos no quisiesen prestarse para prácticos, sépase que tanto en Masisea como en el Albujau, Pucaallpa y otros puntos, no faltan, con tal que se les pague un sueldo moderado.

Habiendo buenos prácticos y buena luna, se puede navegar tanto de día como de noche, sobre todo en el bajo Ucayali, y de esta manera se abrevia mucho el viaje. Pero cuando no hay buenos prácticos, o bien hay mucha neblina, entonces no conviene de ninguna manera navegar de noche, ni aún de día, hasta que se levante la neblina. Esta neblina es muy espesa y peligrosa y equivale a la misma oscuridad; pues alguna vez he observado que a 30 pasos de distancia no podía distinguirse absolutamente nada, como si hubiese de por medio una muralla de nieve. Por lo común se escampa de 8 a 9 de la mañana.

También deben advertir los que navegan el Ucayali, que muchos días hay turbonada por la tarde. Este fenómeno consiste en un ventarrón acompañado de truenos y aguaceros, que por lo común viene de abajo. De lejos ya se están distinguiendo unas olas espumosas que por allí llaman **pañuelo blanco.** Estas olas van creciendo y agitándose cada vez con más fuerza; y si uno no se arrima con tiempo a la orilla, lo ponen en peligro de naufragar. Todos los años hay que lamentar algunas desgracias por esta causa. Como lo más recio de la turbonada dura poco tiempo, esto es un cuarto o media hora, no se

pierde mucho en arrimarse o dejarla pasar. Pero aquí hay que prevenir otro escollo, y es que cuando la turbonada tiene aspecto de huracán, hay también gran peligro de arrimarse a la orilla, porque puede arrojarnos un árbol encima, con la misma facilidad con que nos lleva el sombrero de paja que traemos en la cabeza. He visto alguna vez tronchar un árbol grueso de media vara, y arrojar la mitad al río, quedándose en el monte la otra mitad; esto me causó mucho miedo; y desde entonces, procuro, en el momento de la turbonada o tempestad, arrimarme a algún rincón que tenga cañas o árboles pequeños, con tal que haya suficiente agua para fondear.

Si sucediere que alguna vez la lancha se quedase encallada en la arena, en cascajo o en algún tronco, y que todas las diligencias de los marineros no han sido suficientes para sacarla de aquel mal paso, entonces debe saberse que es una costumbre como ley en todo el Ucayali, de que cualquiera otra lancha o vapor que pase por allí, le preste auxilio siquiera por espacio de dos horas. Si a pesar de esto no se puede arrancar, no hay más que descargar dicha embarcación cuanto antes; y si ni aún de este modo se pudiere salir del peligro, no hay más remedio que tener paciencia y esperar que venga alguna creciente que la vuelva a hacer flotar.

Otro recurso tienen muchos de nuestros vapores; y es: llevar al costado una o más canoas, mediante las cuales se libran con facilidad de los malos pasos sea por falta de fondo o por las correntadas. Porque en estos casos se quita la carga de la lancha y se pone en las canoas para trasladarla hasta más arriba del mal paso, en donde se vuelve a cargar.

De esta manera se consigue aligerar la lancha y hacer que flote más, pudiendo asi mismo arrastrarla con más facilidad hasta pasar el obstáculo o bajío eludido. Esto puede suceder tanto de bajada como de subida, y la ope-



Convento de Ocopa



Claustro del Olivo

ración se hace siempre del mismo modo, y con el mismo éxito.

Cuando la lancha es muy pequeña no acostumbra traer bote, sino más bien una canoa al lado o dos palos de balsa, para que no se ladee con tanta facilidad.

Las embarcaciones de nuestros ríos deben ser construídas de un fondo particular, muy distinto de las embarcaciones que sirven en el mar, o en aguas muertas. Deben de ser anchas y achatadas, con ruedas en los costados, que se muevan separadamente con distinta fuerza. De esta manera se consigue manejar la lancha lo mismo que un coche, sin necesidad de timón, en la correntada de poco fondo, en las cuales aquél de poco o de nada sirve. Casi todas las lanchas que hay actualmente en el Ucayali, carecen de esta cualidad, y por esto son muy inaparentes para surcar en tiempo de seca. Convencido de esta verdad, D. Carlos Fiscarrald ha pedido a Europa dos lanchas construídas por el estilo arriba dicho; y nuestro Gobierno debe hacer lo mismo si quiere tener en todo tiempo la navegación expedita, tanto del Pichis y Pachitea como del mismo Ucayali, pues aún en este se encuentran en tiempo de seca, muchos bajíos y correntadas. Este género de embarcaciones está muy usado, tanto en los ríos de Europa como en Norteamérica y otros puntos, los cuales de otra manera serían del todo innavegables. Esto no impide que en tiempos de aguas vengan y trafiquen por los ríos sobredichos otras embarcaciones de alto fondo, hasta el mismo puerto Bermúdez y aún más arriba: porque como he observado en este viaje, en tiempo de creciente tiene los tres ríos referidos suficiente cantidad de agua para que surquen sus aguas vapores de 5 y 6 pies de calado. Y en efecto han surcado esta vez varias lanchas de este calado; y durante el año surcarán muchas más, en vista del gran número de caucheros que

se están colocando en todas las quebradas laterales del río Pachitea.

Al tiempo de pedirse a Europa dichas lanchas se les podrán nombrar las principales condiciones dejando al arbitrio del constructor el que ponga lo demás. Por ejamplo: se le puede exigir que dicha embarcación sea de forma achatada, con ruedas a los lados, y que no cale más de media vara estando cargada: dejando después a su libertad lo restante, como es el tonelaje, potencia, etc. Porque si se le quieren nombrar todas las condiciones, se encuentra el fabricante como trabado e imposibilitado de hacer lo mismo que se le pide.

II

Sobre la configuración y calidad del terreno

Desde Lima a Chanchamayo el terreno es muy conocido y estudiado, tanto por su calidad como por su configuración. Lo mismo puede decirse de Chanchamayo hasta San Luis, y de aquí al Puerto Bermúdez. Pero como nosotros hemos andado esta vez por sendas nuevas o trochas de chunchos, creo que podrá servir de alguna utilidad el poner aquí de un modo breve y claro el perfil y calidad del terreno recorrido. Para esto no tengo más que hacer sino consultar mi cartera y copiar, de su lugar correspondiente, el número de kilómetros, alturas barométricas y colores de la tierra.

La primera cara representa el camino que hemos recorrido desde San Luis al Puerto Bermúdez; y la segunda cara, el perfil del camino desde Chicotsa (Alto Ucayali) hasta Chanchamayo o Paucartambo (Campamento de la Peruvian).

Si se dirige uno desde San Luis al Puerto Mermúdez,

entrando por la quebrada Antás, Anetsú, Chungaropabú, entonces el camino resulta todavía más corta de lo que figura en el presente croquis; pues habría que descontar 22 kilómetros que resultan de las muchísimas curvas que lleva el camino de Graña, desde Puente Capelo hasta Santo Tomás. La distancia de este camino medido con cadena es de 57 kilómetros; y la misma distancia pasando por Antás, y medida con podómetro ha resultado de 33 kilómetros, así es que la diferencia de 22 podría y debería sacarse del total de kilómetros que hemos apuntado en nuestro viaje que ha sido de 130, debiendo ser solamente 108.

Por esta vía deberían formarse algunas curvas especialmente en la subida de Cacasú y bajada de Azupizú; pero este desarrollo bien dirigido creo que no aumentaría más de 10 kilómetros la distancia referida de 108 hasta Puerto Bermúdez. Llegando a las primeras fuentes o aguaditas del Azupizú se podría trazar todo el cam por la banda izquierda de dicho río, hasta llegar al Puerto o a lo menos a la pampa del mismo; guardando un nivel que no pasase del 5 por ciento. No hay necesidad de guardar el cinco por ciento, pues el terreno de dicho río, se presta para darle mucho menos declive, sin necesidad de ningún zigzag, por razón de la gran vuelta que da desde Purrayu y Purutariñi hasta el Puente Pérez que está en el mismo Azupizú, corriendo de Occidente a Oriente. Los ríos que se encuentran por esta vía del Antás, Cacasú y Azupizú son los siguientes: 1o. El mismo río Antás, el cual debería vadearse cerca de Anetsú o formar un puente de 25 metros de luz. 2o. Un bracito del mismo río que está cerca de Chungaropabú y no necesita puente. 3o. Un brazo pequeño del río Eneñas que está en la misma cumbre de Chungaropabú, y necesita un puente de 10 metros de luz. 4o. El río Cacasú que exigiría un puente de 35 metros de luz; más otro brazo del mismo

con un puente de 15 metros. 5o. El río Chirrutmás con un puentecito de 10 metros. Luego se comienza a subir por una quebrada llamada Chivis, pero cuyas aguas no se vadean. Llegando a la cumbre, se debería seguir su cuchilla, y a veces faldearla, torciendo y culebreando ya al Norte, ya al Oriente, hasta llegar a las primeras vertientes o fuentes que caen al Azupizú; desde cuyo punto se puede comenzar a bajar aniveladamente hasta el referido puente Pérez. La distancia de terrenos que hay desde aquella cumbre hasta el referido puente es tan grande que no tiene ninguna necesidad de darle el 5 por ciento; basta y sobra dándole 3 o 2 y 1|2.

Desde la referida cumbre que se encuentra entre el Azupizú y el río Pichanás (Palcazu) hasta el sobredicho puente, se encuentran cuatro o cinco riachuelos ó quebradas laterales que todas desembocan en el mismo Azupizú, y ordinariamente no necesitan puente, sino en el momento de una gran tempestad o avenida; mas luego vuelven a bajar sus aguas, y pueden vadearse con agua hasta la rodilla y aún menos, siendo su ancho de 4 o 5 metros nada más. En toda la hoyada del Azupizú hay muchas casas y chacras de chunchos con grandes yucales y platanales, especialmente en el lugar llamado Purruyu y Purutariñi y siguientes para abajo: yo conté, sin moverme del mismo lugar, 15 casas. Casi todos son campas; y muchos de ellos ya han trabajado en el camino, o en los puentes. Una vez llegados al Puente del Azupizú, podría y debería hacerse el trazo del camino siempre al lado del río a una altura de 8 a 10 metros sobre el nivel del agua, y seguir así hasta cerca de la confluencia del Quintoliaqui o Nazareteque; desde cuyo lugar, como el terreno es muy llano hasta el puerto, pueden separarse de la orilla si así vieren que conviene para evitar inundaciones, que pueden impedir el paso, como ha sucedido el año pasado. Mas si alguna vez, llegando al Quintoliaqui o Na-

zareteque, vieren que el río Pichis anda lleno y cargado, por razón de la estación de las aguas y otras causas, pueden embarcarse en dichos lugares sin ningún escrúpulo ni recelo, y de esta manera evitar cuatro leguas de camino por tierra; lo cual es una grandísima ventaja; y se evita también de este modo el inconveniente de ser atajado por una inundación imprevista, con detrimento de la salud y de los intereses.

Sobre esto téngase presente lo que hemos dicho tantas veces, "de que en la montaña, para viajar de un punto a otro, por corto que sea, más vale un mal río que un buen camino," esto es un principio, y un axioma recibido en todas aquellas regiones; y el Gobierno debe respetarlo y tenerlo muy en cuenta para no hacer gastos inútiles, que provocarían la risa y el desprecio de todas las personas experimentadas y bien entendidas.

Cuando uno llega al Ucayali y comienza a surcar sus aguas en dirección al Tambo, observa todos los días y por todas partes la enorme barrera o muralla que separa los dos ríos, que son el Pachitea y el mismo Ucayali, de modo que el paso por tierra de un punto a otro, por todas partes aparece poco menos que imposible aún para las mismas fieras. En efecto, se notan unos barrancos inmensos cortados a pico, sin ninguna vegetación, como si fuesen unas altísimas murallas hechas de ladrillo. Y este fenómeno aparece por todas partes; de modo que el viajero tiembla y se espanta al pensar que tiene que escalar semejante fortaleza que rodea por los cuatro vientos la región del Gran Pajonal. La entrada más fácil, según el testimonio de todos los chunchos y caucheros, es la que se hace por la quebrada de Chicotsa, que se halla cerca de la Vuelta del Diablo, a los 10 y 1|2º de latitud y 47º de longitud, Greenwich con poca diferencia. Se entra por dicha quebrada en canoa, con rumbo al Occidente, hasta el puerto o casa de Canango o de Ca-

santo; aquí se deja la embarcación y se anda por tierra, con rumbo al Noroeste hasta la casa de Jacinto; para esto se pasa una lomadita pequeña de tierra arenisca blanca y amarillenta. Saliendo de casa de Jacinto, se para otra lomadita pequeña de unos 20 metros de altura, y se baja inmediatamente a una pampa inundable; se anda media hora, y se comienza a subir una loma muy alta y larga, hasta bajar a Catsingari (casa de Mariño). Altura de esta lomada 1500 metros, terreno arenoso y pedregoso y falto de agua: tiene mucho chamairo.

Saliendo de casa de Mariño, y pasando el río Catsingari, se prosigue subiendo la muralla, barrera o serranía, que divide el Pajonal del Ucayali, con rumbo al Occidente; y luego que se llega a su cumbre (1700 metros), se tuerce al Sudoeste, y así se prosigue por muchos kilómetros, declinando algunas veces al Sur directamente. Todo este terreno desde la casa de Mariño o río Catsingari hasta el río Quepachi (que se pierde o sumerge en la arena) se compone de grandes socavones o tragaderos cónicos, que parecen otros tantos volcanes apagados. De aquí resulta, que en todo este trayecto que es el de unos 20 kilómetros no se encuentra casi ni una gota de agua para refrigerar la sed. Cuando se encuentran algunos charquitos o aguadas, luego desaparecen, filtrándose dentro la arena y saliendo Dios sabe donde.

Este mismo fenómeno de la calidad y configuración del terreno, y falta de agua, sigue por muchos días hasta pasar todo el Gran Pajonal, en cuyo extremo occidental se encuentra el río Pairini, que desemboca en el Pichis, entrando primero en el Aporoquiali. Toda esta región tan seca, que tendrá un radio de 50 kilómetros, se compone de largnuísimas lomas muy uniformes, cuyo curso general es de Sur a Norte: parecen los bancos bien alineados de un salón o de la iglesia de San Pedro. La mayor altura de esas lomadas (semejante a las olas del

mar) es entre 1600 y 1800 metros. El fondo de las quebradas intermedias es de 1200 y 1400 metros con muy poca diferencia. Todo el terreno es muy seco y arenoso. La vegetación es bastante limpia, pero poco corpulenta, sin duda por falta de limo y de la conveniente humedad. Por esta misma razón, desde Catsingari hasta el Pajonal, no se encuentra casi ninguna casa ni chacra; ni aún rastros de animales del monte. Esta tierra tan secarrona podría servir, sin embargo, para viñas y otras muchas plantaciones europeas, muy útiles, sabiéndola preparar. Es muy ventilada y tiene una temperatura muy agradable parecida a la de Tarma, o de San Mateo. Hay muchos grillos y gorriones; cucarachas, mosquitos y zancudos no hay, pero con el tiempo si se poblase, habría sin duda muchas pulgas, piques y chinches, como en Lima. Cuando se llega al Pajonal, el terreno es mucho más llano, y presenta un aspecto agradabilísimo a la vista; parece una provincia bien llana y cultivada, con divisiones de chacras y haciendas. Las chacras o huertas son pastos naturales de maicillo, heno, quillo, helecho y cortadera, y las divisiones son fajas de árboles propios de aquella zona y región, como son nogales, cascarilla, etc. Hay muchas casas y chacritas en todo el Pajonal, pero muchas de ellas abandonadas o quemadas. La tierra del Gran Pajonal es en todo semejante a la de los otros Pajonales de Chanchamayo y Metraro; esto es, tierra roja y hormigona, con algunas manchas negras y amarillentas, especialmente en las hoyadas.

Pasado el Pajonal, se baja de un modo casi perpendicular al fondo del río Pairini; se sube a la cumbre de enfrente (occidental), cubierta también de pasto y se vuelve a bajar al vado del río Aporoquiali con rumbo al Norte. Se sube otra lomada llena de pasto, hasta la altura de 1800 metros, y se llega a Inguiribeni. Este punto es también hermosísimo y muy poblado; sus aguas me

parece que van al Anaquiali del río Pichis. Aquí viven el capitán o curaca José, Meandro y otros chunchos muy políticos y sabidos. Esta loma de Inguiribeni hasta Quiperiali, tiene más de 25 kilómetros de longitud, con rumbo al Sudoeste, y una altura anivelada entre 1700 y 1800 metros. Acabada esta loma, ya se llega otra vez a la barrera o muralla que separa la región de Chanchamayo y Perené de la región del Pajonal, y aquí vuelven las quebradas y cerros, ríos, charcos y fangales, como nadie puede formarse idea. En un mismo día se sube a una cuchilla divisoria que tiene 2100 metros, y se baja al fondo de un río que tiene 1200. Se vuelve a subir y se vuelve a bajar, y casi siempre perpendicularmente, con unas ansias y fatigas indecibles, resbalones y caídas sin número. Y esto dura un día y otro día, una semana y otra semana hasta llegar a Metraro o a San Luis. Desde esas cumbres y laderas tan elevadas se ve perfectamente toda la hoyada y cauce del río Perené hasta las cascadas y aún más abajo, incluso los cerros y cordilleras de Andamarca y Pangoa. Y aquí es donde se puede uno formar alguna idea del trabajo que costaría la apertura de un camino desde Paucartambo hasta más abajo de las dichas cascadas. Cuando se anda por agua, como yo y otros muchos lo hemos hecho, no se notan casi ningunas de las infinitas dificutades que tiene dicha obra: andando por tierra, como acabo de hacerlo hoy, he visto y palpado: **"que, si por el Pichis y Palcazu hay que gastar muchos miles para hacer un camino regular, tendrán que gastarse muchos millones para hacerse una trocha o igual camino que, partiendo de Paucartambo, llegue a la boca del Pangoa guardando siempre un mismo nivel sobre el río Perené".** Si alguno tiene mis palabras por exageradas, le suplico que corte estas seis líneas y las guarde para tiempo oportuno. Mucho peor, y más que esto costaría la construcción de buen camino que partiendo de Paucartambo y

San Luis se dirigiera al Alto Ucayali, pasando por la región del Pajonal. Este camino, a lo menos por hoy, es del todo inútil e innecesario, y atendido el tesoro de la nación, es del todo irrealizable: son 200 kilómetros en línea recta, subiendo y bajando cerros perpendicularmente. Dándoles a estas subidas y bajadas tan rápidas una gradiente regular, resulta como 400 kilómetros, con todas las plagas y maldiciones que se han arrojado hasta hoy contra todas las vías conocidas. Pues la tierra es la misma; los cerros son los mismos y peores; los ríos mucho más numerosos, y la distancia es mucho más larga que todas. Un proyecto semejante de abrir un camino que partiendo de Chanchamayo fuese a salir a la Vuelta del Diablo, quedaría perfectamente bautizado por si mismo, sin necesidad de otro apellido.

Quizá se dirá que semejante obra importa mucho para conservar la integridad nacional, respecto de Bolivia y del Brasil. Pero yo les digo, y casi todos los habitantes del Ucayali les dirán lo mismo, que aunque hubiese ya un ferrocarril existente de Lima al Amazonas, "Bolivia seguirá adelante, y el Brasil seguirá adelante, con su plan de invasión". Nos hemos dormido demasiado; hace más de treinta años que el árbol ha echado raíces; es tiempo que se vean sus frutos. Si no lo hacen públicamente, es porque no quieren; de hecho ellos van haciendo de las suyas, con un método y finura que encanta; se van haciendo fuertes mediante el tiempo y los pertrechos; y cuando el Perú quiera llamarlos al orden, todos diremos: "Es demasiado tarde".

¿Qué haremos, pues, en este caso? Ante todo protestar contra semejantes invasiones; y luego proseguir la obra comenzada de abrir un camino, sea bueno o sea malo, que facilite el tránsito a las regiones amazónicas, especialmente a Masisea e Iquitos, que son los puntos principales y estratégicos desde donde puede y debe ope-

rar más eficazmente el Gobierno peruano para defender sus derechos y hacerlos respetar ante las naciones extranjeras. ¿Y cuál debe ser este camino que en las presentes circunstancias se preste con facilidad y prontitud a la comunicación de la Capital con el Ucayali e Iquitos? Este camino es el que actualmente se está abriendo y trabajando desde San Luis al Puerto Tucker o Bermúdez. Después de los gastos que se han hecho, y de lo adelanlantada que está ya dicha obra, sería el colmo de la locura pensar en otra cosa. Los que piensan, hablan y escriben lo contrario, no saben lo que se dicen; hacen un verdadero daño a la Nación y merecerían que el Supremo Gobierno los condenase a ir a explorar personalmente aquellos terrenos y ríos, sobre los cuales desde Lima se escribe con tanto aplomo, como si fueran la plaza de Acho, o la calle de Mercaderes. Entonces habría un poco más de moderación, y más eficaz cooperación para llevar a cabo tan grande obra.

Pero se replicará: ¿Cómo es que el camino actual de Graña tiene tantas curvas que lo hacen tanto o más largo que el anterior de Capelo? Primeramente los caminos de Graña y Recavarren todavía no están empalmados ni acabados; y luego, con tal que estas curvas se dirijan a un buen fin, como es hacer más trotante el mismo camino, ¿qué importa que haya pocas o muchas? ¿Por ventura no hay curvas en el ferrocarril de la Oroya? ¿Por ventura no las hay también en los rieles del tramwais que pasa por las calles principales de Lima? ¿Qué cosa....? En el mismo Palacio y casa de Gobierno hay que hacer muchas curvas para poder llegar al Gabinete del Presidente, y ¿querremos que en la montaña, en medio de la más tupida espesura, que equivale a la oscuridad de la noche, se trace de un porrazo un camino que no tenga ninguna curva de sobra, ningun zigzag superfluo, ningún puente de valde, ningún atolladero pa-

sajero? Esto es demasiado rigor, y en ninguna parte del mundo se trata a los ingenieros con tan poca consideración e indulgencia. Se me dirá que quienes hablan así son los mismos ingenieros. Respondo que no hay peor cuña, que la que es de la misma madera...

Aún se objetará: ¿Y en qué se consumen tantos miles de soles, cuando consta, por otra parte, que los peones son pocos y padecen mucha necesidad? Aquí hay mucho despilfarro, aquí hay mucho negocio y tramposidad.....

Sobre esto no puedo responder de un modo categórico, por cuanto no he registrado las planillas ni los libros de Caja de dicho camino; pero conocida la honradez del Excmo. Sr. Presidente, del Ministro de Fomento, y del modesto joven Antonio Graña, me parecería un crimen hacer recaer dicha responsabilidad sobre ninguno de los tres preclaros personajes referidos. ¿A quién echaremos, pues, la culpa de tanto desorden y de tantos disparates, como se dice que se cometen con pretexto del camino? Yo no lo sé, ni me incumbe saberlo; pero aquel que quiera saberlo y escribir en público para denunciarlos y corregirlos, me parece que debería constituirse allí personalmente, y ver con sus propios ojos la cantidad y calidad de comida que se da a los operarios, atender al sueldo y jornal que reciben los mismos, registrar los libros y planillas; y después de esto, escribir lo que le parezca más conforme a la verdad, sin dejarse arrastrar de las pasiones, ni admitir excepción. Me parece que este medio que propongo es muy justo, muy honroso y muy legal. Pero basta de esto.

III

Sobre el verdadero progreso de la montaña

¿Qué se entiende por progreso? Según la etimolo-

guía de dicha palabra quiere decir lo mismo que ir adelante: y esto bajo todo aspecto: material e intelectual, moral y político. ¿Y es así como hoy se progresa en la montaña? En Lima piensan que sí; en Chanchamayo dicen que nó. Como he tenido que hospedarme en casa de muchos colonos extranjeros y peruanos, he tenido que escuchar también los pareceres y lamentos de todos; y hasta me han rogado que haga presentes al Jefe del Estado los principales puntos que en concepto de la generalidad debería modificarse, para que todo el mundo viviese en paz y contento con su trabajo.

Lo haré pues con la mayor brevedad, sin querer ofender la susceptibilidad de nadie.

Primer punto.—Sobre el amparo y medida de los terrenos.—Las últimas disposiciones sobre esta materia, han levantado en toda la montaña una gran polvareda, de la cual saldrán bien o mal unos pocos ricos, y quedarán para siempre arruinados todos los pobres. Si se quiere pues que la montaña progrese y no matar la industria en su origen, es preciso cuanto antes formar y publicar un Reglamento sobre el amparo y medición de los terrenos, que facilite y asegure para siempre esas dos operaciones, sin tenerse que hacer los gastos exagerados que hoy se piden, y que casi todos los chacareros protestan que no pueden abonarlos. Se dirá que las últimas medidas tomadas por el Supremo Gobierno se dirigen a corregir los abusos. ¿Pero podrá conseguirse esto? Es difícil de creer; porque si los ingenieros que midieron y deslindaron la hacienda N. se equivocaron y tienen que volverla a deslindar hoy; también se pueden equivocar los que se ocupan en ese trabajo actualmente en Chanchamayo, pues son discípulos de aquéllos. Y entre tanto se perjudica, se carga y recarga al primer propietario, y se da valor y atrevimiento al vecino descontento para que aproveche hoy aquello que juzgaba antes por imposible.

¿No sería mejor dejar las cosas como antes estaban, con la sola modificación referente a la venta y traspaso de los lotes otorgados; de modo que nadie pueda vender su lote ni parte de él, sin conocimiento y licencia del Supremo Gobierno o del Ministro de Fomento; obligando por otra parte al colono o propietario a cultivar dentro de cinco años la quinta parte de su lote bajo pena de perder el amparo y poder su terreno ser amparado de nuevo por otro, excepto la parte cultivada?

Creo que con estas dos medidas tan sencillas, quedaría suficientemente remediado el abuso.

En cuanto al deslinde.—Sería a mi parecer muy suficiente, o quizás mejor, que éste se ejecutara por ingeniero pagado por el Gobierno, y acompañado de dos o tres personas vecinas del lugar y proporcionadas por los mismos interesados o colindantes: pudiendo prestar este servicio personalmente los mismos que han pedido o necesitan de deslinde.

De este modo sería muy poco o nada lo que gastaría el pobre chacarero, y tendría sus términos y títulos bien conocidos y saneados para siempre. Y en lugar de cercar su lote con alambre o palizadas, (cosa que es casi imposible e inútil), obligarle a que ponga unas piedras con sus letras iniciales en los puntos principales del deslinde. Así se hace en todo Europa, ¿por qué no podremos hacerlo en el Perú? Piedras, no faltan en la montaña: lo que falta es un poco de diligencia y buena voluntad. Con esta tercera medida parece que debería componerse y terminarse los pleitos enredos y embrollos de que tanto se quejan los más de los vecinos y colonos de toda la montaña, tanto de Chanchamayo como de San Luis, Oxapampa y Huancabamba. Para todo esto quizá podrían ser útiles los artículos siguientes:

Primero:—Ninguno podrá obtener título de propiedad de ningún terreno de la montaña, si no es pagan-

do un tanto por hectárea al Supremo Gobierno, como por modo de compra; de modo que pagada esta cantidad, y cumplidos los demás requisitos del deslinde, pueda el referido comprador dar, vender, alquilar, edificar y destruir como le dé la gana, como verdadero propietario, sin que nadie se lo impida.

Segundo.—Aquel que por espacio de 20 años hubiese cultivado un lote o la mayor parte de él, sobre el cual tenía legítimo título de amparo, con sus correspondientes términos o deslindes bien marcados, pueda obtener el título de propiedad perpetua para sí o sus descendientes o parientes más cercanos en defecto de sucesión, sin que tenga que abonar otra cosa que el papel sellado, y los derechos del despacho o Ministerio de Fomento.

Tercero:—Aquel que sin tener ninguno de los títulos precedentes, se atreviese a vender, enajenar, alquilar o regalar un lote o parte de él a otra persona, sin previo conocimiento y licencia del Ministerio de Fomento, será castigado con una multa proporcionada, según el número de hectáreas que hubiese vendido, dado o arrendado; quedando dicho terreno desde el día de su denuncio, de la libre disposición del Estado, y sujeto a las leyes de amparo y colonización de la montaña.

Cuarto:—A fin de facilitar el despacho de los títulos de amparo, sería muy conveniente que éstos se concedieran, como se había hecho hasta hoy, por los Prefectos Departamentales; con tal que cada lote no pase de 50 hectáreas, y tenga bien marcados sus linderos, y lleve consigo el informe favorable del Teniente Gobernador y otros dos notables del lugar.

Quinto:—Siempre que se suscite alguna cuestión cerca de algún lote, por no estar los límites bien marcados, tocará a los interesados nombrar un árbitro imparcial del mismo lugar; el cual, oídas las partes, y visto el

pedazo de tierra en cuestión, pronunciará su fallo, dividiendo el terreno controvertido en partes iguales, y dando a cada litigante su parte, sin tener consideración al más pobre ni al más rico, sino a la razón y a la conciencia.

Sexto:—Para este mismo fin deberán los colonos o propietarios colocar en sus respectivos términos las piedras o mojones que hemos dicho, con sus letras iniciales, y visitarlas siquiera una vez al año, por sí o por otra persona para ver si están en su lugar correspondiente o ha habido algún fraude.

Séptimo:—Cada colono o propietario estará obligado a mantener limpio y en buen estado el camino real que pasa por su terreno. De no hacerlo así, procurará cuanto antes el Teniente Gobernador hacerlo componer, y luego obligará al referido colono o propietario a que abone los gastos, so pena de una multa proporcionada, o embargo de sus productos o animales hasta que pague. Exceptúase el caso en que dicho camino se hubiere descompuesto por causa de un gran derrumbe, o avenida extraordinaria de algún río, porque entonces conviene que el Estado o la vecindad facilite los gastos. como se hizo en el principio cuando se abrió el camino por primera vez.

Octavo:—Para animar a los colonos a entrar a la montaña y perseverar en ella, es preciso concederles algunos previlegios y garantías; como es, por ejemplo, estar libres de toda contribución y del servicio militar por cierto número de años. Esta gracia o privilegio podría durar por espacio de 20 años. para cada centro de colonización, desde el año que empezó a poblarse con formalidad, con camino de herradura, y teniendo por lo menos 12 vecinos establecidos en el lugar. Esta misma gracia podría concederse a todos los peones de cualquiera Departamento que sean, mientras estén ocupa-

dos en trabajar, sea en los caminos o sea en las chacras y haciendas de la Montaña. De esta suerte, sin hacer fuerza a su libertad, se conseguiría que fuesen en mayor número y mejor gusto de lo que lo hacen hasta hoy, sin necesidad de tantos enganchadores y comisionados que tanto dan que hablar a los periodistas.

Noveno:—Esto no impide que los colonos formen su sociedad y bolsa común, para atender mejor a las necesidades comunes, como son: puentes, colegios, iglesias, etc.; dando cada uno algo, según sus facultades, sea en plata o en efectos. Antes bien, si hubiera algún vecino tan apático e innoble, que participando de los emolumentos que le proporcionan los demás, no quisiera contribuir con nada, el Teniente Gobernador podrá obligarle a que dé alguna cosa según sus facultades.

Décimo:—Para dar el impulso supremo al progreso de toda la Montaña, es de suma necesidad e importancia la construcción de un ferrocarril, que, saliendo de la Capital, llegue hasta la Merced o Paucartambo. Si el Supremo Gobierno comienza y lleva a cabo esta grande obra, su nombre quedará eternizado y bendecido de todas las presentes y futuras generaciones.

No nos preocupemos de lo que hay más allá, ni de cuantas son las vueltas del Diablo; porque todas esas cuestiones son inútiles en el día de hoy, y no traen consigo ningún provecho sino pérdida de tiempo y desunión de las fuerzas y capitales. El Gobierno puede permitir que los periódicos hablen como les dé la gana sobre el particular; pero en el campo de sus observaciones, debe ser firme y constante. Decía una gran mujer española hablando a Felipe II: **"No sabe reinar el que no sabe disimular".**

Para dirección del Gobierno y de los capitalistas que deben intervenir en la construcción de dicho ferro-

carril, debe tenerse en cuenta que no solamente está llamada esta vía férrea a servir al valle de Chanchamayo y Vítoc, cuya población y producción va en aumento cada día, sino a otros tres o cuatro valles mucho mayores y más productivos que aquél; cuales son: el Perené, toda la región del Cerro de la Sal, Oxapampa, Huancabamba, y otros inmediatos, cuya colonización ha comenzado a formalizarse y sigue con entusiasmo hasta hoy. Lo que hace mucha falta para la comunicación y comercio de Oxapampa con Chanchamayo, es un buen puente de alambre en Sogormo, y el Gobierno debe cuanto antes mandar un ingeniero que forme el plano y el presupuesto, y ordenar su construcción. Todos los vecinos de Oxapampa y del mismo Sogormo están prontos a coadyuvar, poniendo su trabajo.

2o. Punto.—**Sobre los operarios de la montaña.**—Sobre este punto muy poco hay que decir, porque los periódicos han hablado demasiado.

De consiguiente, tómese el término medio de todos los dichos contradictorios o contrarios, y habremos hallado la verdad. De modo que ni es verdad, todo lo que se ha dicho, ni se ha dicho todo lo que había de verdad. Creo que evitando, sobre esto, el monopolio y la seducción, quedaba todo arreglado. Lo mismo hay que decir sobre los productos de la Montaña, como son: el café, el aguardiente y otros. Déjese a cada productor que lo cultive y lo beneficie como mejor le parezca, y, después, que lo venda dónde, cómo y a quién le dé la gana. Sobre este último punto podríamos hablar más largo, y manifestar porqué algunos comerciantes no quisieran que el ferrocarril llegase a la montaña; pero el Supremo Gobierno no debe fijarse tanto en el provecho y engrandecimiento de algunas casas particulares, cuanto en el bien positivo de la mayor parte de los súbditos e hijos de la Nación.

El número de trabajadores útiles que tiene el Departamento de Junín es más que suficiente para la montaña, y cuatro montañas. Pero su grande apatía y falta de aspiración, y sobre todo su mal método en sus ordinarias ocupaciones, es causa de que escaseen demasiadamente los brazos a toda aquella región. Es preciso despertarlos, halagarlos, atraerlos, premiarlos; y de este modo, casi forzarlos, a que vayan a ganar honestamente la plata que necesitan para vivir más decente y cómodamente, como se hace en todo el mundo. Así, pues, como hemos insinuado arriba, se podría establecer que todos los hombres que se hallen actualmente ocupados en las haciendas o caminos de la montaña, estén libres de la contribución personal y aún militar, según el tiempo de permanencia y trabajo en aquella región. De modo que a los que hubieran trabajado medio año, se les dispense la mitad; y a los que un año entero, toda la parte correspondiente a aquel año. Y al contrario, aquellos hombres ociosos y borrachos que, pudiendo y debiendo trabajar, no quieran salir de su pueblo por no dejar su mala vida, obligarles con todo rigor a pagar todas las contribuciones, y privarlos al mismo tiempo de poder ejercer ningún cargo público, como indignos de presentar su frente ante la sociedad. Quizá con estas medidas podría remediarse algo la escasez de brazos; mas si aún esto no fuere suficiente, no hay más remedio que apelar a otras naciones, sea a Italia, Alemania, España o a otra parte. A estos hombres o familias se las podría contratar bajo la condición de trabajar seis meses o un año en el camino o ferrocarril, ganando un jornal competente; y concluído este término, darle a cada padre de familia la propiedad de un lote de 10 hectáreas, como remuneración de sus sacrificios; pudiendo participar de esta misma gracia o remunera-

ción aquellos peruanos que quisieran contratarse en las mismas condiciones que los europeos.

Esta última medida me parece casi indispensable, en el caso de quererse construir de hecho un ferrocarril dentro de breve tiempo; y entonces se verá que hay gente y brazos para todo. **L' argent fa tout,** como dicen en mi tierra.





CONCLUSION

Y DEDICACIÓN

Al Excmo. Sr. Presidente de la República

Este es, Excmo. Señor, el compendio de mi último viaje, llevado a cabo casi milagrosamente. Ante todo, le doy las más expresivas gracias por el honor que me ha hecho en darme semejante comisión. En segundo lugar, le pido que me dispense las faltas de Geografía o Astronomía que pudiere haber en el presente folleto, pues bien sabe V. E. que yo no soy ingeniero, ni marinero, ni mucho menos político o estadista, sino un pobre fraile de San Francisco, que ha gastado los años más floridos de su vida en recorrer y explorar los principales ríos y caminos de nuestras montañas, con el único y principal objeto de contribuir al bien general de la Nación y la salvación de las almas.

Si V. E. juzga que este humilde trabajo debe salir a la luz pública para utilidad del pueblo, no puedo oponerme a ello; y esto sería otro motivo de gratitud para con su ilustrada y muy digna persona. Pero antes le suplico que lo haga revisar por personas competentes, persuadido que admitiré gustoso cualquiera observación o corrección que se haga, con tal de que dichas personas prueben que conocen la materia a fondo y que han andado los mismos ríos y caminos a que hago refe-

rencia. Buscando todos (como debemos hacerlo) el bien común y la verdad, no debemos ofendernos de que cualquiera nos la enseñe, sino más bien darle las gracias y proseguir con nuestro empeño.

Ahora, Excmo. señor, me permitirá que me retire a mi convento para descansar y prepararme para otros trabajos y sacrificios que la Divina Providencia tuviere a bien exigirme o imponerme. Entre tanto, tendré siempre como a grandísimo honor el que se digne contarme entre el número de sus amigos y fidelísimos servidores, permitiéndome desde hoy el que me firme por su muy atto. Sdor. y Capellán.

Fr. Gabriel Sala.

Lima, Descalzos, Mayo 7 de 1897.

Al Excmo. Sr. D. Nicolás de Piérola, Presidente de la República del Perú.



INDICE

DE ESTE TOMO DÉCIMO

Páginas

Páginas

Páginas

Páginas

Indice de los mapas y fotograbados

